

Raoul Fournier  
Médico humanista  
*Conversaciones con Eugenia Meyer*

La edición de esta obra se realizó con la colaboración de:

Primera edición, 1995  
Academia Nacional de Medicina  
Unidad de Congresos del Centro Médico Nacional Siglo XXI  
Av. Cuauhtémoc 330, 06725, México, D.F.  
Coedición con la Universidad Nacional Autónoma de México  
ISBN 968-7383-00-3

Segunda edición, 2015

ISBN

Raoul Fournier  
Médico humanista

*Conversaciones con Eugenia Meyer*

Academia  
Nacional de Medicina

Universidad Nacional  
Autónoma de México

# Contenido

Presentación	
<i>Hugo Aréchiga Urtuzuástegui</i>	7
La lección del doctor Fournier	
<i>Fernando Martínez Cortés</i>	10
Del arte de conversar al <i>conversatorio</i>	
<i>Eugenia Meyer</i>	13
Mis raíces	17
Tiempos difíciles	26
El descubrimiento de mi persona	55
Me llegó la verdadera vocación	65
Sangre de médico, sangre de artista	82
Un mexicano en París	103
Iba yo con mi gran petaca	106
Al tú por tú con las amibas	110
Y me cayó el general Cedillo	130
“Vente lo más pronto posible”	146
¿Qué tal si nos dedicamos a la gastroenterología?	155
Ya tenía mi pequeña reputación	161
Sentía que debía volver a París	176
Un ojo clínico formidable	192
Mis consultorios: de la “zona roja” a Arquitectura	202

Hay hombres que tienen lo que se merecen	213
Dime qué comes...	215
Sí, ésa es Carolina Amor	219
¿Ya pensó en su enfermedad?	229
Un paréntesis para la cursilería	245
No tenía más mérito que saber tratar a la gente	252
Dimos el paso a la medicina social	255
Mi generación asistió a muchos progresos	266
Otra forma de enseñar	277
Disciplina en la indisciplina absoluta	326
Nada más existe una medicina	340

# Presentación

Nuestra Academia presenta con beneplácito este nuevo producto de la serie del Archivo de la Palabra Médica, colección de testimonios de distinguidos académicos, líderes de la medicina mexicana. Toca ahora su turno a Raoul Fournier, uno de los artífices de la medicina moderna de nuestro país. En su rica personalidad, expuesta con gran acierto por Eugenia Meyer, encontramos al médico generoso, que curaba enfermos al darles su amistad, al hombre culto y fino, amante de las artes y de la historia, crítico agudo, educador y *bon vivant*.

Testigo lúcido de una época fascinante del desarrollo de México, presencia de niño el colapso del régimen porfirista, sufre de adolescente las convulsiones revolucionarias, queda atrapado en la contradicción de admirar y asumir las aspiraciones de justicia social de la Revolución, mientras desprecia a sus abanderados. Sus recuerdos de juventud nos transportan a una época de bohemia universitaria, de intensa vida cultural en el pequeño núcleo urbano que ahora es el Centro Histórico y entonces fue el corazón de la Ciudad de México.

Estudiante de medicina con temperamento artístico, vocación de actor y autor novel de comedias, critica el rezago de la medicina de su tiempo. Al cuerpo docente de la Escuela de Medicina, lo describe crudamente como “viejos que eran ya casi inservibles, de las últimas épocas de don Porfirio... profesores completamente obsoletos”. Desde luego, había excepciones, pero toca a Fournier y a su generación el hacer la revolución en el terreno de la Medicina. Mientras algunos se expresaban con las armas en la mano, otros lo hacían en las aulas y en los talleres; por un momento singular en nuestra historia, la innovación fue el orden del día. Un país postrado esperaba ser reconstruido. La generación de Fournier asume la responsabilidad de poner en pie a la Medicina, como nos dice elocuentemente él mismo “Por eso fue importante mi generación... era la coyuntura de que terminaba la Revolución Mexicana... y sobre todo la Medicina estaba en el caos”.

A diferencia de muchos de sus condiscípulos, Fournier limita sus inquietudes innovadoras al terreno médico. Tampoco se suma a la cauda de beneficiarios de los regímenes revolucionarios. Aunque presta servicios médicos a varios presidentes de la República, jamás extrae de esa relación ninguna concesión, política. Deseoso de superarse, cruza el Atlántico hacia su admirada Francia, pagándose él mismo sus gastos. Así lo hará en varias ocasiones. Goza y sufre la vida del extranjero pobre en la Ciudad Luz. Trabaja arduamente. Regresa a México sin grandes pretensiones. No hay cambios cualitativos, no hay promociones espectaculares cuando vuelve. Hace su carrera con brillo y sin altibajos. Encabeza y renueva servicios médicos. Se hace especialista casi sin proponérselo, hasta parece que a regañadientes “soy médico general”, nos dice “con dedicación especial a la gastroenterología”. A pesar de que es uno de los introductores del laboratorio de análisis clínicos en el país, su sensibilidad y fino sentido humano, son el mejor baluarte contra la tecnificación y la desintegración en que ve caer, con horror, a la medicina.

El centrar la práctica médica en el conocimiento cabal del ser humano es parte de su credo profesional permanente. La dignidad del paciente es para Fournier algo fundamental. Así, afirma con rotundidad: “si un médico no tiene respeto a sus pacientes, no es médico”.

Conforme se van sus maestros, para quienes deja en este libro testimonios de afecto, se entrega a sus propios alumnos. Desarrolla una profunda noción de la educación del médico, que le permite en su momento, ser un Director efectivo en la Facultad de Medicina. Consolida en ella la estructura departamental, aprovecha con habilidad la creación de plazas de profesores universitarios de tiempo completo para profesionalizar la enseñanza y sentar las bases de la investigación en los nuevos locales de la Ciudad Universitaria. Desdeñoso del *curriculum* tradicional, basado en la memorización inicial de la anatomía, y en ejercicios poco atractivos de laboratorio en las asignaturas funcionales, lo transforma, fortalece la psicología médica desde los primeros años, para imbuir tempranamente en el estudiante el sentido de integralidad del ser humano.

Aristócrata siempre, aspira a ofrecer a los mejores alumnos la asociación con los mejores maestros. Crea así los llamados grupos piloto, con pocos alumnos, trabajando con investigadores. Con el tiempo, y hasta antes de la explosión de la matrícula en los setenta, esta enseñanza tutorial fue una realidad, que sólo recientemente ha sido incorporada de nuevo al plan de estudios. Crea la estructura del posgrado, con lo que durante su gestión, la Escuela se convierte en Facultad.



Director del Hospital General, Maestro Emérito de la Universidad, Presidente de esta Academia Nacional de Medicina objeto de múltiples distinciones, nunca sucumbe a pomposidades vacuas. Crítico permanente e intolerante de la cursilería, le dedica todo un libro.

Tuve el privilegio de asistir a su curso de anatomía clínica en el primer año de la carrera de Medicina, de hecho, era una de sus invenciones como Director de la Facultad. La primera vez que percutí un cuerpo humano fue bajo la mirada del maestro Fournier. Fui alumno de uno de los grupos piloto creados por él y me inicié en la investigación en laboratorios construidos durante su dirección. No es pues exagerado decir que la formación médica de los miembros de mi generación, lleva el sello de Fournier.

El paso del tiempo, para quienes aman tan profundamente a la vida como Fournier, no deja de estar lleno de contrapuntos. Así, entre nostálgico y crítico, confiesa a propósito de su generación, “formamos parte de una mitología, que se ha venido por los suelos... ya hemos sido sustituidos por los jóvenes”, pero también advierte que “no se ve a los nuevos líderes”.

Cuando se analizan los logros de la medicina mexicana, que con todas las deficiencias de la vida académica nacional, es una de las áreas más fértiles, es ineludible reconocer que si ha logrado levantarse a la altura que ahora tiene, es gracias a que hombres con el talento, la sensibilidad y la capacidad de liderazgo que desplegó Fournier, escogieron a la medicina como su campo de acción. Esperemos que en las próximas generaciones nunca falten esos espíritus. Justamente, el propósito de esta serie de publicaciones es el de mantener viva la presencia de quienes han contribuido a darle a nuestra medicina su perfil actual.

Quisiera agradecer muy cumplidamente a la Universidad Nacional Autónoma de México su apoyo para la producción de este libro. Al rector José Sarukhán su interés personal en el proyecto. A Eugenia Meyer, quien logró transformar horas de entrevista en un espléndido texto, cuidando con esmero una edición erizada de dificultades, para la que, entre otros obstáculos tuvo que validar nombres ya olvidados de personajes de la medicina de París en los años veinte. Es particularmente admirable la forma en que se han preservado en el texto las formas de expresión de Fournier; su estilo peculiar de tratar con ligera suavidad los asuntos más espinosos y de poner un toque de elegancia en el manejo de situaciones triviales. Todo ello expresado con amenidad y gracia que invitan a continuar su lectura. Sea pues bienvenido este merecido tributo al maestro Fournier.

*Hugo Aréchiga*

# La lección del doctor Fournier

**E**l maestro Raoul Fournier ha sido uno de los más claros exponentes de una manera de ser persona, de ser médico, maestro y organizador de la enseñanza de la medicina, que es el fundamento de sentir una medicina verdaderamente humanística, de ejercerla y enseñarla.

Señalo cuatro aspectos de la vida del maestro Fournier. El primero es el de la persona, el cual constituye la raíz de los tres restantes. Si entendemos por personalidad la expresión de la persona, lo que de ella se ve y se siente, lo que da lugar a que la calificuemos de algún modo y a que reaccionemos o respondamos de cierta manera ante ella, quienes estuvimos cerca del maestro Fournier lo sentimos y pensamos como un hombre inteligente, sensible, amable, de fácil trato, simpático, que disfrutaba de la relación humana, de la charla inteligente, de la buena comida y de la elegante mesa, del vestir bien, pero con sobriedad. Lo pensamos y sentimos como un amante y buen conocedor de la pintura, de la literatura y, en menor grado, de la música. En múltiples ocasiones, después de cumplir con nuestras actividades de médicos en el Hospital General, yo solía acompañarlo en excursiones por casas de antigüedades en busca de la pieza de cristal que le faltaba en su colección. Otras veces, o aprovechando el viaje, íbamos a la tienda donde había visto una camisa o una corbata que le había gustado. Otros días visitábamos la exposición o el taller de un pintor ya famoso o apenas conocido. Algunos domingos solíamos reunirnos en su casa de San Jerónimo para leer poemas, cuentos o el capítulo de una novela. Lo hacíamos en el jardín y habitualmente yo era el lector.

Con esa personalidad, algunos de cuyos rasgos he recordado, el maestro Fournier no podía ser un médico alejado del paciente en tanto ser humano o persona. No podía ser un médico frío ni científicamente cuadrado. Aún no se hablaba de la relación médico-paciente ni de la distancia entre ambos que la tecnificación de la medicina iba imponiendo. No obstante, el maestro Four-

nier, con su proceder ante el enfermo, nos enseñaba que el hablar con él, el tratarlo afectuosamente, el interesarse por sus cosas, por sus ideas, por su vida, el tratar de conocerlo y acercarse a él como persona, era la base de la consulta médica. Acto seguido el maestro auscultaba, palpaba, y después prescribía algún medicamento –nunca muchos ni de los más agresivos– y con las palabras rigurosamente necesarias ofrecía una dosis de confianza y de esperanza al despedirse del paciente.

Con el maestro Fournier viví la amistad maestro-alumno y aprendí mucho acerca de la amistad médico-enfermo; aprendí de esta última lo que la distingue de la amistad in genere, particularidades que no hay por qué tocar aquí.

Mi relación más estrecha con el maestro Fournier se inició cuando gané la oposición para el puesto de subjefe adjunto del pabellón 29 del Hospital General, servicio de medicina interna del que era jefe el maestro Fournier. Teníamos una pequeña hemeroteca que consultábamos cualquier día entre el lunes y el viernes, porque los sábados nos dedicábamos a otro tipo de actividades. Después de pasar visita a los enfermos, nos reuníamos en el aula del pabellón para escuchar al pintor, al escritor, al poeta que venía a hablarnos de su obra. La sesión terminaba con preguntas o comentarios no siempre inteligentes y al filo del medio día cada quien se iba para su casa.

El espíritu humanista del maestro Fournier inspiró las reformas sobre la enseñanza de la medicina que hacia fines de los cincuenta estableciera en la Facultad de Medicina de la UNAM. A mi parecer, los siguientes puntos fueron los más importantes:

- 1) La creación u organización formal del Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina.
- 2) La creación y organización formal del Departamento de Psicología Médica, de corte genuinamente humanista.
- 3) La organización de la enseñanza de la clínica encaminada hacia el estudio del hombre en su totalidad, borrando las barreras no solamente entre las asignaturas encargadas del estudio de determinados aparatos o sistemas del cuerpo humano, sino también integrando al estudio clínico de la enfermedad entendida como lesión del cuerpo, la clínica de una psicopatología que debía conocer el médico general.

El maestro Fournier fue un productor de ideas y de planes de trabajo. Dejó muy poco escrito. Lo que enseñó fue personal y directo. No decía cómo debíamos hacer las cosas, él simplemente las hacía. O sea que no enseñó con la palabra sino con el ejemplo, con su vida toda.

Hoy, a medida que la medicina se tecnifica y se super especializa, el hombre, el paciente como persona, se ha perdido de vista. La lección del doctor Fournier es más necesaria que nunca.

*Fernando Martínez Cortés*

# Del arte de conversar al *conversatorio*

**R**aoul Fournier Villada, quien atribuía insuperable importancia al *conocimiento* humano –entendido en su genuino significado: averiguación de la naturaleza, las cualidades y las relaciones de las cosas–, aceptó con entusiasmo la propuesta de recobrar, para la memoria futura, la reflexión de su larga, intensa y fructífera vida pública y privada.

Así, por más de seis meses trabajamos de manera armoniosa y vivaz, con el fin de rescatar un pasado íntimamente ligado tanto a la historia nacional como al desarrollo científico y cultural del país.<sup>1</sup>

Pronto rebasamos la intención original de aportar al Archivo de la Palabra del Instituto Nacional de Antropología e Historia un testimonio más, y surgió otra de mayor alcance: contribuir a la historia general de la medicina en México, proyecto largamente planeado por la Academia Nacional de Medicina.

Más allá, mucho más allá de la fría relación profesional impuesta por la metodología propia de historia oral, a los participantes de una entrevista, el doctor Fournier y yo sostuvimos una constante comunicación, sin recato alguno ante los imperativos de imparcialidad y eliminación de transferencias, que me indujo a una verdadera complicidad con el intelectual y, sobre todo, con el médico humanista que –lo reconozco ahora– terminó por conquistarme.

Luego de muchos meses de arduo trabajo consistente en transcribir las largas y numerosas horas de grabación, me dirigí con más de un millar de páginas bajo el brazo a la casa del doctor en San Jerónimo, pues él debía revisar el texto completo e imprimirle las correcciones a su juicio pertinentes. Se mostró preocupado y aun angustiado ante la dificultad representada por la

<sup>1</sup> La entrevista de historia oral con el doctor Raoul Fournier se realizó a lo largo de 25 sesiones de grabación los días 29 y 31 de marzo; 13, 15, 18 y 29 de abril; 3 y 5 de mayo, 7 y 8 de junio; 15, 20, 22, 27 y 29 de julio; 2, 10, 17, 19, 24 y 31 de agosto y 2, 7, 9 y 14 de septiembre de 1977.

lectura de todos esos materiales. En consecuencia, iniciamos una nueva etapa de comunicación, durante la cual, en múltiples sesiones, le leí íntegra la versión escrita de sus declaraciones. Atento como siempre, reparaba en errores e imprecisiones, rectificaba y formulaba comentarios indudablemente útiles para aclarar y enriquecer la información. Al concluir, para mi gran sorpresa, insistió en que deberíamos reanudar las sesiones de grabación ya que, según él, ¡faltaban muchísimas cosas!

Cualquier lector perspicaz podrá inferir que ello era un pretexto para darle continuidad a nuestra muy particular conversación. Seguramente también podría interpretarse de un modo diferente el reclamo de Fournier: deseaba proseguir a dúo un ejercicio catártico –en su sentido de purificación o liberación– al parecer experimentado por él con gran vigor.

La facilidad de palabra del doctor Fournier, su sentido del humor, su emoción y su auténtico interés por contar su versión del trozo de historia del que fue protagonista indiscutible, me permitieron ir tejiendo una vehemente, rica y variada narrativa constituida ahora –luego de más de tres lustros de iniciada– en este libro que aspira a ser un intento casi autobiográfico.<sup>2</sup>

La validez de esta forma de historia individual resulta irrefutable si se la entiende como una contribución más al estudio de la historia social. Finalmente pretende coadyuvar a la integración de las múltiples partes componentes de la historia total. Así, la tarea y la responsabilidad del historiador consisten en guiar al historiado por los senderos y vericuetos de su vivencia imbricada con el suceder general.

Las nuevas orientaciones y posibilidades del quehacer histórico nos permiten hoy, como nunca antes, considerar tanto a las individualidades –hombres y mujeres con actitudes y respuestas propias– como a los grupos y comunidades en su conjunto, es decir, historia de carne y hueso, historia de las partes, historia accesible y comprensible, historia capaz de desplazarse en varias direcciones. Esto es el gran desafío actual del análisis histórico: imprimir a la cotidianidad dimensiones nuevas en relación directa con el tradicionalmente

<sup>2</sup> Los materiales originales de la transcripción *verbatim*, que suman un total de 1 262 páginas, son la base indiscutible de este texto. Con el fin de agilizar la lectura, se suprimieron las preguntas, muletillas, repeticiones, etcétera. Dentro de lo posible, se respetó la secuencia cronológica y temática del relato; sin embargo, en ocasiones fue menester reagrupar la información, para darle unidad y lógica secuencial al texto. Cabe advertir que, con tal propósito, estructura, títulos y subtítulos fueron elaborados ex profeso.

reconocido acontecimiento y, por ende, al reparar en las evidencias particulares, descubrí un ambicioso espectro para el análisis social.

En efecto, nunca antes como ahora, las voces del pasado han adquirido un carácter tan significativo en el intento de delinear los caminos y el oficio del historiador, ávido de rastros y restos culturales, de huellas del pensamiento y la obra de sujetos anónimos o identificables.

No pocos pasajes del relato de Raoul Fournier recrean la historia contemporánea de México y de los mexicanos, que se relacionan con el desarrollo de la medicina y las instituciones de salud de nuestro país y, en un plano más general, con la intensa vida cultural e intelectual del mismo. Además, la relación aquí ofrecida está compuesta por reflexiones maduras –aunque no desapasionadas– de un hombre auténtico protagonista de su tiempo.

Según Fournier, los mexicanos lo convertimos todo en una fiesta. Quizás debo admitir que para mi lo fue, de un modo vigoroso y deseable, la de compartir la experiencia magnífica y singular de ese hombre al efectuar el recuento de su vida, desde su propia perspectiva y conforme a sus valores tan claramente definidos.

El doctor Fournier de los últimos años, el que me tocó en suerte conocer, se había tornado en filósofo capaz de calar hondo. Su esmerado interés por los enfermos, los estudiantes y los médicos en ciernes estaba por encima de cualquier formalidad terapéutica, pedagógica o científica, y lo mismo ocurría con el permanente afán de persuadir a sus alumnos –de acuerdo con una propedéutica humanística– de ocuparse más de los sentimientos del enfermo que del diagnóstico, para acertar y garantizar la curación.

Para Raoul Fournier la acción de conversar constituía un arte ajeno al simple ejercicio de hablar uno con otro, a veces oyendo, pero sin escuchar. No en balde el *Diccionario de la Lengua Española* define tal acción en estos términos: hablar una o varias personas con otra u otros; vivir, habitar en compañía de otros; tratar, comunicar y tener amistad unas personas con otras.<sup>3</sup>

Con un dejo de humildad, reconocía como su mayor mérito el haber sabido tratar a la gente. Quizá debería agregarse que esa virtud se enriquecía notablemente gracias a su capacidad de escuchar, de estar presente en el momento preciso y de cobrar conciencia de las realidades de los otros. Por ello, tal vez,

<sup>3</sup> Véase Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*, vol. 1, Madrid, Talleres Gráficos de Espasa-Calpe, 1984, p. 374.

este médico que invocaba a menudo la frase “el ingenio se da siempre en ratoneras”, se había guarecido con modestia y sabiduría, no en el gabinete ampuloso del investigador ni en el complaciente lujo del consultorio, sino en la tranquilidad y sencillez de su *conversatorio* reducto final del conocimiento y del respeto a los demás.

*Eugenia Meyer*



# Mis raíces

Soy un médico de conocimientos regulares, ni pocos ni muchos. Me interesan los fenómenos generales, tanto de la medicina como de los enfermos, siempre he tenido ese punto de vista. Soy escrupulosamente honorable en los actos de mi vida y con mis enfermos.

Tengo un defecto muy grave, que es ser mandón, mandón si se quiere no con gritos; no, suavcito, suavcito para mandar siempre. En el fondo, si me preguntan en estos momentos mis ideas sociales, si son de izquierda, o de derecha, además de que vivo como burgués y soy burgués de planta, no creo en ninguna forma de gobierno. Las dictaduras de cualquier clase que sean me parecen odiosas, vivir dentro de una dictadura so pretexto que es socialista o es comunista no lo tolero, no toleraría ya ninguna especie de poder; soy anarquista.

Creo que lo más importante para el médico es ser sincero con él mismo, tener el conocimiento necesario para ejercer a lo que dice que se dedica. No pensar que el enfermo es una bolsa sin fondos, o con fondos, de donde hay que extraer todo, hasta el último centavo y que hay que vivir forzosamente del enfermo.

Los médicos de mi época formábamos parte de una mitología, una mitología que se ha venido por los suelos. En primer lugar, porque ya estamos muy viejos, hemos sido sustituidos por los jóvenes, ya quién nos va a creer.

Soy Raoul Fournier y Villada, nací el 1° de febrero de 1900 en la Ciudad de México. Mi padre, Carlos Fournier Zendejas, fue profesor de un colegio, el colegio de mi abuelo, que se llamó Liceo Fournier. Mi madre fue Ana María Villada y Peinbert.

Fuimos cuatro hermanos y uno que murió de muy pequeño: Ana María, la mujer; Carlos que murió de meningitis cerebroespinal; después fui yo, viviendo todavía el otro Carlos; después fue el segundo Carlos; después Héctor. Coincidimos muy curiosamente en llevarnos dos años de diferencia, del mismo mes.

Mi abuelo nació en Francia y se casó con una sefardita llamada Amalita Zendejas. Su padre salió expulsado de Francia, porque era republicano y estaba Napoleón III, que perseguía todas esas cosas. Vagamente recuerdo que, de niño, mi abuelo me contaba que conoció la isla donde estuvo expulsado Víctor Hugo.<sup>1</sup> De los tres hermanos Fournier, uno, el ingeniero, emigró a los Estados Unidos, después regresó a México y fundó la mina de Dos Estrellas; otro, que también era ingeniero en agricultura, se fue a Tabasco donde fundó un ingenio, y mi abuelo, que era profesor, fundó el Liceo.

La familia de mi madre es de origen muy ilustre, porque mi abuelo materno, don Manuel María Villada y de Aragón, era un naturalista muy distinguido en México; tanto es así, que en la colonia de los Doctores una calle se llama Doctor Villada. Era un hombre que describió y descubrió plantas nuevas, muchas llevan su nombre: la *viladía tormentosa* por ejemplo. Lo curioso de mi abuelo es que era íntimo amigo de José María Velasco, y entonces los domingos iban de excursión; mientras mi abuelo clasificaba piedras, plantas y animales, don José María pintaba y siempre le obsequiaba sus cuadros en cualquier ocasión. Desgraciadamente no sé qué les pasó a esos cuadros, sólo conservamos una marina, de una ocasión en que se fueron mi abuelo y él a Veracruz. No sé qué pasó, los robaron en las mudanzas, se fueron quedando...

Era una familia de liberales. Un primo hermano de mi abuelo, don José Vicente Villada, fue gobernador del Estado de México durante mucho tiempo (entonces se prolongaban las gubernaturas). Bueno, él no era rico, era un hombre muy honrado, y realmente Toluca y todo el Estado de México, que se conocen ahora con las muchas y muy buenas modificaciones que les han hecho, fueron organizados por él. Fundó una institución que se llamó La Gota de Leche, que son los vestigios de lo que ahora es el IMAN,<sup>2</sup> pretendía dar atención a los niños. Lo chistoso es que mi tío abuelo, a todos los huérfanos de La Gota de Leche, les ponía Villada, así es que Villada hay de todos tamaños, desde ladrones hasta gente muy eminente.

Mi madre, que era la mayor y la más destacada de la familia –creo yo–, junto con las otras hermanas aprendió a tocar el piano, a pintar cosas muy feas y a bordar. Hizo sus estudios completos y mi abuela no quiso que se siguiera

<sup>1</sup> Se refiere a la isla de Guernesey, localizada a la entrada del Canal de la Mancha.

<sup>2</sup> Instituto Mexicano de Asistencia a la Niñez que, a partir de 1977, se transforma en Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia, DIF.

de normalista, porque su familia era muy hostil a todo lo que fuera evolución de la mujer: la mujer, en su casa. Se quedó con primaria y con el francés que le enseñó mi padre.

Lolita era mi abuela materna; su hermana Conchita, una mujer muy bonita y muy simpática, había dado un mal paso y tenía un hijo, naturalmente sin padre. Hijo del pecado, así es que eso ponía fuera de sí a mi padre. En esa época, había prejuicios morales que estaban por encima de toda la influencia política. No crean que las cosas eran como ahora. Mi padre decía a mi madre que no tenía a qué ir a la Villa, donde vivía el abuelo, pues naturalmente esa visita al abuelo era también la visita a las tías y ahí estaba la tía del pecado. ¡Qué cosa más curiosa!, cuando llevaron a inscribir al niño al Liceo Fournier, mi padre lo recibió.

Los domingos mi mamá nos subía en un tranvía, e íbamos a la casa del abuelo a escondidas. Y comenzamos a chantajear a mi mamá. Cuando era poco el postre, empezaba mi hermana, que era muy mula:

–Fuimos a la Villa –el abuelo vivía en la Villa de Guadalupe.

–¿Qué? –decía mi papá.

–Esa muchacha, ya sabes que está jugando nada más.

Todos callados y al rato:

–Fuimos a la Vi... Vi... y no te dijimos nada –y mi pobre madre sufría.

La situación del abuelo era pésima, sin ser desesperante. Recibía un sueldo porque era profesor de la Escuela de Agricultura y recibía otro sueldo del Ministerio de Instrucción Pública,<sup>3</sup> que así se llamaba entonces, como jefe de clases de historia natural en todo el sector, así es que eran dos suelditos que no han de haber sido muy grandes. Luego ejercía la medicina, pero de una manera gratuita, de plano, si acaso le llevaban gallinas o fruta. Supongo que les daba algunas medicinas de patente, buena medicina. Creo que, con toques de modernidad, les daba ahí alguna cosa, y luego les preguntaba:

–¿Qué?, ¿Tienes para comprar tu medicina?

–¡Ay!, doctor, fíjese usted que no me alcanza, pues las medicinas son muy caras.

Les daba sus cuatro reales. Las consultas eran de a peseta, veinticinco centavos, y les entregaba dos centavos para la medicina. Pero era de muchas

<sup>3</sup> A partir de 1905 se creó la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, y Justo Sierra fue designado como su titular.

fantasías el viejito, de muchas fantasías. Vivió hasta que yo tenía veintitrés años.

En casa del abuelo, Villada, contemplábamos la colección de caracoles, de minerales, de plantitas. El me decía:

–Mira, niño... –porque tenía ilusión, ya desde que éramos niños, de que alguno saliera médico, y los otros, los chicos, no tenían ganas—. A mí sí me interesaban los minerales y las cosas.

–Oye, abuelito, ¿y esto para qué, abue, esto para qué sirve?

–Mira, ése es toloache, es una planta muy misteriosa, la estamos estudiando, porque tiene muchas propiedades y va a ser una de las cosas más grandes de México, el toloache –en efecto, es uno de los neurotrópicos más activos y más fuertes.

Me decía que ya desde entonces se fabricaban en Europa, en París, por ejemplo, el *Strega*, el *Chartreuse* y otros licores amargos. En México exportaban las hierbas amargas de los desiertos, así es que en los desiertos se han producido bastante estos neurotrópicos que son fundamentales para la preparación de los amargos; con la gobernadora, una variación de la damiana, se hace el *Strega*, o sea maceración de damiana.

En casa, cuando nos enfermábamos, en primer lugar, mi mamá y el servicio, las criadas, rezaban una novena al santo correspondiente, después se llamaba a los médicos. Venían médicos que se dedicaban a especialidades muy diversas y de manera muy cimarrona. Por ejemplo, el médico de mi familia, el doctor Ruiz Erdozian, fue el primer médico que conocí. Mi padre tuvo una erisipela en el año de 1905, cuando nos mudamos de San Lorenzo a Cordobanes, es decir, Donceles. Él lo atendía con no sé qué porquerías que le ponía en la cara y mi padre parecía Otelo. Manchado de negro con el líquido ictiol, una sustancia negra como cola de zapatos y... las risas de todos, mi papá tan serio de carácter.

–¡Cállate, muchacho!, no te rías, está muy malo papá.

Luego había siempre el eterno consejo de mi abuelo, que aunque era naturalista se había recibido de médico y era acertadísimo. Cuando no estaba en sus giras de naturalista, daba consultas gratuitas en la calle Del Bosque, hoy calle de Manuel Villada, que lleva su nombre. Era de una miopía tal, pero muy acertado para el manejo de sus hierbas, yo lo veía recetar su porción de polígala, luego luego, para quitar los catarritos o gripitas, todas esas cosas.

Toda mi niñez padecí una disentería, por eso fui tan flaco, además de la falta de comida y la falta de leche. Unas diarreas, una disentería terrible, y él

aconsejó cambiar de clima a Pachuca. Ahí un tío mío tenía un rancho que se llamaba Corralillos, me daban de comer caldo de rata todos los días, que era muy bueno para eso. Yo no sabía lo que comía. Decía que ya me había chocado el conejo, porque mi tía me decía que era conejo, hasta que lo invitaron a comer a casa y él dijo:

–Bueno, a ver, que me traigan a Raoulito. Este niño lo que necesita es simaruba, un cocimientito –todo lo hablaba en diminutivo–, un cocimientito con el desayuno, un cocimientito al medio día y otro cocimientito antes de que vaya a conciliar el sueño –sabía horrorosamente, pero a los dos días, adiós colitis y adiós todo.

Indudablemente todavía están por estudiarse bien los alcaloides de la simaruba; ahí se hicieron algunas recetas, después algunas medicinas de patente, castamargina y cosas así, un chaparro amargoso y..., bueno, no sé, aquello era, magnífico.

Un día a la semana el abuelo Villada era invitado a la casa, con la condición de que mi mamá un día a la semana invitara a comer a los abuelos Fournier, de parte de mi papá. La abuela Villada ya había muerto, y al pobrecito le pasaban una serie de aventuras. Como usaba levita y siempre le gustaban los obsequios para la hora de la comida, un día compraba aguacates, los echaba en los faldones de la levita, se sentaba en el tranvía y llegaba con el guacamole hecho. ¡Uh!, todas esas cosas le daban un asco a mi papá: “¡No vuelvo a comer aguacates en mi vida!” Y si no, se le ocurría comprar camotes, gorditas de la Villa, o eran unos polvorones que se le salían de la levita.

Si alguna ascendencia noble había, era de los Villada, descendientes de Villada y de Aragón. El abuelo de mi abuelo, mi tatarabuelo, había sido el duque de Pastrana; así es que eran ellos los aristócratas de la familia.

En cambio los Fournier, bueno, les vestía mucho tener el acta de quien fue mi tatarabuela, una señora Marie Thérèse Adelaïde Haréle, de Normandía, que inventó el camembert, ¡imagínense nada más! En Honfleur tenía una estatua que demolió la guerra. El secreto fue coger sus quesos frescos y enterrarlos en el estiércol. Pasó Dumouriez y pasaron las tropas y ella se acordó de sus quesos y se va encontrando unos quesos que nadie quería comer. Ella les quitó el estiércol, los limpió un poco, les echó un poquito de polvito de cal, porque ése es el secreto de camembert, que siempre esta pulverulento. Cal o creta, quién sabe qué le pondrán, ahora que lo hacen en estufas, naturalmente. Y que se hace popular el camembert, era ése uno de los timbres de gloria de los Fournier.

El segundo era que mi bisabuelo había sido un liberal que, ni más ni menos, había luchado contra Napoleón III. Había sido compañero de exilio de Víctor Hugo y de todos los intelectuales franceses que no aceptaban a Napoleón, se repartieron en distintas islas, y cada quien cogió su rumbo después, pero convivieron meses en una isla de guano, pescando y a alguna gaviota que pasaba se la “escabechaban”.

El tercer timbre de gloria era mi abuelo. Llegó en 1860 a México y fundó su Liceo, y había sido antiimperialista; muchos se fueron quedando en México. Y los timbres de gloria de mi abuelo materno eran la historia natural, el tener el primo gobernador, y el haber luchado el tío José Vicente Villada en Puebla contra los franceses.

Mi abuelo Fournier era el director del colegio para varones de moda en México, que estaba en el número doce de San Lorenzo, esquina con Factor. Gozaba de una amplitud económica bastante grande, construyó y compró terrenos en las calles de Colón, atrás del cine y del Hotel Regis. Un día de premura –como dice Amado Nervo– fue preciso vender mal esa casa; le hicieron muchos chanchullos a mi padre que era el albacea de los bienes de mi abuelo, vino la Revolución y entró la penuria a la casa, pues los niños o no se educaban o se iban a la escuela pública. Entonces llegó una era muy difícil para nosotros. De las calles de San Lorenzo, mi padre mudó el colegio a la calle que se llamó de Cordobanes número 5, que después fue el número 93 de la calle de Donceles. Ahí pasamos el Centenario, en 1910. En 1911 mi padre, con su afán de desplazamiento continuo, mudó el colegio a las calles de Las Artes, esquina con Rosas Moreno, en un edificio muy grande que todavía existe, ya casi en ruinas. Se llamaba edificio de Gregoire de Wolant, construido por la embajada rusa para las Fiestas del Centenario; se lo alquilaron a mi padre, se entusiasmó con la idea, a pesar de la lejanía, porque en aquella época era todo un viaje ir desde las calles de Donceles hasta las calles de Las Artes, esquina con Rosas Moreno.

El liceo era de varones, sin embargo, había varias maestras. Había una, la señorita Catalina Hernández, muy inteligente, normalista, que tenía una hermana menor, que se llamaba Elena, quien se encargaba de la bolsa de accesorios para cuidar los grupos pequeños cuando salían al jardín. Había otra, Sara Moctezuma, profesora del segundo año; Catalina Hernández era del tercer año; del cuarto año fue un profesor Chao. Después de quinto año, no recuerdo quién era el profesor, ha de haber sido otro de los Chao –porque eran dos hermanos–, y en sexto año era un señor Juan Figueroa, muy mexicano, de tipo

muy liberal; cuando nos enseñaba historia, algún episodio histórico, llevaba un equipo de banderas y de cosas así que se usaban en aquella época.

Las clases se daban en español. Mi padre les hablaba en francés a todos los muchachos; los reprendía en francés y el castigo era que tradujeran al español lo que les había dicho. Todos los profesores hablaban francés: Catalina Hernández hablaba muy buen francés que le había enseñado mi abuelo, mi padre le enseñó a Figueroa; los Chao eran hijos de francés, todos hablaban francés.

Las colegiaturas eran la desesperación de mi padre. Ya comenzaban a hacer la competencia los hermanos maristas y los jesuitas. Así es que, paulatinamente se iba despoblando el colegio, al que tachaban de liberal y anticatólico. Entonces mi padre redujo las cuotas: un niño de primer año pagaba seis pesos al mes, el de segundo siete, ocho en tercero, nueve o diez los de quinto y sexto, y después, ya cuando estuvimos en las calles de Las Artes y Rosas Moreno, se quedó nada más el primer año de Preparatoria.

Los horarios de la primaria eran de ocho a doce, con un recreo intermedio, y después venía la comida; muchos niños eran medio internos; mi padre reanudaba las clases a las dos y media de la tarde y los niños salían a las cinco, cinco y media. Los sábados era la clase de moral y además se repartían lo que se llamaban “excepciones”, que eran como bonos que tenían los muchachos por haberse portado bien.

Los muchachos le decían a mi padre “el Pelón”, porque era calvo y además el poco pelo que tenía se lo cortaba mucho, para dar la impresión de “al rape”, que se usaba en aquella época. Los niños le tenían miedo y nosotros un pavor espantoso, porque teníamos que ser el modelo en la escuela, así es que cuando un niño Fournier sacaba una calificación de Bien, estábamos perdidos, porque tenía que ser *Parfaitement Bien*.

Los años de la primaria los recuerdo con gusto, con una relación familiar estable. Los hermanos nos peleábamos siempre. Sí, era muy normal. Yo quería mucho a mi hermano Héctor y nos seguimos queriendo mucho. El otro era distinto de carácter a nosotros; era muy seco, poco dado a los juegos y era el consentido de mi padre, pero la mujer era su adoración. El preferido de mi madre era yo.

En casa eran católicos, una práctica muy somera. En cuestiones de religión, creo que hay mochos y creyentes, y en mi casa eran más bien creyentes. Los hijos eran bautizados, les buscaban siempre padrinos que fueran masones, liberales furibundos. Hicimos la primera comunión ya de adolescentes porque mi papá siempre tenía cierta resistencia y por ello la hice hasta los doce años.

Recuerdo que en el año de 1909 nos decían que iba a estallar la revolución, que los Vázquez Gómez la encabezaban y que iban a boicotear las elecciones.

Llegó el año de 1910 y mi padre tenía un primo, Héctor Labadie, además eran compadres. Tenía una farmacia en la calle de Madero, que era Plateros. Ahí, en su balcón, veíamos los desfiles que fueron múltiples. Cuál no sería nuestro gusto al ver a mi abuelo, el naturalista, desfilando entre los grandes científicos de la época, porque hubo una parada de científicos. Me refiero a los científicos, presididos por Justo Sierra. Bueno, Justo Sierra no sé si era exactamente del Partido Científico<sup>4</sup> de Limantour, pero él encabezaba esta caravana de gente de ciencia. Para qué decir, hay nombres que se me escapan; tal vez, al ver la colonia de los Doctores, pueda decirles todos los que he conocido, todos los que estaban.

Hubo un desfile histórico al que asistió don Porfirio Díaz. El desfile venía de lo que ahora es La Alameda, que será el poniente de la ciudad, hacia oriente, hacia el Palacio Nacional. Don Porfirio Díaz, por el contrario, salió del Palacio Nacional en una gran carroza, con cuatro caballos, con una prestancia extraordinaria.

No sé cómo se llaman esos coches, una carreta abierta, inmensa, imperial, llena de flores, nada más sacaba la cabeza y se le veían las condecoraciones en el pecho con su cabeza blanca –bueno la cabeza no se le veía porque traía su sombrero de plumas–; era una cosa fantástica.

¡Mentira que la gente no quisiera a don Porfirio! La gente de la ciudad, en lo que a mí me consta, era porfirista a rabiar. Me acuerdo perfectamente de algunas inauguraciones de Porfirio Díaz; él de levita, de sorbete, el sombrero de seda, como se llamaba entonces; y con doña Carmelita, que lo acompañaba a todos lados, muy elegantemente vestida. Desde el año de 1908 comenzaron las inauguraciones, ya desde 1905, siendo niño, oí hablar de la inauguración del Hospital General y de La Castañeda.<sup>5</sup>

Creo que la última cosa material que inauguró fue la Columna de la Independencia. Inauguración a la que fui con todas las recomendaciones de mi padre, porque se rumoreaba que iban a poner bombas. En donde quiera se

<sup>4</sup> El grupo de los Científicos, que de hecho nunca constituyó un partido, estaba compuesto, entre otros, por: Francisco Bulnes, Joaquín Diego Casasús, Ramón Corral, Enrique C. Creel, José Ives Limantour, Miguel y Pablo Macedo, Emilio Rabasa y Justo Sierra.

<sup>5</sup> El Hospital General fue inaugurado el 5 de febrero de 1905 y el Manicomio de La Castañeda en 1910.



decía que iban a poner bombas, hasta en el baile de Palacio, el famosísimo baile de Palacio.

Mi padre rehusó toda clase de invitaciones por dos razones: primero por no estar con el grupo de porfiristas, y en segundo lugar porque habían puesto un techo de celuloide y que lo iban a quemar y que iban a dispersar bombas en el patio, que habían puesto naturalmente un entablado muy grande para que la gente pudiera bailar.

Mi madre le decía: —¡Ay, Carlos!, ¿cómo no vamos a ver a nadie?

Mi padre alquiló unas sillitas, de las que se alquilaban para los desfiles, ahí en la puerta central, para ver a la gente. Pero con la zozobra de todo el mundo de que iba a haber bombas, ese día de la inauguración de la Columna de la Independencia repitieron tanto la cosa de las bombas, que parecía que cada ciudadano llevaba una.

De seguridad sólo estaban los rurales. Llevo cincuenta años de servir al gobierno y nunca he contemplado esa liberalidad que había de la policía; no había nada organizado, don Porfirio se reía de haber triunfado tantas veces, se reía de los consejos.

Mi familia no era porfirista. Yo oí hablar de don Porfirio, pues naturalmente el hijo, Porfirito, se educó en el colegio de mi papá, pero como cualquier muchacho, no se le prestaba una atención especial.

Si había que arreglar algún negocio escolar, mi abuelo tenía amistad con Justo Sierra y llegaba contento de las pláticas con él.

Yo sentía que mi padre había captado un poco el espíritu liberal de mi abuelo paterno, pues se dio un poco a la molicie con el éxito que había tenido su Liceo y frecuentando gente muy importante; pero cultivaba también amistad con grupos misteriosos, mi madre un día le dijo:

—No te vayas a volver masón, porque los masones son muy misteriosos.

Y mi padre le dijo:

—¡Qué masón ni qué nada!, es que fui a ver a don fulano, a un amigo de Madero.

Yo tenía un padrino, buscado ultraliberal, un señor don Aurelio Macías, hermano del famoso cirujano Ramón Macías, que era liberal y además masón. Todos sus deseos eran que fuera yo masón y me inculcaba la cosa liberal y me daba consejos.

En ese medio vivía mi padre, ése era su misterio, se juntaban para hablar de política en *cachette*,<sup>6</sup> con un grupo de antiporfiristas. Mi padre nos pasaba algunas cosas; es decir, a mí, de once años, me contaba, me leía cosas.

–Mira esto, es del señor Madero...

### *Tiempos difíciles*

Al triunfo de Madero, mi padre y yo lo fuimos a esperar a la estación que se llamaba de Colonia, donde está el malhadado Monumento a la Madre... (Como decía en un cuento uno de los personajes que manejé algunas veces, así de chiste: “mucha piedra y poca madre”).

El *señor* Madero, porque entonces a la gente no se le decía “Madero”, llegó en junio, el 7, el día del temblor, ese temblor espantoso. Nuestra casa era de cuatro pisos y mi padre le puso una carta, que “estamos a sus órdenes”, que quién sabe.

–¡Ay, Carlos! –le decía mi mamá– no te vayas a meter en política.

–No, pero pues es amigo mío, le he mandado varias cartas.

Y efectivamente, ya llegó a México. En la parte de atrás, en la barandilla del tren, porque entró en reversa el tren, estaba doña Sara Pérez de Madero y estaba Madero, que siempre empleaba unos trajes a la “cazadora”. Llevaba sombrero texano, y se lo quitó ante los vítores del pueblo. Mi papá y yo, habíamos ido a la recepción porque la casa estaba en Rosas Moreno y Las Artes, así es que era sólo una calle la que teníamos que atravesar para el patio de la estación de Colonia, entre láminas y todo, púas y lo que se quiera, porque había prohibición de entrar, nos metimos y le dimos la mano a Madero. Madero nos hizo subir al andén y alguien le preguntó que quién era ese señor.

–Un patriota mexicano –dijo Madero.

Y Sarita me dio un beso, que le recordé cuando fui su médico en las postrimerías de su vida. Y en fin, para mí fue una experiencia muy grata.

Después viene una historia que, cuando leo las cosas, encuentro un poco confusa. Vino el interinato de De la Barra, la gente porfirista decía:

–¡Uh!, es tan decente como don Porfirio, es muy decente.

<sup>6</sup> A escondidas.

Bueno, el partido de la gente decente, ya no se hablaba de aristocracia ni de Científicos, sino del partido de la gente decente, y mi padre siempre decía:

–Pues yo soy indecente.

–¡Ay, Carlos!, no digas eso –mi madre era la que le llamaba la atención– no digas esas franquezas.

–Pues sí, porque esos señores me echan a perder toda la cosa.

–No, si dicen que se van a quedar muy poco tiempo.

Bueno, eran ciertas cosas ahí vagas, hasta que tomó posesión. Las cosas se comenzaron a encarecer, pasamos la Decena Trágica en ese edificio de Las Artes, y las cosas comenzaron naturalmente a escasear. Lo primero que faltó fue la leche, después la carne, en fin. Vino el cuartelazo y mi madre era la que tenía mucho miedo, pero tomó la precaución de no dejar salir a mi padre, que se desesperaba en la casa. Él salía, después de las cinco en adelante, se ponía muy guapo, muy elegante y se iba no sé a dónde pero primero iba al Café Colón o a El Globo. Dejó de ir cuando Huerta subió, es decir cuando Huerta comenzó a ir a El Globo. Entonces ya cambió al Casino Francés, que estaba en las calles de Motolinía, y así es que ahí echaba sus peroratas.

Había leva y se llevaban por parejo a todos los hombres que andaban ahí. Huerta tuvo siempre una crisis terrible de hombres, de gente, los mataba. Así es que se vivió una época muy angustiada.

Recuerdo también el mes de junio del año de 1916 cuando entró don Venustiano Carranza a México, por fin los rebeldes habían triunfado, se habían levantado arcos que quedaron sin terminar, estaban todos a medias, nosotros nos fuimos a la Tlaxpana, que era el lugar que nos quedaba más cerca. El venía por esa ruta de Cuautitlán y lo vimos entrar. Ese día mi padrino fue el que nos llevó, porque era íntimo amigo de don Venustiano; él, revolucionario decidido y espiritista furibundo, masón y todas esas cosas que se usaban en esa época. El espiritismo había tomado auge desde Madero.

Tuve diversos compañeros, algunos más importantes que otros, por ejemplo: Agustín Lara y yo fuimos compañeros desde el primer año, junto con Jaime Torres Bodet. La situación de Torres Bodet era muy especial, vivíamos pared de por medio, en la calle de Rosas Moreno, su mamá era profesora y le daba clases a su hijo, así es que Jaime no conoció más escuela que la de mi padre. Cada año iba para examinarse y tener su certificado, y así entramos juntos a la Preparatoria. Tres suertes completamente distintas.

Agustín me llevaba un año. Era un hombre muy inteligente, muy bien dotado para todas las cosas; muy buen matemático, así, en plan de estudiantes, bueno en su aritmética, su trigonometría; manejaba muy bien el castellano, en fin, no era el Agustín Lara que todo el mundo cree que es... No, no era de Veracruz, ni de Tlacotalpan, era de la Ciudad de México, del Distrito Federal. Es otro de los mitos.

La primera parranda que se corrió Agustín Lara me la platicó en la Preparatoria:

—¡Hombre, viejo, vieras que hay un burdel en la calzada de la Teja (hoy Villalongín), pero precioso, precioso...!

Su padre era el mantenedor del Museo de Historia Nacional de la Preparatoria y jefe de las clases de Preparatoria. El inspector de las clases de historia natural en toda la Secretaría era mi abuelo, don Manuel Villada. Entonces el doctor Lara, el papá, me trataba con mucha deferencia y siempre procuraba que fuera amigo de su hijo; pero era viudo y no lo podía tener y se lo había llevado a una hermana de la madre, que era la directora del asilo de niños que estaba en las calles de Tlalpan. La señora era muy redicha, como se usaba decir en ese tiempo, nada decía derecho, todo lo decía a través de metáforas, de cosas y de frases. Por ejemplo, la señora era muy clásica, tocaba la campana muy a la francesa y se presentaba la india descalza:

—Mande usted, señora.

—Traedme un mullido cojín para que descansen mis adormecidas plantas —y ya la otra sabía la frase porque era seguramente de todos los días y traía un cojinzote. Ella se quitaba las chanclas y ahí los ponía.

Una vez que me invitó Agustín a comer al hospicio para niños, presencié esa retórica de la señora. Ahí fue donde Agustín aprendió todo lo de “cierzo invernal”, y “el pavo real que se muere de luz en la tarde”.

Cuando vi las primeras canciones de Agustín dije: “Pues estas cosas yo las he oído”, y eran de la tía.

Mi abuelo Fournier daba el penúltimo grito cuando enfermaba. El último lo daba el doctor don Emilio Montaña, oculista y partero a la sazón, que atendía a mi madre de las perrillas que le venían de su miopía, le graduaba los lentes y además iba a sacar a los muchachos. Le hacía de todo. Así es que también nos curaba y luego venía la objeción de mi abuelo:

—No, nada de nitratos de plata y calomeles ni esas cosas, este Montañito — sus diminutivos—, este Montañito no tiene razón, no hay que darles mercurio a los niños, ni sales, y él ¡tenía tanta razón!

El médico de la familia era el doctor Montaña. Me parecía que era un señor que sabía tantas cosas, porque siempre estaba hablando de que “el niño va a tener una úlcera en el estómago, y un cáncer” y quién sabe cuántas cosas. Pero a mí lo que me sorprendía eran más bien las cosas de mi abuelo materno.

Montaña le atinaba, como se dice, en cambio, el abuelo cuánta cosa podía curar: las hemorragias menstruales, la menopausia, abortos, y cosas así. Siempre daba un consejo muy atinado. Mi abuelo me hacía versos, le dio por hacer versos y entonces me ponía en los versos: *Raoulito, hijo de Galeno...* Y quién sabe cuántas cosas, ahí tengo conservados los versitos, muy mal hechos, pero en fin, ahí están.

Una vez, en diciembre de 1923, mandó un propio de la Villa a las calles de Las Estaciones, donde nosotros estábamos viviendo, a decirle a mi mamá que estaba con una bronquitis muy fuerte, que yo lo fuera a ver, porque ya me consideraba médico, estaba en el último año de la carrera. Que le llevara alguna cosa de comer, que no cualquier cosita, quería cuatro patitos en pipián con banderitas de oro volador en cada patita, quería su caldito de habas, y quería frijolititos refritos, era un tragón, como toda la gente de Toluca, comían de diez a doce platillos, enchiladas verdes, coloradas, porque eran muy patriotas.

Ahí voy, cargando con mi canasta, con un mozo que siempre estaba en mi casa. Era una trifulca llegar hasta la Villa de Guadalupe en esos tiempos: primero tomar el tren de Juárez que lo dejaba a uno en las calles de lo que ahora es Argentina, ahí tomaba cualquier tren que dijera “Villa de Guadalupe”. Había unos verdes que eran para transportar la mercancía y eran muy rápidos pues no levantaban gente y como iba con la canasta, me dejaron subir.

Llegamos, estaba tosiendo, ya con expectoración herrumbrosa como llamamos nosotros, con fragmentos de sangre, no me habló de la tos ni nada de esas cosas. Echó sus esputos ahí en un recipiente y:

—¿Qué me trajiste de comer?

—Pues mira, te traje tu caldo de habas.

—¡Ah!, ¡que bueno!, mira, aunque no esté muy calentito me lo voy a tomar porque tengo mucha hambre.

Se bebió el caldo de habas, que estaba muy bueno porque mi mamá era muy buena cocinera.

–A ver los patitos.

Bueno. ¡Que descubre los patitos en pipián!, estaban con sus banderas, con sus gallardetes, y por poco se desmaya al ver los platos. Ahí le habían hecho nada más tortillas y agua de jamaica o agua de quién sabe qué. Con los frijolitos y un dulce de huevo que le mandaron: ¡dio una comida! Los cuatro patos se los acabó, la cazuelita de frijoles, la sopa del caldo de habas, cuanta tortilla le llevaron. Se chupó todos los huesos de los patitos –antes en México había mucho pato de Texcoco–, y me dice:

–Bueno, niño, me voy a echar una siestecita, porque creo que me la merezco.

–Bueno, papá, ¿quieres que te traiga un maestro mío a que oiga tu pulmón?

–A ver, óyemelo tú.

Y lo oí y ya estaba perdido el pulmón, lleno de estertores y le digo:

–¡Ay, papá!, siempre te voy a traer un maestro.

–No, no, no lo quiero aquí, entre tú y yo resolvemos esta cosa, tú me vas diciendo lo que tengo y yo te digo lo que hay que hacer. Ahorita me mandas a hacer nada más una poción de polígala, ahí está en esta botellita, que me hagan un cocimiento de polígala y le echamos un piquetito; ahí tengo un buen coñaquito. Tengo también florecitas de digital, así es que también hay que ponerlas a hervir.

Le hice su menjurje, se tomó su tacita, se acostó a dormir y no despertó. Murió de banquete, automedicación, con el nieto querido. Murió de ochenta y cuatro años, yo tenía veintitrés.

Mi abuelo me decía:

–Mira, niño, nunca se te olvide, es un principio hipocrático, que la naturaleza da la mayor parte de las medicinas, lo demás son invenciones. ¿No ves que yo receto el jarabe de polígala? Toda la medicina está dentro de la naturaleza, el hombre se formó con sus remedios y sus pecados –tampoco creía en los pecados, pero en fin–, se formó con todo lo que necesitaban a su alcance. No vayas más lejos, cura a la gente de una manera natural. De ahí el precepto hipocrático que dice: *medicatrix nature*.<sup>7</sup>

Claro que no seguí completamente el consejo porque paulatinamente las hierbas, extrayéndoles los alcaloides, se fueron haciendo medicinas de patente.

<sup>7</sup> *Vis medicatrix nature*: La naturaleza se cura sola.

En su casa había vivido su hijo, Ricardito, un vago bien hecho, se murió de una borrachera. Entonces Adelita, creo que se llamaba la mujer, se volvió a casar, y llegó ahí con el nuevo marido. Se murió Adelita y entonces este señor se volvió a casar, comenzaron a tirar todos los manuscritos, los llevaban a la panadería para que envolvieran cosas, o a la tienda, los frascos a la botica.

Si bien es cierto que mi abuelo murió en 1923, yo antes había tenido mis dudas de la carrera que debía escoger. Me gustaba mucho el teatro, escribía comedias. Tenía un teatro de títeres, manejaba los títeres, y estaba en cuantas comedias del rumbo. Hay que advertir que en aquella época, 1915, 1916, no había a dónde ir, así es que uno se buscaba sus propias diversiones. Entonces era Raoul el que decía monólogos, el que hacía teatro, con una compañera, Celia Montaña (la hija del doctor Montaña), que era una gordita simpática. Hacíamos comeditas a dos, por ejemplo *Mañanita de sol*, con éxito loco. La gente iba los sábados a mi casa porque mi padre ya había mudado el colegio, una vez más, a la esquina de Las Estaciones y Mejía, ahora Insurgentes, en la contraesquina de donde está el PRI. Era una casa amplia y ahí hacíamos nuestras representaciones teatrales, con mucho éxito. Era para la familia, para los amigos.

Mi padre lo vio muy bien por una temporada, pero cuando me preguntaba qué quería ser y le decía que cómico, se ponía furioso.

—¡Un hijo mío de cómico!, echarlo a perder, a la calle... pues piénsalo bien.

Bueno, no le gustó. Al mes me preguntaba:

—Bueno, ya es el mes de septiembre y ya necesitas ver qué quieres, si vas a entrar a la Preparatoria —yo empeñado con lo del teatro. Así hubo tres o cuatro reprimendas muy duras.

Fui muy buen imitador y desarrollé una vis cómica natural, se puede decir, muy original, porque mi padre se empeñó en dar una cultura a sus hijos, que nos sirviera de algo en la vida, y a mí me puso a estudiar piano. Escogí entre muchas cosas el piano y la pintura, y entonces me puse a estudiar, porque a él no le gustaba que me dedicara a la literatura. Consideraba que era una de mis salidas para ser actor y ser gente de teatro y, en fin, la vida bohemia.

Así tienen que era yo muy bajito de cuerpo, muy delgado, apenas y alcanzaba los pedales del piano. Eso sucedía cuando tenía once años, quién sabe qué clase de piano era, el caso es que me quedaban los pedales muy lejos. Una vez había visitas en la casa y comenzaron a decir:

—¿Qué está estudiando Raoul además de su carrera?

–Pues estudia el piano.

–¡Ay!, que nos toque –yo sabía una composición muy emotiva que se llama *La voz del corazón*, y entonces me dice mi madre:

–Bueno, pues, por favor, Raoulito, toca, toca, ándale, ya sabemos que lo haces mal, pero en fin, aquí da lo mismo, te van a perdonar.

Ante esa idea de mi madre de que lo haría mal, me dije:

–Ahora voy a poner todo lo que esté de mi parte para quedar muy bien.

Entonces me puso al piano, en la silla, el piano me quedaba un poco arriba en la frente y nomás me volteé al público.

–¿Lo quieren con pedal o sin pedal?

–¡No!, con pedal, con pedal.

Entonces me bajé todavía más, las manos me quedaban... ¡y salió una *voz del corazón* de llanto! Tocaba otras cosas, *Madame de Cheminal* y en fin, todo por el mismo estilo, una farsa, me reía de todas esas cosas.

Una señora que estaba ahí, Jesusita Campos, lloraba, la había emocionado mucho *La voz del corazón* y yo me sentía triunfante y quería seguir hasta que me pararon:

–¡Ya, ya estuvo bueno, ya no toques, ya descansa!

Todo ello trae a colación mi vena literaria de ironía y burla, que escribí en *La urbanidad y otros cuentos*.<sup>8</sup> Están muy mal escritos gramaticalmente, tienen muchas faltas y cosas que después advertí, pero había la urgencia. Mi mujer quería que se publicaran ya así, nada más. Si tengo vida y acabo mis memorias, pienso rehacer esos cuentos. Nada más ponerles un mejor tiempo gramatical y hacer los otros que tengo en la cabeza. Algunos ya están escritos, como *El caso de Petra Sánchez* o *el triunfo de la cirugía* y *El caso de Margarita González* o *la enferma químicamente sana*, todos son casos irónicos.

El primer cuento del libro se llama *Mi triste vida*, trata de un perro, tiene cosas verídicas de mi vida, pero como no tenía el sentir para escribir mis cosas, porque me parecía muy pedante, entonces cogí al perrito aquel, con el que estaba experimentando, y le pasé mi vida. Me gustaba mucho oír las conversaciones de los mayores detrás de las cortinas, me parecían muy interesantes, y como no podía confesar eso, era el perrito el que oía todo.

<sup>8</sup> México, Editorial Fournier, S.A., 1953.



Haber escogido animales, era en primer lugar por la cosa biológica, que ya traía formada por mi profesión; hacíamos experimentos de fisiología y todas esas cosas, así es que manejábamos los animales, los perros, muy frecuentemente y como me ha gustado siempre buscar la amistad en la gente, la buscaba también en los animales. Eran mis conejitos consentidos y mis cueros y mis perros y los caballos. Entonces, paulatinamente les fui dando alma y vida.

El año de 1912, mi padre reinstaló un primer año de Preparatoria. Estábamos en Rosas Moreno y Las Artes. En ese primer año de Preparatoria estábamos Agustín Lara, Emilio Caire, un muchacho de origen francés, otro muchacho Fernández, otro Reynaud, y yo; éramos cinco en ese grupo, porque mi padre, no sé por qué, me vio muy desarmado para ir a la Preparatoria. Sí, sí, un proteccionismo que le salía de vez en cuando; y entonces invitó a ciertos jóvenes para formar un año de Preparatoria. Como el colegio estaba incorporado a la Secretaría de Educación, le dieron permiso y entramos.

Mi madre tenía un papel importante desde el punto de vista de la organización, porque era la que se encargaba de la comida. El Liceo Fournier tenía fama de que era el lugar donde se comía mejor de los colegios en México. Hacía las cosas sencillas que podían estar a la altura de un niño, pero un filete, un bistec –como les llaman ahora–, era un bistec hecho de una manera especial.

Recuerdo la vez que entró Virginia Fábregas al colegio, en gran carruaje, muchas gasas, era muy gruesa, buscó a mi madre; ella se puso una bata mejorcita que las que tenía del diario y la fue a entrevistar. Mi papá le preguntó a la Fábregas que por qué quería verla a ella, y le dijo que eran cosas de mujer, muy especiales. Bueno, entonces le dijo:

–Señora, mi hijo Manolo –que era Sánchez Navarro– siempre me va a decir que la comida de usted es maravillosa, y a mí me da una guerra Manolo en la casa, porque se quiere ir a comer al Liceo. ¿Qué es lo que les da?, porque él no me lo sabe describir.

Entonces mi madre le dio la receta a la Fábregas de los bisteces y todas esas cosas y ella le dice:

–Usted comprenderá que no los puedo hacer, pero le voy a suplicar que me permita mandar a mi cocinera para que ella vea cómo se hacen las cosas.

Es una pequeña anécdota que ilustra la forma cómo se trataban las cosas: bizcochos muy buenos en el desayuno, con huevo y frijoles, y después en la comida eran tres platillos, pero muy buenos.

Vivíamos en la casa del director; mi papá siempre se las arreglaba para buscar una especie de jonuco donde cabíamos los seis de la familia.

En mi memoria hay un personaje que redondeo mucho, un señor Manuel Bustamante, amigo de mi abuelo, por quien tenía una fijación. Era de origen indígena, pero se dejó la barba a la *boulangier* tenía más o menos la misma talla y, en fin, todos los gestos eran iguales a los de mi abuelo y hablaba un francés admirable. Incluso a mi padre, que era medio descuidado para hablar el francés, le corregía muchas veces alguna cosa, dicción. A mi madre también la enseñó Bustamante. Era maestro de la escuela, un *à tour faire*,<sup>9</sup> que faltaba el profesor de matemáticas, ahí estaba él. Era excelente para todas las cosas y mi mamá siempre lo admiró mucho.

Luego mi padre decidió que ya no seguiría poniendo la Preparatoria, porque cuando se necesitaba un segundo año iba complicándose la cosa, por eso nos mandó a Torres Bodet y a mí, con un acuerdo, a la Preparatoria de San Ildefonso, que era la única que existía.

Yo era un muchacho bastante feo, muy delgado, me decían en mi casa el “Flaco”; era estirado, esbelto. No acabé de crecer porque ya no había leche a partir de 1914 hasta 1917, o sea en la edad que tenía catorce años y estaba en desarrollo.

Así es que era muy flaco, las orejas muy desprendidas de la cara, me decían también el “Orejas”; de cabello rubio, muy distinto a mis otros hermanos, no a mi hermana, que se asemeja mucho a mí. Mi hermano, el que tiene una casa que vende cosas de piel allá en Niza, es gordo y de cabeza roja. Los cabellos rojos se deben a la herencia de un tío llamado Julio Fournier, y los nietos de mi abuelo nacieron de cabeza roja, menos mi hermana y yo.

Por cuanto al temperamento, si se saben su Rousseau al dedillo, me asemejaba mucho al Emilio: rebelde, divagado. En fin, ése era yo.

Me acuerdo muy bien de Jaime Torres Bodet, que era un año menor que yo. Cómo lo vestía su mamá: pantalón corto, que le llegaba arriba de la rodilla, completamente ceñido; no usaba medias, como era costumbre, sino que era la pierna descubierta, y el calcetín y el zapato, y una camisa con un cuello que se usó mucho en Francia, un cuello almidonado y con una *lavallière*<sup>10</sup> muy grande.

<sup>9</sup> Un “mil usos”, hombre orquesta

<sup>10</sup> Corbata de lazo grande.

La decadencia económica y los problemas comenzaron en 1913, en la Decena Trágica. Los hijos de los Fournier estudiaban en el Liceo; la hija la mandaron al Colegio Francés.

El 10 de febrero se abrían las clases; lo recuerdo porque el 9 de febrero fue el golpe de Estado contra Madero, la Decena Trágica, fue un domingo, y el lunes nuestros padres se telefonearon:

– ¿Y ustedes qué van a hacer?

–Pues quién sabe, dicen que esto va a durar muy poco, el general Ángeles ya está aquí, en México, y va a hacerse cargo de la situación.

Y en fin, entró una especie de optimismo en la población. Y después:

–No, que Ángeles está todavía en el norte, que es Victoriano Huerta el que se va a ocupar de la situación.

Y total, se desarrolló la Decena Trágica y, claro, no había clases ni nada. El día 23 de febrero se anunció que se reanudaban todas las labores gubernamentales. El señor Carlos Fournier, mi padre, y la señora Bodet de Torres, decidieron mandarnos, pero no había tranvías ni había nada, así es que nos mandaron a pie, de Las Artes a San Ildefonso. Tomamos un camino un poco heterodoxo, porque yéndonos por Las Artes, después Mina, lo que ahora se llama Belisario Domínguez, pues quedan las calles de San Ildefonso precisamente, de la Concepción y después San Lorenzo. Salíamos derecho, casi derecho, a la Secretaría de Educación, y caminábamos una calle y ya estábamos en la Preparatoria.

Pero nosotros, por ver los destrozos que se habían hecho durante la Decena Trágica, tomamos por las calles de San Cosme, que estaba a una cuadra nuestra, creo que es Hidalgo. Llegamos caminando hasta el Hotel San Francisco, en la avenida Juárez, que se veía muy bien. Entonces nos acercamos y vimos toda la destrucción de aquella zona: el hotel sin cúpula que todavía existe, y en cada esquina había montones de cadáveres, unos muy recientes, otros que ya les habían echado petróleo y los habían comenzado a quemar, esparciendo un olor imposible. Así toda la avenida Juárez y La Alameda.

Nos fuimos de ahí los dos muchachitos. Al pasar por las calles de Balderas, eché una espiadita a la casa de mi abuelo Fournier en la esquina de Colón y Balderas (ya mi abuelo había muerto). Estaba completamente destrozada, porque la calle de Balderas no era tan ancha como es ahora, porque la calle de Colón interfería con la calle de Balderas. Es decir, Balderas se acababa en la calle de Colón, así es que había una saliente en la casa de mi abuelo, formando

una especie de placita y toda la esquina estaba destruida. Seguimos nuestro camino hasta llegar.

Ese día mi padre me dijo que me pusiera de pantalón largo; antes había usado mi pantalón corto con medias. Entonces yo iba correctamente y a Jaime Torres Bodet todo mundo se le quedaba viendo. Era muy gordito. Se sentó en una banca de La Alameda donde no llegaban mucho los olores y:

–Mira, Raoul, creo que nos vamos por otro lado.

A medida que se alejaba uno de la zona de Balderas y de La Ciudadela, pues ya los destrozos eran menores. Había soldados federales. Llegamos a lo que ahora es República de Argentina, que es donde está la entrada de la Preparatoria de San Ildefonso y por ahí apareció el periódico *El Imparcial*, que compramos, y que decía: “El señor presidente Madero y el señor Pino Suárez fueron asesinados anoche en las cercanías de la Penitenciaría por sus propios partidarios que trataban de rescatarlos”.

Ahí estaban los periódicos, y nosotros adosados a una pared, y en voz alta leímos la crónica, una crónica muy falsa.

Después entramos a la Preparatoria. Fuera de un vendedor de unas frutas que se llaman garambullos –o se llamaban, no sé si todavía exista esa fruta, eran como moras–, que era el que vendía dulces en la puerta, sólo estaban una serie de muchachos que correspondían a Leyes unos y otros a la Preparatoria. Ahí desbalagados, todos leyendo las noticias y haciendo distintos comentarios; todos de acuerdo en que lo había asesinado el gobierno, en fin.

Entramos Torres Bodet y yo; las secretarías que ahí servían no habían llegado, así es que fue un día completamente perdido. Nos volvimos a casa. Había un tranvía que se llamaba “Santa María la Rosa”, que tomaba toda la calle de Las Artes hasta una calle que se llamaba de La Industria, hoy Serafio Rendón, y ahí nos depositó. Los motoristas, que antes usaban uniforme, vestidos de paisanos, y temerosos de que estuviera la vía levantada en algún lado. En fin, caminaba muy despacio, hasta que llegamos e hicimos la relación a nuestra familia de todas las cosas.

Mi padre estaba más colorado, y:

– ¿Qué hicieron esos asesinos? –preguntó.

Pues ya le conté lo que habíamos visto y le di el periódico a mi madre, que quiso saber la versión del gobierno; el periódico nada más se vendía en el centro, no llegaba a otros lados.

Huerta era execrable, bandido, todos los epítetos habidos y por haber. Todavía la leva no comenzaba, pero Victoriano Huerta había aumentado las plazas, claro, había mucha gente sin ocupación ni nada, que creyeron que era el camino que México tomaría y que ellos tomarían un puesto con esto. Entraban muchos de Tacuba, de Xochimilco, que eran pueblos lejanos. Cuando el gobierno de Huerta no hubo hambre, a pesar de los zapatistas y su cercanía con la ciudad de México, que en esa época tenía cuatrocientos mil habitantes. El hambre la comenzamos a padecer al final de 1914 y sobre todo en 1915, con Carranza.

Recuerdo algunas cosas del gobierno de Huerta porque forzosamente la actividad de mi padre que era profesor, por el colegio, tenía relaciones frecuentes con el Ministerio de Instrucción Pública, con García Naranjo. Mi padre tenía que hacer viajes, ¡y llegaba furioso, furioso!

—No le di la mano a ese tal por cual de García Naranjo, ¡cara de gato! ¡De gato feroz! ¡De gato salvaje!, de... —bueno, todos los adjetivos que decentemente se decían en aquella época o en aquellos momentos.

— ¡Ay, Carlos! —le decía mi mamá, temerosa—, ¿no te irá a traer eso una consecuencia?

— ¡Qué consecuencia ni que nada!, si nada más fui a entregar las listas de los alumnos que salieron el año pasado, teníamos de plazo hasta el último de febrero, y fui a entregar las listas de los que habían salido de primaria y de primero de Preparatoria.

Teníamos un pariente, que fue don Aurelio Macías, masón, espiritista, carrancista. Nos juntábamos a la noche; ellos vivían del lado de La Tlaxpana, ahí por donde está el Instituto Politécnico, en la calle de Santo Tomás. Mi tía iba frecuentemente con mi tío a eso de las seis de la tarde, acompañados para evitar la cosa de la leva, un atentado, o cualquier cosa. Iba toda su familia y nos concentrábamos en mi casa primero para hablar mal de Huerta:

— ¡Que hay noticias de que Zapata ya hizo esto y uno de estos días entra Zapata...!

Y al día siguiente veía uno en el periódico que los huertistas habían incendiado el pueblo del Ajusco, que habían hecho esto y lo otro para combatir a Zapata. Mi madre se escabullía de toda opinión política y de todas esas cosas y siempre estaba con los nacidos en ideología revolucionaria, como Zapata.

– ¡Ay!, si es tan cristiano, tan bueno, todos dicen que todos los zapatistas –como comprobamos después– traen la Virgen de Guadalupe en el sombrero, ¡cómo van a ser malos!

Mi madre era muy católica, así de medio pelo, no iba ni a misa, ni a confesarse, ni a comulgar. La estampita le daba mucha tranquilidad, era un respeto. Pues al que más atención se le prestó fue a Carranza, el día que desconoció al gobierno de Huerta, renunció al gobierno de Coahuila y entonces, un reguero de pólvora, interpretado de una manera especial por los periódicos:

Un militarcito que fungió como gobernador de Madero desconoció al gobierno legalmente establecido.

Fue la primera versión que nos pasó. En la confusión de esos días le ponían, “militarcillo de segunda clase”. Lo ponían pinto, y toda la gente:

– ¡No!, si dicen que ya viene contra el ejército, y que ya llegó a Querétaro, siguiendo la línea del norte a Querétaro.

Nos reuníamos para escuchar las noticias de mi tío Aurelio Macías, porque siempre tenía noticias. Catalina, mi tía, mi madrina, ayudaba mucho a su marido. En primer lugar haciendo de *medium* entre los espiritistas y además leyendo cuantas versiones había a propósito de las profecías de la Madre Matiana y después echaba sus arengas espiritistas.

Mi padre era reacio a esas cosas, y completamente opuesto a Huerta, a quien no se le bajaba de asesino: “¿Saben que ya mandó matar a éste, que ya mandó matar al otro?”

Mi papá persistía, a pesar de las súplicas de mi mamá, en ir a las calles de Motolinía, donde estaba el Casino Francés, tenía que pasar por El Globo y ahí estaban los militares afuera, y luego se comentaba:

– ¡No!, si estuve viendo, beben en taza el *cognac*, y llevan una tetera.

Esos comentarios los hacía mi padre, que espía a Huerta en la calle de Motolinía, al salir. Al principio despachaba las cosas oficiales, y empezaba a beber; había una parte intermedia cuando la gente le calentaba la cabeza para mandar matar a tal diputado, a tal otra gente, a particulares opositores y era como todo alcohólico. En la puerta de El Globo estaba parada una carretela, casi en la esquina de Bolívar. Después oí decir a mi papá que había cambiado la carretela por una “estufa”. Las “estufas” eran los coches cerrados, porque así nadie veía con las cortinillas bajadas. Esas cosas las comenzaba Huerta no muy temprano, en primer lugar había el rumor de la leva, poca gente salía a la calle, así es que creo que cuando no estaba muy ebrio, o aguantaba mucho, salía por su propio pie hasta la

“estufa”, hasta el coche cerrado. Otras veces salía del brazo de civiles, apoyándose para no tambalearse, y lo subían al coche, subía con otra gente y partía el coche. Probablemente mi padre lo vio alguna vez y como otros decía:

–Pues éste se va a dormir la borrachera a su casa –vivía en la calle de Las Artes, su residencia oficial naturalmente era Chapultepec, pero él prefería, después de esas “englobadas” que se daba, ir a su casa.

Se mantuvo por los norteamericanos. El embajador Wilson ayudó a Huerta en lo de la Decena Trágica, a que fuera el jefe del movimiento. A Huerta lo sostuvo por mucho tiempo el gobierno norteamericano, hasta que creo que se le pasó la mano en los asesinatos o no sé qué cosa.

He leído todo cuanto hay sobre Huerta. El personaje me interesa muchísimo; sus miedos, etc. Las memorias de la señora O’Shaughnessy<sup>11</sup> son interesantes, describe bastante bien la cosa de Carranza y las reuniones aquellas de Huerta. Recuerdo la última reunión que describe en el Castillo de Chapultepec: el traje que llevaba la señora Huerta era negro, de holanes blancos y las perlas. Me acuerdo perfectamente. Hay un apócrifo que se llama *Memorias de Victoriano Huerta*, un absurdo.

A gente como Gamboa y Rabasa los conocía uno de nombre. De Gamboa guardo el recuerdo que, ya nombrado ministro, vino la declaración de guerra a Estados Unidos, que aparece *El Imperial* con la bandera tricolor, es decir, arriba colorado, blanco en medio y verde abajo. Guardo las declaraciones de Gamboa porque me decían que estaban muy bien escritas, que era una cosa muy valiente, creo que las leí, hasta las guardo... Pero no, nunca tuve por Gamboa ninguna simpatía. Esta gente no se unió a Carranza por no desplazarse, seguramente. Ese fenómeno pasó con la toma de París por los alemanes. ¿Por qué no huyeron todos y se quedaron algunos a la ocupación? Pues algunos no se quisieron desplazar, otros porque aceptaban al gobierno de Pétain y la mayor parte, sí, para crear una resistencia, el *maquis*.

En México pasaba lo mismo durante la Decena Trágica: no recuerdo haber estado ligado nunca, ni haber oído nunca, durante su gobierno, una defensa de Victoriano Huerta. Yo era un estudiante y nos habían militarizado en la Preparatoria, y desfilábamos y nos hacían hacer ejercicios militares

<sup>11</sup> Edith O’Shaughnessy, fue esposa del Encargado de Negocios norteamericano en la época de Huerta. (Véase Edith O’Shaughnessy, *Huerta y la Revolución*, edición, traducción, prólogo y notas a la obra de Eugenia Meyer, México, Ediciones Diógenes, 1971.)

exhaustivos. Todos los que íbamos ahí, íbamos a fuerza y echándole mentadas a Huerta.

Recuerdo una anécdota de esta época. A Aureliano Urrutia, el “Indio Urrutia”, lo conocía por los periódicos, por la prensa, por la fama que había en México, era el primer cirujano de México, compadre de Victoriano Huerta, etcétera. Una vez, como ministro de Gobernación se le ocurrió hacer una transformación física de la Escuela de Medicina, una malhadada transformación. Era muy cursi. No tan sólo sacó la Academia de Medicina a un edificio derrumbado, sino que sobre esas cosas que estaban ya muy maltratadas, le puso una armazón de hierro para ponerle vidrio; mandó traer mármol de Italia, un parquet de mármol y le puso al piso parquet de mármol.

Una vez se le ocurrió a García Naranjo, ministro de Educación, imponer, contra toda la popularidad de los estudiantes y contra esa reacción estudiantil que había en contra de Victoriano Huerta, a don Julián Villarreal como director de la Escuela de Medicina. Había muchas manifestaciones, si no habladas, verbales, cuando menos un descontento *sotto voce* contra don Julián Villarreal, y el entonces ministro de Educación, García Naranjo. Este le pidió a don Aureliano Urrutia, que tenía cierta popularidad entre los muchachos, que lo acompañara a darle posesión al doctor Julián Villarreal de la dirección de la Escuela. Nosotros éramos preparatorianos, eran los albores de 1914, creo yo. Y entonces entra don Julián Villarreal con García Naranjo y comenzaron las protestas de los estudiantes de medicina. Luego fueron algunos muchachos de medicina a llamar a los de la Preparatoria, yo oí de qué se trataba. Ya muchos se ciscaron y no fueron, pero yo era medio aventado y curioso y me fui con ellos. Entonces ahí conocí a don Aureliano Urrutia, porque en esos momentos entraba, casi cuando un pequeño grupo de estudiantes preparatorianos y otros de Leyes a los que habían podido llamar se sumaron a los de la Escuela de Medicina. Hubo una protesta general, comenzaron a levantar los mosaiquitos recién puestos del parquet de la escuela y se armó una piedriza terrible.

Y ahí estaba Urrutia, pretendía hablar, y lo hacía con una voz ahogada. Creí que era un magnífico orador, pero sería por la emoción de ver que nadie lo respetaba, que no era el indicado, no por ser Urrutia, sino por ser uno de los ministros más acusados de Victoriano Huerta. Así es que salieron los dos ministros, el de Educación y el de Gobernación, y don Julián Villarreal, y a renglón seguido cerraron la Escuela. Así es que la Escuela de Medicina perma-



neció cerrada desde los albores de 1914 hasta la entrada de Carranza. Esos momentos fueron muy importantes para la Escuela de Medicina, para los estudiantes; en primer lugar porque ese hecho había despertado ya la conciencia de que no era difícil tirar a Victoriano Huerta.

A Huerta le interesaba tener un ejército imponente. Le faltaban soldados porque no le bastaban los de la leva, que se pasaban siempre al otro bando, esta fue la manera como los revolucionarios fueron aumentando su ejército. Luego, claro, lo de la capital es un fenómeno distinto a lo que pasaba en el resto del país. Pero mucha gente, por ejemplo, conozco la versión de Gustavo Baz que se metió con los zapatistas que eran los que le quedaban más cerca, y como él muchos mexicanos se fueron. México estaba realmente, si no despojado, muy disminuido en su población.

En la Preparatoria éramos unos mil quinientos. El director era Marcelino Dávalos. Hacíamos tácticas militares y marchas forzadas. Nos íbamos del edificio de San Ildefonso a la Penitenciaría, con un fusil, ¡imagínense nada más! Yo tenía trece años, una criatura de trece años, tenía llagada la clavícula y todo. Mi madre decía:

–Mi hijo me lo van a dejar chueco, a los trece años, con estos fusilotes.

Se nos puso uniforme. Uno de caqui para el diario y luego, para las galas, un uniforme ridículo, de paño verde, con botones dorados, el pantalón llegaba hasta la rodilla y después esas polainas que se enredan y unos birretitos, con una cosa en forma de nabo. Con él desfilamos el 15 de septiembre de 1913. Los uniformes los daba el gobierno a través del jefe militar de todo ese grupo de estudiantes, el general Emiliano Sánchez.

En la Preparatoria no pagábamos colegiatura y los libros los comprábamos nosotros. La situación era la siguiente: teníamos clases tres veces a la semana, por la mañana nos levantábamos muy temprano, con objeto de llegar a clase de siete. Había clases de siete a ocho, de ocho a nueve y de nueve a diez, además de las clases de la tarde.

A las diez de la mañana estábamos a la disposición del mecanismo militar, ya nosotros íbamos vestidos de militares, y una o dos veces a la semana tocaba instrucción en el gran patio de la Preparatoria y, naturalmente, yo sacaba los chistes de Beristáin:

– ¿Qué está haciendo, qué les enseña?

–Pues nada, al dar las órdenes un militar nos dijo: “¡pecho en tierra, marchen!”

No sé si lo dijo o lo inventé, el caso es que corrió la voz de que eran tan brutos y tan ignorantes los de la milicia, eso de decirle a una gente que “pecho en tierra y marchen..”. Bueno, mi papá se lo contó a todo el mundo, y todo el mundo:

–Oye, ¿es cierto que...?

–Sí, sí es cierto.

Luego vino la declaración de guerra de los Estados Unidos,<sup>12</sup> en abril de 1914. Se hicieron más rigurosos y, por orden, nos nombraban para hacer la guardia del edificio y cuidar la zona circundante. Recuerdo que la Preparatoria era la única militarizada, así es que los muchachos de Leyes nos llenaban de improperios: “buey de huertista” y quién sabe cuántas cosas.

Sufríamos en carne propia los efectos de la Revolución; los mayores temiendo la leva que también afectaba a nuestros padres. Luego, la falta de dinero. Había, sin embargo, algunos alicientes, que eran, por ejemplo, la intervención norteamericana que nos unió a todos. Pero nadie estuvo con Huerta. Así es que incluso comenzó a circular el rumor:

– ¡No!, que si ni hay nadie en Veracruz, no hay americanos, Huerta quiere hacer una gran leva de estudiantes y mandarlos a combatir contra Carranza. Esa unión fue al principio un motivo de fiesta, de patriotismo, de que teníamos algo por qué.

Durante el tiempo de la invasión americana, llegó una misión japonesa, era como nuestra tabla de salvación. Íbamos por las calles gritando “¡Nipón Bansaí, Nipón Bansaí, Nipón Bansaí!”, El Nuevo Japón, que era una tienda muy importante, que estaba en la avenida Juárez, se adornó, mientras otros estudiantes tumbaron la estatua de Washington allá en la Plaza y recorrieron parte del Paseo de la Reforma que, creo, no estaba pavimentado todavía.

En una ocasión Luis Enrique Erro ya había salido de la Preparatoria, era muy valiente, muy bravo, y después de que nos habían hecho tanto choteo los de Leyes, porque estábamos con nuestro ridículo uniforme, lo acompañamos a la Secretaría de Educación Pública que estaba entonces, no en el edificio de ahora, sino donde estuvo con Industria y Comercio. Ahí estaba García Naranjo, pedimos que saliera, y al salir García Naranjo preguntó, haciendo uso de una voz entre solemne y chillona, que qué queríamos.

<sup>12</sup> Se refiere al bombardeo de buques norteamericanos y subsecuente ocupación del puerto de Veracruz, 21 de abril de 1914.

Quizá García Naranjo se temía una revuelta, pero lo que pedían los estudiantes eran armas para ir a combatir a los norteamericanos. Dijo que le iba a transmitir al señor Presidente de la República esos deseos, se conseguirían armas, se las daría a la juventud para que defendiera a su patria, y se echó una arenga.

Yo iba únicamente de metiche, porque entonces me gustaba andar en todo. Los estudiantes se regresaron y ya ellos mismos, los muchachos de Jurisprudencia, vestidos de civiles, comenzaron a hacer guardias en las azoteas, con rifles, rifles de salón y municiones, a dizque hacer guardias.

Recuerdo que fue en esta época de Huerta, cuando nos tocaba la guardia del edificio, cuando entraron los norteamericanos. Luis Enrique Erro, y otro muchacho Viadas hablaban horrores de Victoriano Huerta; los había unido el asesinato de Belisario Domínguez, y contaban en detalle los acontecimientos de Puebla. De vez en cuando gritaba uno:

– ¡Alerta! –gritaba alguno, y nosotros:

– ¡Quién vive!

Después seguíamos en nuestros cuantos, y los mayores, los que tenían más lenguaje, nos arengaban a nosotros, los chamacos.

Nosotros teníamos rifles japoneses de a de veras y teníamos que hacer las guardias en las azoteas. Las estudiantes le hacían de enfermeras; tenían un uniformito de tela cruda y con un bonetito que decía: “Enfermería de la Escuela Nacional Preparatoria”, pero eran muy pocas, muy pocas.

En mi época se hicieron reformas educativas en la Preparatoria. No fue la reforma que hizo Moisés Sáenz<sup>13</sup> que disolvió prácticamente la Preparatoria e hizo la Escuela Secundaria y dividió la cosa. Aquí nos suprimieron materias, agregaron otras, pero tan risibles, como una materia que se llamaba lectura y recitación en la que nos juntábamos todos los grupos de primero y segundo año y los grupos de quinto año, donde me codeaba con Lombardo Toledano y con toda la gente: Vázquez del Mercado, con Fernando Velázquez Subikusky. Ellos empleaban la clase de lectura y recitación para echar discursos, para ejercitar su retórica. El maestro era Tovar Ávalos, un actor mediocre, de traza muy afeminada, que choteábamos todos los muchachos. Les iba a la mano a los mayores a que, en lugar de arengas, que dijeran versos, que leyeran capítulos de algún libro, en fin.

<sup>13</sup> Se refiere a los cambios que se realizaron en 1923 a propósito de la creación e impulso dado a la Escuela Secundaria.

Me acuerdo que ninguno de los muchachos que fueron los Siete Sabios<sup>14</sup> tuvo una frase contra la dictadura de Huerta, ni contra la situación. No, se alejaban de los políticos. A veces sus arengas personales eran sobre el derecho, escogían un personaje o un asesino: Leonart, un francés que había matado a una prostituta, ahí en la avenida Hidalgo, en un burdelillo que había por ahí, bueno, pues uno cogía su defensa.

Pusieron derecho civil, disolvieron el álgebra y geometría, y las matemáticas la dividieron en tres. La geometría la pusieron en primer año; la trigonometría le seguía en el segundo año de la Preparatoria; en tercer año, matemáticas, y en el cuarto año la física. Es decir, antes eran materias en el plan Barreda, que se daban continuamente, era la tónica. Luego suprimieron en cambio las clases de biología y, entonces se daban clases de historia natural. Mi abuelo Villada se enojó porque él era el jefe de clases. Decía que no sabían nada y que eran unos idiotas.

Del plan Barreda pasamos a un plan que rigió unos cuantos años antes de que entrara Moisés Sáenz. Ninguna lógica ni nada. Como la Preparatoria no dependía de la Universidad, sino dependía de la Secretaría de Instrucción Pública, como se llamaba, la instrucción cívica había sido metida por García Naranjo, y luego lectura y recitación, pues era uno de los del “Cuadrilátero”<sup>15</sup> el que estaba en la oratoria y todas esas cosas, y como siempre se dice:

—No, ese muchacho no sabe ni leer —efectivamente nadie sabe leer, es una cosa muy general en México, la gente no sabe leer.

Había de todo con Huerta, y en realidad respetaron la mayor parte de los profesores. Cuando ya vino Carranza, entonces sí, echó abajo a todos los profesores con el pretexto de que eran reaccionarios, si eran los Científicos ya la cosa cambiaba.

Comencé a estudiar aritmética con el ingeniero Lamadrid; daba clases de aritmética y álgebra. Después, un curso de historia natural con el doctor Reza, médico, historiador, discípulo de mi abuelo en materia de historia natural, por esto me cobijó en su clase. Tenía otra clase de lengua castellana con Ángel

<sup>14</sup> El grupo conocido como los Siete Sabios estuvo integrado por: Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Vaca, Alberto Vázquez del Mercado y Teófilo Olea y Leyva.

<sup>15</sup> Grupo formado por: Nemesio García Naranjo, Querido Moheno, Francisco M. de Olayguibel y José María Lozano.

de la Peña y Reyes; historia universal con Miguel Schultz. La de México se daba aparte, era un segundo curso de historia.

Ahora que recuerdo, me salté ese curso porque suprimieron la materia en tiempo de Victoriano Huerta. Iban a hacer rectificaciones a los textos y dijeron que al último nos la daban. Como ya empezaban a cambiar las materias de lugar y de año y todo eso, no recuerdo realmente haber tenido historia de México. La historia de México la había comenzado a estudiar en serio en la primaria y después en novelas históricas.

Comencé a leer y a interesarme por la historia, en algunos casos profundicé mucho; nunca me interesó mayormente la época de la Colonia ni la precolombina, lo que me interesó mucho fue la independencia, como una cosa filosófica o sociológica; de cómo vivía la gente y por qué se rebelaba, y por qué eran los curas los que manejaban la rebelión, cosas que había leído en todas las novelas de Riva Palacio y de los demás liberales que hacían hincapié en la cuestión de los curas.

Me había impresionado mucho el libro *Torquemada en la hoguera*.<sup>16</sup> Estudié la Inquisición suficientemente bien en distintos textos, pero por mi cuenta; no iba a clases con frecuencia, me aburrían las clases de la Preparatoria, así es que me pasaba todo el tiempo en la biblioteca, que era muy buena, que estaba instalada en donde ahora está “El Generalito”. En esa biblioteca, me llamó la atención desde luego toda la historia de la Inquisición; todos los libros que hablan sobre ella los leía; después me interesaron los clásicos castellanos. Me soplé muchos tomos de Rivadeneyra, y así hice mi español, el pésimo español que hablo y escribo, se lo debo a estos tomos de Rivadeneyra.<sup>17</sup>

Tenía mañas y generalmente me iba de pinta. Mi papá, que tenía un carácter muy duro, se enojaba cuando recibía todas esas notas, si no mensuales cuando menos anuales, de reprobadas del muchacho y de la pagada de exámenes extraordinarios de las materias. Puede ser que no pasé examen ordinario alguno en la Preparatoria. Estudiaba las cosas por mi cuenta, generalmente no entendía a los profesores, porque pedagógicamente eran bastante malos. Iba con los pintorescos, como don Ángel de la Peña y Reyes, con Miguel

<sup>16</sup> Benito Pérez Galdós, *Torquemada en la hoguera; Torquemada en la cruz; Torquemada en el Purgatorio* y *Torquemada y San Pedro*, 1889-1895.

<sup>17</sup> Manuel Rivadeneyra (1805-1872), impresor español, editó la Biblioteca de Autores Españoles.

Schultz, con Francisco P. Herrasti que daba clase de lenguas muertas: griego y latín, etimologías. Iba con él porque me divertía, porque las estudiaba en francés, en castellano, pero no por cumplir con las clases.

Me chocaba todo el renglón de aritmética, como a todo muchacho, naturalmente inmaduro, que no tiene confianza, ninguna fe en los números, y más que nada porque no sabían inspirarnos los profesores de matemáticas, cuando menos en mi tiempo. No tenían sistema pedagógico atractivo para hacer comprender las matemáticas. Así es que pasaba de panzazo. Alguna vez llegué a ir con otro maestro, con un hermano de De la Peña y Reyes, que era profesor de matemáticas; curiosamente había aprendido la lección tan bien, que me tomó como el alumno estrella y el día que llegó el inspector a su clase:

—Que pase Fournier al pizarrón a resolver este problema.

Y ni para atrás ni para adelante, así es que la estrella quedó completamente borrada ese día. Después me dieron la calificación mediano, una cosa así. Física la pasé con mucho trabajo; había un profesor que se llamaba Cárdenas, que era el profesor de física, y después cambiaron todo el sistema.

Cuando ya se fue Huerta y triunfó la Revolución, estudiamos educación cívica con un señor que se llamaba Primitivo Gorjón, que era un hombre de campo, un campesino, probablemente autodidacta y muy crédulo, porque en sus clases organizábamos toda suerte de espectáculos. En la Preparatoria de San Ildefonso había un estrado bastante alto, al que se subía por una escalerilla, y un día nosotros con mecates, jalábamos el estrado y otro compañero se encargó de mover las lámparas; todos los bancos se movían al mismo tiempo y le dijimos:

—Maestro Primitivo, está temblando.

—Ya va a pasar, ya va a pasar —él se cogía del escritorio y decía:

— Sí, ya está pasando —y entonces se arreciaba la cosa:

—Creo que no, creo que nos vamos porque este edificio es muy viejo.

—No maestro, ya pasó—¡Ah pobre!

Otro día eran representaciones, oía que hablábamos de la ópera que entonces había en México, cantantes huyendo de la guerra europea. Había muy buenos cantantes, la Rosa Raisa, Zanzoni, hasta Caruso vino a dar. Las clases comenzaban con canto, él se quedaba callado un rato, escuchando a los que daban las notas dizque de Caruso o los remedos de Rosa Raisa, una contralto, en fin, y continuaba la clase.

De civismo no aprendí nada. El profesor nos dijo que comprendía que había sido una etapa irregular y que estábamos muy exaltados con la Revolución, que ya se calmaría, como los temblores que sucedían frecuentemente en la clase:

–Yo no sé por qué no sale en el periódico el temblor, pues el de ayer fue muy fuerte.

–Pues sí, maestro, pero los periódicos no hablan más que de la entrada de Carranza, de Zapata –así es que “en obvio de dificultades” nos puso “Perfectamente Bien”, que era la clasificación que se usaba entonces. Así tuve cuatro calificaciones de “Perfectamente Bien”: por la clase de historia natural; luego la clase de don Primitivo Gorjón de civismo; la clase de historia general con Schultz, y la última, la de lectura y recitación. Las demás eran calificaciones verdaderamente lamentables. Como llevábamos inglés y francés, presenté mis exámenes a extraordinario. Me dijeron:

–Si usted no lo ha cursado.

–Pero examínenme, a ver si sé.

Bueno, me concedieron un examen a título de suficiencia, pasé el francés. El profesor era un señor Rodier y al poco tiempo también entró mi padre, don Carlos Fournier, a dar clase de francés.

Había encontrado, entonces, una manera bastante buena de vivir, presentándome por otros compañeros al examen de francés, me pagaban tres o cuatro pesos que eran muy buenos, y me presentaba con el señor Rodier, que no veía, era casi ciego el pobrecito, tenía una miopía tremenda, y además se quitaba los anteojos para ver mejor, para afocar al alumno.

Así es que vivía muy cómodo, los exámenes eran con tres sinodales: Gautier, el señor Rodier y el señor Covarrubias. Después Covarrubias desapareció, no sé por qué, por muerte, por desmayo o por ignorancia, y fue entonces cuando llamaron a mi papá a dar la clase de francés. Una vez ya con mis pesos en la bolsa me iba a presentar en lugar de un muchacho que después fue notario, el licenciado Eleazar Gutiérrez Echeverría, que había sido discípulo de mi papá en el Liceo Fournier.

Preguntan:

–Gutiérrez Echeverría, Eleazar –doy un paso al frente:

–¡Presente! –y de atrás del pizarrón aparece mi padre que estaba escribiendo algunas frases, y yo di el paso para atrás.

–Pase usted, señor Gutiérrez –me dice el señor Rodier, que no me reconocía por vigésima vez. Había presentado ya como veinte exámenes y nunca me reconocía cuando era Gómez, era Pérez, ese día me tocó Gutiérrez.

Se asoma mi padre, doy un paso para atrás y me voy hundiendo entre la bola, y todos me decían:

–No seas sinvergüenza, ya te pago Gutiérrez, a mí me consta que te pagó, te dio tres pesos.

Y bueno, fui a llamar a Gutiérrez que estaba hasta el fondo y le expliqué:

–Oye, mi padre está ahí y ya se asomó para verte.

–Pues dame mis tres pesos.

Le pagué los tres pesos que todavía tenía en la bolsa calentitos, y lo empujé.

Afortunadamente fue benévolo con él y le dieron una mayoría. Salió muy enojado conmigo; así las circunstancias acabaron con mi negocio y me incorporé como el más anónimo y paupérrimo de los alumnos de la Preparatoria, a tomar garambullos de ese señor que estaba en la puerta.

La clase de lectura y recitación la pasé bastante bien porque me aprendí el monólogo de Segismundo de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca, y pasé también con “Perfectamente Bien”. Fui compañero de algunas de las lumbreras de los Siete Sabios que eran el terror de la Universidad. Eran mucho mayores que yo, pero tuvimos esa coincidencia, y lo curioso es que sacaban calificaciones en lectura y recitación bastante inferiores a la mía. No recuerdo exactamente el caso de Vicente Lombardo, pero sí recuerdo a Gómez Morín: era muy tímido, no se atrevía a decir las cosas, y bueno, yo tenía buena memoria y ya tenía un pasado de lecturas.

En la Preparatoria, con todo ese cambio de materias, sucedió que quedaban lógica, psicología y moral, como se llamaba entonces a la filosofía. Me tocó estar también con don Francisco de P. Miranda, profesor, médico. Había estado en los colegios católicos, daba clases de lógica, psicología y moral, y como era médico del manicomio, se entretenía en llevarnos a algún loco a que nos hablara de la cosa de psicología; luego a aprendernos todo de memoria. Yo, que tenía muy buena memoria y mucha facilidad, pude con los silogismos y todo me lo aprendía; fui un alumno distinguido en su clase; estudiábamos en el texto de Stuart Mill.

Él no se atrevía a que la clase de moral fuera completamente de moral cristiana; le daba vueltas y siempre acabábamos en alguna cosa, porque en los tiempos de la Revolución habían cerrado los colegios católicos.



A la clase de Antonio Caso entré algunas veces como oyente, pero nunca pude inscribirme como discípulo, siempre estaba abarrotado. Había demasiada gente, demasiado público; era muy activo, hacía de cada lección un discurso, le importaba un bledo el alumno, así es que hacía de su cátedra un discurso.

Yo iba a clases de Caso, lo escuchaba, me entusiasmaba, y después caía en las modestas clases de don Paco Miranda, que en la época de la Revolución iba vestido de *jacket* color café. Se veía muy pintoresco porque entonces todos los profesores, hasta Caso, habían dejado ya todo atuendo ostentoso y los profesores iban de *americana*, y así se presentaban muy sencillamente.

Los estudiantes en realidad no sentíamos nada. Como mi padre había sido amigo de Madero y éramos maderistas, yo sentía muy profundamente el drama de Madero, pero no veía que la Revolución fuera a solucionar todos los problemas que había dejado planteados Madero. Muchos estudiantes éramos zapatistas, no creíamos en Carranza ni en Pancho Villa. A Carranza lo veíamos como una vuelta al porfirismo, un hombre muy ordenado, con un gran temperamento, con una personalidad arrolladora; iba a ser una vuelta al porfirismo, y creo que en el fondo así fue.

En medio de los asuntos revolucionarios hubo un hecho objetivo por lo que nosotros fuimos zapatistas. Era sencilla la cosa: entraban los carrancistas por el norte y entonces era un atropello de la vida privada de la gente, terrible, se metían a las casas, las tiendas las saqueaban, todo cuanto había. Naturalmente entraban a las iglesias, lanzaban a los santos, los arrastraban. Obregón, una vez que bajó a México se llevó a los curas, descalzos, atrás del convoy. En fin, había cosas que herían la susceptibilidad religiosa, o el sentido de la propiedad de la gente. Se sentían completamente desposeídos y abandonados de toda autoridad, porque eran ellos los que constituyeron cuerpos organizados de saqueo como los del “automóvil gris”. Así es que no creíamos en la Revolución.

Los constitucionalistas entraban por el norte y por el sur, por Tlalpan, los zapatistas. A éstos los considerábamos más sinceros, porque no venían con su sombrero texano, sino con sombrero de petate. En la copa del sombrero tenían amarrada a la Virgen de Guadalupe; todos tenían su estampita. En fin, los encontrábamos más sinceros, más cerca del movimiento de independencia, que a esos señores que venían de sombrero texano, robando, saqueando y

queriendo vengarse de la ciudad de México que nada había hecho por evitar la muerte de Madero.

La mayor parte de mis amigos eran zapatistas. La figura de Zapata era más romántica, más mexicana. Cierta vez, pensé escribir una cosa que se llamara *La revolución desde mi ventana*, mi juicio sobre la Revolución. Es decir, como cuando era joven, como cuando era adolescente, no veía la salida por ningún lado, creía que México se iba a ir hundiendo en la nada, hasta convertirse en un país africano. No pensaba siquiera que los Estados Unidos podían adueñarse de México, así contemplaba muchas cosas, de una manera muy especial; sin idea histórica o filosófica que me viniera a la cabeza con respecto a las cosas que realmente pasaban y lo que estábamos sufriendo.

Salíamos a las calles. Villa venía precedido de una aureola muy grande. Tres o cuatro muchachos encabezados por un señor Coria que era el bibliotecario, íbamos a tomar un tranvía que era el único que había circulando después de mucho tiempo en la Plaza de la Constitución, frente al Palacio Nacional, pero antes hicimos un recorrido para ver si podíamos conseguir algo de comer, que llevar a nuestras casas ya que por ahí se ponían algunos indígenas, eran tiempos de los carrancistas, la entrada de los carrancistas; había entrado ya Pancho Villa antes de su ruptura con Carranza.

Pasamos por lo que es la calle de Palma, donde había un hotel en la esquina con 16 de Septiembre, que creo se llamaba el Hotel París y vimos a Villa asomado al balcón. Lo pudimos contemplar perfectamente bien, con sus bigotes muy gruesos, un chaleco oscuro, una camisa blanca, de un blanco sucio, que dejaba exhibir una vasta barriga. Miraba para los otros balcones, entonces salió una muchacha, como asustada. Villa se metió a la pieza y pronto vuelve a salir, la muchacha ya estaba en la cornisa, se había brincado el balcón. Él trataba de atraparla con una mano, entraron algunos de sus hombres. Villa jalándola de un lado y del otro su gente, tal vez con más fuerza la cogió y la hizo subir a fuerza, enseñando una ropa interior muy de la época, calzones con tira bordada. La muchacha se zafó de las manos de éstos y cayó al suelo, se estrella en el pavimento. Era el segundo piso del hotel, de esos pisos bastante altos. Probablemente se mató porque ya no la vimos, ni salió el que la perseguía, la dejaron ahí tirada. Era una mujer rubia, como de unos treinta años, guapa, seguro no cayó de cráneo porque no estaba deformada.

Recuerdo al ejército carrancista, todos con sombrero texano, los que no tenían uniforme traían, como Villa, chaleco y camisa blanca. A Villa lo volví a

ver con Zapata en otra ocasión, ya con uniforme. Usaban casi todos cazadora, pero traía un uniforme que se parecía mucho al del ejército federal, de una chaqueta azul marino con botonadura dorada hasta arriba y cuello duro atrás. Vi a Villa con Zapata entrar al Palacio Nacional, probablemente fue a fines de 1914, cuando se tomaron una fotografía donde están con Eulalio Gutiérrez; se puede localizar con los Casasola.

Villa era un matón, así lo clasificábamos, era un matón, un asesino, un ladrón; se conocían todas sus hazañas, así como las de Fierro y sus hombres.

Cuando entró Carranza triunfante a la ciudad de México, le puso sitio. Sufrimos muchísimo, pasamos una temporada de unos seis u ocho meses de hambre, el pueblo estaba completamente desolado, la gente moría de hambre en las calles. Había una hambruna generalizada.

Era difícilísimo para mi madre: en tiempos de lluvias eran verdolagas guisadas, unas sopas de huesos, de no sé qué, caldo con legumbres, no sé cuáles, pero en fin, había legumbres y huevos. La carne nos la surtían de Tlalnepantla, de lugares cercanos. Teníamos gente que nos proveía.

El Liceo Fournier ya estaba muerto, ya no había qué darnos de comer, había muchos niños a los que habían dejado internados, de origen tabasqueño, campechanos, yucatecos. Los padres estaban lejos, sin poderse comunicar, con la esperanza de que sus hijos comieran ahí; mi madre fue heroica en esos momentos. Nos mandaba a las farmacias a comprar una cosa que se llamaba harina de sagú, que mi abuelo el naturalista le recomendaba como una de las mejores harinas para hacer alimentos para el Instituto, y así, con cualquier clase de hierbas... No sé por qué proliferaron tanto las habas, pero tomábamos habas en desayuno, comida y cena. Y el pan era de haba, ¡imagínense! Comprar una tortilla, bueno, era una cosa de sueño.

Las entradas y salidas de los revolucionarios que tomaban la ciudad de México hacían las cosas muy difíciles. El tiroteo tenía su máximo en la Plaza de la Constitución, alrededor del Palacio y la persecución de un grupo contra el otro se prolongaba a través de lo que hoy son las calles de Argentina y, ¡cuántas veces el único refugio que encontrábamos era una puerta entreabierta en la librería de los Porrúa!

Recuerdo a don Indalecio Porrúa, que nos abría la puerta, nos conocía, no por nuestros nombres, sino porque íbamos a vender o a comprar libros a la librería. Sistemáticamente vendí mi libro de inglés, se llamaba el *Green Book*, hasta que ya no me prestaron absolutamente nada por él, por su estado

verdaderamente lamentable. Y bueno, nos conocía un poco y nos empujaba para entrar a la librería. Sabía perfectamente bien que nunca había bombas, que era cosa de tiros, y con esos muros tan gruesos no había quien entrara. Saquear una librería, pues era cosa de inocentes, ni en estos tiempos saquean las librerías. Si ahora se figuran que hay mucho en las librerías, en aquellas épocas nada, ¿quién compraba libros?, así es que las librerías eran respetadísimas.

Y ya que pasaba la corretiza de sur a norte o de norte a sur, pues nos echaba fuera; cerradas las puertas de la Preparatoria nos dirigíamos a nuestras casas.

Al triunfo del constitucionalismo se hizo una pira en el patio mayor de la Preparatoria, y allí se quemaron uniformes, sobre todo esos ridículos uniformes de gala, el bonete como nabo. Las polainas no, porque nos servían para excursiones y para otras cosas. Cuanta cosa nos recordaba a Huerta, se quemó allí. Mucha gente se fue, Huerta en realidad había sido mañoso. Cuando menos un ministro de Educación como García Naranjo, que era una gente con alguna preparación, había protegido a muchos de los antiguos maestros. Por ejemplo Schultz, Lamadrid, Rafael Ángel de la Peña —que murió en esos días— y Covarrubias siguieron y nunca nos dijeron absolutamente nada del huertismo. Ellos dejaron de dar clases, estaban prácticamente de vacaciones, porque los ejercicios militares eran tres o cuatro veces por semana, nos ocupaban toda la mañana, y después, con las pocas fuerzas que teníamos; nos íbamos a nuestras casas a pie.

Existía en todos una desesperanza, parecía que las cosas jamás volverían a componerse en México; quienes habíamos amado a Madero como un reformador, como una esperanza de que México se transformara, no éramos muchos. En realidad el espíritu de la gente era volver al orden, la palabra orden, que tanto odié y expuse en mi psicoanálisis, porque mi padre era una gente ordenada. Él, por su herencia francesa, sus costumbres francesas, *l'ordre, toujours l'ordre*<sup>18</sup> había un letrado en su colegio que decía: *“une place pour chaque chose et chaque chose á sa place”*.<sup>19</sup> Eran las dos frases que más odié, pero la mayor parte de la gente de México quería orden. Había desesperanza. Uno que otro, no fueron muchos, se incorporaron a la Revolución; puedo contar tres o cuatro amigos míos, como Gustavo Baz, mucho mayor que yo; los mal juzgaba, creía que eran ambiciosos, oportunistas y que como ya el régimen

<sup>18</sup> Orden, siempre orden.

<sup>19</sup> Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.

anarquista se estaba desmoronando, pues que se iban a la Revolución para ver qué sacaban.

Al cabo de cinco años de permanecer en la Preparatoria, me quedaban dos materias y entonces mi padre me aconsejó que me metiera a la profesional a ver si era posible entrar debiendo dos materias.

Así entré a la Facultad de Medicina, debiendo todavía alguna materia. No fue ni por vocación o decisión, sino por empuje. Mi abuelo era muy poco respetado por mi papá, mi madre quería que fuera médico y yo quería ser ingeniero mecánico electricista, término muy pomposo que se usaba en esos días, no sé de dónde, pero ya había corrido ese terminajo. Mi padre me quitó las ilusiones porque me dijo:

–Si sales siempre reprobado en matemáticas, ¿cómo vas a entrar a ingeniería?

Y yo en la poca razón que tenía decía:

–Pues realmente...

–¿Tú qué quieres ser? –me preguntaba mi padre.

–Yo quiero ser actor, cómico.

Se ponía furioso:

–¿Quién le habrá metido estas ideas a este muchacho?

Pasaban los meses:

–Por fin, ¿qué quieres ser?

–Cómico.

Nuevamente se ponía furioso.

Muchos compañeros, muchos amigos míos se iban a medicina, yo coqueteaba con la ingeniería y la arquitectura. En vista de que ya había perdido las esperanzas de ser cómico, me jalaron a medicina. Hice gestiones para entrar como alumno irregular a la Escuela de Medicina. Me aceptaron, era lo usual en aquella época, y me inscribí con los mismos derechos de los alumnos regulares.

Me gustaba imitar a los profesores de la Escuela, a todos, es decir, a todo el que se sentara en un pupitre y que tuviera una situación un poco más elevada que yo. Así es que los profesores pasaban y los imitaba, como al maestro Gama, tío de Soto y Gama, lo imitaba a la perfección, y entonces se quedaba en la clase, parado, así antes de entrar, y yo dando su clase sin darme cuenta que ahí estaba. Descubrí entonces que tenía muy buena memoria.

–Que Fournier dé la clase.

–¡Gamita dé la clase!

–¡Fournier, súbete!

Bueno, me subía al estrado, daba la clase como él, con sombrero, porque era lo más caricaturizable: no se lo quitaba en la clase más que de vez en cuando.

–Maestro, está usted dando la clase con sombrero.

–Pues es que tengo frío.

–Bueno, maestro.

Y así, daba la clase; pero era repaso, todos estaban pendientes de la clase que íbamos a tener sobre la dislocación de la cadera o de cosas así, me la sabía de corrido.

Era tan gracioso Gamita, hay muchas aventuras de él; un día le pregunté:

–Maestro, por ahí andan diciendo que Soto y Gama es un bandido.

–Pero ¡hombre! Cómo va a ser bandido si es el hijo de mi hermana Ángela.

¡Era de una inocencia para todas las cosas! Yo me ponía siempre en primera fila, lo que me daba fama de ser muy aplicado y, claro, como me sabía las clases de memoria un día le digo:

–Maestro, me he estado fijando todas las tardes en los dientes tan bonitos, tan blancos, tan parejos que tiene usted.

–No son míos, es la dentadura que me hizo el señor Chirino, va usted a ver –se quitó la dentadura, me la pasó y comenzó a describir los abscesos, mientras se pasaba de mano en mano y luego pregunta:

–¿En dónde está mi dentadura?

–Maestro, allá la tiene Rosenblueth –que era al que le echábamos la culpa.

–¿Rosenblueth no es del grupo?

–No, es del otro grupo, vino por ella para enseñársela a los de su grupo.

Y bueno, regresaba la dentadura llena de dedicatorias, porquería y media. Se la volvía a poner y continuaba su clase.

Era muy tranquilo; se dejaba imitar, no sé ni por qué... En clase confesó una vez, cosa que se prestó a la risa de mis compañeros, que había estado enamorado de mi abuela, de Amalita Zendejas de Fournier:

–Esa sí era una muchacha muy simpática, muy simpática.

–¡Ah!, maestro, por eso quiere usted tanto a Fournier.

–No, señor, porque es un joven aplicado –y comenzaron ahí los chistes con la abuela y toda esas cosas.

Imitaba también a don Adrián de Garay, a César Margáin, el papá de los Margáin. Me ayudaban mis lecturas de Preparatoria de los clásicos españoles y

mi propensión al arte, pintaba un poco, hacía teatrillo. Y naturalmente asistía al Teatro Principal, al Colón y al Arbeu. El papá de Torres Bodet era empresario teatral, así es que gracias a ello teníamos frecuentemente boletos para la ópera, para el drama español, que venía con la María Guerrero, la temporada de Boncci en el Colón; el famoso Salón Rojo, etcétera.

El cine siempre se oscurece en mi memoria, como la descripción del Salón Rojo y el cine Palacio. Hay una cosa muy curiosa al respecto: se usaban las películas de series como *La moneda rota*, *Los misterios de Nueva York*, y clásica, como *La mano que aprieta*. Los sábados se estrenaba el nuevo episodio. Mi padre iba con mi hermano Carlos, que era su consentido y yo, con una envidia. Por llevarle la contraria, me gustaba el otro cine que se llamaba Palacio, que estaba en la esquina de 5 de Mayo y Filomeno Mata, donde está la cantina La Ópera.

Iba también a ver a las grandes divas italianas, a Lida Borelli, a Pina Meniquelli, a Francesca Bertini; naturalmente ¡tengo tantos bellos recuerdos! Me impresioné una vez que vi una película, precisamente de Pina Meniquelli; era una comedia que tuvo mucho éxito que se llamaba *La mujer desnuda* de Henri Bataille. Eran películas mudas, la trama era que la estaban esculpiendo... El escultor y ella eran amantes. La Meniquelli parecía una vieja loca, y él le pedía que se desnudara y ella, recatadamente, con un abrigo grueso de pieles, cubría su cuerpo, y un día, decidida ya a encuerarse delante de su escultor, se desabrochó el abrigo y le dice:

—¡Mario, mírame!

La escena la mostraba de espaldas, naturalmente. Bueno, ¡me imaginé lo que habría visto Mario!

### *El descubrimiento de mi persona*

Sometido a mi padre, entré en 1917 a la Escuela Nacional de Medicina. Muchos años después, cuando fui su director, la transformé en Facultad y cambié el plan de estudios.

Había una materia que se llamaba farmacia galénica enseñada por un señor que era completamente sordo, un farmacéutico, Chano Morales. El aprendizaje tenía que ser de memoria; no pude realmente con ello, porque me parecía demasiado babosa, demasiado tonta la clase. La pasé de panzazo como

decía entonces. El maestro se ponía a explicar cómo se hacían las píldoras y lo que contenían las píldoras y jarabes, los julepes, supositorios, las cucharadas y todas esas cosas. Los julepes gomosos, que se tomaban para la tos. Eran una cosa que tenía, ¡cómo me acuerdo de mi farmacia galénica!, un cocimiento de goma laca o de tragamento de goma, a la que se le agregaba jarabe de tolú y otro preparado que se llamaba benzoato de sodio, que gozaba del gran prestigio de fluidificar las flemas. El julepe gomoso tenía que tomarse de un jalón, y no era feo, yo algunas veces me lo tomé.

El primer año llevábamos histología, farmacia galénica y anatomía descriptiva –primer curso– que comprendía el estudio de los huesos, de las articulaciones y de las vísceras. El curso comprendía al aparato circulatorio y al sistema nervioso. Nada más tres materias, pero naturalmente que la anatomía estaba hecha para que se estudiara todo el día; única manera de aprenderla.

A las siete de la mañana comenzaba la clase de anatomía, era de siete a nueve, después era la clase de disección –porque estaba ligada a la anatomía– el trabajo en el cadáver, todos los días. El anfiteatro pues muy mal instalado y se pueden imaginar a lo que olía ese anfiteatro. A los cadáveres les inyectaban una solución de cianuro de mercurio, la misma que ingirió en su tiempo Manuel Acuña, por razones distintas.

El primer año de anatomía lo daba don Daniel Gurría Urgell, sus ayudantes eran el doctor Benjamín Bandera y otro Martínez. Luego la dio el doctor Quiroz, el Burro Quiroz, que era entonces muy joven. Pero como su nombre lo indicaba, no había podido aprender más que eso y vías urinarias. Ejercía, vivía, comía, era muy mal maestro, muy grosero con las muchachas, odiaba que estuvieran en su clase.

El segundo año lo daba Darío Fernández, que era un hombre sádico, muy buen cirujano, muy “machetero”, como les decíamos los estudiantes a los profesores. Se sabía toda la estructura del cerebro y se pasaba todo el año explicándonos los cortes de Pitres, las circunvoluciones y el resto del cerebro. Después, un poco más del sistema nervioso y casi nada de aparato circulatorio; eso lo aprendía uno por su cuenta y con el libro, porque a la hora del examen, las fichas eran de todo; en eso no han cambiado los maestros.

En primer año, todos los días como a la una, teníamos la clase de histología, la daba don Ignacio Prieto. La clase era de una hora y alternaban la teoría con la práctica, que consistía en hacer cortes y describir las cosas que veíamos en microscopio. Terminábamos a las dos de la tarde.



Después teníamos la clase de farmacia galénica, que era como de cuatro a cinco, y nada más. Cada quien empleaba el tiempo en lo que quería. Había ciento cincuenta alumnos. Eramos un grupo rebelde y desobediente, entre mis compañeros recuerdo a Ignacio González Guzmán, Miguel López Esnau-rrízar, Ignacio Alcaraz, Juan Albarrán, Javier Lira, Gómez Perales, Tamayo, Pablo Díaz Madam, Montañales, Gonzalo González Aréchiga, Gustavo Argil y Eusebio López.

Teníamos sólo cinco compañeras: la Clavícula, que se apellidaba Rodríguez; a la Camarona, hermana del Camarón Paz; a Emilia Leija; Esperanza Uribe y Figueroa, y a la señorita Aburto.

En la Escuela seguíamos pagando nuestros sesenta pesos anuales. Los libros los conseguíamos en la biblioteca o los comprábamos usados, porque, claro, la *Anatomía de Testut*<sup>20</sup> costaba en aquella época doscientos pesos, con sus cuatro tomos; nos decían: “Esto va a durar toda la vida” ¿y para qué? No hay médico que sepa anatomía, la tiene uno que estudiar siempre, para resolver algún problema.

Cuando fui Director, les quité la anatomía, les dije a los profesores:

–La anatomía es como el diccionario, que nunca se lo aprende uno de memoria y siempre lo tienen que consultar.

La vía de acceso a los cadáveres eran los hospitales, principalmente el Hospital Juárez. Los cadáveres eran de menesterosos o de gente accidentada. Todavía había Revolución, había revolucionarios que iban a parar al Hospital Juárez y ahí estábamos muy bien surtidos. No había problema, no había escasez.

El director de la Escuela era don Rosendo Amor. Parece que fue pariente de mi mujer, de la misma familia Amor, nada más que ellos eran de Zacatecas, mientras que mi familia política fue de catrines de Morelos, porfirianos y toda la cosa. Don Rosendo Amor no quería ni a Quiroz –que nunca me dio clases– ni a Darío Fernández, así es que en el fondo le gustaban y aceptaba todas nuestras disidencias y rebeldías.

Ya había liquidado lo pendiente de Preparatoria y me reprobaron en la Escuela, naturalmente, pues estaba yo “macheteando” la física que me costaba tanto trabajo, mientras aprendía versos para la lectura y recitación, que era lo que me gustaba, y entonces tuve que repetir. Fue el único consejo de orden práctico que me dio mi padre:

<sup>20</sup> Leo Testut, *Traite d'anatomie humaine*, Paris, O. Doin, 1911.

—Acostúmbrate a no ser irregular en tu vida, ya te reprobaron. Vuelves a inscribirte en primer año sin deber ninguna materia, y repite todo.

En el año de 1917 yo había dejado a un grupo muy formal de estudiantes que tenían toda la apariencia de querer estudiar positivamente, pero que en el fondo pues no era tal, era pura apariencia; la prueba es que pocos de esa generación descollaron. Luego, en el año de 1918 fue completamente distinto el panorama. Me encontré con algunos amigos de la Preparatoria, que eran de mi misma edad, los otros me llevaban dos años más o menos y es mucha la diferencia en la juventud. Me encontré muy a gusto con ellos; me dieron ganas de estudiar y de preparar mis clases, y así fui saliendo.

Era muy resistente, resistente a emociones, resistente en todos los aspectos. Era una forma de defenderme, y era un muchacho que había vivido la Revolución. Cuando la Decena Trágica, habíamos visto los cadáveres quemarse ahí en la avenida Juárez, todas esas cosas. Jaime Torres Bodet vomitaba a cada rato en el camino, y yo me seguía de frente y hasta me volteaba y veía cómo se retorcían y todo eso, así es que no tenía traumas.

Cada uno tenía su estuche personal de disecciones. En la generación de 1918 estuvieron Conrado Zuckerman, Teófilo Ortiz Ramírez, Gutiérrez Villegas, Gómez Perales, que corrió la misma suerte que yo de reprobado, Ildefonso Donís, Carlos Alatorre Isunza, Ernesto Alcalde.

En segundo año llevábamos el segundo curso de anatomía descriptiva, con el mismo horario, con Darío Fernández. La de microbiología, se llamaba parasitología y microbiología la daba Kita Sato, el nombre era González Fabela; le pusimos Kita Sato porque parecía japonés. Teníamos además fisiología por las tardes, que daba don Fernando Ocaranza. Él tampoco era médico, no ejercía, pues era un poco de todo, pero era una persona muy agradable, muy simpática.

Mi éxito, ya en la Escuela de Medicina, y de entonces para acá, ha sido mi humor, desde ese año se desarrolló mi personalidad. Para mí, 1918 fue del descubrimiento de mi persona. Ahora estudiaba el segundo año de medicina, ya era más respetable. Por el consejo de mi padre, repetí el primer año y salí bien, limpio, con calificaciones regulares. En segundo año, a Ocaranza le caí estupendamente bien, por los apellidos extranjeros. Formábamos un trío: Rosenblueth, Conrado Zuckerman y Raoul Fournier. Los otros estaban medio indignados:

—¡Sí, Fournier y Rosenblueth y Zuckerman!, nosotros como somos Pérez y Sáenz y Alcalde...!

Eran tres materias en segundo, muy pesadas; la clase de anatomía era terrible, y la clase de microbiología, con González Fabela, ésa era bonita. Él como maestro no era gran cosa, pero ya manejábamos el microscopio con facilidad.

En la clase de fisiología, en donde éramos de los consentidos, una vez se le ocurrió al buen don Fernando, cuando vio el capítulo de la digestión; hablar sobre la fisiología del gusto. Entonces naturalmente Fournier daba la clase en una gradería, así, de asientos incomodísimos, en la clase de las tres de la tarde. Todos íbamos con sueño, en mi casa frecuentemente había vino para la comida, así es que prácticamente era una tortura pero, como era la fisiología del gusto, Fournier tenía que hacer su espectáculo.

El maestro echó un *speech* sobre el sentido del gusto y una cosa descriptiva y literaria del sentido del gusto. Yo, por mi parte, había leído *La fisiología del gusto*<sup>21</sup> de Brillat-Savarin, así es que:

—A ver, Fournier...

Y entonces, con la buena memoria que tenía en aquella época, le comienzo a decir las cosas de Brillat-Savarin y de la fisiología del gusto. Fue tal éxito, con mis compañeros y con don Fernando, que me perdonó todo. Arturo Rosenblueth y yo hacíamos experimentos, yo muy divertido y Rosenblueth de una inteligencia sólida, hombre de gran calidad. El no empleaba trucos como yo, de recitar Brillat-Savarin en párrafos de memoria; no, no, él sabía, él sabía.

Bueno, comenzamos a ahumar un tambor de Marey, porque entonces los registros gráficos eran muy primitivos, no había aparatos ni había fotografía ni había nada. Había que ahumarlo con alcanfor, pegado a un buen papel: se pegaba al cilindro un papel grueso, como cartoncillo, y después lo ahumábamos con un cilindrito que había para que se ahumara uniformemente. Rosenblueth y yo acabábamos de hacer la ahumada, habíamos hecho un tambor perfecto, pero, naturalmente, las orillas o los lados del tambor, pues habían quedado ahumados. Entonces Rosenblueth me puso una raya aquí en la barba, a manera de piocha, entonces yo le puse bigotes, él me agregó bigotes y patillas, y salíamos muy contentos del laboratorio. Me ve don Fernando y me dice:

—¡Ay! Fournier, ingrato Fournier, ¿ya te viste la cara?

<sup>21</sup> Jean Anthelme Brillat-Savarin, *Fisiología del gusto o meditaciones de gastronomía trascendente*, traducción del francés de Eufemio Romero, México, s.e., 1852.

–Pues sí, maestro, es que Rosenblueth, tal...

–Estuvieron jugando en lugar de ahumar el tambor.

El profesor de las prácticas era José Joaquín Izquierdo, y otro amigo muy vivo, la Pepa, que se llamaba Palacios Macedo, un hombre muy inteligente pero que le importaba la fisiología un cero a la izquierda, y bueno, yo me puse colorado:

–¡Ay maestro! –trataba yo de borrarme la cara y entonces quedé...

–¿Y con quién estaba haciendo eso?

–Pues con un compañero.

–¿Con qué compañero?

–Maestro, pues... no, no conozco yo su nombre –me aguanté como los machitos.

Después le vio don Fernando en la lista, le preguntó a Izquierdo que quiénes habían ahumado el tambor ahí:

–Pues Rosenblueth y Fournier.

Era primero Fournier por la “F” y luego la “R”, entonces le dijo a Izquierdo:

–Creo que a éstos les ponemos “R”, de reprobados.

Izquierdo tenía un tipo muy chocante, poblano, con todos los defectos del mexicano, y algunos más adquiridos cuando estudiaba fisiología en Harvard. Era una mezcla de poblano y de bostoniano que ¡para qué les cuento!

¡Bueno!, apuntó la «R» y se llevó el susto de su vida cuando vio el talento de Rosenblueth, que sabía de fisiología, pero razonada. Él a eso se dedicó toda su vida y luego yo, que sabía defenderme de una manera muy hábil y muy buena, también sabía mis cositas de fisiología y salí muy bien, con toda la desesperación de Izquierdo y del otro, Palacios Macedo, que tampoco acabábamos de caerle en gracia.

En tercer año tomábamos anatomía topográfica, la daba don Adrián de Garay, un viejo charlatán. Porfirista de hueso colorado, de bigote blanco, muy farolón. Esa la daba al medio día; cuando llegaba a la Escuela todo el mundo le aplaudía y, en el patio se quitaba el sombrero y, como torero daba las gracias. Subía las escaleras lleno de furia y ponía sus pulmones hinchados, con un color rosado en la cara. Teníamos el *Tillaux*.<sup>22</sup> Entonces le decíamos: –¡Que viva el Tillaux mexicano!– y le aplaudían. Se quitaba el sombrero y...

<sup>22</sup> Paul Tillaux, *Traite d'anatomie topographique avec applications a la chirurgie*, Paris, Asselin, 1882.

¡era una cosa! Él decía que había descubierto la arcada crural, una parte que le había puesto el nombre de la caja crural, donde pasa la vena femoral y el nervio; es un canal zonal muy importante, de lo que más se defienden los toreros, frente al cuerno de los toros, es casi mortal. Él decía que no era canal, que era una caja y había defendido su teoría de la caja... y: “¡Arriba la caja de don Adrián!”

La caja crural era tema de una semana de estudio; ignoro la crítica, la suerte que haya corrido, desde que salió esa descripción hasta su época en que él había descubierto la caja. Entonces era cuando ya entrábamos al hospital; aprendíamos propedéutica en el Hospital General, y después propedéutica quirúrgica en el Hospital Juárez, alternando los días.

La médica nos la daba otro profesor muy pintoresco que se llamaba José León Martínez, y al que le llamábamos “don León”. Yo insistía siempre en decirle “señor don León”, “maestro don León”, y me decía:

—A usted nunca le diría yo “don Fournier”, León es mi apellido, me dice usted “don José” o me quita usted el don y me dice usted “maestro”.

Era muy pintoresco, un indígena muy gracioso, muy pulcro, usaba siempre un paliacate. Comenzaba sonándose con su paliacate, y lo doblaba muy cuidadosamente, se lo metía a la bolsa y comenzaba la clase de propedéutica.

La quirúrgica la daba Florencio Medina, que era un cirujano de lo más malo que podía haber. Años después ya como director cambié lo de propedéutica por semiología.<sup>23</sup>

En la propedéutica médica le enseñaban a uno qué preguntar, a percutir, a auscultar el cuerpo de los pacientes. Había dos ayudantes, uno que le llamábamos Cacama y el otro Chaplin. Uno era Sáenz, Chaplin. Se repartían en dos grupos, así es que éramos unos cincuenta estudiantes alrededor de una cama.

Veíamos a los fracturados, los que tenían tumores. Era propedéutica y había rayos X; eran muy primitivos, así es que había que movilizar las fracturas de aquellos infelices, ver a los quemados, cosas verdaderamente terribles.

Teníamos la clase de química, la daba el doctor don Emilio del Raso. Ésa era la clase del medio día, a las doce y media o una. La clase se dividía en dos partes. Luego la clase de anatomía topográfica, era a las tres. En las tardes lo que hacíamos era un día patología médica, y otro día patología quirúrgica.

<sup>23</sup> En realidad el curso se llamó «Introducción a la clínica».

Los tres cursos de patología médica nos los dio don Jesús González Ureña, que era dermatólogo y que se aprendía su clase en un libro que se llamaba *Collet*<sup>24</sup> y llegaba a tomarnos la clase (costumbre muy usada en la enseñanza de la época). Era teórica, así es que nos pasaba a recitar el *Collet*; tenía la costumbre de hacer una explicación cuando sabía una cosa más que el *Collet* y cuando no, pues era estrictamente del *Collet*.

Después la patología quirúrgica que nos la daba el maestro más gracioso que teníamos, que se llamaba don José María Gama, Gamita.

En cuarto año llevábamos el primer curso de clínica médica, alternando con primer curso de clínica quirúrgica. Se daban en el Hospital General, el profesor era don Manuel Aveleyra y uno de los ayudantes era don Gastón Melo, del que ya era amigo. Lo conocí en el primer año porque era ayudante de histología, para el cuarto año éramos amigos cercanos. El otro ayudante era Martínez Báez.

La de clínica quirúrgica la llevábamos en el Hospital Juárez. La daba el padre de Bernardo Castro Villagrana, con Zárate y Montaña, que eran sus ayudantes.

En cuarto llevábamos en la mañana medicina legal, forense (de *forum*, foro); la daba en aquella época Torres Torija. Las clases se impartían en el Hospital Juárez y se les hacía las autopsias a todos los accidentados, a los asesinados. Así es que ahí íbamos a hacer las autopsias, mandadas por los juzgados para dictaminar.

Llevábamos también el segundo curso de patología médica quirúrgica, con los mismos maestros que en tercer año.

Transportarnos era un milagro que nunca comprendí. No había coches, no había camiones, así es que nada más el tranvía. Había un tranvía que iba desde el Hospital General, y después de mucho tiempo llegaba a las cercanías del Hospital Juárez.

Ahora nos quejamos mucho de la plétora de automóviles, de la indisciplina de tránsito, de muchas de esas cosas, pero en nuestros tiempos no había más medios de comunicación que unos camiones inmundos, con una plataforma donde cabían diez personas atrás, cinco sentadas en un lado, cinco del otro lado, tocándose las rodillas, y la nariz muchas veces, y luego dos junto al chofer y el que gritaba: “¡Vámonos, hay pasaje *para dos!*... ¡Parados en medio!” Cuando el camión era un poco más ancho iban dos o tres personas en medio.

<sup>24</sup> Frederic Justin Collet, *Precis de pathologie interne*, Paris, O. Doin, 1926.

Así es que ésa era una de las formas de viajar, la otra era el tranvía, que caminaba con una lentitud tan grande, que del Hospital General, donde tomábamos un camión para recibir unas clases de medicina, al Hospital Juárez, hacíamos exactamente una hora, y después regresar al hospital.

Quizá nuestra juventud no nos hacía tan pesada esa vida, ese tránsito, pero en el fondo sí, yo sufría con esas cosas, porque hubiera preferido, en lugar de hacer ese tiempo, pues estar leyendo, estar haciendo cosas, y no metido en un camión, dos horas, por la mañana, que le cortaba a uno todo el tiempo, y después irse a su casa a comer, así es que era un viajar tremendo.

En quinto era la clase de higiene, que así se llamaba la salud pública, la daba el doctor Armando Valenzuela, muy divertido el señor, pero la daba muy mal. Por la mañana tomábamos el segundo curso de clínica médica en el Hospital Juárez; teníamos además una tercera clase de clínica terapéutica en el Hospital General, la daba don Rosendo Amor que ya no era director, sino don Guillermo Parra. Era clínica terapéutica, no había quirúrgica ni médica; en teoría el profesor tenía que saber cómo se le recetaba a todos en general.

En resumen: clínica médica, clínica quirúrgica y terapéutica, y después, por la tarde era la higiene y la obstetricia, y la patología y hasta sexto año teníamos patología general.

Los maestros iban cambiando porque la clínica médica de tercer curso, nos la daba un señor que se llamaba Cleofas Padilla, que era otorrinolaringólogo y alardeaba de cirujano, ¡era cosa fina!, fue en mi último año.

La médica era en el Manicomio, eran enfermedades mentales y nerviosas en La Castañeda; la daba don José Meza Gutiérrez, un loquerito. Seguíamos con la llamada patología general, con el doctor Alfonso Pruneda. Zárraga daba obstetricia. Meza Gutiérrez también daba ética y moral médica.

La clase se llamaba Ética y Moral Médica e Interés Profesional. Se trataba de que debíamos ser muy buenos. Ni mencionaba a Hipócrates, nada más la caridad pública y la necesidad de servir al pobre y esas cosas y se extendía mucho en los intereses profesionales. Meza Gutiérrez era un profesor muy mocho, pero mocho, mocho, y tenía una influencia muy grande en el medio mexicano, por ser un médico muy católico, psiquiatra, además de ser una gente de una moralidad intachable.

Además hacía laboratorio en su casa, se dedicaba un poco a todo. De los ejemplos que nos ponía para el interés profesional, era que había mandado arraigar en Veracruz a un señor aristócrata y rico de México, al que le había

puesto una serie de inyecciones de Neosalvarsan porque tenía sífilis y que, al pasarle los honorarios de diez mil pesos de oro, no se los había querido pagar. El señor muy despreocupado se iba a España, que era a donde viajaban las familias bien. Él lo mandó arraigar en Veracruz y el paciente tuvo que pagar los diez mil pesos. Él se daba por curado con la serie de inyecciones. No se curaba, se atenuaban las manifestaciones, se iban las úlceras, los sifilomas, todas esas cosas se blanqueaban, como se decía entonces, se limpiaban.

Había más atóxicos que ahora. Generalmente para el sistema nervioso, mandaban el arsénico, desde el descubrimiento de Behring, que fue muy importante, pero que realmente era tan tóxico, tan excesivamente tóxico, que muchos enfermos morían. En eso se basaba Meza Gutiérrez para cobrar ese dineral, porque era muy difícil y muy peligroso, y una gente tan notable, pues no podía hacer menos que hacerse pagar sus honorarios honesta y correctamente. No, nadie le discutía, le pagaban peso sobre peso.

Hacíamos una crítica severa a los maestros. El último año de clínica quirúrgica nos lo dio el doctor Margáin, el papá de Hugo, que era malo como él solo y era muy del tipo de Meza Gutiérrez. Entonces, ¿quién va a despedir al maestro del tercer curso de clínica?

–Que lo despida Fournier –sabían que iba a decir una serie de payasadas.

–Que lo despida Fournier –decían todos.

Me levanto y él, que era medio sordo, se puso una mano para ampliar su pabellón de la oreja y entonces le digo:

–Maestro, pues mire usted, afortunadamente terminamos su curso, representa para nosotros una cosa muy importante, pero le he de decir que le pedimos, por su honor y por su prestigio profesional, que no siga usted impartiendo clases –ya nos había calificado.

Todos creían que yo iba a salir con mis babosadas y les voy saliendo con un discurso, como los hice después cuando fui director, cuando iban a oír el “discurso del payaso director” y les salía con otra cosa y se quedaban fríos.

Entonces dice el doctor Margáin:

–Esa es la opinión de todos.

Silencio, hasta que se paró uno y dijo:

–Sí, maestro –entonces Margáin cogió su libro y se fue, nunca volvió a la escuela.



## *Me llegó la verdadera vocación*

Hacia el año de 1923, la Universidad dependía de la Secretaría de Educación y el secretario era Vasconcelos, su secretario particular era Jaime Torres Bodet, ya entonces era de los Contemporáneos,<sup>25</sup> gente muy importante. Nos juntamos un grupo de amigos y discutíamos la inutilidad de todas las materias que habíamos cursado, que no sabíamos nada de anatomía; que la fisiología medio nos la habían dado a oler; que la clínica, que si no hubiera sido por Fournier, ni los abscesos conoceríamos.

Al mismo tiempo que tomábamos las materias, estábamos practicando en el hospital. No había internado ni había servicio social. Yo, como era abusadillo, cursando el tercer año de medicina gané una oposición de practicante en 1920. De hecho todos eran practicantes, porque como éramos ciento cincuenta alcanzábamos para repartirnos todos en todos los hospitales. Nos pagaban sesenta pesos oro al mes. La tesis venía después. En sexto año se daban las especialidades de oftalmología, otorrinolaringología y enfermedades de la piel.

La verdadera vocación de médico y lo que ahora se llama servicio a la gente, llegó cuando me puse en contacto con la gente humilde del hospital que habían ya salvado todos los obstáculos. Las señoras le decían a uno “doctorcito”, y eran muy cariñosas, siempre deseosas de complacer a su “doctorcito”.

Cuando se daban de alta, los íbamos a ver a su casa, nos enterábamos de su medio familiar y de los conflictos que tenían las familias; de cómo muchas veces el hospital era la forma de desprenderse de algún integrante de la familia y lo tenían, por ejemplo, castigado en el hospital; ya no querían oír los sufrimientos de la tía vieja, o de una mamá muy inoportuna, o de un muchacho que estaba, si no en la perdición, cuando menos al borde de ella.

Esa era la concurrencia al hospital, y ésa fue la experiencia que nosotros recogimos cuando, en lo particular, los íbamos a ver a sus casas. Fue entonces que me entró la verdadera vocación por la medicina y, ¿por qué no decirlo?, unas ganas genuinas de estudiar, porque ya no se trataba de la clase que me aprendía de memoria para darle a mis compañeros imitando al profesor.

<sup>25</sup> Los Contemporáneos eran José Gorostiza, Xavier Villaurrutia, Jorge Cuesta, Gilberto Owen, Salvador Novo, Bernardo Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo, Jaime Torres Bodet y Carlos Pellicer.

Ya no era tampoco el deseo de pasarla bien, para tener un buen promedio a final de año; era el deseo de curar a una gente y de salvarla, de hacer lo mejor posible, con las armas que uno tenía. Fue durante los últimos años de mi carrera cuando desarrollé la verdadera vocación de médico, como lo he demostrado en estos cincuenta y siete años de ejercer la medicina.

Mi madre era una gente muy bondadosa y mi padre, si no era altivo, era de una educación muy siglo XIX, muy profesor normalista. Entonces para él, como he dicho, todo era regla, todo era método, todo orden, y él no comprendía que yo quisiera ejercer la medicina por mi lado, sin su tutela. Mi madre, por el contrario, tomaba recados telefónicos y personales, y paulatinamente me fui haciendo de una fama de médico en ciertos medios, aun antes de recibirme junto con algunos compañeros que ya tenían ánimo de ejercer la profesión, antes de tener el título.

Junto con un amigo, Manuel Guevara Oropeza, psiquiatra, y con la ayuda de un señor que se dedicaba al comercio de fierros viejos, tío del doctor Zubirán, nos prestaron algunos fierros, incluso una mesa de exploraciones que tenían ahí oxidada. La mandamos pintar, y establecimos en las calles de Cuauhtemotzin, en una accesoria, un consultorio. Comenzamos ahí a trabajar: las horas de consulta eran, por ejemplo, de una a dos o de una a tres, y allí fuimos haciendo clientela en el barrio.

La sala de espera era el zaguán de la casa y, en la vivienda principal, pudimos alquilar una pieza para el consultorio. Entonces se presentó una señora, una *tenanciére*<sup>26</sup> en el callejón de Tizapán, que desemboca en San Juan de Letrán; yo curaba a algunas de sus pupilas. Preguntó que quién era el doctor Fournier —era apenas estudiante del cuarto año de medicina— y me sentí muy orgulloso: una clienta, una persona que me buscaba. Con poca experiencia en el trato de personas, me vio:

—¿Este güerito?

—Sí, yo soy.

—Oye, güerito, quiero que me ponga una inyeccioncita que me acaba de mandar quién sabe qué médico.

—Pues sí, cómo no.

<sup>26</sup> La que rige un burdel.

Eran inyecciones de cianuro de mercurio, con que se curaba la sífilis en aquella época; eran dolorosísimas, pero dio la casualidad que no le dolió o se me derramó una parte de las inyecciones, lo que se quiera, el caso es que:

–¡Qué mano tienes, güerito, si eres un San Luis Gonzaga, si eres bueno, muy bueno!

–¿Nombre de la enferma?

–Marina Martínez. ¿Qué, no quieres írmela, a poner en mi casa? Mira, allá hacemos muy buenas jaletinas –porque, para esto, yo tenía una cara muy infantil–, hay pozole o hay pancita, siempre hay alguna cosa en la casa.

Claro, era un burdel, muy bien *achalandé*,<sup>27</sup> y ahí iba yo, y claro, me consentían y acabé siendo médico de todas las pupilas y de ella.

Mi retrato, que le había dado, estaba junto al Sagrado Corazón que tenía arriba de su cama. Ya estando muy enferma me dice:

–Mira, güerito, ese Sagrado Corazón al que yo quiero con toda devoción –y le echó un Padre Nuestro–, levanta el Sagrado Corazón, había un hueco y una caja, una caja de cartón, una caja de zapatos: Mira, aquí tengo un dinerito que, mal habido, porque el dinero de aquí es mal habido, y que Dios me lo perdone y por eso tengo el retrato de El Salvador... Tú sabes que es mal habido porque son cosas prohibidas, a ti nunca te he invitado a nada aquí, para no echarte a perder, ni quiero que mi médico ande con estas pirujas. Pero el día que me llegue a morir... –porque tenía frecuentemente ataques de angina de pecho– me vas a jurar que se lo entregas a mi mamacita.

Bueno, hecho el juramento correspondiente me fui en aquella ocasión y a los cuatro o cinco días estaba yo de guardia como práctica en la Sexta o la Octava Demarcación, la que está en Victoria, era la más cercana a San Juan de Letrán, y me manda llamar:

–Que la señora Marina está muy grave, que se está muriendo, que vaya usted.

Y llegué y ya Marina estaba muerta. En esos antros generalmente la jefa tenía una criada que era su confidente, más que criada de categoría, era la que la atendía personalmente: nana, secretaria. Salió corriendo al salón donde estaban bailando. En el patio de la casa alguien estaba tocando el piano; era un 15 de septiembre en la noche y estaban tocando el Himno Nacional en danzón, para celebrar. Entonces, le dije a la Domitila, que así se llamaba la criada:

<sup>27</sup> Surtido.

–Domitila, voy a cerrar la puerta y que se calle la música y que no hagan ruidos.

–¿Qué de veras ya murió mi mamacita, ya murió?

–Sí, está muerta. ¡Sálgase usted, porque le voy a dar respiración artificial.

–Bueno, ¿no quiere usted que le ayude?

–No, no.

Entonces me quedaba la cosa grave: ver cómo hacerle para sacar el entierro del juramento. Afortunadamente llevaba petaca, todos los médicos desde chiquitos acostumbramos a llevar petaca para darnos nuestro taco, y era un petacón tan grande, aunque yo era enclenque, pero el petacón era imponente. Traía una jeringa de inyecciones y cosas para los últimos auxilios, como el aceite alcanforado. Bueno, moví el Sagrado Corazón, eché en mi petaca el dinero y volví a poner al santo en su lugar.

–Ahora sí, ya entre usted para que me ayude.

Entonces corrió la voz entre la clientela, la mayor parte se salió sin pagar los honorarios correspondientes a copas y demás, así es que se quedó vacío el patio. Una que otra de las muchachillas de la casa, borrachas, con ataque histérico.

–¡Ay, mi mamacita se ha muerto!, ¡qué voy a hacer!, ¡que traigan otro médico, que traigan los gendarmes!

¡Uh!, hubo una escena que ya escrita en mis memorias puede ser que salga mejor porque fue un relajó. Y el piano seguía con el Himno Nacional en danzón y me acerqué al piano y dije:

–A éste lo conozco, a este cliente lo conozco –era Agustín Lara.

Ya se había metido a la vida de los burdeles y era el mantenido por las muchachas de ahí. Y se voltea y con una mirada vidriosa:

–¿Eres tú Raoul Fournier, el hijo de don Carlos Fournier?, ¿qué, me andas vigilando o qué quieres aquí?

–Pues mira, yo soy el médico de la casa y te debo decir que doña Marina ha muerto.

–¡No la friegues!

–Pues sí.

Y entonces en lugar de darme otra respuesta, se puso a tocar la *Marcha Fúnebre* de Chopin, ya más ambientado. Mientras que él desarrollaba su marcha yo hablé a la Cruz, a mi comisaría e informé:

–Vine a atender a una enferma, pero me encontré que está muerta.

—¿Quién es?  
—Pues es Marina Martínez que tiene aquí en la calle de Tizapán una casa...  
—¡Ah!, sí, allí sí, van corriendo —dijo uno de mis compañeros practicantes. Hacíamos guardias que nos pagaban muy bien, porque el 15 de septiembre no hacía guardia cualquiera, nada más a los que les daban una monedita de a cinco de oro.  
Entró luego a la casa un gendarmón y dice:  
—¿Dónde está el cuerpo del delito?  
—Mire usted, aquí hay una señora que está muerta, yo soy el practicante y me hace usted el favor de que el Ministerio Público levante un acta. El Ministerio Público ya había llegado. Levantaron el acta y me interrogaron.  
—¿Usted qué hacía, qué le puso?  
—No, no le puse nada, no alcancé a ponerle nada.  
—Pero algún aceite alcanforado —así como haciéndome un reproche.  
—Ni esto tuve oportunidad, ya estaba bien muerta.  
—¿Y qué signos de muerte encontró usted?  
—Pues tenía de muerta menos de una hora, ella dijo que iba a dormir y se quedó muerta. Mire usted, hay signos de rigidez y...  
—Pero los signos de vida existen —entonces no se usaba decir signos vitales— ¿se ha observado alguno?, a ver, póngale el espejo en la boca.  
—Bueno, se lo voy a poner porque usted quiere y es Ministerio Público —le puse el espejo y nada; entonces oí a lo lejos la *Marcha Fúnebre*, porque la casa era grande y le dije a Domitila.  
—Dile a Agustín Lara que se calle, que ya deje de tocar y que me espere, que no se mueva de su sitio. —Él había sacado su paliacate y estaba llorando; el asunto terminó, vino la camilla y se llevaron a doña Marina. Mi preocupación era irme lo más pronto posible a San Bartolo Naucalpan, a buscar a la madre. Con el objeto de salvar a Agustín de todos esos antros, me lo llevé.  
—¿A dónde me llevas, también a la pinche comisaría?  
—No mano, yo te voy a defender, mira, frente a la comisaría o cerca de la comisaría están unos baños, que se llamaban Baños Victoria, allí nos vamos a bañar generalmente los practicantes, después de las guardias; así es que te voy a dejar encargado, que te tenga en un vaporcito suave, que te dé una polla, que te dé jugo de naranja, y te vengo a buscar al ratito.  
—Pero vienes.  
—Sí.

–No se te vaya a olvidar hermano, hijo de don Carlos.

–No, no se me olvida.

Y entonces a buscar un coche, primero llegó una carretela, fui hasta Tacuba. Los honorarios los sacaba naturalmente de la cajita, pues yo no tenía ni un centavo.

–Pues no tengo cambio –entonces ya como quiera encontré en Azcapotzalco un fotingo que me dice:

–Sí, jefe, yo lo llevo –le dije que era médico, que iba a hacer un servicio– a tal calle, a San Bartolo Naucalpan.

Ahí caminando, porque de Azcapotzalco para San Bartolo era un camino imposible. Llegamos a una tortillería, eran las cuatro de la mañana, no abrían la tortillería pero di tales golpes que...

–¿Quién es?

–Pues vengo de parte de Marina, de su hija, a traerle un recado.

–¿Qué me trajo? Entonces abrió la puerta; y como esa pobrecita gente no se quita nada para dormir, con lo mismo es que salió.

–¿Qué le pasa a mi hija, qué le pasa?

–Pues nada, que ya murió.

–Si yo se lo dije, no te metas, hija, en esa mala vida porque...

–Mire, después platicamos un rato, ahorita estoy muy de prisa, haga usted un agujero, ¿tiene usted un agujero?

–¡Sí, cómo no! –porque pues claro, en esos jacales todo son agujeros. –¿Y qué me va usted a dar?, a lo mejor es un niño de Marina.

–No, Marina no estaba para tener niños, es este dinero que le mandó.

–¡Ay Jesús!, y es mal habido.

–Pues mire usted, yo soy practicante de medicina, no soy cura, pero le voy a echar la bendición y ya queda.

–¿Y tiene usted poderes?

–¡Sí, cómo no! –le eché una bendición y se enterró el dinero, una cantidad considerable. Me imagino, porque pesaba muchísimo y era todo en oro. Yo había sacado para pagar esto y lo otro y era puro oro.

La pobrecita dijo que lo iba a guardar en la iglesia.

–¡No, no!, en la iglesia no lo guarde, a ver si hay un banco por aquí.

–No, yo no sé de esas cosas.

–Bueno, pues entonces téngalo ahí enterrado y no le diga a nadie nada.

Regresé ya clareando la luz del día, con mayor facilidad por el tren de mulas. Fui llegando al baño como a las nueve de la mañana y me encontré a Agustín hecho toda una sopa o tatemado. Estaba tomándose una polla; que es una bebida que hacían antes, con un alcohol que se llamaba catatán, hagan de cuenta que es el Bacardí de ahora, dos huevos, canela y azúcar y batido. Tal cantidad de alcohol que le metieron... y ya no era: “Tú, Raoul, hijo de don Carlos”, sino:

–Raoulote querido, ¿qué andas haciendo por aquí?

–¡Cómo que qué ando haciendo por aquí!, te vengo a buscar.

–¿Tú?, ¿y cómo sabías que estaba aquí?

–Te traje anoche de casa de Marina, que murió y tú te empeñaste en tocar el piano y estaban llevando a todos a la comisaría y...

–¡Ay!, me has salvado la vida. No tan sólo tu padre me enseñó a leer sino tú ahora me salvas la vida.

Bueno, ya un gran abrazo efusivo en traje de Adán. Me tuve que meter para sacarlo. Yo siquiera estaba envuelto púdicamente con una sabanita a la romana, como veía que estaban los otros bañeros, tapándome el sexo y parte de las piernas y él me dice:

–Oye, ¿qué traje traes, que así están ahí en donde están trabajando?

–¡No, hombre!, así están los bañeros.

–¡Que me traigan una sábana!

Le dio pena también y se puso una sábana, y ahí me contó toda su vida, desde cuando lo pervirtió en la Preparatoria una señora que se enamoró de él; una dueña de casa de asignación. Después se enamoró de la pupila de la señora, se fueron a otra casa y entonces ahí lo contrataron como pianista para que estuvieran los dos cerca. Y así fue rodando.

Esas calles de Cuauhtemotzin fueron en un tiempo de muy mala fama; era la “zona roja”, y todo el mundo se asustaba de vernos trabajar ahí. No éramos médicos de las pupilas de las distintas casas, o de las accesorias, sino que éramos los médicos familiares de sus hijos, en fin, de todo ese tipo de gente. Ellas tienen, o tenían, naturalmente una familia a la que atender, que sostener y entonces, como nuestras consultas eran de veinticinco centavos, de treinta centavos, les era fácil obtener asistencia médica. Algunas veces les dábamos las medicinas, de las que nos daban en los laboratorios, o que podíamos sustraer, no sé de dónde, pero el caso es que se las dábamos. Otras veces, cuando los medicamentos eran de receta, pues teníamos ya un repertorio de

recetas de los buenos médicos, de don Gastón Melo, de Manuel Gea González, de Manuel Aveleyra, en fin, que nosotros transcribíamos y mandábamos surtir a la botica; no era el envase costoso, ni la medicina muy bien presentada de ahora, pero el resultado era bueno.

Las medicinas nunca sirven para nada. Soy muy hipocrático en cuanto a decirles que el principio de *medicatrix nature* es una de las cosas que más observo, además, creo que lo que más cura a la gente es la conversación, la plática con los enfermos. Se tranquilizan, y ahí lleva uno ganado muchísimo, porque puede ser una enfermedad orgánica, pero ya sin la angustia, se puede dominar mucho más fácilmente.

Tuvimos ese consultorio un año más o menos. Era absolutamente medicina general, no había especialidad alguna, es decir, nosotros sabíamos un poquito de todo, casi nada de todo, pero sí teníamos el suficiente criterio para decirles:

–Bueno, pues a ver si va a tal hospital, a tal consultorio a que le atiendan de esto.

En el Hospital Juárez, la impresión que recibimos fue muy profunda porque en las salas no tenían pisos de madera o de asfalto, de mosaico, de algún material que se usa para cubrir pisos, sino eran de tierra apisonada, aplastada, y el primer paso de las enfermeras, de los mozos, era regar la sala con agua y aplanarla después, y entonces cursaba ya el servicio. Era gente que lo hacía bastante bien, no que fuera un lodazal aquello, pero así estaban las salas del Hospital Juárez. A mí me llamó mucho la atención, fue una sorpresa muy grande porque venía del Hospital General, recientemente inaugurado; había sido fundado en 1905, con mármoles y muchas cosas.

En aquella época las enfermeras del Hospital Juárez no sabían leer ni escribir y entonces nosotros, yo cuando menos, que tenía ya la vocación de profesor, tenía mi grupo de enfermeras a las que les enseñaba el abecedario, a leer y a apuntar las letras y todas esas cosas. Luego se me pegaban mozos y otros, llegué a tener cierta popularidad como profesor alfabetizador. Se pasaba uno la mañana ahí, recibiendo clases, algunas veces curando enfermos. Como a las once y media, que se iban los médicos, comenzaba la clase. Para qué decir que las más jóvenes querían a toda costa saber escribir una carta de amor, y entonces pues la hacíamos de todo.

El Hospital Juárez tenía quirófanos y llegaba a la categoría de tener una gradería donde los estudiantes veían desde lejos las operaciones que se prac-



ticaban. En unas partes tenía mosaicos, todo estaba pintado de blanco, era el color que se usaba, y así se veía un poco más decente. Lo mismo era todo lo que se refiere a los servicios quirúrgicos.

Los médicos también eran muy especiales. No se había entrado a una disciplina más estricta, cartesiana; me parece que era cuando el doctor Godoy Álvarez era el director.

Los médicos se creían en posesión de un secreto quirúrgico, operaban en sus salas, no querían que sus compañeros los vieran. En el Hospital Juárez había muchos médicos muy pintorescos. Desde luego pasaban visita de *jacket*, o con un saco común y corriente, americana, como se le decía entonces. Me acuerdo de un cirujano que fue suegro de Lombardo Toledano, el doctor Vargas Otero. Era un cirujano muy hábil, porque entonces, como no se usaba la terapéutica del *shock*, el éxito de una operación consistía en hacerla muy rápidamente para que el enfermo no estuviera *shockeado*, traumatizado, durante toda la operación.

En el Juárez las mujeres estaban separadas, era un pabellón sin especialidad de ginecología, porque el médico estaba educado en otro medio y tenía otras exigencias. Así es que parecían prestidigitadores cómo cortaban piernas y cómo hacían histerectomías, que era una operación muy de moda: vaciar a las mujeres por cualquier dolor, cualquier cosa, y lo hacían muy rápidamente. Todos apostaban carreras, algunos operaban en el anfiteatro; había dos o tres para operar al mismo tiempo y luego las particulares en los pabellones. Así es que era un servicio muy activo quirúrgicamente, por ello en parte se le llamaba al Hospital Juárez el “hospital de sangre”.

El Hospital Juárez fue fundado en épocas de revuelta en México, a raíz de la guerra de 1847. Parece que Benito Juárez fue quien lo fundó, que lo integró.<sup>28</sup> Así es que llegaban ahí todos los descalabrados, todos los accidentados; era un hospital de emergencia, como ahora puede ser la Cruz Roja. Luego Castro Villagrana, cuando fue director, le dio un gran impulso; todos esos pisos de tierra fueron cambiados por materiales de loseta, y ya se exigían estudios de enfermería para ingresar al servicio. En fin, comenzó a cambiar la cosa cuando vino Baz y entró Fernando Valdés Villarreal.

<sup>28</sup> Se fundó durante la intervención norteamericana de 1847 con el nombre de Hospital Municipal de San Pablo; en 1877, cambió a Hospital Juárez, al organizarse la Dirección de Beneficencia Pública.

La asepsia andaba de cabeza, no había más asepsia que la ebullición, hornos de Pasteur ya muy viejos, algunos inservibles; era una asepsia muy elemental y en el Hospital Juárez se había vuelto mucho a la antisepsia, es decir, la cosa listeriana, de desinfectar previamente; de lavarse mucho las manos y desinfectárselas. Vi operar en los hospitales sin guantes, porque todavía no se usaban los guantes. Así es que la asepsia era mala. El índice de mortalidad por falta de asepsia no era tan grande como se podría esperar ahora. Quizá la gente tenía más defensas, dentro de su mal comer, aunque comía mejor que ahora.

No puedo decir que ahí haya tenido un verdadero maestro, hasta que por oposición entró Gustavo Baz y, también, Castro Villagrana, eran de otra categoría.

En el Juárez pagaban a los estudiantes practicantes. Era el hospital municipal por excelencia, así es que iban generalmente los muchachos más necesitados, muy mal preparados, sin conocimientos y ahí se hicieron médicos. Así es que cuando se oye en la actualidad –ya menos que antes– del “espíritu juarista” de hospital, recuerdo los tiempos de taco al medio día y a operar, a curar heridas y quemaduras y todas esas cosas.

No tienen idea en las condiciones de asco en que estaban las salas, por ejemplo: la de quemados era una sala horrorosa, de las lesiones simples, que fue a la que entré primero a alfabetizar a las enfermeritas. Porque cuando le pedí a una que me leyera el nombre de una botella que tenía una sustancia y estaba lejos, me contestó:

–Aquí está la botella, yo no veo bien para leerla.

–Bueno, será cosa de anteojos –le digo yo.

Después, ella, humildemente, me confesó que no sabía leer y le dije:

–Yo te voy a enseñar –y entonces comenzó la alfabetización.

Era terrible y los médicos se prestaban a todo por un salario, no estudiaban y no tenían libros, ni había biblioteca en el hospital, nada absolutamente. Indudablemente Castro Villagrana, Gustavo Baz, José Rojo de la Vega, fueron metiendo al hospital en orden, pero mucho tiempo después.

Por desgracia para los hospitales, siempre se usaba un criterio político para nombrar al director, eso no ha cambiado mucho. Sin embargo, cuando hay un director que es mediocre, o es malo, y hay buenos trabajadores la cosa se compone, obligan al director a ser de otra manera.

El Hospital Juárez cambió muy poco durante muchos años, porque eran médicos que se iban asimilando a esas costumbres, y a los médicos de otros

hospitales, a los del General, por ejemplo, los tomaban como médicos muy pretensiosos, muy alzados. Había desde luego un antagonismo entre los dos hospitales, el Hospital Juárez era de la ciudad de México, con su espíritu juarista; era un hospital valiente, donde se trabajaba casi sin armas y con muy pocos recursos, nos rebelábamos.

Me quedé en el Hospital Juárez en 1923 y me nombraron –eran muy fáciles los nombramientos– jefe de laboratorio y el segundo de la consulta externa de gastroenterología, en el pabellón de Gustavo Baz. Ese laboratorio no estaba tan mal surtido y yo iba pidiendo reactivos y diciendo, como se hablaba ya de una transformación del Juárez, pues el director en turno, José Castro Villagrana, creía que ahí estaba la verdadera ciencia. Así es que el laboratorio del Juárez fue un laboratorio bastante decente, la gente se fue transformando, vieron la necesidad del laboratorio para el ejercicio de la medicina y, claro, la gente llegaba. Estuve hasta principios de 1924, porque los estudiantes íbamos de un hospital a otro.

Cada uno llevaba un bagaje dentro de sí, y eso es lo que lo hace a uno desarrollarse. Si cuando sabía menos medicina que ahora, me ponía frente a un enfermo, pues notaba todas las cosas, pongamos, un enfermo icterico, entonces iba al libro y leía todo lo que se refiere a una ictericia y entonces buscaba si tenía esto, si tenía lo otro. Iba uno reconstruyendo el cuadro patológico, con el libro de la observación del enfermo. Esto es autodidactismo en medicina; y casi la mayor parte de los médicos somos autodidactas, la cátedra nos sirve de muy poco. Siendo muy perfecta, la cátedra se le considera muy poco, me refiero en la clínica. En el laboratorio es diferente, es el resultado de la observación. Se necesitan elementos teóricos y observar cómo se hacen las cosas. Pero como en clínica la cosa era distinta, porque no veíamos cómo se hacían bien las cosas, fuimos transformando y haciendo las especialidades en México, como en la gastroenterología, que es mi rama.

México ha tenido buena tradición en la cirugía. Cirujanos como Vargas Otero, muy hábil, quitaba una matriz en quince minutos, y luego le iban a decir que, en el Hospital General, Castillejos lo hacía en catorce minutos, y entonces se afanaba más. Se robaba un enfermo que le interesaba, se lo robaba en el pabellón y ahí iba con el enfermo cargando a su sala o a la sala de operaciones, y lo operaba sin preparación ni nada. Se anunciaban mucho en el periódico.

Había un doctor muy eminente y médico del Hospital Juárez, don Gabriel Malda, anunciando sus recursos. Hacía viajes a Europa, se estaba allí cuatro o cinco meses (entonces los viajes a Europa eran muy largos); llegaba, se anunciaba y efectivamente traía cosas nuevas; imponía un tipo de disciplina en la asepsia y tantas otras cosas que fueron entrando paulatinamente a los medios hospitalarios.

A lo largo de este relato se conocerá mi verdadero temperamento. Trato siempre, en todos mis conflictos, ya sea en los personales que me afectan mucho, o los que veo en el ambiente, a no ridicularizarlos, sino a minimizarlos, a decir: “Bueno, pues esto tiene remedio, si no está tan mal, si hay que hacerle estas cosas, si las otras...”. Así es todo lo de los hospitales lo veía más bien como un campo de posibilidades que como un reproche a la sociedad, es decir, ¡cuántas cosas hay que hacer! Trataba de no considerarme impotente para hacerlas; invitaba a gente que pensara como yo, a que hicieran las cosas, a no tornarlas en ridículo.

Cuando ya de médico me invitaron a volver, por los méritos que tenía, a ingresar de nuevo al Hospital Juárez, de nuevo a gastroenterología, me inscribieron en la Sociedad.

Mi primer trabajo se tituló *El caso de Petra Sánchez o el triunfo de la cirugía*, en el cual contaba que Petra Sánchez, en 1910, entraba al Hospital Juárez porque se había quemado en una cohetería en el Zócalo. Como la pierna quemada no se curaba, se la amputaron y, como la amputación no había estado bien hecha, le hicieron una nueva hasta el muslo. Después, tuvo un cólico de apendicitis, le abrieron la barriga y le quitaron el apéndice. Nuevos cólicos, pues que no es apendicitis, que es del ovario y a quitarle el ovario. Que está supurando y se le quitaba la matriz, una histerectomía total, y la paciente seguía con cólicos. Pues que es la vesícula biliar y otra operación. Luego, cuando ya la iban a dar de alta, se rodó de las escaleras y se rompió el brazo. Entonces volvió a internarse y, ya vamos en el año de 1915, la tuvieron enyesada mucho tiempo. No, pues que la fractura fue expuesta y le cortan el brazo derecho. Le hicieron una amigdalectomía y todas las cosas que se quiera, y ya cuando la dieron de alta, por 1919, ya no se sabía ni a qué sala correspondía la pobre Petra Sánchez. Iba con una muleta, nomás tenía una pierna, tenía un brazo. Es decir, le quedaba todo el lado izquierdo.

Resultado de mi historia fue que, naturalmente, me corrieron del hospital y me dieron de baja. La mía era una llamada de atención dramajocosa, ya que no se hacía crítica, ni cosa alguna.

En el Hospital General tomé las clases de propedéutica médica, entonces me encontré en un ambiente distinto: jardines bien cuidados, salas muy limpias, en fin, era otro ambiente; sin embargo, los enfermos eran iguales. Había una cantidad muy grande de cirróticos, viejos alcohólicos y sifilíticos. La medicina en aquella época era terrible.

Las diferencias entre el Juárez y el General estaban en que éste era nuevo. Luego en los médicos, iban médicos que habían estudiado verdaderamente, no eran los aficionados que habían sido contratados. A los practicantes nos pagaban; entrábamos con trámites de las oposiciones, que sí eran en serio. Llegué al Hospital General luego de una oposición, que consistía en sacar una ficha teórica y desarrollar un tema. Después le presentaban a uno al enfermo y teníamos que elaborar el diagnóstico. Como estudiante de segundo o tercer año, en 1920, no tenía conocimiento de los padecimientos, pero cuando menos sabía la manera de conducirme frente al enfermo: “Al enfermo le mandaré hacer este estudio, este otro y lo de más allá, y lo tendrá a una dieta de esto. Lo primero que buscaré es azúcar en la sangre, porque me da un olor acatónico y pienso que se trata de un diabético”, en fin, todos esos prolegómenos del diagnóstico.

En una ocasión la oposición era para seis plazas y nos las sacamos tres: Conrado Zuckerman, otro doctor Barrueta y yo. Teníamos que hacer una práctica general en el hospital, es decir a distintos servicios; pasar por cirugía, pasar por obstetricia. En cada lugar estábamos unos tres meses. Siempre evité lo que no me gustó: la obstetricia y los partos y toda esa cosa, me molesta esa rama. La pediatría nunca, contaré el cuento aquel de un señor que le preguntaban:

–Bueno, ¿y a usted le gustan los niños?

–Sí –decía el señor –yo como de todo.

Lo curioso es que, como me dedico a enfermedades del aparato digestivo y en mi época, cuando comencé a ejercer la especialidad, los pediatras no sabían aparato digestivo, tenía que ver a muchos niños, dietas de niños y cosas así. La maldición gitana me cayó en los primeros años, y hasta había un chiste que hacían sobre mí:

–Ya Fournier cambió de especialidad, porque era pediatra y ahora puro viejo, es genial, pero puro viejo ve.

—¡No!, sí no ha cambiado su especialidad, lo que pasa es que son sus mismos enfermos.

Al volver de Europa, había estudiado radiología del aparato digestivo y quise entrar a la radiología que estaban haciendo ahí. Había un doctor Del Oro que era muy buena persona, pobrecito, se le pelaron, se le cayeron los tejidos, le quedaron los huesos, era impresionante la cosa; el pobrecito del doctor Del Oro que le habían dado *radium* y lo manejaba así con gran descuido.

En 1921, quisieron modernizar las cosas y se compró un aparato de rayos X muy elegante que nadie sabía manejar. Un señor Ramírez decía que él lo podía manejar y fue a hacer también barbaridad y media.

Existía, desde el principio, el pabellón de infecciones, el pabellón de observación y el de tuberculosos, que era un aquelarre. Estaba el de leproso, pues aún no habían hecho el hospital de lepra, y entonces de castigo mandaban a los practicantes y a las enfermeras a esos lugares.

Además había pabellones de piel, de mujeres, otorrinolaringología, oftalmología, vías urinarias; tres pabellones de ginecología, porque las castraciones eran muy frecuentes, y uno de maternidad. Bueno, el Hospital General ya era un hospital más formal: tenía un quirófano muy bien construido para la época, con varias salas anexas para evitar que en los pabellones se hicieran cierto tipo de operaciones, y tenía una sala de esterilización donde usaban buenos autoclaves, así es que la cosa era distinta.

Las enfermeras, aunque sin título, al menos tenían la práctica, la mayor parte de ellas. Para entonces la Universidad tenía ya su Escuela de Enfermería, y salían enfermeras con un gradillo.

En el General estaba Gastón Melo que era mi amigo y mi profesor. Estábamos en el pabellón de observación, donde veíamos todo. Gastón Melo me indujo a mí y a un grupo pequeño de gente, que después figuraron mucho, a lo que es la atención del enfermo. Había, desde luego, más recursos; la revisión del enfermo se hacía de pies a cabeza: auscultarlo, oírlo de palabra cómo interpretaba sus síntomas y todas esas cosas; la palpación, la percusión, en fin todas las reglas del arte clínico clásico, porque el de ahora ya no es el arte clínico clásico. Hoy día al enfermo lo pasan luego luego a los rayos X, o al laboratorio.

Melo nos enseñó todas esas cosas. Desde entonces, el pabellón 29 fue de más categoría. Los enfermos eran igual de mugrosos y lo que se quiera, pero se hacía algo más humano por ellos, y como él era un hombre bondadoso y

tan buen clínico, a nosotros nos fue enseñando paulatinamente ese tipo de clínica clásica, de apegarse mucho al enfermo, de atenderlo, de ir a su casa y ver en qué medio vivía; de escribirle a los familiares y ese tipo de cosas que no se usaban y que no se usan ya.

Melo tenía un grupo pequeño, yo era el más apegado a él, pero también estaban Zubirán, Luis Augusto Méndez, Cejudo y Ernesto Alcalde. Rodeábamos también a Francisco de P. Miranda, del que se habla muy poco y fue muy importante en la medicina, porque tenía mucha afición al laboratorio, nos hacía un laboratorio más fino, más cuidadoso.

Estaba don Manuel Gea González, a quien Melo consideraba como un padre. Un señor que tuvo muchas habilidades quirúrgicas, pero como ya de viejo no operaba le gustaba explorar enfermos de manera clásica, y le transmitía mucho a Melo, y discutíamos las cosas, era una cuestión dialéctica.

Melo era magnífico. No era el profesor al que me acostumbré después: el profesor francés, de una elocuencia y de una gran prestancia y mucho aparato, no. Pero era el profesor que tenía voz convincente, que rebatía los argumentos de los otros médicos, o de nosotros sus discípulos, y siempre se quedaba con una fichita escondida que no habíamos podido percibir, y la lanzaba como el clavo final del edificio, del diagnóstico, ante asombro de todos y siempre salía bien. Si al enfermo, por ejemplo, antes de la operación le diagnosticaba una litiasis vesicular, iba a la operación y ahí estaba la litiasis vesicular, cuando otros médicos de muchas polendas, de la talla de Ayala González y gente que iba al Hospital General, afirmaba que era una litiasis renal, que eran piedras en el riñón. Melo se las avenía y lo mandaba operar, desde luego en otro pabellón y resultaba correcto su diagnóstico, eso nos admiraba mucho.

Él le tenía desprecio a la cirugía; decía que eso no era arte. Nosotros somos médicos y preparamos el terreno a los cirujanos que no saben medicina.

Mi tema de tesis, "La fisiopatología de las nefritis. El estado actual de la cuestión y la conducta del médico", surgió porque estábamos estudiando la nefritis con Gastón Melo. Llegaba una nueva ola en Europa, de la escuela alemana, a cambiar todos los antiguos conceptos de las nefritis. Había una enfermedad de Bright que era descrita por un inglés muy famoso que descubrió enfermedades del riñón, y era el caso que se hinchaban los enfermos, no orinaban casi nada y se morían de uremia; ése era el mal de Bright. Después vino Volhard y Bahr, un alemán, rectificando los conceptos y haciendo una clasificación más precisa de las nefritis. Luego, o al mismo tiempo, del alemán

Volhard y Bahr, uno que se llamaba Ambard inventó algo muy ingenioso: establecer una relación entre la urea que se encuentra en la sangre y la urea de la orina. Sobre todos esos cambios hice mi tesis, que fue de tipo teórico, era una exposición y una crítica, eso era la novedad. Hice cien copias de las cuales diez tuvieron portadas originales de Diego Rivera, Manuel Rodríguez Lozano, Fito Best Maugard, Abraham Angel y otras más modestas, que mandé imprimir<sup>29</sup> para repartir.

Utilicé bibliografía francesa, norteamericana e inglesa. La comencé a hacer a finales de 1923, y como ya tenía los datos, la acabé en julio de 1924. Mis sinodales de examen fueron los doctores González Fabela, Emilio Montarlo, Cervera y al que le llamamos el Chino Ortiz, el que fue cantante, Alfonso Ortiz Tirado. Melo no estuvo porque eran planillas fijas. Uno hacía la tesis, el asesor le ponía el visto bueno, se iba uno a la dirección o a la Secretaría y decía:

—Aquí está mi tesis, aprobada por el profesor Melo.

Le ponían otro visto bueno y ya estaba. La planilla se la escogían a uno en la Escuela, no sabíamos ni con quién nos iba a tocar presentarla. Así es que fui a que me la imprimieran, me costó cien pesos, a peso el ejemplar; caro en aquella época. Está bien impresa, con muy buen papel.

Ya impresa la tesis, la regresábamos a la Universidad: un ejemplar para cada uno de sus sinodales, dos para la biblioteca, otro que, de cortesía, se le dedicaba al director y las demás las repartía uno entre sus amigos.

El examen ¡ah!, fue muy bien, porque imagínense nada más que hice gala de toda la memoria fotográfica que tenía. Me toca sarampión con el doctor Montañó que era purista; una clase de sarampión muy buena. Después enfermedades de la rodilla, con el doctor Ortiz Tirado, y después obstetricia, a donde me puse a inventar, porque no sabía nada. Naturalmente yo había visto embarazadas, y las versiones podálicas y las versiones estas, y la otra, y la maniobra. Había aprendido muchos nombres de las maniobras que se usaban entonces para voltear al niño, para rotarlo, así es que puro cuento. Saqué mención honorífica. Nadie preguntó sobre la tesis.

Fui con mucha seguridad y creyendo que sabía. Estudié algunas cosas de las más difíciles y es lo que nunca le preguntan a uno, porque los profesores temen enredarse también. No estudié las cosas sencillas y llegué con un gran aplomo y

<sup>29</sup> Raoul Fournier, *Fisiopatología de la nefritis. Estado actual de la cuestión. Conducta del médico*, México, Talleres Linotipográficos El Modelo, 1924.



hablé de una manera muy llana, muy rápida, muy bien. Los sinodales estaban muy satisfechos de la actuación del joven. Al día siguiente era el examen práctico –eran de dos días los exámenes– y en él pues me va tocando una embarazada, “una enfermita”, en el General, y Viniegra, el obstetra del grupo me dice:

–A ver, señor Fournier, hágame usted favor de hacer un interrogatorio a la enferma; desde cuando cree ella que está embarazada y realmente si se comprueba con los datos clínicos.

Y entonces me salió una mujer verborreica, y le oigo decir a Viniegra:

–No, esos enfermos son imposibles, son los peores para examen, porque no contestan nada concreto.

Bueno, yo ya había oído esas cosas y entonces le digo:

–Bueno, maestro, pues de la multitud de cosas que me ha dicho la señora, parece que su última regla fue en tal época y comenzó a sentir esto y lo otro; el cuadro clásico del embarazo. Como ella seguía trabajando y tuvo tres o cuatro amagos de aborto, su comadre que la atendía la puso en reposo y volvió hasta que ya tuvo un dolor muy fuerte y se internó en el hospital a que sucediera lo que Dios quisiera. Así es que nos encontramos en este caso a una mujer que va a dar a luz de un momento a otro. Según los datos que ella cuenta y con la deducción clínica, es un embarazo de siete meses. La criatura está viable, los ruidos del corazón son completamente normales.

Se usaban unos estetoscopios de madera como cuernitos, y entonces cogí un auricular que tenía vía auricular. Todavía no iba a Francia, así es que me habían regalado uno y me lo puse, se quedaron asombrados:

–A ver, ¿está usted oyendo con eso?

–Sí –limpié los auriculares y se los pusieron todos y oían perfectamente bien todas las cosas. Así es que, con todos esos golpes, pues salí triunfante.

Aunque el examen era en lugares muy solemnes, mi familia no fue. ¡Dios me libre! Fui solito. Ni mis cuates ni mis amigos fueron a mi examen. Al día siguiente, que era cuando terminaba el examen, el doctor Montaña fue a comer a la casa, yo llegué muy tarde, a las tres de la tarde porque me había invitado Jorge Juan Crespo, del grupo de pintores y de artistas de la época, a tomar una copa y llegué a casa con una media estocada, cosa que le molestó mucho a mi padre. El doctor Montaña hizo muchos elogios de mí y mi madre estaba encantada. Me dije: “Pues ya tengo el título, ahora sí, el maestro Melo va a tener a un médico que le pueda poner bien las inyecciones”, porque se usaban mucho las inyecciones y no las ponían más que los médicos.

## *Sangre de médico, sangre de artista*

Sucedió que en el año de 1922, cuando Diego Rivera llegó a México, hubo un movimiento contra él en la Preparatoria. Los muchachos querían destruir el fresco del Anfiteatro;<sup>30</sup> ya se disponían a hacerlo con piedras, incluso llevaban ladrillos, zapapicos, en fin, muchas cosas. Y él con su sonrisa de siempre, contemplando, porque le gustaba mucho el tumulto.

A mí me gustaban las cosas modernas y había visto dibujos de Diego; entonces me junté con un grupo de muchachos que estudiábamos medicina (fuimos ese grupo que fundó el periódico que se llamaba *El Cáncer*). Nos metimos por la puerta de Justo Sierra (todo el motín estaba por la puerta de San Ildefonso). Éramos muy pocos, pero los muchachos que querían apedrear y lastimar el fresco y a Diego mismo, que estaban del lado del gran patio de la Preparatoria, creyeron que dentro del auditorio había mucha gente dispuesta y armada. No sé por qué creyeron eso y se comenzaron a ir.

Como ha sucedido frecuentemente en México (era la época de Obregón y estaba caliente todavía la Revolución, las balas, todo eso), no era de extrañar que el gobierno mismo, o grupos armados quisieran defender a Diego Rivera. Entonces entramos, Diego se quedó asustado y después ya nos presentamos, le dijimos que éramos admiradores de su pintura, etcétera. Por fin nos adueñamos del Auditorio Bolívar. Vivimos, por decirlo así, en el Auditorio Bolívar no por única vez, porque volví a vivir en otras épocas de la Universidad, cuando Brito Foucherm<sup>31</sup> era el rector. Tuvimos una participación directa. Lupe Marín, que vivía en Mixcalco, nos iba a traer tacos y cosas y nos las llevaba y hacíamos un *picnic* que fue al principio de cosas muy sencillas y después se fueron complicando, y acabaron siendo unos comilones terribles. Nos quedaba muy cerca Las Cazuelas, así es que llevábamos, de plano, una cazuela de mole.

Lo curioso es que paulatinamente se fue infiltrando gente a ese grupo que ya estaba dentro del Anfiteatro Bolívar; el principal era Carlos Chávez, el músico, y un músico argentino cuyo nombre no recuerdo y que puede ser que nunca más lo vuelva a recordar, porque ni Chávez se acordaba cómo se llama-

<sup>30</sup> Mural La Creación, en el Anfiteatro Bolívar.

<sup>31</sup> Rodolfo Brito Foucher fue rector de junio de 1942 a junio de 1944, en que renunció luego de un movimiento estudiantil.

ba. Naturalmente, el piano se conservaba allí, así es que Diego tenía descansos, donde tocaba ese pianista argentino. Carlos Chávez también tocaba, era la época en que Debussy comenzaba a estar de gran moda, y Ravel, y todos esos músicos del movimiento francés; también los del movimiento ruso, a la cabeza Stravinsky. En fin, tocaban lo más avanzado. Pero lo curioso es que el pianista argentino le decía a Chávez:

—¿Conoces esta pieza?

Y Chávez se le quedaba viendo, escuchaba la pieza y decía:

—Sí, ésa es de Debussy.

—¡Justamente!, ¡qué oído tienes y qué conocimiento!

Y así tocaba una serie de cosas, cada pieza se la dedicaba a un autor distinto. Era un hombre que tenía un ingenio musical muy grande, todas las inventaba de momento. Así es que, naturalmente, se estaba riendo de su amigo Carlos Chávez; ésa fue la confesión que nos hizo el pianista argentino.

Después entraron ahí otros pintores partidarios de Diego. Por ejemplo, Charlot, que fue uno de sus colaboradores principales en la Preparatoria. Venían muchos extranjeros, porque les parecía que era muy interesante el movimiento artístico, cultural y revolucionario de México; así es que fui conociendo a mucha gente.

A Rodríguez Lozano lo había conocido personalmente en el consultorio del doctor Gastón Melo, donde trabajaba. Venía con un diagnóstico de tuberculosis pulmonar, y Melito le ponía algunos tratamientos. El que más servía era el de aceite de hígado de bacalao y el yodo y cosas así, que se los propinaba a Rodríguez Lozano. Este tenía un amigo pintor que se llamaba Abraham Ángel —vivían juntos—, un muchacho que se decía argentino, pero que era de las calles de República de Argentina, no de Argentina, en el Cono Sur.

Ese grupo me introdujo a todos los demás pintores, es decir, me eran familiares todos los que iban al auditorio de la Preparatoria y lo tomaron como un movimiento positivo hacia las cosas modernas. Escuchábamos la música tocada por Chávez o por este señor argentino. Y luego vino Santelo Priori, un violinista que tenía mucha fama en la época, era de Europa central, no recuerdo de qué país. Le pedíamos siempre que tocara la parte de violín de la *Scherezada*, que estaba muy de moda en su tiempo, y otros más sofisticados pedían otras cosas. En fin, las reuniones eran bastante amenas y, en las alturas, Diego seguía pintando.

Ahí estaba Palma Guillén, que era muy amiga de Jorge Juan Crespo. En fin, se fue reuniendo una serie de personas, todas en conexión con el movimiento artístico del México de la época. Yo era amigo, desde la Preparatoria, de Carlos Pellicer, porque publicaba una revista,<sup>32</sup> e inmediatamente que publicaban cada número, lo adquiría.

Gente importante en ese momento fue Octavio Barreda, un hombre muy inteligente, que como Fernando Velázquez Subikusky, como Torres Bodet, como el mismo Daniel Cosío Villegas, nunca se metió en las cosas artísticas, no, era una cosa que no le entraba. Se dedicaba a la política universitaria y, desde ese punto, sus *Memorias* tienen bastante valor, porque da los nombres de la gente que lo acompañaba; pero estaba a un lado de todo ese movimiento artístico. De vez en cuando Vasconcelos iba también a ver y alguna vez Lupe y Diego ofrecieron en Mixcalco una gran comilona mexicana, con barbacoa, mole, pulque... Estaban Vasconcelos y Jaime Torres Bodet, su secretario, que le hacía un poco el *fuchi* al mole y a todas esas cosas.

Yo era muy amigo de los Contemporáneos: Jaime Torres Bodet, Bernardo Ortiz de Montellano, Pepe Gorostiza, en fin, la gente que constituyó el grupo de los Contemporáneos. Así es que mi entrada en la admiración de las letras fue a través de ellos, y probablemente yo era el médico que escogían en medio de todos los demás jóvenes médicos, pues tenía sangre de artista. Era muy solicitado, fui médico de todos ellos, y en pago de los servicios médicos, tengo poemas y tengo cosas literarias dedicadas.

El grupo de Diego Rivera, con Charlot, se iniciaba en el comunismo, pero había un hombre mayor que nosotros, Luis Vargas Rea (nosotros teníamos veintiuno, veintidós años, y Diego pues me llevaría diez años). Daba la impresión de hipertiroideo: pálido, flaco, con los ojos salientes, muy nervioso, siempre con cara de angustiado, que hablaba muy de prisa. Otras veces quería ser lento y decía las cosas muy lentas; era un hombre completamente inestable. Naturalmente, vestía a lo proletario, no de proletario: pantalones raídos, un saco negro que con el tiempo ya iba siendo color a lo mosca y después de un verde franco, y unos pantalones a rayas que habían sido de etiqueta, naturalmente con sus parches en los glúteos.

<sup>32</sup> Sanevank, también se escribe San-Ev-Ank.

Ellos mismos se declaraban comunistas, el Partido Comunista era el triunfante, no hablaban de socialismo, de ninguna otra cosa. El que hablaba de Marx era Jorge Juan Crespo; era gente de lecturas.

Era un deshonor no ser rusófilo en aquella época, no digo que precisamente comunista, porque conocí gente que no era comunista, sin embargo se sabía muy bien su Dostoievski, Andreiev y todos los rusos del tiempo. Naturalmente nosotros entrábamos en la época de haber leído todas esas cosas. Vargas Rea había alquilado un local, con la colaboración de todos los pintores del grupo, y Diego nos dijo:

–Ustedes han demostrado que son muchachos de acción, pero necesitan cierta disciplina. El compañero Vargas Rea acaba de instalar una academia sencilla, pobre, en las calles de Lerdo, y ahí se propone entrenarlos en la oratoria. Así es que los que quieran ir, se pueden inscribir.

Al principio fuimos muchos, después nos quedamos tres o cuatro en ese grupo de entrenamiento y de indoctrinación comunista. Luego hubo cierto pleito entre ellos y nos pusieron un dilema: “o con Vargas Rea o con nosotros”. Esos eran, por ejemplo, Charlot, anti-Vargas Rea, porque decía que era un charlatán y que no sabía nada de nada. Nosotros nos sentíamos más unidos a la gente que ya conocíamos y que tratábamos de tú, que a Vargas Rea, y lo dejamos por la paz.

Charlot ofreció darnos conferencias, en realidad eran pláticas; le preguntábamos cosas candentes del comunismo, acababa de instalarse, y, bueno, pues el entrenamiento al comunismo quedó ahí.

Aunque no era del grupo, José Clemente Orozco (porque era católico, no le gustaba mucho la compañía de Diego, y se retiró) me vio como médico. Alguno me recomendó, siendo yo estudiante de medicina. Todavía tengo por ahí un dibujo de él. Era lo que los médicos llamaron, en una época, hipocondriaco, que se creía presa de todas las enfermedades; ya comenzábamos a hablar de psicoanálisis en aquella época y él me dijo que le hiciera un psicoanálisis.

–Bueno, José Clemente, pues lo malo es que yo no estoy psicoanalizado –ya estaba leyendo las cosas de Freud.

–Con eso basta, con eso basta.

–No –le decía.

–¿Porqué?

–Necesita uno profundizar más.

–Mire, le voy a traer mis dibujos.

Y me llevó una colección de dibujos, que no me quedé con ellos, nada más porque he sido demasiado honrado, demasiado. Tuve todos los cartones en mis manos, que me los dejó para que los analizara y los estudiara, y ni los contó ni nada. Lo gracioso es que una vez me dijo José Clemente:

—Mire, doctor don Raoul, ahí, enfrente al Teatro Lírico, un hermano mío acaba de abrir un café que se llama Los Monotes.

José Clemente le había pintado todo ese friso de mujeres semidesnudas; los menos fuertes los tenía ahí, exhibidos. Hacían unas tostadas de pata fantásticas, era el punto de reunión del grupo. Ahí estaba Gerardo Murillo. Había una palabra que era muy frecuente: bolchevique, y él estaba muy contento con el término. La relación entre el Dr. Atl y Diego Rivera fue muy cordial.

Yo fui de quince o dieciséis años a la Casa del Obrero Mundial. Estaba donde está El Caballito, enfrente de la Lotería Nacional, y ahí conocí al Dr. Atl. Van algunas intimidades: Rodríguez Lozano había venido divorciado de Carmen Mondragón, de Nahui Olín, un nombre zapoteca, como le puso Atl (porque se enamoró de ella). Rodríguez Lozano, que fue por quien conocí más íntimamente a Diego Rivera y a todo el grupo de pintores, naturalmente no podía acercarse al círculo de Gerardo Murillo; pero nosotros íbamos a la Casa del Obrero Mundial antes de que yo conociera a Rodríguez Lozano. Mi padre estaba asombrado de tener un hijo que tuviera esas *frecuentaciones*. Había sido amigo de Madero, era antiporfirista, era un liberal en la época en que eran muy mochos, toda la gente, porfirista es el término que hay que darles. No es precisamente la cosa religiosa sino la cosa del *savoir faire* y de todos los conservadores. Así es que mi padre no era de éstos, en el fondo no le disgustaba, pero sí me decía:

—Oye, no te vayas a buscar cuando menos una pedrada.

—No —le decía yo—, si nada más vamos a platicar, no vamos a otra cosa.

—Es lo malo, es lo malo, que platiquen.

Porque mi papá se quedaba hasta lo liberal; claro que todavía no estallaba la Revolución Rusa, pero ya había otros términos más avanzados. Por ejemplo, Marx: mi papá lo había leído y se había quedado en ideas sociales, lo leía en francés. Tenía la colección de precursores o de influenciados de Marx y de todo el pensamiento, como eran Émile Zola, con su novela *La terre y J'accuse*; en fin, mi padre tenía cierta tolerancia por ese género. Pero nunca le gustó, ni participó en política. En las tardes, cuando salíamos de la Preparatoria, nos acercábamos por curiosidad a la Casa del Obrero Mundial, Ahí junto

estaba un hotel muy famoso, donde se alojaba siempre Álvaro Obregón, no el Hotel San Francisco, que quedaba del otro lado, que estaba junto a la Casa del Obrero Mundial. Obregón siempre estaba exhibiéndose en los balcones de ese hotel y pues íbamos a la *promenade*,<sup>33</sup> a todos esos lugares que eran pecaminosamente políticos; mucha gente, los profesores conservadores de la Preparatoria, decían:

–Pero, ¿qué van a hacer?, ¿qué barbaridad!, ¿cómo ven ustedes!, ¿qué juventud!, ¿qué se espera de este pobre país?, ¿después de una Revolución, meterse en esos ambientes!

Yo había conocido, como en el año de 1914, a Carmen Mondragón, después la volví a ver ya separada de Rodríguez Lozano. Ella era una mujer preciosa, muy bonita, ojos color de agua, preciosos, verdes, rubia, no demasiado, con una piel muy blanca, que tenía muchos *tics*, de estar haciendo así: “snif, snif”, encogiendo las alas de la nariz y llevando las comisuras de los labios a uno y otro lado. Mi papá era enemigo del padre de Carmen Mondragón, Manuel Mondragón, el militar, desde el punto de vista de los reaccionarios. Habíamos sido muy amigos, pero nunca supe la verdad clara a propósito de su separación de Manuel Rodríguez Lozano. Ella lo acusaba de que era afeminado y que se había dado cuenta de eso a los pocos días del matrimonio.

Lo que a mí me consta de Rodríguez Lozano, es que vivía con este muchacho, con Abraham Ángel. Lo que también me consta de ella es que era una mujer muy sexual, no hacía discriminaciones, unos por güeros, otros por morenos. Posteriormente a eso, porque ahora estoy hablando de 1918, ella se fue a vivir a una casa que era de los Cortina, ni más ni menos, de aquella santa familia, que estaba en la esquina de 5 de Febrero y Uruguay, en el piso de arriba, casi en la azotea. Pues la había instalado como consultorio, es decir, con sillas alrededor, y dentro tenía la alcoba y en la sala de espera había boleros, billeteros, estudiantes y a todos les hacía el favor. Bueno, cuento el temperamento de Nahui, para darse cuenta, más o menos, de la pasión que se traía por Gerardo Murillo y Gerardo Murillo por ella. La conocía previamente por relaciones familiares, y me decía:

–Güero, ¿tú estás metido en estas bolas?, ¿tú qué andas haciendo metido en estas bolas?

–Nada, pues venimos a ver a don Gerardo.

<sup>33</sup> De paseo.

—¿Y qué le vienen a ver ustedes?

—Lo venimos a saludar.

Quedamos en que nos iba a enseñar algunas cosas, un manifiesto que iba a lanzar, porque éramos un poco la carne de cañón para leer discursos.

Diego Rivera tenía una casota, una casa de vecindad, ahí en Mixcalco, y claro, podía darse el lujo de darnos mole. Creo que Diego paso en París una vida de pobre, según me consta de alguna gente que fue compañera suya, pero él inventaba, tenía una imaginación fabulosa. Daba una conferencia y hablaba de lo sabrosa que era la carne humana, y decía que cuando él y yo estábamos en París, yo estaba estudiando en el anfiteatro de Balthazard, un anfiteatro de medicina legal, y le llevaba trozos de carne humana. “¡Ay!, y no me dejará mentir el Güero Fournier”. Pues “no lo dejaba”, y todos nos veían con cara de horror. Me acuerdo de una conferencia en Bellas Artes que dio en la Sala Ponce, era un mentiroso sensacional.

Lupe Rivera fue siempre muy liberada. Recuerdo una escena en las calles de Argentina, más o menos por donde están los Porrúa, vía Mixcalco, éstos eran sus rumbos. En una hoja de col Lupe llevaba tuétano, y comenzaron a discutir en la calle. Entonces ella le quitó la hoja de col donde llevaba el tuétano, así en la mano, y se lo embarró en la cara a Diego, que le dijo nada más: “¡Estúpida!” y siguió caminando de frente.

Tengo que hablar de una persona, de la que nadie habla, y que es tan importante en México: José Juan Tablada. Siempre lo caricaturizaban como un perico, con los ojos muy sombreados, unas ojeras muy grandes. Efectivamente, era cara de perico, muy alto; el cuerpo de Agustín Yáñez, era un poco la estructura, pero no con la calma de Yáñez, sino al contrario, una gente muy viva. Estaba casado o arrejuntado, no sé, con una cubana muy simpática. Ellos llegaron a México, él ya indultado, porque, total, su huertismo no había sido más que escribir loas en verso, publicadas en *El Imparcial*, en otro periódico que se llamaba *La Semana Ilustrada*. Bueno, pues él publicaba y Huerta mantenía la cosa clerical un poco alejada, ¿no? O como Díaz Mirón, tan cursi, tan horrible, que cuando la visita que fue a hacer Huerta al periódico *El Imparcial*, que era donde publicaban sus cosas, escribió:



Y salió el general Huerta,  
presidente constitucional de México,  
dejando, con su modestia,  
un perfume de violetas...

¡Háganme el favor!, ¡un poeta como Díaz Mirón! Pues no estaban muy alejadas de esas cosas, ahí las tengo, las de Juan Tablada. Bueno, José Juan Tablada una vez me pidió si le podía poner unas inyecciones. Era, ni más ni menos, una inyección blanca; la primera vez me dijo que eran inyecciones de cacodilato, que se usaban mucho entonces como tónicos, y luego a la tercera inyección me dice:

–Mira, Güero, es morfina, y ya se me está acabando, ¿tú no me puedes conseguir morfina con tu maestro Melito?

La morfina se les ponía a los enfermos; llegaba uno al consultorio de Melito y le decía que tenía un dolor de vesícula biliar terrible, que si no le hacía favor de recetarle Sedol. Y se le recetaba Sedol sin averiguar nada. Las ampolletas de morfina costaban entonces veinticinco centavos. Si un médico la recetaba, aun en un pedazo de periódico, “Tres ampolletas de un centímetro de morfina”, la despachaban. Me decía Melo:

–Cuando tenga usted que recetar una cosa de ésas, mejor yo me encargo. Entonces le decía a Melito:

–Son para José Juan.

–Ah, bueno, para José Juan.

Y entonces escribía la receta y yo era el conducto. Eso permitió que José Juan Tablada y yo tuviéramos una amistad muy estrecha, muy estrecha, y dramáticamente humana, porque él no podía vivir sin eso y yo era la única gente que se la podía proporcionar. Claro que no medía el peligro de esas cosas todavía, ni se le daba publicidad. José Juan Tablada, en el año de 1922 o 1921,<sup>34</sup> tendría ya setenta y cuatro años, ¿qué se podía hacer?

A mí me hacían mucho festejo, él y su mujer, que era muy simpática, y se llevaba mucho con Jorge Juan Crespo de la Serna, su mujer y su cuñada, que eran cubanas. Así es que frecuentemente hacían reuniones ahí en la casa de ladrillo, que creo que todavía existe, en las calles de Ayuntamiento, en un apartamento, y él nos deleitaba con sus poesías, las de siempre. Me acuerdo que

<sup>34</sup> En 1921 Tablada tenía 50 años, nació en 1871.

leía siempre Ónix, la del viejo fraile dentro del templo franciscano. Bueno, pues ahí nos leyó todo lo que hacía, los *haikais* y todas las cosas nuevas que él fue haciendo, toda esa innovación de la poesía mexicana. Hablo en lo particular de este hombre, porque poca gente habla de él; se conocerá un poco su obra poética, pero como hombre, ser humano, era una gente muy bondadosa.

Tablada siempre me decía:

—¡Ay, güero, no sabes tú lo que es estar en el exilio, es como el sediento que añora un vaso de agua, un charco donde beber. Para mí el exilio fue una cosa horrible.

Primero estuvo en el sur de Estados Unidos, en Texas. Después se fue a Cuba. Lo traté hasta su muerte y Melito extendió el certificado de defunción; murió de una bronconeumonía. Él se cuidaba mucho de mezclarse en cosas que olieran apolítica. Era amigo de los pintores, pero fuera de toda propaganda política. Nunca fue con Murillo, nunca fue con Vargas Rea; a Diego Rivera lo trataba con cierta parsimonia, con cierto cuidado. Diego admiraba mucho a Tablada. Así es que José Juan se refugió en el grupo de los cubanos y el grupo de médicos que formábamos la avanzada de las cosas intelectuales, que éramos los paleros, por decirlo así, de los intelectuales.

El lazo de unión entre toda esa gente era Vasconcelos. José Vasconcelos pagaba bien a todos esos pintores, les pagaba muy bien. Yo incluso acompañaba a Charlot cuando iba a cobrar a la Secretaría de Educación, tenían un sueldo, aunque no digo que fuera muy brillante.

En 1923 nos convertimos en líderes, en medicina; teníamos control de la gente, porque estábamos acabando la carrera. Nos veían con respeto los muchachos de los años inferiores, pienso en los muchachos, en lo que han acabado, en estos vejetes como yo.

Teníamos un grupo de amigos, un apartamento, en las calles de Brasil número 42, en un piso muy alto. Funcionaba para todo; pero eso sí, había un escritorio; porque realmente, aunque en el fondo todos pensáramos en otra cosa, fundamentalmente queríamos tener una máquina de escribir y un escritorio y una butaca.

Yo me saqué una oposición de practicante en el Hospital General. Había muy pocos muchachos que quisieran dedicarse a practicantes, que en ese momento eran estudiantes de medicina que hacían las curaciones que orde-

naban los médicos, que vigilaran que las medicinas se dieran, que corría lo que se llamaba la historia clínica. Pasábamos visita y anotábamos “Fulano de tal amaneció bien, y continúa...”, bueno, todo eso. Y una vez hicieron una convocatoria; nos presentamos diez muchachos y salimos tres aprobados. Era uno de los participantes de ese grupo avanzado, y me tocaron noventa pesos de sueldo al mes, noventa pesos oro. No estaba mal, estaba en la bonanza. Entonces eso era la Beneficencia Pública, hoy Asistencia, y como estaba separada la Salubridad, que era el Consejo Superior de Salubridad, se fijaban en aquellos estudiantes sobresalientes que habían pasado oposiciones o que habían hecho trabajos, para captarlos. Entonces me nombraron, practicante, con noventa pesos oro, ahí tengo mis nombramientos.

Una vez pusieron en el periódico un aviso del Ministerio de Industria, Comercio y Trabajo (de él dependía el Instituto Geológico Nacional), que decía: “Se solicitan practicantes”, decía “practicantes”, y como ya nosotros habíamos coleccionado varios nombramientos de practicantes, pues fuimos, Bolaños y yo, a ver a Miguel Alessio Robles, que era el titular.

El Ministro tenía una forma muy popular de recibir: terminaba los acuerdos y sus cosas, y entonces todos estaban en la sala de espera, de pie, esperando al Ministro, que iba preguntándole a cada uno lo que quería. Algunos se excusaban, querían una audiencia privada, y éstos, a los que apuntaban para otro día, nunca los recibía. Nosotros le caímos bien a Miguel Alessio Robles. Le dijo Bolaños:

—Pues, mire usted, señor, aquí está este anuncio, de que se necesitan practicantes y nosotros somos ya practicantes, hemos tenido oposiciones, el compañero Fournier...

Se le quedó viendo don Alessio Robles:

—¿Y usted qué?, ¿no es practicante?

Le dijo Bolaños:

—Sí, si soy practicante también, pero yo soy practicante de la SCOP, de la que hace uniformes para soldados.

—¡Ah!, es usted militarista.

—No, no soy militarista, pero ahí tengo mi plaza.

—¡Bueno! —le gritó a la secretaria—, tome usted los nombres de los señores y que traigan sus calificaciones, y les extiende usted un nombramiento de practicantes.

La señorita le guiñó el ojo a Gilberto, porque le simpatizaban más los morenos, y entonces al día siguiente nos presentamos con las calificaciones, nos hicieron el nombramiento que firmó el mismo día. No había papeleo.

Llegamos ahí al edificio del Instituto Geológico. El director era el ingeniero don Leopoldo Salazar, padre de un compañero de nosotros, Salazar Viniegra. Pensé: “Yo no sé cómo ese nombramiento no se lo dan a Leopoldo, pues es su padre el que necesita a los practicantes”.

Entonces el señor llegó, era muy serio, adusto:

–¿Qué se les ofrecía, señores?

–Señor, pues aquí está este papel de nombramiento.

–¡Ah!, ¿ustedes vienen de practicantes?

–Sí, hemos solicitado de practicantes.

–¿En qué año están de la carrera de ingeniería?

–Nosotros somos médicos, estudiamos medicina.

–Bueno, algo sabrán de geología, ¿dónde les han dado el nombramiento? –estaba muy irritado, nos puso una esfera que representaba la tierra en distintos cuerpos–, ¿qué capa es ésta? –nos preguntó–, ¿qué capa de la tierra? –¡Nada!– Bueno, pues miren ustedes, no les firmo el nombramiento, porque es para practicante de geología, se tiene que ir al campo, se tiene que ir a las minas...

Bueno, entonces regresamos muy tristes a ver a Alessio Robles y:

–¡Cómo que no!, ustedes son practicantes, ¿no? Bueno, pues ya buscaremos unos geólogos, por lo pronto se quedan de practicantes aquí en la Secretaría, y organicen un consultorio médico para los empleados.

Fue el primer consultorio médico que se estableció en una Secretaría para los empleados. Fue en 1922. El nombramiento era de seiscientos pesos oro a cada uno, porque incluía viáticos y quien sabe cuántas cosas; los geólogos tenían que estar saliendo a cada rato. Entonces, con esos seiscientos pesos fuimos muy magnánimos, ¿para qué necesitábamos tanto dinero? Nos mantenían en nuestras casas, más los ciento ochenta que teníamos: nos pareció aquello jauja; entonces tuvimos una plática y dijimos:

–No, este dinero no va a ser nomás para nosotros, vamos a partirlo con los compañeros; en primer lugar con Salazar Viniegra, porque su papá es...

–No, pero ¿y si se lo dice?

–¡No, qué le va a decir!, no se llevan bien su papá y él.

Como yo era ya practicante, tenía algunos conocimientos de medicina; así es que en el consultorio en primer lugar vacunábamos contra la viruela

a todos los empleados, por órdenes del ministro, todo el mundo se vacunaba. Y luego, yo y otros compañeros, Berges y Bolaños, atendíamos a los empleados. Que un señor que tenía dolor de estómago, que “¿qué hago para el catarro?”, que otro señor tenía diarrea. Primero no teníamos presupuesto para dar las medicinas ahí. Después le dijimos a Alessio Robles que nos diera una pequeña cantidad, porque las medicinas eran baratas, y casi todas eran de fórmula. Nos surtíamos en la Droguería El Elefante, que estaba en las calles de Brasil, a espaldas de la Secretaría de Educación. A nosotros nos daban una cantidad, me acuerdo que oscilaba entre ciento cincuenta y doscientos pesos, pero nomás se los dábamos a los empleados más bajos, que demostraban pobreza, cuando la receta era barata, en fin. Dábamos consulta a las horas que podíamos. Y así le habíamos puesto, le puse un letrero que decía: “Horas de consulta irregulares”.

Si se necesitaba hospitalización, se recomendaba el Hospital General, estábamos conectados con distintos hospitales de media paga, por ejemplo, el Hospital de Jesús, el Hospital Béistegui, en fin.

Ya era practicante, cumplía y estudiaba; tenía una memoria fotográfica. Cogía el libro, lo abría en una página y ya sabía más que el profesor, así es que era una situación muy ventajosa la mía.

Nos alternábamos, un día iba uno a la Secretaría de Industria, Comercio y Trabajo, otra vez iba Berges, otra vez iba yo y después lo mismo. Para 1923 ya se había acabado esta chamba con Alessio.

En las noches de sábados y domingos, iba a Los Monotes, a las reuniones artístico-políticas de los amigos. A los pintores los atendíamos a horas irregulares, todo era a horas irregulares, como se iba pudiendo.

En 1923, me incorporé al consultorio de Melo. Y entonces me llevaba a los pintores para allá. Induje al doctor Melo a hacer historias clínicas; citaba a los enfermos de historias clínicas y era el momento en que veía a los pintores y todas esas personas. Esa idea la saqué de un libro francés que se llamaba *La energética clínica (Energétique clinique)* de Martinet, que decía así: “Vamos a estudiar la historia clínica de un enfermo de bazotomía”, porque se usaba mucho la palabra esa, la usaba mucho Martinet, y entonces dije: “Bueno, pues le voy a proponer a Melo que haga sus historias clínicas”. Mandamos imprimir las historias clínicas, la hojita, y ya se hizo por vez primera la historia

clínica. Antes, se usaban ordenas en los hospitales, que eran unas hojas grandes, que todavía se emplean para dar órdenes y pedidos; pero para el estudio privado de la gente y en las instituciones no había historias clínicas, nomás unos papeles cualquiera.

Toda esta historia es el preámbulo, el *background* de una cosa que he sentido muy importante de la medicina, el hacerme amigo del paciente, y tratarlo como amigo. Toda esta cosa que cuento de los pintores, y de los poetas, de los artistas, que no me pagaban más que en poesías o en cuadros. ¡Tamayo me pagaba en cuadros!

A Tamayo lo conocí en 1923, porque era amigo de Jorge Juan Crespo, se juntaban *Best Maugard* y pintores que no tuvieron mucho nombre y otros sí, como Tamayo. Así es que iba Tamayo y me dio muchas pinturas, muchos dibujos; desgraciadamente un dibujo se lo presté al doctor Baz para que lo pusiera en su consultorio, cuando teníamos el consultorio juntos, en las calles de Londres, y se mudó de esa calle, se disolvió el consultorio aquél y se fue el dibujo, y Olga dijo:

—¿Y ese dibujo?, ¿qué le hiciste? Seguramente lo vendiste en quién sabe qué tantos miles de pesos y ¿ahora?, ¡y te lo regaló Rufino!

Así es que a pesar de los reproches, me pintó un fresco en mi casa, y tengo una colección bastante buena de Tamayo. Teníamos esta casa, que era una casa de *week end*, así es que nos veníamos los sábados, y había una recámara para amigos y otra para nosotros, y entonces, frecuentemente, venían los Tamayo. Yo ya había sido padrino de ellos, y me decían “Padrinito”, y todo eso. Era muy cariñosa Olga conmigo y decía: “Rufino, píntale a mi padrinito”; entonces se quedaron aquí unos días y me pintó el fresco. Eso fue en 1947.

En el Hospital General, nunca o raras veces, se encontraba al jefe de servicio, generalmente nos guiaban practicantes mayores, enfermeras. Había un señor muy buena gente, muy buena persona, el doctor Luis Viramontes, que era oculista, que estaba encargado de un pabellón de medicina, y era oculista, de tal manera que no le gustaba ir a pasar visita. Fue la manera como me hice autodidacta en ese pabellón, porque me decía:

—Señor Fournier, pase usted visita—desde los escaloncitos que había para entrar a cada pabellón—, pase usted, corra todas las ordenatas, firme todo, haga todas las cosas que quiera, y mañana nos vemos, ¡hasta mañana!

Y al día siguiente era lo mismo. Así es que tener un guía, tener un verdadero profesor en el sentido antiguo o profesor amigo, como era Gastón Melo, no, nunca lo tuvimos. Cuando pasé a ser de los que aprendimos algo de medicina en aquel tiempo, era porque una gente mayor, como Gastón Melo, se ponía a discutir con nosotros y a aprender a coger un libro y: “A ver, en este libro, búsqueme usted...”, por ejemplo: *La energética clínica*, un libro de Martinet, muy bonito. Estábamos pendientes en las librerías de las cosas que llegaban, y lo que no, lo encargábamos. Esas cosas desarrollaron en mí un espíritu crítico muy grande.

Yo había quedado con la costumbre y con el deseo de ser el director de un periódico, porque se editaba el *Sanevank*. Estaba Carlos Pellicer en la dirección del *Sanevank*, y estaba Octavio Barreda. Realmente fue Barreda el que lo fundó, la mayor parte de sus colaboradores eran del grupo de los Contemporáneos, a los que yo estaba completamente asimilado. Era el único que estudiaba medicina en todo ese grupo.

Me quedé con esa idea; luego siempre tenía una idea crítica a propósito de la enseñanza. Soy un individuo completamente anarquista en cuestiones de enseñanza. Creo que el maestro debe de ser siempre un guía, un amigo, que le resuelva a uno las dudas, que le indique caminos. Esas cosas las aprendí al lado de Gastón Melo, que me decía: “Güero, vamos a estudiar esto”, *vamos*, en plural. Él prefería no tomar el tono de maestro, no, éramos iguales. Todos sabíamos las generalidades de las cosas y lo que no sabíamos lo estudiábamos aparte, para no quedar en ridículo a la hora de estudiar con Gastón Melo algún problema.

Hicimos una cosa parecida al *Sanevank* en los dos primeros años de la carrera de medicina, entre 1918 y 1919, que se llamaba *El Azufre*, porque el azufre es muy apestoso. Publicamos dos o tres números que se hacían en mimeógrafo, nada más. Era política, burlarnos de los maestros, alguno que nos reprobaba, y entonces era una protesta, en fin, que no tuvo mayor trascendencia más que entre los que lo publicábamos.

En vista de que no teníamos dinero, un día de consejo, la discusión principal en la calle de Brasil era ver qué maldad hacíamos o qué día de campo íbamos a hacer, o qué excursión:

—No, hombre!, vamos a hacer otra cosa —dice Alejandro Berges.

–Vamos a hacer un periódico, ¿qué tal? –le dije otra vez.

–¡Hombre, sí! A fulano de tal lo acaban de reprobado injustamente.

Y yo tenía ya, en primer lugar, una idea crítica de la enseñanza de la medicina, y decía: “No es posible que la enseñanza siga así”. Entonces, ese periódico se fundó con ese objeto; hacer lo posible por criticar a todos los profesores malos que había, para criticar el plan de estudios, para preguntar que, si había habido revolución, dónde estaba en la medicina la revolución; en qué consistía la revolución en la medicina.

Nos íbamos haciendo de ingresos y editamos el primer número. Todo el grupo pensaba que iban a creer que don Gastón Melo y Gea González, que eran de los profesores avanzados, eran los que lo patrocinaban. Entonces a todos nos daba por la poesía, hacíamos poesía, pero había uno que tenía mucho ojo para hacer versitos, aleluyas o lo que sea. Don Gastón Melo, como casi todos los profesores, tenía su clase anunciada a las ocho, y llegaba a las once, de tal manera que a todos les movía su plan. Pero como yo era de las siete, y era el único que me enseñaba y habíamos sido amigos desde los primeros años de la carrera, acabó por no importarme la cantidad de viajes, ni que llegara tarde o temprano. Yo tengo muchos de los gestos de Gastón Melo, sí, muchos de los gestos.

El me enseñó a ser bondadoso con la gente, tolerarla, escucharla, en fin, todas esas cosas. Bueno, pues temíamos que fueran a echarle la culpa a él. Entonces le pedimos una caricatura a Cabral,<sup>35</sup> nos hizo una caricatura de Melo que nos regaló, y el compañero Fernández Encarnación, Felipe –lo digo así, porque así nos pasaban en la lista– le puso un verso abajo que decía:

Quiere Melo madrugar  
casi toda la semana  
para ver si de mañana logra  
a la clínica llegar,  
pero dudo que Melito  
lleve a cabo su pensar  
porque es cómodo y bonito  
en el lecho reposar.

<sup>35</sup> Ernesto García Cabral, caricaturista, periodista y pintor, conocido como el Chango.



Pues entonces salió la caricatura. Del otro lado, una caricatura hecha por Manuel Rodríguez Lozano, y luego entre nosotros hacíamos algunas otras cosas. El primer número salió muy divertido, muy mal impreso, en Talleres Gráficos de la Nación. Teníamos un cuate ahí que nos lo hacía a escondidas, y sin corrector de pruebas ni nada, así es que los números están fatales, si se les juzga tipográficamente, y desde el punto de vista de la falta de corrección de las notas, con muchas erratas. Se llamaba *El Cáncer*.

Probablemente se propusieron varios nombres, todos así, denotando... Unos querían ponerle el “ácido sulfúrico”, otros decían que estaba muy largo eso, y otros le querían poner “el puñal”, pero era muy agresivo, en fin, de distintas maneras. Y no sé a quién, probablemente a mí, se me ocurrió que *El Cáncer* era una cosa que delataba el cáncer y que además era maligno como el cáncer, ¿verdad?, era de temer.

La idea era sacar el periódico mensualmente, pero entre el primero y el segundo número hubo menos de un mes, porque tuvo tal éxito que nos apresuramos a sacar el segundo número y quedó mejor. El tiraje fue de mil ejemplares. Se vendía como pan caliente, al grado que no hay nadie que tenga una colección. Afortunadamente Juan Somolinos, de mis ejemplares y no sé si habrá conseguido otro por ahí, sacó una copia para las publicaciones de la Academia Nacional de Medicina.

Fueron cinco números, pero el quinto no se llegó a publicar, el quinto era muy bueno y ha desaparecido de mi vista. La mayor parte de los que hacíamos *El Cáncer* éramos de los muchachos, pues llamémosle ahora de izquierda, que defendían a Charlot, a Diego Rivera, que tomábamos clases de oratoria con Vargas Rea, en fin, éramos antimochos, no anticatólicos, no nos interesaban las persecuciones, pero odiábamos todo ese sector de la religión que se puede llamar “mochería”.

Habían vuelto todos los profesores que servían a la escuela antes de la Revolución y hasta antes del maderismo.

Estaba el mismo director, don Guillermo Parra –que no tenía nada que ver con el famoso Porfirio Parra –era un buen señor, con un *curriculum* médico muy pobre, porque se dedicaba a la terapia con electricidad, que en aquella época había tenido un auge, pero más bien un auge charlatanesco, como toda la vida, eso de curar las cosas con electricidad. Quién sabe quién se lo propuso a una persona que estuvo antes de Vasconcelos, porque Vasconcelos era muy liberal, así en sus buenos tiempos; así es que si no se lo tenía fichado, lo tole-

raba, porque la Universidad y sobre todo la Escuela de Medicina, había sido siempre muy brava y todos los rectores habían preferido tener tranquila a la Escuela de Medicina, concederles lo que quisieran. Ahora no, ahora es una escuela dispersa, le falta gente que tenga un móvil serio, pues los muchachos se identifican con problemas colectivos pero sin analizar los propios. Es una forma muy cómoda, muy fácil, por ejemplo, decir: “Yo soy del 26 de julio, ahora voy a pensar qué cosa podemos hacer los mexicanos para cambiar la situación de nuestro país”.

Nosotros éramos de la línea dura, podríamos decir, pero era una línea dura que era antimocha y veíamos que iban entrando profesores de aquellos viejos que eran ya casi inservibles, de las últimas épocas de don Porfirio, reaccionarios completamente. Estaba don Fernando Zárrega, estaba el papá de los Margáin, Labastida, bueno, había una serie de profesores completamente obsoletos, ya no existían profesores brillantes y jóvenes. Urrutia, en su paso por la dirección de la Escuela de Medicina, había cambiado muchos de los profesores, para poner jóvenes agresivos y gente de otro tipo, como se usaba en la época de Victoriano Huerta. De tal manera que todas esas cosas fueron la motivación de que se publicara *El Cáncer*.

Con el éxito de *El Cáncer*, todos los artistas, amigos y toda la gente liberal de México se juntaba con nosotros. Entonces a un amigo mío, que estaba muy pegado a mí, le dije:

–Mira, este número sí va a ser el más fuerte.

–¿De qué se trata?

–No, pues que la Escuela de Medicina ya es una escuela clerical, completamente, así es que don Fernando Zárrega probablemente quiera ser el director de la Escuela de Medicina a la salida de don Guillermo Parra.

–¿Y qué hace ese señor?

–Pues es un clerical tremendo.

–Ahora verás, te voy a hacer una caricatura. Entonces él, hizo un cura con su sotana y todo, con una mirada fiera –era muy caricaturizable don Fernando Zárrega– y queriendo ahorcar a una niña. Me dice: –Escogí a mi hermanita para hacer la caricatura, ésa es mi hermanita –a la que ahorcaba. La hermanita era la Escuela.

Y entonces, pues ese número estaba muy grave. No lo sacamos, porque en el cuarto número nos mandó llamar el director y me dice, imaginando que yo era la cabeza del movimiento:

—Señor Fournier, usted le ha faltado al respeto a todos los profesores, le ha faltado el respeto a sus compañeros, que, muy quejosos, han venido a verme, que se sienten ofendidos con la actitud de usted y de unos cuantos descontentos que hacen las publicaciones. No tengo más remedio que expulsarlo de la escuela. Y ya lo comuniqué a la Secretaría de Educación Pública y la expulsión es por indisciplina, y ya le mandé al señor secretario, diciéndole la medida que he tomado, y he mandado copias del pasquín que ustedes publican.

Bueno, pues yo soy muy emocionable ahora de viejo, pero a un muchacho ¡qué iban a importarle las cosas!, y le dije:

—Bueno, señor, ¿entonces ya no puedo seguir?

—Desgraciadamente corta usted sus estudios en esta casa.

—¿Me permite que haga la lucha por volver a entrar a esta casa?

—Haga usted lo que haga, pero no hay remedio.

El secretario particular de Vasconcelos era Jaime Torres Bodet, mi cuate de toda la vida. Pedí audiencia y fuimos tres a ver a Vasconcelos; era muy democrata, pedimos la audiencia directamente, sin necesidad de la intervención de Jaime. Yo después reforcé la cosa hablándole a Jaime:

—Que vengan mañana a las dos.

Llegamos los tres: Luis Augusto Méndez, Cejudo y yo, el expulsado. Ellos me iban a echar porras, ¿verdad? Nos pasaron a los tres, y cuál no sería nuestra sorpresa: Vasconcelos estaba leyendo *El Cáncer*, muerto de risa, y se asomaba por los hombros de Jaime para ver las cosas que decíamos y Jaime me veía y movía la cabeza, y ya después tomó una actitud diferente:

—¿Qué les pasa, señores?

—Pues el compañero le va a explicar a usted —dice uno de los acompañantes.

—Maestro —le dije a Vasconcelos—, es que me han expulsado de la Escuela porque editamos un periódico, que aquí le traemos un ejemplar, pero creo que usted ya tiene la prueba de la acusación.

—Mire usted, ya hablé con mi secretario y vamos a formular la contestación a la carta de petición de la expulsión. Es más, probablemente esta carta esté ya terminada y se les mostrará a ustedes una copia de la que le vamos a mandar al director, del original.

Bueno, esperamos unos minutos, efectivamente la carta ya estaba terminada. En sí decía (porque la carta quedó en manos de Luis Augusto Méndez), poco más o menos:

Muy estimado señor director Guillermo Parra,  
Director de la Escuela de Medicina:

Se ha acercado a mí el señor Raoul Fournier y Villada, acompañado de Méndez Luis Augusto, y Cejudo, Juan, para exponerme que el primero citado ha sido expulsado de la Escuela.

Debo advertirle a usted que, muy contento con que usted trate de llevar la escuela con una disciplina y que los discípulos de ella trabajen, debo advertirle a usted que la Revolución en México se hizo para devolverle a los mexicanos su facultad de la expresión de las ideas, en la forma que sea, de palabra o por escrito, de tal manera que considero completamente lesivo a los intereses de la Revolución y a los fines de esa Revolución esa manera de actuar.

Por lo tanto suplico a usted que reinstale en su calidad de estudiante, al alumno que ha sido cesado, a Fournier Villada, Raoul, y si ha habido algunos otros que vayan a sufrir la misma medida, que todos sean exentos de cualquier clase de castigo, ellos están en libertad de publicar lo que quieran.

Sufragio efectivo, no reelección

Entonces llegué a la Escuela con la copia que me mandaron y haciendo una cara de mustio terrible, la guardé en mi bolsa y fui a ver al director, porque vigilé la entrada de la correspondencia de la Secretaría de Educación Pública, y vimos salir la estafeta que llegaba a la Escuela de Medicina. Cuando comprendí que ya estaba en sus manos, pedí audiencia inmediatamente. Luego luego entré, vi a don Guillermo Parra, con el sombrero en la mano, junto a él estaba el doctor Francisco de P. Canale, el secretario de la Escuela, y el doctor Zárraga, uno de los que lo habían azuzado para la expulsión. Me dijo:

—Señor Fournier, ¿usted ha leído esta carta?

—No sé a cuál se refiere usted.

—Se la voy a leer, porque es un documento dirigido a mí.

Y me leyó la carta; yo ya me la sabía de memoria, la había andado trayendo ahí.

Y sí, la leyó con bastante..., le temblaba la voz de furia, era un viejo guapo, completamente blanco, de bigotes blancos, se puso muy coloradito, como jitomate, al leerla, y dijo:

–Pues yo dejo mi asiento, usted puede ocuparlo desde estos momentos, porque nosotros nos vamos. ¡Vámonos, Fernando! –le dice a Zárraga–, ¡vámonos, Pancho!, dejemos que el señor dirija la escuela.

Y entonces don Pancho Canale, que era una persona estupenda y que no estaba de acuerdo con la cosa de la expulsión y que comprendía muy bien que esas cosas le iban a salir al director muy mal, me cerró un ojo y tomó mi mano entre las suyas, mientras don Fernando y don Guillermo salían echando lumbre. Naturalmente, dije:

–Bendito sea Dios que este hombre, si no está con nosotros, cuando menos nos perdona.

Fue una consternación en la Escuela, entre los muchachos. Salió ofendidísimo y se despidió de sombrero de los alumnos y los alumnos no contestaban nada. Había, claro, los ofendidos, los muchachos que dijeron: “¡Arriba don Guillermo Parra!”, unas voces aisladas. Y luego va saliendo mi sujeto, dije yo: “Aquí me van a *pambacear*” Pues no, al contrario, todo cambia en la vida; los ofendidos dijeron:

–¡Hombre!, pero van a seguir publicando el periódico, ¿verdad? –y quien sabe que–, ahora sí van a poder decir.

Y todos querían hablar y decir lo que les había pasado, lo que pensaban de la enseñanza y todas esas cosas. Total, los coautores de *El Cáncer* estaban por ahí, y nos fuimos, como gran celebración, a tomar a La Policlínica una copa por el éxito obtenido, era una cantina que estaba debajo de los portales de Santo Domingo. También iban a ser expulsados los mozos que vendían el periódico, los tres o cuatro profesores, a Melo le iban a quitar su cátedra, con yo no sé qué pretextos. En fin, había una maquinación total para extirpar *El Cáncer*.

Esta ha sido una divagación necesaria para darse cuenta de todo el proceso. Ya he platicado las finalidades, ahora se verá su contenido. Eran veinte muchachos los que lo escribían. Entre ellos estaban Luis Augusto Méndez, que escribía artículos muy bien, así es que él era el del editorial, donde siempre tocábamos algún punto de pedagogía o la manera como se daban las clases. Luego había uno o dos que eran poetas. Cuando yo tenía algo que decir lo fabricaba en poesía. Generalmente hacía una sección que se llamaba “Las cincuenta mil cosas que a nadie le importan”, que eran una bola de cosas aparentemente contra los compañeros y contra los maestros. Firmaba como *Permanganato*.

Nosotros hacíamos el periódico, ayudados con el señor de Talleres Gráficos, que le pretendía dar una forma, le daba la colocación a las caricaturas.

Al principio dijimos que era un periódico estudiantil, y muchos cayeron, y vendíamos los anuncios.

Después de la salida de Parra nombraron director a Manuel Gea González, que era de nuestro bando. Él era, por decirlo así, el padrino espiritual de Gastón Melo, más viejo que él, un hombre muy inteligente, muy respetable, que también me quería mucho y juntos estudiábamos también, así es que estábamos muy contentos.

## Un mexicano en París

**E**n el año de 1923 la Embajada de España hizo un concurso con el objeto de obsequiar tres becas para estudiar en España. Esas tres becas nos las sacamos Leopoldo Salazar Viniegra, Tomás Iglesias y yo. La beca era para irse a estudiar allá; no era una beca de oposición ni de méritos, sino de los que le caían bien al embajador, naturalmente, y tomó informes y vio que nosotros éramos lo que se entiende por estudiantes buenos en esos irigotes.

Se adelantaron Tomás Iglesias y Leopoldo Salazar Viniegra. Yo dije que me recibía aquí en México, así es que continué. Leopoldo no se había recibido. Estaba estudiando el último año de mi carrera, me faltaba la tesis, y quedé de irme en los primeros días de 1924. Iglesias sí se había recibido, era un año anterior a mí, acababa de recibirse y su papá, que era de Monterrey, le pagó el viaje. Era un estudiante distinguidísimo, se sabía todos los tomos del *Testut*, ayudaba a el Burro Quiroz en la clase, era el estudiante más brillante, desde el punto de vista de la memoria, para retener la anatomía, así es que todo el mundo lo respetaba. Naturalmente que esos méritos eran de tomarse en cuenta. Después el pobre no supo qué hacer con su vida y murió pobre, con un empleo que le dieron en el Seguro Social. Tenía un hermano que estudiaba medicina, que se llamaba Jesús Iglesias, Chuy. Advertí en la embajada que no podría ir sino hasta 1924. Me dijeron:

—¿Como en qué plazo?

—Pues pienso presentar la tesis los primeros meses de 1924, recién salido de la Escuela. La estoy preparando ya, así es que de un momento a otro la presento, luego que terminen mis clases.

Pero justo en 1923, viene la rebelión delahuertista. Salíamos del hospital un sábado y habíamos quedado de ir a Veracruz en un recorrido bastante grande con De la Huerta. Ya estaba parado Gustavo Uruchurtu con su sombrero texano, Uruchurtu el doctor, y nos dijo:

–¿Y tú, Fournier, también vas con De la Huerta? Pues, mira, quedaron todos en irse con De la Huerta, y la partida va a ser el año de 1923.

–No –le dije–, yo no me voy con De la Huerta.

–Si todos los rotos, todos los fifís –como se les decía entonces a los *juniors*– se van con De la Huerta, ¿tú por qué no vas?

Le dije:

–Pues quién te ha dicho, yo ni soy fifí, ni soy de un partido, no pertenezco a ningún partido reaccionario. Es cierto que con tres o cuatro muchachos, hemos ido a ver a De la Huerta, para que nos esbozara su programa antes de irse. Nos explicó por qué se había peleado con Obregón y con Calles, y que ya había tomado una resolución, nos dijo que muy pronto la sabríamos y que ojalá que perteneciéramos a su grupo, que quién sabe qué. Bueno, así es que yo no tengo ningún..., no soy delahuertista. Es más, ni soy callista, a mí no me importa Calles.

En 1923 ya tenía conexiones con Gerardo Murillo y con Vargas Rea, que nos estaban aleccionando a perorar y a tener una dialéctica y una cosa así. Yo estaba con esa gente, toda la vida fuimos amigos, y no consideraba eso como partido, ni consideraba que nos habían aleccionado, que la revolución estaba por hacerse, que quién sabe qué, que ése era el primer paso y que... pero que faltaba lo principal. En fin, estaba yo, si se quiere, sin saber mucho, ¡nada, nada!, porque nunca he sido un teorizante. Así como a la gente le nace una cosa, no tengo ilustración o propósito de... He leído algunas cosas de Marx, he leído bastantes cositas de Marx.

Al cabo de la rebelión delahuertista habían quedado infectados todos los pueblos del sureste. Entonces organizaron una brigada. Yo estaba en Salubridad, porque tenía una oposición de practicante, y por medio de la brigada de Salubridad fuimos al istmo de Tehuantepec a vacunar, a combatir el paludismo, que eran las cosas que habían quedado después del delahuertismo.

Aquí en México, hasta estos momentos, el último trabajo serio de mi vida como médico es la erradicación total de la viruela en México. En México ha existido periódicamente la viruela, que trajeron los españoles con el descubrimiento de América, con la Conquista. En 1524 entró por Yucatán, devastó Yucatán y Cozumel. En todas aquellas zonas, se extendió al grado de que Pánfilo Narváez, cuando llegó, no encontró habitantes en Yucatán y en todos esos lugares. Siempre han estado propensos a la viruela; están revacunados, siempre han estado vacunados, y luego, yo no sé por qué cosas, volvía a haber brotecitos



en el istmo, en la península de Yucatán y en Chiapas. Así es que ahí fui, nos pagaban buen dinero, no sabía que ese dinero me iba a servir para sostenerme en París, cuando me iba a España. Don José Díaz Iturbide era el jefe de la campaña de erradicación de la viruela. Era un higienista ya viejo; después era Manuel Escalera, estudiante también, Pablo Barrueta, Luis Gutiérrez Villegas y yo. Era muy curiosa nuestra actividad, porque en aquella época, después de la Revolución, las vías férreas habían quedado levantadas. Era mucho caminar a caballo, en esas secciones del istmo, cuando menos las cercanas a Veracruz. Por ejemplo, en lo que ahora se llama Ciudad Alemán, que se llamaba entonces Tierra Blanca, llovía continuamente, los caminos estaban enlodados, era una cosa terrible. Así es que hicimos esa peregrinación casi en el mes de enero. Después, ya en los finales de enero y primeros días de febrero nos quedamos en San Jerónimo, hoy Ixtepec. Ahí establecimos un dispensario para vacunar a todos los istmeños; me pagaban la poderosa suma de quinientos pesos. En esa campaña estuve hasta el mes de mayo.

A mi regreso presenté la tesis y entonces fui a la embajada. Pero ya la embajada no pagaba el viaje, nada más la estancia allá. Como tenía dinero dije: “Bueno, me voy”. Mi padre, que tenía la ilusión de que fuera a Francia, quería que me fuera en barco francés, para practicar mi francés y como salía antes el barco *Espagne*, de la *Trasatlántica Francesa*, en ése me fui. Viajaba en segunda clase, pero andaba con frecuencia trepado en la primera. El comisario del barco de la primera siempre me veía con ojos raros, y como estaba conversando con algunas chicas y con algunas mamás y todas esas cosas, se hacía el disimulado. A la hora de la comida, cuando llamaban a los de segunda, me iba y el teatro era que mis amistades creían que estaba en primera, gastaba un poquito en el bar, en fin, invitaba yo y todas esas pequeñas cositas. Al llegar la comida estaba al pendiente y me bajaba. Comían primero los de segunda, como los perros, para ver si no se mueren... No, no, no eran tan sobras, no era tan mala la comida. Entonces la travesía llegó a su término.

El viaje duraba veintiún días exactos. Así conocí La Habana por vez primera, era el primer puerto. Después llegábamos a La Coruña, por ahí entraba uno a España. La ventaja del barco *Alfonso XII* es que entraba uno por Santander; en cambio, por La Coruña lo dejaba a uno muy lejos de Madrid. Sin embargo fue cuando conocí Santiago de Compostela y todo el norte de España y así es que fui haciendo un viaje despacito.

## *Iba yo con mi gran petaca*

Caí una noche en Fúcar 21, cerca de la Universidad de San Carlos, en Madrid. Junto había un hospital. En el callejón de Fúcar había una hospedera que se llamaba doña Matilde y que recibía estudiantes, a pensión. Claro que todo ese barrio era estudiantil, de gente de la provincia. La primera cosa terrible fue llegar con un baúl, como se viajaba entonces, a la casa de Fúcar 21, entrar con él, y que me recibieran con una rechifla:

—¡Tú viajas como príncipe, mira nada más!

—¿Ustedes con qué han viajado?

—¡No!, nosotros viajamos con petaquitas.

—¿Y los trajes dónde los metían?

Bueno, pues yo iba con mi gran petaca. Ya me recibieron ahí. Al día siguiente, luego luego, antes de legalizar mis papeles y todas esas cosas, fui a una clase con Marañón, que tenía el gran nombre en aquella época; me tocó una clase muy bonita, porque era muy buen orador. La clase era de enfermedades glandulares, la secreción de las glándulas, pero él todo lo hacía literatura. Pasaba como un endocrinólogo muy famoso, pero ahora que comparo con los de endocrinología, conocía la caracterología y se detenía mucho en el hipertiroidismo, que es la glándula que da más material para hablar de cosas exóticas: de la menopausia, el ciclo ovárico, en fin, todo eso a lo que le podía sacar un partido literario enorme. Bueno, me encantó la clase. Después, en la tarde, ya arreglé las cosas para entrar a la Universidad. Allá, en aquellos tiempos, y no ha cambiado mucho, la tarde comenzaba tarde. Estaba la gente en el café y tomaba el aperitivo en otro lugar adecuado, a las cuatro se iban a comer, y a las seis ya comenzaban sus negocios. Estaba muy nervioso, llegué con un hambre horrible, ya me había acostumbrado al barco francés, donde las comidas eran a las doce o doce treinta.

La idea era hacer la carrera, otra vez, yo dije: “Yo la voy a volver a hacer”, no sé para qué, tal vez para ver si era más seria que la de México, porque yo criticaba bastante la de México. Pero en la de España estaba peor la clínica, porque busqué profesores de aquí y de allá, no seguí el curso regular, yendo de vez en cuando con el profesor que le asignaban a uno. Yo iba con Jiménez Díaz, que daba una buena clase clínica; pero con los otros profesores, por ejemplo, había un examen, y yo iba a pasar ese examen, pero vi cómo se

examinaban otros: uno de los alumnos hacía de enfermo y el otro hacía de médico. Por ejemplo:

–Le tocó bronconeumonía –sacaban la ficha, se secreteaban, pues no sabían nada–, usted tiene bronconeumonía.

Y entonces el otro empezaba con la disnea, y a morirse, a temblar del escalofrío, después comenzaba la tos, y tenía que hacer la farsa de escupir numular, que es como se llama al esputo herrumbroso. Eso lo tenía que decir el que estaba examinando de patología: “esputo numular”. Y entonces hacía todas las preguntas:

–¿Y a usted le comenzó el escalofrío?, ¿en qué forma? –y el otro tenía que responder.

Así es que yo dije: “No, pues esto está peor que en México, está peor que la clase de Viramontes”, y entonces me dediqué a ir a las clases de aquí para allá.

Había estado con los principales, con Jiménez Díaz, con Pitaluga en hematología, con Marañón en endocrinología. No aprendí algo nuevo, no. Estaba seducido con la forma de Jiménez Díaz, y con la forma de Marañón; Pitaluga, que tenía un gran amor, yo no sé por qué, hacia México, se empeñaba en enseñarme la hematología y me ponía a trabajar y trabajabar muy seriamente cosas de hematología con él; era un hematólogo eminente.

La biblioteca de la Escuela de Madrid era bastante mala. Me acuerdo haber ido en los cuatro meses que estuve ahí, más o menos, dos o tres veces a consultar cosas, porque compraba el libro, tenía mi dinerito y lo compraba.

El que era muy simpático, muy fiestero, era Salazar Viniegra. Los cuatro (Salazar, los dos Iglesias y yo) dormíamos en el mismo cuarto, era un cuarto muy pequeño. Un día, Salazar Viniegra despertó a gritos: “¿Qué pasa, qué pasa?”, oímos que se derrumbaba algo. Pues no, era Tomás Iglesias, que era muy mocho, y antes de acostarse iba a besar a todos los santos que cada uno tenía en su cama. A mí nunca me tocó un derrumbe de ésos, pero a Salazar Viniegra, que no sé por qué cosa se acostó ese día más temprano, el caso es que se le subió el otro a la cama para besar al Sagrado Corazón que tenía arriba, se resbaló y se cayó de la cama, de una cama medio debilona que se derrumbó y ¡bueno!

Arturo Rosenblueth, que ya estaba en París, nos escribía siempre y nos decía:

–¡Chicos! –quién sabe por qué empleaba siempre esa forma española de decirnos “chicos”–, ¡chicos!, vengan luego luego a París, ¿qué están haciendo allá?

Yo quería ir ya a París, y Salazar Viniegra decía:

—No, hay que ser honrado —entonces renuncié a la beca, que era para estudiar la carrera, cinco o seis años. Pagaban miserablemente. Le daban a uno unas cuantas pesetas para pagar el cuarto, unas cuantas pesetas para comer, y el transporte no era necesario, pues ahí estaba enfrente la Universidad.

Renuncié a la beca el 11 de noviembre de 1924 y ese mismo día llegué a París. Puse una carta a la embajada:

En vista de que tengo un pariente grave en París, me marché para allá, renuncié a la beca.

Bueno, se quitaron de un gasto más.

Salazar Viniegra sí se quedó en España. Él era muy hispanófilo, y las muchachas de Madrid le encantaban. Y cuando renuncié, el día 11 por la mañana, que me dice:

—Oye, ¿ya pediste a alguien que te bajara ese baúl horrible que traes?

—Sí, sí, me voy a París, y te espero en París.

—No, chico, ¡pero cómo me dejas así!

—Total, yo tengo un título, tú no tienes título, de tal manera que si quieres te quedas acá, pero no me quedo ni un minuto más.

Era la primera vez que iba a París, así es que creía, inocente de mí, poco conocedor de mi cuate Arturo Rosenblueth, que me iba a recibir con los brazos abiertos. Tomé un barco de San Sebastián a las costas francesas. Llegué entonces a Saint-Nazaire, una de las que están al norte de Francia y en la noche tomé el tren para llegar de ahí a París, llegué como a las doce de la noche al número *huit*<sup>1</sup> de la Rue de la Sorbonne, que era donde vivía Arturo. A esas horas unas personas muy amables salieron a recibirme, y me dijeron:

—*Mais, monsieur, nous sommes pleins, on est plein ici, on n'a pas une seule place, je ne sais pas pour quand il y en aura!*<sup>2</sup>

Entonces el mismo conserje me llevó al hotel de junto donde había una cama deliciosa. Lo primero que me conquistó de París fue la cama, me tiré en la cama, que era como una cuna, edredón de pluma, y en fin, era el mes de noviembre, era invierno.

Me dijo el portero:

<sup>1</sup> Ocho.

<sup>2</sup> —Señor, estamos llenos, estamos llenos, no hay un solo sitio, y no sé cuándo habrá!

–Mire usted, el señor Arturo va a tomar un café antes de acostarse, generalmente va a un café que está en la Plaza de la Sorbona, que se llama –se llamaba, porque ya se acabó, de una cadena de cafés de París– Le Grand Café, y si no está ahí ha de estar en el Ludo.

Estaba en la Rue de la Sorbonne también, a unos pasos de esos hoteles. Bueno, se me cayeron las alas del corazón, porque el café estaba muy iluminado, muy bonito. Fui al Ludo. Era la época en que se comenzaba a popularizar el bridge y él jugaba mucho al bridge. Se había juntado con algunos sudamericanos a quienes desplumaba, y los dejaba en la chilla más espantosa. Y llegué. Ese día estaba con un mexicano, simpatiquísimo, Antonio Riquelme, que era el hombre más divertido que me haya encontrado, bohemio, borrachín, en fin. Me acerqué, vi a Arturo, levantó la vista, porque estaba con las cartas en la mano, iba a jugar un gran *slam* o no sé qué cosa, y levantó la cara:

–¡Ah, eres tú! –y siguió jugando, cosa que me pareció muy mal, muy desairada, y entonces el que me hizo los honores de llegada fue Riquelme, a quien conocía como estudiante. Había sido estudiante de medicina, en París no hacía nada más que beber, era un riquillo de Orizaba.

Lo primero que me preguntaron fue:

–¿Qué canción nueva hay en México?

–¿En cuál te quedaste? –le dije.

–Pues me quedé en *La borrachita*.

–¿Y la sigues honrando? –le dije.

–¿Yo, hermano?, ¿quién te dijo que yo tomaba?

–No, pues estás con un aliento terrible. Entonces acabó Rosenblueth su gran *slam*, que ganó, y se terminaba el juego:

–¡Chico!, ¿cómo te va?, ¡siéntate, siéntate!, te voy a presentar a Leónidas Tigrillo –en fin, todos los nombres eran inventados, porque no sabía los nombres de los compañeros de juego, y yo también les di un nombre falso.

–Pancho Villa, para servir a ustedes –les dije, y comprendieron los pobres que salían sobrando ya de esa tertulia mexicana.

Al poco tiempo se fueron, y ya me interrogaron de una manera muy detenida y cuidadosa, de cómo estaban las cosas en México, que llegaban muchos refugiados, que había rumores de que “la bola” continuaba en México, y al rato llega al Ludo Francisco de P. Mariel, Leónides Almazán, que andaba también de tránsfuga o iría a aprender medicina o alguna cosa. Nos pusimos a platicar y me dijo:

—¿Tú, en qué hotel estás?

—Pues creía que me habías reservado un cuarto ahí en el Hotel Montesquieu.

—¡Ay, chico!, se me olvidó, ya sabes que soy muy malo para eso. ¿Y vienes solo, no vienes con Salazar? —No, creo que se queda otro tiempo en España.

—¡Ah, qué maldito hombre este!, creía que los iba a tener a los dos. Bueno, pues voy a hacer lo posible porque tengas pronto un cuarto.

Lo posible fue que al día siguiente hacía yo la mudanza al Hotel Montesquieu con todo y mi baúl. Claro que tenía un cuarto muy bueno, muy caro, no sé en qué pero se me había ido acabando aquel dineral que llevaba; entre el barco, el que gasté en Madrid, ya iba casi en la ruina, y todos los mexicanos de allá creyendo que: “¡Ah!, el profesor Fournier, ¡ése sí viene con dinero!” Y creyéndose que iban a comer y a gozar la vida a mis costillas. Pero las cosas fueron de otro modo.

### *Al tú por tú con las amibas*

Dejé pasar unos cuantos días para ambientarme en París. Eran días con mucha neblina, no se podía ver. La primera impresión que me hizo París fue que era una ciudad muy brumosa, que no había cielo, fue lamentable. Desde luego, los edificios no estaban limpios, como sucedió ya en la época de Malraux, estaban ennegrecidos, todo el Louvre negro.

Caminé unos cuantos días y recuerdo que un lunes me presenté a la Facultad, a la Universidad, a decir que era extranjero y que quería hacer gestiones para ver qué cursos podía tomar, si podía tomar los de especialización que yo quisiera o si debía inscribirme en la Facultad. Dejé mis papeles a una señorita que me dijo:

—Espere usted, voy a preguntarle al rector—, todo me pareció tan fácil.

Entonces el señor Roger, que era el rector de la Universidad dio la orden de que pasara, y, un poco confuso de estar frente a un viejo venerable que había hecho tanto en asuntos de fisiología y de medicina general, pues, era para mí un maestro, había leído libros de él y todo eso, así es que me impresionó mucho verlo. Y me dice:

—¿Cuál es su problema?

—Me saqué una beca para España y tengo algunos amigos aquí en París, que me han dicho que venga a estudiar acá, y eso deseo, yo ya soy médico.

–¿De quel pays?<sup>3</sup>

–De México.

–Ah, *bon*, bonito país.

–Pues sí, señor, ¿usted lo conoce?

–Sí, lo conozco, muy bonito país.

Y me dice:

–Bueno, hay dos formas de entrar a la Universidad como estudiante extranjero. Desde luego, veamos los documentos a ver cuáles son las materias que ya no necesita usted cursar, una especie de revalidación de los estudios, o quiere hacer las cosas de su especialidad. Lo segundo es mucho más fácil, porque tiene todo el derecho y nada más giro una carta para los distintos servicios, para los distintos maestros, presentándolo a usted.

Advierto que no llevaba absolutamente ningún papel oficial, ni de la Universidad ni nada, ni el título; yo nada más tenía una copia chica del título y diplomas y cosas así, también en copia. Bueno, pues él hizo como que las vio. En realidad creo que le había caído bien, porque no hubo muchas preguntas ni muchas cosas; en resumidas cuentas me dijo:

–Bueno, vamos a hacer una cosa, ¿usted quiere hacer la gastroenterología?

Le dije que, en concreto, quería principiar por las cosas del intestino. Dijo:

–Bueno, pues lo mejor es que comience usted con Langeron, en el Instituto Pasteur, le extenderemos una carta para él, y después va al servicio del profesor Benzaude, al Hospital Saint-Antoine. Le suplico que hable con el director para que lo haga a usted rotar por todos los servicios de gastroenterología del Hospital Saint-Antoine, incluyendo la radiología. Luego que termine con estos ciclos, si se va a quedar varios cursos académicos me viene a ver para que le dé otras cartas para los siguientes.

Naturalmente, yo estaba emocionado, fascinado. Me quedaban unos cuantos francos en la bolsa, que era todo mi capital. Hacía algo de frío y había bruma. Entonces ya me fui a instalar. Muy orgulloso le enseñé a Rosenblueth. Me dice:

–Bueno, todavía sobre esas cosas, vamos a hacer algo más, vamos a asistir a todas las conferencias que a mí me interesan del sistema nervioso.

Rosenblueth estaba haciendo la carrera completa allá, porque él quiso hacerla, era la misma proposición que me habían hecho, pero Rosenblueth

<sup>3</sup> ¿De qué país?

no tenía título de médico. No se había recibido y yo sí, así es que en mí era una cosa facultativa y para él era una cosa obligatoria. Bueno, pues me dijo:

–¿Quieres acompañarme a las conferencias, chico?, al fin en las tardes no tienes nada. Mira, esta cosa no vale la pena, la otra no vale la pena, y esto sí, vamos a ir a las conferencias que nos interesan, ya sea a la Sorbona, ya sea a la Facultad. Te aconsejo que sigas con el profesor Harvier el curso de terapéutica que se da en las tardes de cada tercer día, en el gran auditorio de la Facultad de Medicina, porque ahí hay que irse muy temprano, porque está lleno de extranjeros y lleno de todo, en toda Francia, son célebres sus clases.

Bueno, pues fuimos a las clases de Harvier en las tardes, me presenté en las mañanas al Instituto Pasteur, me recibió muy bien, me recibió el ayudante de Langeron, que en esos momentos se encontraba en el Instituto Nicole, en África del Norte, en Túnez, me trató muy deferentemente. Me preguntó en qué quería trabajar, y le dije:

–Pues he hecho un poco de laboratorio en cuestiones de parasitología humana, así es que quisiera esa cosa.

–Pues ahora lo único que está haciendo *le patron*,<sup>4</sup> monsieur Langeron, es estudiar los protozoarios.

–Me conviene mucho comenzar por ahí.

¡Imagínense!, ponerse al tú por tú con las amibas y con las *giardias* y con todos los protozoarios habidos y por haber. Bueno, pues me encantó. Así es que tomé un curso, y asimilé muy pronto esas cosas; efectivamente, ya tenía experiencia. Llegó el profesor Langeron y me volvió a hacer un interrogatorio, me dijo que conocía México y tenía una idea clara de los problemas parasitológicos de nuestro país:

–Mire, usted lo que necesita hacer es algo de clínica, porque no va a hacer investigación, no quiere, no es su caso que haga investigación sobre esto –yo quería entrar al contacto humano de los enfermos, de los pacientes–, entonces le voy a dar una recomendación con el profesor Goiffon que hace las mismas cosas que yo, pero desde el punto de vista clínico, hace experimentación con alimentos; con qué viven mejor los parásitos y con qué les va mal y todas esas cosas.

Desde un principio, estaba muy ardiente para tomar la cosa de clínica. Entonces arreglé mis horarios de tal manera que entraba muy temprano al Hospital Saint-Antoine, a las ocho de la mañana en punto, con ese clima

<sup>4</sup> El jefe.



terrible tenía que estar en el Saint-Antoine, y ahí se deslizaba la consulta. Hacíamos los interrogatorios a los enfermos, las historias clínicas, y esperábamos al patrón y a sus ayudantes para que viera a los enfermos e hiciera sus disertaciones. También no caí mal parado con Goiffon, el caso es que me dijo:

–Le voy a pedir a mi amigo Langeron que pongamos una estación de parasitología intestinal, aquí en ese servicio y tú vienes a trabajar en ella –ahí la costumbre es hablarles a los internos de *tú*, ya cuando un profesor le habla de *usted* a uno, es que está hecho una furia.

Me puse al corriente con él, es decir, a finales de noviembre, todo el mes de diciembre, iba muy temprano al servicio de Goiffon, y más tarde al servicio de Langeron, que ellos hacían el laboratorio mañana y tarde. Entonces escogí, inmediatamente después de la comida, irme con Goiffon. Y a la clase de Harvier, de terapéutica, dejé de ir con frecuencia. Iba yo una o dos veces por semana, cuando mucho, y era tan noche, era antes de la *dîner*.<sup>5</sup>

Harvier era un hombre muy atractivo, con una oratoria muy encendida, muy buena, escribía en un pizarrón inmenso, del gran auditorio de la Facultad; escribía con la mano izquierda y con la mano derecha y las dos al mismo tiempo, su clase era un espectáculo. Era el más pesado de todos los estudios que hacía en esa época, porque el anfiteatro estaba repleto. Muchos médicos o estudiantes que iban a su clase llevaban la comida completa, es decir, le *déjeuner*<sup>6</sup> completo, se iban a comer ahí como en una plaza de toros, como en un espectáculo, todo traían, *le fromage, le jambon, les flûtes, surtout les flûtes*.<sup>7</sup>

Me dediqué ya de plano a la coprología con Goiffon, e instalamos pronto el laboratorio en Saint-Antoine. Ahí me fue muy bien, los compañeros eran muy amables, y desde el principio comencé a trabajar muy a gusto ahí. Pero llegaron las vacaciones de diciembre que ahí comienzan como el 10 o 12 de diciembre y los cursos se reanudan hasta los primeros días de enero, hasta pasada la fiesta de reyes, hasta pasado el 6 de enero.

Para esto, yo no tenía ni un centavo en el bolsillo. Entonces le pregunté al profesor si no había un puesto para mí. Llamó al administrador y él le dijo que había uno de mozo: me dijo el profesor:

<sup>5</sup> Cena.

<sup>6</sup> Desayuno.

<sup>7</sup> El queso, el jamón, las flautas, sobre todo las flautas (barras de pan largas y delgadas).

–Bueno, que te den el puesto de mozo para que tengas la comida allí y un lugar para dormir, pero vienes a trabajar aquí al laboratorio.

Y, bueno, hice ese pacto. Todo el personal se fue de vacaciones; naturalmente, también los del laboratorio tomaron sus vacaciones y me quedé en el hospital haciendo las labores de la servidumbre. Había un *staff* de guardia, de gente que no conocía; les había dicho que era médico, y me decían:

–¿Cómo que eres médico y estás trabajando de mozo?

Porque en ese invierno tan horrible, tan horrendo, de 1924 a 1925, nos teníamos que levantar, los del servicio, a las cinco de la mañana, a lavar los caballos percherones, porque antes el tráfico en París se hacía con carros tirados por caballos percherones, caballos normandos.

Un día nos tocaba a unos el lavado de los caballos, otro día a otros, pero todos los días era la levantada a las cinco de la mañana, porque era lavar el patio, y lavar esto y lo otro. Sí, era la profunda noche; nunca sentí el sufrimiento y el abandono tan grande como en esa época, pero había cosas interesantes en la experiencia de la vida. Por ejemplo, todos dormíamos en un plano inclinado como en cuartel; es decir, unas tablas, una cosa, un mueble más bien dicho, así en forma de plano inclinado, que le echaban paja y ahí dormíamos.

Advierto que nos daban dos botellas y media de vino tinto al día, una para el *déjeuner*, y otra para el sí, y media para acompañar nuestro café y nuestro pan, sopearlo con el vino. Era una exigencia social de los compañeros del servicio. Yo no estaba acostumbrado a empujarme una botella, hasta que me fui entrenando, poco a poco. Generalmente me tocaban de compañeros, entre mi derecha y mi izquierda, dos carretoneros gordos que resoplaban y roncaban toda la noche, y hacían todos los ruidos que se quiera imaginar, toda la noche. Se comprenderá que los primeros días de diciembre, entre el 12 y el 15 de diciembre, pues no dormí absolutamente nada. Invocaba yo a la Virgen de Guadalupe para aplacarles los intestinos y los bronquios, pero no me hizo el divino favor. No me hizo caso, hasta la fecha.

Después de ese día, más o menos el 15, a mediados del mes, estaba más acostumbrado a ese tipo de calor humano. De ahí me acuerdo del cuento del Gangoso: un muchachito de la calle, que vende periódicos, que es machetero algunas veces, que cuida coches otras, que roba por aquí o por allá, y en fin sin oficio ni beneficio. Pero el Gangoso es muy “buzo”, como decimos aquí, y en la noche se iba a dormir al Mesón de las Gallinas, a Tepito, después de terminadas las labores de cuidar coches en un cabaret. Le dijo al mesonero:

–¿Tiene usted un petate? –Petate sí tengo, pero no tiene donde dormir.

–Ah Dio, ¿por qué no?, ahí hay un abujero entre esos dos.

–Bueno, pues si cabe métase.

Jaló su petate y se metió, se calentó un poquito, y le dice al que estaba a su derecha:

–Voltéate, mamacita.

–Oiga, cabrón, si soy macho.

–Pos quédate como estás, papacito.

Pues de ahí salió ese cuento: yo era el que estaba muy derecho, ¿verdad?, y resoplando los otros dos, ya qué les iba a importar a esos caballeros junto a quiénes estaba acostado. Pero eran unos colchones muy buenos.

Pasó el tiempo, llegó el día 7 de enero de 1925 y yo estaba en primer lugar con un lenguaje completamente cambiado. Llegué a París sabiendo un poco de francés que había aprendido en mi casa y después, pues con lecturas y todo eso lo había mejorado un poco, pero adquirí un francés entre los mozos, que era un *argot* de la peor especie, que llevé al oficio. A los enfermos que hacían cola, casi siempre les metía palabras en *argot*<sup>8</sup> para preguntarles y les gustaba mucho que una gente que los entendiera les hiciera su historia clínica. Por ejemplo, uno me preguntó:

–*D’où est tu, toi?* –que de dónde era yo, con un argot provenzal muy marcado, y le dije:

–*Je suis du côté de la Provence.*

–*Ah, moi aussi! ¡Vive la Provence!*<sup>9</sup>

Y entonces comenzábamos la historia clínica magnífica. Bueno, pues como eran risas allá y decían que les preguntaba muy bien, que siempre decía la pura verdad en las historias clínicas, tenía cierto cartelillo en el Saint-Antoine, en el público medio, en los pacientes.

Una vez me dijo el profesor Binzot, cuando me estaba enseñando la técnica de la sigmoidoscopia:

–Usted necesita saber manejar bien el endoscopio primero, y después vamos a los estudios profundos del intestino, como el sigmoidoscopio –es

<sup>8</sup> Jerga.

<sup>9</sup> Soy de Provence.

– ¡Oh, yo también! ¡Viva Provence!

una técnica que consiste en ver el intestino por dentro a través de un tubo muy largo, un tubo con una luz ahí en el fondo.

Y entonces me dijo:

–Voy a pedir que me manden un pequeño batallón de los recién inscritos al servicio militar que tienen que partir al África—andaba entonces la guerra de Marruecos, que tuvo mucho que ver en mi vida.

Y efectivamente, un día llegaron como unos cincuenta *bleus*, que así se llamaban los soldados, porque usaban sus uniformes azul claro. Le había dicho el profesor, al jefe del batallón, que era indispensable, antes de darles una cartilla de salud, que se hicieran una sigmoidoscopia. No sé qué le explicaría el profesor Binzot de lo que se trataba, pero el caso es que el comandante se quedó convencido que era absolutamente indispensable, y ahí van, a todos se les dieron sus instrucciones para sus lavados intestinales y oía los gritos y las “chanzas” y así *ejecutamos* a parte del ejército francés que iba a partir al África; les hicimos sigmoidoscopia. Ahí aprendí, naturalmente, a hacerlo, y aprendí a hacer los raspados del intestino por el interior para tomar muestras de la mucosa, y ver si no había amibas, y se me ocurrió decirle que sería bueno hacerles de nuevo la sigmoidoscopia después de su estancia en África, a ver si estaban contaminados.

En eso de la medicina hay una cosa muy curiosa. Los tratamientos serán todo lo feroces que se quiera, las exploraciones muy malas, pero si el enfermo se siente atendido, le encanta. Es un paso humano muy gracioso de la medicina, y muchos médicos sádicos captan esa cosa y ejercitan su sadismo. Pero sí pasaba que regresaban los soldados, no muchos, unos se quedaban a vivir en África y no regresaban y pedían estar de soldados permanentes allá, pero regresaban porque no aguantaban el clima y los regresaban a los dos meses. Así es que ellos mismos escogían su médico que los tenía que explorar, que revisar. Así fue como aprendí la endoscopia del intestino y después a hacer los raspados de la mucosa, que ponía en laminillas para las siembras, en un líquido especial que se llama de Kaufman. Me los llevaba al laboratorio a hacer los frotis, y ver si llevaban parásitos, se hacían tratamientos antes de irse y luego si al regreso venían parasitados, que sí venían casi todos, entonces el tratamiento era *a posteriori*.

El laboratorio estaba muy próspero, yo estaba muy próspero. Ya era muy conocedor de aquello, así que había escogido, para dormir, un lugar que estaba cerca de la pared, y así nada más tenía un vecino; luego había apartado el lugar de junto para tener al menos gordo, al menos resoplón, al que menos tosiera, al que no fumara, en fin, todas esas condiciones había logrado. Paula-

tinamente, con ese oficio de mozo que estuve desempeñando un mes, como los familiares iban a ver a sus enfermos, y había permiso de introducir algunas golosinas y algunas cosas, se las llevábamos y aceptaba las propinas que me daban, así es que comencé a no estar tan pobre.

Me di de baja en el Hotel de Montesquieu, a Rosenblueth lo había perdido, lo perdí un mes, cuando menos todo el mes de diciembre hasta enero. El caso es que la vida no estaba tan cara en París, el franco comenzaba a devaluarse, así es que algún dinerito que recibía de mi madre, diez o veinte dólares, que se me hacían mucho, que me lo mandaba a escondidas de mi padre, ¡que tenía un carácter...! Me decía:

–No le escribes, dile que estás en muy malas condiciones, ¡ay!, hijo mío, come bien, que tengo mucha preocupación por tu comida, que no vas a aguantar –que quien sabe qué–, con ese frío que está haciendo. Ya salió en el periódico aquí que son unas nevadas terribles.

–Pero ¿por dónde? Aquí en París todavía no comienza a nevar.

–No, dicen por aquí que en toda Europa, y en París desde luego está nevando, es la ciudad más importante.

Era la ciudad más importante de Europa para mi madre y el clima era lo más importante de toda Europa. Luego ya me conecté con el consulado mexicano, donde estaba Arturo Pani. Me di de alta en el consulado y le supliqué que cuando hubiera alguna gente que llegara a París y que quisiera un guía para París o para Europa, que se acordaran de mí. Me dije: “Ya tengo ocupada la mañana, tengo ocupada la tarde, tendré ocupada parte de la noche con llevarlos al Folies Bergère<sup>10</sup> y a todas esas cosas”. Naturalmente que fue el revés de la medalla, porque entonces si eran restaurantes de primera, cabarets de primera y todas esas cosas. Yo los llevaba, tenía una fuerza física, un aguante para todas esas cosas, porque era todo el día estar ocupado con distintas actividades.

Una vez recibí la llamada angustiada de una madre que me estaba localizando y que trataba de buscar a su hijo en París, ella iba con una hija y quería buscar al hijo en París. Le dijeron:

–Señora, es muy difícil buscar una gente en París, es tremendo.

–No, pero mire usted, le voy a decir más o menos con quién se llevaba de la Embajada, pero dicen que ese señor ya no trabajaba ahí.

<sup>10</sup> Teatro de revistas.

Les dio el nombre, y una viejita que ya me conocía, le dijo:

–No, pues a ése lo corrieron de aquí porque era un vago, perdulario, nunca venía al consulado, y quién sabe cuántas cosas.

–¿Y no sabe usted dónde se habrá ido?

–Pues se fue con otro mexicano.

–¿Y no sabe dónde se fue con ese mexicano?

–Pues que iban a recorrer Francia y quién sabe cuántas cosas.

¡Uh!, ya no era buscarlo en París, sino era buscarlo en Francia. Pero Dios o la Virgen de Guadalupe me ayudó, será por las invocaciones que hice aquellas noches de insomnio, el caso es que un día el hijo se va presentando en el consulado, y la señora le dijo que me iba a localizar. Me localizó en el Hospital Saint-Antoine, que era donde me localizaban del consulado, no tenía todavía hotel, y ya le dio una cita a través de la señora esta. Me presenté como el doctor Fournier.

–Sí, se lo he oído mentar mucho a mi madre. ¿Usted cuándo llegó de México?

–Pues ya tengo tres meses de estar aquí en París.

–¿Y no sabe usted mi madre cómo está?

–Está bien y lo está esperando.

–¿Dónde?

–Aquí en París.

–¡Ay!, Bendito sea Dios, porque no tengo ni dónde ir, ni tengo ni un centavo ni nada, que me fui con uno que dizque se hizo amigo mío.

Y entonces le dije:

–Bueno, pues lo voy a llevar.

Lo llevé con la madre y la hija, que hicieron una escena de amor filial, que, bueno, yo estaba verdaderamente abochornado y envidioso, porque dije: “Pues siquiera tener unos brazos femeninos, aunque sean de mamá, que me abracen”. La señora, de bastante dinero, nos invitó a cenar con él. Luego luego en la tarde, lo había ido a surtir de ropa, y ya se presentó muy elegante, y yo tan mugroso como siempre, tan mugroso de todo, porque era mugre de mugre, y además de siglos, porque las bañadas eran en agua fría, y nada más entraba a la regadera así como de paso, así es que tenía la costra que se acumula con el agua fría, que se va poniendo durita; sentía que tenía la consistencia de pergamino. Total, eso no tiene importancia, el caso es que ya tuve una conexión con esa familia, que después, ya serenados, el hijo les servía de guía. Pero no

conocía muchas cosas, porque conocía el París de los cabarets, de las cantinuchas, de los restaurantes malos y la mamá no los iba a llevar ahí.

La muchacha se llamaba Meche, y era más bien fea que regularmente bonita. No, no, ahí no había posibilidad de hacer ninguna movida. A la señora también le dije que estaba viviendo en el hospital y que no tenía más entradas, que las que tenía era por la gente que paseaba. Luego luego la señora, muy solícita, en un sobrecito, muy elegantemente, muy a la francesa, me dejó unos billetitos, y entonces ya dije: “Ahora sí ya voy a dormir en cama solo”. Y volví al Hotel Montesquieu con todos los regalos. Me encontré instalado ahí a Rosenblueth que ya había cambiado de cuarto, que ya tenía una amiga, que me la presentó:

—Te voy a presentar a la chica Denise. Y va apareciendo la chica Denise, un vejstorio que ya se desmoronaba, pero era la chica de él, que hablaba cerrando las mandíbulas, a veces nomás hablaba con los labios, y yo, acostumbrado a otro tipo de francés, al de mis obreros, de mis compañeros de labor, pues no le entendía absolutamente nada a la chica Denise. Pero Arturo me dijo:

—Oye, le caíste muy bien a la chica Denise.

—Vaya, qué bueno.

—Oye, tú que tienes dinero con frecuencia, ¿no nos vas a invitar a cenar un día? Porque Arturo pues tenía su buen lado judío, así es que siempre sacaba provecho de alguna cosa, y un día los llevé a cenar a un restaurante de *prix fixe*,<sup>11</sup> que cobraba la fabulosa suma de ocho francos la comida, con la bebida *comprise*.<sup>12</sup> Dejaba uno su servilleta enredada, en vista de que pedía uno ser cliente de la casa, y ése era el abono, por decirlo así. Yo iba allí frecuentemente, me parecía una comida excelente.

Mi baúl se quedó en la bodega del Hotel Montesquieu, porque ya habíamos hecho cierta amistad. Les prometí que iba a regresar, que iba a trabajar de interno, nunca les dije que de mozo, en el Saint-Antoine. Eso sí, no podía estar yendo y viniendo a sacar ropa; afortunadamente nos surtían de ropa en el hospital: camisones de los enfermos, unos blusones, y pantalón de pana, de buena pana, para el invierno.

Cuando trabajaba de mozo, cuando estaba en mi papel de mozo, mi blusón era azul, y tenía una cosa que le decían *tablier*, delantal o bata que

<sup>11</sup> Precio fijo

<sup>12</sup> Incluida

en realidad era un marsupial, con una bolsita, como ésas que traen los billeteros, de los que llegaban hasta abajo, un delantal largo, donde echaba uno las cosas. Unas veces eran propinas, otras veces eran instrumentos, otras veces comida, en fin todo lo que se necesitaba, todo en el marsupial. Y así andábamos. Yo tenía mi bata blanca en el servicio para estar presentable. Y los *tabliers* eran de lino, así es que estaban muy bien.

La enfermera del laboratorio, la señorita que trabajaba con nosotros, se presentó el día que todos salieron de vacaciones, el día 14 yo iba al laboratorio, y me preguntó:

—*¿Votre fiancée?, vous avez une fiancée, naturellement, quelqu'un qui se promène avec vous.*<sup>13</sup>

Y le dije:

—No, no tengo nada absolutamente.

—Bueno, pues están dando una película muy buena en los Grandes Boulevares. Una película admirable, efectivamente, *La charrette fantome* se llama. Bueno, pero allá era *La Saint Sylvestre*, San Silvestre es el día 31 de diciembre, el caso es que era basada en el cuento de Selma Lagerlüff, y tiene una escena patética que levanta al último muerto del año. Siempre que salía la carreta, en lugar de ponerla en positiva, la película, la ponían en negativo, es decir, lo que era blanco pasaba negro y lo negro a blanco, así es que eso daba una impresión terrible, que no han vuelto a repetir los cineastas, yo nunca lo he visto. Era muda todavía.

Bueno, pues me dice la enfermera:

—Yo lo invito —me daba el título de doctor—, doctor Fournier.

Le dije:

—No, no.

—Yo estoy, doctor Fournier, estamos, de vacaciones.

—Dígame usted Raoul.

—Bueno, Raoul, *dites-moi Simona, c'est mon nom.*<sup>14</sup>

Nunca pensé que tendría una compañera de cine que se llamara Simona. Pero en fin, era un nombre muy popular y muy francés. Fuimos a ver *La charrette fantôme* y como tenía algunos francos, tomamos un sandwich a la salida, ahí sobre los Grandes Boulevares; quise llevarla al mejor lugar, tenía los

<sup>13</sup> ¿Y su novia?, porque naturalmente usted tiene novia, alguien que se pasea con usted.

<sup>14</sup> Dígame Simona, es mi nombre.



francos necesarios, pero ya los últimos, para tomar un café allá en *le coin de la Rue Richelieu*,<sup>15</sup> y tomamos ya nuestra *flûte*, un vaso de cerveza y entonces, naturalmente, como buena francesa, me dijo:

–¿Dónde va a dormir?

–Pues me regreso al hospital.

–¿Por qué no se viene a mi casa?

–Encantado, cómo no.

Y me resolvió todos los problemas. Claro, dentro de esa guardia permanente de mozos que había, teníamos permiso de un día cada uno, para su *congé, le jour de congé, “c’est mon congé”*.<sup>16</sup> Y como esta chica precisamente, me dijo un día todas esas cosas que han sido siempre muy fáciles en Francia, es otra educación. Ella tenía un cuarto independiente de su familia, iba a comer siempre con la familia y les había platicado que tenía un amigo que era médico y mexicano y querían que lo presentara, y ella tenía miedo que la cosa se fuera a hacer más seria. No, no, el del miedo era yo, me dije:

–Ahorita me amarro y ya acabó París aquí en el laboratorio, en un invierno, en un club de invierno.

El domingo era sagrado, *parce que le dimanche*,<sup>17</sup> siempre lo tomábamos, pero además había un día de *congé*, entonces dos días a la semana no trabajaba. Pero tenía que sacar un permiso especial para no dormir ahí un día. Así es que cada ocho días era el permiso especial, y pues ella se las arreglaba como podía, pero un día me dice:

–Oye, tengo una amiga que quisiera tener un amigo, ¿que entre tus amigos mexicanos no conoces a alguien?

–Pues, mira, no tengo, no veo en estos momentos a ninguno de mi colonia, no me he presentado oficialmente ante nadie, mis compañeros únicamente son los mozos del hospital.

–*Ah, mais c’est trop, ca c’est un peu trop*.<sup>18</sup>

–Sí, pero tú sabes que yo trabajo de mozo, no son otros mis compañeros.

Pero a esta chica le prometí que si llegaba un mexicano para que saliéramos en parejas, lo llevaría, haciendo un bonito papel de Cupido. La ocasión

<sup>15</sup> La esquina de la calle Richelieu.

<sup>16</sup> Asueto, el día de asueto, “es mi día de asueto”.

<sup>17</sup> Porque el domingo...

<sup>18</sup> Ah, pero eso es demasiado, es demasiado.

nunca se presentó, pero ella me la presentó un día, era un poco celosa, ese día llegó con la amiga, hizo muchos *frais*<sup>19</sup> para parecer más guapa. La amiga efectivamente era guapa, yo ni la miré ni me fijé. Me dije, aquí estoy con esta mujer tranquilo, con Simona, que es tan buena y tan noble. Me enseñó a coser los calcetines, porque como entonces no había fibra sintética y no se podían tirar los calcetines, que eran de lana, que nos daban ahí en el hospital, pues así es que ella me enseñó a surcirlos con mi naranja. Así es que con mi naranjita, le dedicaba un día, todos los que trabajábamos en el servicio le habíamos dedicado un día *pour repasser nos linges, pour voir qu'est-ce qu'il se passe avec ces choses-là*.<sup>20</sup> Ellos me habían enseñado un poco el uso de la naranja y de cualquier fruta, cualquier cosa que fuera redonda para meterlo, pero ella me enseñó con técnica, y me enseñó a poner botones, y me enseñó todas esas cosas que debe saber un soltero.

Entonces ella estaba medio dudosa de la amiga, pero ya le juré y le dije que no, que me podía presentar a quien fuera, a un ángel bajado del cielo y nadie, ¡nadie!, sería como ella:

—¡Como tú, Simona, nadie!

Un día llegó el patrón del laboratorio, yo no era el patrón del laboratorio, nada más hacía las cosas de intestino, parasitología y la bacteriología intestinal y cuando llegó el patrón notó que habían cambiado un poco las cosas, que habían ido cambiando, que había de parte de ella, de Simona, un poquito de celo con las enfermeras; y me buscaba gente de otros servicios para que fuera yo a tomar sangre. Él sentía poco a poco su autoridad disminuida en el laboratorio; entonces se fijó muy astutamente que la causa de todo eso era Simona. Un día le dijo que había que hacerle un homenaje, es decir, una pequeña cosa íntima, una cenita, una comida en el campo. Y pues fue la despedida. Dijo que él conocía un *petit restaurant á Versailles*<sup>21</sup> muy bueno y que nos iba a invitar a nosotros tres. Invitó a otros amigos, a unas muchachas enfermeras y nos fuimos. Y le dijo:

—Bueno, Simona, ya estás fatigada de vernos a nosotros, de ver al *sale étranger*<sup>22</sup> —porque, bueno, así se refería a mí, ¿verdad?, me lo decía de broma,

<sup>19</sup> Gastos.

<sup>20</sup> Para planchar nuestra ropa, para ver qué pasa con esas cosas.

<sup>21</sup> Un pequeño restorán en Versailles.

<sup>22</sup> Sucio extranjero.

desde el principio: “*Toi, c’est l’étranger, occupe-toi de pi*”<sup>23</sup> y siempre era yo “*sale étranger*” –, pues en lugar de estar toda la vida en compañía *d’un sale étranger, d’un type comme moi, qui n’a pas de bonne humeur, qui n’a pas de... ce que les anglais appellent le sens of humor et alors, j’ai trouvé une place pour toi, beaucoup meilleure que la mienne, que celle que je peux t’offrir.*<sup>24</sup>

Y ella contestó que estaba muy contenta, y él le dijo:

–Sí, pero no se vive de gusto en la vida, tú estás aquí para progresar, eres de la escuela práctica de bacteriología y tienes que hacer tu carrera, así es que ya le pedí a la *Assistance*, y este homenaje se te hace porque vas a ocupar un mejor puesto, vas a ser jefe de laboratorio en otro lado.

Y vino la despedida de Simona:

–*¡Tu vas te souvenir de moi toute la vie, toute la vie!*<sup>25</sup>

Ella tomó la cosa definitiva, una cosa de disciplina, ese mismo día me dijo:

–Bueno, siempre me vas a recordar y me extrañarás y me vas a buscar, y no hay por qué no seguir siendo amigos y...

–No –le dije–, esto no tiene nada que ver, no voy a tener el gusto de verte en el día, ni de comer juntos de vez en cuando, pero en fin, ya nos veremos.

Y ella se fue hasta un pequeño hospital ahí, al laboratorio. Entonces ya comenzó la chica Denise, de Arturo Rosenblueth que tampoco simpatizaban: *Vieille femme odieuse*,<sup>26</sup> le decía Simona. Denise quería dominar todo el cotarro. Yo no le importaba, ni a mí me importaba ella, además chocaban bastante, ella quería dominar y decir dónde íbamos y dónde comíamos y todas esas cosas, y a la otra no le gustaban todas esas cosas:

–*Vous comprenez bien, ce sont des choses de femme, qu’est-ce que vous voulez, qu’est-ce que vous voulez.*<sup>27</sup>

Pues así, poco a poco se fue extinguiendo, se fue enfriando. Comprendí que había sido una aventura de invierno y de primavera de 1925. Ya, ya, *l’a*

<sup>23</sup> Tú eres el extranjero, ocúpate de eso.

<sup>24</sup> De un sucio extranjero, de un tipo como yo, sin sentido del humor, que no tiene lo que los ingleses llaman el sentido del humor, y entonces te he encontrado un empleo mucho mejor que el mío, que el que yo puedo ofrecerte.

<sup>25</sup> ¡Te vas a acordar de mí toda la vida, toda la vida!

<sup>26</sup> Vieja odiosa.

<sup>27</sup> Comprende, son cosas de mujer, qué quieres, qué quieres.

*c'est fini*.<sup>28</sup> Y ella ha de haber pensado en otras cosas, se *marier*,<sup>29</sup> pues siempre me hablaba de *mariage*.<sup>30</sup> Así es que comprendía que yo era un tipo para un invierno y una primavera, pero no más. Bueno, le había pintado México como un país horrible, y mis padres como espantosos y todo. En el laboratorio pusieron a otra señora ya grande, muy eficiente, muy buena, que me enseñó muchas cosas y así caminamos todo el año de 1925.

Era muy cursi Denise, muy cursi. Le gustaba ir a un teatro en París, donde daban operetas antiguas, como *Les cloches de Corneville* y *Le mousquetaire au couvent*,<sup>31</sup> esos culebrones líricos que a ella le encantaban. Claro, eran de su tiempo también, y Rosenblueth pues estaba enamorado de ella, enamorado, pero no muy profundamente. Él era joven, de mi edad, y ella sería una mujer como de unos cuarenta y tantos.

Pues así la vida transcurrió y acabé mi servicio con Goiffon, ya nada más me quedé en el laboratorio, con la consulta de Binzot, que conocía mis problemas, me dijo:

—Vete con Besançon.

Después estuve con Bécère, en Rayos X. Con Goiffon en La Rivoisère estaría yo unos tres meses, con Binzot estuve dos años, con Besançon estuve como tres días. Me mandó a que aprendiera algo de pulmón, porque llegaban luego problemas de pulmón y para no mandarlos a otros especialistas. La idea que había entonces y que ahora ha renacido era hacer médicos generales, no nada más especialistas, muy limitados. Después me mandó con Bécère y, en fin, fui recorriendo servicios, otras consultas externas dentro del mismo hospital, y así me pasé dos años.

Francia tenía una política muy sabia, los extranjeros teníamos una gran aceptación. Primero, no por cosa de padre ni por cosa de comida, sino porque no nos íbamos a quedar, íbamos a ser propagandistas de Francia, de la medicina francesa, y eso le redituaba muchos beneficios. Fue esa sabia política exterior que se cultivó después de la guerra y que le dio tan buenos resultados, porque en esa época la medicina francesa era considerada como la mejor medicina del mundo, ni soñar en la americana.

<sup>28</sup> Esto se acabó.

<sup>29</sup> Casarse.

<sup>30</sup> Matrimonio.

<sup>31</sup> Las campanas de Corneville y El mosquetero en el convento.

Recuerdo el 1° de mayo de 1925, que era uno de los primeros que se celebraban en París. Entonces el Partido Comunista estaba esparcido en una sección especial de la Place de la République, y los boulevares cercanos, sobre todo el Boulevard Bonne-Nouvelle, pues todos los cafés siempre estaban llenos de gente de izquierda. Yo, inocentemente, más por conocer ese barrio, me fui caminando por el Boulevard de Sébastopol. Si toma uno de Saint-Michel como para el centro, cruzando el Sena, cae uno en la Plaza del Châtelet y desemboca en el Boulevard de Sébastopol. Así es que era casi en línea recta de mi hotel. Yo caminaba como un caballo, tenía gran fuerza, todo lo hacía a pie, aun distancias muy grandes. Me fui caminando por el Boulevard de Sébastopol y contemplando los escaparates de una tienda que se llamaba Etablissement Poulin, que vendía toda clase de comestibles y bebestibles, en fin, una gran tienda.

Estaba extasiado contemplando las marcas de vinos y los patés y todas las cosas, cuando comienzan a bajar las cortinas de metal. No supe por qué seguí caminando por el Boulevard de Sébastopol, y a medida que me acercaba al cruce con los Grandes Boulevares veía que había mucha gente y movilización de policías, de *flics*, que se llamaban entonces *hirondelles*.<sup>32</sup> Estaban saqueando los escaparates frente a la acera donde estaba el Etablissement Poulin; habían roto los vidrios de todos los comercios. Los *flics* llegaban en el momento del saqueo y a bastonazos, no vi relucir ninguna pistola, pero a bastonazos, con esos bastones de hule que se usaban entonces, los juntaban y a los principales los subían en los camiones. Yo estaba contemplando eso y en un momento dado me pregunta un *flic*:

—*Toi, équ'est-ce que tu fais là?*<sup>33</sup>

—Estoy paseando, me paseaba yo.

—¡Ah!, ¿te paseabas, no? ¡Tus papeles! —ya de estudiantes decíamos que en París estaban escritas esas letras, *Liberté, égalité et fraternité*, y le habíamos agregado un letrero que decía: *et carte d'identité*<sup>34</sup> ¡*ta carte, tes papiers!*<sup>35</sup>

—*Moi, je ne suis pas français.*

—¡*Ah, tes papiers! ¡Alors c'est pire!*<sup>36</sup>

<sup>32</sup> Golondrinas.

<sup>33</sup> ¿Tú qué haces ahí?

<sup>34</sup> Libertad, igualdad y fraternidad, y carta de identidad.

<sup>35</sup> ¡Tu cédula de identidad, tus papeles!

<sup>36</sup> —Yo no soy francés. —¡Ah, tus papeles! ¡Entonces es peor!

No traía nada conmigo, nada, ni una identificación, ni la menor identificación, más que un boleto del metro, era lo único que tenía. Entonces me hicieron subir al camión, unos camiones con bocinas de goma que hacían: “¡Uh, uh, uh...”. Y partió la julia, ni más ni menos que a La Santé, a la cárcel principal de París. Bueno, ahí nos bajaron, no de muy buenas maneras, a todos les ponían apodos: “A ver, tú, cabeza grande, a ver tú, *toi, tu dis que tu es étranger, jah!, l'étranger, l'étranger*”.<sup>37</sup> Nos pasaron ahí, estuvimos esperando en un cuarto muy grande, como de audiencias, donde iban examinando los papeles de cada uno y situándonos, en eso estábamos muy ocupaditos. Resultó que después de mucho tiempo me tocó a mí:

–*Vos papiers, Monsieur* –ya no hablaba de tú–, *vos papiers, Monsieur*<sup>38</sup>–ya era el comisario.

–No, no tengo papeles.

–¡Cómo!, ¿por qué no tiene papeles?

–Pues yo salí a pasear, vivo en la Rue de la Sorbonne, y comencé a caminar, había muy poca gente en las calles y comencé a caminar, escaparates abiertos que contemplaba, nunca había ido por el Sebasto,<sup>39</sup> el Sebasto era la calle prohibida, porque era la calle de los comunistas, el Sebasto y parte de la Plaza de la República y Bonné-Nouvelle, bueno, todo el *quartier communiste*.<sup>40</sup>

–¿No tiene nada?

Me esculcaron: efectivamente, no tenía ningún papel, sacaron papeles sin importancia, algunos apuntitos, algunas cosas que llevaba, y mi boleto del Metro. Vieron que era médico, que trabajaba en el Hospital de Saint-Antoine. Me dijeron:

–Sabemos bien que ustedes son muy importantes, y tienen muchos pre-  
textos, sobre todo los que no tienen papeles –y me echaban muchas habladas.  
Lo trágico fue que me dijeron:

–Bueno, pues aquí estamos formando la brigada para Marruecos.

Había un lío con África, en España estaba Sanjurjo,<sup>41</sup> que le habían dado hasta por donde no, y entonces habían pedido permiso a los franceses, era

<sup>37</sup> “Tú, tú dices que eres extranjero, jah!, el extranjero, el extranjero”.

<sup>38</sup> Sus papeles, señor.

<sup>39</sup> Se refiere al Boulevard de Sébastopol.

<sup>40</sup> Barrio comunista.

<sup>41</sup> José Sanjurjo: militar español. Comisario superior del Ejército de África 1925-1928.

Lyautey, el famoso Lyautey, que iba a ocuparse de la campaña de Marruecos, también del lado español, lo habían nombrado jefe de todas las tropas. Entonces hicieron una recluta de todos los soldados y ya había yo pasado (era sábado ese día 1° de mayo) todo el domingo me la pasé en las bancas de La Santé y no había manera:

–Comuníquese a mi hotel a ver si está mi pasaporte en la portería –que lo había dejado–, que me lo traigan.

–No, aquí no hay gente que haga esos servicios.

Bueno, al comienzo del lunes llegan a rapar a todos los presos y a formar la legión extranjera. Entonces sí me entró mucha angustia, no tenía ganas de moverme de París. Entonces ese día sí me oyó la Virgen de Guadalupe, porque había una viejita que estaba escribiendo y que echaba una mirada así y que dijo, probablemente, que ella había perdido un hijo en la guerra o no sé qué cosa, el caso es que me veía con aire de misericordia, y siempre ha sido una mujer la que me ha salvado, por eso las quiero, porque me han salvado la vida, e hizo como que se paraba y todas esas cosas, que iba a tomar datos, y saca un papelito y me dice:

–¿Quiere usted que hable por teléfono a algún lado?, yo sí puedo hablar por teléfono.

–Pues creo que lo más fácil es que hable usted al consulado mexicano a este número –que tenía apuntado– y que pregunte si hay un señor Raoul Fournier, doctor, que está trabajando en el Hospital Saint-Antoine, y que me mandan llamar con frecuencia. Mi pasaporte lo tiene el *concierge* en el hotel, no tengo ninguna manera de identificarme.

Bueno, pues que empieza la viejita con sus pasitos, muy simpática la señora, muy mona, todavía la recuerdo con mucho cariño, y al rato me dice:

–Pues ya hablé, ya van a hablar a La Santé, para decir que es usted mexicano, que efectivamente está su número de pasaporte.

Bueno, dijeron todas esas cosas y me preguntaron:

–¿Y cómo pudo saber el consulado mexicano?

Pues estaban tan de prisa, porque estaban organizando el pelotón famoso y ya algunos habían salido pelados; del otro lado del salón ya aparecieron pelones y me dijeron por mi nombre, me vuelve a llamar el comisario y dice:

–Bueno, y usted por qué, ¿si es mexicano, se llama usted Raoul Fournier? Le dije:

–Pues sí, soy mexicano, mi madre es mexicana, nací en México, mi padre es mexicano, hijo de francés, nacido en México.

–¿Hizo su servicio militar?

Me acordé que mi papá era enemigo de todas esas cosas, era pacifista, y le dije:

–No, no.

–¿Estuvo en la guerra?

–No, tampoco, si era mexicano.

Entonces me dejaron en libertad, pero con la obligación de hacer un mes el servicio militar en Nanterre, el último reducto de las fuerzas francesas que tenía París. Afortunadamente caí con una gente admirable, con Alfred..., creo que era capitán, el caso es que le caí muy bien y me dijo:

–¿Tú estudias medicina?

Le digo:

–No, yo soy médico, estoy haciendo mi especialidad aquí en París.

–Bueno, *tu as le Val de Grâce*,<sup>42</sup> la escuela de medicina de Val de Grâce, te puedes cambiar al Val de Grâce y entonces eso ya te cuenta como servicio militar.

–No –le dije–, tengo mis intereses y mi hospital.

Entonces, como si fuera el servicio militar aquí en México, me obligó a ir cada ocho días, durante seis meses. Después me lo redujeron a dos meses porque el señor tuvo que ir a ver a su mamá que estaba enferma y quien sabe qué cosa, y me dijo:

–No te aparezcas más por aquí ya, voy a dar el visto bueno y a decir que cumpliste con el castigo que se te impuso.

Le dije:

–No, no, eso no fue un castigo, estoy agradecidísimo, pero siento mucho que se vaya y que su mamá esté enferma.

Nos despedirnos muy afectuosamente y regresé a mi medio.

En una ocasión recibí una carta de mi madre diciéndome: “Por fin, he logrado que tu padre te mande algo de dinero, reclámalo en el American City Bank, reclámalo allí”.

Llevé mi pasaporte, mi identificación –ya no me volví a desprender del pasaporte jamás– y entonces le pregunté a un señor:

<sup>42</sup> Tienes el Val de Grâce (nombre de la escuela médico-militar).



–Vengo a buscar un cheque a nombre del señor don Raúl Fournier, que vive en tal lado.

–Vamos a ver... *Pas de Raúl, il a d'autres Fournier, mais pas de Raúl.*<sup>43</sup>

Y pasaban los días y yo ya le había prometido al señor del hotel que no le volvía a quedar a deber ni un centavo, y monsieur Roulin, del restorán, me dijo:

–*Mon vieux, il faut avoir de l'argent pour manger, ¿qu'est-ce que tu veux?*<sup>44</sup>

Así es que contaba con ese dinero que me habían anunciado, ya se me había acabado el dinero que había ganado en mis vacaciones de diciembre. Rosenblueth, que era implacable, no me prestaba ni un centavo para nada, ni se hacía responsable ni representaba. A él sí le mandaba dinero Emilio, su hermano, que tenía un gran puesto en no sé qué cervecería de México. Pero creo que la chica Denise era muy exigente, o él era muy tacaño, el caso es que ni contar con un centavo de él. Ya Louis, el portero, se había hecho disimulado un mes, yo le dije: “El mes entrante recibo”, y se pasaba otro mes, y entraba otro mes, y nada. Bueno, total, esa historia no tiene importancia al lado de la cosa que sí tuvo importancia en mi vida, la cambiada de nombre. Estaba desesperado, hasta que un día encontré a un señor que se me figuró conocido, era Luis Iturbe, que trabajaba en el banco y que me dijo en francés:

–Yo lo conozco a usted.

–Sí, soy Raúl Fournier.

Y nos dimos abrazos muy a la mexicana y le expliqué mi angustia, y entonces habló con el que tenía los cheques y le dijo:

–Vamos a revisar los cheques que llegaron de México, a ver si está el cheque del señor Raúl Fournier.

–¡Sí!, hay un Fournier, pero es Paul Fournier, no es el mismo.

–¡Cómo!

–Pues sí.

–¿Tú como escribes tu nombre? –me dice.

–Pues yo lo escribo así, a la mexicana: “Raúl”.

–Pues ahí está el error, pusieron “Paul”, cambiaron la R, Paul Fournier.

Y no había cheque para Raúl. Entonces me dio una regañada el de los cheques:

<sup>43</sup> No hay Raúl. Hay otros Fournier, pero no Raúl.

<sup>44</sup> Viejo, hay que tener dinero para comer, ¿qué quieres?

–Yo voy a quedar mal aquí, por culpa de usted, no saben ortografía, ¡a quien se le ocurre escribir “Raúl”, así, sin la “o” y usando “P”!

–¡No, lo de la “P” ya es cuestión del banco!

Se corrigió la cosa; él quedó de garante. Nuevo telefonazo al consulado; sí, yo era un señor que venía de México, médico, pues que sí, ya me dieron el cheque. No era gran cosa, pagar lo atrasado. Me mandaba mi padre cien dólares, que en aquella época, como había ido devaluándose la moneda francesa, pues eran como dos mil o tres mil francos, por ahí, sí. Entonces llegué ya muy contento:

–Cualquier cosa que se te ofrezca, Raoul –me dice Luis.

Bueno, me fui muy contento, le pagué a Louis, el portero, dije a mis compañeros que estaban ahí, que ninguno me había auxiliado en nada:

–Pues ahora sí no se escondan de mí, porque ya tengo dinero.

–¿Cuánto?

–No mucho, pero tengo, ya tengo dinero, cuando menos para comer, para comer yo solo.

La cosa estaba arreglada siquiera con los dos meses que habían pasado; pagué todas mis deudas y otro mes y entonces yo pensaba: “Bueno, ¿cómo voy a hacer para seguir?”

### *Y me cayó el general Cedillo*

Un día me mandan llamar del consulado, sería el mes de marzo, había caído la víspera una nevada muy fuerte en París, porque las nevadas ahí caen muy tardíamente y el drama que siempre en marzo es mes que ha nevado, que se ha congelado el agua del Sena. Bueno, me hablan por teléfono, y me dicen que hay un mexicano que quiere que se le guíe en París. Bueno, avisé al hospital que iba a faltar dos o tres días porque me dijeron:

“A lo mejor es cuestión de salir de París”. Pedí un *congé tour cinq jours*,<sup>45</sup> me dijeron:

–Bueno, una semana, *une semaine*.

Pues que me voy encontrando con el general Cedillo, nada menos que con Saturnino Cedillo. Con la rebelión de De la Huerta, le dieron a él no sé qué cosa para que no se sublevara, probablemente el cañonazo de cincuenta

<sup>45</sup> Un permiso de cinco días.

mil pesos que daba el general Obregón, y lo comisionaron a Europa como agregado militar al consulado. Yo conocía a Cedillo de mi vida de Cerrito, San Luis Potosí, él era quien nos pagaba. Cuando fuimos a la campaña, decía: “Estos médicos todo el santo día pica y pica y a la hora de firmar la nómina, todos se “atimultan”, esos hijos de la...”. Él no se acordó de mí, ni yo le mencioné nada, ningún recuerdo, le dije:

–Estoy a sus órdenes.

Y él me miró de arriba para abajo, ¡me vio en unas trazas!, traía un abrigo que había cambiado por otro abrigo de un compañero más flaco y más pequeño que yo, así es que me quedaba corto. Era de color morado, y lo había cambiado por un abrigo y por yo no sé qué, creo que camisas y cosas así; habíamos hecho un cambalache, a él le hacía mucha ilusión el abrigo que yo traía, era de Orizaba, de Riquelme. Le dice el señor Pani:

–Bueno, el doctor Fournier le va a servir de guía, él conoce muy bien y habla bien francés, lo va a llevar a las principales cosas.

–¿Esto? –dijo el general Cedillo señalándome.

Se conformó yo no sé por qué, le caí en gracia o no sé qué. Iba solo, sin ninguna gente que lo acompañara, creo que como de castigo. Lo primero que me dijo fue:

–¿Usted sabe dónde venden esos coches que se llaman Rolls Royce?

–Sí, señor.

–Bueno, pues ¡ándale!, vamos para allá.

–Sí, mi general.

En el coche de la embajada fuimos a la Rolls Royce que estaba en los Champs-Élysées en la esquina de Georges V, me acuerdo perfectamente bien. Estaba en el escaparate un Rolls Royce en gris, con la lámina natural, sin pintar ni nada, a puro martillito, hecha la lámina.

–Aquí es la Rolls Royce.

Y dijo:

–¡Mira nada más lo que tienen! A mí me gusta éste.

–Sí, mi general, pero creo que habrá que pensar.

–No, no, a mí ese colorcito natural me gusta.

–¡Ay, general!

–¡No! A mí éste me gusta.

Bueno, entramos, y me vieron de veras en muy malas fachas, y las de mi general no eran mejores que las mías, con su riguroso abrigo verde que usaban

los generales entonces, con su sombrero texano, vestido de café, como los tamarindos. Por cierto, yo fui el causante de que a los tamarindos se les cambiaran los uniformes tamarindos por el color azul. Cuando entró Echeverría al gobierno, me dijo Muñoz Ledo:

–Oiga usted, doctor, ¿qué haríamos para mejorar esa cosa, esa presencia del mexicano?

–Pues, mire, comiencen con los policías, no los vistan de color tamarindo, de café, si los mexicanos somos de color café y se confunden, es cosa de mimetismo, horrible.

–¿Pues de qué color le parece a usted?

–Pues el azul me parece perfecto, es el color universal.

Así es que así iba vestido mi general, ¡éramos una facha los dos! Un señor muy bien vestido, de *jacket*, naturalmente, como corresponde a la usanza inglesa (en los comercios se usaba, no sé ahora cómo vayan), de *jacket*, pantalón a rayas, cuello de paloma y corbata de etiqueta:

–¿*Qu'est-ce que vous désirez, Monsieur?*<sup>46</sup>

Pues le dije:

–Somos mexicanos –nueva mirada, leí toda su mente, lo que pensaba–, el general es de México.

–*iTiens!*<sup>47</sup>

–Quiere comprar un Rolls Royce.

–¿Y usted sabe los precios de los Rolls Royce?

–Pues ya me los imagino.

–Mire usted, el que está en el escaparate, sin terminar, va a ser para el Príncipe de Gales, así es que lo han mandado a París para exhibición simplemente. Como éstos únicamente se hacen por pedido, tenemos una lista –sacó una lista, llamó a un agente, el otro agente también con *jacket*, y así cuatro agentes, todos con *jacket* y todos los pedidos eran para países subdesarrollados. Si usted quiere, si puede dar *une avance*<sup>48</sup> –de quién sabe qué tantos dólares– pues se pondrá en la lista y queda usted seguro que dentro de tres años tendrá su Rolls Royce.

<sup>46</sup> ¿Qué desea, señor?

<sup>47</sup> ¡Vaya!

<sup>48</sup> Un anticipo.

La lista era de seis personas. De ese modelo que quería mi general lo fabricaban uno al año, creo que con alfileres le van dando los golpecitos. Bueno, pues le pasé la mala noticia y me dijo:

–No, yo quiero uno nuevo, lueguito, para salir de aquí con mi coche.

Lo traduje, el otro estaba muy pendiente:

–Bueno, tenemos, no de este acabado, tenemos otro que vamos a entregar a –no sé a qué lugar, pero del extranjero, uno negro, precioso, que también le gustó mucho al general, afortunadamente–, sí, mire usted, éste estaba catalogado para entregarlo dentro de tres meses, pero se han de haber adelantado y nos lo han entregado ahora, tal vez podamos tener otro para este señor que lo mandó pedir.

–Pues éste está bueno.

Le abrió las portezuelas, todo, costó cinco mil dólares o una cosa así. Sacó el fajo de billetes, los otros se quedaron consternados de ver tantos dólares, todo ese amontonamiento de billetes, y entonces los contó así, revisándolos, viendo si eran falsos, porque se tardaron mucho en hacer la factura y en todas esas cosas. Esa cosa se inició a las nueve de la mañana y salíamos de ahí a las once de la mañana, así es que dos horas había durado la adquisición. Me dice:

–Pero usted, ¿qué va a saber manejar?, usted, ¡ni patines!

Le dije:

–No, pues mi general, efectivamente, no sé manejar.

–Pues yo estas cosas tampoco las sé manejar.

Entonces le pregunté al vendedor:

–¿Tiene un chofer?

–Sí.

Pero esos coches, cuando va el chofer, siempre va un ayudante. Le traducía todo a mi general Cedillo:

–Bueno, pues que vengan.

Y se van presentando elegantísimos, con su gorra, con su quepi azul, y unos impermeables que me dieron envidia, casi blancos, y me consterné. Me dijo:

–Bueno, mi amigo, súbase. –Y me subí del lado izquierdo.

–No, no, aquí, del lado derecho, porque a mí me gusta más esta calle, ya me fijé en esta calle.

Entramos al Boulevard de los Capuchinos... Yo no sé, muchas veces he querido hacer el recorrido que hicimos en el Rolls Royce por todos los Campos Elíseos, bueno, hasta la Concorde, y de la Concorde, la Rue Royale, y después

ya están ahí los Capuchinos. Y entonces quedé de llevarlo a una sastrería. Dije: “Aquí me armo”. Y me habían llamado siempre la atención los trajes y los abrigos del New England, que está en la esquina de la Rue Aubert, me parece, y Capuchinos. Era la tienda más cara de París, de artículos ingleses y todo eso, y él pidió un abrigo, le enseñaron un abrigo, al ver el Rolls Royce aquellos señores nos comenzaron a enseñar un surtido que correspondía no a nuestra apariencia, sino al lujo del coche. Entonces le enseñaron un abrigo de astracán, del que se enamoró mi general. Así es que estaba de abrigo de astracán, forrado de un paño muy fino, a cuadros, muy inglés. Se vio en el espejo y comprendió que no podía haber oído igual que le pudiera ganar, así es que se encantó, le entró todo su narcismo físico y por poco se desmaya. Total, le hicieron ahí todo, se compró dos, tres trajes, y ya que se acabó lo de él se voltea y dice:

—¿Y usted?

—Pues, señor, yo no tengo para comprar estas cosas.

—No, no, que le saquen un abrigo, no como éste, pero que le saquen un abrigo. Y entonces me sacaron un abrigo, muy bonito, muy decente, que me gustaba muy bien, muy adecuado:

—¡No, no, que tenga aunque sea el cuellito de piel!

Bueno, luego le pareció muy caro el abrigo para mí, y dijo:

—No de esa piel, de otra.

Entonces me sacaron uno que tenía el cuello de piel de conejo, a las claras le vi que era de conejo el cuello y, bueno, el abrigo era color negro oxford, muy grueso, se usaba mucho la martingala. Y me revisó todavía hasta los pies. Total, que me compró un traje, todo el equipo. Salimos de ahí, comenzaba a chispear, pero nosotros estábamos con la capucha del Rolls Royce destapada. Y le dije:

—Si quiere, creo que podemos levantar el capote.

—No, no, así nos vamos. ¿Dónde nos vamos a comer?

Me acordaba del Prunier, y le tenía muchas ganas a un restorán italiano que había también en el Boulevard Richelieu, el Pocardí, y ya lo subí por ahí, y me dijo:

—A mí me gusta la comida mexicana.

—Sí, pero aquí no hay comida mexicana.

—Pues que sea como mexicana.

Entonces le pedí canelones, que son como tacos, con mucha salsa, y conseguí un poco de vino, *deux pichets*,<sup>49</sup> y me dijo:

–Oiga, están muy buenos los taquitos éstos.

–Pues sí, mi general, están muy buenos, aquí se come muy bien.

Y yo pedí mis espaguetis, en fin, una comida italiana común y corriente. Él se comió, naturalmente, dos órdenes de canelones, y después osobuco y un postre que hacen en Italia, más o menos como el *spumoni*, que hacen con vino *sabaglioni*, que estaba muy fuerte. Después dijo que ya que estábamos ahí iba a tomar licores italianos y le platiqué la historia del Strega, que estaba hecho con plantas mexicanas de San Luis Potosí y se quedó conmocionado. Se tomó Strega, así, por medios vasos. Bueno, naturalmente que a todo esto me aseguraba una cosa muy curiosa:

–No bebo, tengo la cualidad de no beber, por eso siempre me encuentro ecuánime.

Y yo lo veía beber y, no bebería colonche en San Luis, pero ahí en Pocardí le dio duro a la bebida. Después me dice:

–¿Qué tal si paseamos un poco? –claro, por el Boulevard de los Italianos, donde estaba el Pocardí, no sé si el Boulevard de los Italianos o Montmartre.

Comenzamos a caminar en el boulevard y, creo que en todas las épocas, pero en aquella época estaba muy cargado de señoras suntuosas, sombreros estrafalarios, con muchos abrigos, pues comenzaba el invierno. A él se le iba la cabeza por ver a las señoritas y me dijo:

–Creo que vamos a invitar a unas muchachas de ésas que están paseando por aquí.

Y le dije:

–¡Ay!, general, pero esas muchachas que están paseando lo estafan a usted, lo roban.

–Bueno, pues vamos a una casa seria.

–Bueno –le dije–, yo sé de una –porque me lo habían dicho mis amigos, efectivamente, no entraba a esos lugares tan costosos y tan molestos–, lo voy a llevar a usted a la Apoline.

–¿Qué es eso?

–Es una calle que desemboca al Boulevard Bonne-Nouvelle, donde hay unas casas con unas señoritas muy bonitas que están completamente desnudas.

<sup>49</sup> Dos jarras.

—¡Bueno!

Se le encendió toda la libido al señor; se puso negro y se conoce que los canelones y el osobuco le hicieron maromas.

—Pero ¿hay esas cosas? A mí me habían platicado, pero ¿qué? ¿hay?

—Pues sí, sí hay.

Se le avivó el paso y comenzamos a caminar hacia la Plaza de la República; el coche ya estaba estacionado. Caminamos por el Boulevard de los Italianos y el Boulevard Montmartre, que lo paseaban gente de todos puntos y de todas indumentarias y todo. Allí ya principiaba el barrio comunista, ahí en el Bonne-Nouvelle. En la esquina de la Rue Saint-Apoline y el inicio del Boulevard Bonne-Nouvelle, había dos casas que hacían *brioche*s.<sup>50</sup> Los propietarios eran enemigos, uno hacía *brioche*s de la luna<sup>51</sup> y el otro hacía *brioche*s du soleil.<sup>52</sup> Todavía existen las casas, todavía existen los nombres, pero ya los bizcochos no sirven de nada. La segunda cosa notable de esa esquina era una chocolatería famosa, donde se tomaba chocolate, donde la bohemia de la preguerra, de fin de siglo, tomaba su chocolate, que era el chocolate Prévot. Realmente era magnífico. Ya los *brioche*s no valían la pena, pero el chocolate seguía siendo famoso. Así es que conocía ese rumbo suficientemente bien y hasta frecuentaba un restorán, un café que se llamaba Tout Va Bien, en la esquina del Boulevard Montmartre y la Rue Saint-Apoline, y después seguía el Boulevard Bonne-Nouvelle. Otra fama de la Rue Saint-Apoline era que ahí se hacían las fiestas de las *catherinnettes*. Cada mes de noviembre, de ahí salían las muchachas no casadas, les echaban su bendición y salían en bola a los boulevares. A mí todavía me tocaron las bendiciones de las *catherinnettes* que se hacían ahí.

Bueno, entramos a una casa que parecía un hotel común y corriente de París, claro que con unas cortinas espesas y con los vidrios pintados de rojo, que había sido una orden de uno de los munícipes de París de aquella época, para que los vidrios se pintaran de rojo y no se confundieran las casas, que eran todas iguales. Yo no sé si de ahí nació la zona roja o qué, pero pintaron de rojo las casas que se refieren a esos asuntos. Entramos a la casa, la alfombra roja estaba desde cuando uno entraba al salón, entrábamos por lo que aquí llamamos el cubo del zaguán y un corredorcillo y después había un salón,

<sup>50</sup> Bollos.

<sup>51</sup> Bollos de la luna.

<sup>52</sup> Bollos del sol.



también alfombrado en rojo, con un mostrador en el fondo que tenía las bebidas y una señora que paseaba por en medio de unas mesas redondas con cubierta de mármol, y unas sillas muy de la época, creo que se llaman austriacas, de mimbre. Y entonces se acercó la señora. Naturalmente estaba con un traje de lentejuelas; parece que la veo ahora: un traje de lentejuelas azules, azul vivo, y negro, así que se veía muy elegante. Una pechuga muy desarrollada, una *sigrette*,<sup>53</sup> unos zapatos de raso, parecía que iba a ir a un baile, y hasta le pregunté a Cedillo:

–Usted que tiene reloj, ¿qué horas son?

–Pues son las cuatro de la tarde –así es que a las cuatro de la tarde ya estaba funcionando la casa.

Era la *mattresse*.<sup>54</sup> Nos dijo:

–*Qu'est-ce que vous désirez?* –¿qué desean los señores?

–Pues nada, aquí éste... –dice Cedillo, porque no se le quitaba la idea de que yo era cosa, que no era persona –éste me trajo acá.

–¿Qué dice el señor? Entonces le dije: –Lo traigo acá porque su casa es muy importante en la Rue Saint-Apoline. Entonces ella me dice:

–¡Ah!, ¿importante?, ¡es la primera!, y le digo a usted que es la primera de París –y echó un grito–, ¡*Mesdames!*, ¡*Mesdames!*!<sup>55</sup>

Nos sentamos en una de las mesitas redondas. Ayudadas por los mozos que había ahí entraron por los pasillos de una casa que tenía todo el aspecto de hotel, las *mesdames* de todas las razas y nacionalidades. Serían unas veinte en total, más o menos. Pero había una mexicana, dos cubanas, tres negras, dos asiáticas, francesas, españolas, italianas, alemanas, había de todos los países, se hablaban todas las lenguas, era la Liga de las Naciones..., pero completamente desnudas. Una observación muy curiosa que hice ahí fue que las mujeres de ese tipo de exhibiciones nunca dejan de taparse alguna cosa, aunque sea un milímetro de su cuerpo: una tenía una lentejuela pegada en la rodilla, otra usaba un listoncito amarrado en el muslo, todas tenían alguna cosa tapada. La más decente, la más púdica, se conoce que ocultaba una pequeña cicatriz arriba del pubis con un ramo de uvas, con sus hojas de parra, arriba del pubis

<sup>53</sup> Penacho.

<sup>54</sup> Matrona.

<sup>55</sup> Señoras, señoras.

pero enseñando todo el centro. Y, bueno, mi general se quedó bizco al ver aquel espectáculo. La pregunta clásica:

—¿*Qu'est-ce que vous désirez, messieurs?*—¿qué desean los señores?

Entonces yo hacía la conversación porque, en primer lugar, no se daba a entender mi general y, en segundo, estaba tan emocionado que realmente no ataba ni desataba.

Yo dije:

—Pues una magnum para los dos y para alguna señorita que venga.

Entonces las señoritas comenzaron a hacer una bola de cosas (que no son del caso referirse porque podrían parecer demasiado obscenas) ante los ojos del general, que estaba encantado con todas esas maromas que hacían las señoritas. Cuando alguna se pasaba un poco de la postura o se ponía con las piernas abiertas o alguna cosa así, la señora de la casa, muy seria, con un abanico de lentejuelas (naturalmente no había ventilación artificial) les echaba un grito:

—*De la tenue, mesdames!*—¡comportándose!

Así se las traía a todas, las dominaba con la vista o con un grito a tiempo. Se hizo el reparto. Yo le recomendé a la señora que a mi general le buscara una que hablara castellano o algo parecido al castellano, una italiana o una...

—¡No!—dice—, si tengo una española, una muchacha española muy bonita, una dama—claro, todas eran damas—, una dama española que es preciosa, una belleza del sur, *vous verrez, Monsieur, vous verrez, elle n'est pas là.*<sup>56</sup>

Y la madame pegó un grito:

—¡Domitila!, ¡Domitila!

Entonces se presentó una señora muy ancha de caderas, muy bonitos ojos, muy desarrollada de las glándulas mamarias y le encantó a mi general. Y entró diciendo muy salerosa:

—¿Quién habla castellano aquí?

—Pues el señor—le dijo la señora, y pidiendo ahí el uso de la palabra—, ¡ándele, general!

Y ya lo subieron a uno de los cuartos del hotel, de la Rue Saint-Apoline que eran habitaciones común y corrientes, con la alfombra roja habitual, decorados a la mil novecientos, muy bien puestos. Pues mi general, cuando bajó de hacer lo que tenía que hacer, la otra creo que no había aguantado el peso del general porque salió muy mareada. Y me dijo:

<sup>56</sup> Ya verá usted señor, ya verá, ella no está aquí.

–Oiga usted, ¿qué tal si cerramos la casa y nos quedamos aquí?

Era una cosa muy mexicana de aquellos tiempos, se iban tres o cuatro amigos y les gustaba cerrar la casa, el negocio por su cuenta. Temía mucho que mi general comenzara a sacar billetes. Todavía recuerdo bien, poniéndose los pantalones mi general, había dado voz porque quería hacer una necesidad y no encontraba dónde, y la otra se empeñaba en que no lo hiciera, en fin, así es que se armó un pequeño escándalo. Subimos a ver qué le pasaba y le vi que se le estaban saliendo los rollos de los dólares de la bolsa y le dije:

–Mi general, ese dinero se lo voy a guardar.

–¿Cómo? –Que le voy a guardar el dinero, porque ahorita se le están cayendo los pantalones y va usted a regar todo esto aquí.

–Bueno, lo tengo contado, ¿eh?

Y se lo sacó un poco disimuladamente de las damas que estaban discutiendo (la española discutía en un francés muy especial con la señora). Me metí el dinero en la bolsa y le dejé nada más un billete de cien dólares, ¡cien dólares! El estaba empeñado en que lo llevaran al baño y en ver si era posible que yo gestionara la cerrada del establecimiento, porque después del baño y de una siesta iba a estar muy bien. La propietaria, que estaba muy asustada, me preguntaba:

–¿Qué le pasa al señor?

–Pues el señor quiere cerrar el negocio y que nosotros nos quedemos.

–¡Ah!, *mais ce n'est pas possibles*<sup>57</sup> –ya sacó su voz de marsellesa, ronca, ronca

–¿Cómo quiere usted, son las cuatro de la tarde, aquí el negocio comienza después del *dîner*, después de las siete y media de la noche, ¿cómo quiere usted cerrar la casa?, ¿usted sabe lo que pierde? Este negocio no es mío, es de una sociedad muy importante, que tiene varios establecimientos, yo necesitaría pedirle permiso al dueño y eso tardaría en resolverse unos ocho días, no, mi general, no.

Le traduje al general, le echó unas cuantas palabras a la casa aquella y me dijo:

–Bueno, pues pague de ahí y ¡vámonos!

–No –le dije–, yo no desenvuelvo el dinero este delante de las damas, mejor que le pasen la cuenta con ese billete. Y entonces me dijo una palabra muy graciosa:

<sup>57</sup> ¡Ah!, pero eso no es posible.

–Encajosito, ¿no?

Entonces pasó la cuenta, que la reviso y pues comprendí que estaba más o menos en el precio, elevadísimo para aquella época, eran como dos mil francos o una cosa así.

Ya se vistió, se puso su abrigo de astracán y su gorro, y se le quedaba una melena salida del gorro, porque estaba entre contento, asombrado y enojado, porque no le habían permitido quedarse más tiempo en ese paraíso, y la señora decía:

–Si quiere otra dama, se la puedo dar inmediatamente.

–No, vamos a otro lado.

Bueno, pues entonces la señora me dijo:

–¡Ah!, en cuanto a usted, ¿cuánto cobra?

–¿Por qué, por qué voy a cobrar? –creía que yo era guía de turistas–. Yo nada, señora, nada, vine aquí porque conocía la casa y la reputación.

–¡Ah!, bueno, le voy a dar a usted una tarjeta, cuando quiera usted venir, no pagará ni un solo centavo –y me dio su tarjeta, que creo que guardo por ahí.

Otra vez llevé a otros mexicanos allí, ¡que me armaron una camorra!, porque éstos eran pobres, y la señorita no quería. Eran otros mexicanos, pero pobres, que también andaban de parranda y los llevé ahí, yo con mi tarjeta, y este doctor, porque era un grupo de médicos el que me había ido a buscar a París, sabían que yo estaba ahí, para que les sirviera de guía espiritual, y gratis. Así es que los llevé, porque ellos ya iban muy enterados de esas cosas que había en París en aquella época, y entonces uno de ellos, que se llamaba Alfonso, para qué doy el apellido, no sé si era un Alfonso completamente cerrero, pachuqueño, por cierto, chaparrito y bizco, y estaba empeñado en desnudarse para el acto, cosa que tenía mucha razón, y la señorita, la dama, no quería que se desnudara. Ya no eran las cuatro de la tarde de mi general, sino eran ya las ocho y media o las nueve de la noche, así es que ya no le permitieron fantasías. Y él comenzó a gritar en castellano:

–¡Salazar Viniegra, Fournier, vengan, vengan!

Nada, que tenía un pleito con la dama por eso de la ropa. Le dio tanto horror a la dama ver a ese señor, que no quería nada con él.

Bueno, pues mi general Cedillo se fue de París, lo acompañé todavía dos días. Yo quedé hastiado, dije: “Aunque me muera de hambre, pero yo ya no”. El general Cedillo decía:

–Yo no soy amigo de ninguno de éstos –se refería a Obregón y Calles y todos los del norte–, todos estos sonorenses se nos han echado encima y ahora lo quieren mandar a uno, ¡pero con una...! –soltaba la palabra–, sé cómo tratarlos a ellos, y yo me sublevé y me sometí, es cierto, y me dieron lo que yo quise.

–Sí, ya lo veo, mi general.

–Y me dieron mi hacienda, y me dieron –en fin, me enumeraba todas las cosas–, ¿no le parece a usted que pues ése fue un buen negocio?

–Sí, mi general, muy buen negocio.

–Y yo les podía haber dado mucha guerra.

–Pues sí, mi general, ya me imagino, ya lo vi a usted, la guerra que puede dar –yo me refería a la Rue Saint-Apoline.

–¡No!, esto no es nada –me dice–, no es nada. ¡Guerra! A caballo y con mis hombres y con mi gente, y con mis gobernadores –porque efectivamente, me parece que había puesto al gobernador Turrubiates, creo que así se apellidaba–, ahí tengo mi gobernador y tengo todo, me están cuidando las espaldas. ¿Pero qué se creen éstos, que estoy paseando aquí para que me hagan guaje? Yo vine a pasearme y a conocer el país y voy a llevarme este automóvil que ve usted, me lo voy a llevar para la entidad y vamos a comprar otras cosas para la entidad, porque la entidad necesita muchas cosas, es una entidad pobre.

Me hablaba de que él había trabajado en el Mineral de Catorce, ya en las últimas épocas, en las últimas bonanzas del Mineral de Catorce, y que después se había dedicado a la agricultura, y que en la agricultura abarcaba todos los campos; que lo mismo cuidaba los nopales para tener buenas tunas, que los mezquites, que, ¡bueno!, de la sierra pobre de San Luis me hablaba. Luego luego se me venía el retrato de mi pobre país, y yo, que había estado algún tiempo en San Luis Potosí en un servicio médico, en la campaña contra la peste bubónica, pues nada más me pintaba mi tierra y con esos gobernantes y con esa gente. De París se iba a Italia, y, para dejar terminado el capítulo de Cedillo, hizo su viaje a Italia y por ahí conoció Yugoslavia y conoció otros países, otras cosas. Cuando lo encontré de regreso de su viaje, serían unos dos meses, estaba muy trabajador en el hospital, y ya no quería más turismo. Pero un día me mandó llamar Pani en la embajada:

–Ya volvió el general Cedillo y preguntó por usted.

–¡Ay!, señor Pani, mire, ya no quiero estar más en estas cosas, tengo un sueldito, que me permite vivir, ya no quiero más...

–Bueno, pero qué tiene con que cene usted una noche, van mañana o pasado.

–Bueno, pues lo veré una noche.

Entonces, esa noche que lo vi, me dijo:

–Quiero ir al mejor restorán de París.

Yo no conocía restoranes buenos, más que uno que otro que ya había turisteado, pero se me ocurrió, y siempre se me había antojado ir al Café de París, y le dije:

–Pues vamos para allá.

Ya no venía con su astracán, porque le pesaba mucho. Iba con impermeable, también fantasioso, porque estaba lloviendo bastante en esa época. Y fuimos al Café de París, donde nos vieron también así, asombrados, porque el general no sé, no perdía la facha, no la perdió el pobrecito ni cuando murió. Nos atendieron muy bien, pues yo estaba mejor trajeado que cuando lo conocí, y entonces se me quedaba viendo y decía:

–¡Vaya!, pues sí se va uno civilizando aquí.

–Pues sí –le dije.

El tomaba la civilización por la apariencia física. Entonces ya unas veces me trataba como persona, pero tenía la tendencia de seguirme considerando cosa. Me contó todas sus aventuras, que había ido aquí y allá y había llegado a Viena, pero, su obsesión eran siempre las mujeres, así que me decía:

–Pues figúrese usted que me encontré una italiana, una muchacha, ¡ah!, que muchacha tan linda, tan bonita; la invité a tomar un café, aceptó; estuvimos platicando.

Bueno, después en Viena, también le pasó lo mismo; en la estación se encontró una muchacha muy bonita, muy inocente, pero que él la invitó a cenar y aceptó y allá la llevó a un lugar muy bonito y, bueno, así en cada ciudad que recorría encontraba una muchacha. Y porque siempre decía “y estuve platicando con ella”, le pregunté:

–Bueno, general, ¿en qué idioma les habla usted?, ¿entendían el español?

–¡Cómo que el español!, ¡mire!, ¡en esto! –y hacía la señal de pesos–, con pesos nos entendíamos.

Esa era la forma de platicar. Bueno, pasó la noche del Café de París y ya no lo volví a ver, ya lo dejé ahí.

Nunca le cobré nada a Cedillo, me dio pena cobrarle. Me sentía completamente degradado con el obsequio de dos trajes que me regaló y el abrigo

con el cuello de conejo. Después, una mañana oí por mi ventana, en la primavera de 1926, un hombre que pasaba con su carrito todas las mañanas por la Rue de la Sorbonne y gritaba:

—¡*Marchand d'habits!*<sup>58</sup>

Y siempre veía yo en mi casa, en mi cuarto del hotel, qué podría vender. Pues nada, no podía vender nada, pero ese día sí me acordé del abrigo, ya le había mandado poner un cuello de paño, pero ese día dije:

—Este abrigo no lo voy a usar, así es que lo vendo.

Pero el *marchand d'habits* me lo quería cambiar por platos o por cosas así. Le dije:

—¡No, no, *argent!*, *vous savez, l'argent.*<sup>59</sup>

Por fin nos arreglamos en un precio verdaderamente irrisorio, pero pues para mí eran unos franquitos más.

Bueno, el París de 1925 y principios de 1926 era un París muy esplendoroso. Pero el de 1925 era muy interesante porque la rebelión de De la Huerta había desplazado a muchos mexicanos. Mi general Cedillo no había sido la única persona pintoresca, conocí otros, no tan pintorescos, no tan cerriles como mi general Cedillo. Conocí a Francisco de P. Mariel, que también había estado en la sublevación, en una forma dudosa, pero a ése lo corrieron de plano, no le dieron ningún dinero; él se fue con sus propios recursos y cayó en París. Buscó al grupo de mexicanos y le dijeron que por el Barrio Latino, en los hoteles del Barrio Latino vivían algunos mexicanos.

Un día se presentó ante nosotros, éramos Rosenblueth, Fernando Velázquez Subikusky, que tenía allá a su mamá (él había sido de los “fifís” que se habían adherido al movimiento de De la Huerta y se había ido camino a Veracruz y su mamá, una señora protectora, muy guapa y muy hermosa, y con una hermana, Carolina, muy desarrollada, muy gruesa). Los tres vivíamos en un hotel elegante y él nos iba a ver todos los días, no daba un paso sin nosotros, sin la “chorcha” de amigos: Salazar Viniegra, que fue uno de nuestros principales y más queridos amigos; Antonio Riquelme; Manuel Cárdenas de la Vega, papá de un cardiólogo muy importante ahora en México.

Pues nos cayó don Francisco de P. Mariel un día y le dio mucho gusto oír hablar español y soltó de su ronco pecho, pero él no hablaba mal de las

<sup>58</sup> ¡Ropavejero!

<sup>59</sup> Dinero, usted sabe, dinero.

personas, sino hablaba mal del país. El quería a la fuerza comparar Francia con México. Era muy tacaño, allí no había forma que nos obsequiara absolutamente ni una copa, ni una sopa de cebolla, ni nada absolutamente, sino que era un hombre muy especial. Se despedía siempre con una frase:

—¡No!, eso de pensar que tengo que regresar al viborero aquel —refiriéndose a México—, ¡No!, me da escalofrío, y creo que voy a hacer todo lo posible por irme, ya que se aclare un poco la situación y que no sospechen de mí y que no me persigan. Voy a regresar, pero a ese viborero no voy. Eso de que está uno en México y todas las noches al acostarse tenga uno que decir: “a ver si de chingadera amanezco”. ¡No!, ¡qué país!

Discutíamos mucho, porque éramos de ideas muy encontradas. Empleando el genérico, se puede decir que éramos de tipo liberal, todos. Ni Velázquez Subikusky, que era de la gente acomodada de México en aquella época, era católico y un poco con sus toques de reaccionario, pero en general era un hombre liberal. Cuando juzgábamos a México yo lo juzgaba con pesimismo, decía:

—Bueno, mi país nunca se va a componer, siempre va a ser una cosa...

Lo habíamos dejado después de la rebelión de De la Huerta, luego habíamos vivido un poco el despilfarro de los primeros meses del gobierno de Obregón; del despilfarro que había en ese momento, en que la gente no tenía noción de la vivencia, ni una noción ciudadana, no la tenían verdaderamente los mexicanos, así es que yo estaba muy pesimista con México. Creía que la única gente que hubiera podido salvar a México había sido Madero, y casi todos me abucheaban cuando decía esas cosas. Decían que había sido un iluso, que no supo hacer las cosas bien, que hubiera hecho... Todavía con esa idea que tienen muchos jóvenes de que hay que suprimir matando y que Madero hubiera mandado matar a todo el ejército federal. Decían:

—No, Obregón, ése sí la va a hacer.

Y efectivamente, veíamos que por el país corría mucho dinero. En México era el auge de las compañías petroleras, entraba mucho dinero ahí en esa primera época que estuve en París.

Sobre la posibilidad de quedarme en Francia tuve varias proposiciones. Desde luego, ahí en el Hospital Saint-Antoine, el profesor Binzot, que era el que me había acogido a su servicio y gracias al que había hecho mis primeros pasos en mi especialidad, me decía:

—Vente, te puedes quedar aquí, yo te arreglo.



El me confesó, cosa que a nadie le confesaba, que era brasileño, Binzot, que su familia se nacionalizó francesa. Le dije:

–Pues mis padres son mexicanos y todas mis cosas, lo que tengo planeado en mi vida, está en México, no en otro lado. ¿Qué quiere usted que haga yo aquí? ¿Que me esté mucho tiempo y que un día me lleven al África o cualquier día...? ¡No!, yo regreso a México.

Rosenblueth se quedó en París todavía, acabó la carrera allá. Rosenblueth, además de su chica, de la chica Denise que ya he mencionado, tenía pasión por el piano, que nunca llegó a dominar, pero que le gustaba muchísimo. Una vez que llegaba yo de mi viaje, toqué la puerta de su cuarto, ahí en el Hotel Montesquieu y dijo:

–¡Entre!

Pasé a su pieza y me lo encontré muy apurado en un pianito de media cola, de Caveau, que eran unos pianos franceses que se usaban mucho en aquella época, todavía se siguen usando, queriendo dominar *La Pasionata* de Beethoven. Y no le salía y nada más se volteó y me dijo:

–Espérate, chico, a que me salga.

Y no le salía, y por fin en una de éstas pudo pasar del pasaje “tara-rara-rarán”, ya pasó a lo siguiente y fuimos a comer muy tranquilos.

Rosenblueth se quedó ahí. Primero hizo obstetricia; él se entusiasmaba con todos los temas del estudio y estaba muy contento, pero decía: “Yo nunca sería partero, ni de chiste”. En cambio Salazar Viniegra le decía:

–Pues, a mí no me importan los partos, pero yo lo que quiero estudiar, y bien, es neurología.

Entonces, Rosenblueth, que discutía todo, nos dijo:

–Bueno, pues es un disparate estudiar aquí. Te habías de ir a Alemania, aquí no se estudia.

Sin embargo, Salazar Viniegra se inscribió con Babinski, ruso él, que daba la cátedra de neurología, y después nos dijo que fuéramos, que eran unas clases maravillosas. Efectivamente, Babinski, un ruso educado en París, no sé si nacionalizado francés, probablemente sí, porque había llegado a ser un gran jefe de servicio y gran personalidad en el hospital, creo que era en el Salpêtrilre. Y nos convidó a que fuéramos. Arturo se interesó muchísimo por la neurología. A mí no me llamó mucho la atención, estuve algunas semanas con Babinski, pero después regresé a hacer mi recorrido, a buscar mi gastroenterología.

Las clases de terapia con el doctor Richet tenían los nuevos conceptos de la fisiología, los nuevos avances sobre la inmunología, en fin, la medicina actual, la apertura de la medicina actual. Nosotros estábamos muy contentos, eran conferencias teóricas; la práctica la teníamos en los hospitales. Y además de ese curso brindaron el laboratorio que tenían en la Facultad de Medicina; para que viéramos algunas cosas especiales. Una vez que nos acercamos a hablar con él después de la cátedra, nos dijo:

–Es necesario que ustedes estén con Widal, con el profesor Widal, que está en el Cochin.

Tenía yo un curso de medicina general, firmado por Roger; había seguido los cursos de fisiología, y además diplomas que me acreditaban todas esas cosas, varios certificados. Era una cosa de posgrado, pero mi intención era hacer una revalidación, por eso hacía yo la fisiología, repetía esas cosas. Quería tener una revalidación, pero en el fondo, me fui por donde me daba la gana irme y únicamente logré esos certificados, con su diploma, naturalmente.

### *“Vente lo más pronto posible”*

En 1926 recibí un cable de casa diciendo que mi papá estaba enfermo y regresé a México. Encontré a mi padre, efectivamente, enfermo y con una manía que han tenido los Fournier, puede ser que yo también un poco, pero muy marcadamente mi padre, de cambiar de casa con frecuencia. Como las casas que él tuvo eran casas de vecindad, casas de gente pobre, casas que eran muy difíciles de manejar, las iba vendiendo siempre a la mitad del precio de lo que le costaban. Poco le faltó para acabar en la más completa miseria.

Comenzamos a trabajar. Mi hermana, yo no supe si trabajaba, porque yo estaba necesitando dinero y no podía mandar ni un solo centavo. Mi madre hizo la venta de una casita que le dejó su padre en la Villa de Guadalupe, en la avenida Del Bosque y ese dinero me lo mandó completo a París. Entonces mis amigos se pusieron muy contentos porque iba a haber dinero en el grupo. Mi madre me había escrito diciéndome:

Hijo,

Has pasado muchas miserias, toma tu boleto de primera clase en cualquiera de los barcos y vente lo más pronto posible.

Obedeciendo a mi madre, fui corriendo a la Trasatlántica Francesa y escogí mi camarote. Naturalmente, me sobraba dinero y le dije a Salazar Viniegra y a Rosenblueth que íbamos a cenar esa noche:

—¡Como que “esta noche”!, varias noches.

Bueno, nos pegamos la gran vida durante una semana. Al cabo de ella, de nuevo ya no tenía dinero, estaba en la inopia. Entonces, el muy vivo de Salazar Viniegra me dijo:

—Bueno, chico, ¿por qué no cambias tu boleto de primera por uno de segunda?, así te reembolsan algo de dinero, al fin que tú te vas a ir en mayo, que es la época en que la gente no viaja, es decir, la gente de aquí de Europa se va para América y los de América vienen también en junio, julio, y así es que puede ser que haya posibilidades de hacer el cambio.

Efectivamente lo hubo, me devolvieron dinero, yo lo guardaba celosamente. Desde luego pagué mis deudas en el siempre acogedor Hotel Montesquieu y pasamos otros días de pachanga hasta que se me volvió a acabar el dinero. Total, ya no quiero seguir contando más este tipo de aventuras, pero cambié el boleto no precisamente por uno de tercera, sino de emigrante, que era abajo de tercera.

En ese barco, en ese departamento, íbamos cuatro procedentes de Francia, un señor y una señora, madame Génin, y, bueno, ellos eran amigos de familiares míos de México. Él era un obrero especializado en trabajar cristal, magnífico hombre, muy bueno, de un carácter imposible, que se pasaba la vida teniendo diarrea, así es que eran unos viajes continuos del camarote al retrete. Venían a México, a un país desconocido y naturalmente tenían mucho miedo de todo. Cuando yo les decía:

“Pues ya cambié por tercera”, ahí iban ellos a cambiar también por tercera. Y el último golpe que recibieron los pobres fue cuando les dije:

—Miren, todavía hay un grado menos que el de tercera, que es el de emigrantes.

En aquella época venían muchos emigrantes de España a La Habana, que iban a la zafra. Y pues iba lleno. A nosotros, como procedíamos de París, nos dieron un camarote de cuatro camas. Bueno, se me ocurre comer unos melocotones de Cádiz; entonces ya habían subido todos los emigrantes y yo creo que fueron los melocotones o quién sabe qué, el caso es que a los dos días de salir de España, ya tenía una amigdalitis terrible, que fue en aumento.

Naturalmente no llegaba la ventilación, el aire, como no sea abrir la ventanilla del camarote, pues era el único aire fresco que podía entrar. La señora Génin comía mucho, era muy buena cocinera, pero comía mucho, y el señor también comía mucho. La comida que nos proporcionaban era mejor que la de los emigrantes, de los muchachos que venían de España a la zafra, a Cuba. Les decía:

–Los dos comen mucho.

–Sí, sí, nos gusta comer bien.

–Pero tiene usted diarrea, y usted está estreñida.

–¡Ah! –decía *monsieur* Génin– yo como para tapar.

Y entonces salió de la señora Génin:

–Pues yo, sabe usted, como soy estreñida, como mucho para destapar.

Así es que hice la reflexión:

–¿Cómo que un mismo remedio para dos enfermedades completamente opuestas? –ese principio de medicina tan precioso.

Pues como digo, comencé con mi amigdalitis, se me hizo un absceso retro-amigdaliano tremendo, que no podía hablar. En el barco también venía, en primera clase naturalmente, el profesor Gley, que era el profesor de fisiología en la Escuela de Medicina en París. Era un hombre muy brillante, muy inteligente; viajaba con su hijo, un muchacho de nuestra edad, muy pretencioso, muy tonto. Sin tenerle confianza al médico de tercera que iba con los emigrantes le aconsejé a Salazar Viniestra, que se regresó conmigo, que le hablara al profesor Gley, que le preguntara qué podía yo hacer. Entonces él bajó hasta la clase migratoria, me preguntó qué era eso, que cómo dos médicos que habían sido discípulos suyos viajaban en esa forma. Salazar, echándome a mí la culpa, le dijo que Raoul se gastó todo el dinero que le mandaron y quién sabe cuánto. Entonces el profesor Gley me dio un remedio –no había sulfas en el año de 1927, ni nada que se le pareciera como desinfectante.

–Mire usted, en el frente de guerra curábamos estos abscesos de amigdalitis y esos padecimientos en una forma muy sencilla: cogíamos un irrigador, lo llenábamos de agua hervida, y con una cánula bien limpia o nueva lo metía uno a la boca y dejaba uno que el chorrillo caliente cayera en el mero absceso, y con tres o cuatro curaciones ya.

Efectivamente, su boca fue de profeta: se me abrió el absceso al tercer lavado y ya me sentí perfectamente bien, con un hambre espantosa. Entonces el profesor Gley le habló al capitán del barco y le dijo que, por circunstancias

especiales de la vida, unos discípulos suyos estaban viajando de emigrantes y que yo acababa de estar enfermo, que si me podían dar siquiera alimentación más adecuada para que me repusiera. El comisario dijo que sí, pero no tenía naturalmente ropa porque la vendí y quedé... Bueno, el capitán dijo:

–Faltan jóvenes aquí, si quiere usted, este día, dígame al enfermo, al joven Fournier que venga a bailar en las noches.

Había una pequeña fiestecita juvenil antes de la comida, así es que subí y era la cosa de quedarme a cenar; a ver el baile, y quedarme a cenar. Pero yo ya no tenía costumbre de usar saco y casi ni pantalones, porque me había quedado en un camisón que me habían metido en la enfermería. Pues me puse mi saco, pero encima del saco me puse los pantalones, así es que me acuerdo que quedaba un faldón fuera. Con prisas y todo vi que un faldón estaba así, me lo acomodé, me vi en el espejo, todo perfecto, pero este faldón quedaba fuera. Yo notaba que la gente me veía, pero después se reían un poco, y yo pensaba que de lo flaco que estaba y que me veían muy mal dentro del traje, en fin, yo tomaba por el lado bueno todas las cosas, todas las risas y sonrisas. A la primera pieza que le pido a una señorita que iba a México, a una mexicana más bien dicho, que se regresaba a México, me dice la mamá:

–Oiga usted, doctor, ¿ya se fijó que la mitad de su saco está metido en el pantalón?

Ya me asomé y vi que efectivamente iba yo hecho unas fachas, porque como no tenía cinturón ni tirantes, me había amarrado los pantalones con una corbata vieja, así es que toda la tramoya se veía, y entonces me lo arreglé y pude bailar con la señorita. Yo dije: “Esa gente ya ni me va a dirigir la palabra”. Era la señora Esteva. Después pasamos a la cena, y con gran sorpresa mía estaba ahí, en una de las mesas, cerca del profesor Gley, la familia Esteva también. Pero toda la gente se había ido a cambiar de *smoking* y yo estaba con un trajecito muy ligero, ya con corbata, y la otra corbata me amarraba los pantalones, iba yo de dos corbatas.

La comida me supo a gloria, todavía me acuerdo de ella, y por ahí guardo el menú de aquella primera noche famosa. Estaba primero un *potage de poulet á la reine*<sup>60</sup> y después *des oeufs farcis de paté*<sup>61</sup> ¡era un banquetazo!

<sup>60</sup> Potaje de pollo a la reina.

<sup>61</sup> Huevos rellenos de paté.

Creo era la noche del capitán o una noche muy significativa. Naturalmente a cada rato volteaba a ver al profesor Gley, un poco para preguntarle, para que me diera alientos, para preguntarle si podía beber, si podía yo..., y él me hacía una cara y se me pasó un poco el champagne y le dije a la chica con la que estaba, la chica Esteva:

–Mira, ya me voy a mi camarote.

–Pero, ¿en qué clase estás?

–Pues aquí estoy en los camarotes de primera, pero abajito.

–¡Ah!, pues entonces, si quieres, te acompaño.

–Pues mira, yo te lo agradecería, pero déjame aquí a la salida del comedor.

–Pues ella veía que estaba yo muy débil–. Y aquí le digo a uno de los mozos.

Y yo esperaba que ninguno se acordara de mí, porque no tenía ni quinto para la propina. En fin, me fui, muy saleroso, muy garboso, y derechito cogí un camino. Ella, por más que me seguía con la vista, nada, no podía ver por dónde, porque me escabullí. Llegué a la popa del barco donde estaban los emigrantes. Ahí estaban en plena cena con los emigrantes, que esa noche, como era de gala –faltaban pocas noches para llegar a La Habana–, les habían dado dos o tres platillos en esa clase: uno, lo de siempre, un perol de patatas cocidas que aventaban volteando el perol al plato, en una mesa muy larga; y había un arroz que pretendía ser como paella, y después un plato de alubias. Los vi despectivamente, me fui a mi cuarto con gran envidia de los señores Génin y de Salazar Viniegra que dijo:

–Mira, te he estado cuidando todo el tiempo, tú haces una gran cena, vienes oliendo a quién sabe qué licores, y nosotros aquí, atenedos a las patatas.

A ellos les daban comida de los de segunda clase, así es que no estaban tan mal tratados, pero se les figuraba que había sido una cosa muy diferente a lo que yo había comido.

Finalmente, se anunció la llegada a La Habana, el comisario de tercera clase y de la clase de los emigrantes dijo:

–Mañana –en castellano–, mañana a las siete de la mañana, todos en el puente, todos de etiqueta; siguiendo la numeración que va a estar en el piso, todos se van acomodando.

Le dije a Salazar:

–Mira, vámonos los primeros para conocer bien La Habana –íbamos a quedarnos 48 horas en La Habana–, para aprovechar.

De ida me había quedado nomás veinticuatro horas en La Habana y de vuelta pues eran cuarenta y ocho horas, así que podía tener un conocimiento más amplio de La Habana. Y me dijo:

–Chico, ¿y tienes tú con qué?, ya no tienes ni qué vender.

–Pues no, ¿y tú?

–No, pues ni yo tampoco.

–Bueno, entonces vamos a ver qué hacemos, pues siquiera vamos a conocer.

Vino entonces el segundo problema:

–Pero cómo nos vamos a poner de etiqueta, si mira nada más cómo andamos, tú ya fuiste a primera.

–Sí, ya he estado yendo todas las noches.

Ya había tenido la precaución de buscar un cinturoncito de cuero que tenía por ahí, ya iba más presentable, ya hacía lo posible porque mis zapatos estuvieran flamantes; y como llevaba tres trajecitos los cambiaba muy elegantemente para que dijeran que el repertorio de ropa era grande. Pero nos vino el conflicto ése de etiqueta y le dije:

–¿Pero tú crees que se van a poner de etiqueta?

–Pues, chico –me decía–, no hay remedio, eso nos han dicho.

Y todos hablando de la etiqueta. Entonces pues nos fuimos presentando lo mejor que pudimos. Los dos con un trajecito oscuro, yo tenía unos calcetincitos, como se usaban entonces, de artisela, negros, pero estaban agujerados de los tobillos, y me dice Salazar:

–Chico, no te apures, mira, yo también tengo la misma cosa, están agujerados también mis calcetines, vamos a darnos bola a los tobillos. Efectivamente, nos untamos de bola y nos pusimos encima el calcetín y ya no se veía el contraste grande entre la carne y el calcetín. Bueno, pues a las siete de la mañana, qué inoportunidad, andar de etiqueta a las siete de la mañana:

–Ya le explicaremos al comisario que nosotros no tenemos etiqueta. Pues subimos temprano y había otros que habían ganado lugar y se habían puesto primero, nos tocó como a la mitad de la cola, pero nadie de etiqueta: todos con un cartón y un número, y se nos queda viendo el comisario:

–¿Y la etiqueta?

–Pues, señor, no teníamos.

–¡La etiqueta, la etiqueta!, como están sus compañeros, con una etiqueta, un número.

–Señor, pero nosotros no entendimos.

—¡Ah!, bueno, ustedes no vienen aquí, no se van a quedar en La Habana. Váyanse a su camarote, no tienen nada que hacer aquí, esto es para los que vienen de braceros a la zafra, a trabajar aquí a La Habana, a Cuba.

En eso acabaron los pasajeros de etiqueta. Y mientras vivió Leopoldo, siempre que nos veíamos, que teníamos que ir a una fiesta, nos decíamos:

—Oye, pero te pones de etiqueta.

Ya nos quedamos en La Habana. Entonces las atenciones fueron más grandes, nos pasaron a tercera clase, que estaba mejor. Cargamos con los señores Génin, que seguían comiendo como demonios, los dos seguían con sus mismos síntomas y come y come. Ya me había acostumbrado a las papas, que me parecían magníficas, y la comida de tercera ya tenía sus platillos, postre, en fin, así es que estaba mejor, había heladitos al medio día.

Así, llegamos a Veracruz. Afortunadamente, ninguna gente de mi casa me había ido a esperar. El problema de los señores Génin era que su hija había tomado el Hotel Francia, en Oaxaca, con otra muchacha de una familia Gendrop —que eran muy amigos de mi familia—. Entonces las dos familias, la Gendrop y la Génin, se fueron allá a Oaxaca. La hija de los señores Génin había estado casada con un señor Dubernard de aquí de México, y estaba recién viuda, había perdido dos hijos que había tenido con el señor Dubernard. Con el gusto de tener un hotel y tener alguna cosa en qué ocuparse en México, le mandó un telegrama a sus papás diciendo:

—*Venez, venez et vendez tout.*<sup>62</sup>

No le hicieron caso en cuanto a vender, pero sí vinieron. Había que esperar el tren, veníamos en el tren El Mexicano y había que esperar el tren en La Esperanza. No se imaginan lo desamparado, lo desolado que era, un montón de polvo, de tierra fina, es como el desierto aquello, unas cuantas casuchas, y había uno que tenía el pomposo nombre de Hotel Magnifique. Dijo el señor Génin:

—Aquí va a pasar el tren en la mañana. Ya Raoul se sigue para México.

Efectivamente, como estaba previsto, las literas estaban mucho mejor que las del camarote, así es que los Génin pasaron la noche felices, y yo la pasé acordándome de las chinches y las pulgas de mi tierra, pero no se nos pegó ninguna, porque aquí no hay ni chinches que puedan cooperar. A la mañana siguiente ya vimos que unos empleados del Hotel Francia venían por los señores Génin; ya los empaqué, y al final le planté la puñalada a monsieur Génin:

<sup>62</sup> Vengan, vengan y vendan todo.



–Monsieur Génin, présteme usted cuatrocientos francos, no tengo ni un centavo para llegar a México, porque pues ya me quedé aquí...

¡Se aterrorizaron!, porque ya se sabe que los franceses... Hicieron sus cálculos, pero la señora me quería mucho y todas esas cosas. Total, me prestaron trescientos francos, que guardé en mi bolsillo porque ya tenía asegurado mi pasaje en primera clase en El Mexicano, ya en pullman, porque era el que tenía el derecho del balconcito, y regresé a México.

No sabía a qué casa llegar, porque mi padre había liquidado su negocio del colegio, todavía mi madre y mi hermana vivían aquí en México, pero mis dos hermanos estaban en Estados Unidos, donde habían ido a trabajar. Mi padre los dejó colgados allí, los mandó a un colegio y les dijo:

–Desde esta fecha ya no tengo dinero que mandarles, así es que a ver cómo se las arreglan.

Un hermano es contador y el otro, el que hace guantes y todo, pues es un hombre alegre, simpático y se abrió camino en la vida.

En la última carta, llena de cariño, que había mandado mi madre, me decía:

–Hijo, te esperamos con los brazos abiertos –pero no me decía dónde había puesto sus bracitos, así es que llegaba a una nueva incógnita.

Salazar venía conmigo, así es que eso fue lo que me salvó, que las dos señoras, la mamá de Salazar y mi madre, habían estado en comunicación y entonces las dos habían ido a la estación en la noche, a la estación de El Mexicano, que estaba ahí en Buenavista. Ahí llegaba el tren de Veracruz.

Ya nos encontramos, y hubo el derramamiento de lágrimas. Pero no había coche suficiente (eran “dejadas” las de entonces).

Y me dice la señora Salazar:

–No vamos a pagar más de un peso porque nos lleven a las dos casas.

Y no encontramos ninguno que por un peso hiciera las dos dejadas. Total, nos cobraron tres pesos por acarrearnos a una hermana de Salazar, a la mamá de Salazar, a mi madre, a mi hermana y yo. Íbamos seis personas, más las maletas. No entiendo cómo cabían, porque no me acuerdo que hayan metido en ninguna cajuela las cosas. Creo que se repartieron el negocio con otro, uno que se llevó las petacas, porque había mucho que llevar.

Traía yo libros, pero ¡qué libros! Los libros que traía eran de cocina, era la *Physiologie du goût*, *Fisiología del gusto*, y el libro de Babinski, del hermano Babinski, que era un gran cocinero, *Ali-Bab*. Y creo que uno de los gastos

superfluos que hice fue comprarme toda la colección de *Les fleurs du mal*, de Baudelaire. Toda la colección, que ahí la tengo y la guardo con gran recuerdo porque es muy bonita, muy bien editada, una cosa antigua. Y libros de medicina, naturalmente, traía el Gley, el de fisiología.

Afortunadamente las dos casas no estaban muy distantes. Mi madre vivía en las calles de Venecia, y los Salazar Viniegra vivían en la calle de El Oro, que eran tramos que ahora, con el tráfico, son distancias inmensas. Llevaron primero a los Salazar y después nos fuimos nosotros y después siguieron los llantos. Mi madre dijo:

–Hijo, pero muy bien que pasaste los últimos días en París muy contento –le conté muchas cosas para animarle.

Mi padre no estaba tan enfermo, había tenido una crisis de hipertensión y el médico con el que lo había dejado, que era don Gastón Melo, se asustó porque un día tuvo un principio como de rictus apopléjico y entonces fue cuando me mandaron llamar. Naturalmente, durante los veintiún días de viaje que me dilaté en venir, pues ya ni se acordaban de la enfermedad cuando llegué.

–¿Cómo sigues, papá?

–¿De qué?

–Pues que estabas tan mal.

–Sí, tuve un catarro la semana pasada.

Y yo decía para mis adentros: “¿Y para qué vine?” Pero al contemplar a mi madre que lloraba y que me abrazaba y me volvía a besar, y me hacía los platillos que me gustaban, y me preguntaba:

–¿Me traes muchas recetas?

–Sí te traigo, es lo que más traigo, recetas de cocina...

## ¿Qué tal si nos dedicamos a la gastroenterología?

**U**no siempre aprende fuera de las universidades, de los hospitales; uno aprende lo que le da la gana, siempre. Vi la manera de hacer las cosas, fue lo que aprendí, la manera de organizarme, cómo se lleva una historia clínica, cómo se hace un menú para los enfermos, cómo se interpretaba una radiografía, cómo se interpretaban los análisis; en fin, ese tipo de cosas, que son las pequeñas cosas de una especialidad, de cualquier especialidad. Pero de decir: “Yo me siento gastroenterólogo, después de haber interpretado todas esas cosas”, no, me sentía en la cochina calle.

Además de esas pequeñas cosas, aprendí la medicina, lo que es la medicina teórica, aprendí la fisiología, lo que se podía aprender en esa época de fisiología. Bueno, todavía había gente muy importante, discípulos de Claude Bernard, gente muy importante a quien escuché, y realmente seguía sus libros y sus lecturas y todas esas cosas. Desde el punto de vista de aprender, aprendí, pero si me preguntan “¿Hizo usted su especialidad, comenzó usted seriamente a hacer su especialidad?”, con toda sinceridad digo que no. Fui a ver las cosas, cómo las hacían, las repetí y las hice miles de veces, las endoscopías ahí las aprendí, las interpretaciones radiológicas, ahí las aprendí, de esas cosas no había en México; así es que, desde ese punto de vista, sí aprendí.

No tenía ninguna orientación cuando salí de la escuela a hacer la medicina general; mis puntos de vista eran tan humildes, tan elementales, que Gastón Melo me dice –y por eso le guardo gran veneración–:

–Oiga usted, me acaba de llegar este libro –uno que se llamaba la *Energética clínica*, otro que se llamaba *Coprología clínica* de Goiffon,<sup>1</sup> otro libro clásico de medicina, de enfermedades del estómago, y, bueno, dos o tres libros

<sup>1</sup> Rene Goiffon, *Manuel de coprologie clinique*, París, Masson, 1921

nos habíamos aprendido don Gastón y yo—, es necesario que usted vaya al laboratorio y aprenda a reconocer todas esas cosas que dicen aquí.

Fui el que traje a México, por ejemplo, las endoscopías de rutina y las sigmoidoscopías. Claro que aprendí gastroscopías, pero con unos gastroscopios muy malos, que después abandoné y no seguí haciendo la gastroscopía; en cambio, la endoscopía intestinal sí la hacía con bastante éxito y muy frecuentemente; luego hacía la coprología clínica. Así es que fue Gastón Melo el primero que me dijo:

—Mire usted, no hay gente que se dedique a la gastroenterología. ¿Qué tal —me lo dijo en plural— si nos dedicamos a esto? Usted se va allá y aprende todas esas cosas prácticamente, cómo hacen; yo aquí voy estudiando las cosas teóricas. Después los dos seguimos estudiando las cosas clásicas, las cosas teóricas y ya montamos un laboratorio.

Todas esas cosas aprendí. Así es que se puede decir que fue él el primero que me dio la idea. En Melo vi la fijación del hijo al padre. Él fue la figura del padre para mí, porque hasta cierto punto el padre había estado ausente de mí, y me acuerdo que eso me hizo escribir una cosita que le enseñé a Fromm, que me acordaba mucho de una frase del evangelio de San Mateo: “Padre, ¿por qué me has abandonado?” Así es que sobre eso bordé unas cositas para explicarle a Fromm la gran amistad con Melo, pues fue el primer hombre de canas que yo conocí, semejante a mi padre, aunque era mucho más joven que mi padre, me llevaba apenas diez años, pero yo lo veía como padre. Y él, aunque tenía siete hijos, me veía también como su hijo mayor, como su predilecto, porque estudiábamos juntos, comíamos juntos, en fin, todo se hacía al mismo tiempo. Tenía su consulta y sus relaciones y todo eso, pero yo era un ser muy importante para él, y como me daba una importancia que nunca había tenido con mi padre, me fui tras él, yendo a la gastroenterología, y juntos la estudiamos. Tengo ese orgullo, de decir que Melo y yo hicimos la gastroenterología al mismo tiempo. Ese fue el motivo determinante de la especialidad.

Ahora, hubo también cosas más remotas: de muchacho fui muy enfermizo del aparato digestivo, pesqué una disentería teniendo creo once o doce años, después de la Revolución, cuando me llevaron al rancho de un tío mío donde me daban caldo de rata, que era muy bueno para el intestino y todas esas cosas, ése es el antecedente lejano, que sufrí mucho. Y, en contraste, era muy comelón, así es que me gratificaba de esa enfermedad, de esa diarrea crónica que tenía, comiendo mucho. Así la iba yo pasando, hasta que llegó

mi abuelito y me dio medicamentos. Los síntomas se me quitaron inmediatamente: a la semana ya estaba bien, y ya lo tragón me siguió.

En cuanto a otras especialidades, me atraía por ejemplo la ginecología, porque había sido una materia que nunca había estudiado y me llamaba mucho la atención. Incluso siendo todavía pasante de medicina atendía enfermas ginecológicas. Estaba en un pabellón de ginecología, aprendía a hacer las cosas, como una cosa de rutina, con una poca doctrina, una cosa teórica, y luego lo que aprendía en los pabellones del hospital, y así pasé algunos meses. Pero el doctor Melo siempre me decía –porque la ginecología, cuando menos en aquella época, era netamente quirúrgica–:

–Güero, usted no tiene madera de cirujano, ¿por qué se mete usted de cirujano? Vamos a la medicina interna, si no le gusta la gastroenterología, pues vamos a otra cosa, a la neumología o cualquier otra cosa.

–No –le dije–, la gastroenterología está muy bien.

Sobre todo que teníamos esa cosa de combinar, que íbamos a estudiar juntos, Melito no quería estudiar cardiología, porque ya estaba metido Chávez en ella, ni otras cosas.

Antes de mi primer viaje me decía:

–Güero, vaya usted a estudiar, reconozca bien las amibas, dése cuenta de todas esas cosas de los parásitos del intestino.

Aquí no había más que Toussaint, en México, que sabía reconocer esas cosas, pero no trabajaba para el público, trabajaba en un laboratorio, era necesario que eso se adquiriera en la clínica en México, así es que ésa fue la idea de mi primer viaje.

Nosotros formábamos un grupo, que estaba constituido por Luis Augusto Méndez, que era el discípulo al que más quería, un hombre muy inteligente, muy amigo mío, y que nos ayudó en la cosa de la gastroenterología durante algún tiempo. El escribió su tesis sobre gastroenterología. Yo no. Estaba también Manuel Guevara Oropeza, psiquiatra; Salvador Zubirán, a ese lo teníamos a cierta distancia, Melito le consideraba cualidades y todo eso, pero no formaba parte de un círculo estrecho.

Ejercí la medicina general y paulatinamente fui tomando enfermedades del aparato digestivo. En el hospital no había entonces pabellones de especialidad. Así es que hice medicina general todavía al lado de Gastón Melo. Estoy en otro servicio, pasan los servicios, siempre voy con Gastón Melo, porque cuando me

pasan a los servicios de cirugía no los puedo aguantar. No es que me moleste la sangre, me importa un demonio la sangre, pero... pues así me lo pasaba yo.

Seguía con mi puesto en la Escuela, que interrumpía con mis viajes. No era maestro todavía, era ayudante del doctor Melo, en la clínica de gastroenterología. Era el primer o el segundo año que se establecía una cátedra especial de gastroenterología. Esa era una clase clínica, nunca di clases teóricas, sólo en los últimos años de mi vida que he estado dando historia de la medicina, pero nunca di clases teóricas.

De tal manera que muy de mañana pasaba por el doctor Melo como él citaba para sus clases, antes eran de clínica y ahora eran de gastroenterología. Había fijado el horario de siete a ocho, me citaba a las ocho de la mañana en su casa y salíamos a las diez; llegábamos al hospital a las once de la mañana. Gastón Melo tenía tal atractivo, que los alumnos se iban a otras clínicas, a los pabellones –ya conocían el truco– y a las diez y media se corría la voz en el hospital: “Ya llegó Melo” y todos se reunían. Por eso me gustaba esa libertad que había para la clase de Melo que él decía entonces que era un verdadero libertinaje pedagógico.

Él era muy convincente en sus razonamientos, era un hombre que había estudiado su preparatoria en Jalapa, donde era muy estricta la enseñanza. El hombre tenía un sentido lógico muy grande y una cosa humana extraordinaria que principiaba por decir, por ejemplo, cuando yo le replicaba o le decía alguna cosa:

–Mire, Raoul Fournier –como me decía cuando no me decía “Güero”–, nadie nos va a creer que llegamos a las ocho. Nosotros podremos ir al teatro, leer, estudiar y todas esas cosas, así es que vamos a hacer nuestra vida, y no molestar a los muchachos y a nosotros también.

En la Escuela tenía primero sueldo de ayudante. Creo que ganaba entre setenta y cinco o noventa pesos. Así es que mis entradas no llegaban a doscientos pesos mensuales.

El doctor Melo me decía:

–Quiero que usted me ayude, pero no sé cómo.

Le decía:

–Mire, le voy a hacer las historias clínicas de sus enfermos.

–Pues sí, sería bueno, ¿verdad? –y entonces comenzamos a hacer las historias clínicas.

Las hacíamos a mano; yo tenía muy buena letra y no se usaban mucho las máquinas. Mandé hacer un machote para historias clínicas e iba llenando renglón por renglón todas las cosas: “aparato digestivo, tal cosa”; “aparato

respiratorio, tal otra”..., hasta le metí la novedad que entonces comenzaba ya a vislumbrarse, ya Freud comenzaba a ser popular, y entonces le metí estudios psicológicos del enfermo, con una gran vanidad mía, porque no sabía nada de eso, ni Melito tampoco.

El machote era una hoja como se han vuelto a usar ahora, tamaño carta, que arriba decía: “Consultorio del doctor Gastón Melo”. Melo me obligó a poner al final, en la última hoja: “Historia hecha por el doctor Raoul Fournier”.

Entonces, Melo, que fue un hombre que ejerció la medicina sin cobrar nunca nada y que cobraba honorarios tan exigüos incluso a la gente muy rica –por ejemplo, al general Calles le cobraba diez pesos la consulta, y éstos eran los ricos–, me decía:

–Ahora sí, Güero, ahora sí nos va a tocar un enfermo que nos va a dar dinero.

Y yo sabía que “nos va a dar dinero” eran cinco o diez pesos, porque las consultas eran de a dos pesos, el día que hacíamos historia clínica. Claro que las comenzamos a hacer a todos, pues quizá había un poco el interés mío de hacer muchas historias clínicas y que me dieran más pesos por ellas.

En la historia clínica, además del nombre del paciente, su edad y su dirección, se anotaba la impresión que daba: “Enfermo que llega exagerando sus síntomas, pero que viene con diarrea, es decir ahogándose un poco, y se queja de esto y, después de la familia” y entonces ya le apuntaba que su marido era un borracho y que sus hijos eran unos estos..., en fin que tenía muy mala suerte en la vida. Entonces iba yo poniendo esto para la cosa... psicológica, tenía yo mi clasecita.

Estudí la cosa neurológica con Babinski, pero era organicista más bien. Así es que tenía ayudantes que eran psicólogos, de la escuela de Janet, y entonces era a los que les sacaba mis principios de caracterología y de cómo se estudiaba psicológicamente a un enfermo.

Entonces, les iba preguntando todos sus síntomas y Melito ya me había enseñado: si a una persona le duele el estómago, hay que preguntarle todo lo que se refiere a la modalidad del dolor: ¿es un dolor como punzada?, ¿es un dolor como retortijón?, etcétera. Entonces inventé también un machote para que nos sirviera a Melito para la clase y a mí para las historias clínicas.

Y así comenzaba la historia clínica: “El enfermo llega quejándose de dolor en el hueco epigástrico (entre paréntesis decía “estómago”), el enfermo dice que le duele el estómago”. Primero: localización exacta del dolor; segundo: naturaleza propia del dolor; tercero: fenómenos que lo exacerban, fenómenos

que lo atenúan. La novedad que introduje en los interrogatorios y en las clínicas fue el síntoma principal asociado al anterior; por ejemplo, si un enfermo llega quejándose de dolor de estómago, pero al mismo tiempo tiene náusea, le viene con la náusea el dolor, es un fenómeno que acompaña al dolor. Entonces venía el estudio de la náusea, y ver si llegaba hasta el vómito. Nos quedamos en el síntoma del vómito. Era naturaleza propia del fenómeno, volvíamos a seguir la misma regla, era verdadero vómito, identificación del síntoma; y uno lo va conduciendo, porque algunas personas confunden un vómito verdadero con una regurgitación: se vienen los alimentos a la boca y los escupe; eso no es vómito, es una regurgitación, que se llama mericismo, y es rumiación cuando el enfermo lo vuelve a deglutir.

Y después del análisis de eso, viene la descripción del síntoma; después de la identificación viene la descripción: “caracteres propios del síntoma”; “echó alimentos o echó nada más bilis”; “venía sangre o venía moco” o venía eso o venía lo otro. Y después coger el otro síntoma; por ejemplo, algunos tienen rayas de sangre, entonces se preguntaba:

—¿Desde cuándo la sangre?, ¿usted tenía escurrimiento de sangre por la nariz o los dientes o algún...?, ¿no?, ¿entonces cómo se dio usted cuenta de que había sangre?

—Porque venían los rasguitos de sangre en el vómito.

Para medir clínicamente la cantidad de sangre que emitía el enfermo en un vómito, se le preguntaba por los fenómenos que acompañaban al vómito del que tenía sangre: “¿se desmayó usted?”, “¿se sintió más débil?”, “¿se le alivió el dolor?” En fin, ese tipo de cosas. Así que de esa manera organicé la historia clínica y mi machote para mí y para la clínica. A Melito le encantó esa manera. Me decía:

—¡Ah, qué Güero!, con esas cosas se está usted enterando hasta de lo más íntimo del enfermo, a ver si no alguno se le alborota y le contesta una..

—Usted déjemelo a mí.

Nunca se alborotaron, al contrario; si toda la gente tenemos ganas de hablar y de contar nuestras cosas. El defecto humano que tenemos en nuestra sociedad es que nadie platica de sus cosas, Por eso tienen úlcera o tienen diarrea o vómitos o náuseas o hipertensión.

Melito me daba un peso por cada historia clínica. Al principio le jalé muchos pesos, porque le decía: —Ya llegó este enfermo, dígame usted que pase conmigo para que se le haga un interrogatorio —era un peso que caía. Y así,



fuimos haciendo el archivo, y se acostumbró tanto Melito a ese archivo que les decía: –Pero si no tengo historia clínica de usted. O, cuando llegaba un enfermo así de improviso: –No, que le haga el doctor Fournier una historia clínica. –Oiga usted, pero no tengo tiempo. –No, tiene usted que darse tiempo para ver al médico. Si va usted a una zapatería le tienen que probar, tiene usted tiempo para que le prueben los zapatos y escoja usted o ver cuál le viene, cuál le aprieta.

Melito tenía un ojo clínico, vamos a llamarle así, formidable; fue el primero que comenzó a meter las cosas científicas y por eso me aconsejó, cuando me fui a Europa:

–Mire, Güero, estudie usted esto del jugo gástrico y a ver qué están haciendo para investigar las cosas de las materias fecales.

Así es que sí tenía una gran preocupación por hacer de la medicina una cosa científica, una cosa con diagnóstico, con una base.

Melito no era un hombre organizado, era completamente desorganizado. Un día, y tuve también la culpa en eso, le dio por la música. Lo primero que hacía era comprar un aparato muy bueno, y después comenzamos a hacer una colección de discos. No le parecía muy complicado, Mozart por ejemplo. Ya después le metí a Chopin y Debussy y rechazábamos a Liszt y a Rachmaninov. Yo ya tenía idea musical, mi madre tocaba el piano y por esas razones tenía un antecedente musical. Y cuando él pasó a ser jefe de Salubridad y muy amigo de Calles perdió el gusto de la colección de discos que tenía, y dejó abandonado el archivo. Su mujer vendió o quemó los papeles de Melito, que eran sus historias clínicas, que para mí hubieran sido documentos muy apreciables.

Yo las conservo todas, tengo un archivo de historias clínicas tremendas, famosísimas, está desde la de Stravinsky hasta la de Calles. Cuando no podía ir a atenderlo Melito, decía Calles:

–Mándeme a Fournier.

Y entonces lo iba a curar a él o a su mujer; los dos tenían cosas de la vesícula biliar.

### *Ya tenía mi pequeña reputación*

A Cárdenas no lo atendí. Fue al único que no le conocí esa parte del cuerpo que se llama nalga. Pero a don Venustiano Carranza, a Obregón, a Calles, a Abelardo Rodríguez, a Portes Gil, a todos esos señores. Porque fue una cosa muy curiosa... Yo fui a inyectar a don Venustiano Carranza, en el año de 1919,

me había ganado una oposición para entrar de practicante al Hospital General. Como no se usaban ni las oposiciones ni los practicantes, ahí el médico oculista curaba cosas de ginecología y era un relajo. Entonces no se usaban los practicantes, pero alguien, el doctor Escalona o alguien se le ocurrió que debería haber practicantes, no los muchachos que entran a ver a los enfermos, sino una gente que tuviera más responsabilidad, entonces abrieron una oposición de practicantes. Había nada más presupuesto para tres plazas, con noventa pesos, era la chamba que disfruté. Como yo había sido un muchacho revoltoso, por esas cosas de *El Cáncer*, e imitaba a los profesores, ya corría mi fama en la escuela y entre los maestros, de que se cuidaran mucho de Raoul Fournier, porque tenía una cara de ángel, ya sea por lo baboso o por lo atento, y ¡me tenían un miedo! Cuando me saqué la oposición pasé a ser un estudiante de los privilegiados, de los importantes. Entonces Venustiano Carranza, que le habían recetado cacodilato de sodio, algo que ya ni se conoce, había ampolletas de cacodilato de sodio, porque se sentía algunas veces con mucha debilidad, a ciertas horas del día, y tenía ganas de sentarse y de estirarse, en fin, y don Rosendo Amor, que era su médico, le recetó cacodilato de sodio inyectado, que es un derivado de arsénico; tenía mucha renombancia el arsénico, como tónico. Entonces le dijo:

–Pero usted no va a poder venir a inyectarme todos los días.

–No, le voy a mandar a un joven que se acaba de sacar una oposición.

–Sí, mándemelo.

Y yo iba a Palacio, a picarle las pompas a don Venustiano, y quería primero que fuera parado, después sentado:

–No –le dije–, usted se me acuesta en un sofá –que era amarillo, que tenía ahí, en su despacho, y uno de cuero, pero le acomodaba más el amarillo, que era de tapicería.

Con mucho escrúpulo el primer día, se bajó su pantaloncito y ya después, sin escrúpulo, seguía yo picando. Me acuerdo que fueron cuarenta inyecciones, pero se las turnaba, de un lado y de otro. Decía don Venustiano que yo tenía muy buena mano, que con razón me había sacado la oposición.

Don Venustiano fue el primero que me auguró que ocuparía el lugar de don Rosendo Amor en la dirección de la Escuela, porque era director de la Escuela. Me decía:

–Así comienza uno, así comienza uno, usted va a llegar a ocupar el lugar de su director, va usted a ver cómo en la Escuela y en todo, siga usted –porque a don Venustiano Carranza le encantaba dar consejos.

Y me daba consejos de que me siguiera aplicando mucho y que si me podía servir regalándome algún libro; le dije yo que sí, que cuál:

–Mire usted, vaya a la Casa Guillot, y yo ahí voy a escoger uno –escogí uno que no fuera muy caro pero que me gustaba mucho. Él mandó a alguna gente o habló por teléfono, diciendo que la cuenta se la pasaran. Me trataron muy bien en la Casa Guillot:

–Escoja usted los libros que quiera, porque me han dicho...

Escogí una, recuerdo muy bien, una geografía de México y el libro de la *Energética clínica*; así que éstos fueron los libros que me regaló don Venustiano.

A Carranza lo traté esas veces y conversamos una buena media hora, una media hora; él me contaba de lo que...

–Entre usted y yo, creo que tengo fama de ser un hombre sereno, pero he tenido muchas angustias en mi vida.

–Sí, señor, ya me imagino, un señor que dirige una revolución y que tiene que pensar en el Estado y que organiza un Estado y que...

–Pues sí, usted no se da cuenta, porque, en fin, no por falta de inteligencia, sino porque no se imagina la gente los esfuerzos que tiene uno que hacer contra los mismos amigos, que son los peores; manejar a los amigos es peor que manejar a los enemigos.

Esas cosas me decía don Venustiano y esos consejos me daba, cosas que comprobé después. Después de los cuarenta piquetes ya no lo vi, comenzaron las campañas, él se sintió muy mejorado.

Después con Obregón, era otro el médico, pero entonces una gente de ahí de la Presidencia le aconsejó:

–Pues hay un joven que estudia medicina que lo hace muy bien, tiene muy buena mano.

A él le ponía una cosa que se llamaba bismuto, él decía que era para la anemia y para la sífilis. Y entonces se la iba a poner, a él, nada más dos veces por semana. Su médico, que era un médico militar, que no era el que le cortó el brazo, cuyo nombre no recuerdo, nada más me dejó apuntado ponerle una inyección dos veces por semana. No me dijo nada, nada más me dejó la receta y no me dijo que era para la anemia. Pero yo sabía que el bismuto lo poníamos entonces para la sífilis, la medio curaba, no era tan fuerte, tan efectiva como más tarde fue la penicilina, pero sí era bastante efectiva. Recuerdo que las inyecciones se llamaban Bismutoidol.

Y Obregón era, al revés de Carranza, un hombre de muy buen humor y hacía mucha chanza con todo, y me decía:

–¿Usted cree que me quieran poner toda la ampolleta o le va usted a descontar algo porque me falta un brazo?

Le dije:

–No!, porque está usted muy gordito, señor presidente.

–Sí, ¿verdad?, estoy muy gordo, yo me veo en los retratos muy gordo, yo quisiera adelgazar.

–Pero ¿para qué?, si así tiene una gran apariencia.

Las charlas con Obregón eran cortas, amenas, siempre tenía un chiste... a la mexicana:

–Oiga, ¿ya se sabe el cuento de... lo que le pasó al perico del cura –o quién sabe qué, bueno, me contaba su cuento.

Con Calles no, con Calles sí teníamos conversaciones más amplias. En primer lugar, le tenía mucha confianza y cariño a Melito, que me llevaba a las consultas, porque don Plutarco le decía:

–Bueno, y el día que no lo quiera yo llamar a usted porque considere que está ocupado o por... ¿a quién puedo recurrir?

–Pues yo le voy a traer un médico joven que lo va a atender cuando yo no pueda.

Melito guardaba su cliente, con mucha razón. Entonces fui y creo que le caí bien a Calles, comencé a curar a toda la familia, a todos los Calles, así es que las conversaciones eran más largas con don Plutarco, en la época en que fue presidente. Cuando Melito murió, que murió en vida de Calles, yo lo seguí atendiendo, hasta que su secretaria, Cholita González, le recomendó, le aconsejó que viera al doctor Abraham Ayala, con quien ella después se casó. Le dijo que yo era muy bueno y todo, pero que era muy joven, y que para atenderlo a él necesitaba una gente como el doctor Ayala. Con esa combinación, desaparecí del panorama. Calles murió de una colicistitis, nunca se quiso operar de unos cálculos biliares, se enclavó la vesícula en el canal cístico y le vino una pancreatitis y de eso murió.

Entre Abraham Ayala González y yo, por lo de Calles, hubo cierto distanciamiento, porque era el discípulo de Melito y me vio con mucha desconfianza. El me trataba, aparentemente, me invitaba a comer y a sus fiestas y todas esas cosas, pero yo notaba que había un distanciamiento. Debía haber ocupado el primer lugar en la burocracia de la gastroenterología. En vista de que él fue

director, puso dos pabellones de gastroenterología y entonces, en vez de lo que era razonable, yo dirigir uno y él otro, no; entonces mandó llamar a don Leónides Guadarrama, que ejercía y era de Coahuila y su padre, un arquitecto de muy mal gusto que ahora está muy de moda. Entonces me dice:

–Güero –porque así me decían todos–, usted se va a encargar, usted monte un laboratorio para análisis digestivos.

Me gustaba mucho ver en el microscopio y había hecho la carrera de laboratorista. Hasta hice un epigrama, que puse a la entrada del laboratorio:

“Aquí paso mi vida miserable y enteca,  
en un laboratorio de lo que se defeca”

Y los médicos mandaban sus muestras al “laboratorio de lo que se defeca”.

Así es que me dedicaba a la ayudantía con el doctor Melo, tenía mi plaza de médico interno en el Hospital General, tenía una plaza, también, de médico investigador en el Instituto de Higiene, del cual en un tiempo había sido director el doctor González Ureña. En ese año de 1927, era director el doctor don José Zozaya, una persona muy eminente, muy buen bacteriólogo, de una inteligencia verdaderamente extraordinaria, y ahí nos fuimos todos los que les gustaba la investigación. Mi panorama se había ampliado; ya tenía yo mi pequeña reputación.

Pensé hacer una investigación a propósito de las cosas que había estudiado en Francia, de las funciones intestinales, de repetir nuevas técnicas para los exámenes del jugo gástrico, en fin. Bastante menor mi parte experimental, pero desarrollaba cosas de laboratorio, organizaba el laboratorio de gastroenterología, de lo que se tenía que hacer, repasaba, enseñaba a gente que practicara y ayudara.

Arturo Rosenblueth ya había regresado. Estaba Gerardo Varela, un gran bacteriólogo que acaba de morir. Éramos la gente conocida o que después se conoció en México. Tenía también alguna chamba que no perdía porque pues era para el beneficio también de la institución y para el adelanto de la especialidad en México. Yo siempre he sido un hombre muy alegre, de tal manera que lo seguí siendo. A veces pecaba de exceso de alegría y tenía dificultades con la gente seria, siempre he tenido dificultades con la gente trascendental, por lo solemne.

Una vez, cuando estaba el doctor Jesús González Ureña de director del Instituto de Higiene, nos había puesto a ensayar una droga para depilar a

los tiñosos, pero estábamos haciendo experimentación en conejos, me parece que la droga era acetato de talio. Y una vez se escaparon como cuatro o cinco conejos de sus jaulas, totalmente pelones, muertos de frío, pero corriendo hacia la libertad, y todos en el Instituto estaban riendo:

—¿Y en dónde están esos conejos? —preguntó González Ureña.

—Pues estaban en el laboratorio del doctor Fournier.

Me llamó y me dijo:

—Oye, Fournier, ¿por qué haces esas cosas?

—Maestro, se escaparon los conejos.

—No se escapan los conejos más que cuando alguien les abre la puerta. Ustedes tienen la experiencia, cuando le abro la puerta a un conejo, se sale, es cierto, pero antes les abrí la puerta.

—Pues, maestro...

—No está bien lo que hiciste, ahora me vas a hacer favor de irte a la fabricación de la vacuna contra la viruela —que era un castigo, porque era rasurar las ubres de las vacas y ponerles el virus y, bueno, una cosa monótona, complicada, latosa. Ahí si salía yo, ¡bueno!, lleno de todo, excremento de vaca, tan cerca que está lo uno de lo otro en la vaca.

Luego le dijo alguien, un médico de allá, que se llamaba Vallejo:

—Oiga usted, ya que el doctor Fournier está haciendo eso que pueden hacer muy bien los nuevos o las enfermeras, ¿por qué no me lo manda a mi laboratorio? —porque estaba fabricando la tuberculina en el laboratorio.

—No, porque no está de placer, está castigado.

—Bueno, pues haré lo posible, seré todo lo rígido posible con él.

A los pocos días vino un indulto, pero no para irme con él a fabricar la turberculina, tenía muy mala fama, como un hombre muy necio, muy testarudo, de los que no hacen más que una cosa y no saben salir más que de una regla. Claro, yo hubiera aprendido a fabricar la turberculina, pero no tenía mucho interés en ir, sobre todo quería la libertad, ser un pequeño jefe, no ser una cola de león. Prefería la libertad de hacer lo que me diera la gana, y quién sabe de dónde me vino el indulto. El caso es que González Ureña, lo consigna en sus memorias, eso es lo curioso, alguien le dijo:

—¿Cómo está Fournier trabajando en esas cosas?, ¡aprovéchelo en otras cosas!

—Lo tengo castigado.

—Pero es que Fournier tiene veintisiete años, si lo deja usted castigado dos o tres años, imagínese nada más, se va a acabar con las cosas que está haciendo.

Bueno, alguien metió la mano por mí, creo que Zozaya, que en esos momentos entraba al Instituto. Ya me perdonaron, me cambiaron de sitio, me dejaron hacer una investigación libre, ya no investigaciones seguidas. Entonces continué haciendo laboratorio al lado de Varela, comencé a hacer la parasitología intestinal y por ahí me seguí.

José Zozaya fue el que me metió en las nuevas cosas de la medicina norteamericana, la salud pública, la bacteriología. En la parasitología nunca fueron muy fuertes los norteamericanos en esa época.

En aquella época la medicina en México estaba mal, muy mal. Nosotros habíamos hecho un esfuerzo, con el periódico *El Cáncer*, de hacer una crítica a la educación, a las principales figuras de la época.

Si comparamos la medicina mexicana con la francesa de aquella época, aquí estábamos en la pobreza entonces. En Francia comenzaba el auge de los *dumpings*, todavía el gobierno, la atención pública, estaba en muy malas condiciones. Los hospitales eran pobres, pero las organizaciones eran muy buenas, funcionales, muy muy buenas. Los franceses son gente muy ordenada, disciplinada. Así es que desde luego, cuando regresé a México, me llamó la atención la comparación, ver la cosa tan desordenada, todo el mundo trabajando nada más para su persona. Así es que eso me llamó la atención. No había equipos de trabajo, ni de investigación, ni de nada absolutamente.

La medicina francesa había ido decayendo porque la guerra fue una sangría tremenda para Francia, pues todos los institutos de investigaciones se acabaron, incluso muchos médicos famosos desaparecieron, no se crearon nuevas generaciones de trabajo, en fin, pero tenían la madera con qué hacer algo. Pero aquí la Revolución había acabado efectivamente con toda esa bambolla, todo el oropel de la cosa porfiriana. Porque hay que ser sinceros, había gente muy ilustre en la época de Porfirio Díaz, gente que se acabó por vieja, o porque se acabó el régimen, y porque vinieron los bárbaros del norte, es decir, los revolucionarios y cambiaron todas las cosas. Así es que hubo un momento de caos, precisamente en ese caos, fue lo que comenzamos a trabajar, dentro de ese caos.

Por eso, el momento en que desperté a las actividades sociales, todo era un terreno virgen, porque no se había hecho nada en ningún lado, nada. Los médicos, Terrés, por ejemplo, que era el médico más famoso, porque él sí era disciplinado y ordenado y toda esa cosa, y buscaba siempre gente que lo rodeara, idiotas completamente. Y Terrés, dígame lo que se diga, no era un hombre inteligente. Tuvo equivocaciones lamentables, que retrasaron mucho

la medicina de México. Por ejemplo, esos famosos estudios que hizo sobre el tifo, que era la cosa candente en México, en 1915, la gran epidemia de tifo, pues él estaba empeñado en analizar orina de los tifosos. Y no conducían a nada, no podían conducir a nada. En la Academia de Medicina, cuando Nicolle vino a México, a exponer cuál era su punto de vista a propósito del tifo, de la gente, de la gente intermediaria que vivía o vivió con sus enfermos y probablemente tuvo parásitos, Terrés lo rebatió y dijo horrores de él, que al año siguiente ganó el Premio Nobel.

Yo no sabía nada del movimiento cristero. En Francia había oído decir a unos mexicanos que había una persecución religiosa muy fuerte, que esa gente se iba exiliada de México, porque querían oír misa todos los días, y entonces me ilustraron un poco, me dijeron, naturalmente inventando todas las cosas a su manera, que Calles era el hombre más horrible y tremendo que existía en la tierra. Pero no hice mucho caso. Y no volví a oír hablar más de eso, porque me mezclaba con pocos mexicanos, excepto con aquellos turistas que les interesaban más las cosas que he contado.

Después de mi segundo viaje a París, cuando venía de vuelta a México, en La Habana, estaba en un café y un muchacho cubano que había conocido en primera clase, que trabajaba en cosas de importaciones y exportaciones, me invitó a tomar un café. Me dijo:

—No, chico, si ustedes en México están en la gloria. Fíjate nada más, ahora están persiguiendo a los curas, se conoce que les van a cortar la cabeza a todos, porque en México hay un miedo terrible, y ya aquí a La Habana han llegado curas y muchos refugiados.

Fue la primera noticia, un poco formal, a propósito de la persecución religiosa, de los cristeros. Llegué a México y un primo de mi padre, un ranchero, que tenía un rancho por Pachuca, muy asustado, me dijo:

—Oye, aquí va a haber una revolución, si quieres saco mi boleto y te pago tu boleto y nos vamos, porque yo ya pasé la otra revolución, y ésta va a ser una revolución, la gente está muy enojada contra Calles.

Le digo:

—Bueno, en primer lugar no eres de los católicos. Calles dice que te simpatiza mucho, porque me lo has dicho siempre, me lo has repetido cuando yo lo atacaba, siempre lo defendías. ¿Por qué nos vamos a ir? Además yo terminé mi lapso de estudio y vengo aquí a ejercer —era una gente que me quería mucho, me hacía mucho caso—, ya hablaremos mañana o pasado de eso.



Estuvo insistiendo que qué pasaba, que cómo veía yo la cosa, que qué se decía de México allá en Europa. Y le dije que no se decía nada, que no había noticia de México. Se fue calmando y me fui enterando paulatinamente de la situación. En mi casa realmente no había ningún problema, ni con amigos. Mis padres tenían un compadre, el doctor Montaña, que era muy católico, tenía casi una iglesia en su casa, tenía refugiados a los sacerdotes, y decían misa y toda la cosa. Así es que me veían con muy malos ojos, a nosotros, porque no íbamos a la misa, que era casi pública ahí en su casa. Se quedaban nada más los escogidos al desayuno y, como hacían buen chocolate y me gustaba, era la parte de la función a la que asistía con toda devoción, a la segunda parte.

En los periódicos había pequeñas noticias de los rebeldes, pero no se decía nada de los cristeros, no me acuerdo que se mencionara en los periódicos. El concepto que se manejaba era completamente localizado en las cosas de la religión, no había ninguna cosa social, no era una revolución, era una guerra en favor del cristero, para defenderlo y los otros, el partido oficial, estaba empeñado, desde luego, en terminar con la religión, con los procedimientos que se demostraron que eran tan buenos como la prohibición de alcohol en Estados Unidos.

Así es que era una cosa que no tenía absolutamente ningún contenido. Mi tío no tenía ideas sociales, absolutamente; él era un hombre bastante ignorante, ranchero; no iba a misa pero hablaba de “estos señores”.

—Oye, tío, ¿cuáles son “estos señores”?

—Pues “estos señores” son la gente del gobierno. Dicen que están matando, que este Palomera López<sup>2</sup> y el general Cruz están matando mucha gente, y que Calles ya dispuso que las iglesias se convirtieran unas en escuelas y otras en museos, y que van a tirar quién sabe qué.

Todo esto se creía, porque, realmente, desde las luchas por el poder, en la época de Carranza, los grupos de revolucionarios que estaban a las órdenes de Obregón, lapidaron tres o cuatro iglesias, la iglesia de Santa Brígida, que estaba en San Juan de Letrán, y la iglesia de la Concepción, y a mí me tocó, en la de Santa Brígida, ver la sacada de los santos, se disfrazaban y los sacaban. Con esos antecedentes eran muy mal vistos Calles y Obregón. Así es que el antecedente

<sup>2</sup> El general Jesús Palomera López fue jefe de la gendarmería montada del D.F. a las órdenes del jefe de policía, general Roberto Cruz.

objetivo, lo que noté y presenté en esos días, que el pueblo probablemente quería hacer una venganza de todos aquellos desmanes de la Revolución.

Con la Revolución estaban muy contentos y lo que se quiera, pero que no les tocaran a sus curas, ni a sus iglesias, ni esas cosas. Así es que fue una cosa sin contenido social. Era lo que mi padre llamaba, más bien, una *revolufia*, que era un término creo que no es ni castellano, probablemente ni Francisco Santamaría ha tenido la curiosidad de traducirlo. Pero sí se da uno cuenta que era más desorden que Revolución.

A Palomera López lo conocí personalmente de una manera casual, y realmente era una gente torva, de mala cara, era un militarote de los peores, de los más mal encarados. Era un mestizo de ceja muy gruesa, de bigote muy negro, muy aparente, y con unos ojos de capulín que los sacaba, estaba exoftálmico continuamente y le daba una cara de susto, una cara de fiera. Bueno, pues todos los días se decían cosas, a *sotto voce* de Palomera López.

En esa época cristera (todavía no mataban a Obregón, naturalmente) y en 1927 me habían invitado a comer, un doctor José Palacios Macedo y Manuel Guevara Oropeza, me invitaron a comer a La Bombilla, y estábamos ahí comiendo, era muy agradable, porque ponían mesas en el jardín y era un restorán o cantina un poco a las afueras de México, concurrida por hombres, generalmente no se veían señoras ahí. Estábamos en una mesa, sentadas cuatro personas, las dos que dije y no recuerdo la otra persona que no era del grupo, era un amigo de Palacios Macedo. Y estábamos platicando y tomando una copa y en otra mesa estaba el general Cruz y estaba Palomera López y otros dos militares. Ellos hablaban en voz baja, pero Palacios Macedo, a medida que tomaba las copas, hablaba más alto y más alto y más alto. Palacios Macedo era un hombre muy curioso. Fue un hombre muy inteligente, muy educado, muy buen orador, muy borrachín. Cuando tomaba, tomaba en serio, y hacía exhibiciones de que se masticaba las copas después de tomarse la última gota, en fin, era una calamidad. Así es que yo estaba muy molesto con la presencia del general y de Palomera López, con toda esa reputación, y éste hablando sobre los cristeros y el gobierno “tal por cual”:

—Ahí está, ese que está ahí es Palomera López, de los principales asesinos, pero a mí qué me hacen —y quién sabe qué mas. A él le gustaba atacar, le gustaba agredir, nada más por puro gusto, por hacerse el muy valiente, que se necesitaba realmente ser muy valiente para... Bueno, pues aquellos fueron bajando todavía el tono de su voz hasta quedarse casi callados, en la mesa de

Palomera y Cruz. Yo todavía tenía mi crítica de la situación, y analizaba las cosas, pero a Guevarita parecía que se la había subido, estaba tomando un Piper, pero estaba verde como el Piper, del susto, y le decía: –Don Pepe, cállese usted, no... –A mí que me importa, el que se tiene que callar es usted –y que quién sabe qué–. Yo digo las claridades cuando me da la gana, solamente los cobardes como usted...

Y ése era un pretexto para empezar otra vez. Entonces se paró Palomera López, se quedaron Cruz y los otros acompañantes en sus asientos y yo me quedé sentado con Guevara no hice ningún movimiento. Pensé: “Bueno, lo que va a pasar aquí es que va a sacar la pistola y probablemente nos va a dar una rociada aquí”. Y entonces le dijo Palomera López a Macedo:

–¿Me permite una palabra?

–Sí, ¿qué quiere?

–Yo soy el general Palomera López y usted ha estado hablando de ese general y de la conducta del gobierno, y creo que usted es un hijo de tal por cual...

Y le dio simplemente un bofetón que lo tiró, cosa que naturalmente calló a Palacios Macedo, ya lo dejó quieto. Porque esa valentía era de borrachera y era de lo hocicón que se ponía algunas veces. Bueno, se fue Palomera y el general Cruz, y los otros militares se quedaron ahí. Entonces, Palacios Macedo con trabajos se levantó del suelo. Tuve la cobardía de no moverme, pero estaba esperando la muerte de un momento a otro, y a Guevarita lo delataba el sudor de su cara. Se paró, apoyándose en sillas y todo, tambaleándose, más por los efectos de lo que había tomado, y entonces Palacios Macedo se fue contra Guevara Oropeza

–Usted es un cobarde, en lugar de irme a defender... Una cosa es que no hable usted de eso, y otra cosa es que venga a defender a su amigo. Vámonos, Fournier, vamos a dejar a este tal por cual –y el otro, calladito.

El mesero que nos atendía también estaba, como todos los meseros, del color como el de Guevara no tan elevado. Yo estaba colorado por la copa, y después me dijo Guevara: “Tú estabas verde”. Uno de los militares que había presenciado la bofetada que Palomera dio a Palacios Macedo, se paró y pensé en esos momentos que ellos se iban a encargar de los dos más chiquitos, de cuerpo y de aspecto más delicado, más infantil. Me dijo a mí, y no a Guevarita, correctamente:

–¿Me permite usted una palabra?

–Sí, señor –me levanté, no estaba muy en copas, había tomado dos o tres copas nada más.

–Soy el capitán... –me dio la mano, y yo le di la mano.

–Pues soy el doctor Raoul Fournier.

–Pues, mire usted, el general Palomera López nos dejó aquí a nosotros para que les diéramos una excusa de lo que ha pasado. Mi general Palomera se molestó de todas las cosas injustas que estaban diciendo de él, y como creyó en un momento dado que ya venía la agresión de parte del señor, se levantó y se adelantó, pero es todo un caballero.

–No lo dudo. A nuestro compañero, pues perdónelo usted, pero estaba un poco pasado de copas.

–¿Qué estás diciendo, Fournier?

–No, no estoy diciendo nada, estoy hablando con el señor capitán.

–¿Usted no tendría la bondad de recibir una excusa de parte de mi general?

–Pues sí, con mucho gusto.

Tenía una traza, como si no contara. El otro señor, amigo de Palacios Macedo, salió. Y nada más nos quedamos Guevara, Palacios y yo. Entonces, unos pasos más adelante, en un cenadorcito o una cosa así, que hay ahí en el parador en La Bombilla, estaban los dos. A mí creo que me vieron la cara de muchachito, porque realmente, a los veintisiete años, tenía una cara infantil, todavía representaba en esa época un escuincle, así es que me sentía crecido con esa cosa: hablarle a Palomera López, el coco de México, hablarle a Cruz, que me dieran la mano, Cruz y Palomera López. Bueno, pues me dice:

–Creo que ustedes nos han disculpado, pero son cosas que se comprenden, que algunas veces hay que explicarles con buen modo el porqué mi general Calles está procediendo así, él no trata más que de aplicar la Constitución y eso es todo lo que él desea, nosotros ejecutamos órdenes superiores y, claro, estamos a la vigilancia de que se cumpla la Constitución aquí, en el Distrito Federal, de tal manera que esa es la explicación que me hace usted favor de darle a sus compañeros.

–Bueno, sí, señor, mucho gusto en conocerlo.

–El gusto es para mí.

Me dio la mano, las cuatro personas siguieron y regresé. Palacios Macedo se había esfumado, y Guevara estaba todavía sentado, el pobrecito. Todavía verde, del mismo color. Él ya contaba con un cadáver, el de Fournier. Bueno,

pues me senté con Guevarita, se acercaron los meseros, vieron que estaba yo charlando con los señores y todavía me dice el mesero:

–La cuenta está pagada.

–¿Por quién? –creí que era Palacios Macedo.

–No, fue el general Cruz el que pagó la cuenta.

–¡Ay, Guevarita!, ¿estás oyendo?, ya el general Cruz y Palomera López nos han pagado la cuenta de las copas y tú todavía estás de color verde.

–Señores, ¿quieren ustedes tomar otra cosa? –nos preguntó el mesero. Y dije:

–Pues sí, dénos usted un refresco con una copita de *cognac*. ¿Y tú?

–Yo tengo ganas de volver el estómago –dijo Guevara.

Por fin lo convencí de que se serenara, que ya no había nada, que siguiera, pidiera un refresco para que no diéramos la nota que habíamos corrido, que hasta lo último nos aguantábamos. Ya se estaba serenando y ya pidió algo:

–Bueno, yo otro.

Nos trajeron nuestro *cognac*, que no pagamos nosotros, porque se conoce que tenían consigna de pagar todo lo que siguiéramos tomando. Ya iba a ser la hora de la comida, como las dos de la tarde y me dice:

–¿Tú qué piensas?, ¿comemos juntos?

–¡Sí, hombre!, vamos a comer juntos. Comimos ahí en La Bombilla, que era muy mala comida, y ésa fue la aventura.

Al día siguiente encontramos a Macedo y nos dijo:

–Ustedes acabaron la francachela con Palomera López.

Me gustaba y me gusta mucho oír chistes políticos, pero entrarle, no me gusta. En 1929 surge el partido en México,<sup>3</sup> estuve muy cerca de esas cosas, porque como estaba pegado a Melo, estaba pegado con Calles, fui un espectador paciente de lo que fue la Revolución. Pocos se pueden jactar de haber conocido a Villa en una aventura pseudoamorosa, persiguiendo en una cornisa del Hotel París a una señora. Y luego haberle dado la mano, no conocerle nada más la nalga, a don Venustiano; un día –antes de que yo le aplicara, las inyecciones como estudiante–, encabezados por Enrique Erro, Octavio Barreda y un grupo importante le fuimos a pedir explicaciones sobre la presencia de los norteamericanos en Veracruz. Enrique Erro tenía muy buena oratoria, increpó a don Venustiano Carranza, así es que me hizo mucha impresión esa entrevista.

<sup>3</sup> Se refiere al Partido Nacional Revolucionario, fundado en 1929, que en 1938 cambió su nombre a Partido de la Revolución Mexicana, y en 1946 a Partido Revolucionario Institucional.

Yo le tenía miedo cuando me dijeron que fuera con unas inyecciones; positivo pavor, porque él usaba sus gafas de miope y los vidrios eran de color un poco verde y la barba; ya después me enteré que no era un hombre tan viejo.

Yo estaba en México cuando el asesinato de Obregón, en julio de 1928. Me había ido en 1927 a Europa y regresé a mediados de 1928. Dos o tres días después de que había llegado, mataron a Obregón. Después regresé a Europa, México no era comentado en Europa, no existía México. Al contrario, nos llamaban un país ingobernable, tenían el recuerdo de la muerte, asesinato, como le llamaban ahí, de Maximiliano. Unos en favor de Juárez, otros *s'en foutaient pas mal de la chose*,<sup>4</sup> no les interesaba, así es que, se hablaba muy poco de México. En las reuniones con Unamuno, cuando hablábamos de México, decían:

—Pues claro, México ya es un país que se puede admirar.

Hablaban del petróleo de México —como fue el primer país productor de petróleo— y decían:

—Qué suerte de este pobre país —*pauvre pays*, decían los franceses.

Los españoles decían:

—Pobre país, parece que acabó una época con el asesinato de Maximiliano, quieren a Porfirio Díaz, no podemos juzgar, porque era un imitador del emperador de Austria, de Francisco José. Decían de Juárez:

—Él peleó contra Napoleón.<sup>5</sup>

Creo que hubo mucha admiración por México entre todos los antiimperialistas franceses; me lo contaban los propios franceses, no aquí, y después, cae este pobre país en manos de los americanos.

Yo opinaba que Calles era un individuo con madera de tirano, que era un hombre bastante más inteligente, con más dotes de gobernante que Obregón. Era bastante mejor que Obregón. Pero lo que me repugnaba, no era tan sólo su figura, ni su mirada aquella —que en esos momentos tenía la asociación de esa mirada de Palomera López—, me chocaban esas cosas, no sé si contradictorias o no, pero yo, que soy tan libre en ideas, y en que cada quien haga lo que le de su regalada gana, soy muy puritano en determinadas cosas. Por ejemplo, el que las hijas de Calles, una hija de Calles, Titina, tuviera amores con el Algabeño, un picador de toros, y que se fuera a bailar todas las noches y a hacer grandes escenas en un restorán que se llamaba Abel, allá en la avenida

<sup>4</sup> *Les tenía sin cuidado el asunto.*

<sup>5</sup> *Se refiere a Napoleón III.*

Juárez, por donde estaba el edificio de La Nacional. Bueno, me caía tan mal... Figúrense que Madero me caía bien por lo austero, porque era un hombre muy limpio en su manera de vivir o así me lo figuraba, o así me lo pintó mi padre, ésa es la impresión que me daba. Y luego, pues que triunfa la Revolución, uno que está anhelando que triunfe la Revolución y luego que echan abajo a Carranza por déspota, pero que lo asesine Obregón, esas cosas.

Por la cuestión del revolucionario y todas esas cosas, me pareció una revolución, la nuestra, tan dominada por las pasiones, por las acciones tan inferiores, una revolución tan falta de ideales. Si me preguntan por qué no me he politizado nunca, por qué he estado siempre así al margen de las cosas, siendo un rebelde por naturaleza, un hombre contradictorio, se debe a eso, a que vi la falla de los hombres, de los que yo creí que continuarían con una pureza de principios.

Cuando uno se pone a analizar a esa gente de la Revolución, que nada más se peleaba por el poder, asesinaba y mandaba asesinar y todas esas cosas, ¿cómo quieren que vaya uno a creer en la Revolución mexicana? Yo no creo definitivamente en eso, por eso yo no estoy politizado, porque no me interesa absolutamente la cosa. Claro, no soy conservador, eso sí, desde ese punto de vista sí soy del Partido Revolucionario, porque soy anticonservador en todas las cosas, precisamente por la rebeldía que tengo en el interior.

Cuando era estudiante pensaba que no ejercería nunca la medicina. Aunque me gustaba mucho y el trato humano, creía que siempre iba a estar al lado de Melo y que él me mandaría poner las inyecciones, que entonces ponían los practicantes y no las enfermeras ni los boticarios como ahora y que siempre estaría al lado del doctor Melo. La especialidad que hice en el primer viaje a Francia no fue con la idea de ejercerla, sino transmitirla y poner los medios, es decir, hacer todo lo que se hacía entonces en Europa a propósito de la gastroenterología. Pero no tenía pensado ejercerla, hacía análisis coprológico, es decir, el estudio de las materias fecales, la investigación de parásitos, el aislamiento de gérmenes y luego cómo digería la gente los alimentos, que entonces no había todos los inventos que vinieron después, allá en los treinta y tantos, de buscar todas esas cosas en la sangre.

En aquella época, me refiero a los años de 1924 a 1927 se le daba una comida especial al enfermo, a la persona por estudiar y veía uno cómo estaban digeridos esos alimentos, si les faltaba algún elemento de la digestión, o

si la gente tenía tejido conjuntivo en las placas musculares que arrojaba por las bacterias fecales, quería decir que había una insuficiencia en el estómago. Y eso lo combinábamos con un estudio del jugo gástrico entre el doctor Miranda y yo, que por primera vez lo hicimos en México. Así es que no tenía pensado explotar la medicina, no era otra cosa más que tener mi obligada chamba de la carrera de hospital, que comencé por practicante de oposición y después pasé a otra cosa y después fui médico adjunto, pero eran sueldos muy precarios. Un médico, como yo, ganaba noventa pesos, sí, noventa pesos de 1927, que eran como dos o tres mil de ahora, de 1977, pero no era suficiente.

### *Sentía que debía volver a París*

Después de año y medio de estar aquí en México, por segunda ocasión regresé a París, por eso de querer estar al día efectivamente de todas las cosas. Ya no me sentía parasitólogo, no me sentía especialista en enfermedades del intestino, sino me sentía capaz de hacer otras cosas y de seguir adelante todos los estudios sobre el resto de la patología digestiva. Sentía que debía volver a París.

Antes del viaje había comprado unos instrumentos, por ejemplo, un gastroscopio, ya comenzaba a hacer cosas de laboratorio, y por eso después me fui. En 1928 regresé con el pretexto de perfeccionarme, a fijarme un poco más en concreto en determinados puntos, y comenzar a hacer una especialidad en serio y a traer aparatos. A medida que se fueron facilitando los viajes y todo eso, se abreviaban las estancias.

Las cosas seguían muy mal aquí en México. Había muchas enfermedades, muchas cirrosis y abscesos, en fin, yo decía “Hay que aprender algo, yo quiero ir a hacer un curso”. Lo más chistoso es que el gobierno nunca me comisionó, solamente una vez fui comisionado y pagado por el gobierno, por una estancia de un mes; lo demás, fue de mi puritito trabajo.

A mi regreso a París, en 1928, regresé al servicio de Binzot, ya no de manera oficial, sino como *agrégé*, agregado al curso. Cuando había cursos especiales, ponían *agrégé*. La segunda vez sí sentí que ya había comenzado a estudiar gastroenterología en serio. Entonces Binzot me dijo:

–Te voy a mandar a *faire l'estornac*.<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Estudiar el estómago.



Caroli, que después ha sido una eminencia en Francia, en la gastroenterología, que era entonces el verdadero oficial *agrégé* al curso, al servicio de Binzot, me llevó, porque el asistía ahí, y me había mandado Binzot con Gutman. Los discípulos que querían aprender alguna cosa de intestinos se los mandaban a Binzot y viceversa, Binzot mandaba con Gutman o con Caroli. Entonces le dijo Caroli una mañana, antes de entrar en vacaciones de primavera del año de 1928:

—Lleve a este pequeño Fourniere, con Gutman, le dice que tengo mucho deseo en que aprenda bien todos los secretos del estómago que él maneja a la maravilla. Entonces va a hacer más fuerte su pensión.

Ya me dio ahí alguna cosa, un libro que acababa de publicar Binzot, y me dijo:

—Se lo entregas en propia mano a Gutman y además le entregas esta carta.

Así es que fui muy bien recomendado, iba de la mano de Caroli, además iba con el recado aquel y con el libro. Entré perfectamente bien ahí con Gutman, que estaba en la Salpêtrière. Entonces me dijo Gutman (ahí la costumbre es hablarle a todos los médicos jóvenes de “tú”, y aún lo hacen entre los viejos que, salvo excepciones, se hablan de “usted”):

—Mira, te voy a dejar, aunque tú has estado con Béclère y se hila muy delgado en cuestiones de radiología, pues primero vamos a hacer interpretaciones, ya en concreto nada más de estómago y duodeno, intestinal.

Ahí comenzó mi entrenamiento y las historias clínicas y todas esas cosas. Él estaba redactando un libro, y en las tardes tenía que hacer, pero como no tenía yo ningún quehacer, me pidió que le ayudara para clasificar las radiografías para su libro. Me daba los capítulos, tomaba las radiografías que parecía correspondían a cada capítulo. Sentí que estaba dentro de la especialidad de gastroenterología, completamente; claro que duré muy poco tiempo con él la primera vez.

Después reanudó, porque iba y venía a Francia a cada rato, así es que estuve hasta la iniciación de 1929, que ya regresé a México. Regresé a París en 1930, volví con Gutman, continué mi estudio; él volvió a tomarme con mucho cariño, y entonces ya agarré un poquito más de sus servicios, ya tenía funciones pedagógicas, le corregía historias clínicas al muchacho interno que las hacía. Los residentes, que apenas hacían su entrenamiento, se las corregía yo y ya se leía la historia. Hacía el primer comentario, y después otro inferior a mí hacía el comentario, después el director; era una escalera que se usaba mucho, una cadena que daba mucho juego en esas cosas, y además me obligaba a estar lo mejor posible. En primer lugar, porque yo iba antes de René

Gutman, a hacer el comentario prefinal, y ya después era Gutman el que decía las últimas cosas.

Gutman era un viejo, se definía de esta manera: “Soy un viejo francés que tiene más de una gota de sangre judía”. Y pensaba para mis adentros: “El señor es un judío que tiene una gota de francés”. Como maestro era magnífico, muy elocuente, tenía una cosa muy semejante a Binzot, *il bégayait un ‘tú peu*, tartamudeaba un poco, por un defecto, porque había tenido un cáncer de la parótida que le habían radiado, y eso le había atrofiado un poco la mejilla, la tenía un poco colgante y hablaba un poco raro, y Gutman tartamudeaba un tanto y yo siempre tenía esa idea: “Tiene la lengua más grande que la boca”. Entonces, del esfuerzo de tener la lengua adentro, pues le causaba cierta..., y luego al hablar, pues salía la lengua, se mojaba los labios, pero hablaba muy bien, era muy elocuente, muy claro, muy preciso, y decía yo: “Todas las gotas que tiene, la inteligencia, indudablemente es judío, y cierto orden de sus cosas, de elocuencia, de orden”, así es que le consideraba, en cuanto a su modo de ser, muy francés. Fui a cenar varias veces a la casa de Gutman, era una casa francesa, común y corriente. La mujer, con el tipo de francesa, era normanda, teníamos puntos de contacto, porque le hablaba del origen de mi familia, que era de Normandía, del lado paterno.

El sistema de estar escalonados, era magnífico, porque se nos hacía trabajar en la misma cosa a cuatro o cinco personas, cada quien exponiendo un mismo problema, a su manera; construyendo su diagnóstico con las cosas que él había leído, que a veces eran un poco heterodoxos al razonamiento de Gutman y, en fin, era una escalerita de cinco personas, que decían las cosas como las entendían y les daba gusto que las sintiera más maduramente que los otros que estaban más abajo.

Yo era ya un hombre de treinta años y con una experiencia que había tenido aquí en México, de “enséñate a ti mismo”, como era la consigna entonces. Eso me daba un privilegio y ocupaba un buen lugar en el servicio. Un día Gutman me dijo:

–*Bien, viens, tu vas bien faire la leçon aujourd’hui, parce que tu sais, je suis fatigué et je pars...* –Estoy cansado, no puedo dar la clase, tengo una gripe muy fuerte, voy a ver si descanso en el campo unos días y tú te vas a quedar esta semana, y en tal día, el martes, toca lectura de historias clínicas.

Se había convocado al anatomopatólogo y al cirujano, y me dejó la responsabilidad. Los que no me conocían en el servicio, pues me veían con des-

confianza; el esperado era el viejo Gutman, y aparece este muchachito, que ellos no sabían si era mexicano o no, era yo Fournier, así. Se leyó la historia clínica, llegó el practicante a su conclusión, llegué yo a la mía. Era como se acostumbran hacer las lecciones anatomoclínicas, nada más que no era autopsia, sino que en este caso entraba el cirujano:

—¿Y usted cree que con los dedos o la simple vista puede decir si hay signos de malignidad o no?

Y el otro se quedaba corrido y me decía:

—Yo creo más en el dictamen de los rayos X, van indicando una cosa.

Entonces me echaban el toro a mí:

—¿Usted ya apreció alguna cosa de malignidad?

—No, ninguna. Pasó como una úlcera péptica de localización en la incisura, una úlcera que le sangraba repetidas veces, pero que pulsaba con una colidria normal, con unas pepsinas sin alteraciones, todas las cosas de la úlcera simple.

Regresé a Europa a finales de 1927 y estuve hasta mediados de 1928, hasta las vacaciones europeas. El siguiente viaje fue en 1930 y es muy importante porque coincidieron en el mundo hechos muy singulares.

Se formó un grupo de desterrados en París, en La Rotonda, en el café que ha venido a menos, pero siempre conserva su pulcritud y cierta dignidad antigua. Estaba en Montparnasse, ahí iban a juntarse los refugiados de España; los exiliados por la dictadura del señor Primo de Rivera.

Una vez, vi sentado a Valle-Inclán, a quien había conocido de vista aquí en México, en las épocas de la..., bueno, no precisamente de la Revolución, poquito después, justamente a principio de Carranza. Estaba solo el café, eran las dos de la tarde y había una que otra pareja tomando café, y yo quería acercarme, con timidez, a la mesa de Valle-Inclán. Por fin me decidí y le dije, en castellano naturalmente:

—Maestro Valle-Inclán.

—¿Qué hay?, ¿un paisano?

—No —le dije—, soy mexicano.

—Bueno, un paisano, y... ¿de dónde es usted?

—Soy...

—Déjeme que le adivine de dónde es usted, usted es mexicano.

Porque oscilaba entre si era yo cubano o mexicano, y como ese viaje lo había hecho con un cubano, en el barco, pues se me había pegado algún modismo, alguna manera de hablar, estaba un poco difícil averiguar el origen de mi acento castellano, y le dije:

–Soy mexicano, lo conocí a usted en México, estuvimos en algunas exhibiciones donde iba yo siendo estudiante, y usted estaba ahí.

–¡Ah!, usted es mexicano, ¿se acuerda de Pancho Villa?

–Sí, cómo no. ¡Qué mexicano no se va a acordar de Pancho Villa!

–Pues espere, espere un rato: ¿usted va a tomar café o copa?

–No, yo tomo café.

No tenía para la copa. El café costaba cincuenta céntimos, veinticinco, y una *coupe* del coñac o de la crema que se tomara uno, pues era bastante más.

Pedí mi café, nos pusimos a platicar, a contarme que él era un enamorado de México, que había dos países de América que le gustaban mucho, que eran Cuba y México, haciendo comparaciones muy graciosas y atinadas a propósito de México y Cuba. Primero hizo una especie de fantasía geográfica de que indudablemente aquella Cuba estaba cerrada, que se unía a Yucatán y que había habido efectivamente un choque entre la cosa de los habitantes de Cuba, que no eran más que los exiliados de otros lados de América, de Veracruz (ahí todavía no existían los negros), y que los mayas –decía “los yucatecos”– tenían otro carácter distinto al cubano, que eran secos, refractarios a todo tipo de guasas y de fiesta y todo, pues tenían un espíritu sagrado y que se creía cada uno un sacerdote.

Discutimos un poco, yo aprobaba su punto de vista: esa diferencia entre el cubano y el yucateco que todavía existe. El yucateco incluso en sus cosas alegres, en sus fiestas y todas esas cosas, recuerda un poco rituales que no son españoles, que no son de ningún otro lado, más que propias de los mayas, que era un pueblo que tenía características muy peculiares, mientras que La Habana había sido recorrida por ese injerto tan gracioso que se hizo entre el negro y, más que español, del gallego, que es una cosa especial de español. Porque, en primer lugar, no hablan bien el castellano, seguramente hubo algunos castellanos ahí que le dieron un tonito general al idioma, una combinación curiosa.

Al hilo de la conversación, paulatinamente se fueron presentando otras personas, nada menos que Unamuno. Después llegó el pintor francés Picabia; al rato llegó Picasso; Gómez de la Serna, total que la gente más florida y, hasta el último, llegó Fujita, el japonés que decía que era exiliado japonés, y estaba

ligado a una muchacha que hacía entre el *trottoir*<sup>7</sup> y el paseo casto del Boulevard Montparnasse. Se llamaba Kiki, todo el mundo le decía Kiki de Montparnasse. Era para el año 1930 la mujer más famosa de París, cuando menos de entre Montparnasse y el Barrio Latino. Bueno, pues la dejaba a un lado, en otra mesa, no le gustaba que estuviera sentada, porque los otros, sobre todo Unamuno, era muy seco, veía muy mal que de eso se hiciera una juerga. Era una peña y ahí iban los españoles.

A medida que iban llegando los otros, me iba marginando un poco, considerándome un usurpador de aquel lugar. Entonces Valle-Inclán me dice:

–No, no, tú ven acá donde estabas, si nosotros estamos usurpando tu lugar, no tú el nuestro. Es un mexicano, es amigo, nos conocimos... –porque era, tenía una fabulación Valle-Inclán, e inventaba una historia de cualquier cosa–. Aquí está uno de los testigos de mi intervención en Columbus, cuando perdí el brazo al lado de Villa.

Decía que había perdido el brazo en Columbus, y luego se le olvidaba. En otras ocasiones, decía que en Celaya la misma bomba que le había volado el brazo a Obregón, se lo había quitado a él. Y alguno dijo: “A éste, en una riña le dieron un botellazo en el brazo y se le gangrenó y se lo quitaron en La Habana”. Probablemente ése era el origen real de la cosa, porque le daba mucho por la juerga a Valle-Inclán. Bueno, pues eran unas reuniones que comenzaban con el estudio político de la situación española, y al rey le pronosticaban meses para caer. Todavía duró en caer, porque se fue hasta abril del 1932, cayó y lo vi salir, por Cádiz, a Alfonso XIII.

Era muy interesante, iba Casals, estaba Picasso, que era otro viejo fabulador muy divertido, que siempre tenía la manía de decir (yo creo que Dalí quiso imitar un poco la idea de Picasso): “Mira lo que me encontré”. Sacaba unas narices postizas y se las ponía delante de todos, y entonces Unamuno, que era la seriedad en persona (él no salía nunca de la Universidad), se le quedaba viendo con una cara de odio, hasta que Picasso se quitaba sus naricitas. Al rato se le olvidaba y sacaba unos bigotes, bueno, era una sátira, porque antes, en París, se usaba toda esa cosa de chanza. Tanto en el Boul’ Mich<sup>8</sup> como en Saint-Germain había en las calles vendedores de ese tipo de cosas: de caretas, de postizos, de cosas inconcebibles.

<sup>7</sup> La taloneada.

<sup>8</sup> Se refiere al Boulevard Saint-Michel.

Algunas veces me tocó llegar y platicar con Unamuno, antes de que llegaran los otros. Procuraba llegar temprano, había adelantado la hora de mi parvedad que hacía como almuerzo, para irme corriendo a La Rotonda. Salíamos del hospital exactamente a las doce. Generalmente, cogía el metro que llegaba a Saint-Michel y ya me iba después de hacer el recorrido de ese metro Clignancourt-Orléans. Me dejaba en Saint-Germain o en Montparnasse e iba directamente al café. Generalmente comía en Montparnasse; en La Rotonda, donde estaba mejor la comida y menos cara, tomaba un sandwich o alguna cosa y ya me iba al otro café. Un día me tocó el diálogo con él y tardó en dirigirme la palabra; ya nos conocíamos, nos hablábamos de “¿qué tal?”, “¿qué tal?” Muy ceremonioso, pues ellos eran viejos, yo era un hombre de treinta años, era de la edad de sus discípulos en la Universidad.

Entonces me preguntó Unamuno:

—¿Usted es anarquista? —no sé en qué me había visto que podía ser anarquista, porque por acá en Montparnasse pululan mucho los anarquistas.

—Pues no, señor, soy médico y no tengo tiempo, además el anarquismo nunca lo estudié, así es que no tengo esas ideas políticas, y si tuviera yo una idea política, concreta, aquí en París, si perteneciera a algún partido, créame usted que no sería ni anarquista ni *croix de fer*<sup>9</sup> —que era el título de los fascistas—, sería comunista.

—Yo suelo escribir, no sé si me ha leído.

—Sí, cómo no —entonces le comencé a contar a Unamuno los libros suyos que había leído, y eran más de los que suponía.

—Pero cómo, ¿en México, Unamuno se lee?

—Pues sí, señor, y he pertenecido siempre a grupos que han leído a Unamuno.

—Y ¿qué les parece, además de lo aburrido que soy?

—Pues, señor, no nos parece usted aburrido, nos parece tal como usted se pinta y tal como describe hechos y cosas. Nos parece usted un hombre, podríamos llamarle liberal, que contrasta mucho con todo el espíritu, con los extremos españoles, el liberal y el profundamente católico, el mocho.

Y le dije fragmentos, tenía yo todavía muy buena memoria: “Salgamos a la calle todos gritando...” era una cosa de libertad muy bonita, y él se quedaba con unos ojos como búho. Lo que era impresionante de Unamuno era su cara, era una cara muy rígida, tenía pocos gestos, era de barba casi blanca, de

<sup>9</sup> Cruz de hierro.

unos ojos operados por cataratas, lo que permite que la pupila se abra mucho y se les ve nada más lo negro de la pupila, y encima, anteojos gruesos, de fondo de botella, como de aumento. Así es que le aumentaba los ojos, y esa cara sin gestos, sin expresiones, bueno, era una expresión como de fiera. A Unamuno se le podía tener miedo nada más de verlo.

Me fui dando cuenta que era un inconforme, una gente intolerante para todo. Odiaba a los anarquistas, a los ultracatólicos, a los mochos, odiaba a muchos. A los comunistas no, era bastante tolerante, le parecía que el comunismo era una cosa que podía llegar, de cierta manera, a una libertad completa del hombre; todavía no tenía odio, estábamos en la época de Stalin y en estas épocas era menos feroz, era menos dictador. Entonces, todos los españoles platicaban de que era un régimen de liberalidad absoluta. Había quienes habían estado en Rusia y decían que no, que ninguna libertad, que ahí todos pensaban de una sola manera o no pensaban.

Era muy curioso el grupo porque cada quien seguía su temática. Como sucede con la mariguana, que primero está uno concentrado en sus fantasías, y después, como que se rompe aquello, uno forma parte del mundo, penetra al mundo y está uno en un ir y venir. Pues al grupo aquél de gente tan eminente en todo el mundo, llegaban Gide y Cocteau y toda esa gente importante de la época a formar parte de esa peña que me había tocado de pura casualidad y que tenía esa estructura como de mariguana.

Estábamos hablando de un tema conjunto, por ejemplo de la libertad, y a mí me cuestionaban bastante porque me preguntaban:

—En América ¿qué tanta libertad...?

—Bueno, vamos a ponernos de acuerdo ¿a qué le llaman ustedes América, en el sentido español de la palabra o en el sentido americano de la palabra? Porque en el sentido americano de la palabra, no conozco cómo son los americanos. Estados Unidos no me interesa a mí, es un país que no me simpatiza tampoco. La América Latina es distinta. Tiene que haber forzosamente, y de vez en cuando, ciertas tiranías, ciertas dictaduras más que tiranías, que medio enderecen las cosas, y luego soltarlas en una juerga, más que en una cosa social muy profunda. Vean por ejemplo cómo han sido los presidentes de México: tiranía la que ejerció, desde luego, don Porfirio, durante mucho tiempo. Si se analiza a Porfirio Díaz, y se da uno cuenta que, claro, hizo esas matanzas y era un reaccionario y todo, pero medio formó al país, que había quedado, después de la Reforma, en un estado lamentable. Así es que realmente a Díaz

se le debió, que se fijara realmente cuáles eran los problemas de México y a Díaz nadie lo ha presentado como un gobernante magnánimo.

Bueno, en ese ir y venir de las ideas, de repente, Casals comenzaba medio a canturrear, a silbar un poco —siempre inauguraba sus evasiones mentales con el canto—, el canto de los pájaros de una pieza que tomó de una cosa popular y compuso una cosa para chelo muy romántica. No sé si como música tenga alguna importancia, pero por ahí lo oía yo. Y estaba Valle-Inclán, pensando en otras cosas, y se soltaba con algo de lo que estaba tramando para alguna obra. Después caíamos en el diálogo y en las discusiones y todo eso, pero al rato cada quien estaba pensando en lo suyo.

Para eso Unamuno no estorbaba nada, era un hombre que siempre le llevaba la contraria a Valle-Inclán, porque para ellos, era un heterodoxo completo y el colmo de la ortodoxia en cuanto a lo castellano. Y el otro no, de repente se soltaba, con una cosa de “la reina castiza” de Valle-Inclán, equivocaba a veces el vocablo: “noble y santo varón, he dicho el hecho de cabra y no leche de cabrón”. Todavía no lo editaba, y estaba como redondeando una frase, porque se quedaba después callado y recitándolo hasta que le daba la forma completa y la soltaba. Eso le parecía muy mal a Unamuno.

Picasso tenía una actitud como divagada. Por ejemplo, estaba sentado en otra mesa y le decía a Fujita:

—¿Y porqué tienes a esa mujer sentada allá?

Eran diálogos en muy mal francés, así es que el otro le decía:

—Porque se me antoja, porque las mujeres no deben estar aquí.

Y entonces Unamuno aprobaba, porque había sido su consejo. Me imagino que Fujita tenía cierta razón, porque, claro, a ella se le acababa completamente toda la conversación de las cosas que había hecho en el día, y de quién había conocido. Kiki era repetitiva, muy monótona de sus cosas; una mujer muy hermosa, muy bonita. Fujita la incitaba siempre a que se desnudara, que saliera al desnudo, era muy exhibicionista: “Mira a esta pobre mujer, se golpeó, a ver enséñales, enséñales”, y se quitaba la falda y todo. Esas eran las escenas de café.

Había yo dejado aquí en México a mi grupo de pintores, y luego de los Contemporáneos y toda la gente aquella que había sido justamente de mi tiempo, y me encontré en París, en los años ‘30, me voy encontrando ese grupo.

Blasco Ibáñez era una gente que medio mencionaban de casualidad, o siempre peyorativamente, pero cuando Blasco Ibáñez publicó sobre México,



*El militarismo mejicano*,<sup>10</sup> estaban indignadísimos. El que sacó a colación la cosa fue Valle-Inclán y bueno, lo pusieron... “ese mediocre, ese perro sarnoso, recoge migajas en los banquetes”. Bueno, cuanto epíteto podían. Respetaban mucho a México. Yo sentía que mi presencia ahí, como mexicano, no era mal vista por el hecho de ser mexicano.

Eran republicanos todos. La República era para ellos la única posibilidad de salvación de España, y cada quién ponía sus ministros. Gente que yo desconocía completamente, porque no había conocido a nadie importante en la primera época que estuve en España. Todo el mundo aceptaba al rey por la gracia de Dios.

En esos catorce meses volví a trabajar en Saint-Antoine, al lado de Binzot. Estaba parte en la clínica y parte en el laboratorio; era yo una gente de enlace, es decir, en la consulta externa, se tomaban productos de las endoscopías y me las llevaba al laboratorio a hacer siembras o a estudiarlas microscópicamente; así es que era un viaje continuo entre el laboratorio y la consulta.

Me gustaba mucho el ambiente del París de aquella época. Recibía sueldo en Saint-Antoine, pero muy poco. Llevaba dinero, no suficiente, pero llevaba dinero... Vivía en un hotel, del Boulevard Saint-Germain, donde se hizo uno de los primeros cafés existencialistas, La Rose Rouge, la rosa roja. Ahí, en los altos del hotel que se llamaba Palace Hôtel, tenía una habitación muy buena y, en fin, estaba en un centro, ya comenzaba a ser importante el barrio de Saint-Germain.

Desgraciadamente, era suficientemente cursi para ser muy nacionalista, a pesar de que estaba en contra de la cursilería y todo. Pero no crean que mi nacionalismo era como el de mis otros amigos, excepto Rosenblueth y yo que aparentemente no teníamos nada de nacionalistas. Tomábamos nuestra comida francesa con mucho gusto, pero llegaban los mexicanos y llevaban el chilito, la salsa Clemente Jacques. Teníamos que ir siempre a restaurantes donde nos permitían esas cosas, porque entonces se les figuraba un horror, y más si se quedaba una latita, en un restorán, para el día siguiente y se les ocurría probar eso, bueno...

Los mexicanos, sobre todo en el ramo médico, iban a París a buscarnos, fatalmente, a nosotros. Rosenblueth era muy retraído, no quería ver nada con

<sup>10</sup> Vicente Blasco Ibáñez, *El militarismo mejicano*. (Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos), Valencia, España, Prometeo, 1920. Véase Mexico in Revolution, New York, E.P. Dutton Company, 1920.

nadie y yo era más pachanguero, me había ofrecido en otras ocasiones de guía, así que era más popular en el ambiente del consulado.

Puedo decir que ése fue el año de mi vida, en primer lugar por lo del Café de La Rotonda, y luego porque en noviembre de 1929 un parasitólogo alemán Reihëau me escribió:

Amigo Fournier:

Acabo de organizar un curso que se va a dar en español en el Instituto de Enfermedades Tropicales de Hamburgo.

Entonces me fui para allá en 1930. A la sazón estaba en París un amigo mío, éramos íntimos amigos. Era un intelectual, una gente muy inteligente, muy brillante y me encantaba su compañía, visitábamos museos y bibliotecas. Era Enrique Asúnsolo, primo hermano de María y Dolores del Río y de otra gente que ha sido famosa. Le dije:

—¿Quieres ir a Alemania?

—Sí, tengo muchas ganas de conocer Alemania.

Era la Alemania de Hindenburg y me dice:

—Oye, pero si no sabemos hablar ni pizca de alemán, y no creas que me interesa mucho Hamburgo, yo no te voy a acompañar a Hamburgo.

—Bueno, no te digo que te estés ahí, tú vas a conocer Alemania.

Y bueno, caímos primero en Berlín, que era la manera mas práctica y mejor de irse de París a Alemania, por tren, pues otra cosa no se usaba. Llegamos a Berlín, a un hotel bastante bueno por cierto, y nos quedamos ahí unos cuantos días. Reihëau mandó por mí a uno de sus ayudantes que hablaba castellano. Asúnsolo se quedó en Berlín, hizo el recorrido que quería, conoció bastante del centro de Alemania, Viena y otros lugares.

Me quedé en una pensión donde hablaban castellano, era de una española. Las criadas ahí hablaban castellano. Las clases eran en castellano, fui el único mexicano que estuvo ahí, había un guatemalteco y un argentino. El curso duró desde noviembre de 1929 hasta la mitad de enero de 1930. En la ciudad de Hamburgo no hay nada que hacer más que estudiar medicina tropical y las prostitutas más feas... Era una especie de Marsella en Francia. Todo estaba pagado por Reihëau y aprendí lo que tenía que aprender: enfermedades del intestino, tropicales, la cosa de la parasitología, paludismo, en fin. Lo que tiene importancia es que estuve en Alemania, y que regresé a Berlín en el mes

de enero con Enrique Asúnsolo, que nos vimos de nuevo en el mismo hotel, y me contó todas las experiencias alemanas, y ya nos volvimos a París.

Ahora comienza la parte interesante, que ya tiene relación con lo mexicano. Una mañana, me parece que del mes de febrero de 1931, me encuentro con una llamada del consulado de México, que por favor me presentara a la mayor brevedad posible. Me encuentro la nota esa: “Tenga usted la bondad de presentarse lo más pronto posible al consulado”. Pensé que iba a ser algún encargo especial, que acompañara a fulano o mengano, y ya eran cosas que ya habían pasado para mí... Me encontré al cónsul de México, que no era en esos momentos Pani, sino que era el secretario, el abate de Mendoza, me dice:

—Oiga, Raoul, estamos en un conflicto muy grande, se acaba de suicidar Antonieta Rivas Mercado en Nôtre-Dame. Estamos urgidos de que alguien haga la identificación del cadáver, porque a Vasconcelos no lo hemos encontrado en ningún lado; no hemos encontrado a nadie que realmente la haya conocido, y sé que ustedes eran amigos y que usted puede hacer esa identificación, por favor.

Luego habló el abate, que fuera yo con Balthazard, el jefe del servicio médico legal que había sido mi maestro de medicina legal en la Facultad de Medicina. Me presenté ahí con un papel de la Embajada diciendo quién era y que iba oficialmente a la identificación del cadáver a la morgue; no era que me dieran miedo los cadáveres, que me asustaran, pero sí me impresionó ver a Antonieta completamente exangüe, con los brazos colgados en una mesa de mármol. Se suicidó dándose un tiro en el corazón, en la iglesia, frente a una imagen de la Virgen de Guadalupe que acababan de poner unos meses antes. Se sentó, jaló una sillita y mientras rezaba sus oraciones, sacó de su bolsa la pistola y se dio un tiro; muy eficaz, no tenía más que un tiro. Entonces ya vienen las declaraciones, perder el tiempo con todas esas cosas: mañana y tarde estaba yo con el servicio legal, en el juzgado, en el consulado, en fin, con un grupo, la familia, con amigos.

Vasconcelos apareció, y “¿qué había pasado?” y “¿por qué?” No sé si llegaron a ser amantes o no, pero la tragedia era que Antonieta estaba loca a morir por Rodríguez Lozano, que le hacía el caso que al perro. Y entonces se generó una especie de desesperación de ella por tener a Rodríguez Lozano y el desdén de él de no corresponderle. Tenía sus motivos pero era una cosa de

miedo de uno, de Manuel Rodríguez Lozano, de insistencia de ella, y en esas cosas yo jugaba un papel, porque las pocas veces que veía a Antonieta Rivas, de ella salía:

–Oye, Raoul, te invito a comer, te invito por tu barrio para que no tengas que movilizarte mucho.

–Sí, Antonieta, vamos.

Bueno, a los dos o tres pedazos de *hors-d'oeuvre*<sup>11</sup> que tomábamos, ella comenzaba con el tema:

–Oye, por cierto, ¿no has visto a Manuel Rodríguez Lozano?

–No.

–¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

–Mira, te voy a ser franco, lo vi en el Tout va Bien, que está en la esquina, en la calle de Augusto Comte y Boul'Mich, frente a la Sorbona, donde se ve la cúpula de la iglesia de la Sorbona. Había tenido una conversación con él, llevaba un cigarrito de mariguana, y al rato se presentó Diego Rivera, y estuvimos ahí los tres compartiendo el cigarrito y haciendo visiones. Esa fue la última vez que lo vi.

–Oye ¿y no te dijo de mí, no te habló de mí, no te dijo sus proyectos que...?

–No. Efectivamente, no me había dicho, o me había dicho en otras ocasiones, concretamente:

–A Antonieta ya no la aguanto, tú no sabes lo que es la persecución...

–Bueno, procede de otra manera con ella.

Y él tenía esa táctica que tienen ciertos hombres, ciertos, de eso sí me acuerdo, de hacer, de cortejar y de retirarse. Así que seguía con ella esa táctica, y, claro, cada vez que le mandaba..., no estaba boyante Rodríguez Lozano, pero alguna vez le mandaba un pequeño ramillete de violetas.

Yo acababa de ver una comedia francesa muy buena que se llamaba *Prisonnière*. No me acuerdo cómo se llamaba el autor, era una buena comedia, en la que se trataba de una mujer enamorada de otra mujer que no salía en la comedia, nada más era la tragedia de ella que vivía con el marido y estaba esperando siempre el ramillete de violetas que parece que eso era, era o es, una atención de ese tipo de personas. Rodríguez Lozano le mandaba el ramillete

<sup>11</sup> Entremés.

de violetas, y era la moda en que estaba toda esa creencia de que las violetas únicamente se regalaban en esos casos.

Vasconcelos perseguía a Antonieta Rivas, y Antonieta Rivas, en vista del rechazo de Manuel y en vista de que... pues necesitaba tener alguna amistad masculina, y la que se le presentaba era ni más ni menos que Vasconcelos, un hombre todavía con un gran prestigio y todas esas cosas, así es que se refugiaba en Vasconcelos. No puedo decir si fueron amantes o no, porque nunca me lo dijo. Antonieta no se le rindió y más bien se refería a él un poco despectivamente, le llamaba “el molón”. Le decía yo:

–Oye, qué tal si vamos al teatro a ver esto, o vamos a ver tal película.

–No, este, fíjate que no puedo, porque me invitó “el molón” con mucha insistencia.

Así es que por las expresiones de ella, yo sabía que tenían una amistad muy estrecha y que ella tal vez le contó algunas confidencias. Pero Vasconcelos, al contrario, insistía más en perseguirla, así es que era no un *ménage à trois*,<sup>12</sup> sino un *ménage*<sup>13</sup>... Vasconcelos fue el que acompañó el cadáver en el embalsamamiento y todas esas cosas.

A Rodríguez Lozano no lo vi entonces. Luego seguí teniendo relaciones, no amistad, sino así conocimiento, una amistad..., pues algunas veces un poco más estrecha, otras veces así nada más, él me cañoneaba con cuadros, tengo mucha pintura de Rodríguez Lozano en mi consultorio. Y me enseñó las cartas esas que publicaron después: “La pobre de Antonieta, que estuvo tan enamorada de mí”. Bueno, se jactaba. Ya habíamos tenido algunos diálogos en París, ya me había dicho que lo perseguía, “y la pobre de Antonieta, que no pudimos coincidir en el amor”, y quién sabe cuántas cosas. Eran unas explicaciones y unas lamentaciones muy burdas, muy fuera de caso.

El año de 1930 fue importante para mí. Primero porque obtuve mi diploma de medicina tropical, luego pertencí y pertenezco a la Sociedad Internacional de Gastroenterología, porque me dieron el título de gastroenterólogo en París. En fin por todo eso y además por la amistad del grupo aquel de españoles.

<sup>12</sup> Relación de tres.

<sup>13</sup> Pareja

En aquella época, hay que darse cuenta que era la época de clínica pura; no había más ayuda que el laboratorio y los rayos X, que comenzaban a progresar, pero no había muchas otras cosas. Por ejemplo, estaba muy adelantada la fisiología del aparato digestivo en el mundo.

Hacía cosas de rutina en el hospital: ver enfermos, tomar productos ya sean anatomopatológicos, aislar gérmenes, investigar parásitos. No era de aprendizaje, sino de adiestramiento, hacer todas las cosas rápido y lo mejor posible para poder tener buen material para el diagnóstico. Pero en lo demás, no recuerdo que hubiera adquirido grandes innovaciones médicas. Sin embargo, iba con frecuencia a las cátedras de Richet, y de otros grandes profesores, así es que me pasaba las tardes en las cátedras magistrales.

Desde 1930 quería regresar, pues ya tenía nostalgia. Me había desprendido de ese medio bohemio de México, de Diego Rivera y de José Clemente Orozco, de toda esa gente, y entonces, con la idea como de cotejar, de ver lo que había pasado en México, absorbía las noticias de México, más que las políticas, las intelectuales.

Regresé en 1931, a principio de año. Tomé el barco en Marsella, ese barco de carga que se llamaba el Istria, hizo todo el recorrido de los puertos franceses y de los puertos españoles. Recorría de un lado del Mediterráneo al otro —así es que había conocido Túnez, y otros puertos africanos—, llevando mercancías de España. Paré en Cuba naturalmente.

El barco era de carga, no estaba adaptado para pasajeros; tenía cuatro camarotes y nada más admitían a cuatro pasajeros. Así que habían puesto en Marsella lugar para cuatro pasajeros en el Istria, que zarpaba tal día del mes de abril o mayo. Entonces un americano se quedó en uno, un sueco se quedó en otro, un inglés y yo, pero cada quien su cuarto. Ya era el régimen fascista de Mussolini y el capitán del barco estaba siempre enojado; se conoce que era antimussolini, pero nunca decía una palabra en contra ni en favor de nada. Él y yo hablábamos, nos comunicábamos en francés y decíamos una que otra palabrita en italiano, que le decía yo, él hablaba en italiano, los otros no comprendían francés.

Llegamos todos a Cuba, nos quedamos cuatro días en La Habana, los perdí de vista, porque andaban borrachos en todos los lugares, ya se sabe cómo toman los suecos. Mi familia sabía que llegaba a Veracruz, pero las relaciones con mi padre, aunque estaban un poquito dulcificadas, todavía no eran muy buenas. Él ya me veía como un hombre muy respetable, sabía que me habían

dado un nombramiento oficial en el hospital y que era gastroenterólogo y todas esas cosas lo tenían un poco fuera de órbita, porque había sido el hijo al que le había echado el mal de ojo y..., había yo salido, así es que después estaba muy orgulloso.

A mi regreso, me reincorporé a mi trabajo en el hospital, pero volví al laboratorio, no a la clínica. Continué dando la cátedra de gastroenterología en la Universidad, de modo que mi panorama se amplió completamente. Los discípulos de aquella época me siguieron toda mi vida de trabajo. Instalé entonces un consultorio.

Antes de irme estaba instalado en las calles de Uruguay 49, en una antigua casa en la calle de Don Juan Manuel, la casa que semidemolieron para abrir 20 de Noviembre, pero se llamaba antes callejón de Orihuela. Ahí en el tercer piso, que había que subir por una escalera de tipo colonial, altísima, altísimo aquello, instalé mi consultorio. Siempre tuve la tendencia de juntarme con otros amigos de otras especialidades para completarnos en la clínica. En la de Uruguay llamé a Cosío Villegas, recién recibido y estaba otro médico que ya me ayudaba en otras cosas de laboratorio, Alfonso Castrejón, con cuya esposa me había casado por poder, en París, era Fira Moushkatine, mi vecina ahora en Cuautla. En el año de 1931 Fira vino conmigo, así es que en Veracruz me esperaba ya Castrejón, el marido, que había estudiado en el Instituto Pasteur. Él se dedicaba a la microbiología, y a cosas así, a las que yo también me dediqué en un principio, cuando hice mi laboratorio de análisis.

Como pasaba temporadas en París, fui quien presentó a sus esposas a muchos médicos, que fueron mis amigas en París. Me casé con dos, con Fira y con otra señora que ya no recuerdo cómo se llamaba, que había conocido César Orozco Montiel, médico poblano, y que estaba en París, con el que tuve muchas aventuras y muchas diversiones. Se enamoró de una muchacha que era de las cafeteras, de las que estaban en un café tomándose un cafecito, y se enamoró; era una muchacha guapa y se siguieron amando, vivieron juntos, la hizo su esposa.

Para financiarme los viajes el primero fue de beca. El de 1928 fue de puro trabajo, lo que ganaba lo ahorra y me echaba mi viaje en segunda clase. Iba a París, ya ahí me ayudaba mucho con otras cosas que no son del caso contar aquí, no se crea que de gigolo, no, sino que tenía pequeñas entradas. Por ejemplo, era amigo de Arturo Pani, que era el cónsul de México, y hacía tours y todas aquellas cosas, y eso me ayudaba y lo seguía haciendo. En 1930, ya

no, ya fui con una cantidad suficiente de dinero economizado por mí para quedarme mi año ahí.

### *Un ojo clínico formidable*

Cuando volví a México, en 1931, ya me querían pescar varios médicos en sus pabellones para que colaborara con ellos. Es decir, ya tenían la idea de formar grupos, porque antes eran palomillas nada más, no eran grupos de trabajo.

Una gente que nos sirvió mucho, ya desde 1927, fue un hombre al que se le ha hecho poca justicia, que es don Francisco de P. Miranda, el doctor Miranda fue también uno de los que trajo los conocimientos médicos americanos a México. Yo me sentía muy contento, porque todas las cosas que él me decía pues ya las sabía hacer. Él se había educado en Estados Unidos, yo no sé por qué razón, era un hombre muy católico, muy creyente, que se había educado en la Universidad de Nôtre-Dame.

Él trajo a México el concepto de la diabetes, él sugirió a Salvador Zubirán que se fuera a estudiar diabetes. Ya era del grupo de Melo, había entrado a nuestro grupo y sugería esas cosas y comenzó la corriente. Zubirán, naturalmente, es un producto americano y él, por su cuenta, cuando tuvo poder empujó a otros a la medicina norteamericana. Incluso Sepúlveda, que trabajó primero conmigo, después se fue a trabajar a Nutrición y después fue a los Estados Unidos y ahí hizo su gran carrera.

Sí se conocía entonces la diabetes, pero no se manejaba todavía la insulina. Se acababa de descubrir la insulina. La diabetes se curaba entonces con el vino uranado de Pesquier; un vino endulzado con sacarina. Era lo que tomaban en sus copitas los diabéticos, y se usaba la tronadora, que era la gran medicina para los diabéticos, una hierba medicinal. Así es que él, y al mismo tiempo otro médico mexicano que no había ido a Estados Unidos, escribió una cosa sobre la insulina y sobre la diabetes; un compañero mío escribió una tesis sobre la diabetes.

Por eso fue importante mi generación, no porque hubiera hombres así y asado, más o menos inteligentes, no, hay en todas las generaciones, sino porque era la coyuntura de que terminaba la Revolución Mexicana y estaba en el caos aquí toda organización y sobre todo la medicina estaba en el caos, porque en Europa ya había entrado en un caos la medicina, ya nomás era curar heri-



das y amputaciones y cosas así, por ese camino se habían ido los europeos. Y los americanos, con ese buen sentido que han tenido para este tipo de cosas, yo no soy americanófilo, pero han tenido muy buen sentido para esas cosas.

Y ya esa generación había comenzado a hacer muchas cosas, pero con la visión de don Francisco de P. Miranda, a quien en lo sucesivo le diré Paco. Paco había empujado a mucha gente: a mí en lo concreto. Ya traía mis conocimientos bastante americanizados porque trabajaban ingleses y franceses y de todas las categorías sociales en los hospitales donde estuve. Así es que ésa era una Torre de Babel, cada servicio era una Torre de Babel.

Gastón Melo me pidió si quería ser su interno y yo le dije que sí. Le fue a hablar al director y me consiguió una plaza. Ganábamos cuarenta y cinco pesos oro. La vida entonces era muy fácil, la moneda tenía un poder adquisitivo, estaba bien pagado.

En bacteriología intestinal estuve trabajando con Bargen y Dugan, que eran los bacteriólogos de los intestinos en aquellas lejanas épocas, y Paco Miranda ya venía con todos esos nombres y hablándonos de Chevallier para las gastroscopías.

Después vinieron los médicos japoneses y apagaron a los americanos. Los inventores de todas las endoscopías modernas son japoneses. Ahora pueden examinar –yo ya no manejo todas esas cosas– pero un médico enterado, sobre todo si es japonés, puede explorar las amígdalas de abajo para arriba. Desde el recto, meter el tubo, hasta verles la garganta, la lengua. La medicina japonesa actual está muy adelantada, porque ellos han creado técnicos con ese don de imitación que tienen, y con la disciplina. Así es que se han mejorado mucho las técnicas americanas, y muchas de las cosas que han fabricado los americanos, ahora las ve uno ya con nombres japoneses.

Cuando trabajé con Paco Miranda, iba a hacer los exámenes fraccionados de jugo gástrico, que se comenzaron a hacer. Se pasaba una sonda, la sonda Einhorn, hasta el estómago, se sacaba el jugo gástrico en ayunas y se daba a los pacientes un líquido, un té o una taza de café y se estudiaba la reacción secretoria del estómago, fraccionando cada quince minutos, sacando cada quince minutos el jugo gástrico, hasta que se hacía una curva. Yo ya los traía y los iba a poner, pero ya no podía hacer tantas cosas. Paco Miranda era un hombre muy desorganizado, pero dentro de su desorganización creó una pequeña desorganización para el estudio del jugo gástrico.

Yo había conocido a Einhorn, que era un médico alemán que radicaba en Estados Unidos, que fue el que descubrió una sonda de canalización. Porque, ya después nosotros “hacíamos el estómago” con el examen de los jugos gástricos. El inventó la sonda de Einhorn que llegaba hasta el duodeno y extraía la bilis, así es que hubo una época en que se hacían esas cosas como gran novedad, y a nosotros nos tocó empujarlas.

Frente a todo lo brillante, ilustre, sabio, que era el pequeño grupo de médicos que cambiaban impresiones, Paco Miranda era desbalagado, mal profesor, muy poco clínico, en fin, era un desorden espantoso, así es que a Paco Miranda le debemos el adelanto, la puesta en marcha de muchos de los médicos, de métodos en la medicina. Quiérase o no, Paco Miranda fue el primero que estableció las cosas de la alimentación. Cuando menos teóricamente nos empujó en lo de la alimentación en México, ésa es la importancia de Paco Miranda.

Entre 1932 y 1935, creo que fue el cambio más importante. Primero por el hecho de trabajar en el Centro de Asistencia Médica para Enfermos Pobres (CAMEP), en lo privado contar con un grupo de médicos que me ayudaban y que iban a mi consultorio; fueron mis mejores épocas como profesor, fue cuando tuve los alumnos más importantes, que salieron hombres muy importantes. En 1935 estaba ya decidido a quedarme en México y a no viajar más, todo me hizo olvidar otros horizontes, otros anhelos y otras nostalgias.

Melo murió en 1933. Era diabético por la vida aquella de glotonería y las cenas que se repetían. Por ejemplo, después de cenar una cosa, decía: “Es que me gusta esto más, pues nos gusta la sopa, vamos a tomar otra, de una vez”, y a continuación hacíamos otra cena, comenzando desde la sopa.

Melo era diez años mayor que yo, así es que yo tenía treinta y tres y él cuarenta y tres, cuando murió, muy joven. Su diabetes se presentó al mismo tiempo que una apendicitis. Le dieron una comida los del Rastro, una comilona tremenda y salió de ahí con dolores. Me habló su mujer, muy apurada, que Gastón había amanecido con muchos dolores y vomitando mucho, que qué hacía, que él no se quería ir al sanatorio. Entonces estaba el Hospital Inglés, en la calle de Manuel María Contreras,<sup>14</sup> me parece; el Español, la Beneficencia y el Hospital Francés, así es que le dije:

–Llévelo al Hospital Francés.

<sup>14</sup> Se refiere al ABC Hospital, que estaba ubicado en la calle de Mariano Escobedo.

Y me dice:

–Sí, entre la gente a la que le he hablado, le hablé al doctor Zubirán.

Zubirán trabajaba con él durante esa época en Salubridad, pero yo no acompañé a Melo a Salubridad él me dijo:

–Mire, “Güero”, yo le voy a dejar a usted... ni se sienta porque no llamo a trabajar ahí a la Secretaría, usted va a seguir teniendo su puesto de médico en el Hospital, pero usted sirve para otra cosa, para la cosa de clínica del enfermo. Usted se queda con mi clase –que ya había comenzado como su agregado, sustituto, no como titular–. Entonces me dio la titularidad de la clase, la titularidad en el Hospital General, en fin, vine a ocupar su puesto.

Pero en 1932, un año antes de morir Melo, recuerdo que otros eran los más cercanos a él. Me había dejado a cargo de sus enfermos, a todos les había dicho que se fueran conmigo y entonces tenía mucho trabajo. Él, con la jefatura del Departamento de Salubridad, y con ese afán de estudiar, de quedar bien en todo, se pasaba estudiando todo el tiempo. Realmente no estuve cerca de él en esa época, así es que llamaron a sus colaboradores inmediatos, Manuel Martínez Báez, Salvador Zubirán y Luis Augusto Méndez. Guevara Oropeza era médico psiquiatra. Manuel Martínez Báez, parasitólogo, estaba muy alejado de la clínica y Zubirán sí tenía el contacto del enfermo. Entonces, como es natural, le mandó hacer los análisis, se vio que tenía una dosis muy elevada de azúcar en la sangre y se mandó llamar a Monges López, ahí sí digo se mandó... porque yo le hablé a Monges López, y le dije:

–Oiga usted, Melito –como le decíamos– anda muy grave.

–¿Qué tiene?

–Pues es una cosa del estómago o del apéndice, un cuadro peritoneal muy difícil y extremadamente grave.

Entonces, ya internado en el Hospital Francés, lo fue a ver Monges López, que hizo el hallazgo de la diabetes; le extirpó el apéndice completamente gangrenado. En esa época no había antibióticos, hasta un año después aparecieron las sulfas, en 1934.

El panorama para mí cambió completamente. En primer lugar, me hallaba sin el amigo querido, mi maestro que tanto me ayudaba y me quería, y luego quedaba con una responsabilidad ante mucha gente, ante sus enfermos, ante muchos médicos. Que Melo hubiera escogido a Fournier como sustituto, era un compromiso también para mí, porque muchos médicos, que antes le mandaban sus enfermos a Melo, me los siguieron mandando a mí.

Me sentí desubicado, quería seguir trabajando con él. Me decía:

—¿Y quién quiere usted que se haga cargo de mis cosas?, Luis Augusto Méndez es muy inteligente, me sirve mucho aquí en la Secretaría, pero no es para la clínica; Guevara se dedica a los locos; Martínez Báez se dedica a la parasitología, y Zubirán, siempre ha tenido más experiencia con enfermos, pero él no sabe cómo trabajo yo; así es que usted es el que...

Bueno, di como válida aquella explicación que me llenó, en el fondo o en apariencia, más bien en apariencia que en el fondo, me dio mucha satisfacción. Pero en el fondo estaba un poco sentido con él porque no me había llamado. Además, yo sabía el sentimiento que tenía hacia mí, no resentimiento, sino sentimiento: “Fournier es muy bueno para las cosas generales, que la música, que la pintura, que todo eso; que la lectura, que la literatura, los otros son más concretos para su oficio. Uno no sale más allá de la locura, el otro de la diabetes y el de más allá de la parálisis y nada más”. A ninguno de ellos le quiso dejar sus enfermos.

Mis últimos años de estudiante, hasta este momento de los treinta, había sido una relación continua, yo pensaba un poco en función de Melito: “Melito va a estar muy contento porque le hice de esta manera”, y siempre pensaba en función de él. Cuando era estudiante, uno de mis pensamientos era: “Yo no voy a poder ser médico, viviré de los enfermos que me mande inyectar Melito”. Imagínense en qué poca estima me tenía, tenía un problema de dependencia muy grave, que fue precisamente por lo que entré en psicoanálisis. Cuando me di cuenta de eso, porque no podía dar un paso sin que él lo supiera, sin que él lo aprobara; siempre me aprobaba todas las cosas, porque él pensaba que yo era una maravilla para pensar, para ir a todas esas cosas; pero después venían las ... “Sí, pero vamos a hacer esto después, eso que dices está muy bien, pero vamos a hacerlo después”.

Creo que ese análisis que hice fue realista, no fue una cosa de cortesía para mí, ni de explicación, como en las cosas políticas. No, fue realista en esas cosas, era muy lógico, sentí que era muy lógico, conocía a todos sus enfermos, les había hecho la historia clínica, muchas veces los atendía: “Vaya atendiendo a los enfermos fulano, mengano, yo llego más tarde”. Así es que yo tenía ya mucho contacto con los enfermos.

En Europa me sentía feliz, porque no tenía problemas de inseguridad, siempre tenía un patrón, como se llaman allá los jefes de servicio. El patrón Binzot que me consiguió un puesto de mozo para trabajar; Widal y por último Gutman.

Siempre me he sentido profesor nato. Soy hijo de profesor, nieto de profesor, tanto en la rama materna como en la paterna, así es que comencé a dar clases a los doce años de edad. Primero daba clases de francés elemental; después daba clases de historia de México para niños de tercer año de primaria, y después las clases en serio de la Facultad de Medicina. Cada día iba teniendo más seguridad, siempre establecía un contacto muy íntimo con mis discípulos, siempre acabábamos... un poco la costumbre de Melito de estar viviendo mucho con los alumnos.

Había leído, aprendido, oído de otros conferencistas franceses o belgas la manera de exponer sus cosas. El que más influyó fue un profesor que tuve en terapéutica, que se llamaba Harvier, y procuraba, inconscientemente, imitarlo. No tenía, como él, esa cualidad de dibujar y de escribir al mismo tiempo que hablaba, no soy de ese tipo de profesores, envidiaba de Harvier la manera de dar la clase: hablaba de una cosa, y casi al momento de hablar y antes de terminar la frase, ya tenía escrita la frase, o lo que quería, en el pizarrón, era muy impresionante. Iba gente de todas clases, de todos los lugares de Europa, a escuchar las clases de terapéutica médica de Harvier, que eran muy famosas.

Mi tipo de exponer y todas esas cosas son a la francesa, naturalmente, el programa lo llevo aquí y las notas las tengo escritas. Mientras buscaba mis papeles para continuar mi libro de la cursilería,<sup>15</sup> me encontré tal cantidad de notas que hice, que no las llevaba escritas, pero en el momento de... “Mañana voy a hablar de esto...”. Entonces me ponía a hacer mis notas, y escribía en ciertos momentos. Después me dedicaba a visitar amigos, a ir al teatro, a comentar una novela, en fin, otro tipo de actividad de tipo intelectual, nunca llevaba notas y, sin embargo, todas esas notas, ahora que he estado revisando mis papeles, las tengo.

Las clases que más me gustaban eran las que trataban de la úlcera, cuando ya viene el enfoque psicológico de la gente. Cuando fui amigo de Moynihan, el inglés, en París, que era del servicio de Gutman, ya tenía el enfoque. Era raro, en esa época, tener el enfoque psicológico, psicosomático, de la génesis de la enfermedad. Entonces eran las que me gustaban, eran los enfermos que buscaba. No hay que olvidar que siempre he sido profesor de clínica, no de materias teóricas. La mayor parte de las veces no llevo ni diapositivas,

<sup>15</sup> Raoul Fournier, *El cristal con que se mira. La cursilería y padecimientos afines*, México, Diana, 1980.

por ejemplo, para no sacrificar mi pensamiento a la descripción de una diapositiva: “Aquí se ve esto, aquí se ve lo otro...”; esas cosas me chocan, y en la Academia de Medicina me aburren cuando está un compañero, leyendo un trabajo con muchas diapositivas, se me hace que no sabe nada, ni ha tenido experiencia de su asunto, y se está apoyando en ese bastón de las diapositivas. Luego pienso, conscientemente, que es una vanidad; voy a dar una buena clase sin necesidad de auxiliares.

Las materias que se acercan mucho a las ciencias exactas son las que no me gustan, porque, ahí sí, siento que tengo que estudiar la cosa concreta a fuerza; y advierto que escribí una tesis que se refería precisamente a esa entrada de las matemáticas en la medicina. Presenté una obra que se llamaba *Nueva clasificación de la medicina*, y entonces ahí la constante de Ambard y todas esas cosas, tiene fundamentos matemáticos, así es que tuve que estudiar.

La historia de la medicina la defino como los acontecimientos que se suceden a través de la vida de los pueblos y de los hombres, más bien dicho: los acontecimientos que son capaces de transformar al hombre o a la humanidad. Es una historia del medio en el momento en que se desarrollan las enfermedades y las epidemias.

En las clases tengo mis libros y mis referencias; soy un buen conocedor de Bacon; de todos los que se han acercado a los experimentos, en fin, la clase que me gusta me sale bastante bien. Lo que no entiendo, ni me sale bien, es todo lo que se trata de medicina prehispánica; por ejemplo a Fernando Martínez Cortés sí le gusta mucho y ha escrito. Voy con mucho gusto a sus pláticas de historia, pero no me interesa mucho, considero que eso forma parte de la medicina descriptiva y de la medicina biológica, en fin, y que ya el final del imperio azteca se acerca mucho a la cosa física de las plantas, es decir, ya comienza a tener, al final, una noción hipocrática de las cosas. La herbolaria me ha gustado mucho, cuando el náhuatl basa la medicina en la herbolaria, va siendo una medicina científica.

Me sale muy bien el confrontar la época de la Edad Media con el Renacimiento. Me gustó la época del Romanticismo, el pensamiento del Romanticismo en la práctica de la medicina; que toda la humanidad se vuelve romántica, las enfermedades son románticas también. ¿Qué es una enfermedad romántica? La tuberculosis es romántica.

Toco el interés mexicanista desde que aparece Miguel Jiménez en la medicina. Sé bastante del siglo XIX, lo tengo muy analizado, he leído mucho de historia de México de esa época, me desvelé mucho leyendo a propósito, y

viajé para saber las cosas de Santa Anna y todo eso hasta el menor síntoma. Para mí el siglo XIX termina en el año de 1912; la aparición de Röntgen y Marie Curie ya hacen cambiar la faz del siglo, ya el siglo ha terminado; una guerra comenzó, una nueva ideología, se acabó la *Belle Époque*, se acabaron todas las cosas románticas, la escuela del romanticismo. Me gusta mucho eso como clase, el siglo XIX. Y en el siglo XX el análisis global de la medicina americana, sus influencias; luego la medicina de México, la medicina individual, la medicina burocrática, la medicina social, en fin ese tipo de cosas. Me gusta dar, más bien análisis general que análisis individual.

Fui uno de los factores, por decirlo así, de la medicina social, pero con otra idea; los que pensamos en la medicina social, pensamos en el hombre, no en organizar al hombre para que se le atienda. Y ahora la medicina es organizar al hombre para que se le atienda, y si llega a una cita cinco minutos tarde ya no lo reciben, así se esté muriendo, ya se burocrató la cosa.

Creo que la medicina social, como la practiqué, cuando recorrí Chiapas y el Istmo de Tehuantepec, no fue una medicina burocrática, ¿cuál burocrática? No había nada, no había más que el médico que ejerce con los elementos que necesitaba, y el enfermo al que había que darle algo, sin pretexto ni tardanza.

Desgraciadamente, algunos de mis buenos alumnos se han muerto, por ejemplo: Alfonso Millón, un muchachito medio tísico; Quevedo, que acabó siendo cuñado de Millón –tuve mucha mano para los psiquiatras–; Berruecos; Claudio Molina; Julio Nanzur; Gaudencio González Garza.

Melo tuvo muchas oportunidades para entrar a la Academia, tenía muchos derechos y muchas cualidades, que no tenían ninguno de los académicos de entonces, pero no quiso. Él fue quien rompió con todos los cánones de la medicina clásica rígida que se daba en México; es decir, había una mafia de médicos que se llamaban “la tenebrosa” que estaba señoreada de la Escuela de Medicina y de Salubridad y de todos los lugares donde hubiera médicos. Yo conocí a tres: a don José Terrés, al doctor Fernández Zárraga, que fue mi maestro de obstetricia y a don Guillermo Parra que es al que echamos con *El Cáncer*.

Melo era la antítesis, fue el que rompió con todo. El texto que usaba de patología era de Terrés, que era un texto malo, porque la medicina de aquella época estaba muy atrasada. Era un libro muy difícil de leer, porque él era un purista del lenguaje, y además un rebuscado. Por ejemplo el título de uno de los libros es: *Prólogo que, a manera de isagoge, presenta el doctor José Terrés,*

*Presidente miembro de la Academia de la Medicina, a consideración de los señores profesores y de los alumnos...* Tenía cosas así tan retorcidas, el barroco mexicano.

Melito era un veracruzano, un huasteco, jacarandoso, sensual; sensual en el sentido de la palabra, de que era amante de todas las cosas, del jolgorio de los sentidos. No sé qué ofensa habrá recibido de alguno de los miembros de la Academia. Me decía don Fernando Ocaranza, que ya estaba en la Academia de la Medicina:

–Oiga usted, influya con el doctor Melo para que entre a la Academia, hay lugar para él, hay un sillón que él tiene que ocupar.

Y él me decía:

–No me interesa eso, no me interesa la Academia, no voy a entrar, no voy a entrar nunca.

Mi alumno por excelencia es quizá mi antítesis: Bernardo Sepúlveda (también Norberto Treviño; Arturo Novos fue discípulo mío muy querido, por muchas cosas y Alfonso Millán). Aunque por su pensamiento y actitud somos completamente diferentes, porque me tomaban así como un lírico, es decir, con la reputación que tenía Melito de muy buen ojo clínico, mucha sensibilidad para percibir los fenómenos de la clínica, y Sepúlveda al contrario, necesita de los conocimientos científicos, no exponerse a un fracaso o una cosa así muy cauteloso, pero mucho.

Voy a hacer una confidencia en relación con la muerte de Melo, cosas que viví y nadie más. Ellos no estaban casados, entonces su mujer me habló con angustia, y me dijo:

–Raoul, por favor, Gastón se está muriendo, usted no vino ayer y yo quería decirle alguna cosa.

Fui precipitadamente al día siguiente, hablé primero con María.

–¿Qué le pasa?

–Raoul, no estamos casados.

Fue la primera vez que lo supe, porque nunca me había hecho esa confidencia, ¿verdad?

–Figúrese usted nada más, no tan sólo la situación, primero creo que no tengo con qué vivir, probablemente alguna pensión que me vayan a dar del gobierno, pero no tengo ni un centavo. Luego, mis hijos, pues vienen siendo de padre desconocido, no tienen siquiera el derecho de apellidarse como su padre.



Bueno, me dio argumentos muy válidos y muy sensibles. Fui a ver a Melito, fue una escena emotiva, porque él estaba casi agonizante. Digo que casi agonizante, porque me pudo reconocer. Bueno, me llamó, estaba tendido en su cama ya en calidad de agónico, todavía con conocimiento, y me dice:

–“Güerito”, pues esto ya se acaba, a ver que hace usted con esta familia tan desordenada que tengo.<sup>16</sup> He sabido crear y hacer discípulos y amigos; usted sabe cómo he querido a mis hijos, ninguno me ha respondido porque no he sabido educarlos, así es que a ver qué puede hacer usted con ellos.

Me acerqué a él, me jaló, nos dimos un abrazo, le di un beso en la mejilla, besé su mano, al poco tiempo perdió el conocimiento y Melito se acabó. ¡Ah!, bueno, pero otra cosa muy importante, en ese momento, con ese resto de conocimiento que todavía guardaba, me dijo:

–¿Qué, ya vino el juez?

Le dije: –¡Yo creo que sí, ya está!

–Porque oí unos pasos por ahí y sí, era el juez que lo casaría en *artículo mortis*. Fue la escena más patética de mi vida.

Con su muerte, mi vida no cambió profesionalmente porque ya tenía su clientela y tenía ambiciones muy escasas: trabajé para viajar, nada más, nunca acumulé más... Todos esos trabajos, y vidrios y porcelanas que me gustó comprar, que coleccioné, pinturas y todas esas cosas las obtuve después.

A ninguno de los hijos de Melo le dio por la medicina, dos o tres eran ahijados míos, María los llevaba a bautizar. El era agnóstico, él no tenía ni religión ni nada de esas cosas. Me decía:

–Oiga usted, esta María tiene en la cabeza llevar a bautizar a Gastoncito, ¿usted quisiera ser el padrino? –y... María y yo íbamos a que lo bautizaran.

Yo era agnóstico, no más que Melo, pero más que ahora. Ahora, pues es una cosa que no me interesa. Soy ateo, gracias a Dios. En medio de mi niñez, mi padre no era practicante, él se crió en un medio positivista, así es que no era nada, era de los que creían en la verdad y todas esas cosas, lacras del buen positivismo, sobre todo de mi padre.

Me casé por la Iglesia, en casa de Carolina, de mi suegra, pues acababa la persecución religiosa y mucha gente tenía montado su altar en las casas. La familia Amor era muy católica; no eran mochos, nunca fueron mochos, pero sí fueron católicos.

<sup>16</sup> Fournier lo relata con llanto.

Cuando mi mamá decía que sí que era católica, le contestaba:

–Mamá, si a ti lo único que te gusta es la parte frívola de la religión, estás en los desayunos, los bautizos, los banquetes de los que se casan; estás dando el pésame a la familia cuando se les muere y crees que practicas la religión con esas cosas.

–Pues yo la practico a mi manera –decía mi mamá.

### *Mis consultorios: de la “zona roja” a Arquitectura*

De estudiante de sexto año, en el último año, me asocié con el doctor Manuel Guevara Oropeza y pusimos un consultorio en las calles de Netzahualcóyotl, era casi casi la zona prohibida de México, la zona roja más bien. Frente al consultorio había un almacén de fierros viejos mantenido por el hermano mayor del doctor Salvador Zubirán, amigo de Guevara Oropeza. Nos dijo que cogiéramos de ahí los fierros que nos gustaran, y así escogimos varias cosas, entre otras, encontramos una mesa de operaciones ya muy vieja, parecía potro. La mandamos lijar y pintar de blanco y ya quedó como mesa de exámenes clínicos, y otras mesitas, y un aparato que no sabía para lo que era (esto era en el año de 1922, 1923), pero luego cuando fui a París me di cuenta que era donde los *garçons*<sup>17</sup> de los cafés ponían su *torchon*, su trapo de limpiar las mesas. Era una base, propio de la época de la estructura en hierro, que había puesto de moda Eiffel desde la famosa torre. Era de hierro y tenía una esfera de hojalata, pero niquelada y se le apretaba un botón, abría una boca de tiburón y ahí se echaba el trapo; así es que a nosotros nos sirvió eso como una cosa muy novedosa para echar los desperdicios, algodones y cosas así.

Era muy elegante, las consultas eran a veinticinco centavos y desde esos momentos comencé a tener mucha clientela, así es que me traía al barrio de Netzahualcóyotl muy alborotado en las consultas. Pero era muy curioso, porque no se crea que eran las niñas que ejercían su laboriosa profesión ahí en Netzahualcóyotl y Cuauhtemotzin, no. Un día, un señor lechero me lleva a una señora, morena, alta, ya vieja; me la presentó como su mujer, que tenía un padecimiento ginecológico. Ahí no se decía no a nadie, así es que le entré a la ginecología, tuve dos partos. Emilio, el que la llevaba, y la familia eran

<sup>17</sup> Meseros.

lecheros, él decía que era una antigua prostituta que tenía una casa por allá por Cuauhtemotzin. Ella tenía un padecimiento ginecológico banal, bueno, no tan banal porque no la pude curar, la tuve que mandar naturalmente al hospital que nos quedaba más cerca, el Concepción Béistegui, la mandé con Garza Ríos. Pero quede de médico de toda la familia, así es que ése fue uno de los pies de mi clientela de aquella época.

Después vino el acontecimiento de irme a Europa en 1924. Le dejé a Guevara el consultorio, que según el inventario eran: cuatro sillas de espera, dos dentro del consultorio, un banquito giratorio; la mesa que habíamos restablecido, el tira *torchon* aquel. Bueno se acabó, se quitó, ese consultorio desapareció. Volví a poner otro consultorio en las calles de Venezuela. Entonces ya teníamos un grupo de amigos de los “cancerosos”,<sup>18</sup> que nos dio por poner un consultorio. Era la sala de su casa que nos alquilaba doña Libradita Fernández, una viejita que le fuimos a preguntar si no sabía por ahí de una pieza, de un pequeño departamento para poner un consultorio, dijo:

– Yo le alquilo la sala.

– Sí, bueno, pero la sala no nos basta.

– Mire usted, es una sala grande.

Efectivamente era una sala grande; le mandamos poner un cancel, lo armamos, alguien llevó un sofá, yo llevé también sillas, y ya había una sala de espera muy decorosa a la entrada de la vecindad donde vivía Libradita, y nada más le pusimos un letrero que decía: “Consultorio” muy lacónicamente.

En aquella época estaba prohibido poner consultorios a los que no estaban recibidos. Entonces éramos Luis Méndez y yo, que hacíamos un pedazo de consultorio, porque lo dividimos en dos cancelos, uno para el laboratorio en el fondo, que tenía una ventana para la calle, otro en el centro, que servía para las exploraciones y la sala de espera; así es que estaba dividida en tres, esa sala. Ahí ejercí con mucho éxito, ya recibía los análisis de don Gastón Melo, de Manuel Gea González, de Paco Miranda y poco a poco se iba extendiendo el laboratorio. Así es que, cuando me fui a París, ya tenía conocimientos de laboratorio.

Cobrábamos la consulta a cincuenta centavos. Lo que sostenía el consultorio eran los análisis, en los análisis sí nos cargábamos cobrando tres pesos y

<sup>18</sup> Se refiere al grupo de la revista *El Cáncer*.

cuatro pesos en análisis, pues con eso se sostenía, le dábamos a Libradita su dinero. Esos fueron los consultorios antes de mi partida.

El consultorio se quedó a cargo de Luis Méndez y de Cejudo. Luego me fui a estudiar por primera vez a Europa y, cuando regresé, en el año de 1926, instalé mi consultorio en la calle de Don Juan Manuel, es decir, en Uruguay, esquina con Orihuela, que estaba en lo que ahora es 20 de Noviembre. Ya construyeron el nuevo edificio de Ayuntamiento, y del otro lado El Palacio de Hierro, y El Puerto de Liverpool, en fin se fue llenando de edificios grandes. Este consultorio lo conservé hasta el año de 1927, cuando me fui, duró un año o dos, entonces estaba asociado, porque Cosío Villegas se quedó con el consultorio, no desapareció.

En 1932 volví a ese consultorio y notificaron que iban a abrir la calle, que teníamos que mudarnos. Entonces buscamos otro edificio y nos fuimos a las calles de Uruguay para no salirnos del centro, porque entonces la calle de Uruguay era de médicos, así como la calle de Tacuba era de dentistas y zapaterías. Encontramos una casa sola y vieja, pero bonita, antigua, como de mediados del siglo XIX, en Uruguay 20. Ahí nos quedamos Cosío Villegas y yo. Teníamos en la azotea una especie de departamento pequeño, pusimos el laboratorio, yo estaba en la parte clínica, y la consulta era de dos pesos.

Ahí fue donde, en 1932, conocí a la que es mi mujer, Carolina. La invitaba a tomar té, porque yo venía con costumbres francesas: comía a las doce, daba consulta a *après-midi*, muy cercana después de la comida, hasta las cinco de la tarde. A las cinco de la tarde la invitaba a tomar té a Sanborns del centro. Con Carolina me casé en 1935.

De Uruguay 20, el general Almazán que era cliente mío, me dijo:

–Les ofrezco una casa en la calle de Zacatecas para que se muden allá y tengan más gente, pero le voy a poner una condición, quiero que esté ahí mi sobrino, el doctor Rivero Carballo.

Cosío se mudó conmigo. Entonces Salazar Viniegra ya formaba parte de nuestro clan, por decirlo así. Los que iban llegando de París los íbamos absorbiendo también para poner una clínica grande. Cosío Villegas a respiratorios, Salazar Viniegra a enfermedades nerviosas y mentales, que entonces estaban unidas las especialidades; Armando Bustos a laboratorio, que ése no había viajado; yo en gastroenterología y un radiólogo, Carlos Coqui.

Clínica de Zacatecas le llamábamos sencillamente. La consulta era de diez pesos. El malévolo del doctor José Palacios Macedo que era muy envidio-

so y a pesar de que era amigo mío, nunca lo quise jalar, pues era muy dado al trago y no me convenía (como yo no he sido dado al trago más que excepcionalmente), dijo:

—¿Ya saben que Fournier, Cosío Villegas y Salazar Viniegra fundaron una clínica que se llama *Saca aztecas*?

Aztecas era entonces la moneda que corría, era el oro todavía. Ahí estuvimos hasta 1938, la clínica no se desintegró; se fortaleció el núcleo.

Después nos fuimos a Londres 42, y fundamos una clínica que se llamaba Clínica de Londres, apenas la fundamos comenzó el éxito; fundaron otra junto y la llamaron Londres 8. Nosotros nos fuimos. Bueno, en esa Clínica de Londres, Emilio Azcárraga Vidaurreta, que era cliente mío, me ofreció que nos pasáramos a un hotel que estaba terminando un cuñado suyo y que se podía transformar todavía en clínica de cuatro o cinco pisos, entonces se fue a trabajar a ese lugar mucha gente ya conocida del mundo médico de aquel entonces. Estábamos los mismos médicos: Salazar Viniegra, Cosío Villegas, Carlos Coqui y se reforzó con Puig Solares como oculista, Clemente Robles, neurólogo; Salazar Viniegra iba tomando la cosa de la psiquiatría nada más (Bustos no se quedó allá con nosotros porque mejor quiso estar solo que hacer otra mudanza) y un doctor, Ortega Irigorri, que era muy buen laboratorista. Aquí sí cobrábamos bastantito, no menos de veinte pesos.

Gustavo Baz también se fue allá, con un ayudante que pereció en un accidente, Constantino Rigo, que por cierto se quedó con un dibujo de Tamayo, que Tamayo me ha reclamado toda la vida porque él me lo regaló a mí y creyó que lo vendí porque necesitaba.

En ese consultorio estuvimos hasta 1952 porque (figúrense lo que son los consejos de los financieros) este cuñado de Azcárraga estaba quebrado, y los Azcárraga no lo querían refaccionar. Ese señor Rivero, de una cara así medio torva, muy dado al centavo, quería sus pesos. Ya nos había subido la renta a tres mil pesos, que en aquella época era una fantasía y nos dijo:

—Pues cómprenmelo, se los vendo en cuatrocientos cincuenta mil pesos, ni un centavo más ni menos, no me regateen. Azcárraga me mandó decir por teléfono que los consiguiéramos, que era una ganga y quién sabe qué. Me dirigí a mis amigos financieros Agustín Roldán y Eduardo Villaseñor:

—No hagas locuras, que comprar casa ni que nada... Claro que el edificio se hundió después, pero el terrenote ahora vale lo suyo, nuevamente lo han

transformado en hotel, le suprimieron un piso, el mismo que se hundió, le sirvió de cimentación. Es un hotel, en Londres 42.

En mucho tiempo no le subí a la consulta; la clínica estaba quebrada, y tenía que sostener la clínica por mis consultas porque eran muy abundantes, era yo muy solicitado. En una parte del sanatorio operaban el doctor Pesqueira y el doctor Baz; los cuartos se cobraban entre diecisiete y veinte pesos con alimentos: ¿cómo iba a prosperar financieramente? Había una administradora general; pero en realidad yo era el que dictaba órdenes y daba gastos y todo. El contrato estaba hecho a mi nombre, y los médicos me pagaban una renta, menos los cirujanos, Baz y Pesqueira que realmente sostenían el sanatorio. Los demás pagaban renta, como Mario Salazar Mallén, Clemente Robles, Puig Solares, Ortega Iragorri, el laboratorista y no me acuerdo del nombre de otro que estaba ahí.

Mi hermano Héctor que ha tenido mucha afición por la cocina, que tiene una boutique de cosas de piel en la Zona Rosa, en Niza, quiso tomar el restorán, pero me daba parte a mí, tuve la precaución de hacer una cocina dietética y, naturalmente, como los enfermos van acompañados de familiares, pues no les gustaban las cosas dietéticas, y como se sostenía de las visitas, pues se comenzaron a hacer toda clase de platillos muy buenos: desde chilaquiles hasta sopitas de fideo y ¡bueno! *coq au vin*.<sup>19</sup> Era muy sofisticada la cocina.

Cuando salí de este edificio, en 1952, cobraba veinticinco pesos, baratón baratón. Daba consulta todas las tardes, de las cuatro a las nueve o diez de la noche.

Aquí hay dos cosas que se interpolan, porque ya viene la cosa del CAMEP, de la fundación. Cuando vine de Europa, en el año de 1932, me di cuenta que mucha de mi clientela no podía pagar, entonces fundamos una cosa que se llamó el Centro de Asistencia Médica para Enfermos Pobres (CAMEP). El fundador fui yo. Los que llamé a colaborar y aceptaron desde luego, platicándoles la idea social y esas cosas, fueron los mejores médicos del México de aquella época, del año de 1932, es decir, fue Ignacio Chávez, Gustavo Baz (venía de cirujano), Paco Miranda haciendo cosas de la nutrición. Melo ya se había retirado de la medicina.

El CAMEP lo fundamos en las calles de Colombia, esquina con Argentina. Una casa vieja, casi cayéndose, arriba de un bazar; la medio arreglamos hasta donde se pudo y ahí se instaló. De ahí, en vista de que la casa se estaba

<sup>19</sup> Gallina al vino tinto.

sumiendo, nos pasamos más adelante a otra casa de Colombia, y ahí el pago de la consulta era completamente libre, había enfermos completamente gratuitos o que pagaban veinticinco centavos, era la voluntad de ellos, otros con planillas de camión, en fin. Algunas veces les dábamos las medicinas, algunas que teníamos de las que nos llevaban de muestra. Funcionaba todos los días, de las once de la mañana a la una o dos de la tarde.

El CAMEP se fundó, en primer lugar, por la necesidad urgente de atender a toda esa masa de población que prácticamente no tenía posibilidades y no tenía atención médica. La atención médica de los consultorios de beneficencia era muy mala, atendida por médicos malos, el trámite engorroso, les cobraban a fuerza veinticinco centavos.

El año de 1933, cuando se cumplía el Centenario de la fundación de la Escuela de Medicina, se armó una ola muy grande. Un grupo de profesores defendíamos a Chávez, otros, como Palacios Macedo que ya he mencionado, lo repudiaban, y entonces con ese sentido heroico que tuvimos algunas veces renunciamos a la Escuela de Medicina, pero con esta vocación de maestros, seguíamos trabajando en el hospital. Así es que mandé hacer, en el segundo Colombia, en 1933 una especie de aulita con gradería, donde conservaba mi grupo de clínica que me seguía. Ahí hacíamos medicina de la manera que implanté cuando fui director de la Escuela de Medicina, es decir, no una medicina desintegrada como se usa ahora, como es la moda, la especialidad. Sino que uno mismo, a la vista de los muchachos, hacía las historias clínicas, y después, a la vista de las enfermedades que tenían, los mandábamos:

—A ver, que te revise el doctor Chávez el corazón, y Paco Miranda que vea la enfermedad que tiene doña fulana de tal —y en fin.

El laboratorio seguía, al principio lo manejaba Bustos y después Ortega Irigorri. Fui de los que le dio nacimiento al CAMEP, y fui el que le di muerte. El mismo año que se fundó el Seguro Social<sup>20</sup> se acabó el CAMEP, porque ya comenzaba a irse esa clientela y entonces era sustituido por la gente que nos pagaba más honorarios, los veinte pesos famosos, que iban al CAMEP y pagaban veinticinco centavos, y eso ni era ético, ni era hacer ningún servicio social, ni justo, así es que ya se clausuró el CAMEP.

El CAMEP no estuvo en Colombia todos los años, de ahí se mudó a las calles de 5 de Febrero (siempre buscábamos rumbos muy populares), por

<sup>20</sup> 1943.

donde está ahora Tránsito, en una callejuela. Después se disolvió pero se me ocurrió que cada uno de nosotros, en sus propios consultorios, podría dar una o dos horas de consulta a la manera del CAMEP. Entonces el CAMEP corrió, me lo llevé a Londres y, entonces, en las Marianas, después de salir del hospital, tenía mi consulta Camepiana en Londres.

Cuando faltaba para la renta, había otra fuente de ingresos. Fundé un periódico que se llamaba *El Camep*, que ahora es *La Prensa Médica Mexicana*. Se fundó en los años treinta, en el 1931 cuando regresé de Europa. Era un remedo de *La Presse Medicale* francesa que era magnífica, unos papelotes grandes, un tiraje tamaño tabloide, donde se hacía una medicina a la altura de los conocimientos de los muchachos; no era para los eruditos ni para los clientes, sino para los muchachos.

Desde luego, todos los colaboradores de *El Camep* eran los escritores. Era una pequeña organización que iban haciendo al lado del Centro Médico, para enfermos pobres. Esa organización tenía su modo de expresarse, de cultivar a la gente, a los muchachos, donde se transcribían discusiones de historias clínicas, de enfermos difíciles, y después se hacían las generalizaciones. Por ejemplo, se veía un enfermo icterico y entonces se escribía un artículo sobre ese enfermo, y sobre el diagnóstico diferencial entre las ictericias y los dolores de esto, y los dolores de lo otro. El periódico era quincenal; serían ocho hojas que se vendían y se compraba mucho entre los estudiantes. Costaba cinco o diez centavos.

Mi mujer y su hermana Margarita (que se casó después con Sepúlveda) fueron las administradoras de *El Camep*. Y Sepúlveda era uno de los estudiantes que iba ahí, y ayudaba en la elaboración de *El Camep*, que comenzó a imprimirse en los Talleres Gráficos de la Nación.

De los consultorios de Londres me fui en 1952 a un edificio que había construido el todavía no rector Salvador Zubirán, en Havre 7. Ya entonces yo no tomaba parte en la organización, ya fue Zubirán el que llamó a otros médicos; en 1952 que fue cuando nos mudamos de Londres, ya había tomado dos pabellones del Hospital General. Él tenía un pabellón en el Hospital General, entonces fue subsecretario de Salubridad y, aprovechándose de la amistad con Gustavo Baz, lo segregó del Hospital General y le dio entrada por la calle, después sería el Instituto de la Nutrición.

El de Havre sufrió el terrible temblor de 1957, y el edificio se dobló en el cuarto piso. Ya me había salido de ahí, a principios de 1957, porque mi mujer tenía en la casa *La Prensa Médica Mexicana*; ya era nuestra la casita de



la esquina de Tonalá y Durango de los años treinta, tenía tres pisos, muy bien hecha, no era bonita ni fea; muy bien aprovechados 120 metros.

Ahí puse mi consultorio, ya solo. Pero seguí teniendo mi consulta del CAMEP con enfermos que todavía duran a través de los siglos, que han ido envejeciendo conmigo. Mi mujer dijo:

–Mira, voy a alquilar esta casa y la voy a anunciar en el periódico. Voy a anunciarla para alquilarla.

Bueno, la anunció y el cliente que se encontró fui yo, que dije:

–No, aquí me vengo...

A Zubirán le pagaba alrededor de mil pesos. En aquella época yo cobraba, creo, cincuenta pesos la consulta. En Durango y Tonalá no le pagaba renta a mi mujer, y entonces le subí a cien pesos la consulta. Claro que todo esto se tiene que proporcionar a que la moneda iba bajando y todas esas cosas. Me quedé desde 1957 hasta 1969, en Durango y Tonalá; y después ya me vine a Arquitectura 49. Todos me decían “es muy lejos”, “qué barbaridad!, ¿dónde te vas!, donde te vas no vas a tener clientela. Entonces ya fue otra clientela, fueron los ricachones, y era la necesidad de sostener *El Camep*.

Lo negativo de estar solo es que hay muchos grandes problemas que no puedo absorber, ni absorbería nunca, y hay otros en que me han hecho estudiar fuera de mi especialidad. Así es que, en realidad, soy un médico general, con dedicación particular a la gastroenterología.

Cuando estaba en Tonalá y Durango trabajaba en el Instituto de Enfermedades Tropicales, y le mandaba a Olarte mis exámenes. Olarte primero se dedicaba nada más a la parasitología intestinal y a las cosas intestinales, que era a lo que me dediqué, y después ya fue agrandando su laboratorio y llamó a otros especialistas.

A Arquitectura pasé con las mismas cuotas de Durango, cien pesos, ciento cincuenta hasta muy recientemente. Creo que, desde la devaluación, ya cobro trescientos pesos por primera consulta y doscientos por las habituales. Yo no hago las historias clínicas. Las hice en Francia y las hice aquí con Melito, y las hago cuando no tengo ayudante, pero generalmente es mi ayudante el que las hace, al que le pago lo de las historias clínicas; por eso son más caras las primeras consultas, es un examen muy laborioso.

En un principio, hablo de los '20, con Guevara, era practicante con sueldo de practicante del hospital que dependía de la beneficencia pública, y también era practicante de Salubridad, era yo vacunador. En esas primeras épocas,

el ochenta por ciento de mis ingresos eran institucionales. Después, subí oficialmente de categoría, pero mis enfermos aumentaron, la entrada era *ffty-ffty*. Después cuando estaba en Zacatecas, únicamente tenía la entrada de la Universidad y mi puesto de Salubridad; las remuneraciones eran lamentables: en la Universidad ganaba ciento veinte por profesor titular de la cátedra de gastroenterología, y ciento quince o ciento veinte en Salubridad. Entonces vivía de la consulta privada y se cambió la proporción.

En la actualidad se ha vuelto a invertir la proporción a la primera etapa. En un momento como director de la Escuela ganaba ochocientos pesos; ganaba mucho más con los pacientes externos, pero después desde la, entre comillas, “malhadada huelga médica” se volvió a invertir, cuando subieron los salarios a los médicos de las instituciones y la clientela, como es natural, comenzaba a descender.

El CAMEP se fundó con el objeto de hacer, a la manera de síntesis, un instituto de investigación y además poner al alcance de los muchachos toda la noción de la medicina en un periódico que pudieran comprar. *La Prensa Médica* fue una cosa más profesional, porque se acaba el centro de asistencia médica, el CAMEP, y ya no tenían razón de ser las siglas aquellas. Mi mujer ya había estudiado tipografía, ya había estudiado muchas cosas referentes al libro. Un día estando juntos en París, en 1937, yo llevaba en las manos *La Presse Medicale*, y me dije:

—¡Hombre!, mira qué título más bueno para poner... Se llamaba *La Presse Medicale*.<sup>21</sup> Dice mi mujer:

—Pues *La Prensa Médica Mexicana*.

—Pues sí —le digo—, cómo no. Nada más que para no ser tan imitadores vamos a cambiar de formato —y en fin cambiamos ya la cosa y se transformó en *La Prensa Médica Mexicana*.

Las directoras eran dos, las dos hermanas, mi mujer y Margarita, la esposa de Sepúlveda. Profesionallymente la que aprendió la manufactura del libro fue mi mujer. Yo le conseguía los artículos, al principio de amigos míos, mis discípulos que se iban distinguiendo, que escribían... Bueno, y ahora pues ya es un periódico solicitado, ahora es el centro en el que se mueve mi esposa.

Los primeros *Camep* salieron de nuestro bolsillo. Nos lo editaban en Talleres Gráficos de la Nación, y los vendíamos, así es que con eso sacábamos. Un

<sup>21</sup> *La Prensa Médica*.

día, coincidente con estas cosas de que se inaugura el Seguro Social y que el CAMEP deja de tener la función que nosotros esperábamos porque ya se había convertido en un centro de alta burguesía que iban a “gorrear” la medicina ahí, pues entonces ya no tenía razón de ser el Centro. En esos momentos el doctor José Zozaya, un hombre muy importante para la medicina de México, para la salud pública de México, y que era amigo mío, me dijo:

–Oiga, he oído cosas muy contradictorias de su mujer, que es muy difícil de tratar y todas esas cosas, pero que es muy trabajadora y...

–Tiene usted razón, toda la razón, todo lo que usted dice es cierto. Sí es muy escrupulosa para su trabajo, y trabaja muy bien.

–¿Me quisieran traducir un libro norteamericano para difundirlo?

Hay países que están muy atrasados y que no conocen ninguna cosa, no saben traducir, así es que: “¿No quisieran traducir este libro, un libro de parasitología y otro de salud pública?” Entonces los de la American Health contrataron a la empresa para que se hiciera la traducción. Y entonces me dice mi mujer:

–Bueno, tú ésta no vas a poder dirigirla, en primer lugar porque no podrías dirigir tantas cosas, tienes tantos enfermos y tantas cosas en la cabeza que... yo me voy a encargar de eso.

Y entonces ya se vio con Zozaya y hablaron con los norteamericanos, y ellos financiaron dos libros, uno de parasitología y uno de salud pública. Fue en 1938, era un poco antes de la guerra. Salieron con los pies de imprenta de La Prensa Médica Mexicana. Entonces en vista del éxito que se había obtenido, porque la Salud Pública de Estados Unidos compró toda la edición para repartirla en América Latina y en el sur de los Estados Unidos, y sobre todo les interesaban partes como Puerto Rico, Cuba, en fin, se divulgaron esos libros. Entonces contrataron los servicios de La Prensa Médica para publicar aquí en México en español una revista que se llamaba *Nutrition*, que se divulgó en toda la América, ésa sí por suscripción, ya pagaban los costos. Venía hecha de Estados Unidos, nosotros nada más traducíamos los textos. En Estados Unidos se editaba *Nutrition Review*, que no era del gobierno, era particular.

Con el primer dinero que se obtuvo de Zozaya, se instalaron talleres de imprenta; primero había talleres de imprentas privadas, y ya después vinieron los españoles a México, los exiliados y muchos catalanes que eran del oficio fueron a solicitar trabajo, entonces se llenaron todas las planillas de gente, de corrector de pruebas, de administrador, en fin, de todas las cosas que se

compone una editorial, así es que los primeros empleados fueron españoles, principalmente catalanes. Ya después tuvo mucho cartel en Estados Unidos, se conectó con la Mosby, que es la mejor editora médica de EU, la cosa sigue, va muy en grande.

En cuanto a las cosas manuales, no tenía ninguna cosa, no traducía el inglés como para hacer una edición en español; me seguía dedicando a revisar y a ver todos los artículos y las pruebas ya hechas de los capítulos de los libros. Leía con un traductor, que se leyera rápidamente el inglés, para saber si valía la pena publicar el libro o no, para poner el visto bueno a la cosa, así es que ése fue mi papel; ahora no tengo ninguno, porque ya mi mujer tiene mucho personal, ya considera eso como suyo, como propio, yo lo único que le digo es que ya me mantenga, que ya me quite de trabajar. ¡Y no quiere!

Compró una vez tipos y otros materiales, para hacer libros de matemáticas para los ingenieros, y creo que no fueron constantes; estuvieron trabajando en Prensa Médica como unos dos o tres años, y ya después fueron dejando sus publicaciones y quién sabe quién se las hará ahora.

Mi mujer hizo ya dos sociedades, una que se llama Prensa Médica Mexicana, S. A. de C. V., y otra empresa que se llama Editorial Fournier, S.A., que es la que publica libros y todo lo demás. Todo está ubicado en Arquitectura, bueno, en un localillo, porque eso de que medio Copilco es nuestro es una exageración.

# Hay hombres que tienen lo que se merecen

**E**n 1931 regresé de mi tercer viaje a París. Llegué a Veracruz con los borrachitos que me habían acompañado en el Istria. Ellos se iban a quedar en México a conocer, ya ni me despedí, ni me enteré de ellos, los dejé ahí plantados. Ese día el tren no conectó con la llegada del barco. El caso es que, hasta el día siguiente, tomé el tren a México, mientras fuimos al Hotel Diligencias. Había un periodista sudamericano, que no me acuerdo qué cosa iba a esperar, y estuvimos platicando parte de la noche en La Parroquia, tenía muchas preguntas sobre México. Entre ellas, me hizo una cuya contestación me quedó grabada. Aunque no he cultivado el nacionalismo, en el fondo soy muy nacionalista, pero no de bandera ni de decir patriotero; soy nacionalista en el sentido de que me gusta México, de que lo considero el lugar donde está la gente que he querido y que quiero, pero nomás. Me preguntó:

—¿Vive desde hace mucho en México?

—Sí, nací en México, soy mexicano, y periódicamente viajo a Europa para refrescar mis conocimientos, saludar a mis amigos con los que he vivido momentos muy agradables, pero siempre regreso a México.

—¿Entonces usted conocerá México muy bien?

—Perfectamente. Me gusta mucho el estudio del folclor mexicano, la fonética por ejemplo, oír hablar a la gente, imitar sus voces, escribir las cosas que dicen, en fin. Si tuviera yo habilidad, mucha habilidad para escribir o para hacer comedias, cultivaría mucho la vida del mexicano, al que yo llamo el gangoso. Por principio, todos son gangosos, siempre tienen la contestación, pero siempre tiene uno que repetirles la pregunta: “Oiga usted, quiero esto”. —“Qué qué?” —“Que quiero esto”, dos o tres veces, puede ser una vez nada más, pero hasta dos veces lo repiten, es la cosa típica.

Yo le contaba eso que había observado de la fonética, porque entre otras cosas me preguntaba si el castellano de México era igual al de otras partes de América:

–No –le decía yo–, cada región tiene su modismo, su hablar y todas esas cosas, no hay que hacer generalizaciones. Usted es latinoamericano, pero indudablemente que habla distinto que yo, como ya lo ha podido comprobar.

–Sí –me dice–. Me han dicho que aquí la gente duerme en el suelo.

–Sí, sí es cierto, duerme en el suelo, algunas veces por pobreza, y en muchas ocasiones por costumbre. Le conté la anécdota:

–He sido médico de hospital toda la vida. De un enfermo que pone uno en una cama, en un colchón más o menos bueno y en la mañana: “¿Dónde está fulano?”

–“Pues quién sabe, habrá ido al baño común”. Pues no: “Está debajo de la cama. Pasó la noche debajo de la cama”. Me han dicho que en Japón la gente duerme en una estera, pues aquí duermen en el petate. Así es que sacar una generalización de que la gente de México es tan incivil o tan pobre que tiene que dormir en el suelo... Le diré que hay muchísimos pobres, hay mucha desigualdad, hay todo lo que quiera, pero hay mucha gente que duerme en el suelo porque le da la gana. El gran problema de México es hacer cambiar a la gente de su manera de comer, de dormir... Al mexicano lo tiene usted contento con frijoles, tortillas y chile.

Alguna vez fui en una excursión pagada por la Rockefeller (es el único dinero americano que he recibido) para hacer un estudio del Valle del Mezquital con otra gente, de la alimentación y de todas estas cosas. Se llevaron camas, alimentos, carne de borrego, de res, la que quisieran ellos tomar, se prepararon platillos muy buenos, todos nos rodeaban a ver lo que hacíamos y se reían y platicaban unos con otros, y les decíamos:

–Todo esto es para todos, todos vamos a comer lo mismo.

–No... –así con una sonrisa.

–No, sí, todos vamos a comer lo mismo.

–No.

–Bueno, ¿qué te gusta a ti?

Ya me decían:

–Mis frijolitos –me enseñaban a la mujer que hacía los frijoles en jarrito y las tortillas martajadas, con el maíz visible y café y mucho chile.

Eso es lo que comen, les dejamos ahí gente que los conminara, que les hablara, que les dijera que había que tomar esos alimentos y regalárselos, en fin, la cosa de cultivación, era la época de Abelardo Rodríguez. Había sido en combinación con la Secretaría de Gobernación, era un señor Denegri, o no sé quién de los funcionarios que lo mismo servían para un barrido que para un regado, lo mismo estaban en el ministerio de Hacienda, que en Relaciones, que en Gobernación, y nada más los cambiaban, reformas al gabinete, era una especie de jugar al dominó.

### *Dime qué comes...*

Yo había hecho un estudio sobre los alimentos; no había quién hiciera un estudio de calorías y proteínas y todas esas cosas y comencé a hacer algunas cosas. Zubirán ya había ido a Estados Unidos, pero creo que todavía no regresaba, o fue después de la expedición, porque también conoció esos lados. Platicábamos alguna vez, los dos nos dedicábamos a la cosa de dieta, de nutrición. Él sí, como especialidad, yo, como *hobby* nada más, y para adentrarme en el folclor mexicano, en la vida mexicana, en fin, esas cosas, y como un *mea culpa* por mis estancias más o menos prolongadas en Francia. Bueno, pues consideraba mi alma completamente lavada y mi nacionalismo intocado. Era antes de 1930, Portes Gil debía haber sido presidente, porque era reciente la muerte de Obregón. El caso es que alguien de la Secretaría de Gobernación fue a verme para decirme si quería ir en ese grupo que iba a estudiar la alimentación de los otomís; me entusiasmó mucho la idea.

Tanto la Rockefeller como la Secretaría de Gobernación, que no quiso quedarse atrás, pusieron la mitad y la mitad para hacer instalaciones sanitarias y poner una escuela, un consultorio, etcétera. Entre ellos, había un muchacho muy inteligente que nos servía de intérprete era un indio otomí, y lo dejamos al frente de esas cosas. “Muchacho” es un decir, era un hombre de mi edad, más o menos, yo tenía veintinueve, treinta años.

Hacía viajes periódicos. La primera vez estuve cinco días. Había médicos, pero no se quedó ninguno de la Rockefeller. Se le participó al Departamento de Salud Pública, y a la Beneficencia Pública, que ya no era la beneficencia nada más, sino era Beneficencia Pública, para que colaboraran en esa tarea y colaboraron allá muy poco, en vista de la resistencia de los otomís, pues se

necesitaba invertir mucho y transformar las costumbres de las gentes. Es la única cosa que les reconozco a los españoles con su manera de conquistar.

Se hicieron publicaciones a propósito de eso, los periódicos hicieron mucho escándalo porque había mexicanos que nada más comían frijoles de vez en cuando, café y, cuando tenían dinero, aguardiente que compraban ahí en el pueblo cercano que se llama Ixmiquilpan, en Hidalgo. De eso se alimentaban. Me interesaban mucho algunas cosas, porque todos tenían una dentadura admirable, con una fuerza extraordinaria, laboriosos en lo que les gustaba, ésa fue una experiencia muy buena y que me hizo pensar que el problema estaba en nosotros mismos, no estar leyendo los libros de nutrición de países superalimentados, muy abastecidos de todo y con otro tipo de costumbres.

Me cuenta mi hijo Carlos que en Canadá había jarros de leche por todos lados, en lugar de agua tomaban un vaso de leche; así es que hay costumbres que no tienen por qué cambiar. Yo pondría muchos puestecitos o muchos mercaditos, algún mercadito que fabricara carnitas aunque fuera, algunas cosas que les atrajeran. Inventé muchas cosas, sin ningún resultado: llamar a gente de Ixmiquilpan y pagarle para que fuera a cocinar un cerdo, llevar su perol y hacer carnitas y que fueran atractivas, con mucho chile y tacos, y nunca tuve resultado.

Me preguntaba de dónde les vienen las proteínas. Como médico conozco el fenómeno de los rumiantes: las vacas toman pura hierba y dan leche. Las vacas y la mayor parte de los animales herbívoros fabrican sus proteínas a partir de cualquier cosa. Me preocupaba mucho ver esas mucosas tan sanas y los dientes tan buenos, sus conjuntivas limpias, sin ningún padecimiento, nunca padecían nada, nunca se acatarraban, y era unas tolvánicas, porque aquello es horrible, es el acabóse.

Decía yo:

—Cómo es posible que la gente ni quiera salir de aquí, ni quieran comer otra cosa. ¿Saben un pequeño secreto? Iban en el campo comiendo quesitos de malva, es decir, la hierba que da unas flores lilas, como el ciclamen muy campestres, cuando dejan las semillas, dejan un capítulo redondo, lleno de granitos; esos los comen, van por el camino arrancando las malvas. Pero eso era una época del año, aunque la malva se da en todas las épocas y crece en todos los lugares. Estudiamos ese fenómeno y se encontró que la malva tiene gran cantidad de ácido ascórbico, digna de tomarse en cuenta para fabricar pastillitas de ácido ascórbico. Pero no pudimos extraer la proteína. Bueno,



pues ellos masticaban esas hierbas. Yo creo que no se ha estudiado suficientemente, la investigación sofisticada que a veces se hace en México está hecha a base de repetir y de dizque controlar, a ver si los americanos, los franceses, los alemanes, los rusos tienen razón en lo que dicen, y una investigación mexicana partiría, precisamente, de esas cosas elementales.

Volvía a los lugares donde estaban las instalaciones, después me iba a comer a Ixmiquilpan, algunas veces regresaba en la tarde por si tenía preparada alguna cosa. Una vez me hicieron una exposición de bordados y de los tejidos que hacen, preciosos, ahora ya están también sofisticados.

El proyecto se suspendió por la decepción de todos; en lugar de investigar la cosa a fondo, se decepcionaron porque los señores no querían transformar su alimentación.

Si estuviera cerca del presidente<sup>1</sup> le diría:

—Mira, estás metiendo la pata en esto, ¿para qué te vas a África a saludar a los del Tercer Mundo y... cambiarle de vida a esa gente que han sido tan feliz encuerada, ponerle trajes ingleses y...?

¡Háganme favor! ¿A eso llaman salvar al Tercer Mundo? ¿Que los dejen en paz! Y a los nuestros, pues es el mismo tango, que los dejen en paz, que vayan paulatinamente metiendo pequeñas senditas, no lo que se llama cultura o civilización, sino las cosas que son útiles para el hombre en cuanto a asistencia médica.

El censo médico era muy curioso, porque la longevidad es muy grande entre ellos, la mayor parte de la gente se va a morir a los centros donde hay comercio, donde ya hay civilización y apuran el alcohol en grandes cantidades y mueren de cirrosis, o mueren de cosas hepáticas; son enfermedades degenerativas que se adquieren no por no comer —pues no son cirrosis nutricionales, como se les llama—, son cirrosis típicamente alcohólicas. Así que el problema de la alimentación en el Valle del Mezquital hay que meditarlo mucho, y son esas las investigaciones que se deben hacer, y no partir de lo que nos llega de fuera para saber si es o no cierto.

Hice lo que pude con los medios que tuve, tomamos como trabajo social toda la colonia donde actuábamos. Cuando fui director de la Escuela de Medicina, a los muchachos de primer año los hacía formar brigadas con algunos pasantes, con el objeto de tutorear familias miserables, pobres o necesitadas

<sup>1</sup> Se refiere a Luis Echeverría Álvarez.

(me choca mucho la denominación de “Tercer Mundo”, y perdonarán ustedes que aunque esté muy de moda, no la digo).

Personalmente, cuando he estado en puestos de asistencia pública, sobre todo en la fundación del CAMEP, fue con ese objetivo: no sólo dar atención médica y vacunar, sino que hacíamos todo lo que un verdadero médico debe hacer, hacer intimidad con la gente, decirle:

–¿Cuándo me invitas a comer a tu casa?

–¡Ay!, pues no tengo ni sillas...

–No, nada le hace, la silla la llevo yo, pero llévame a comer.

–No, no me alcanzaría.

–No, mira, tú haz tu gasto, con lo que tengas, si tienes veinticinco centavos para comer, pues yo como lo de toda la familia, y después te daré lo necesario para completar.

Y entonces así tenía indoctrinados a mis discípulos, a todos, muchos de los “gallones” de ahora, que han sido médicos y después políticos, pasaron por esa disciplina. Ahora, si ellos no aplican lo que uno les enseña, ya es otra cosa, es que les gusta más el ejercicio del poder, o el dinero. Yo, por mi parte, a estas alturas, sigo ejerciendo la profesión en la forma que dije, no hay un enfermo que se haya hecho el remilgoso, de cualquier categoría que sea, que sea enfermo mío:

–¿Cuándo me invita a comer?

–¡Ay!, doctor, pues la casa de usted es tan pobre.

–Lo que tenga nos lo repartimos, pero usted no me hace platillos especiales, yo quiero ver lo que come para decirle si está en lo correcto o no.

La mayor parte de las veces, podría decir que el setenta y cinco por ciento de mis enfermos lo aceptan.

A pesar de que atiendo y siempre he atendido a muchos enfermos pobres no vivo de ellos, pues de algo tengo que vivir: vivo de los que tienen dinero, lo digo de una vez para que no se crea que juego con dos barajas. Estoy jugando con una, pero tengo que ganar, el término “cliente” lo empleo como empleamos tantas palabras, por el uso. En el Seguro Social se dice: “los clientes del Seguro Social son...”. También se dice cuentahabientes pero es una palabra que molesta a mucha gente. Los llamo “clientes”, en primer lugar porque es una expresión común y corriente entre los médicos, “la clientela de mengano, la clientela de perengano...”. Sería muy artificial si dejara grabadas palabras que no uso. En el psicoanálisis me enseñaron a decir lo que me da la gana y en la forma que me da la gana.

## *Sí, ésa es Carolina Amor*

Al regresar a la ciudad de México entré a la sociedad por la vía intelectual. Encontré al doctor Anastasio Garza Ríos en el Hospital Francés, lo saludé y me dijo:

—¡Hombre!, que bueno que está aquí... ¿Y qué, ya por fin se va a instalar definitivamente en México?

—Sí, maestro, seguiré haciendo viajesitos, pero muy breves.

Y me comenzó a mandar enfermos. Entonces una vez, el papá de las Amor, don Emmanuel Amor, se enfermó del intestino, y le dijo a doña Carolina:

—¿Por qué no llaman a este muchacho que acaba de llegar de París, que entiende muy bien de estas cosas?, ¡llámalo!

Fui requerido para dar consulta al señor Amor en su casa. Venía yo de manejar dietas allá y de especializarme, de interiorizarme más bien, en dietas para enfermos del aparato digestivo, no la nutriología, así en grande como la fue a hacer Zubirán a mucha gente... Vi al señor y le dije:

—Esta enfermedad no es del intestino.

Me dijeron:

—No, pues si eso es lo que padece, dice Tacho que necesita una dieta...

Antes mandé a hacer unos análisis. Lo que tenía el señor era un exceso de pastillas, una uremia muy grave y la diarrea era nada más consecuencia, uno de los síntomas.

Entonces estaban todas las Amor chiquitas, ese día Pita tenía sarampión y la señora me dijo:

—¿Y no quisiera ver a esta niña? Mire usted cómo amaneció, yo creo que es catarro.

—¿No le ha dado sarampión?, pues lo que tiene es sarampión.

En aquella época no había medicina para el sarampión. Así es que les dije:

—Que le den de comer, denle de comer de todo.

—¿Y para mi marido?

—Pues que vaya alguna de sus hijitas —ya le había yo echado el ojo a Carolina— a recoger la dieta del consultorio.

Recuerdo bien que era un viernes. El sábado, Edmundo O'Gorman me dijo:

—Vamos a una posada que van a hacer unas muchachas, por cierto que te quiero presentar a las Amor, van a ir ellas y va a ir Amelita Martínez del Río, y va a ir fulana y zutana.

Bueno, y conocí a las Amor, panorámicamente en el parque De la Lama;<sup>2</sup> la condición era que nosotros fuéramos de overoles y ellas de criadas.

El antecedente más remoto de todo esto es que cuando iba a tomar el barco Istria, me habían ido a dejar un par de amigos a Marsella, que tenían ganas de conocer la costa; y en el muelle de Marsella, Enrique Asúnsolo, que era amigo de Edmundo O’Gorman, me dijo:

–Mira, la muchacha que quiero que conozcas en México es Carolina Amor, de las Amor la que más vale es Carolina, conócela.

Él tenía muchos conocidos intelectuales y además pues yo ya venía con ese fin antes de que me llamaran.

Llevado por O’Gorman fuimos a la posada aquella, en el parque De la Lama, en 1932. Entonces le pregunté, a otra persona conocida que me encontré.

–¿Quién es Carolina?

–¿Por qué tienes tanto interés en conocer a Carolina? –me dice el amigo–, no tiene ni un centavo.

–No, si yo no la quiero conocer por el dinero, quiero saber quién es y punto.

–No, tú vienes a casarte a México y andas viendo con quién...

–No...

–Pues mira, es ésa que está ahí –me la señaló así nada más.

Y veo a una mujer ¡con un sombrero!, todas estaban de criadas. No todas, la mayor parte de criadas, y la mayor parte de nosotros iba de overol, y O’Gorman iba de overol, en fin... vi a una señora ya medio gorda, como cerca de la cincuentena, y que tenía un sombrero de color turquesa de ala ancha y con un traje turquesa, con medias turquesa, zapatos turquesa, y entonces dije para mis adentros: “Sí ésa es Carolina Amor...”. Bueno, así pasé la posada aquella. El sábado siguiente, me dice Edmundo: “Mira, nos reunimos todos los domingos en la casa, tenemos una especie de club literario, donde cada quien lee su trabajo, alguno que haya hecho”.

Me recibió muy bien el señor O’Gorman, que era muy simpático, doña Chonita también, la mamá de Edmundo, que había sido amiga de mi mamá. Yo conocía a los O’Gorman de la Preparatoria, de la Universidad, no recuerdo en qué curso, cruzamos unas palabras, encontramos en ese momento muchas

<sup>2</sup> Estaba ubicado en donde hoy se encuentra el Polyforum Cultural Siqueiros y el World Trade Center.

afinidades y me hice amigo de Edmundo, es menor que yo, ha de tener unos setenta años, así es que yo era mayorcito, y claro, a los muchachos les gusta siempre gente mayor como amigos. No tenía idea de casarme, yo llevaba una vida tan padre solo... Entonces estaban muchachos y muchachas sentados en el suelo, así sin ninguna mesa, con los pies estirados. Entré y pregunté por Edmundo, Cecil, el papá, me dijo:

–¡Ah!, usted es el amigo Fournier.

–Sí.

–Pues mucho gusto en conocerlo porque voy a hablar con usted de muchas cosas, de botánica. Sé que tuvo un abuelo botánico y me interesa mucho.

El señor O’Gorman era muy grande, siempre en las nubes, dejaba plantada a la familia y les ponía una carta: “¡Adiós! –mezclaba italiano, francés, español en la carta– ¡Arrivederci!, salgo para Inglaterra y regreso a México”. No sé de dónde obtenían el dinero para vivir; yo sabía que era gente rica, porque el mismo Edmundo me lo había contado.

Bueno, pues llegué ahí, vi a todas las parejitas, y veo a una muchacha que me simpatizó, me gustó su pelo, lo llevaba a la *garçon*,<sup>3</sup> cortito, y estaba sentada junto a un muchacho, moreno él, sentados mano entre mano.

Se acerca Justino Fernández, y le dice a Carolina:

–*A penny for your thoughts* –un penique por tu pensamiento.

Carolina me señala y le dice:

–Mira, me voy a casar con él –ella me lo contó.

–Pero si no lo conoces.

–Bueno, pues preséntamelo.

Entonces ya me presentó; yo, acostumbrado a besar la mano a las damas de cualquier edad, le besé la mano y saludé al señor que estaba con ella. Luego le dije que se me hizo raro que la mano le había quedado húmeda, estaba sudoroso ese señor y cada vez que la quiero poner nerviosa le digo: “Como tu novio, el de mano sudada”.

Y no porque sea mi mujer, pero era muy guapa; entonces ya nos hicimos amigos. En la fiesta me encontré a Amelita Martínez del Río, con el mismo atuendo turquesa de la fiesta, y le pregunté a Edmundo:

–Oye, ¿ésa es Carolina Amor?, es que no la conocía, me acaba de presentar Justino pero yo creía que era esa...

<sup>3</sup> Muchacho.

–No, si es una vieja amiga, es Amelita Martínez del Río, muy mona y muy inteligente... muy simpática.

No voy a presumir de “Don Juan” ni a hacer recitaciones de mis triunfos, pero a la que le caí bien no fue a Carolina, ella dice que le interesé nada más porque se veía amenazada por Justino... A la que le caí bien fue a Maggie O’Gorman, Margarita, una mujer muy graciosa, muy simpática.

Mi esposa es justamente diez años menor que yo. Yo era un hombre ya profesionalista, era médico, viajaba y todas esas cosas, era al que más respetaba el señor Cecil O’Gorman, que luego luego me adoptó. Me cogió de la mano y me contó anécdotas muy graciosas:

–Me puede usted llamar Cecil, figúrese que lo voy a iniciar en algunas cosas, ¿usted cree en los fantasmas?

–Sí, sí creo en los fantasmas.

–¡Ah!, qué bueno, le voy a invitar la semana próxima porque vamos a ir a una casa que van a derrumbar, en la calle del Carmen.

Total, don Cecil era una gran personalidad, y sobre todo tenía una mente esotérica, así como se iba de viaje como quien se va de *week-end*, ¿verdad?, así las otras cosas. Me explicó las proporciones de su casa, una casa muy bonita, con un corredor, en el centro un jardincillo, una fuente, y pues pasamos a un solar, de un lado había unas vaquitas... Llevando la conversación con don Cecil, después me comenzó a explicar su interés por el espiritismo y por las ciencias ocultas y cosas así. Yo estaba muy entretenido porque era muy simpático para expresarse, revolvía palabras españolas con parlamentos en inglés, me hacía la galantería, que entonces se le figuraba que era necesario hablarme o pronunciar una que otra palabra en francés. Me dijo:

–Lo voy a llevar a la casa que van a demoler, apenas van a comenzar a quitarle el techo la semana entrante, pero es necesario que las paredes sufran un poco para que puedan salir los fantasmas y los vamos a ver.

–Bueno –le dije–. Cómo no, don Cecil, me interesan mucho los fantasmas, nada más he sabido de ellos por los libros ingleses que he leído.

–¡Ah!, ¿ha leído usted cosas de fantasmas?

–Pues, alguna que otra cosa ... he leído *El fantasma de la Ópera*.

–¡Ah!, pero eso no es cierto.

–Bueno, no es cierto, pero he leído otras cosas de fantasmas ingleses, en alguna novela de Chesterton.

En fin, en las novelas inglesas casi siempre hay cosas de fantasmas, y son muy crédulos los ingleses en fantasmas, no sé si sigan creyendo (anunciaban, por ejemplo, tremendo castillo con todo y fantasmas). Hicimos una cita vaga, porque se iba a informar primero, iba a ver cómo estaban las obras para ir a ver la demolición y observar, a determinada hora, la salida de los fantasmas, porque estaban sufriendo mucho en esas paredes, mirando a cielo abierto; andaban buscando dónde meterse y era el momento en que los íbamos a ver. Pero se necesitaba que no tuviera techo, que sintieran el aire en ese momento. En eso me habla de mi abuelo Villada, que era botánico, naturalista como se le llamaba, y me dice:

–Mire usted esta hierbita qué bonita, másquela usted –una hierba horrosa, amarguísima, amarguísima–. ¿No le ha tomado el sabor?

–Sí, don Cecil, ya le tomé el sabor.

–Pues... ¿a qué le sabe a usted?

–Me sabe muy amargo, claro que la hojita parece perejil.

–Es cicuta –me dijo.

Yo vivía en las calles de Lucerna y las Amor vivían en Abraham González, así es que estábamos cerca. Estaba también Justino. Todos íbamos a tomar el tranvía a San Ángel, para irnos al centro después de una cena muy buena que hacía Chonita, la mamá de Edmundo, que era magnífica cocinera y nos daba cosas muy sabrosas. Nos bajábamos en la avenida Chapultepec, así que caminábamos un poquito, y yo las iba a dejar a su casa:

–Pues a ver si nos vemos más seguido...

Bueno, fue realmente el primer encuentro, el primer enfoque con ella, que fue un poco titubeante.

Carolina fue por la receta al consultorio, me tardé mucho en escribir el régimen (escribía a máquina, con un dedito). Ella estaba presentada muy correctamente y esperaba ahí, hacía preguntas vagas. Yo venía muy europeizado, así es que en el consultorio se servía té, y le dije:

–Bueno, no están aquí las cosas ahora preparadas para el té –estaba en Uruguay 20–, ¿qué tal si vamos a Sanborns a tomar té?

–Pues sí, vamos, pero no muy tarde porque tengo que regresar a la casa.

–Sí, nada más que me va a perdonar que no la lleve hasta su casa, porque regreso al consultorio.

En Sanborns rompimos el turrón:

–¿Por qué nos estamos hablando de usted?

–Eso digo yo, si vamos a ser amigos, ¿por qué nos hablamos de usted? – pero con aclaración previa, no de sopetón...

No sé qué platicarían Maggie O’Gorman y Carolina. Al domingo siguiente volví a casa de los O’Gorman, porque la cosa era dominical, y entonces mientras comenzaba la lectura (la súplica de llegar siempre a las cuatro para tomar un poquito el aire en San Ángel), nos fuimos caminando hasta el Pedregal. Entonces quién sabe de qué manera hubo un enredo, el caso es que yo me fui caminando y alejando con Maggie O’Gorman y Carolina, que estaba un poco ciscada porque ya se había medio fijado en mí, ya nos hablábamos de tú y todo... y Maggie tenía la costumbre de caminar siempre con una flor en la mano, haciendo balanceos con ella; bueno, caminábamos y llegamos a Chimalistac, atravesando parte del Pedregal, lo que hoy es la Taxqueña... Estuvimos paseando por los puentes y de repente volteamos la cara y ya no había nadie a nuestro alrededor, ni nos seguía nadie; Justino, Edmundo, Carolina, el mundo, todos se habían ido:

–¡Ay!, nos dejaron solos –dice.

–Pues sí, ¿qué...?

–Vámonos corriendo porque mi mamá ha de estar preocupada porque...

–Bueno, ándale, vámonos.

Y nos fuimos. Entonces Carolina Amor me trató media despectiva ese día. Maggie era muy O’Gorman de tipo, y eso bloqueaba un poco la cosa, el que fuera físicamente tan O’Gorman. Yo admiraba a Edmundo y a Juan, eran grandes amigos, pero nada más... Y ella era tan parecida a ellos, a Edmundo principalmente. Bueno, total que ahí fue el conocimiento.

Después de eso ya cogimos la costumbre de que ella iba por recetas, íbamos a Sanborns y entonces sucedió una cosa muy curiosa, un día me dijo:

–Oye, ahora mi papá no necesita recetas ni régimen, va muy bien y todo, a ver si en el curso de la semana vas a ver a mi papá y a tomar el té en la casa y...

–Bueno, pero nos vemos mañana a las cinco en Sanborns, ya directamente.

Bueno, llegué a las cinco a una de las caballerizas de Sanborns del centro, y me encontré a Maggie O’Gorman con... ¡Sola!

–¿A quién buscas?

–Pues fíjate que Carolina no pudo venir, y me suplicó que te viniera a acompañar para el té.

Habían hecho una trampita, a ver por cuál me decidía yo. No sé qué habrían hablado entre ellas, nunca me lo dijo Carolina. El caso es que tomamos té.



–Oye, te veo muy triste –me decía Maggie.

–No –le dije–, ¿por qué triste?

Hacían unos *toast*<sup>4</sup> en Sanborns que eran ricos, con mermelada de naranja, que hacían muy buena, la mermelada de fresa, que me choca, y... bueno... pues la cosa acabó porque le dije:

–Mira, tengo que regresar a mi consultorio.

–Sí, ya sé, ya me contó Carolina, que es una hora de descanso que tomas –porque llegaba yo temprano al consultorio–, para tomar el té y después vas al consultorio. ¡Qué costumbrita!, burgués hasta...

Bueno, pues total que le dije a Carolina.

–Mira, no andes haciendo esos juegos, la que me simpatiza y me gusta eres tú. ¿No lo sabes o no te has dado cuenta?

–¡Ay!, pues Maggie estaba tan ansiosa de tener una conversación contigo.

–Bueno, si andas prestando el amigo, pues ¿qué pasó?, ahora de castigo te invito a ir a la carpa en la noche.

–¡Ay!, ¿qué carpa?

–Pues a las carpas de Garibaldi.

–¡Ay!, nunca he ido.

–Bueno, pues ahora vas a ir.

Y entonces en lugar de tomar el té juntos nos fuimos a la carpa, me encantaba porque había un ventrílocuo magnífico que se llamaba el conde Golely. Y ahí fue donde conocí e hice amistad con Cantinflas.

Don Gastón Melo, a quien arrastraba, y yo teníamos la costumbre de ir a las carpas, pero después ya iba con Carolina Amor, la estaba “desestirando”.

Su mamá me amó desde el primer momento. Cuando yo iba a ver al señor, era la hora del té. Después comencé a cambiar mi horario, le dije:

–Me resulta poco práctico porque mis enfermos han aumentado, y prefiero venir a verlas a ustedes, a ver al señor Amor.

Bueno, total, el señor Amor se murió de uremia, de la cosa que lo agobiaba, su enfermedad renal. Yo le daba puros diuréticos que se usaban entonces, de muy dudoso efecto, todavía nos aguantó, pues yo conocí a Carolina en 1932 y él murió como en 1933 (con una nefrosis no aguanta uno mucho).

Los Amor eran: Mimí, Carolina, Elena, Inés, Chepe –José, único hombre–, Maggie y Pita. Mimí es la mayor y se lleva cuatro años con Carolina.

<sup>4</sup> Pan tostado.

Mimí Amor se casó con el señor Hill, dueño de la American Book, que heredó de su padre, Robert Hill; luego sigue Carolina, casada conmigo. Después, sigue María Elena, casada con el señor López Portillo, es más grande ella que él. Inés, la dueña de la Galería de Arte, se casó con Rosendo Pérez. Después de Inés sigue Chepe, casado con una Martínez Gallardo, sobrina de Amado Nervo. Magüi, casada con Sepúlveda. Y, finalmente Pita que no se casó.

La señora Amor estaba contenta conmigo, pues sus hermanos, su padre, habían sido médicos. El padre de la señora Amor era el doctor Schmidtlein, era bávaro.

Voy a hacer el retrato de mi mujer: ella pertenece a un clan, fue de la gente que veía menos a los aristócratas porfirianos. Tenían su origen en Baviera y en Francia, así es que el conde de Subervielle y toda esa gente de postín eran sus familiares. Aquí, gente muy importante de México, por ejemplo el nombre de Carolina le viene de Carolina Manzo de García Teruel. Carolina Manzo se casó con García Teruel, y entonces esta señora García Teruel tuvo una hija a la que le llamó Carolina, que fue la abuela de mi mujer. Bueno, el señor García Teruel fundó La Carolina, una fábrica de hilados y tejidos en Atlixco en Puebla. Carolina casó con un señor Schmidtlein que había venido con las tropas de Maximiliano, de médico de las tropas de Maximiliano. Tuvo dos hijas, una se casó con el señor Amor y otra se acaba de morir en España, en Madrid, no me acuerdo cómo se llamaba la otra señora, llevaba el nombre de la madre y acaba de morir. Se habían cruzado cartas y todo, ella se había casado con un hombre vasco muy distinguido y muy de la alta sociedad, sin tener ningún título nobiliario de España. Entonces la señora Carolina Schmidtlein casó aquí con el señor Amor, el señor Amor era un hombre que acababa de enviudar, y entonces conoció a la mamá de mi esposa. Del primer matrimonio del señor Amor nació un hijo, Nacho Amor y de la Torre. La primera mujer murió y se casó con la señora Schmidtlein y tuvieron seis hijos.

El señor Emmanuel Amor era un hombre muy divagado. Fue un hombre culto, creo. De los libros que tengo, que eran de él, únicamente hay de religión y filosofía cristiana, Así es que era un hombre, como diría una cubana amiga mía “cultico, chico”. Hablaba muy bien francés, naturalmente, él había nacido en París, y era Amor y Subervielle, la mamá era francesa, era condesa.

Resulta que el señor Amor que no tenía idea ni de negocios ni nada, nada más un temperamento acumulativo, porque acumuló muchas tierras, sí tuvo la mitad del estado de Morelos sembrado de azúcar de caña. Lo que ahora es

Tequesquitengo, era la presa, que había mandado hacer para la irrigación de todos sus campos, y en realidad era una gente humana, al grado que se llevó con Zapata y Zapata le decía:

—¿Usted permite que vayamos fraccionando su hacienda?

—Pues sí, señor.

Y todavía con el interés de guardar San Gabriel, porque era donde tenían la casa y donde vivían. Total, vino el derrumbe de toda la familia, el señor se quedó endrogado, vendieron hasta lo último, hasta la última casa que tenía la señora Schmittlein en México, porque los descendientes de García Tèruel eran ricos. Así es que acabó el señor Amor con todo el capital, y se quedaron de la noche a la mañana con una casa que habían hecho en tiempo de don Porfirio, una casa en Abraham González muy bonita, muy bien montada, con muchas cosas, muy elegante. El único recuerdo que tenemos de ellos es un *chedr* que está ahí invendible, y nadie lo quisiera comprar porque vale miles de miles, millones de pesos. Eran antigüedades y cuadros de muchos millones.

En vista de que la situación era muy mala y que él había hipotecado la casa, naturalmente no pagó la hipoteca, se la confiscaron, y la única concesión que le había hecho el que le había comprado la casa que tenían de Abraham González, la persona que la compró, le dijo:

—Yo la compro.

—Sí —le dijo el señor Amor—, ¿pero me permite usted seguir viviendo en alquiler en la casa?

—Pues sí, cómo no...

Los alquileres nunca se pagaban y un día le dijeron a este señor:

—Bueno, pues ya ahora sí, ya se acabó...

Se murió el que la compró y los otros dueños ya no quisieron aceptar, y entonces Carolina fue la primera que se puso a trabajar muy valientemente en cosas de las que no conocía, por su cultura, del Sagrado Corazón, muy bonita letra, muy buen francés y todavía hace unas toallitas muy bonitas.

Ella se fue haciendo paulatinamente de un carácter así, como hecha para el trabajo. Metió a toda la familia en cintura, comenzó a pagar la renta de la casa, le exigieron un fiador; el fiador fue Carlos Prieto, que sí era cumplidor y Carlos Prieto la enamoró; ella le dijo que no, porque ya Raoul estaba medio presente por ahí. Se le fue formando un carácter muy fuerte, autoritario, en fin. Y como no tuvimos hijos los primeros años del matrimonio, pues siempre estábamos juntos, pero ella no tenía ningún poder económico, tenía una

“chambita” en *Excelsior* de reportera de no sé qué, y le daban otra “chambita” en el Conservatorio para enseñar francés.

Me sorprendió que siendo novios, un día, quién sabe por qué cosa, porque entonces nos juntábamos varios amigos en las noches, ahí en su casa de Abraham González, ella hizo una réplica muy dura a uno de los que estaban ahí, y yo dije para mis adentros: “¡Caray! Pues el día que me haga estas cosas a mí, la cosa va a estar medio dura”.

Un individuo que ha estado yendo a Europa a cada rato, con el sano propósito de estudiar, de meterse en un ambiente, de sacarle todo el jugo posible, pues naturalmente tiene relaciones de todas clases con el medio. Estando en México y a punto de casarme, me entró la nostalgia de cosas que había dejado en París, y entonces me quise sincerar conmigo mismo o convencerme de mi situación, del paso que iba a dar, si lo daba aquí o allá.

Para un hombre que se casó tres veces, dos por poder y una por mi propia cuenta y con mi propia mujer, era un hombre de mucha experiencia. No era un bebé, sabía lo que hacía. Me daba cuenta de que cuanto amigo venía a México con su mujer, con la que yo me casaba y se la traía aquí, se peleaban a los dos meses y ya no sabía qué hacer con ella.

Yo tenía tres perspectivas: regresarme allá con una gente que me carteara y me hablaba por teléfono, que era muy difícil y muy caro en ese tiempo, y me llamaba cuando menos una vez a la semana, pagaba allá, ¡qué prueba de desinterés! porque también me decían:

—No, te habla por el interés, porque ya le informaste que tú, claro, no tienes dinero en estos momentos, pero que tu porvenir y todas esas cosas. Ella ¿qué conseguiría?, ¡nada! Pero acá, ser la señora de un médico que tiene una posición social, intelectual y... ¡No, no!, abre los ojos y fíjate cómo te toma la medida.

Por otro lado, yo iba paulatina y positivamente queriendo a mi mujer. Es muy inteligente, muy culta, y todo nos une, toda esa compañía me gusta. Yo no soy un hombre de tipo sensual, con una sensualidad extraordinaria; andar con una amante vistosa y toda esa cosa, no me importa. Me interesa lo humano, el saber que tengo a mi lado, en mi recámara, no a un mueble, sino un ser humano al que le puedo decir alguna cosa importante.

He hablado de dos opciones. La tercera era irme de monje; no, en realidad, la otra era una viuda.

## *¿Ya pensó en su enfermedad?*

En diciembre de 1935 llegué de París a casarme, con un intervalo de un mes que estuve en Nueva York, porque me invitó Eduardo Villaseñor, de quien soy íntimo amigo, y que era cónsul de México en Nueva York.

Volví a Europa, con mi mujer, hasta 1937. Fui a ver a Gutman y..., qué cosa tan curiosa, era judío, lo mismo que Binzot y todos los del grupo del Hospital Saint-Antoine. Ahora que reflexiono, es muy curioso que trabajé nada más con médicos judíos en Francia: Gutman, Binzot, Béclère, luego Widal, que no puede ser más judío.

Me fui a trabajar con Gutman, quien muy inocentemente me dijo:

–Mire, Fournier, lo que tiene que hacer usted es irse a Vichy, tengo un puesto magnífico.

¡Imagínense nada más! “En Vichy hay un puesto magnífico y usted lo puede ocupar, se va de jefe de un servicio de gastroenterología en el hospital...” se lo comunicó también a mi mujer, quien le dijo:

–Yo estoy encantada en París y en Francia –encantada porque tenía a sus primas– y..., bueno, encantada, pero, eso de quedarnos aquí, no, yo vine a estudiar las artes del libro y quiero desarrollarlo.

–Lo puedes desarrollar aquí en París.

Ella hizo toda la revolufia, no había barcos, comenzaban a escasear los barcos por la guerra. En fin, encontramos lugar en un barco italiano, en el Rex, porque toda la gente que viajaba le huía a los barcos, naturalmente, alemanes y a los barcos italianos; no porque fueran judíos, que ya habían empezado las persecuciones y todo eso.

En diciembre nos regresamos a México en el Rex; así es que estuvimos agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, cinco meses. No volví a Europa sino hasta que pasó la guerra, hasta 1951. En este viaje de cinco meses me empecé a psicoanalizar con Paul Schiff, judío también, freudiano. Comencé con él desde que llegué, en agosto, hasta diciembre, cuando se vaciaba París por las vacaciones de diciembre. Entonces él me decía:

–Quiero continuar su psicoanálisis.

–No, pues ya me voy a regresar a México.

–Pero tengo entendido que no hay... médico –decía que no había psicoanalistas, y que ya tenía afecto por mí y yo por él, lo estimaba mucho, después de tormentosísimas sesiones.

Yo pensaba que no iba a haber guerra. El ambiente de Europa en esos momentos era muy curioso. Acababa de pasar, o estaba efectuándose ese año, la Exposición Mundial en París, Alemania tenía un pabellón enorme y ahí estaban los rusos también.

Los primeros meses la terapia fue tormentosa, por ejemplo en agosto y septiembre. Ya después las cosas iban muy bien, yo mismo había comprendido lo que era el psicoanálisis, me molestaban mucho algunas preguntas que me hacía el psicoanalista. Era el sistema freudiano de estar acostado, no cara a cara.

Al doctor Schiff me lo recomendó Samuel Ramírez Moreno, el suegro de Ramón de la Fuente. En París, en esa ocasión, estaba un poquito angustiado, ya había leído bastantes cosas de psicoanálisis, ya había leído a Freud y a Jung y otras cosas. Se me ocurrió preguntarle a él quién podría hacer psicoanálisis, allá en París, que me recomendara, y me dijo:

—¡Hombre!, yo acabo justamente de conocer a Paul Schiff.

Ya le hablé por teléfono, me dio una cita y fui. Las primeras sesiones fueron muy incómodas, más que nada porque él no era un hombre de carácter afable y yo iba con miedo. Una vez que estuve tirado en el diván psicoanalítico, la primera o segunda sesión, me tuvo que dejar para atender una llamada telefónica y cuando regresó (tardó como unos cinco minutos), yo había estado callado sin decir nada y me dijo:

—¿En qué ha estado pensado este tiempo?

—Pues en que tiene usted bonitos cuadros, en que me gusta ése de allá y el de allá, y le hice un análisis de su mobiliario.

Se quedó callado:

—¿Y en qué otra cosa?

—Bueno, tuve otras asociaciones.

Y comenzó propiamente el psicoanálisis esa segunda vez, y luego me dijo:

—Bueno, pues interpreto lo que me dijo en un principio, como que usted está empeñado en entrar en mi intimidad, y lo que necesito es entrar yo en la intimidad de usted.

Así es que me quedé muy ciscado y me dije: “No, aquí si va a estar buena la cosa”. Después, ya en esa misma ocasión, le expliqué que no me interesaba mucho entrar en su intimidad, y se enojó, sentí que estaba muy molesto. Le dije:

—Bueno, doctor, comprenda que nos acabamos de conocer, usted es un parisino, yo soy un mexicano y cometo muchos errores...

—No, no —me dice— está muy bien, está muy bien, ya pasó todo, ya me va usted a contar.

Tenía sesiones con él dos o tres veces a la semana. Yo me lo financiaba apretándole a las diversiones, ya era 1937, ya tenía algo de dinero, cuando menos para sostenerme allá.

Estoy contra los médicos que rechazaban el psicoanálisis por principio. Ejerzo una medicina quizás a la antigua, de platicar mucho con el enfermo, explorarlo, verlo y mandarle a hacer los análisis. Algunas veces tenía la costumbre de mandar a hacer los análisis ya que no tenía absoluta seguridad en el diagnóstico, sin laboratorio; por ejemplo, me refiero a una úlcera del duodeno o una cosa así. Ya que me daba cuenta que era efectivamente úlcera, entonces sí los mandaba a las radiografías, como para completar mi diagnóstico, no para investigar qué tenía, y eso ha sido una cosa en contra de todos los cánones modernos. Generalmente, el diagnóstico no se hace hasta que no están todos los resultados, ya el médico no sabe analizar una fiebre, no sabe ver los calosfríos, no saben ver manchas en el cuerpo, observar la garganta, ver si ha sido un brote de alguna enfermedad de la sangre que pueda tener el muchacho, no investigan; no se les ocurre que pueda no tener reacciones febriles, enfermedades, o, si no, lo dan por bien curado o a lo mejor ya se quitará...

Entiendo el psicoanálisis desde este punto de vista: no creo que pueda ser buen médico nadie que no se haya acercado a la cuestión analítica. Y hay una cosa muy frecuente entre los médicos, que en lugar de que el enfermo se proyecte en uno, uno se proyecta en el enfermo y le pasa uno sus cosas a él, haciéndole una transferencia perfecta. Como el enfermo siempre, para soslayar o retardar la anunciación de sus padecimientos, comienza por preguntarle al doctor:

—¿Qué tal le ha ido a usted, doctor?

—Muy bien.

—Lo veo de muy buen semblante, ahora sí le veo descansado y todo, ¿que bueno, doctor! ¿Y qué me dice usted, no va a salir de México?

En fin, ya le hacen a uno el interrogatorio primero. Y entonces yo al paso les tengo que decir:

—Pues sí, yo descanso una vez al año, unas vacaciones largas, etcétera, etcétera.

Ya entonces empieza la respuesta de mi parte, pero por lo pronto me estoy proyectando en el enfermo. Y después de muchos trabajos, ya que está ese

trance hecho, ya voy por mi cuenta. Ya estoy acostumbrado a eso, nunca les contesto mal a los enfermos: “¡Qué le importa!”

Los tiempos de la medicina: la medicina natural, la medicina sacerdotal, la medicina empírica, todas esas cosas se van sumando, no se sustituyen, no es cierto que ahora se sustituya la medicina por la cosa de los análisis, esa cosa moderna se suma a lo demás. El médico que no lo hace así, no está cumpliendo con su deber, porque el médico debe tener una buena dosis de empirismo y de la cosa del artista. Si usted le pregunta a un pintor: “¿Por qué se le ocurrió poner ese color?”, pues es porque el pintor cree en su mente que ese color va a dar buen efecto al cuadro. Es lo que yo llamo el empirismo en la medicina, cuando sin hacer más investigaciones, sino simplemente de primer golpe por la apariencia del enfermo, el médico siente que puede servirle de algo. Voy a contar la experiencia que tuve:

Una lideresa que había sido diputada del Congreso Federal del Estado de Guerrero, me fue a ver como paciente. Era gorda. Cómo me acordé de aquella cosa de José Juan Tablada que le dijo a una señora Robles de Mendoza, que estaba de secretaria de la embajada en Washington, y lo molestaba mucho porque era revolucionaria. José Juan Tablada estaba exiliado por su participación en los homenajes y elogios a Huerta y él, como era muy cáustico, le dijo: “Señora doña Rebeca tal de tal, la manteca se le sale por arriba del corsé, ¿qué no ha leído usted *La rebelión de las masas* de José Ortega y Gasset?”. Es la mejor descripción que puedo dar de mi enferma, sin corsé, naturalmente, porque en primer lugar no se usan y ella es una luchadora política, una mujer de muchos vuelos, que ocupó una curul en la Cámara de Diputados. Me contó su enfermedad, y me atreví a informarme sobre los problemas de Guerrero, que siempre me aterran.

La revisión fue muy fácil. Ella era, como es frecuentemente en Acapulco la gente, que no sabe uno si son negras que se están pintando el pelo o es que el sol se los quema, así es que ella era de tipo más bien mestizo, pero morena y con el pelo medio rubio. Entonces primero, al hablar de las enfermedades, yo le iba diciendo lo de la medicina empírica: no le habían tomado la presión arterial, pero le estaba viendo latir sus sienes en el momento en que ella se vaciaba materialmente, en un lenguaje muy pintoresco, como buena acapulqueña diciendo las cosas como son, y en un movimiento, cuando no ponía las manos así, las movía de un lado a otro, en fin, fui notando, en primer lugar, que tenía angustia, angustia con impaciencia, porque había tardado un poco en verla, o algún otro problema que le molestaba; así es que le dije:



–¿Usted se ve en el espejo por atrás?

–Pues me veo muy poco.

–Bueno, ¿pero se ha visto usted aquí que... las sienas le laten?

–Sí, me choca mucho, si no me lo ha preguntado usted, ni se lo digo.

–Pues bueno, vamos a ver ahora como está usted de la presión arterial.

Yo le iba diciendo los síntomas:

–Usted ha sido muy comelona, como buena acapulqueña, mucho arroz, muchos frijoles, muchas tortillas, y en fin.

–Pues sí, si viera usted que sí.

–Y ahora ponerla a dieta es muy difícil.

–Sí, es muy difícil, porque siempre estoy en comidas, en banquetes y todo eso, nunca me puedo defender.

–Pues ahora sí se va usted a defender, porque le voy a dar una tabla de lo que va a tomar provisionalmente mientras le mando a hacer los estudios.

Era una enferma con síntomas muy típicos. Bueno, fue muy agradable, me reconcilió mucho con el ejercicio de la medicina la presencia de esta enferma, porque sentí su proyección hacía mí, me simpatizó mucho, y yo a ella, fue mutuo. Le habían dicho que iba a ver un viejo doctor de México así y asado, con estas condiciones: “Y me voy encontrando un angelito”, me dijo. Se sintió tranquila, hicimos gran amistad, organizamos una comida en Acapulco.

–Pues sí, necesito ir a ver cómo vive usted y cómo manda a la gente y todas esas cosas.

–No, es muy fácil, es fácil, ya ve usted cómo son, pero este gobernador que tenemos...

Se lo puso del asco, hablando con mucho sentido de toda la situación, de todas las cosas. Yo digo que Guerrero, más que estado de la república, es un estado de ánimo.

Eso es lo que me gusta del diagnóstico, hay otras veces en que no se puede eso. Por ejemplo, una persona que lo viene a ver de fuera, no todos, porque esa señora de Acapulco le di un tratamiento previo y ella va a venir dentro de quince días, que primero tiene que dar unas pláticas en quién sabe qué lugares de Guerrero, y viene a hacerse sus análisis de las muestras, ¿verdad? Pero la mayor parte de las veces lo hago así, primero estudiar siquiera una semana, meditar la enfermedad, estudiarla bien, y después ya hay casos que no puedo con esa lentitud y, además, con madres angustiadas. Pongan que me llega una con un hijo con fiebre, que cree que se lo va a tragar la tierra.

Yo manejo lo que llamamos placebos, que son medicinas, cosas inofensivas y baratas que el enfermo puede tomar, aplacan mucho su angustia y además se sienten recetados, se sienten atendidos y el diagnóstico se pospone para cuando uno pueda hacerlo debidamente.

La mayoría de mi clientela es femenina. Los hombres que veo son muy atentos, muy fieles, muy corteses conmigo, pero tengo una proporción de tres mujeres enfermas por un hombre. Esto es porque la mujer, en realidad, es más angustiada que el hombre. Como paciente, es mucho mejor la mujer que el hombre. Prefiero mil veces una mujer que a un enfermo nuevo, que generalmente son impacientes; que quieren que la úlcera se les cure en ocho días y que una hepatitis, que ellos saben que “en Houston se curan las hepatitis en cinco días” y... esas cosas. En tolerancia al dolor las mujeres tienen mucha “concha”, las mujeres pueden tener un hijo y creo que el día que el marido pudiera tener un hijo se hubiera acabado la humanidad.

Es muy curioso cómo a muchas mujeres se les pregunta:

—¿Qué le duele a usted, señora?

—Todo, doctor, todo, usted pregúnteme, todo.

Bueno, pues comienza uno a preguntar desde el cabello hasta la última uña del pie, ¿verdad? Y hay otras que dicen:

—Figúrese usted, qué cosa tan curiosa, lo único que me duele siempre es el lado izquierdo.

—¿Cómo que el lado izquierdo! ¿Desde dónde?

—Desde aquí... hasta la pierna izquierda, es el lado izquierdo el que no aguanto.

En fin, tienen una manera de comportarse distinta. Los hombres son más incrédulos, naturalmente no entran en la intimidad, como la mujer. El hombre siempre está reservón, no quiere perder su categoría, ni su posición. He de tener un diez por ciento de mujeres dedicadas a las labores domésticas y casi las tengo en la mente, que viven de lo que les da su marido, pero todas las demás o son profesoras, o estudian en la Universidad o trabajan como secretarías, o traducen, o hacen esto, o lo otro, en fin. Esas mujeres que están en casa siempre tienen muchas maneras de canalizar, de tener una catarsis; la que no tiene la catarsis con la criada, la tiene con la vecina o con los hijos, o con el marido, en fin, la mayor parte siempre tiene su catarsis, quizá más que el hombre, porque un hombre no puede estarse enojando con sus clientes, ni con sus compañeros ni con todo mundo, porque lo corren: “Pues es un con-

flictivo, ¿para qué lo vamos a tener?” Empleé el término de catarsis, porque la catarsis varía, no nada más en forma de coraje, puede ser en forma de sacarle lustre al piso con furor y estar enojada con el piso hasta que no se le saque el brillo suficiente.

Si un médico, o que se dice médico, no tiene respeto a sus pacientes, no es un médico. El respeto al paciente es absoluto, no nada más como el padre Hipócrates que decía de no tener relaciones sexuales con sus pacientes, él hablaba en abstracto en todas las cosas. Por ejemplo, a pesar de que hay muchos médicos judíos muy bien enterados, tengo mucha clientela judía y nos llevamos muy bien y me quieren mucho, algo muy curioso entre todos ellos es que para demostrarme que no son los tacaños que todo mundo dice, son espléndidos conmigo, quieren pagar más de la consulta, me traen regalos... No les puedo decir: “Qué bonita corbata”, porque se la quitan y se empeñan en dármela, eso lo hice una vez, no sé qué me dio por elogiarle, porque con tal de entrarle a la gente, soy capaz de elogiarles hasta los zapatos.

Mi clientela es completamente ecléctica, no hay cosa que me moleste: pueden ser judíos, cristianos, mahometanos, no los cito al mismo tiempo porque ni la ONU... Pero les respeto todas sus creencias, sus modos de comida, les insinúo a cada rato que me inviten a comer, para ver cómo son sus costumbres, y he tenido muchos judíos, tengo ya mi colonia, mis amigos judíos, que me llevan mi colación y mis cosas el día de año nuevo judío.

Hay algunos, y principalmente hombres que mujeres, que se inhiben mucho para mostrarse; cuando les digo:

—¿Me hace usted favor de descubrirse el vientre? —se abren la camisa y enseñan el ombligo.

—No, no, todo el vientre.

—¿No me ve usted?

—No, todo el vientre, todo el vientre.

Una cosa muy curiosa con los varones, cuando se tiene que completar el examen con una rectoscopia, anuscopia interior ¡bueno!

—¿Y usted cree necesario eso, doctor?

—Lo creo necesario, pues cómo no, si no sé de dónde sale esa sangre que está usted tirando, si es del tubo digestivo o simplemente de las hemorroides: necesito eso.

—¡Ay, doctor!, pero a mí nunca.

—No, si no le digo a usted que tenga costumbre, no, pero yo quiero ver cómo está.

Y la mujer no:

—¡Ay, doctor, qué vergüenza, bueno..., como uno va al Papanicolau.

Nunca he sentido repulsión hacia un paciente, además fui a París a estudiar coprología, pero desde antes, nunca me ha causado repulsión ni la gente ni sus productos.

El problema del paciente que espera horas, lo analizo desde dos puntos de vista. Soy muy hipocrático, Hipócrates y todos los médicos clásicos de la antigüedad, citaban a sus pacientes un día antes para que primero vieran una comedia, a ver quién se encontraba en ese caso; después iban a un baño cercano, generalmente todos los santuarios griegos están cerca del baño. Por mi parte, tengo esa costumbre: tres baños en la sala de espera. Tengo el material de lectura que les pueda gustar, siempre busco que mis secretarias sepan de recetas de cocina y revistas para las señoras, y para los señores libros interesantes. Volvamos a la cosa clásica: el enfermo, cuando está esperando, tiene dos actitudes: una, la primera, es de coraje, porque ha perdido bastante tiempo (y yo soy de esos enfermos) me da coraje, pero ya no lo considero como falta de respeto, sino, como cuando veo a un discípulo mío, lo más natural es que pase el maestro.

A muchos les da coraje:

—¡Ay, doctor!, cuánto tiempo me ha tenido esperándolo, mire usted ya qué horas son.

—Bueno, ¿y usted ya pensó bien en su enfermedad, pensó en lo que me va a decir?

—Sí le vengo a decir que tengo una falta de memoria terrible.

—Bueno, pues entonces piense en esas cosas. ¿Por qué tiene esa falta de memoria?, porque tiene muchas preocupaciones, porque se dedica a muchas cosas, porque tiene usted una amante y teme olvidar una cita, teme... a ver, ¿por qué esa impaciencia?

—¡Ay no, doctor!, sí ya estando con usted ya se me quitó...

—¡Ah, bueno!, pues entonces ¿estuvo bien la espera o no estuvo bien la espera?

Así es que ése es un punto de vista, hacer que los enfermos mediten en esto y se lo tenga que decir:

—Si yo llego un poco más tarde, si me retraso en la consulta, piense en usted, no en mí; yo llego de todas maneras, piense en usted, en lo que me

va a decir, en todas las cosas, para que después el teléfono no sea el complemento de la consulta, porque yo raras veces voy al teléfono a responder cosas médicas: así es que todo me lo va a decir. Usted dice que viene a curarse de la falta de memoria, viene a verme a ver si es el estómago lo que le está produciendo esa cosa –porque con ese pretexto van a ver al gastroenterólogo– o del intestino o de cualquier cosa, y entonces usted tiene que apuntar las cosas, apúntelas, si se viene a curar la falta de memoria, apúntelas, cuando se le ocurran, apúntelas. Pero advierto que, para mí, cuando el enfermo anota sus síntomas, es que los está inventando en el momento que va a ver al médico, porque cuando le duele a uno una cosa, sabe bien lo que le duele y a dónde le duele y cuándo le duele.

He tenido fama de ser un médico muy impuntual. Llego al consultorio a las cinco y cuarto a más tardar, y doy mis primeras citas a las cinco. Llego a las cinco y cuarto. Porque hago una siesta y me gusta dar una vuelta al jardín, cosas así, leer alguna cosa antes de llegar al consultorio, es decir, casi en completo *relax*.

Si el paciente tiene razón en molestarse porque lo hice esperar, me hincó y le pido que me perdone, pero si ese retraso ha sido por ver a un enfermo que requiere mucho de mi presencia y de estar hablando con él, pues ni modo; si necesita dos horas y echa a rodar todo el horario de mi consultorio, pues lo tengo que hacer. Cuando he tenido que hacer recomendaciones muy largas tengo dos cuartos de consulta, pero no estoy a la derecha y a la izquierda, no, acabo de explorar un enfermo, mi ayudante o mi mecanógrafa toma todos los datos cuando son cosas muy largas, y entonces voy al otro consultorio, tomo la presión...

Me cuesta trabajo recibir dinero por lo que hago, así es que siempre ha sido mi secretaria la que cobra. Cuando regatean, la frase es ésta: “Señor –o señora– si usted no puede pagar los honorarios, pague lo que pueda; los honorarios del doctor son tales, usted pague lo que pueda”. Y la mayor parte de la gente lo paga. Tengo algunos casos de gente muy mafiosa que me quiere pagar y me tiende la mano así, como si...

–No, no, no, señas a mí no, por favor...

–No, es que me gusta pagarle a usted.

–No, páguele a la señorita, no tengo recibos ni nada, no tengo humor de recibir dinero.

Aunque a mis pacientes les doy una pequeña terapia, nunca pensé en ser psicoanalista, porque cuando me enteré de lo que es el psicoanálisis, era tarde. Primero lo estuve estudiando teóricamente y después con las prácticas que tuve con el psicoanálisis que fue terapéutico primero, y psicoanálisis didáctico con Fromm. Para entonces, ya tenía tanta clientela de la otra que no pude. Con Fromm estuve desde 1951 hasta el año de 1974 o 1975. La primera parte del psicoanálisis se la pagué, pero un día me dijo:

–No quiero que me pague la consulta –y me quedé completamente tranquilo, porque hacía lo que muchos de los clientes a los que no les cobra uno: le llevaba un montón de cosas.

Un día me dijo:

–Mire, Raoul, ya no me pague nada, porque ya nuestras conversaciones son amistosas. Si de veras usted dice que no quiere que le psicoanalice, viene y me cuenta cosas, y yo le digo cuáles.

Participé también en terapia de grupo. En el momento que comencé el psicoanálisis con Fromm, estaba muy deprimido. Iba a terapia dos veces por semana, cincuenta minutos cada sesión.

Al psicoanálisis ortodoxo lo que le interesa es el enfermo mismo, su pasado, quitarle las angustias que son causa de conflictos, y casi casi imponer determinado tipo de cosas, que el otro sistema no. Fromm nunca me indujo algo; en cambio, me acuerdo que Paul Schiff me decía:

–Es que usted no se lleva bien con su esposa –porque le platicaba de algunos conflictos típicos de todo matrimonio–. Lo que necesita es separarse de su mujer, dejarla y no volverla a ver, y buscarse otra gente aquí en París, o donde sea... –yo le contaba que mi mujer era de carácter muy dominante, un poco echándole la culpa a ella más que a mí.

La mayor parte de los psicoanalistas son compulsivos. Sin que me haya visto ningún ortodoxo, he conocido a muchos; el rey de los ortodoxos aquí en México, Samuel Ramírez, fue muy amigo mío. En cuanto comencé con Fromm, me decía:

–¡No, hombre!, tú tienes que hacerte un verdadero psicoanálisis, no con esas cosas que hace Fromm.

–Pues mira, ya lo hice y me decepcionó... Yo me lo hice con...

Le platicué con quién me lo había hecho allá y me dijo:

–No, pero que esas cosas con Freud no van...

Raskowsky era un argentino, que había venido a visitar a Samuel Ramírez y a Alfonso Millán, que en esa época se dedicaba a la ortodoxia de psicoanálisis. Alfonso me decía:

—¿Para qué te metes al psicoanálisis?

Y Raskowsky y Ramírez empeñados en que sí. Raskowsky vivió en mi casa; se peleó con los psicoanalistas aquí en México, no sé por qué, y entonces se acabó la amistad, no volví a saber de él.

Hay también diferencias materiales. Por ejemplo no se le ve la cara al psicoanalista, uno está acostado. En cambio de la otra manera uno siente que es una conversación. Siempre busqué a Fromm como hubiera buscado a quien consideraba superior a mí. No buscaba gente que fuera inferior a mí en cultura porque los ponía en un conflicto. Por eso, entre otras cosas, escogí a Fromm, porque a él sí lo consideraba superior a mí en cultura y en muchas cosas. La diferencia que existe es que en el otro psicoanálisis, en el heterodoxo, como le llaman los frommianos, hay la discusión, no tan sólo del síntoma del fenómeno que tiene uno.

Cuando tuve una depresión muy fuerte, prácticamente salía del psicoanálisis ortodoxo, angustiado y con la misma depresión; es decir, amplificada quizá muchas veces, porque tenía esa cosa de... como a muchacho que le dan de reglazos cuando hace una cosa mal. Y entonces tenía yo una *superconscience*, una “super conciencia” de que está uno haciendo las cosas mal. Con Fromm, venía frente a frente a platicar, y eran conversaciones muy útiles y muy necesarias, y el análisis de mi depresión fue muy bonito. Por ahí tengo apuntadas algunas cosas, y de cómo me fue manejando la depresión; simplemente era una depresión por una devaluación de mi persona, un concepto inferior que tenía de mi persona. Lo que hizo Fromm conmigo y con todos sus pacientes, fue no tratar de quitar las cosas que aparentemente son malas y que uno va y las cuenta —la mayor parte de las veces no tienen importancia, o son manías o son hábitos o cosas sin mayor importancia—; lo principal es que le saquen a uno lo bueno que tiene para actuar. Así es que comenzó con la timidez, claro, tocando el pasado y el temperamento de mi padre, que era muy impositivo; cómo estaba yo inhibido de toda afectividad, porque me daba vergüenza, como hombre, ser tierno y a mi papá eso le molestaba mucho, y en cambio yo tenía tendencia a tratar a la gente al igual que mi madre, que era de otro tipo, tierna y cariñosa, que preguntaba a uno por la gente y hasta por el perro; bueno, de esas cosillas. Fui saliendo sensiblemente de ese estado de depresión,

cuando ya las últimas veces, sería como el año de 1970, 1971, lo iba a ver a Cuernavaca, un día le hablé y le dije:

–Tengo nuevamente signos de depresión y está muy fuerte.

–Venga... –estaba escribiendo uno de sus últimos libros sobre la agresividad,<sup>5</sup> y me dijo:

–Acuérdese que entre las virtudes que me ha colocado usted, está la de fijarme una hora, el tiempo que necesito para terminar mi trabajo, y después charlo con mis amigos, ¿usted quiere venirme a ver a Cuernavaca a las seis de la tarde?

–Sí, cómo no.

Bueno, conversamos unas cuantas cosas, a ver qué motivos, en qué aspectos se había presentado la depresión, cuáles eran los síntomas principales de mi depresión, y me dice:

–Bueno, pues desgraciadamente ya no le voy a servir mucho en esta ocasión, pero vea a De la Fuente, él está manejando drogas muy bien y... vaya usted con él.

Entonces se usaban unas pastillas anticolinérgicas, que le producen a uno una sequedad de todas las funciones, yo no sé si mi problema de los ojos<sup>6</sup> se presentó a raíz de todas esas drogas, la sequedad en los ojos, la falta de lágrimas, el caso es que me sentí muy mal con esas cosas. Y un día, pues me hice un pequeño autoanálisis, una revisión de mí mismo, de mi estado anímico, y entonces me dediqué a seguir los viejos consejos de Fromm. Me dediqué a descansar, a autoanalizarme y revitalizarme, a ponerme a escribir, a leer, a divertirme, y a tomar mis hipnóticos para dormir bien y punto.

En esos años de la depresión, me acuerdo perfectamente bien que fue en 1970, yo había comprado una casita donde tenía mi consultorio, en la esquina de Tonalá y Durango, y la transformé en consultorio, y ahí estaban las oficinas de Carolina, me convenció, casi casi hizo todo, me empujó, con dulzura, con energía, a que me fuera a Copilco, a una de las casas que tiene, uno de sus apartamentos me lo instalaron muy bien. Entonces, paulatinamente, nos fuimos distanciando desde ese punto. No tenemos momento para conversar. Yo como en la casa, ella no come, yo no ceno, ella merienda; mi merienda es medio vaso de leche en la noche, ella cena, ella ya viene cansada del trabajo. Ha conservado su manía de jugar bridge una o dos veces por

<sup>5</sup> Erich Fromm, *Anatomía de la destructividad humana*, México, Siglo XXI Editores, 1973.

<sup>6</sup> El doctor Fournier padecía el síndrome de Sjoegren.



semana en su trabajo; si tiene una hermana enferma, como Inés, se va toda la tarde a verla, si no, se busca un enfermo por allá... el caso es que acá no está. Repito la frase de Wilde: "Hay hombres que tienen lo que se merecen... los otros se quedan solteros".

Conocí a Fromm cuando se acababa de divorciar de su compañera, una analista judío-alemana. Fue cuando buscó acomodo en México, y, claro, la situación de los Estados Unidos no le parecía, ya se iniciaban muchas cosas del macarthismo y todo eso le molestaba mucho y buscó refugio en México. Físicamente era un hombre de mi misma edad, tiene en la actualidad setenta y siete años, los dos cumplimos años en febrero, los dos somos Acuarios. Como después se casó con una señora que es astróloga, me dijo: "Que le haga a usted una carta, un horóscopo, a ver cómo vamos los dos, si coincidimos los dos en algunas cosas". Fromm le tiene mucho respeto a lo esotérico.

Físicamente es un hombre más o menos de mi estatura, un poco más grueso que yo, ojos azules, muy vivo de la mirada, tiene siempre una sonrisa en los labios, usa lentes a permanencia. Cuando lo conocí fumaba mucho, después le comenzaron sus bronquitis, le aconsejaron que dejara el cigarro y lo dejó y ya no volvió a fumar. Muy goloso, muy comelón, siempre tenía la fantasía de que acabaríamos poniendo un restorán en el que mi mujer cocinara, él y yo nos dedicáramos a visitar a los clientes de vez en vez y a preguntarle su pasado, etcétera, etcétera, su mujer a cobrar las cuentas. Tenía una serie de fantasías y de juegos. Él me dijo:

—¿Cuándo conozco a su mujer?, a ver si me publica unos libros —yo le había dicho de ella, le había contado que es una mujer muy trabajadora.

Él comenzó a estudiar el análisis freudiano, antes de la Segunda Guerra Mundial, su fuerte fue el estudio de la filosofía, él era spinozista, a Spinoza se lo trae muy aprendido. Lo que le gusta mucho de las conversaciones privadas, cuando uno comienza con un tema filosófico, es el tema de la vida o de la muerte, o la situación del hombre existencial, en fin, cosas así le encantan, era su *hobby*, su fondo de cultura es ése.

Luego se puso a tomar muchos apuntes de los libros de filosofía, principalmente de los de Spinoza y ejercitó su pluma bastante bien, porque se ve que escribe muy bien y muy claro. El percibió que la cosa de Alemania iba muy mal, en la época de Hindenburg, allá en 1930-1931, cuando estuve en París. Como judío se fue a Inglaterra y permaneció un tiempo, era un hombre de treinta, treinta y un años, todavía estaba en condiciones de aprender, así es

que estudió filosofía en algunas universidades y ya comenzó a leer. Entonces le entró a la psicología por ese lado, filosofía, sociología y psicología eran las materias básicas que dominaba. De una gran inteligencia, dominaba esos tres temas que habían sido el *leitmotiv* de su vida, él fue psicoanalizado, claro que cuando comenzó ya su psicología más fuerte, fue psicoanalizado, no sé si por Adler, me parece que fue, antes no sé si con alguien del círculo de Freud, o con Adler siguió su psicoanálisis, porque cuando le contaba mi fracaso en el psicoanálisis ortodoxo, me decía:

–Pues en eso nos parecemos mucho, porque hice la crítica del psicoanálisis, que fue bastante prolongado y bastante útil, pero un día pensé dejar en paz a mi pobre madre –a la que yo conocí, que trajo a México–. Dejé en paz a mi pobre madre y a mi padre que había dejado muerto en ese país tremendo que se llama Alemania –porque no quiere a los alemanes.

En un principio, una vez que lo invité a comer a la casa, pensé comprarle el *pumpernickel*, pan de jengibre, y me lo rehusó:

–Quiero tomar pan mexicano, bolillo, no me dé esos panes enlatados alemanes; como todas las cosas alemanas, falso, duro, malo, como todo lo alemán.

Nos hicimos amigos porque muchas de las cosas que él había leído, las había yo leído también, por ejemplo Goethe y Proust. Yo era más cartesiano que otra cosa, y me decía:

–Bueno, pues más adelante ya tendremos discusiones a propósito de Descartes y Spinoza.

En el aspecto de la cultura, él tenía una idea, que ha de haber sido la que tenían los alemanes, no los judíos, los alemanes, donde él vivía, es decir, hacía viajes frecuentes a Austria donde pasaba grandes temporadas, antes de exiliarse, y le gustaba mucho la ópera y la opereta, así es que nos encerrábamos a oír *La Traviata* y a cotejar unas interpretaciones con otras y, ¡bueno!, ése era su gusto. Le decía:

–Oiga, usted y yo somos románticos.

–Sí, soy romántico.

–Pues yo también.

Y claro, nos gustan todas las cosas de la época romántica, mucho, y él me recitaba versos en inglés y en alemán, y yo le recitaba mi Musset en francés que es el que sabía bien, porque los modernos no entraban en nuestro repertorio. Los franceses del fin de siglo ya no me llamaban tanto la atención, pero los románticos sí.

Era un hombre muy enfermizo y muy preocupón por las enfermedades. Además él cree que el *summum* de la medicina está en Inglaterra. Así es que a él le prohibieron regresar a México porque había tenido un infarto, la gente se muere de infarto no más aquí que en Inglaterra, o que en Francia o que en Estados Unidos. Son otras las causas; él es tragón, muy, muy emotivo, porque ríanse de lo que yo tuve a propósito de Gastón Melo, a cada rato se le salían las lágrimas con episodios o cosas así.

A últimas fechas, estaba escribiendo el libro sobre la agresión. Había analizado, no personalmente, sino a través de los documentos y discursos y acciones, el carácter de Hitler, al que consideraba un necrófilo, que le gustaba ver que la gente se muriera y cómo los enterraban y todo eso visitaba, en los campos de concentración se disfrazaba y entraba a los lugares donde estaba la gente en peores condiciones. Todo eso me lo describía con fervor y con lágrimas en los ojos, y bueno, era muy emotivo. Los ingleses le hicieron creer que nada más podía vivir al nivel del mar. En la última carta que cambiamos, está en Como. El año pasado todavía le pregunté a la secretaria que tenía aquí si sabía en dónde estaba, y ella me dijo que iba a averiguar, porque tampoco se había puesto en relación con él; así es que no sé cómo hacer para ponerle una tarjeta.

Fromm era un científico, si se considera la parte psicológica de la persona y la parte existencial de la persona como una ciencia, que en realidad lo es, como cualquier otra. La ciencia no nada más está en los tubos de ensayo ni en las elucubraciones matemáticas, él conoce sus matemáticas, pues no profundas, las conoce un poquito, pero no para poderse llamar un verdadero científico, no. Pero en la medida que él conoce al hombre que tiene muchos conocimientos del ser humano, pues sí es un científico. Veía el psicoanálisis como una consecuencia obligada de la parte de la sociología y de la parte filosófica, ¿cómo acercarse a un hombre sin ningún conocimiento fundamental de sociología y sin tener un concepto filosófico de lo que es el hombre y su existencia física y anímica? Entonces fue por donde entró a la psicología, pero realmente eso no me parece que sea una crítica. Los freudianos creen que analistas como ellos, nada más ellos, y que Dios los conserve mucho tiempo y que sigan haciendo todos los perjuicios que le hacen a la gente.

El psicoanálisis trata de incorporar a un hombre a las realidades del medio en que vive, además de conocer sus propias realidades y de sacar del individuo lo mejor que tiene, no estar insistiendo en sus defectos ni en sus fallas, porque con eso no se puede trabajar. En fin, si una persona desvalorizada, devaluada,

se acerca a un sociólogo y necesita forzosamente conocer algo de eso y saber un poco qué cosa es conglomerado humano y para qué puede servir y todas esas cosas, pues el *trait d'union*<sup>7</sup> es el psicoanálisis, y el psicoanálisis sociológico o el que hace él, es tratar de colocar a la gente y sacarle sus mayores posibilidades, y situarla en un contexto social y con sus ideas productivas y con todo lo bueno que puede tener el hombre para ayudar a su sociedad.

Por esa manía culterana que tengo, el ambiente en que vivo y todas mis acciones corresponden a una cosa más bien de tipo renacentista que actual. No soy el hombre actual; si me hablan de deportes, de las cosas que hacen todos los demás, que van a jugar el golf, todas esas cosas que hacen los burgueses, mis compañeros, y que yo no sigo. A mí no me interesan ese tipo de cosas, ni me interesan tantas cosas de la vida contemporánea. Por ejemplo... la manía de hacer dinero, buscar en el dinero la satisfacción cumbre de la vida, en lugar de la satisfacción pequeña que le dé a uno, un trabajo realizado, bien hecho. Si yo mantengo a un amigo, aunque no sea mi enfermo, lo cultivo y a ese amigo lo unen a mí, espiritualmente, situaciones comunes y lo puedo ayudar, para mí es un goce especial. Al hombre moderno no le interesa el semejante, él se clasificará de una manera: “Sí, soy burgués, ¿y?” Pero si les preguntan por qué, nada más hablan de la cama, del excusado, de ciertas cosas de confort que les ha dado la burguesía, la vida moderna, pero no más.

El psicoanálisis está en decadencia, es una decadencia muy grande, aunque las drogas no han podido sustituir al psicoanálisis, éste sigue teniendo vigencia, aunque no una validez, empleemos esa palabra, que no es la adecuada, pero esa validez que todo el mundo le daba al psicoanálisis: “Fulano de tal tiene muchos complejos, y fulana de tal tiene muchos complejos”, ¿a qué cosa le llaman complejos? A un modo de ser del carácter de cada persona; bueno, puede ser complejo, no dudo que lo sea pero... lo que ha pasado en los tiempos modernos, no del momento que estamos viviendo, sino después de que terminó la Primera Guerra Mundial, la gente paulatinamente, por la estructura misma de los países y de las ciudades, ha perdido el aliciente de la conversación, ya nadie conversa. Todavía en la *Belle Époque*, había salones donde la gente conversaba, iba a platicar. Ahora se sustituyó, lo quisieron sustituir por el psicoanálisis colectivo. Yo he estado en psicoanálisis colectivos y no se sabía ninguna cosa en claro, porque la gente que va a un psicoanálisis

<sup>7</sup> Vínculo.

colectivo, está tratando de sacar el mejor provecho, y enterarse de tanto cuanto de lo que les está pasando a los otros, pero mentira que sirvan para corregir las deficiencias psicológicas de una persona. Todos van porque quieren tener una conversación distinta a la que tienen, ya se ha perdido el espíritu social, de la camaradería, vamos a llamarle así para no emplear ningún término que nos comprometa, la camaradería se ha perdido completamente.

No creo que la humanidad se vuelva a estructurar realmente con algunas de las ventajas que nos daban los tiempos pasados, que es el cultivo de la amistad, la conversación. Voy a emplear una palabra super burguesa: la cortesía, la cortesía y la agresividad. Eso que una señora vaya manejando un coche y porque se desvió, se para uno y le dice: “¡Vieja tal por cual!”, “¡Tenía que ser vieja!” o cosas así, no se usaba en otros tiempos, había respeto para las mujeres.

### *Un paréntesis para la cursilería*

Si mi vocación era ser médico, una pregunta muy interesante y que algunas veces me he hecho es: ¿por qué me han gustado apasionadamente tantas otras cosas al lado de la medicina? Apasionadamente y ha sido por temporadas, por ejemplo, tuve temporadas de apasionamiento por la pintura y otra por la música. Y el teatro, que me ha gustado toda la vida, lo tuve como pasión, de ver mucho teatro y de asistir a los ensayos de comediantes, de principiantes, aquí y allá. Allá, en París, tenía algunos amigos que me presentaban, por ejemplo, con Dullin, un gran actor francés que manejaba el teatro del Atelier.

Dullin era el director del teatro Atelier, y ponían las cosas más modernas, más fuertes. Ahí se dieron a conocer muchas de las grandes obras, y resucitaba cosas, y ponía versiones que eran muy importantes. Tuvo a los Pitoeff durante mucho tiempo, los dirigió en una comedia que hasta ahora se va a poner en México por primera vez, de Bernard Shaw, que se llama *La casa de los corazones rotos*, *Maison des coeurs brisés*. Vi los ensayos de *Volpone*, la manera como dirigía y me gustó tanto. Conocí a Jovet personalmente, cuando trabajaba primero con Dullin y después. Se sentaba en los asientos cuando no le tocaba parlamento, a ver cómo lo estaban haciendo y trabamos alguna amistad con Dullin, que se reanudó aquí en México cuando vino Jovet. Después Jovet fue director de teatro y dio a conocer el teatro de Giraudoux, que me gusta mucho.

Uno tiene un espíritu completo, lleno de cosas, y entre más capacidad de expresión, de amor hacia las cosas y hacia los hechos tiene uno, pues más se aprecian. Así que, en realidad, he sido un amante de la vida; por eso nunca llegué a hacer carrera de comunista, que quieren ustedes, que me perdonen, por el amor a la vida.

Ese amor a la vida, primero quizá fue un gesto *snobista*, mi papá era muy *snob*. Mi mamá tenía celos de Virginia Fábregas, porque existía un *flirt* entre Virginia Fábregas y mi papá, no sé hasta dónde. Vivía en el mismo edificio, en la esquina de Colón y Balderas, donde hay un horrible estacionamiento ahora. Ahí vivía Virginia Fábregas, ahí se habían conocido y no sé las relaciones hasta donde llegaron; le decía Virgen.

Mi papá era *snob*, de origen francés ya había nacido aquí en México. Pero, una cosa muy rara, mi abuelo era el clásico profesor francés, de *jacket*, muy pulcro, muy serio, de barbita blanca, *piocha* como se llamaba, y mi padre quiso, al principio, imitar a mi abuelo. Entonces seguramente él se vio tan mal de *jacket*, formal y con bigote..., que entabló relaciones con unos medio ingleses, con los Renow, a los que admiraba porque era gente muy rica; y los Braniff y toda esa gente rica de México, que vestía a la inglesa, que siempre andaba en las carreras de caballos. Mi padre montaba muy bien, todos los domingos iban a montar a caballo. Los Renow iban a comer a la casa todos los días. Seguían un ritual muy curioso: se iban muy temprano, después como era costumbre de todos los petimetres de México, se iban al Café Colón a tomar su copa, después se iban al baño turco donde les servían, ya para el final de la sesión, una polla (un huevo batido con jerez y tantita leche y canela) era la moda. De ahí se iban a comer a la casa, Guillermo, que era el más amigo de mi papá, y el otro Renow, que no recuerdo cómo se llamaba. Mi madre aprendió también a hacer cocina inglesa y el budín de avena que yo odiaba, pero aprendió a hacer el chutney de mango y muy buen curry, que odiaba cuando era niño y que después ha sido mi encanto toda la vida.

Bueno, pues mi padre vistió en aquella época a la inglesa y toda su ropa era mandada a hacer a Londres. Así es que volvió al *jacket*, porque se puso de moda el *jacket* y el *take it off*, que eran unos sombreros, como sorbete chiquito de color gris con cinta negra. Y así es que era muy *snob* mi padre, y la casa donde vivimos en la calle de Las Estaciones que ahora se llama Insurgentes Norte, donde está la terminal de camiones, casi contra esquina del PRI, fue-

no, pues estaba todo con muebles ingleses, que vendía Mossler, de los cuales conservo todavía por ahí algunas cosas.

Y toda la casa era estilo inglés. Cuando mi padre fue empobreciendo, que ya fue en la Revolución, no tenía cabeza ni idea de negocios. Mi abuelo le había dejado bastante dinero y él fue rematando las cosas, hasta que se quedó completamente en la chilla y con él nosotros, y ya no tuvimos tiempo del *snobismo*. Se encargaba trajes de Londres, ropa de Londres, heredábamos capas y cosas así que se podían reducir, porque los trajes no, nunca se acababan. Mi papá era muy corpulento, era medio barrigoncito, así es que mejor se los regalaba a amigos suyos que los mandaban componer y ya más a su cuerpo, porque yo he sido siempre flaco, era el mayor de la familia, así que no había grandes posibilidades.

Mi padre era un hombre que, sin ser muy inteligente, era muy metódico; además de lo *snob*. Muy rígido como padre, muy poco compañero de mi madre y ella, una romántica perdida. Entonces mi padre, para entretenerla durante sus ausencias, le inventaba cosas como: “Que te den clases de francés”. Y ahí iba monsieur Bustamante, un discípulo de mi abuelo, a darle clases de francés, un viejito adorable. Era celoso, y mi madre también, con unos celos más reprimidos y canalizados a la cocina, porque fue muy buena cocinera. A mi madre, para dorarle la píldora un poco, le encargaba trajes a París, y a nosotros, en el tiempo del *snobismo*, nos encargaba trajes a Estados Unidos, a una casa que se llamaba Montgomery Ward, que era como es El Palacio de Hierro ahora, así es que mi padre tenía cada año el catálogo y nos pedía la ropa. Era una cosa muy graciosa el atuendo de los Fournier, porque mi mamá vestía a la francesa; mi padre, rigurosamente a la inglesa, *british*, y con su *take it off*; y nosotros al estilo americano. Esas cosas de la cursilería las analizo bastante, eso fue lo que me dio la sensibilidad. Cuando tuve sentido crítico, decía:

–Bueno, pues mi familia, ¿en qué familia vivo!

Estaba muy bien, me gustaba mucho la burguesía de mi familia. Entonces fue cuando me nació la idea del teatro; estábamos viviendo en un teatro, era una fantasía en la que se vivía. A mi hermana la vestían con ropa de El Palacio de Hierro, que era francés. Mi madre le buscaba cosas francesas.

Mi padre era rígido, yo he sido desordenado toda la vida. Muy curioso, desordenado dentro de un sentido de trabajo. Si recorren la casa, aquí mi mujer no ha puesto nada; no ha colocado nada, ni un jarrito de ésos que ven

en la vitrina, nada. Yo he coleccionado todo. Esas sillas románticas las compré; y esas sillas firmadas de la *Belle Époque* las compré también. Mi mujer ya tenía su casa, porque siempre fueron ricos; pues ella trajo algunos tapetes, un jarrón de celadón,<sup>8</sup> dos o tres cosas así, muy buenas, importadas, que eran muy caras.

Muchas veces platiqué y tuve charlas de café, con Paco de la Maza, un muy buen crítico de arte, y empezamos con eso de la cursilería. Él dio la definición: elegante fallido. Yo le busqué una que fue un poco más complicada y que después he ido sintetizando con el tiempo: es la frustración de lo bello y lo elegante, por el empleo, en la realización, de elementos inadecuados. Resulta muy larga, pero tampoco se puede ser demasiado breve para explicar un fenómeno. Provisionalmente he aceptado la de Paco de la Maza de lo “elegante fallido”, aunque para mí tiene muchas objeciones, porque la gente, cuando está haciendo un acto cursi, no cree que está haciendo un acto elegante, sino que es una cosa que le sale de dentro, que es tierno, que le sale del corazón.

Realmente la palabra se creó en el romanticismo. Aunque hay muchas teorías, según investigaciones, la palabra era de las señoritas gaditanas que se llamaban las Sicur, y salían en primavera con trajes de terciopelo, llenos de encajes y todas esas cosas. Los paseos y los bailes no estaban bien si no estaban las señoritas Sicur. Entonces se hizo la inversión de la palabra para decir la cosa delante de ellas sin que se dieran cuenta: “Ahí están las *Cursi*”. Esa es una de las versiones; la otra que me parece un poco más adecuada es una cosa de un decreto que dio no recuerdo qué rey de España, lo tengo anotado, en el sentido de que ya no se usara la letra gótica, así muy historiada, muy alegórica, como se usaba a mediados del siglo, sino que se usara la letra cursiva. La letra cursiva, que vino antes de la invención de las máquinas, se decía: “Este escrito con letra cursiva”. Es decir, letra sin ningún adorno y sin ninguna cosa, y entonces pues los tipógrafos de aquella época que habían puesto tanto empeño en su letra y en sus dibujos y todo eso, la llamaban la letra cursi, y la letra cursi sin ningún adorno y sin nada, parece que contrasta un poco con el espíritu de lo cursi, pero se amañaron e hicieron de la letra cursiva una letra muy bien hecha, muy dibujada, y no faltaban rabos de vez en cuando que animaban un poco la letra cursiva, contra la disposición del rey, que no se entendían los escritos de tantos dibujitos que tenían.

<sup>8</sup> Piezas de cerámica china de color verde claro o “verde celadón”.



En el caso de los mexicanos una cosa es que seamos y otra cosa es que tengamos tendencia. En la fisiología de la cursilería, el hombre va cambiando generalmente de situaciones en el curso de la vida: la niñez no es cursi, nada tiene de cursi; pero de allí se pasa a la adolescencia, otra etapa, y se comienza a desarrollar un fenómeno psicológico que consiste en tratar de ser grande y tener las actitudes de los adultos. Entonces como ya no es el niño y no tiene los elementos adecuados para ser adulto, entonces es simplemente un ser intermedio, no definido. Ahora, eso es en el ser humano; luego hay otros cambios, va terminando la adolescencia, que para mí pues se extiende hasta la juventud, pues no es un fenómeno que diga uno “hasta los tantos años se es adolescente”, no, la adolescencia puede seguir toda la vida, hay gente que no ha salido de la adolescencia y que no son precisamente débiles mentales, sino inmaduros, probablemente yo mismo, aunque tengo mis dudas.

En todos esos cambios a que me refería, ya en la juventud principia el amor, el amor entendido como lo puede entender un jovencito o un adolescente de dieciséis o diecisiete años, pues no sabe si es amor o ganas de hacer chis o... qué cosa es el amor. Pero entonces vuelve a cambiar y quiere concretamente ser como un adulto tener novia, escribirle una carta con términos naturalmente muy elevados y la novia responde con sus armas, para demostrarle que se quieren. Lloro o deja caer una gota de la lágrima y se la manda al novio, o cuando el novio la quiere dejar y entonces ella deja toda la carta con la lágrima, mojadita, y ya.

El indio, por ejemplo, no tiene nada de cursi, se ve a los labriegos caminar en las carreteras como se les veía antes: vestidos con sus camisas blancas y ellas con unas blusas moradas y unas faldas verdes chillantes, de satín, brillosita, y su rebozo y su sombrero. Pues eso no es cursi, a pesar de que puede estar contra todos los cánones de la ley, la combinación de los colores no es cursi absolutamente. Pero si a esos mismos se les ocurre cambiar de oficio, irse a una ciudad y cambiar de posición, no digo yo social, de posición vital, de ser labriegos pasar a ser choferes, por ejemplo, entonces eso sí ya es lo peligroso, porque ya la mujer no se viste de esa manera, sino se viste de minifalda y él también ya ha cambiado su atuendo y ya principia la cursilería a desarrollarse. Si ese individuo va subiendo, va subiendo, va subiendo hasta que al fin llega a ser diputado, o ministro, o más como tenemos casos, bueno, pues... la cursilería es la cursilería.

El estudio sobre la cursilería lo tengo terminado,<sup>9</sup> falta ponerle un final, o ¿qué siga así, que siga creciendo? ¿Cómo publicarlo en tiempo de Echeverría, cuando era un régimen cursi? A él y a su doña no se les ocurría más que cursilería. Si uno va a Guadalajara, le enseñan la casa del señor Zuno, una casa de azulejos, grandota, que se vende para indicar que la familia está en la pobreza, y luego la colección de muñequitos, de equípales incómodos y ruidosos.

La gente busca una personalidad a través de muchos caminos. El de la cursilería es un camino para el aseguramiento de la personalidad y hay muchas ramas ahí, por ejemplo la solemnidad, el espíritu solemne de la gente. Usted ve sentado, detrás de un escritorio, a un señor que la ve así o quiere ser demasiado galante y se para y se sienta y: “¿Qué se le ofrece a usted?” “¿Usted fuma?” o “¿Me permite fumar?” En fin, todas esas cosas de cortesía cursi, ¿verdad? Y pues se tiene que ir a una oficina y ver nada más toda la gente que debía estar en otros oficios más suyos, más naturales, más propios para sus posibilidades. La famosa solemnidad es una defensa por la inseguridad misma. Como muchos de los valientes son los más grandes cobardes, y al revés, a veces los más grandes cobardes son los más grandes valientes.

Bueno, ya que hablamos de los mexicanos, en esta fase cursi de lo solemne, hablemos de los machos mexicanos. Ellos tienen no un defecto, sino un complejo, pudiéramos decir; no me gusta usar la palabra complejo, es una palabra muy choteada ya, pero tiene la idea de que no es lo suficientemente viril, ¿verdad?, pero hay que encubrir eso, eso no se puede decir ante una mujer: “Mire usted, yo soy un poco viril”.

A lo mejor no, a lo mejor sí, es decir, está pensando en esa cosa, que no piensa un francés, ni un americano ni un inglés, en otras culturas no existe esa... Sí, el italiano y el español, el inglés, bueno, pero decir que es muy hombre, que yo soy muy hombre, que soy muy macho, pues eso se ve, se nota, se deduce por la actitud y en alguna acción se demuestra lo que se es. Pero el mexicano siempre, como tiene mucho temor, muchas dudas de su virilidad, entonces necesita ocultar esa cosa y ponerse el nombre de macho. ¿Cuáles son las características eternas del macho?: las pistolas, dispararlas sin ton ni son, ser grosero, lépero con los amigos, huir de la educación, es decir, faltarle a la ley, a las disposiciones en todos los capítulos.

<sup>9</sup> Raoul Fournier, *El cristal con que se mira. La cursilería y padecimientos afines*, México, Diana, 1980.

Es la palabra que le justifica al mexicano hacer todas las cosas que hace. Por ejemplo: “Tire usted la basura en su lugar”, hay una cosa para la basura, se roban el basurero o está la basura alrededor del bote. Como son tan machos, pues cogen un coche que no es suyo, ¿verdad?, esa popularidad, esa... el roba fácil, que es una cosa psicológica del mexicano, el desposeer de algo a la gente, es indicio de su sentimiento de inferioridad. “Yo no tengo, bueno, este coche no es mío pero es muy bonito”. Y entonces estudia y ve la manera de robarse el coche por joder.

La mujer tiene más derivaciones que el hombre, por ejemplo si se ve un hombre cursi en su atuendo, aunque ya ahora ya no se sabe lo que es moda y lo que es verdaderamente cursi, ¿verdad? La sociedad de consumo ya ha cambiado los valores, pero yo todavía veía hombres americanos, mexicanos atochados con pantalones con unos cuadros tremendos y unas chaquetas también, que usaban los shriners cuando venían a México, el color vino les gustaba mucho. Y en fin... Bueno, pero en la mujer sí la fantasía es desbordante. ¡Cómo hay invitaciones a la cursilería si se transita, por ejemplo, por las calles de San Juan de Letrán y se estudian los escaparates de hombres y de mujeres!

La tentación es terrible, mi coche siempre se detiene en la esquina de Salamanca y quién sabe cómo se llama, Oaxaca, Valladolid, donde están los helados que se llamaban Salamanca, pues ahí hay dos casas de modas femeninas, de novias, donde se ve toda la excitación al matrimonio. ¡Qué cosas! ¡Qué cosas!

Yo me siento muy mexicano; sin exagerar. Una vez un compañero mío, Luis Augusto Méndez que era un muchacho muy inteligente (digo “muchacho” porque terminamos la carrera juntos), me puso una dedicatoria en su tesis. Él me quería como hermano y, bueno, así es como dice la dedicatoria: “Para mi querido hermano Raoul Fournier, mezcla de lo indígena auténtico y del refinamiento francés”, una cosa así, una dedicatoria medio cursilona, cursilona y media, en fin. Lo cito porque creo que él y otra gente, habían notado esa cosa, que soy muy mexicano en mis expresiones, sin mis defectos. No tengo los defectos de un francés, probablemente alguno, pero no es la tónica de mi conducta, más bien es el mexicano, un mexicano con refinamiento, toque europeo.

## No tenía más mérito que saber tratar a la gente

Hacia el final del cardenismo, había una ola un poco agitada en México, todas las derechas y el centro estaban muy agitados, todos veían los pasos de don Lázaro Cárdenas, que en el fondo era un hombre prudente. Para mí el único defecto que tuvo fue que no se supo rodear de la mejor gente para hacer un gobierno muy bueno, como lo merecía el presidente. La gente a la que consultaba no estaba en el gabinete. Tenía diálogos con Lombardo Toledano y con otros que no recuerdo, incluso con Múgica. Pero su gabinete era muy flojo; el único hábil y verdaderamente conocedor de su gabinete era el ministro de Hacienda: Manuel Suárez. Suárez se negaba siempre a todas las giras. Y como todos los presidentes –sobre todo Echeverría que quiso imitar a Lázaro Cárdenas– tenía mucho la idea de dar disposiciones así, iban unos campesinos, una gente... “¡Hagan esto!”. Era un *ucase* todo lo que se hacía. Y don Lázaro era muy dado a repartir dinero de la Nación, pero con discreción, y sabiendo que el dinero se necesitaba en el lugar donde quería aplicarlo. No como don Luis Echeverría, que le daba dinero a quien le caía bien, pero no poquito, bastante. Ese es el defecto de la política mexicana, así ha sido todo, la atención al pueblo es una cosa paternal. Los consejeros de don Lázaro no eran suficientes.

No tengo la presunción de haber tratado íntimamente a Cárdenas. Él me conocía por referencias. Sabía, o le habían dicho, que era médico del grupo de sus amigos agrónomos, que me mencionaban continuamente. Cuando se efectuó en Bruselas el primer Congreso de Enfermedades del Trabajo no sabían a quién mandar, porque aunque en Salubridad ya había esa división de enfermedades del trabajo, era una cosa muy elemental, así es que no había que mandar al señor que la impartía, sino había que mandar a otra gente. Entonces en 1935, antes de casarme, el grupo de agrónomos me recomendó con Cárdenas.

En esa entrevista, en la que también estaba don Manuel Ávila Camacho, con el que yo sí tenía contacto, a través de Gustavo Baz, Cárdenas me dijo:

–Quiero que traiga usted las cosas nuevas, lo que vea de esa organización, cómo caminan esas cosas, cómo se practica la medicina del trabajo, que en México es aún muy elemental.

En esa ocasión fui al Congreso pagado por el Departamento de Salubridad. Creo que se celebraban no sé cuántos años de gobierno del rey o no sé qué cosa, el caso es que había varios congresos en Bruselas. Estuve como un mes, el Congreso fue en agosto de 1935 y regresé en septiembre.

Del Congreso no saqué nada porque no se hablaba de la seguridad social en ningún país. El representante de Chile fue el único que mencionó el régimen de seguridad social y me acuerdo que fue la única idea concreta que saqué, porque se dedicaron a ver qué enfermedades deberían ser consideradas como profesionales, cuáles eran propiamente del trabajo, cuáles eran de la colectividad, cuáles eran las del trabajador que podía contaminar a la colectividad. Y como Inglaterra, Bélgica y Francia, un poco, tenían minas de carbón, el problema de los mineros era muy grave, y era lo que más defendían.

Lo curioso es que oí más cosas de medicina del trabajo en el Congreso de Gastroenterología que en el del Trabajo; porque en éste eran los mismos que estaban aquí; es decir, gente que hacía las cosas rutinariamente y apenas uno que otro joven que daba noticias nuevas, que había que organizarse; por ejemplo, los médicos ingleses decían que había que organizar a la sociedad de una manera que todos tuvieran una atención, y naturalmente los españoles consideraban una utopía que el Estado se encargara de organizar esas cosas.

El Congreso del Trabajo, al igual que todos los de esa época, se caracterizaba por ser muy conservador, muy poco evolucionado. No había nada concreto, sino que eran puras generalidades; “¿cómo le hacemos?, “la República de Chile dice esto, pero yo creo que no se puede aplicar, no sé si será un fracaso”. Un problema que realmente tuvieron en Chile –porque eran muy avanzados–, fue por ejemplo para la jubilación; jubilaban a los cuarenta, cincuenta años, entonces se les vino el mundo encima cuando llegó el momento de pagar a tanta gente jubilada, y además a los que estaban en trámite. Estaban quebrando.

En el Congreso de Gastroenterología, los checoslovacos presentaron cosas muy adelantadas, los alemanes, organicistas como siempre, presentaban buenos trabajos, pero no esa idea del adelanto. Ya Italia estaba en el fascismo, pero

Alemania todavía... No, no en la cosa de gastroenterología, en medicina del trabajo estaban out, repetían lo que todos decían.

Cuando estaba ahí, recibí un telegrama urgente. Estaba de embajador Gonzalo N. Santos, que fue gobernador de San Luis Potosí. En la primera sesión de la medicina del trabajo, que fue el primer congreso al que asistí, me mandan llamar de la embajada, y me dijeron:

–Aquí hay dos médicos mexicanos, el doctor Miguel López Esnaurrizar y el doctor Manuel Manzanillo, que vienen comisionados por el gobierno. Yo sé que usted es el delegado oficial, porque me lo comunicaron de Relaciones, pero esos señores vienen –porque había varias instituciones médicas, había hasta Beneficencia Pública, había Salubridad, no estaban todavía reunidas; en fin, había otras instituciones médicas– también representando a México.

–Bueno, dígales usted que el Congreso es en tal lado...

En Bruselas hay una parte que está dedicada a congresos y reuniones, entonces ya los integré. Era el primer viaje que hacían, no hablaban ni palabra de francés.

Yo no iba solo, iba con el doctor Betancourt, compadre de Cárdenas, que practicaba en no sé qué lugar de Michoacán. Muy buen hombre y, al igual que otros, no hablaba francés ni lo entendía, no hablaba más que el castellano de Michoacán, tenía un puestecito también, creo que en la dirección de Medicina del Trabajo,<sup>1</sup> representante de los agrónomos. Estos representantes hicieron muy confusa la situación, porque no querían salir de Bruselas:

–Hay que estar cerca de la embajada para ver si es posible que tengamos ocasión de presentar nuestros respetos al rey y a la reina.<sup>2</sup>

Yo tenía muchas ganas de conocer a la reina, que decían que era la mujer más guapa de Bélgica, y efectivamente así era, una hermosísima mujer. Bueno, por fin lograron el propósito y casi obligaron al embajador, y a la delegación, a que nos diera un brindis, y convidaron a otros médicos principales de Bruselas.

En esta ocasión, Breuher era el presidente del Congreso de Gastroenterología. Desde el punto de vista profesional hice muy buenas relaciones, con Breuher las afirmé y luego conocí a Duval, que era un gastroenterólogo muy importante.

En el Congreso aprendí eso de las gastritis, un tema que me gustaba mucho, porque estaba ese médico checoslovaco que se llamaba Konjétny, que no acabó de desarrollar la idea. Nos juntábamos en una sesión de trabajo,

<sup>1</sup> Era jefe de Medicina del Trabajo del Departamento de Salubridad.

<sup>2</sup> Se refieren al rey Leopoldo III y a la reina Astrid.

él presentó un trabajo muy importante a propósito de la relación que puede existir entre las úlceras en el estómago y el cáncer del estómago. Su teoría todavía es válida: el cáncer y las úlceras son producidas por elementos que se llaman de heteroplasia calciforme, células que vienen de otra parte que no le corresponde al organismo, y se instalan en un órgano. Digo que todavía eso es válido, ya con otros nombres, pero es la misma cosa de Konjazny.

El cáncer es debido a que florecen tejidos de otro tipo; generalmente las células que más viajan son las genitales, sobre todo en el cáncer de la mama, en las mujeres, y del útero son las células viajeras de los órganos genitales; en el hombre la próstata, genitualmente, es la que manda al cuerpo los elementos de heteroplasia que se fijan con más frecuencia en los huesos largos. El había comprobado que no eran cancerizables las úlceras del estómago. Es decir, la úlcera péptica –como ya se le llamó en la época de Moyniham–, y el cáncer eran parientes, pero no es que se cancerizaran, sino que ya la úlcera misma era causada como consecuencia de la heteroplasia de las celulillas. Parecería anti-tético lo que digo, cuando hablo de la influencia que tiene la cosa psicológica sobre las úlceras, pero es el factor determinante, el factor ya último. Todos tenemos nuestras celulillas aberrantes por ahí, es decir, todo el mundo tiene, en potencia, un cáncer, las causas determinantes son las que hacen florecer una cosa u otra. El doctor Konjazny era anatomopatólogo. El que proponía terapéutica era el clínico Duval, el francés; estaban Moyniham también y Gutman. Así es que fue muy importante para mí y saqué mucho provecho.

### *Dimos el paso a la medicina social*

Regresando de Europa, por el año de 1941, fui director de Asistencia Médica del Distrito Federal, durante el gobierno de Ávila Camacho. Me concreté a hacer ciertas cosas de rutina, por ejemplo, tenía a mi cargo las escuelas que se llamaban “Amigas de la Obrera”. Tenía una Sección Educativa, otra que se llamaba de Asistencias Diversas y una Sección Médica que era la que dirigía hospitales, consultorios, etcétera.

La Sección Educativa estaba a cargo de la señorita profesora Elodia Terrés, la mayor de las hijas del doctor Terrés. El jefe de la Sección de Asistencia Médica era el doctor Clemente Robles, y el director de Asistencias Diversas era el doctor Bernardo Sepúlveda. Así estaba constituida esa Dirección Gene-

ral de Asistencia en el Distrito Federal. Nosotros elegíamos a los hospitales, a los consultorios y dábamos las reglas generales.

En mi tiempo se inició la carrera de hospitales. La carrera son los pasos que debe seguir un médico desde que ingresa al hospital, primero como alumno, practicante, médico interno, residente, adscrito, subjefe de servicio y, por último, jefe de servicio, es una cadena muy larga. Esto se implantaba en los hospitales dependientes de la Secretaría de Salubridad y Asistencia.

A su vez el doctor Sepúlveda tenía como subjefe al doctor González. Este doctor se encargaba de distribuir becas monetarias a los estudiantes, a gente humilde que hacía solicitudes y también esa sección se encargaba de los dormitorios públicos, de los baños públicos, etcétera. Todo lo referente a asistencia, porque no estaba entonces unida la asistencia médica Ávila la salubridad.

Un día don Manuel Ávila Camacho nos mandó llamar a Nacho García Téllez, al doctor Gustavo Baz y a mí. Yo iba en calidad de médico auxiliar de Gustavo Baz, porque cuando él no podía ver a doña Chole o a Ávila Camacho o a Maximino, pues iba yo. La señora de Ávila Camacho tenía mucha preferencia para que yo la atendiera, porque Gustavo, como cirujano, estaba un poco alejado de las mas médicas.

En el desayuno, que ha de haber sido en 1941 o 1942, Manuel Ávila Camacho nos planteó una cosa que había oído de no sé dónde, tal vez del ministro o el embajador de Chile, porque, como he dicho, Chile fue uno de los países que tuvo una salud pública y seguridad social más importante del mundo entero. Bueno, estuvimos hablando de si sería bueno en México y de qué manera se podía implantar la seguridad social.

Don Manuel, que en el fondo era tímido para sus decisiones, dijo que primero se hiciera un ensayo en la capital. Gustavo Baz y yo platicamos sobre esas cosas en privado, para exponerle a Ignacio García Téllez este asunto legalmente, como decía don Manuel Avila Camacho.

García Téllez no tenía una influencia directa con don Manuel, pero había sido colaborador de Cárdenas en la Secretaría. Lamentablemente, como ministro de Educación Pública manifestó ideas izquierdistas muy avanzadas, mandó cambiar de rojo las cintas de todas las máquinas de escribir de sus mecanógrafas, así es que nada más escribían los oficios en tinta roja y él tenía una tinta roja para firmar. Tengo ahí documentos, un nombramiento y una declaración, alrevesadísima, porque era muy enredado García Téllez.



A la pregunta de cómo podríamos introducir la cultura a México, le dije por escrito lo que creía. Entre otras cosas le dije que había que considerar a la cultura, cualquiera que fuera su origen, como una cosa seria, una cosa agregada. Así es que debía principiarse con la educación de los niños desde que estaban en los jardines de niños (entonces se usaba la palabra de “jardín de niños”). Desde esa época había que comenzar a aculturar a las criaturas; como ellos no sabían leer, muchas veces ni se fijaban en las cosas ni las sabían apreciar. Le dije que consideraba a la música como una de las entradas más fáciles para la cultura. Cuando sabían leer, pues había que escogerles los libros de texto y las cosas más depuradas, sin demagogia, sin nada, con una objetividad muy grande y formarles al mismo tiempo su criterio de lo que era válido y constructivo, de lo que no lo era. Y así, de la pintura, pues ya naturalmente los muralistas mexicanos habían tomado mucho auge, sobre todo Siqueiros en aquella época, y entonces abordamos la plástica por ese camino. Esa carta, que me mandó en la época de Cárdenas, me la mandó por una razón muy curiosa, porque yo era amigo, no íntimo, pero sí amigo y compañero, del doctor García Téllez, hermano mayor de Ignacio. Entonces tal vez él le planteó las cosas de cultura y le mencionó mi nombre; le dijo:

—Oye, una gente que entre nosotros pasa por ser un hombre culto es Fournier; ¿por qué no le preguntas?

Entonces ésa fue mi entrada. Y luego García Téllez me vio con Ávila Camacho, antes de ser presidente. No sé si ya sabía que iba a ser presidente, pero él fomentaba la amistad de Ávila Camacho. Y ya nos comenzamos a tratar, y refirió eso en un escrito: “A propósito de esas conversaciones que hemos tenido, quiero pedirle a usted...”, por supuesto, en un *memorándum* escrito en rojo, naturalmente, y firmado por él en tinta roja, y me escribió una carta tan enredada sobre la música, que yo ya no sabía si confundía la música con la plástica o con la poesía o con la literatura o con qué, porque era un desgarrate tremendo, Por ahí he de tener todavía la carta.

Esa fue mi intervención, no sé si se tomaron en cuenta algunas cosas, puede ser, porque Carlos Chávez tuvo un puesto muy importante en aquella época; me acuerdo que dirigió una *Sinfonía Obrera* que él escribió (entre sus pecados de cursilería se tomará en cuenta este caso) y que él dirigió de overol, todo el mundo de overol.

Así fue eso de la educación socialista, que no supe en qué acabó. Lo que sí supe en qué acabó fue que Torres Bodet, cuando iba a implantar el texto único, me dijo:

—Oye, he encontrado en los archivos de los secretarios una carta tuya que le mandaste a García Téllez. Y quiero que me digas algunas cosas.

Entonces insistí en lo de los textos, como ahora digo de las medicinas, que es necesario que el gobierno las controle. A mí me mandaron hacer uno, desde luego como premio de haber sido uno de los que primero habló de los libros únicos, depurados de idolatrías, de todas esas cosas, pero sé que tomaron muchos de mis párrafos y los incluyeron en otros. El estricto don Martín Luis Guzmán, gramaticalmente hablando, lo estuvo revisando y me lo aprobó. Me dieron veintidós mil pesos de aquella época; así es que yo también mamá de esa ubre.

Me acuerdo que, en aquella reunión, Baz llamó también a Zubirán y a todo su círculo de amigos, entre ellos Manuel Martínez Báez. La mayor parte se oponía a la idea de la seguridad social, porque tenían una idea muy personal, quizá egoísta, ¿verdad?, de seguir figurando. Si les hubieran dicho:

—Tú vas a ser el director del Seguro Social —hubieran aceptado gustosos la idea.

Les preocupaba perder clientela, abaratar la medicina, ponerla al alcance de médicos incompetentes. Todas esas cosas influyeron en el ánimo de Baz y de don Manuel Ávila Camacho. Entonces nombraron una comisión para buscar edificios y formular el primer repertorio de médicos que deberían estar a cargo de la seguridad social. Nos nombraron a Gaudencio González Garza, que era amigo de García Téllez; creo que el otro era un doctor Lechuga y a mi. Lechuga era homeópata, era de manga muy ancha, y de ideas poco firmes, así es que él se conformaba nada más con que entraran sus amigos y él quedara ahí colocado... En cambio, Gaudencio González Garza estaba muy de acuerdo conmigo. Yo había sido su maestro, me respetaba mucho, y entonces formamos una lista, que a nuestro parecer era ideal. García Téllez la leyó y dijo:

—¡Estos son médicos burgueses, es la influencia de Baz, su conexión con la burguesía! —y quién sabe cuántas cosas más.

Rompieron la lista y no encontré más que una de las personas que propuse en la seguridad social. Luego buscamos los edificios, y encontramos uno que estaba vacío completamente, el de la esquina de Rosales, una de las calles que desembocan por ahí, y Mariscal, por la Tabacalera. Ese edificio lo alquilaron y ahí se instalaron las oficinas y ahí elaboramos los primeros planes. Yo, como el más viejo de la comisión, daba mis dictámenes a propósito de las especialidades. Insistí mucho en la inclusión de médicos generales, que eran los que

debían de afrontar todas las peticiones del público, y después clasificarlos y mandarlos a las especialidades.

Entonces García Téllez rompió la lista y le encargó a Lechuga y a otros médicos de segunda y tercera categoría que formaran una nueva, médicos demagogos, que sabían poca medicina y mucho de muchas cosas, otros que sí sabían. El caso es que así se formó el Seguro Social.

Después, cuando ya fui Director General de Asistencia Pública en el Distrito Federal, y esto iba a tener acción en el Distrito Federal, Gustavo Baz consideró que estaba dentro de mis funciones, no tuve remuneración ni reconocimiento ni nada. Ahora que hice mis gestiones en Salubridad para mi jubilación, pues está mencionado mi nombre, así nada más, pero no como gente que hubiera trabajado en el Seguro desde aquellas épocas de su fundación. Y a los otros pues les dieron jubilaciones muy importantes; a Lechuga no se diga.

Crearon un presupuesto para la seguridad social, siguiendo el modelo de Chile, de cómo se financiaba eso: el erario daba una parte, se suponía que el obrero daba la otra parte y el patrón otra parte. En resumidas cuentas, durante mucho tiempo, excepto cuando ya el Seguro Social salió de manos de García Téllez, comenzó a ser más equilibrada la cosa, al principio era el puro gobierno el que daba... Los sueldos eran raquíticos, como son los sueldos del gobierno, las instalaciones también eran mediocres. Realmente, el que organizó financieramente el Seguro Social, aunque nos pese decirlo por otras cosas de ideología —porque es muy derechista, pero tiene visiones sociales— fue Ortiz Mena, cuando fue presidente del Seguro Social. Era un hombre que organizó cosas muy espléndidas. Las habitaciones populares han sido una dignificación, que él sacara algo o mucho de las construcciones que se hacían, bueno, y al fin y al cabo quedaron espléndidas en el centro vacacional en Oaxtepec y todo eso, que eran muy importantes, y que se le tomaron muy a mal en su tiempo. Así es que para mí la seguridad social estuvo muy mal en la época de este señor, muy amigo del presidente Alemán.

Estuve ahí hasta el año de 1943. Ahí escogí a mis colaboradores directos, el doctor Robles y el doctor Sepúlveda, tanto en mis clases como en mi trabajo particular.

En el Seguro existía también un Departamento de Asistencia Infantil, a cargo del doctor Salvador Zubirán. El presidente Ávila Camacho fundió la Asistencia Infantil con la Seguridad Social, además dio un paso muy impor-

tante: unir a la Secretaría de Salubridad con la Asistencia Pública, que antes se llamaban Secretaría de Asistencia Pública y Departamento de Salubridad. Al frente de la Secretaría de Salubridad y Asistencia quedaron Gustavo Baz y un solo subsecretario, que era el doctor Manuel Martínez Báez. Al doctor Zubirán lo eliminaron de esa primera cosa.

Seguí en la Dirección de Asistencia Médica. Entonces se hicieron dos direcciones, una de Asistencia y otra de Salubridad. La de Salubridad la dirigió el doctor Gastón Melo. En su época, cuando fue jefe de Salubridad había fundado los servicios coordinados, ya le había dado una proyección a los estados y al campo y, al fundirse las dos, se quedó con la Asistencia Médica y los Servicios de Salubridad, coordinados.

El licenciado García Téllez llegó al Seguro porque era un recomendado de don Lázaro, al que se le tenía mucho respeto. Se supone que los abogados entendían la seguridad social; porque no se fundó con características médicas exclusivamente. También fue en esa época cuando pusieron al doctor Mauro Loyo, un veracruzano, amigo de don Adolfo Ruiz Cortines, recomendado por ese motivo a Manuel Ávila Camacho. Ese doctor manejaba, claro, sin conocer del asunto tampoco, la subdirección médica. Ortiz Mena le dio ya un carácter general al Seguro. Aquella cosa que se había iniciado en la ciudad de México se había extendido paulatinamente a toda la república, se ampliaron los servicios, se hizo una cosa más grande.

Se dice que el Seguro siempre ha sido buen proveedor de fortunas personales, yo conozco muchos que la han hecho y a otros que se dice que la han hecho y que no es cierto. Por ejemplo, Benito Coquet no hizo fortuna personal, a pesar de que se le acusó mucho en el régimen de Díaz Ordaz porque tenía aspiraciones presidenciales. Pero yo, que vi de cerca las cosas, nunca me enteré de malos manejos, lo conozco personalmente y no hubo nada. Sin embargo otra gente sí hizo en ese tiempo su dinerito. Había un señor que era jefe de adquisiciones del Seguro, puesto que es en todas las secretarías muy decadente, y según dicen siempre da mucho al que conoce los costos.

Ávila Camacho respetó en muchos aspectos toda la organización obrera, así como algunas leyes y prácticas iniciadas por Cárdenas. Ávila Camacho le decía “mi general” a don Lázaro. Se trataban de “mi general”, eran las relaciones amistosas que pude presenciar. En cuanto a influencia sobre la directiva del gobierno, creo que el que metía mucho la mano era el hermano Maximino, que no era un cardenista, desde luego, sino que era un señor de horca y

cuchillo, de Puebla, gobernador de Puebla y nada más. Hasta que le exigió a don Manuel que lo pusiera de secretario en la Secretaría de Comunicaciones. Estaba la Secretaría de Comunicaciones vacante y ahí se sentó y comenzó a despachar; después le dijo a su hermano que ya había tomado posesión.

Una gente muy allegada a don Lázaro, César Martino, que fue director del Banco Agrícola, en la época de Cárdenas, me explicó por qué el candidato a la presidencia fue Avila Camacho y no Múgica:

—Mire usted, doctor, mucho se ha discutido sobre esa cosa. Fíjese en los acontecimientos históricos de México y siempre ha sucedido que hay un personaje de izquierda y que es la mayor parte de las veces un poco demagogo, no lo digo por mi general Cárdenas, pero ha habido personajes de izquierda, como lo fue en su tiempo Calles, que llegó siendo de izquierda. Luego la relación con Obregón era para preparar una cosa de derecha, es decir, se ha ido balanceando.

Se nombra a Cárdenas, que había sido impugnado por muchos intereses de México y, un poco, creo por la presión de los Estados Unidos. El caso es que Cárdenas en quien más confió fue en Ávila Camacho, en primer lugar porque reconocía que era un hombre prudente, tranquilo que seguramente seguiría su línea de conducta, que no pretendería un maximato como lo había hecho Calles, pero que, no era un político consumado, un político exaltado o de esos muy sobresalientes. Él hizo una política más bien moderada, y siempre había pensado como un hombre prudente. Don Manuel era bondadoso de corazón, tenía siempre muy buena consideración, lo dominaba su mujer y aceptaba que fuera a coronar a la Virgen de Zapopan y todas esas cursilerías que doña Chole hacía. Entonces era una cosa que no se estilaba y menos del presidente.

Por esas épocas regresaban de Rusia con sus esposas Lombardo Toledano y Vicente Villaseñor. Nosotros veníamos en segunda clase en el Normándie, un barco que se acababa de estrenar. Entonces pude hablar mucho con Toledano. Me suplicó que fuera profesor de temas médicos de la Universidad Obrera, y lo fui.

Eran cursos de verano, iban muchos extranjeros. No hablo inglés, así es que los cursos eran en español y llevaban su traductor. Había muchos americanos, liberales, de izquierda, había cubanos, había mexicanos, no muchos. Eran *tritum revolutum*, ni siquiera le hacían propaganda para que fueran obreros.

Ese año yo acababa de asistir al Congreso del Trabajo en Bélgica, y Lombardo muy interesado me dijo:

–Bueno, ¿y qué pasó?

–Pues, como usted sabe –le dije–, tenemos en México una pequeña dirección en el Departamento de Salubridad Pública, pero es una cosa mal desarrollada, una cosa pequeña que no tiene ninguna trascendencia. Se tratan cosas tales como si las fábricas tienen ventilación, se trata de dar conferencias, poner carteles a propósito de la seguridad de los obreros en su trabajo, de higiene colectiva, de vacunación, en fin, cosas así. Y me dice:

–Sí, pero es un paso que todavía México no podrá dar por ahora –me acuerdo de las palabras de Toledano– pero hay que tener en cuenta eso, que se debe fundar algo especial para la atención médica del obrero.

Le pregunté por qué no se podía dar ese paso, me dijo que porque había que hacer reformas constitucionales, que no sabía si el presidente daría oportunidad de hacerlo y que él iba a hacer lo posible por que se fundara una institución exclusivamente para los obreros. Bueno, no adelantamos mucho en eso, no alcanzaba a convencerlo. Su cuñado era cirujano en el Hospital Juárez y creo que lo conocía muy bien, porque le tenía mucha desconfianza a los médicos. Siempre decía:

–Los médicos no saben nada, perdone usted, doctor, usted sí es capaz y todo eso, pero la mayor parte de los médicos... –tenía muy mala opinión de los médicos.

Cuando entró a la CTM se acordó de mí, entonces me fue a visitar y me dijo:

–Doctor ¿se acuerda de la conversación que tuvimos en Francia?

–Sí, pero fue en el barco Normandie donde tuvimos una conversación a propósito de la seguridad del obrero.

–Bueno, mire usted, vamos a comenzar con esa cosa y seguir trabajando esa idea. Por lo pronto se va a fundar la Universidad Obrera.

–¿Va a ser un duplicado de la Universidad?

–No, doctor, ésta sí va a ser una universidad de izquierda, no para gente de derecha que tienen sus intereses.

–¿De dónde va a sacar al personal? ¿Y el dinero para pagarle a la gente? Porque generalmente los profesores son gente que viven de eso, la mayor parte de ellos.

–¿Quiere usted aceptar –me dijo– ser rector de esa universidad?

–No –le dije– eso le toca a usted, ser director o no se qué cosa va a nombrar.

–Pero entonces acepte el cargo de fundador de la Escuela de Medicina de la Universidad Obrera.

–No, porque una escuela de medicina, no se podría –yo me daba cuenta que para fundar una escuela de medicina se necesitaba un dineral tremendo.

–Bueno, es que quiero que me ayude en alguna cosa que sea de su...

Se trataba de preparar a médicos, darles conferencias, darles cursos de medicina social, de medicina para obreros. Para médicos recibidos y conferencias al público obrero, al que quisiera ir, conferencias de medicina preventiva, de generalidades que son importantes. Había entonces una epidemia de diarrea, de amibiasis, concretamente, que son tan frecuentes en nuestro medio. Es un país que tiene índices de amibiasis tremendos. Entonces me dijo:

–Bueno, pues ¿qué tal si comienza usted con eso?

Debuté en la Universidad Obrera dando conferencias de parasitología intestinal, tema que era muy de mi agrado, porque eso era lo que había ido a estudiar a Europa. Había estado en el Instituto Pasteur y todo y ya practicaba la especialidad. El curso lo continuamos dos años. Vi que cambiaba la gente, se acabaron los cursos de verano y vinieron otras caras y tuve muchos discípulos. Eran discípulos de curso completo, teníamos un programa y seguíamos una temática.

Me dijo Lombardo:

–Ya que usted ha señalado el ejemplo de los médicos que se mantienen de lo que pueden, que siempre pueden mantenerse, a usted no le vamos a pagar, la CTM es muy pobre y...

– Encantado.

Lo curioso es que daba la clase en el lugar que había sido mi casa, donde estuvo fundado el colegio de mi padre. Primero fue Rosales y después se pasó a la contraesquina de lo que ahora es el edificio del PRI.

El ambiente era muy bonito, me gustaba, fue la época... En realidad no perdía mi idea de izquierda, antes de hacerme profundamente burgués, no perdía mi idea de izquierda desde que era estudiante, cuando iba a recibir los cursos de oratoria y de exposición, con Luis Vargas Rea. Todas esas cosas las fui arrastrando en Europa misma. Era amigo de la gente de izquierda.

Me gustaba esa entrada y salida de muchachos, de hombres maduros, quizá algunos ya viejos, que intentaban asomarse a una clase a ver qué entendían. Les interesaba mucho, había veces que mi aulita, que por cierto había sido la recámara de mi papá, se veía muy concurrida. Con algunos temas, por

ejemplo cuando anuncié las primeras clases sobre amibas, diarreas, parásitos, paludismo y todo eso pues, tenía un público constante, pero no muy numeroso, pero cuando anuncié cosas de la higiene sexual y todo eso... Cuando hablábamos del tratamiento de la blenorragia y de la sífilis y de algunos esbozos de planeación familiar, que yo había oído en el Congreso de Bélgica...

En Europa tenían la preocupación de una natalidad muy baja. Allá se premiaba a las familias grandes. Pero había mucha gente, europeos centrales, gente de China, incluso del Japón, que se preocupaba. Decían: “Nosotros no queremos eso, queremos plantear una disminución de la natalidad”.

En ese sentido, las francesas y las belgas eran tan afectas a las duchas vaginales y al bidé. Es elemental, el bidé es en París como puede ser la cama donde uno se acuesta o la mesa donde come. Si había un bidé en una casa la natalidad era muy baja, al grado de que en Francia, cuando una familia tenía, por ejemplo, tres hijos, ya era una familia estándar para las normas francesas de esa época, y belgas... Lo que preocupaba a Francia en esos momentos era su ritmo bajo; en cambio, los alemanes hicieron una propaganda del aumento de la población con fines bélicos, y eso preocupaba mucho a los otros países europeos, principalmente a Francia; entonces se daban premios a las familias que tenían muchos hijos. Tenían una anécdota en cuanto a la familia que tenía tres hijos y después de cuatro, cinco o seis años volvían a tener otro hijo, forzosamente le ponían Moisés. Moisés, salvado de las aguas.

La señoras decían:

–*J'ai trois enfants et un Moïse.*<sup>3</sup>

En *Excelsior*, que era de extremísima derecha, me comenzaron a hacer una campaña. Una vez firmamos un manifiesto sobre un asunto de Guatemala y me tomaron como chivo expiatorio. Pepe Nava me hizo un epigrama, “que los intelectuales de izquierda, que los intelectuales de derecha...”, analizando a todos los que habíamos firmado aquel manifiesto; creo que fue en ocasión de un 1º de mayo. Me pusieron pinto, yo ya era novio de Carolina y ella me decía:

–Oye, a mí no me importa que digan esas cosas de ti, soy amiga de la gente de *Excelsior*, tú sabes que ahí tengo una columna de música –o de yo no sé qué cosa–, pero me dicen mis amigas...

A ella no le afectaban esas cosas, pero le mortificaba que le dijeran: “Ya sabemos que te vas a casar con un comunista, sabemos esto y sabemos esto otro”.

<sup>3</sup> Tengo tres niños y un Moisés.



Ya no me podía presentar a ninguna reunión de sus amistades porque me hacían toda clase de desprecios y groserías. Recuerdo que a pesar de toda esa horrible fama me mandaban llamar los arzobispos para que los curara. Todo esto culmina con nuestra boda, con nuestro viaje a Europa. Al regreso, traté de volver a la Universidad Obrera, pero me dijeron que no se habían organizado las cosas bien. En fin, daban unas clasecitas.

En el Seguro Social trabajé con el doctor Gustavo Baz. De físico era longíneo, arrugado y tembloroso. Siempre fue igual, operaba a mis enfermos. Ha sido toda la vida un parkinsoniano no evolucionado; el parkinsoniano reposa la mano, toma un objeto y deja de tener el temblor. Yo conozco a Gustavo desde que éramos estudiantes, desde que regresó de la revolución zapatista. Cuando regresó, ya vino a preparar su examen profesional. Lo fuimos a pedir un grupo de gente para hacerlo ingresar a la Escuela de Medicina, a una cátedra que se llamaba Técnica Quirúrgica. Había escrito una tesis sobre sutura de vasos, vasos arteriales y venosos. Siempre ha sido un hombre liberal, no ha sido de izquierda, lo que se puede llamar de izquierda, no, pero nunca ha sido clerical ni de extrema derecha. Ha sido un hombre con ideas en la cabeza, como que está iluminado. Ahora es un poco egocentrista: «Yo hice, yo esto, yo lo otro, yo le aconsejé al presidente, yo le dije a don Lázaro Cárdenas, yo le dije a don Manuel...», a todos los presidentes les ha dicho.

Baz fue apasionado de la cirugía, eso me consta, un apasionado cirujano en el lapso comprendido entre su recepción y cuando acepta un primer puesto público importante, que fue el de rector de la Universidad, allá por 1938. Después le fue haciendo *fifty-fifty*. Tiene alma de político, porque él sí ha sabido siempre arreglar las cosas para estar en un plan político preponderante. De rector de la Universidad lo sacan para la Secretaría de Asistencia Pública y de Asistencia Pública para gobernador.

El doctor Baz, de ministro y de rector, iba a su consultorio y seguía ejerciendo la medicina, hacía mucho bien, él tiene muchas ideas sociales, ha organizado una especie de seguro, el Hospital de Jesús, y lo tiene muy extendido, con Moreno Islas.

En cambio yo, nunca tuve ocasión de entrar a la política. La única, el empujón más fuerte, fue el que me dio Ruiz Cortines, que me hizo senador, yo fui senador de la República, para que luego vayan diciendo que no estoy

politizado. Estuve seis meses de senador, era yo senador suplente por Hilario Medina, Constituyente de 1917. Él se enfermó y yo era su médico, y cuando fui su suplente alguien le dijo:

–No, Fournier te va a matar –y ya dejó de ser mi paciente.

Como suplente, le hice toda la campaña, porque él no hablaba ni palabra, apenas y se podía arrastrar, pero llegó al Senado y cobró por adelantado diez años, así es que yo, después de que terminó su periodo, es decir, se murió seis meses antes de renovarse el Senado y seis meses disfruté de la senaduría, no me dieron ni un centavo. El pagador del Senado, muy untuoso, me dijo:

–¿Sabe usted que don Hilario Medina quedó con una fuerte deuda en el Senado?

–Mire señor –le dije–, pues yo ni sueldo voy a disfrutar, porque se lo cedo a mi expropietario, al difuntito, en su honor.

Claro, se acostumbra que los senadores, cuando tienen una deuda con el Senado, se les cancela, se les perdona. Y ese señor, por anualidades, cobraba y adelantado. Y nunca me pagaron.

### *Mi generación asistió a muchos progresos*

En 1945 empecé a trabajar en el Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales. Primero participé en conclave cerrado, cuando se fundó. Casualmente acababa de llegar de Europa, ya venía con mi especialidad de parasitología y entonces me convidó el doctor Eliseo Ramírez, que había sido encargado de fundar un hospital de enfermedades tropicales. Él tuvo la idea de hacer un instituto de investigación general, muy importante, muy bien dirigido, con fisiología, con bacteriología, con sección de parasitología, anatomía patológica y todas esas cosas. Pero don Eliseo Ramírez, que fue un hombre de mucho talento, no tenía un sentido muy práctico de las cosas. Le habían llamado a la fundación del Instituto de Enfermedades Tropicales. Manuel Martínez aconsejó que también se me llamara a participar. No le gustó mucho la idea a don Eliseo Ramírez, que me conocía como hombre muy rebelde, muy difícil, me lo dijo personalmente. Era enemigo acérrimo del doctor Melo; tenía todos esos atributos en contra, así es que de mala gana aceptó. Pero a la hora de repartir los puestos y realizar la obra, no me llamó. Bueno, no dije nada, estaba trabajando en el Hospital General, tenía otras cosas que hacer...

Después ya siendo secretario de Salubridad el doctor Baz, cuando se fundieron la Secretaría de Asistencia y la de Salubridad, le dije :

–Mira, no soy para puestos burocráticos, pero sé que hay un puesto, porque han estado en mis manos esas cosas, de jefe de la Sección Clínica de Enfermedades Tropicales del Instituto.<sup>4</sup>

–Bueno, si te quieres ir allá... –y me nombraron.

No estoy seguro pero creo que el director era Manuel Martínez Báez. Estuve nueve años allí. El pago era muy menguado y lo que hacía era ver enfermos que llegaban de fuera. Mandábamos traer, del estado de Chiapas, enfermos de oncocercosis y de *fasciola* hepática del estado de Michoacán y palúdicos, en fin... En Michoacán fue el único lugar donde pudimos encontrar la *fasciola* hepática. También ha de haber habido en la costa de Sinaloa y la costa de Jalisco y luego se encontró en la de Michoacán.

La *fasciola* hepática se da en los caracoles, es decir, el conductor de esa cosa es el caracol de mar, esos caracolitos que se come uno chiquitos. Yo hacía investigaciones en enfermedades del hígado y del intestino y estaba tras un parásito flagelado que se daba en el intestino y algunas veces sube a las vías biliares. Había entonces una discusión, se puede decir que mundial, porque los europeos decían que sí y los americanos negaban que la *giardia lamblia* intestinal pudiera producir enfermedades en la vesícula biliar. Y como había visto tantas *lamblías* en los exámenes que había hecho, pensé investigar –porque ya había traído el procedimiento de sacar la bilis a los enfermos por medio de una sonda– definitivamente si la *lamblia* se daba en la bilis.

Una vez nos encontramos una cosa que desconocía yo prácticamente. Se nos había dado una conferencia en el Instituto Pasteur, sobre un paciente con la *fasciola* hepática, que se llama *clonorchis sinensis*. Algún médico había reportado que en la autopsia de un chino había encontrado la *fasciola* hepática, que es una variedad de la *clonorchis sinensis*, ése era el único antecedente que yo tenía. Entonces cuando se vio en la laminilla, la fotografiamos y la cotejamos con las láminas de parasitología: era una *fasciola* hepática. La seguimos buscando en todos los lugares donde hubiera ríos que desembocaran en el mar...

Recuerdo un pueblcito que se llamaba Arcelia,<sup>5</sup> que se caracteriza por el mal del pinto. Todos estos enfermos se internaban en el Instituto para estu-

<sup>4</sup> Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales.

<sup>5</sup> En el estado de Guerrero.

dios de oncocercosis, y naturalmente los iba viendo en la consulta, como ese enfermo que vino a verme y tenía una enfermedad hepática. Ese no fue por el Instituto, fue por mí, le dijeron que allá estaba “un señor que curaba los animales”, y él pensaba que a lo mejor era un animal, una solitaria. Entonces le hice un estudio, no encontré la *clonorchis*, ni *lamblia* ni nada que tuviera...y que le voy sacando la bilis y le voy encontrando la *fasciola* hepática. Después seguimos estudiando mucha gente. A este enfermo lo tuvimos ahí acostado, lo tratamos a cuerpo de rey y le dijimos:

–Mándenos a todos los enfermos del hígado como usted, para que los estudiemos.

Entre los enfermos llegué a juntar cinco o seis casos de *fasciola* hepática. La mayor parte de la gente que llegaba al Instituto era traída a fuerza y por engaños. Por ejemplo al doctor Martínez Báez le interesaba mucho el mal del pinto, él es de Michoacán, de esos lugares donde hay mucho pinto. Entonces mandó traer a unos pintos, los alojaba en hotel. Muchos decían:

–No tengo para ir..

–No, no, le pagamos todo, le damos alimentos...

–Pero yo tengo que llevar a mi familia.

–Si está manchada como tú, sí –bueno, pues entonces se presentaban dos, tres amigos que venían a México. A fuerzas es un decir...

El doctor González Herrejón ya había descubierto en enfermos que él había visto en el Hospital General, en su servicio de dermatología, una espiroqueta semejante a la de la sífilis que se encontraba haciendo una biopsia de la piel de los enfermos del pinto. A ese parásito se le llamó *espiroqueta herrejoni*. Fue un descubrimiento mexicano.

A raíz de eso se trajo gente para estudiar más a fondo. Porque si era una espiroqueta tenía que curarse con los mismos medicamentos con que se cura la sífilis y, efectivamente, dábamos los tratamientos antisifilíticos en los momentos que se descubría la penicilina y que era buena para la sífilis. Fue un éxito muy grande y muy importante porque, claro, las manchas no se les quitaban a los enfermos, pero cuando menos desaparecían los periodos inflamatorios, los síntomas generales, que son como de una enfermedad parasitaria, con anemia, con imposibilidad para el trabajo, para el movimiento. Es únicamente contagiosa en determinadas condiciones.

Teníamos una afluencia muy grande. Organicé la sección clínica de tal manera que tenía varios ayudantes. Un día se hacían los tratamientos para la

solitaria, otro día enfermos a los que se les había diagnosticado previamente disenterías amibiásicas se presentaban con materias fecales para examinar bien qué clase tenían.

Dábamos servicio a zonas limitadas. Por ejemplo, para la oncocercosis en Chiapas, pues traíamos dos o tres enfermos que quisieran curarse aquí en México. Se traían tres enfermos, se les buscaba la onchocerca, se les extraían los quistes, muchos recuperaban la vista, así es que se iba haciendo popular esa cosa. La medicina de investigación no es extender una receta sino cuestión de muchas observaciones. Ahora hay puestos en algunos lugares. La campaña antipalúdica fue resultante de todas esas investigaciones.

Yo he estado en muchos centros, en muchos lugares, estuve en Francia mucho tiempo, en Bélgica, conocí el Instituto de Parasitología y Enfermedades Tropicales de Hamburgo, el Instituto de Túnez de Enfermedades Tropicales y Parasitología, donde trabajaba Nicolle de director y en todos había una política chiquita, no política de que influyera en el gobierno, sino política entre la gente. Lo mismo aquí.

Por ejemplo, teníamos un médico, que dizque había inventado una droga que se llamaba sulfalumin. Era una mezcla de sulfatiazol con sales de aluminio y decía que ésa era una droga maravillosa, una panacea para todas las enfermedades infecciosas; él se resistía a emplear penicilina, el sulfalumin curaba todo. Entonces un día un enfermo que tenía internado ese doctor se nos murió en la sección clínica. Le habían dado una cantidad exagerada de sulfalumin. Hay una nefritis, se muere el enfermo, ordeno la autopsia y vamos encontrando todo el riñón y la pelvicilla renal tapada de sulfa. Se hizo un pequeño escandalito interno, que no salió del hospital, ni hubo acusación, ni nada. No era un médico, era un necio. Claro, desde entonces dejó de usar el sulfalumin porque se lo prohibió el director, pero no hubo sanción. Se hizo un jurado ahí en el Instituto y ante el jurado juró y perjuró que no se había muerto por eso, que la nefritis era aparte y Martínez Báez, que era el anatomopatólogo, le dijo:

—Oiga usted, si le vino la nefropatía es porque estaba cargado todo el riñón, todos los conductos renales estaban tapados de sulfa y de aluminio.

A la familia le dijeron que se había complicado la enfermedad y que había tenido una nefrosis. ¡Estaría de Dios! Se llevaron a su muertito con resignación.

Los nombramientos ahí eran casi a perpetuidad. Se necesitaba que los médicos se desplazaran, por ejemplo eso fue lo que le pasó a Beltrán, que después fue el de Recursos Renovables, que era parasitólogo. Eso le pasó a Bus-

tamante, que pidió licencia para pasar a otro puesto de Salubridad. Yo me fui de ahí a la Escuela de Medicina. Pero los demás... no sé decir por qué son inamovibles, porque el doctor Varela hasta su muerte estuvo ahí, en Tropicales.

¿Cómo le hacía yo para estar en el Instituto de Enfermedades Tropicales, dando clases y seguir en el Hospital General, además de seguir con mis pacientes privados? Es porque el día tiene mañana y tarde y uno puede hacer cosas en la mañana y en la tarde. Yo daba clase de siete en adelante, la daba algunas veces en el Hospital General y muchas veces los citaba en Tropicales. En el Hospital daba clase y al mismo tiempo recorría con los alumnos las salas para que se dieran cuenta de todos los enfermos e hicieran los comentarios enfermo por enfermo. Así es que eran dos trabajos en uno. Esa cosa la desarrollaba entre siete y media y diez de la mañana. A las diez de la mañana corría para Enfermedades Tropicales y ahí me quedaba hasta las dos de la tarde.

Tenía dos ayudantes magníficos: el doctor Carlos Campillo Sainz, que recientemente fue subsecretario, y el otro era mi inolvidable discípulo y querido amigo y un brazo fuerte para mí, el doctor Armando Treviño, que desgraciadamente murió en un accidente en el Papaloapan, cuando estaban haciendo la presa Alemán.

Se mandó una brigada jefaturada por el doctor Treviño, en la que iban a hacer el estudio de un pueblo donde se iba a mudar a todos los que ahí estaban... Fue una cosa tremenda, bajaban el Papaloapan... Ahí lo de López Velarde: *las garzas en desliz y el relámpago verde de los loros*... Bueno, se le ocurrió sacar una pistola para dispararle a una garza y entonces le hizo el chiste el que llevaba el timón de la lancha, de mover la lancha; pierde el equilibrio, retrocede y la bala que tenía lista para dispararse le perforó el intestino. Ahí se cometieron muchos errores, muchas torpezas porque él ni se dejó curar, ni los médicos que lo acompañaban –por un desconocimiento de la región– quisieron que se operara; si no ahí en Cosamaloapan, porque cerca había sido el accidente, que lo operaran en Veracruz, pues ahí las penetrantes del vientre, como se llaman, son vulgares, de todos los días. Se lo trajeron a México, no había antibióticos suficientes..., para mí fue un desastre porque era una gente muy cercana y muy útil.

Cuando entré a la Academia Nacional de Medicina, ya había habido una renovación bastante grande. Se puede decir que el doctor Gustavo Baz trató

de poner a gente joven, académicos nuevos. Los demás estaban muy viejos, casi todos pertenecían a aquel grupo médico que dirigía el doctor Terrés, o que se decía que dirigía el doctor Terrés y que le llamaban *La Tenebrosa*. Bueno, pues la Academia de Medicina estaba así, no se presentaban trabajos originales, eran refritos, verdaderos recortes de revistas, en fin, era más bien una reunión de amigos médicos que lo hacían para ir a merendar después a algún café cercano. Gustavo Baz tomó más en serio la cosa.

Este hecho coincidió con la entrada de Ignacio Chávez a la dirección de la Escuela de Medicina. Creo que fue Chávez el que hizo algunas reformas materiales. No sé, por qué son hechos coincidentes que haya sido Chávez<sup>6</sup> el director y Gustavo Baz<sup>7</sup> el presidente de la Academia, pero sí, fueron más o menos en esa época.

Nosotros íbamos sustituyendo a los antiguos de *La Tenebrosa*, yo sustituí al doctor Everardo Landa, hombre que estaba un poco al margen de *La Tenebrosa*, fue médico, no digo que un médico ilustre, pero un médico bastante inteligente, y de los pocos médicos que en aquella época trataban de introducir novedades tanto en la enseñanza como en lo que es la doctrina médica.

En 1933 fue la introducción de las reformas físicas del local de la Escuela de Medicina, y también en 1933 Ignacio Chávez fue director de la Academia de Medicina y director de la Escuela.

La Academia siempre vivió dentro de la Escuela de Medicina. Para llegar a la Academia de Medicina, se tenía que atravesar un patio que da a las calles de Venezuela y atrás de ese patio había unos viejos galerones llenos de trebejos. En la época de Chávez, esos galerones fueron transformados en auditorio; en el famoso “jardín de los naranjos”, estaban las celdas de los muchachos que estudiaban y que habían sido antiguas celdas para presos en la época de la Inquisición y que desaparecieron para siempre. Pero también desapareció casi todo el personal de la Academia de Medicina, de los médicos, porque Gustavo Baz propuso un nuevo reglamento que no sé por qué causa se aceptó, porque iba en contra de todos los viejos que la componían, y bajaban la edad de la gente que debería de entrar. Yo entré como socio numerario de la Academia

<sup>6</sup> Chávez fue presidente de la Academia en 1933 y director de la Escuela de 1933 a 1934.

<sup>7</sup> Baz fue presidente de la Academia en 1935 y director de la Escuela de 1935 a 1938.

de Medicina en el año de 1936;<sup>8</sup> tenía 36 años. Me parece que antes era de cuarenta o cuarenta y cinco el ingreso de los académicos.

Entré a la Academia porque en esa época, siendo Baz el presidente, buscó un grupo de jóvenes que se hubieran destacado en la medicina, entre los que me encontraba yo, Salvador Zubirán, Manuel Guevara Oropeza, Manuel Martínez Báez.

Al entrar a la Academia tenía la idea de que necesitaba uno competir con alguien. Recuerdo a Gastón Melo un hombre tan grande y tan importante, que no dejó absolutamente nada; para buscar las cosas que hizo Melo, se necesita recurrir al recuerdo de los que fuimos sus amigos, o al *Boletín de Salubridad Pública*, de cuando fue jefe del Departamento de Salubridad, pero... ¿dónde están las cosas que hizo?

Fuera de eso, nunca hay una letra publicada por él, y todos conocíamos sus capacidades. Yo dije:

–Bueno, pues hay que competir con los otros... –y como entraban jóvenes, entró González Guzmán.

En la Academia; éramos de ideología distinta, algunos reaccionarios, muy católicos, como Manuel Guevara Oropeza, un hombre inteligente y todo, pero con esas características; luego liberales, más bien de izquierda, pues estábamos Nacho González Guzmán y yo. De la derecha moderada estaba Zubirán, que era cercano a la ideología de Manuel Guevara Oropeza; muy liberal, revolucionario y lo que hoy se puede llamar una gente de izquierda, Manuel Martínez Báez. Y en la época de La Tenebrosa no nada más era la ideología, es decir, la amistad la que los unía, sino que los unía también otro tipo de lazos, como era ser correligionarios, por ser gente que había estudiado más o menos en los mismos colegios, que habían vivido en las mismas épocas, en fin, era gente con otros nexos.

El doctor Chávez ya había entrado a la Academia de Medicina. Entró porque era un joven muy adelantado y lo tuvieron que meter *los tenebrosos*; no sé quién de ellos lo propuso, probablemente Landa, y Chávez entraría a la Academia como por 1930.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> El 20 de marzo de 1936.

<sup>9</sup> El doctor Ignacio Chávez ingresó a la Academia Nacional de Medicina el 22 de diciembre de 1926.



La Academia de Medicina había tenido siempre un carácter completamente liberal, así es que el grupo de La Tenebrosa era completamente anacrónico dentro de la misma Academia.

Cuando fui presidente de la Academia,<sup>10</sup> me propuse darle puertas abiertas y hacer que, siguiendo mi manía, fuera también un centro de enseñanza para todos. Se hacía propaganda de las sesiones, se hacían *simposia*, yo metí la cosa de los *simposia* a la Academia, sobre los temas nacionales principalmente: paludismo, disentería, nuevos medicamentos, etcétera. Esas monografías anteriores, aquellos reportajes no tenían absolutamente coherencia, ni hacían progresar la medicina. En cambio, yo mandaba preparar a los ponentes en los *simposia* y ya se desarrollaban bonitos eventos con llenos totales de la Academia.

La Academia se financiaba de tres maneras. En primer lugar los académicos dábamos una cuota mensual; segundo, el gobierno siempre dio, hasta la fecha, subsidios cada vez más importantes y tercero, tenía una revista, *Gaceta Médica de México*, que en ciertas épocas pues era el único periódico serio de medicina que existía.

*La Prensa Médica Mexicana* le hacía competencia, pero no en la cuestión de los anuncios, que es de lo que viven la mayor parte de las revistas. Nuestra revista, *La Prensa Médica* no sirve para anunciantes, no; hay anuncios y sí anuncia, tiene uno o dos anuncios, así es que no le quitábamos nada a ninguno, a ninguna revista en materia de anuncios para revistas.

La Academia tenía interés para mí únicamente de tipo intelectual, no tenía absolutamente ningún otro. No me gustan las cosas estáticas, lo que no se mueve, que no progresa. He sido alérgico a ese sistema, a esa idea de cosas, así es que, en lo que pude, hice cambiar la Academia. Una vez se presentó el doctor Manuel Madrazo, con un trabajo sobre una nueva técnica radiológica; entonces sacó de la bolsa el recorte de un anuncio de un periódico americano y dijo:

–Miren ustedes, lean este comentario... –un comentario que terminaba en un anuncio de una nueva técnica radiológica, para la cual se necesitaba este y el otro aditamento en el aparato de rayos X. Bueno, leyó la cosa aquella y le dije al doctor Madrazo:

–Siento mucho decirle a usted, estimado maestro, que la Academia de Medicina no es para comentarios de anuncios ni de esas cosas. Necesita uno hacer las cosas personalmente, o hacer comentarios sobre las cosas que han

<sup>10</sup> El doctor Fournier presidió la Academia Nacional de Medicina en 1949.

hecho los otros, dar su opinión sobre los descubrimientos, sobre alguna cosa –él quedó muy mortificado, a mí me lo tomaron muy a mal, y todavía me toman a mal mis actitudes en la Academia.

Inauguré los *simposia* y las jornadas médicas, que eran a manera de las cosas europeas, sobre cierto tema. En mi tiempo únicamente fueron en el Distrito Federal, mandaba llamar a los miembros corresponsales de la Academia en el interior del país. Mi actuación en la Academia de Medicina fue muy limitada, no la quiero hipertrofiar, ni decir que hice cosas que otros hicieron. La parte buena de mi labor fue haber dado el primer empujón, o el segundo empujón –porque Baz ya había dado el primero–, para la renovación de la Academia. Ya después vinieron las jornadas médicas en los estados y las sesiones y congresos y todo eso.

La Academia no era reaccionaria, aunque su fundamento había sido más bien reaccionario. Pero después fue un centro de médicos liberales. No se recibían mujeres.<sup>11</sup> Había médicos, cirujanos, parteros. Desde entonces hubo también ingenieros que se dedicaban a la salud pública, que se llaman ingenieros sanitarios, dentistas, en fin...

Traté de poner temas obligados, que llamaran la atención al público, por ejemplo una de las sesiones que tuvo mucho público fue la revisión del tifo. Le supliqué al doctor Morones, que era jefe del pabellón de infecciosos, en el Hospital General, que dirigiera esa sesión, que juntara a la gente que hablara sobre el tifo y que se hiciera un examen de lo que había pasado el tifo, hasta llegar a nuestros días, que era casi en vísperas de extinguirse completamente; todavía caía de vez en cuando uno que otro enfermo tifoso en el Hospital General. Así es que eso hacía.

Mario Salazar Mallén y otro médico, cuyo nombre no recuerdo en este momento, tuvieron la idea de hacer un grupo de médicos que hablaran o platicaran de la historia de la medicina, nada de sociedad ni nada de nada. Pues entonces a mí, Salazar Mallén me dijo:

–Oye, ven a nuestro grupo –entonces ya hablamos Salazar Mallén y yo, porque él era muy partidario de todas esas cosas, de pláticas, no le gustaban aparentemente las cosas formales y le dije:

–Mira, vamos a hacer una sociedad de... cuando menos eso, no una academia ni nada de esas cosas, una sociedad de historia de la medicina.

<sup>11</sup> En 1957 entró a la Academia la primera mujer, doctora Rosario Barroso Moguel.

–¡Hombre!, me parece muy bien.

Y entonces él siguió con la idea de decirle a cualquier gente que le simpatizara, o un muchacho que le veía un trabajo más o menos bueno en su clase de historia de la medicina:

–Oiga, compañero, ¿no quiere entrar a la Sociedad? –y sin que el otro lo solicitara ni nada, entraba. Así se fue llenando esa Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

Muchas veces se interesaron momentáneamente por un asunto especial. Por ejemplo un especialista que quiere saber desde cuándo se hacía determinada operación, y hacía un trabajo que efectivamente es un trabajo histórico, pero eso no es ser historiador. Eso fue en 1957. El primer reglamento se hizo desde antes de que yo perteneciera; cuando me invitaron a ese grupo de amigos, le dije al doctor Salazar Mallén: ¿Por qué no hacemos una sociedad?

Y adentro, propusimos un reglamento. Insistimos mucho en ello el doctor Fernando Martínez Cortés y yo, porque era un desorden horrible, y le dimos el nombre de Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina.

Fui presidente de la Sociedad en 1967. No se puede decir que haya tenido una actuación importante. Primero porque no teníamos nunca un local fijo; a veces los Laboratorios Carlo Erba nos prestaba una pequeña sala; otras veces estábamos en otro lado: en la Escuela, en el Hospital. Así es que luego todo el mundo veía la cosa con mucha indiferencia; generalmente cuando se les pedía que leyeran trabajos se salían por la tangente; por ejemplo, la poesía en los médicos... Entre la gente que participó, estaba Pérez Rincón, el doctor Rojas Avendaño, y Salazar Mallén, fueron los primeros que organizaron el grupo ese, que era de mera conversación, y cada quien invitaba a sus amigos.

La labor de la Sociedad no es fructífera, porque, en primer lugar, no la toma en cuenta la Escuela de Medicina ni la Universidad, y sus trabajos son publicados, gracias a los esfuerzos de Juan Somolinos, en un boletín mensual, muy bien hecho, porque a él le gustan mucho las cosas de tipografía.

La Sociedad Mexicana de Gastroenterología es otra cosa. Ésa la fundó don Abraham Ayala González, en el pabellón 19 del Hospital General, y los miembros eran exclusivamente la gente que trabajaba ahí con él. Ayala González era presidente *ad perpetuam* porque no había votaciones ni nada. El secretario era su íntimo amigo y jefe del pabellón 20 de Gastroenterolo-

gía, don Leónides Guadarrama, y luego los otros eran los internos, adjuntos, etcétera.

Alguien le dijo cuando menos que tenían que meterme entre la gente que no estaba ahí en su servicio. Yo estuve en su servicio cuando tenía laboratorio de cosas del aparato digestivo ahí, pero después se fundó la Sociedad y dejé de pertenecer a su grupo. Cuando me dieron mi pabellón aparte, casi lo obligaron a que yo entrara, porque en el Hospital yo era el otro gastroenterólogo. De tal manera que ya me invitaron y entré, y recuerdo perfectamente bien que no entré con mucho agrado de don Abraham.

A Guadarrama, que era el secretario y que parecía que iba a ser el presidente, porque era el verdadero sucesor de don Abraham Ayala, no lo eligieron los miembros de la Sociedad, los del propio pabellón no lo eligieron, sino que me eligieron a mí.<sup>12</sup> Entonces el primer paso que di, fue sacar la Sociedad Mexicana de Gastroenterología de ahí del Hospital General. Las sesiones primero fueron dentro del Hospital pero no en el pabellón, fueron en el aula Terrés, que era el aula magna por decirlo así, del Hospital General. Luego, durante un tiempo bastante largo, estuvimos en el Hospital Francés que tenía un aula bastante bien acondicionada, y entonces permanecieron ahí uno o dos años. Este cambio lo iniciamos durante mi presidencia, pero después ocupó la presidencia otra persona y siguieron todavía ahí. También cambié el sistema de los trabajos de cada ocho días, que son una lata, por hacer dos o tres sesiones al año, dos jornadas.

Luego estuve en la Comisión de Ayuda Técnica y Becas de la Secretaría de Salubridad,<sup>13</sup> que se encargaba de revisar, de aprobar o desaprobar los proyectos de ayuda para la investigación. Un médico, por ejemplo, quería hacer en el Hospital, en alguno de los hospitales, una investigación sobre determinada cosa, y pedía auxilio a la Secretaría. La Secretaría ha sido, lo es, y lo debe ser, el paño de lágrimas de los médicos, de los médicos de los hospitales, porque pues ahora ya la mayor parte pertenecen al Seguro Social.

El presidente de esa comisión era el secretario de Salubridad; yo era vocal ejecutivo y había otros cuatro o cinco vocales. Bueno, estudiábamos el proyecto, las cosas que querían hacer estos señores, les poníamos el visto bueno o lo rechazábamos. Eso en cuanto a la ayuda técnica. Ahora, en cuanto a las

<sup>12</sup> En 1958.

<sup>13</sup> En 1962.

becas, lo mismo; si había un joven que quería estudiar determinada cosa, se resolvía ahí: se estudiaba el *curriculum*, la urgencia de lo que estaba solicitando, y se aprobaba o desaprobaba el caso. Tercero, las fundaciones extranjeras de salud pública, sobre todo las americanas, pedían que se mandaran algunos muchachos para que estudiaran alimentación, campañas sanitarias, en fin, distintas ramas en la salud pública, y entonces nosotros buscábamos candidatos, lanzábamos una convocatoria y después seleccionábamos a los que tenían que ir. Ese era nuestro trabajo, esto era en 1962.

Muchas veces el secretario de Salubridad, o sea el presidente de esa sociedad, recomendaba a una persona. Estudiábamos sus antecedentes y, si no convenía, no lo aceptábamos, y así lo decíamos en el acta que se levantaba: “Por recomendación del señor ministro, se estudió el caso de fulano de tal, pero no se acepta la proposición”. Y entonces, en vista de esas contestaciones, el ministro se abstenía de recomendar.

### *Otra forma de enseñar*

En 1954 recibí la Escuela Nacional de Medicina. Al poco tiempo hice las gestiones necesarias para que ahí se dieran las maestrías y doctorados. En esos momentos pedí al Consejo Universitario que se le diera el título de facultad, y se le dio luego luego; teníamos ya las pruebas de que hacía tiempo que se había constituido en Facultad. Fue la primera que tuvo cursos de posgrado. Para ser médico se estudiaban seis años. Se salía con el título de Médico Cirujano y Partero.

Me habían amenazado que ocuparía la dirección de la Escuela cuando lo de *El Cáncer*, cuando era estudiante y el director don Guillermo Parra me dijo:

–Tome usted el asiento, yo me voy –se puso el sombrero y se fue –ahora usted es el director.

Y yo le contesté:

–Todavía no.

Tuve esa idea y siempre me fijaba en las cosas malas que tenía la enseñanza de la medicina. En primer lugar era una enseñanza completamente teorizante, libresca, y la mayor parte de profesores era muy deficiente; el cupo de los alumnos iba aumentando, las clases se daban de tal manera que en las clases de clínica un profesor y un alumno, el que estudiaba a un enfermo, estaban

pegados a la cama del enfermo y los otros estudiantes estábamos sentados en las camas vecinas, escuchando esa conversación entre el alumno que interrogaba o que exploraba, y el maestro que corregía y que guiaba, que algunas veces nos guiaba.

Cuando era malito el profesor, le tenía miedo al enfermo, le tenía miedo al alumno y le tenía miedo al coro que estaba atrás, que éramos los estudiantes. Así era como se daban las clínicas. Luego había otra cosa muy defectuosa: para tomar cada materia había de ser en un hospital diferente, y si ahora las distancias son terribles, antiguamente no había más medio de comunicación que el tranvía, así es que tomábamos una clase de medicina en el Hospital General a las siete, siete y media, y teníamos que estar después, a las nueve, en el Hospital Juárez, es decir, unos siete kilómetros de distancia.

Tomábamos el tren del Hospital General, que daba la vuelta hasta las calles de Jesús María, no sé por donde, y ahí nos dejaba y caminábamos a pie hasta el Hospital Juárez. Y ése se llamaba “Circuito Hospitales”, de tal manera que de las ocho y media de la mañana que nos soltaba el profesor, teníamos que llegar a las nueve al Hospital Juárez. Naturalmente siempre perdíamos cuando menos una hora para llegar al Hospital Juárez, y la otra clase se quedaba mermada en media hora. Recibíamos una media hora de clase, en una época en que no había instrumental, ni medios para explorar una cavidad, la cavidad bucal o la laringe, el fondo del ojo, nada absolutamente, ningún equipo de trabajo. Así es que todo era explicación teórica. Luego, por ejemplo para ver la faringe, a los alumnos se nos aconsejaba explorar con una lámpara de petróleo prendida y un cartón blanco atrás de la vela para que se reflejara la luz.

Había otros profesores, los de quirúrgica, que eran generalmente muy malos, pero los de propedéutica eran buenos, existían algunos profesores de propedéutica bastante buenos. Por ejemplo, don José León Martínez, que fue el que me tocó, era un profesor aceptable, sin decir que extraordinario, porque era un hombre muy rígido, de muchos cartabones y de mucho..., sí, era minucioso. Era médico general, deficiente en las interpretaciones de las cosas, los fenómenos que encontrábamos.

Había otro, que era don Ricardo Manuel, que era más brillante que don José León Martínez, pero un tanto cuanto charlatanesca su actitud. Don Ricardo Manuel siempre llevaba en la bolsa, no el último, pero sí un número atrasado de *La Presse Médicale*, y era el indicador que le estaba dando la pauta. Había otros, don Manuel Avelayra que era bastante bueno, que después pasó

a dar clases de clínica médica, que tomábamos en el Hospital General y cursos de médica quirúrgica que volvíamos a tomar en el Juárez.

Y luego, el estudio de determinadas especialidades que era obligatorio, la oftalmología, y la especialidad de nariz, oído y garganta, vías urinarias y ginecología, en distintos centros. Así es que todo el día nos la pasábamos en tranvía.

Entonces tomé la dirección de la Escuela más o menos en esas condiciones, un poco menos porque ya había camiones. En 1954 los medios de comunicación eran mejores, los equipos comenzaban a existir. Porque mi generación asistió a muchos de los progresos que ahora nos parecen elementales. Por ejemplo, un aparato de tomar presión arterial, todas esas cosas se pusieron de moda después de la Primera Guerra Mundial; antes ni llegaban. Recuerdo que un maestro le reprochó a un muchacho, que acababa de comprar su aparato de presión arterial a través de la Casa Guillot que eran vendedores de instrumentos médicos, le dijo que no le permitía esos procedimientos, que la tomara con el dedo, como se debía tomar la presión arterial, que esas cosas eran procedimientos experimentales para fisiología, pero que nunca se deberían usar aquí.

Todas las cosas son reversibles en la vida: todo lo malo tiene, a veces, un fondo bueno, y, al revés, la mayor parte de las veces las cosas buenas tienen una resaca mala; no creo ni en la bondad ni en la maldad absoluta. Es cierto que el sistema aquél de no utilizar medios de exploración extraordinarios nos obligó a educar nuestros sentidos perfectamente bien. Así, explorábamos cuidadosamente un pulmón sin más instrumento que el estetoscopio de tubo rígido, como le llamaban, y nuestra oreja, así es que aprendimos bastante bien a escuchar los ruidos del corazón. Eso era lo bueno que nos habían dejado esos malos procedimientos. Luego, el revés también es cierto: un médico de ahora se siente perdido si no tiene todas las cosas.

Yo pensaba siempre en qué se podría hacer para dar una buena educación. En primer lugar, quitar el viaje de los alumnos por todas las escuelas; formar grupos pequeños y no esos grupos inmensos que iban aumentando año por año, cuando las clases se daban en anfiteatros enormes. Luego existía una inmoralidad muy grave entre ciertos profesores, que vendían la calificación a los alumnos. Esto ha sido precisamente para hacerse de más dinero; era gente inmoral. Había profesores que eran muy solicitados, no por lo buenos, sino porque sistemáticamente, pasaban a sus alumnos, a éstos los muchachos les llamaban “profesores barcos”.

Teníamos un jurado y una combinación de profesores, que éramos Cosío Villegas y yo, por el que tenían que pasar los muchachos de primer año de clínica, éramos bastante bravos. Me fui haciendo “barco”, no en las clases prácticas, sino en las clases teóricas, seminarios y todas esas cosas. En fin, se tiene uno que ir haciendo “trasatlántico” poco a poco; primero “canoá” y acaba uno de “trasatlántico”.

Bueno, había algunos profesores que porque cobraban un poquito... sus ayudantes o los mozos eran los agentes:

–Yo les voy a pasar el cuestionario si me dan tanto –y el maestro dejaba dizque descuidadamente el cuestionario, el otro mandaba sacar copias y vendían las contestaciones que dejaba el profesor. Ya nada más tenía que firmar el estudiante, así es que eran profesores barcos. Se puede ser barco, pero éstos eran barcos paquebotes, verdaderos trasatlánticos de precios elevados.

Había otros profesores que también vendían la entrada a su clase. Eran profesores de primer año, que iban a dar clases a Centroamérica; porque en Centroamérica generalmente no había escuelas de medicina y entonces se iban a dos lugares: los del Cono Sur a Buenos Aires y los que estaban cerca de aquí a México. Los maestros iban a Centroamérica a dar unas conferencias de lo más absurdo: por ejemplo de anatomía sobre el fémur o sobre los músculos del brazo, es decir, conferencias que no son necesarias, porque cualquiera, con conseguir un libro, ya sabe lo que es un fémur. Les pagaban muy bien, los padres los agasajaban, les pagaban esas conferencias en dólares, muy bien pagadas, y ya les apartaban su lugar. Aunque no hubiera cupo en la Escuela, los alumnos tenían ya el lugar asegurado, claro, porque el profesor venía y hacía presión.

El director que me antecedió fue el doctor Castro Villagrana. Él tuvo la idea de mejorar físicamente la Escuela, porque se estaba cayendo. Hizo muy buena labor. La Escuela estaba en Santo Domingo, en el Palacio de la Inquisición. Compuso los techos, en fin una serie de cosas. Y sí, hizo algunas modificaciones, pero los otros, los anteriores a él, habían sido directores muy mediocres.

Me tocó la mudanza a Ciudad Universitaria en 1954.<sup>14</sup> No hubo problemas, excepto un grupo de muchachos que no querían mudarse. Se quedaron tres o cuatro muchachos que andaban como locos en toda la Escuela de

<sup>14</sup> El cambio concluyó el 17 de marzo de 1956, cuando se cerraron definitivamente las puertas de la antigua Escuela de Medicina en el Palacio de la Inquisición.



Medicina, y pusieron una bandera rojo y negra, y naturalmente con las cosas clásicas de “¡Abajo Fournier!”, “¡No queremos mudanzas!”, todas esas cosas. Les convencí de que no era mudanza, que era cambio, que no nos íbamos a mudar con “cachivaches”, que habíamos ya cambiado los planes de estudio; habíamos hecho una labor, de tal manera que se acabara con los vicios de la antigua enseñanza y que el cambio necesitaba nuevos locales, que no era posible seguir dando clase a miles y miles de muchachos en esa casa bonita, pero muy vieja y muy inadecuada. La construcción le tocó al doctor Castro Villagrana. La diseñó, con un arquitecto, Álvarez Espinosa.<sup>15</sup>

Siempre me han seguido grupos grandes, menos ahora porque ya estoy retirado. Pero cuando estaba actuando en la Escuela, tenía siempre grupos grandes de gente que me escuchaba. Recuerdo que un domingo fue la primera vez que supe de mi nombre para incluirlo en la terna de director. La costumbre era una reelección; tanto Castro Villagrana como sus amigos y casi toda la Escuela, esperaban que fuera reelegido. Así es que mi nombre sonaba pero nunca... Bueno, me vinieron a ver los muchachos que eran de una sociedad de alumnos y otros alumnos míos:

–Maestro, ¿usted qué propondría, como planes de estudios, para la futura Escuela de Medicina?

Les dije:

–Cambiaría totalmente, no es cuestión de que les conteste en una hora lo que hay que hacer.

–Bueno, pues dénos una cita– era un viernes, cuando me preguntaban esa cosa.

–El domingo que viene se las doy en mi casa.

Y ahí, abajo de un tejocote, mandé poner mesas y papeles de estraza, de rollo, para hacerles el esquema de lo que haría. Primero los tenía confortados con café y tamales, así es toda la mañana se desarrolló muy alegremente y les fui haciendo la crítica de los planes que seguían hasta 1954.

Se iban abriendo nuevas especialidades, nuevos horizontes en la medicina, y no se les ocurría otra cosa, ni a los directores ni al Consejo, ni a nadie,

<sup>15</sup> Probablemente se refiere a Enrique del Moral, arquitecto que, junto con Mario Pani, diseñó varios de los edificios de Ciudad Universitaria, entre ellos la Facultad de Medicina.

y eso era imposible en casi todas las escuelas y facultades de la Universidad, pero especialmente en la de Medicina, cuya evolución era tan grande. Ya no era posible, por ejemplo que el muchacho siguiera en un año doce materias, como llegaban a cursar.

No aprendían nada, además eran profesores improvisados la mayor parte de las veces.

Luego se habían conservado todas las materias que se iban agregando a la carrera, sin quitar ninguna, y había algunas que ya no servían para nada. Por ejemplo, farmacia galénica. Desde el siglo pasado... la historia de la medicina es larga, porque la anatomía, desde Andrea Vesalio, tomó el primer lugar de la medicina. El que sabía anatomía era sinónimo de que sabía medicina. La fisiología casi no se había inventado. Si acaso fue William Harvey el primer fisiólogo que descubrió la circulación de la sangre y, Miguel Servet, que complementa eso, y paulatinamente se fue haciendo la fisiología, hasta llegar a los gloriosos tiempos de Claude Bernard que ya le da a la fisiología una estructura y nace la experimentación en fisiología. Ya se hacen muchísimos descubrimientos; entonces la fisiología es ya una materia, y la anatomía pasa a segundo o tercer término.

Pues aquí se había conservado la idea muy poco culterana de los directores y de los profesores. La ambición máxima de un profesor o de un médico era dar clases de anatomía, de tal manera que había muchos profesores de anatomía, y había muchos grupos de anatomía, y realmente no eran especialistas en anatomía. Sabían anatomía, porque la habían leído, porque la habían cursado durante su carrera, y entonces los libros de anatomía se fueron haciendo más grandes.

El libro más grande y costoso que tuvimos fue el Testut, que era una anatomía en francés que tenía cuatro tomos, cada uno del tamaño del diccionario de la Real Academia. Entonces, un director muy iluminado comprendió que la anatomía debería seguir con esa extensión y creciendo más y más, que era la materia más importante, e hizo, en lugar de un curso de anatomía, hizo dos cursos de anatomía, en dos años. Después le agregaron otro curso de anatomía, porque era la anatomía topográfica.

Les hice a los muchachos un análisis, el mismo que hice al Consejo Universitario. La anatomía se usa desde Vesalio hasta nuestros días, que se da en el cadáver, en las disecciones, en los dibujos, ahora fotografías, estampas, etcétera, etcétera, pero no es la anatomía que necesita ahora el médico; eso es

una parte de la anatomía, tentar un hueso. La anatomía fue después clínica, porque nos dábamos cuenta de cómo estaban los hombres en los huesos y todo por medio de la palpación y de maniobras distintas; se exploraban... el apéndice se sigue explorando, y órganos tan sutiles como el mismo apéndice, la tiroides, el timo, en fin, cosas muy sutiles.

Bueno, pero después de que la clínica se fortaleció y se iba haciendo día a día más científica, se inventaron los rayos X, y entonces la anatomía ya fue radiológica, cualquier médico que en la actualidad no cree que la anatomía es radiología, pues es un médico que no sabe medicina; sabrá toda la anatomía que quiera, pero no sabe medicina. Soy especialista en el estómago y para darme cuenta que un estómago funciona o no funciona, o tiene úlcera, cáncer o cualquier cosa, recorro a la radiología, del tórax también, del pulmón, y hay procedimientos fotográficos, estetoscopios, para darse cuenta del tamaño de un corazón.

La anatomía debe estar ligada a la fisiología, porque una anatomía seca no da cuenta para qué sirve el órgano. Entonces suprimí los tres cursos de anatomía. Quedó constituido en el primer año un curso de anatomía, que se daba en tres partes. Los muchachos estaban ocupados en su anatomía toda la mañana. Empezaba a las ocho de la mañana, porque suprimí las clases de las siete de la mañana..., he sido siempre muy flojo para levantarme, y consideraba a los otros; a las siete de la mañana, todos con un desayuno mal tomado, ¿a qué iban a clase? a perder el tiempo. Me fijé en esas condiciones humanas, y les metía una hora en la anatomía clásica, la anatomía que vamos a llamarle de Vesalio; una hora de anatomía radiológica y otra de anatomía clínica. Un día se daban unas, otro día se daban otras, cada tercer día. Hice grupos para la mañana y grupos para la tarde, para duplicar las posibilidades. Diariamente eran cuatro horas de estudio. Tenían diariamente una hora de clase de anatomía, que se llama descriptiva y topográfica, cada tercer día clase de anatomía radiológica y luego una clase de anatomía clínica. Cada tercer día, así es que tenían realmente dos horas ocupadas en las anatomías. Una vez era anatomía clínica y otra vez la radiológica y, de una manera constante, la anatomía clásica, fundé entonces un Departamento de Psicología.<sup>16</sup> Pero pensé que la mayor parte de la intranquilidad y de la mala vida de los estudiantes y de profesores, se debía a la falta del elemento psicológico, una cosa no estudiada

<sup>16</sup> Departamento de Psicología Médica y Salud Mental.

por ellos. En el Consejo Universitario, tuve una lucha muy grande con los profesores clásicos, sobre si un muchacho de primer año iba a entender la psicología. Fue la primera estupidez que me dijeron; la psicología no es cuestión de entenderla, es cuestión de platicar, de que el muchacho venga a contar sus conflictos y haya una gente mayor que se los resuelva o se los explique, irlos guiando, así es que... me aceptaron la fundación del Departamento de Psicología, y dos años de enseñanza de psicología.

Este Departamento de Psicología lo dirigió Fromm y estuvo en la Facultad de Medicina. Después, como Fromm tenía que viajar mucho, Alfonso Millán se quedó a cargo del departamento. Los muchachos estaban encantados. El terror de la anatomía se había acabado, la frustración de tener que aprender de memoria, porque no había otra manera de estudiar, se habían acabado esas cosas. Luego la psicología los entretenía mucho, no era teórica, era interpretativa, era una psicología dinámica.

Entonces se fundó un grupo de psicoanalistas de la escuela de Fromm<sup>17</sup> que estaban dedicados a los que tuvieron problemas mayores. En el primer grupo<sup>18</sup> estaban Millán, Derbez, Silva, Aramoni, De la Fuente, Higareda, Hinojosa, Raúl González Enríquez, mi tocayo, también, era el más inteligente de todos; el más dotado diría yo. El formó parte de este departamento. Fromm mismo vio la manera de aplicar la psicología en otra cosa constructiva.

Santiago Ramírez y yo éramos muy amigos, porque a mí me interesaba la psicología. En aquel momento no tenía los conocimientos suficientes, ni había el planteamiento de las corrientes psicológicas como después lo hubo. Él me dijo que se iba a estudiar a Argentina, que se estaba formando un grupo de psicoanalistas que se iba con Raskowsky. Raskowsky lo analizó. Después él me dijo que iba a traer a Raskowsky, que si le organizaba una serie de conferencias. Eso fue cuando yo era nada más jefe de servicio, las conferencias fueron en mi servicio. Le pedí prestado el pequeño auditorio que tenía el Instituto de la Nutrición, cuando estaba en el Hospital General. Por cierto

<sup>17</sup> En 1955 se fundó la Sociedad Mexicana de Psicoanálisis; en 1963 se crea el Instituto Mexicano de Psicoanálisis, A.C., aunque oficialmente se reconoce como fecha de fundación el 27 de enero de 1964. En 1973 el Colegio de Psicología, adscrito a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, se independiza y se crea la Facultad de Psicología.

<sup>18</sup> El grupo original estuvo integrado por: Aniceto Aramoni, Guillermo Davila, Ramón de la Fuente, Jorge Derbez, José F. Díaz, Abraham Fortes, Francisco Garza, Arturo Higareda, Armando Hinojosa, Alfonso Millán, Jorge Silva y Jorge Velasco

que Zubirán no entendía nada de eso, decía que era pura charlatanería, pero en fin, Raskowsky dio allí una serie de conferencias, de las cuales algunos de los temas no eran malos. Estaba por ejemplo el tema del *stress*.

El *stress* es la respuesta del organismo ante una agresión exterior, ya sea emocional o de otro tipo. Todo ese trabajo que hacen las suprarrenales y la hipófisis y la tiroides, forman parte de la respuesta del organismo ante la agresión. Recuerdo que fue la conferencia y que la dio bastante bien. Santiago Ramírez se había ido el año de 1950 me parece, y en 1952 regresó a México con Raskowsky; fue cuando me llamó. Millán me dijo entonces que estaba muy ilusionado con la llegada de Raskowsky, que si le ofrecía mi casa para que se viniera a vivir, y se vino a vivir aquí; no teníamos a Carlitos todavía. Hizo vida de familia durante un mes; me acuerdo que vino en diciembre y lo traté bastante.

Bueno, como traté el psicoanálisis en París, luego con Raskowsky y después con Fromm y su grupo, pude darme cuenta de la ansiedad que existía en esos grupos, del estado de tensión en que siempre estaban. Raskowsky nos contaba que un amigo suyo había descubierto que la tuberculosis no existía, que era una enfermedad psicosomática y, bueno, por ahí se iban las cosas, con exageraciones. Se conoce que Raskowsky tenía un ascendiente muy grande allá en Argentina, porque a cualquier médico me lo cambiaba, y me decía Alfonso Millán:

—Vas a ver, vas a ver cómo te convence y tú vas a acabar en psicólogo y no en clínico.

Me parecían tan exageradas todas sus proporciones, yo que procuré siempre ser muy clásico, muy apegado a los hechos, a las cosas, es decir, más bien a la escuela de Claude Bernard. Me gustaba estar con ellos y platicar con ellos, para ver qué ideas se podían incorporar a la medicina general; pero no esa cosa distorsionada de pensar que todas eran enfermedades psicosomáticas, que la medicina no tenía razón de existir. Bueno, todo eso terminó.

La pretensión de Santiago era que yo llevara a Raskowsky a la Academia de Medicina para que diera sus conferencias; eso era un tanto cuanto delictuoso para el medio de la Academia, y además yo no tenía gran conocimiento del método de Raskowsky.

Santiago Ramírez fue mi discípulo. Es inteligente, un poquito deschavetadito. Su padre había sido un hombre muy inteligente, pero el hombre más fuera de la realidad; era médico, por ahí tengo un libro muy curioso del padre de Santiago, que se llama *La inmoralidad médica reinante*, era algo arcaico.

González formaba parte del grupo de Fromm y –cuando se retiró Fromm del Departamento– aceptó la idea que fuera Millán, que era el mayor de todos ellos, con más experiencia quizá, con más sentido clínico. Concretamente en materia de psicología pues era mucho mejor Raúl González.

Las clases consistían en la interpretación de los fenómenos que se sucedían en clase, o de los fenómenos nacionales; era una interpretación psicológica, por ejemplo, de los fenómenos que suceden en una clase. Era el análisis de esas situaciones. Que hay una huelga en la universidad por “x” motivos:

–Pues vamos a hacer una huelga.

De esas cosas, y como Fromm es socialista, y como todo el grupo de él había seguido la misma tónica, se encontraron con un director burgués, pero socialista, claro.

Estas clases se daban en primero y segundo año. En estos dos primeros años todas las materias eran obligatorias. La psicología no era obligatoria, las llamábamos materias normativas. No optativas, normativas; naturalmente eran obligatorias en ciertos casos, para ciertos muchachos, para ciertos elementos.

Ya dije que anatomía se redujo de tres años a un año. Se incorporó la psicología. Se incorporó también el estudio del mismo sujeto en la misma clase la mayor parte de las veces, por ejemplo, si se estaba describiendo el estómago, si tenían en anatomía un estómago vivo, se veía radiológicamente, y cómo un clínico se da cuenta de qué proyecciones tiene el estómago, y qué trastornos puede dar el estómago cuyo píloro (palabra anatómica) se encuentra estrecho y no deja pasar los alimentos.

Mi idea era de integración, no hacer un pozo de enseñanza, porque soy enemigo de los pozos de enseñanza elemental de una cosa. Ya cuando se mete uno a los santos estudios y a hacer una maestría y todo, pues entonces sí ya no hay remedio, ya la cosa es en otra forma. Pero a un muchacho que entra a la Escuela de Medicina, con una mala secundaria y preparatoria, ni hablar. Había que darles las cosas de conjunto, así es que la programática estaba hecha de tal manera. Era la época de mayor vigor mío, a los cincuenta y cuatro años.

Empecé a dar clase de anatomía clínica, y hacía una pequeña historia del conocimiento que se estaba adquiriendo. Daba también clases de historia de la medicina, que les gustaba mucho, iban muchos profesores y alumnos, era ya el triunfo 284 de la proyección y de todos los auxiliares audiovisuales, aunque algunos cuando saben poco de la materia, proyectan mucho; es decir, cuando

no tienen poder de convencimiento. Entonces abordé las clases, que eran muy divertidas por eso, le metía su sal y pimienta, las cosas que pasaban en la época de fulano y mengano. No todos los días daba esas clases, sólo una vez a la semana; por ejemplo, una vez, di una clase que duró de las ocho de la mañana a las once. Ahí estaban todos; entonces les decía:

–Ya se va a acabar la clase.

–¡No maestro!

–Tengo que ir a las cosas de la Escuela.

En segundo año comenzaba la fisiología. La bioquímica la dejamos. El maestro que era muy deshonesto un día me fue a decir:

–Doctor Fournier, le vengo a advertir que, como todos los muchachos quieren venir conmigo, doy mis clases en el auditorio, acostumbro darlas en el auditorio.

–¿Y por qué es eso?

–Porque todos se quieren ir conmigo.

Además de “barco”, estaba organizado para... Este médico ya tenía treinta años en la Escuela, dándoles clase a mil doscientos muchachos; fundiendo la clase, las prácticas de química con la clase teórica. El anfiteatro de la antigua escuela era una tribuna altísima y luego se encerró en un salón largo, largo, largo, así es que ahí hacía las prácticas, buscando el azúcar en la orina, y bueno, una bola de cosas, eran las prácticas. Y después le decía a los muchachos:

–Voy a hacer pequeños grupos, voy a ir tomando los alumnos más aprovechados, para invitarlos a que vayan a mi laboratorio y me hagan el favor de ayudarme y así se dan cuenta de todas las cosas.

Claro, eran los agentes del maestro. Él tenía laboratorio privado, y ahí era donde daba su práctica. En Alemania existe todavía la *privatdozent* que les fascina a unos cuantos maestros... Pero no era docencia, ni era... ¡nada!

Era indecencia, porque a los otros les ponía a hacer parte del trabajo que tenía en su laboratorio. Él cobraba, naturalmente. A los muchachos les daba una calificación, que se habían portado admirablemente bien, en fin con una recomendación; algunos hasta recompensa recibían, no sé de qué estilo, pero tenían su recompensa.

Bueno, así es que se quedó la clase de bioquímica, la de fisiología, la de farmacología, que calculé que era mejor estudiarlas al mismo tiempo que se estaba estudiando la fisiología y la bioquímica, porque se correlacionaban. No me acuerdo qué otra clase quitamos en segundo año, pero tenían una materia

más. ¡Ah! La neuroanatomía, materia difícilísima, muy útil, muy necesaria para todos aquellos que se van a dedicar principalmente a la cirugía del sistema nervioso. Me dieron una batalla tremenda:

—¡Si es una materia que en todas las universidades está, en todas las escuelas está, si es lo más moderno y...!

—Pues sí, señores, pero un muchacho que tiene conocimientos generales no se va a dedicar a cosas tan minuciosas. Es terrible la neuroanatomía. No había profesores que la dieran, así es que era nada más una cosa de un planteamiento teórico, un *curriculum*. Esa la quité.

En el tercer año quedaron muy pocas materias, pero eran cursos más intensivos y dándoles la profundidad necesaria, luego comenzaba el llamado plan piloto. Ya para la mudanza, al cambio de escuela fundamos la cosa de la clínica. Entonces estudié el número, la cantidad de alumnos que había, la cantidad de profesores y los lugares donde teníamos que dar las clases de clínica. Me aproveché de mi amistad con el director del Seguro Social, Benito Coquet,<sup>19</sup> para pedirle que nos permitiera dar clases de clínica en el Seguro. Como todos se acordaban de las clases de anatomía de ciento cincuenta muchachos, no les interesaba esa cosa; entonces se hizo un censo de todos los alumnos, y les tocaban a treinta y tres alumnos por profesor, llevándose dos meses la clase. Intensiva, sí, el muchacho hacía guardias y todo eso y además creamos una cosa que fue muy importante desde el punto de vista social, el padrinazgo, llamémosle así, de los muchachos hacia las familias de los enfermos que veían en el hospital. El muchacho se encargaba de escribir al pariente, decirle que viniera, que ya iba a salir, o que lo iban a operar; informando todo a la familia del paciente. Y luego se instaura en el hospital el trabajo social, y al cabo de esos meses pasaban a otro servicio, otros dos meses, y así, hasta completar el plan piloto, hasta completar diez meses, es decir, cinco cambios.

Bueno, en tercer año comienza el plan piloto, con la propedéutica, anatomía patológica, terapéutica aplicada, introducción al estudio de la cirugía; ése era el tercer, el de preclínica, por decirlo así.

Ya en el cuarto año comienzan las clínicas, nada más, y hasta la terminación de la carrera. Se crearon lo que llamé Cursos Piloto. No, no, hice primero un grupo piloto, con un grupo de los estudiantes que tenía Quiroz. La manera de enseñar se fue propagando, ya no querían los otros sistemas, ya no eran

<sup>19</sup> Benito Coquet fue director del IMSS de 1958 a 1964.



solicitados por los muchachos, de tal manera que me amenazaron de huelga, me enseñaron las banderas y todas esas cosas: ¿porqué algunos estaban en el grupo piloto y otros no? La razón era muy sencilla: porque hay algunos alumnos que trabajan en determinados momentos, y yo necesitaba forzosamente tener un turno para la mañana y otro para la tarde, y muchos decían que tienen que trabajar o tenían otras ocupaciones y no podían quedarse mucho tiempo en la escuela...

El quinto año seguía igual. Claro que la tendencia era quitar las especialidades y que fueran los especialistas a ver a los enfermos que lo necesitaran. Por ejemplo, si estábamos viendo a una mujer que padecía del estómago, pero que además tenía trastornos en su menstruación, flujos o..., bueno, entonces ya venía el ginecólogo y explicaba, enseñaba a explorar y todas esas cosas. Era ir incorporando una especialidad, haciendo lo que se llama medicina integral.

La tesis ya estaba a punto de desaparecer, porque había sido un requisito que después han vuelto a poner. Los muchachos hacían su servicio social, después hacían un informe del trabajo en el servicio social, y lo presentaban como tesis. Otros escogían un punto "x" que no tenía nada que ver con el servicio social, pero tenían siempre la obligación de presentar un informe de lo que habían hecho en el servicio social. Todo era vicio y artimaña, alrededor de la Universidad vendían las copias de las tesis. A veces otro muchacho presentaba el mismo informe. Ahí vendían ya todo, y en esas tesis nunca variaba ni el número de habitantes, ni había excusados, ni había nada, todo era igual, así es que eliminé la tesis libre.

También fui eliminando a los profesores viejos y poniendo a otros jóvenes, para el estudio hice grupitos de dos jóvenes y un viejo, la dictaminación y la calificación de las tesis.

Había examen profesional, pero el examen profesional dejó de ser esa cosa absurda, inquisitorial. Dispuse un salón de actos que está arriba de la Escuela de Medicina, que le llaman Salón de los Directores, donde están todos nuestros retratos, y dos médicos le preguntaban al muchacho sobre cosas de la tesis o sobre el servicio social que habían hecho. No me decidí a dar el paso para quitar el examen profesional, no di ese paso; diré que no me arrepiento, porque conociendo la idiosincrasia de nuestros alumnos, todos sabemos que al final de la carrera o al final del año es cuando se ponen a estudiar todo lo que debieron hacer todo el año o en la carrera. Las preguntas eran puntos básicos, por ejemplo, el tratamiento de un enfermo en estado de *shock*, que no se

levanta, que ha perdido el conocimiento, cómo procede usted para explorarlo; así temas genéricos, ninguna particularidad de la medicina. Mucho problema práctico, que el enfermo está vomitando sangre, ¿qué hace usted para eso? ¿De qué puede venir el vómito de sangre?, el muchacho tiene que decir todo.

El servicio social fue fundado por el doctor Gustavo Baz. En mi experiencia, las primeras veces los muchachos lo hicieron en realidad con entusiasmo, y realmente llenaron un hueco, una necesidad para la atención a la gente... Paulatinamente se fue prostituyendo, porque los muchachos se iban, generalmente, a los pueblos donde sabían que había más habitantes de mayores posibilidades, hacían una requisita de muestras médicas en todos los laboratorios, ponían un consultorio, una botica al lado, vendían las medicinas y ¡bueno!

Salubridad era la que pagaba, la Universidad no. Me acuerdo que en un principio les pagaban doscientos pesos al mes, les daban un pequeño equipo. Después se vio que había muchachos que preferían únicamente los lugares donde se podía explotar a una clientelilla.

Eso llenó una etapa de la medicina y del servicio social. Ahora no sirve de nada. No sirve ni para la comunidad ni para el médico, porque al médico le han enseñado una medicina más o menos a la moderna, con mucho equipo y esas cosas; llegan ahí y se encuentran en babia... Luego, a la comunidad no le sirve porque esos muchachos... es como el plan del doctor José Laguna ahora, el plan "A", ése que desde el primer año mandan a los muchachos fuera para que se acostumbren al campo, pero no saben ni quién enseña la medicina, ¿verdad? Ellos podrán estar allí, en teoría deben de estar adscritos a los servicios coordinados, pero los de los servicios coordinados ni caso les hacen.

En mis tiempos de director, naturalmente hice un plan, que consistía en que en todos los pueblos hay un día de plaza, la fiesta máxima del pueblo. Bueno, consistió en hacer la propaganda, casi como de circo, "ya viene el médico", ya viene, y que hicieran unas conferencias elementales de divulgación médica y de decirles:

—Tal día va a venir el médico para esas cosas, para atender a los enfermos.

Entonces tal día, pues ya esperan al médico. ¿Y los casos de emergencia? Que adscriban unos cuantos médicos pasantes para que vayan a los lugares más o menos alejados, donde exista esa urgencia, trasladarlos a los hospitales de la zona más cercana. Pero creo que era completamente imposible. Ahora sí, porque hay comunicaciones.

Recuerdo que practicante me tocó vivir entre los chamulas, en un pueblo que se llama Huistán; mis compañeros se fueron a Tenejapa y naturalmente para entenderme con ellos, busqué a un ladino. Me acuerdo que lo de Huistán fue una experiencia preciosa, fui a lomo de mula, yo solo con mi ladino que me habían asignado en San Cristóbal para ponerme en comunicación con ellos. Bueno, entonces mi ladino y yo íbamos platicando, él en su mulita y yo en la mía, porque no llevaba yo caballo, era muy muchachito, y llegamos allá, me presentaron con su jefe el que ahora es el presidente municipal, y entonces se puso muy contento, hizo muchas reverencias, me dijo el intérprete:

–Pues dice que le va a traer a usted a su familia para que la conozca.

Me trajo a todos, medio borrachitos, habían estado tomando comiteco todo el día, caravanas no a lo chino, sino para tentarlo a uno. Yo era rubio en aquella época, pero además iba con la cabeza rasurada, porque me dijeron que era un piojero terrible, me rasuré los pocos pelos que tenía en el cuerpo y me lancé a la expedición. Allá llegaban muchos alemanes que tenían todas las haciendas cafetaleras y que los explotaban. Y había un puesto, una especie de tiendita o una cosa así, donde les vendían el comiteco. Con los ocho pesos se ponían una borrachera de tres días y luego vamos a trabajar, comían col y pescado seco, salado; era todo el alimento que tenían, y eran tratados como mulas. Cuando se enteraron que yo era un señor que no iba a contratar a nadie, que iba a curarlos, comenzaron a hacer un simulacro de lo que tenían, me hablaban pero yo no entendía nada, “que a éste le duele el pulmón, que tose mucho y que..”. Cuando al día siguiente di mi consulta, les enseñé a vacunar para la viruela a unos chamulitas que aprendían muy fácilmente el proceso. Después eran chorros de gente los que iban; hubo muchos de otro pueblo que se llamaba Tenejapa, yo estuve en Huistán dos meses.

Entré de director de la Facultad a los 54 años, estaba como un roble, así es que no son exageraciones lo que voy a contar. Llegaba a la escuela a las ocho y media de la mañana. Antes de las ocho y media, los profesores de anatomía tenían ya preparados a los alumnos, les habían dado explicaciones. Yo daba cátedra a los de primer año, en el gran auditorio, generalmente de historia y filosofía de la medicina, la misma que imparto los sábados. La daba al alcance de los muchachos e iba insistiendo sobre lo que se había hecho en cada materia. Les hablaba de la anatomía primitiva de... Herófilo, que fue el pri-

mero que hizo disecciones de lo más difícil de todo, el sistema nervioso, y les mostraba a sus alumnos las circunvoluciones cerebrales y arterias, claro que no había ni noción de cómo se llamaban las cosas. El cerebro eran los sesos, es más o menos la traducción que corresponde. Comenzaba mi explicación cuando estaban hablando de los huesos de la cabeza, lo primero que se estudia, o se estudiaba en anatomía descriptiva, y hacía un resumen histórico. En primer lugar las cosas de filosofía, por qué somos médicos, para qué somos médicos, qué vamos a hacer en el futuro, nuestras relaciones personales, las ideas religiosas de cada uno, la libertad de cátedra efectiva... Les alegué que ellos me podían replicar, a mí y a cualquier profesor, y pedir que se ampliara la explicación, o decir que no habían entendido, en fin, un plan de mayor acercamiento con los muchachos. Así fui desarrollando la materia durante todo el año.

A esos mismos grupos les daba la anatomía clínica, que implantamos en el primer año. Es decir, cómo se reconocen todos los órganos y sistemas del cuerpo humano por otros procedimientos que no son la disección –ya les habían hablado de la radiología–, les dije cómo se reconocían los órganos; con las manos, con la vista, con todos los sentidos habidos y por haber, que a mí me dijeron que eran cinco, pero se me hace que son más.

Principiaba la clase de exploración clínica, por ejemplo, viendo el estado exterior de una columna vertebral; generalmente los muchachos se prestaban a que les describiera el tórax, les mostraba clínicamente las inserciones de las costillas en las vértebras y los puntos neurálgicos donde salían los nervios. Llamamos puntos neurálgicos no a la enfermedad o al síntoma de neuralgia, sino neurálgicos en cuanto a que son vitales, en la medida que puede dársele a esa expresión. Después estudiábamos los músculos que cubrían la columna vertebral:

–Este músculo que han aprendido ustedes, aquí está, el escaleno...

En fin todas las explicaciones anatómicas que puede y debe expresar un clínico. Ellos me dedicaban una mañana; entraban a las siete y media, yo llegaba a las ocho y media o un poquito antes de la nueve, y la clase terminaba a las dos de la tarde. Claro, con sus permisos para salir cada vez que quisieran, no era algo forzado. Les dije a los profesores de primer año:

–Miren, vamos a implantar el sistema de no dar calificaciones, sino que debemos hacer de tal manera interesante nuestra conversación que ellos se enseñen a fijar sus ideas, a retener –así lo hicimos y nos dio muy buen resultado. Los otros días se explicaba la anatomía microscópica de los órganos que

ya habíamos tratado: la anatomía microscópica de un hueso, de un músculo estriado, de un nervio, como se ven en el microscopio. La columna vertebral contiene la médula espinal en el centro, como canal, donde pasan todos los nervios motores.

En la clase de anatomía microscópica se hacían los cortes, y el profesor les explicaba primero y después los obligaba a que ellos hicieran los cortes por su cuenta, que hicieran las divisiones necesarias para poder reconocer los distintos elementos. Pasando de esa materia, dos veces a la semana se les explicaba la genética.

Yo quería ensayar el método del primer año para después del traslado a la Ciudad Universitaria. Les había advertido que no iba a ser sólo mudanza, sino que iba a ser un cambio completo en todas las cosas; les advertía a todos los muchachos con los que estaba en contacto y después en pláticas generales, lleno el auditorio como con tres mil personas que si alguno no retenía las cosas, si alguno no se fijaba al estudiar, si había alguna falla en su memoria, que el Departamento de Psicología estaba para atenderlos. La de Medicina era la escuela más difícil, cuando yo la dirigí, buscaron muy bien a un director. No tenía más méritos que saber tratar a la gente, había sido profesor toda mi vida (desde los once años estoy enseñando algo, francés, historia patria, etcétera, en el colegio de mi papá, en la primaria). Yo daba única y exclusivamente la anatomía clínica cuando un profesor me decía:

—Ya acabamos el tórax, el tórax óseo, el tórax nervioso, los órganos que contiene el tórax, los pulmones, el corazón, etcétera —entonces yo tomaba la palabra; así es que todos los días era la clase ordinaria.

Los lunes daba esas lecciones de conjunto. La de anatomía descriptiva era antes que la mía, después iba la mía, que no siempre era de dos horas, cuando los muchachos estaban interesados y yo también en lo que les estaba explicando, se prolongaba; por ejemplo, cuando llegamos a Vesalio, que fue el que creó la anatomía e hizo tantas cosas, era un hombre tan divertido, tan interesante, en fin, les contaba todas las anécdotas de Vesalio.

De los maestros el Burro Quiroz era clasicista en las cosas de anatomía. Un grupo de profesores de anatomía había escrito tres tomos<sup>20</sup> del tamaño del *Testut*, iguales, para hacer la competencia a aquél. Entonces le dije:

<sup>20</sup> Fernando Quiroz Gutiérrez y otros, *Tratado de anatomía humana*, México, Editorial Porrúa, s.f., 3 vols.

–Maestro, no voy a reconocer su libro como oficial si ustedes no me hacen una síntesis útil de lo que deben aprender los muchachos.

Y se prestaron a hacerla, porque la otra edición la seguían pidiendo fuera, en todos los lugares donde se usaba la anatomía descriptiva a lo clásico. Y entonces me hicieron una edición bastante buena,<sup>21</sup> un compendio de anatomía, con la consulta de un fisiólogo que fue indicando las funciones de los órganos, someramente, no para suplantar la clase de fisiología, sino para fundir un poco la materia con las funciones que tiene cada uno de los órganos. Por ejemplo, todo el mundo sabe que el hígado está en el cuadrante superior del lado derecho y que es un órgano de los más importantes y vitales del organismo; entonces no estaba por demás que yo les enseñara cómo se reconocía clínicamente el hígado. Luego el histólogo les enseñaba los tejidos; y había un maestro joven, al que le había hecho la indicación:

–Tú vas a hablar someramente de las funciones del hígado, no quiero que entremos en detalles profundos; esta clase que tú haces va a ser la introducción a la fisiología –me entendió muy bien y dimos un curso estupendo.

A algunos maestros que ya eran muy viejos les organizamos su función de despedida. Por ejemplo, a don Jesús Arroyo, que daba clase de histología como Dios le daba a entender; a otro doctor que daba la clase de anatomía microscópica, les hice su función, junto con otro de segundo año que me estaba estorbando mucho, un sinvergüenza. Don Tomás G. Perrín me ayudó mucho en esas cosas porque hablaba muy bien, era viejo maestro, y le advertí:

–Mire, maestro, no es posible que yo continúe con este profesorado.

El era muy caravanero, y me dijo:

–Sí, señor director, lo comprendo, si usted quiere pongo mi renuncia.

–No, no, al contrario, quiero gente de todas las edades, y la experiencia de usted es muy buena, así es que le voy a pedir una ayuda muy especial: que diga el discurso el día de la jubilación de esos cuatro profesores. Mandé traer música, acudieron todos los muchachos:

–¿Qué es, qué está pasando?

–Nada, es la despedida del maestro Arroyo, del maestro Martínez Solís, y el otro de anatomía –que además eran medio sinvergüenzones; menos Arro-

<sup>21</sup> Fernando Quiroz Gutiérrez, *Tratado de anatomía humana*, México, Ariel, s.f., 334 pp.

yo, don Jesús Arroyo, ése no, pero los otros eran trinqueteros, vendían los pases y calificaciones y cuestionarios. Bueno, así, paulatinamente, me fui desprendiendo de ellos.

Llevábamos ya más de un año en la Ciudad Universitaria y un día se me presentó, colorado, el doctor Perrín; sacó un pañuelo para enjugar el sudor de la frente:

–Siéntese usted, maestro.

–¡Casi no puedo!

–A ver, ayuden a sentar al maestro.

–Bueno, señor director, vengo conmovido a presentarle mi renuncia.

–Pero ¿por qué, maestro? Si usted aquí es mi brazo derecho. ¿Qué, algo, alguien de la Facultad le ha faltado al respeto?

–¡Peor que eso, peor que eso! Le voy a contar a usted...

Todos los días pasaba lista de esta manera: “Señor... don Jesús... Pérez”, etcétera. –“¡Presente, maestro!” se paraba y los reconocía: “Siéntese usted, tenga la bondad”, era muy correcto. Y después así les iba diciendo, “Señor don fulano de tal”... Y llega a la “J”, y había un muchacho con un nombre árabe que comienza con “J” que es bastante popular, “Señor don Jesús Jadid”. – “¡Presente, maestro!”, se sentó. “Señor don Manuel Jadid”. Silencio en la clase, y una voz que le contesta: “Se murió, maestro”. Don Tomás Perrín se levanta, obliga a los muchachos a levantarse y dice: “Un minuto de silencio por el compañero que ha muerto”. Rezaron y todas esas cosas, se guardó un minuto de silencio. Pero al tercer día, daba cada tercer día la cátedra, vuelve a llamar a Jesús, el primero, y luego: “Don Manuel... ¡Ah!, perdónenme me equivoqué”. – “¿Por qué, maestro? ¡Presente!” – “¡Cómo! me dijeron que había usted muerto”. – “Pues no, maestro, aquí estoy”. – “Bueno, entonces con permiso de ustedes, que les vaya muy bien”. Cogió su sombrero, su bastón, su paraguas y corriendo se fue a verme:

–He sido víctima de un insulto, se han burlado de mí, y jamás se ha burlado de mí nadie.

–¡Ay, maestro! Usted con tanta experiencia, ¿toma como una grave falta a un estudiante por esas cosas? Si continuamente se tiene uno que defender de todo, hasta de la mamá le pueden decir a usted.

–¡Ah, no! Eso sí no lo aguantaría.

–Bueno, pues aguante esas cositas pequeñas, tómelas a guasa y ya verá.

Mandé llamar a los Jadid y les dije:

–Bueno, cometieron una falta, porque el maestro Perrín no crean que entiendo de chanza, él toma todas las cosas en serio.

–No, maestro, le prometemos que...

Desde entonces se sentaron en primera fila los dos y ya siguió la cátedra.

Ya en el segundo año no tomaba parte... En ese año se daba química, los principios de la farmacología..., ¡ah!, y la fisiología. Materias importantísimas. También los elementos principales o fundamentales de la farmacología. El doctor José Laguna, ahora subsecretario, había quedado como jefe del Departamento, porque hice la Escuela con departamentos, entonces él era el jefe del Departamento de Bioquímica, y lo curioso y anecdótico del caso es que Laguna tenía muy mal humor, le daba por insultar a la gente, a los muchachos:

–¡A ver tú, cara de burro, dime esto, dime lo otro.

Total, tanto les decía y se quería portar de manera tan enérgica, que un día le pusieron la bandera roja y negra en la puerta de su cátedra. Ahí va, desorbitado, todavía no se dejaba el bigote:

–¡Maestro, qué hago! Ya quise imponer mi autoridad, ahora echo mano de usted, por favor, ¡impóngales usted que quiten esa bandera roja y negra!

Bueno, mandé llamar a los estudiantes:

–¿Qué pasó aquí con el maestro Laguna?

–No, pues que nos trata muy mal y quiere que todo lo sepamos de memoria y que...

Estaban soliviantados por el jubilado señor Martínez Solís y, en parte, pues era el carácter mismo de Laguna que no se prestaba. A Laguna le recomendé y a los muchachos les dije:

–Miren, me van a hacer el favor de quitar su bandera roja y negra, eso no se hace en una cátedra, se hace en una cosa general, se la ponen a la Escuela de Medicina, pero no comiencen a poner banderas rojinegras en las clases. Vénganse a quejar conmigo de las cosas de los profesores, para que actúe yo, que ése es el papel del director.

Por ese entonces hice las gestiones ante el rector y el Consejo Universitario, para que se les pagara tiempo completo a los maestros de fisiología, de química, etcétera, para poder tener grupos repartidos y evitar el amontonamiento.

En la Escuela tenía departamentos de Psicología, de Anatomía, que incluía además la anatomía microscópica y radiología, y la anatomía clínica, todo dentro del mismo departamento. Existía además el departamento de Psicología, el de Bioquímica, el de Fisiología, que quedó a cargo de otra



de mis mayores preocupaciones, que era el doctor Joaquín J. Izquierdo. Me preocupaba tanto porque me hacía pedidos, o a otros directores les había hecho pedidos de aparatos carísimos, y mandó construir unas vitrinas, y guardaba todos los aparatos, así es que cuando los muchachos entraban a la cátedra: “Miren ustedes..”, y ellos manejaban lo sencillo, un tambor de Marey, ahumar el papel para hacer los procedimientos gráficos, en fin, unas jaulitas para hacer experimentación fisiológica a propósito de los alimentos, cosas simples; pero nunca se atrevió a manejar por ejemplo un Van Slyke, que es una filigrana, son dos tubitos que se unen en uno, y tiene una llavecita en medio para evitar que el líquido se pase al mismo nivel de la otra.

También estaba el carácter de Izquierdo, porque no dejaba tocar los aparatos, sino todo había de ser explicado, y las prácticas consistían en ahumar tambores, coger una rana y ver cómo se contraían los músculos ante una descarga eléctrica, y explicar Los movimientos del corazón, también en ranas o en perros, en fin, ésa era la fisiología de don Joaquín Izquierdo, pero no se elevaba de nivel, porque no utilizaba lo que tenía.

El jefe del Departamento de Anatomía era Quiroz. Había prácticas de anatomía microscópica que un jefe de Departamento de Anatomía, un anatomista, no podía hacer si no sabía la anatomía microscópica. Ni la genética tampoco, así es que a la única que podía yo encomendarle alguna cosa era a Amelia Sámano, cuñada de López Mateos. Entonces a Amelia le encargué la jefatura de la sección de anatomía microscópica. De anatomía microscópica y de genética, mientras creábamos la especialidad con médicos que fueran a especializarse en genética en el extranjero. Luego en segundo año estaba fisiología, como dije con el profesor Joaquín Izquierdo, también estaban Laguna y Pardo, que era el profesor principal de farmacología, que tenía que ver también con la iniciación a la farmacología que se daba en el segundo año.

Luego había un Departamento de Cirugía, que estuvo a cargo de la persona a la que sucedí en la dirección, el doctor Castro Villagrana.

Había una jefatura de Departamento, también de Cirugía Experimental, que tenía el hijo del susodicho. Bueno, entonces pidió una licencia larga y puse a Manuel Quijano como jefe del Departamento de Cirugía Experimental.

En tercer año había una propedéutica médica, una propedéutica quirúrgica, que comprendía farmacología e iniciación a la cirugía; se llamaba Técnica Quirúrgica. Era una iniciación a la cirugía. Entonces fundé las dos anatomías, o las dos propedéuticas, porque eso dividía el cuerpo humano, me parecía un

absurdo espantoso (yo lo sufrí), que “esto le toca a la cirugía” y “esto le toca a la medicina”. Busqué gente que tuviera conocimientos de las propedéuticas. La cosa no me fue difícil, aunque aparentemente lo sea, porque entraron a colaborar todos los que habían enseñado especialidades en la carrera, y entonces puse a los buenos ginecólogos, cardiólogos y cirujanos (cirujanos buenos, en el concepto universal de la exploración del cuerpo humano, porque hay unos cirujanos muy bárbaros, que no saben ni conocen más que una regioncita..., en ésa se especializan, algunos otros la quieren hacer de chile, de dulce y de manteca). Hicimos lo mismo que en el primer año. En eso me ayudaron mucho dos personas, Rubén Vasconcelos y Mariano Vázquez, un viejo profesor de la escuela. Vasconcelos después quiso dedicarse mejor a las cosas de propedéutica, pero no fundé departamento, sino que las propedéuticas entraban en el Departamento de Clínica. Y entonces cirujanos, médicos, etcétera, daban la clase de propedéutica. Cuando había una especialidad, un enfermo para la propedéutica, por ejemplo del oído, se mandaba llamar a los especialistas, que enseñaran a los estudiantes a explorar el oído y los ojos y todas esas cosas, en lugar de hacer esas especialidades que estaban regadas en la carrera, y que los muchachos nunca iban, ni atendían, ni nada.

Recibí la Escuela con dos hospitales nada más, el Hospital General y el Hospital Juárez. Como para el plan piloto que hicimos habíamos contado el número de alumnos inscritos en las materias clínicas, establecimos, módulos de treinta y tres alumnos, para irlos movilizándolo por los hospitales. Estos módulos tenían la obligación, primero, de pasar visita a los enfermos de la sala, el profesor tenía que explicar por qué se actuaba de esa manera. Ellos venían preparados con la introducción a la clínica que pusimos en el primer año, es decir, la anatomía clínica, y luego lo que se llamó la propedéutica, que ya fue la introducción de la clínica. Así es que ya íbamos preparaditos para explorar un enfermo, bien o mal, pero lo hacían; la mayor parte procuraba hacerlo bien. Después de pasar visita, se veía a un enfermo en especial, al que ya se le habían hecho todos los estudios. Eso se trabajaba en las aulas pequeñas, porque mandé fabricar y estimulé a la Secretaría de Salubridad y Asistencia, para que construyeran gran cantidad de aulas pequeñas. Bueno, lo que primero se me ocurrió fue el cuarto de seminario. Así es que hay pequeñas aulas, exactamente con treinta y cinco asientos.

Con cada enfermo los muchachos hacían sus ejercicios de interrogatorios y todas esas cosas. Eran parejas de muchachos las que veían a un enfermo, es lo que podríamos llamar –ahora ya está el término muy degenerado– el trabajo social de los muchachos; de ponerse en comunicación con la familia, de irlos a visitar cuando venían, esperarlos los jueves y domingos que había visita de familiares, hablar con ellos y platicarles de su enfermo, les tocaba estar presentes durante la visita:

–¿Doctor, le puedo traer de mi casa unos bizcochos?

–No, porque su enfermo es diabético.

Y entonces se les explicaba lo que era un diabético. En fin, una medicina popular, a la altura del estudiante y de la enfermera.

Después que se veía un enfermo en el aula, entraban las prácticas del laboratorio, porque ellos sabían que había química biológica, pero no sabían aplicar su fisiología a los enfermos. Entonces en todos los lugares donde había aula, había un pequeño laboratorio –no digo que grandes laboratorios–, donde se hacían las cosas importantes, una cuenta de globulos, un examen de orina para buscar glucosa y, en fin, los elementos anormales que puede tener la orina y materias fecales, hacer los exámenes coprológicos, todas esas cosas las iban integrando.

Luego había otra materia, que estaba cuando yo llegué, pero la dividí, que se llamaba Anatomía Patológica; entonces le pusimos Patología Práctica. En esa práctica de la vieja anatomía patológica, ahora patología, se hacían los estudios microscópicos de las piezas que se obtenían por punciones, por biopsias, y entonces el patólogo, cuando el enfermo moría, hacía la autopsia, la disección y el estudio patológico del que moría. Claro que me costó mucho trabajo convencer a los directores de los hospitales que se diera la orden de que todo enfermo que muriera en el hospital, si moría, se hiciera la autopsia, y la familia tenía que firmar antes para que no hubiera reclamaciones, con contratos bastante aligerados para que los familiares no esperaran mucho de esas cosas.

Uno de los que me ayudaban en patología era Ruy Pérez Tamayo, ha sido un gran patólogo, un hombre bastante inteligente, inquieto, ambicioso, muy culto, le gustó siempre la cultura alemana, era su fuerte; se casó con una muchacha alemana, una discípula alemana.

Como yo era amigo de Benito Coquet, le dije:

–Oye, por favor, da instrucciones a tu subdirector médico para que nos permita la entrada al hospital.

Y primero se llevaron las cosas al Consejo, dijeron que no, querían estudiantes, que quien sabe qué, que sus enfermos deberían estar atendidos por los mejores especialistas y no permitir la entrada...

–Bueno, ¿entonces dónde se van a formar y quiénes van a hacer las tareas de rutina?

–¡Ah, no! Pues que las hagan los médicos recibidos.

–No, eso no se puede, eso nunca se hace, eso lo hace el médico que se llama interno, o pasante, o alumno de medicina, alumno ya de cierto grado.

Bueno, por fin aceptaron ya y entramos al Seguro Social.

Entonces en el Hospital General, por ejemplo, que era el hospital al que más iba, había sido mi hospital toda la vida, iba con mucha frecuencia, tenía en aquella época, unos treinta y cinco pabellones, que se distribuían e iban rotando. Me eché sobre Cardiología, con gran disgusto del doctor Chávez que se negaba, decía:

–No, si aquí les abrimos el aula...

–No, no quiero enseñanza de aula, el aula va a ser únicamente para los casos, para cuando lean el protocolo de la autopsia y comprueben los muchachos y los profesores si tuvieron o no la razón de su diagnóstico o de sus exploraciones.

Bueno, por fin lo convencí y aceptó tres grupos más, así es que llevábamos ya tres hospitales, el Seguro Social, el General y el Juárez, y así me fui echando, por ejemplo, los de Pediatría, el Hospital Infantil, y había otros servicios por ahí que siempre han tenido mucho prestigio, pero que por pequeños eran eliminados, por no haber los alumnos en sus locales. Había también algunos hospitales privados, como el Francés con Turpin, porque di la orden –que fue el “abrete sésamo” de los hospitales– de que ningún profesor podía dar materia clínica si no tenía servicio. Porque eso de que “présteme usted un enfermo para que los alumnos...”, era un relajo; muchos me decían:

–Pues yo no puedo, no tengo servicio.

–Entonces te vas a los exámenes profesionales. ¿Para qué andas pidiendo enfermos?

Le dije a Turpin:

–¿O nos prestas el aulita...? –tenían una aulita, y había refugiados de la beneficencia francesa y belga, que era entonces un conjunto. Bueno, entonces ya pidió permiso; en el Español estuvieron encantados y permitieron la entrada a noventa muchachos.

El ABC no me interesó nunca, porque, en primer lugar, no tienen la cosa asistencial, no tienen tampoco la disposición de la gente, de que los muchachos están metiéndose a preguntarles y a hacer clínica; clínica es tratar a un enfermo y verlo por aquí y por allá. Esas cosas ahí, en el ABC, nunca se pudieron hacer. Bueno, total, yo tenía hospitales de sobra. La Escuela se había agrandado, y entonces fue cuando los que no estaban en el plan piloto me llamaron, me pusieron pinto, me preguntaron si había alumnos de primera y alumnos de segunda; como los que estaban en el grupo piloto, sabían muchísimo más que los que seguían el curso teórico, nos vimos en la necesidad de extender los grupos piloto hasta el último año, es decir, dejaron de ser piloto y ya fueron oficialmente el nuevo plan. Eso comenzó a funcionar en el año de 1955, hasta que me fui, en 1962.

Tenía preparado el primer año para dar cabida a mil quinientos estudiantes, pero el rector mismo –Nabor–,<sup>22</sup> que era amigo mío, me decía:

–No, doctor Fournier, no podemos rechazarlos, hay que abrir las puertas de la Universidad.

Le dije:

–Con una metodología nueva hemos triplicado el funcionamiento de la Escuela, aquí hay gran cantidad de escuelas en nuestra facultad, muchísimas.

Porque los muchachos a los que les tocaba ir a ginecoobstetricia tenían las maternidades de todos los hospitales, y eran muy útiles. Luego tenían la clase teórica, de medicina preventiva, que era “clase de higiene”, y yo le llamé cátedra de medicina preventiva. Esta se daba en el último año, en sexto.

Aprovechando la experiencia que ya tenían los muchachos, de que apadrinaban a un enfermo, a una familia, dos de ellos, ya no les costó trabajo la medicina preventiva, porque todo estaba refundido en la clínica. Así es que los médicos, los sanitaristas, estaban trabajando con los cursos piloto, el hospital salía beneficiado, el público salía beneficiado, los estudiantes, todos. Había y hay todavía la idea que el médico siempre gana dinero, que es la única profesión segura, las otras son aleatorias, y sí es cierto. Ahora se gana dinero como empleado, porque el ejercicio liberal de la profesión, como se llamaba entonces, está desapareciendo.

<sup>22</sup> Nabor Carrillo Flores, rector de la UNAM de 1953 a 1961; durante su gestión la Universidad se cambió a Ciudad Universitaria.

Había el dicho entre las familias de que un médico nunca se muere de hambre –yo estoy muy satisfecho en cuanto a la cosa del hambre– pero esa cosa les impresionaba mucho a los muchachos, la medicina les ha impresionado siempre mucho. Afortunadamente ahora con estas avalanchas, ya tienen mucha asistencia otras facultades como la de Veterinaria, por ejemplo.

Muchos creían que era muy fácil la carrera, pero yo se las puse muy difícil, de tener la obligación de estar toda la mañana y toda la tarde, tiempo completo. Mañana o tarde, lo que quisieran, así es que eso ya no les gustaba mucho, les hacía perder mucho tiempo, su libertad, venían de la golfería de las preparatorias donde cada quien hacía lo que le daba la gana, donde no estudiaban, donde había profesores “barcos”, que lo que querían era echarlos a la Universidad, etcétera, etcétera. Así es que eran muchachos sin aptitud, ni vocación ni nada para la carrera.

En mis tiempos de joven había tres mujeres en toda la Escuela. Cada una tenía su apodo. Ya después comenzaron a ser más abundantes. En mi tiempo de director pues habría hasta un quince o veinte por ciento de inscripción total de mujeres.

Desgraciadamente lo que voy a decir no lo pensé sino hasta el año de 1960, cuando me faltaban dos años para salir de la Facultad. Pensaba establecer carreras cortas, pero no técnicas. Tipo paramédico. Por ejemplo, un muchacho de primer año, en lugar de abandonar la escuela, se podría dedicar, estudiando un año más, a radiología. Y en segundo año de laboratorio, y así, irles dando salidas de oficio. Bueno, una vez, en 1960, lo propuse en el Consejo Universitario, donde tenía mucha gente enemiga, bueno, no enemigos precisamente, al contrario, había algunos muy interesados en los métodos y los quisieron implantar, como Pablo González Casanova y Barajas y... todos querían que les platicara la metodología que había empleado, que estaba teniendo un éxito muy grande. Pero en el Consejo Universitario tuve líderes en contra de la idea, creían que en la Universidad no se debían aprender esos oficios.

No me acuerdo quiénes eran los del Consejo en aquella época, pero a mí me ayudaban Carlos Graef, Barajas y los de Leyes que no se oponían a nada, ellos aceptaban, y hasta le expliqué al Consejo Universitario:

–Leyes puede muy bien hacer una carrera corta, no es necesario que un notario sepa profundamente leyes, con que tenga un año o dos de preparación en Leyes, ya pueden estudiar las materias, que ya son pocas, para ser notario público.

Había gran cantidad de fósiles en la Escuela. Entraban mil quinientos a la Escuela, pero los fósiles, los que habían reprobado, eran verdaderos dinosaurios. Bueno, eso se fue acabando paulatinamente, y ya los que entraban estudiaban y, si tenían mucha necesidad, había en la misma Universidad el Departamento de Medicina Social que teníamos también en la Escuela, pues se trataba de buscarle algún acomodo en algún lado, que no perturbara los estudios. El doctor Miguel Bustamante manejaba el Departamento de Medicina Social.

Fundamos la Asociación de Directores de Escuelas de Medicina y nos tocaban sesiones cada tres o cuatro meses en las distintas escuelas de medicina del país. Algunos me ponían pinto, decían que eso no era la medicina. A pesar de existir escuelas en otros lugares de la república, los estudiantes siguen insistiendo en venir a la ciudad de México; será por la misma razón que yo insisto en ir a Europa cada año, es decir, a hacerme de otros conocimientos, de otro ambiente, cambiar experiencias con otra gente, en fin.

En Guadalajara no aceptaron la educación psicológica y social que proponíamos; no aceptaron ni la psicología, ni nada. En primer lugar tenían razón, no tenían psiquiatría, no tenían psicólogos, así es que pues yo les daba la razón en ese aspecto.

En la Universidad, el rector Carrillo delegaba todas las funciones que correspondían a las especialidades en Efrén C. del Pozo. A él era muy fácil convencerlo, en primer lugar, porque hablábamos el mismo lenguaje, el mismo lenguaje de médicos; en segundo lugar, porque gracias a la insistencia de Del Pozo fui director, porque Nabor Carrillo me conocía en un plan social, amistoso, pero no conocía ninguna capacidad mía para profesor, pero Efrén sí estaba muy enterado de mi ambiente de la Escuela de Medicina.

A la Sociedad de Alumnos de la Escuela, desde que entré, ya en 1955, les llamaban “los amigos de pan y queso de Fournier”, porque en el jardín de mi casa ponía sillas y estábamos discutiendo los problemas de la Escuela.

Me tocó una de las huelgas más importantes. Los muchachos comenzaron a capturar autobuses y los iban a meter en el estacionamiento de la Escuela, al grado de que ya parecía terminal de camiones. Robaban camiones de líneas, así es que los profesores tenían que dejar sus coches en estacionamientos lejanos. Nabor Carrillo tenía mucho tacto y yo era un hombre también con tacto para explicarles a los muchachos los procedimientos que habían de seguir, porque ¿qué ganábamos? Ni profesores ni alumnos podían dejar su coche, naturalmente el estacionamiento de la Escuela de Medicina era inmenso, y

fueron a hablar conmigo. Me ayudaba mucho Ramón Millán, un muchacho, sobrino de Alfonso Millán, que era líder de Leyes. Desde el punto de vista mitote, eran las dos escuelas. Entonces me puse de acuerdo subió de director, con..., ¡ah!, no, Mantilla Molina<sup>23</sup> estaba... Cuando Mantilla Molina subió de secretario en la Universidad, pusieron a otra persona cuyo nombre no recuerdo, un abogado, siempre ha tenido un abogado.

Recuerdo que en el aula Pallares,<sup>24</sup> como se llamaba la de la Facultad de Derecho, se juntaron los presidentes de las sociedades de alumnos. El único invitado de los directores era yo. Porque los muchachos conocían mi actitud en el Consejo Universitario, donde alegaba siempre los derechos de los muchachos y estaba preocupado por las cosas sociales y todo eso. Siempre les llamaba la atención a los directores y a los que eran presidentes de las sociedades de alumnos.

—¿Y cuál es la labor social que están ustedes desarrollando? — les pregunté.

—No, pues nosotros...

Así es que los iba acabando con esas preguntas: —Bueno, entonces ustedes, los de Derecho, tienen que emplear sus razonamientos que les permitan que salven aquí sus estudios para arreglar eso por la vía legal y no por huelgas, esa huelga que están haciendo ustedes, es una huelga...

Como dije, dos escuelas eran las que contaban para todos los relajos: Medicina y Leyes. En cualquier huelga, en cualquier cosa, si no se contaba con Medicina y Leyes, la cosa estaba perdida, y entonces los primeros que querían inculcar a las partes contrarias, eran a Medicina y a Leyes. Medicina por el número y porque había muchachos muy aptos, en un sentido o en otro, según sus ideas.

Por primera vez, en la Universidad estaban reunidas muchas facultades y se habían metido otras disciplinas, por ejemplo Economía, Ciencias Políticas. Así como nosotros practicamos en los hospitales, los de Ciencias Políticas tienen que actuar también en su ramo, y creo que entre Economía y Ciencias Políticas ya organizaban todas las cosas, ya nada más pedían el apoyo y la aprobación de las dos grandes escuelas que mencionaba. Los movimientos eran entonces un lugar de trabajo para los

<sup>23</sup> Roberto Luis Mantilla Molina, director de la Facultad de Derecho de 1954 a 1958, y secretario general de la UNAM, de 1961 a 1966, durante la rectoría de Ignacio Chávez.

<sup>24</sup> Aula Magna Jacinto Pallares, en Ciudad Universitaria.



muchachos, y para los economistas lo era también porque casi todo el profesorado de Economía –cuando menos en mi tiempo– era gente de izquierda, y siempre estaba preocupada por las cosas sociales; algunos con sinceridad y otros para armar borlote nada más.

Más grave que el asunto de los camiones fue el de la mudanza, porque hubo un grupo que no quería salir. El argumento es que les quedaba muy lejos, que era un día de campo, que ya la habían visto, que era bastante inferior a las instalaciones que tenían antes. Y un día también les organicé su función, una despedida de la Escuela de Medicina, ahí tengo el retrato de la despedida, y ya, como que fueron tomando conciencia. El director estaba allá, los secretarios también, para arreglar sus asuntos tenían que ir allá, y paulatinamente, nosotros nos fuimos mudando, se quedaron en la vieja escuela dos muchachos rebeldes, posesionados de la escuela, con letreros a todo alrededor de la fachada de la antigua Inquisición: “¡Abajo Fournier, nosotros no nos mudamos!” Eso ya fue una cosa grave. Aunque yo no la tomé como tal porque realmente yo sabía con los que contaba y quiénes eran los dos que estaban en contra mía. Me decían entonces los profesores en las sesiones del Consejo de Profesores:

–Bueno, hay que hacer alguna cosa, sacarlos...

–No, que se queden allá, todo el tiempo que quieran –les mandaba preguntar si querían comida, si querían comer. Ellos respondían:

–Pues, sí, doctor.

En la Facultad había gente que hizo proselitismo. No sé por qué Enrique Cabrera, siendo tan inteligente como era, nunca llegó a formar núcleo, porque los comunistas de la Facultad de Medicina eran Cabrera y Guillermo Montaña, que no era profesor de la Escuela, era cardiólogo. Mi mujer le editaba libros a Enrique Cabrera, que tenía bastante relación con nosotros, muchas veces hablamos de las posibilidades de comenzar un experimento social en la Escuela de Medicina, y yo le planteaba las cosas como son:

–Hay dos maneras de hacerlo, Marx dijo que no recomendaba las rebeliones sino la concientización de la gente, la indoctrinación de la gente en las cosas... y además demostrar que valía la pena hacerlo.

Cuando los muchachos ya estaban trabajando y protegiendo a la gente de México, vacunándola, criticándole sus comidas, sus alimentos, la distribución del dinero, hicimos pequeños núcleos de distintas disciplinas. Por ejemplo, un muchacho de cuarto o quinto año de Medicina, como ya tenía la idea de que debía encargarse de esos dos enfermos, echaba mano de un amigo

estudiante de Leyes, o estudiante de Ingeniería, en fin, un odontólogo, para resolverle los problemas integrales a la gente. Y yo le decía a Cabrera:

–Mira, ésa es la manera de ir transformando, que los muchachos sientan que son iguales a los enfermos que están atendiendo, que la medicina no constituye una elite para nada, sino que a fuerza de trabajo y a fuerza de hacer cosas...

–No, maestro, creo que todos debíamos trabajar en esas instituciones que se han abierto para el trabajo, y ahí concientizarlos a todos.

–Y tú que estás en Cardiología, que es el primer núcleo atendido por monjitas y te llevas de pellizco con las monjas y estás proponiéndome una cosa que no se puede hacer, sobre todo la medicina, aquí y en cualquier parte del mundo –yo estaba bien enterado de las cosas que sucedían en Rusia–. Es una necesidad obligada del gobierno, de la humanidad, la de atender al semejante enfermo, cualquiera que sea su religión o su raza, todas esas cosas, ésos son nuestros principios médicos, si los quieres cambiar y hacer que los médicos de la Escuela de Medicina sean nada más para atender a la gente que puede pagar, eso no se puede hacer por medio de revoluciones, nosotros vamos a dar un ejemplo a la Universidad, apoyándonos todos en nuestras enseñanzas sociales y entonces...

El doctor Cabrera fue expulsado de Cardiología; amañaron una sesión y pidió la palabra un falso izquierdista que era Salazar Mallén, Mario Salazar Mallén, persona muy inteligente, descentrado completamente, y además tenía la profunda idea de ser rico, era una antítesis. El tomó la palabra ahí, en contra del sindicato blanco que tenían las monjitas y que tenía el maestro Chávez, y entonces creó allí la asamblea..., no sé si amañada, seguramente sí. Condenaron tanto a Salazar Mallén como a Cabrera. Salazar Mallén por otro lado estaba trabajando en la Secretaría de Salubridad y Asistencia, y le dieron otro puesto porque lo iban a correr de Cardiología, entonces el secretario Álvarez Amézquita le dio un puesto, la jefatura de la Asistencia del Distrito Federal.

Y Cabrera no buscaba chamba ni nada, él lo que buscó, y con todo derecho y toda razón, fue publicar sus libros, muy útiles, que se vendían como pan caliente en todas partes; se tradujeron a todos los idiomas.

En todos esos fenómenos, hay que considerar al sujeto y a la sociedad. Él tenía sus ideas muy bien establecidas y muy respetables, era un hombre muy sincero en cuanto a sus ideas, no se podía decir nada de su sinceridad. Entonces Cabrera habló con mi mujer sobre todas estas cosas:

–Voy a quedar prácticamente rechazado en la sociedad; no tengo enfermos de los que pueda vivir o tengo muy pocos, mis consultas son de técnica, son consultas... –porque lo llamábamos en lo particular para que atendiera a un enfermo de cardiología. Pero mi mujer y yo le sugerimos que hiciera sus libros de cardiología y así hizo el famosísimo *Tratado de electrocardiología* y publicó otras cosas.<sup>25</sup>

Entre mis asistentes en la Facultad estaba una gente muy antigua pero honorable médico, y que se batía como yo me batía en todas las cosas y lo obligaba a que fuera secretario en las clases, don José Iturbide Álvarez, muy buen elemento. Otro era Enrique Villela; los dos muy católicos, mucho más católico, más practicante, no más católico, eso no se puede decir si es más o menos, pero muy observante, el doctor José Iturbide Álvarez. Él y Villela, eran los dos que yo tenía, el secretario general de la Escuela era don José Iturbide. Villela era secretario de Asuntos Escolares.

Eran médicos que practicaron la medicina, los dos estaban retirados. Villela era un médico que se dedicaba a los problemas de salud pública, así es que tenía amplia práctica; de muy mal carácter pero con muy buenas ideas, sobre todo lo que a mí me faltaba, lo que a mí me criticaban generalmente, que era un hombre indisciplinado.

Había también otros médicos en asuntos administrativos, el que se quedó conmigo y después siguió con los otros, es el doctor Humberto Gasca. El era el que se encargaba de recibir dinero, cuotas de recuperación, donativos, de alumnos... No me interesaba mucho esa parte, pero sí necesitaba a Gasca; que se mandara llamar a fulano, zutano, hacer una lista, que eso sí puede contribuir un poco a la enseñanza en los hospitales, comprando medicinas que no hay para la atención de los enfermos, en fin, diversas cositas. Durante toda mi actuación se fue generalizando la costumbre de que el que podía, ayudaba...

Yo traté el asunto de carreras intermedias donde los hombres no se sintieran frustrados cuando no podían seguir una carrera, sino que salieran con un diploma, licenciado en esto, licenciado en lo otro, con un título universitario. Incluso, propugnaba porque se les diera el título escrito, con diploma y con

<sup>25</sup> Enrique Cabrera, *Bases électrophysiologiques de Pélectrocardiographie*, París, s.e., 1949 y *Teoría y práctica de la electro cardiografía*, México, s.e., 1959.

todas las cosas que quisieran los jóvenes, que siempre están necesitando un papel, una identificación, para saber quiénes son y qué son. Y fui partidario siempre de que si se hacía ese plan se podía aceptar a todo el mundo y que nada de pruebas. El movimiento se demuestra andando. En medicina, a la primera dificultad, ya quieren dejar la carrera, y la dejan de hecho, o comienzan a reprobado. Y hay otros en cambio que tienen un aspecto de tontitos o que no tienen un fervor aparente, pero que les nace todo. Lo digo por mi caso: cuando entré a la Universidad no quería hacer nada, ni estudiar nada, a mí me gustaban las letras, tenía la disposición para las letras, pero además quería ser actor. Bueno, pues todas mis ideas se vinieron abajo cuando comencé a tener todas esas cosas, un poco satisfechas; porque ya era actor cuando fui estudiante, no actor en el sentido corriente de la palabra, pues claro que lo soy, pero desde el momento que cultivo la memoria desde época muy temprana, la interpretación de las cosas, las exposiciones que hacía cuando me preguntaban en la clase. Desde aquella época me analizaba y decía:

–Bueno, si estoy actuando, si lo que sé... no sé nada de lo que digo, no me acuerdo– y me ponía yo a estudiar después.

Estoy jubilado del Seguro Social y esta mañana fui a cobrar mi seguro, lo que dan de sueldo, de retiro; había otros médicos jóvenes que habían ido a cobrar, que no habían podido cobrar en sus planteles respectivos, ahí tienen pagaduría, así es que habían ido a la pagaduría central del Seguro Social. ¡El afecto con que me vieron! Las posiciones que ocupan dentro del Seguro Social, todas esas cosas, ¡me dio tanto orgullo! Y todos me decían:

–Maestro, fuimos de los primeros “pilotos”, se ha de acordar usted, fuimos de los primeros.

Me decían los nombres, claro, de su cara no me acordaba, pero me decían los nombres y todos, gente muy distinguida realmente, que han sacado la cara por la medicina de México durante todo este tiempo, así es que quedé muy contento.

Siento que hice un ambiente completamente distinto al ambiente usual de la Universidad. No son pretensiones decir que impulsé todas las cosas, los restos de humanidades que se ven en la Universidad, yo las empujé: impulsé los cineclubs, fuimos los primeros que hicimos teatro, se hacía ahí en el anfiteatro de la Facultad de Medicina, con piezas que escribían los muchachos y actuaban muy bien.

Me acuerdo de una pieza que se llamaba “La muerte que deseó un cadáver”, que era en dos actos, uno donde aparecía el anfiteatro de disecciones,

con los cadáveres de varias personas, que hablaban entre sí, pero tan bien maquillados por profesionales, tenían aquí en el pecho las puntadas de disecciones así, que los cosen con mecate, y después comenzaban a contar por qué estaban ahí. Contaba cada quien su vida, se incorporaba y les pedía a los compañeros que se prestaran para explicarles realmente cómo habían estado las cosas, cómo habían llegado ahí. Uno se había muerto de hambre, otro de alcohólico, uno era un hombre de cierta clase, que manejaba un automóvil, que había chocado y murió ahí, nadie sabía quién era y lo llevaron a la morgue de la Facultad de Medicina. Bueno, el segundo acto era una cosa retrospectiva, vuelta a la vida, a la vida que ellos habían inventado, no la que estaban contando cada uno, que era la realidad de lo que había pasado, y las motivaciones que tenían en la vida para actuar de esta o de la otra manera. Así es que era una cosa pues con un sentido filosófico, bastante bonita. Naturalmente escogieron a los muchachos que fueran más adelantaditos en psicología...

La representaron en el anfiteatro, con un éxito muy grande. Hubo el gesto muy humano, sobre todo de los muchachos, de envidia de esa ¿escuela de actores o escuela de medicina? del director que estimulaba tanto esas cosas... Los profesores comentaban, y cuando me tocó dar una explicación, alguien mañosamente preguntó en el Consejo Universitario que además ¿qué otras actividades tenía?, le dije:

—Puras actividades humanas y culturales, para darle una formación integral al médico y que no sea un patán como ha sido siempre.

Después que salí de director tuvimos una dificultad. El doctor Chávez fue el nuevo rector después de Nabor Carrillo, don Ignacio y yo hemos sido muy amigos siempre, así en un plan él arriba y yo abajo, pero éramos amigos, y entonces se comenzó a rumorar que yo estaba haciendo campaña para la rectoría. Hubo gente muy interesada en que no quería que fuera Chávez, pero mucho menos yo, que tenía toda la popularidad en la Universidad. Tenía mucha actuación en el Consejo Universitario, ya que la Facultad era visitada por gente importante de todo el mundo, por ejemplo venía Malraux y era la Facultad de Medicina la que escogía para sus conferencias y para platicar con su director, cosa que le agradezco mucho. Yo tuve mucha experiencia con mucha gente importante.

Pues se comenzó a crear una atmósfera muy mala, incluso los de Medicina me buscaban a mí para que diera un sí abierto y comenzar a lanzar una campaña muy grande. No tuve el valor necesario, la fuerza de convicción suficiente para decirles que no quería, yo conocía demasiado bien la Universidad para embarcarme en una cosa de éstas, con mi puesto de director, si me lo han dado a lo Santa Anna, para toda la vida, o a lo Stalin, pues muy bien.

Me hubiera gustado mucho seguir, en cambio rector no me habría gustado ser. Porque yo sabía que había muchas oposiciones y dificultades y que no aceptaban mi pensamiento, aunque don Nabor Carrillo siempre me apoyaba, y Del Pozo, y un grupo de la gente que más contaba en la Universidad en esos momentos, pero toda la masa común de profesores, de investigadores, en fin, pues no me aceptaban, o me aceptaban con desconfianza porque sabían de los homenajes que yo les hacía a los profesores que quería que se fueran y todo eso. Así es que me tenían un poco de miedo y se fue creando una cosa de intriga, que eso fue lo peor, entre Chávez y yo.

Cuando entró Chávez a la Universidad, que entró en medio de un desorden, de una batalla terrible, en su discurso inaugural, sin decir nombres, habló de planes de estudios barrocos, que hay en alguna escuela que yo conozco muy bien y pues eran tiros contra mí. Todavía duré con él dos años, y lo curioso es que le decía a mi sucesor, que era el doctor Donato Alarcón –le ha de haber dicho, no tengo la seguridad– que rectificara todas esas cosas que yo había hecho, que nunca había entendido eso de los planes piloto y que no entendía cómo en dos meses se podía enseñar lo que se enseñaba en un año. Es un hombre muy inteligente pero muy obcecado, no comprendía que era cuestión de cursos intensivos con grupos numerosísimos y los muchachos yendo de un hospital a otro y al otro, recorriendo la ciudad, como lo describí. Así es que le dio órdenes de que revisara todo ese programa y que hiciera el nuevo.

Al ver que tenía una escuela, Alarcón, que estaba muy alejado de la enseñanza y tenía la idea de su tiempo, de cómo se había estudiado, encontró una oposición muy grande entre los alumnos, y que no había otra manera de enseñar en esos momentos, porque eso de volver a hacer los grupos muy numerosos y bailando por toda la ciudad, después de los años que tenía de no dar clase, ahí ya la cosa física y funcional de México había cambiado tanto que no era posible dar marcha atrás. Entonces no se cambió nada, por ejemplo, volvieron a... “¿cómo va a salir un muchacho de la Escuela de Medicina sin saber ginecología? Vamos a ponerla de nuevo como especialidad”. Hicieron

todo lo posible por complicar la enseñanza, volver a hacer el desbarajuste; los muchachos nuevos no conocían el sistema que yo había dejado implantado y les parecía muy lógico que cómo iban a salir sin saber esto ni lo otro, y no se daban cuenta de que mi plan, como lo había dicho literalmente, es una cosa integral, si el hombre no se puede dividir en muchos pedacitos. El caso concreto de la ginecología no es cuestión de una especialidad así nomás de técnicas, eso ya será para el maestro en ginecología, para el hombre que ha hecho estudios especiales después de una cultura general. No sé si me expresé bien.

Nada más agregaron unas materias, quitaron la psicología... (les parecía un disparate que los muchachos desde primer año estuvieran estudiando psicología), volvieron los maestros de anatomía, pretendieron enseñar nuevamente la anatomía en sus libretos y todas esas cosas y las cosas aparentemente caminaban muy bien, con sorpresa para los que ya estaban en los años superiores y con la aceptación, porque no sabían de qué se trataba, de los de los años inferiores. Claro, a medida que iban pasando los años y que vieron los resultados... era un desbarajuste completo. El hijo de Alarcón, que es una gente muy entendida, el doctor Donato Alarcón Segovia, un reumatólogo ahora muy eminente, fue de mis primeros “pilotos”, estuvo dos años.

Después siguió Campillo, era muy chistoso, era un hombre que me elogiaba todas las cosas que yo hacía. Pero después comenzó a combatir a los reyezuelos que eran los jefes del departamento, los que le decían al director:

—Oiga usted, creo que esto no puede funcionar así, hay que hacerlo de esta otra manera —entonces los aceptaba o imponía mi criterio según la cosa, la cosa dialéctica de toda la vida. Bueno, pues Campillo no lo entendió y desmoronó prácticamente el plan de estudios. Cuando entró Echeverría se lo llevó de subsecretario de Salubridad.

Entonces meten al doctor José Laguna, que tenía otras ideas, él había sido uno de los famosos reyezuelos que yo había puesto; pero, sin afán de criticar ni nada, él nunca había ejercido la medicina, no conocía nada de la clínica, de la patología, de las cosas fundamentales para lo que es la medicina. Está muy bien la investigación y todas esas cosas, pero fundamentalmente es para la salud del pueblo, para prevenir las enfermedades y todas esas cosas. Entiendo la medicina de esa manera, de la otra manera es una ciencia, que pueden hacerla los que tienen disposición, los que tienen dinero para hacerlo.

Laguna se vio forzado a mandar a los estudiantes al campo debido a que había aumentado el número de estudiantes de medicina. Después de haber

discutido en Europa con dos o tres personas muy inteligentes, italianas, francesas e inglesas, que se integraran a los hospitales desde el primer año de la carrera, que fuera una cosa donde se estudiara todo al mismo tiempo. Es decir, el muchacho recibía en los hospitales a los enfermos, veía primero lo que hacía el médico, aprendía a hacer una historia clínica e iba aprendiendo a hacer los análisis y todas esas cosas prácticas en la mañana, y en la tarde las materias técnicas en el mismo hospital. Bueno, pues lo chistoso es que pescó la cosa Alarcón, porque a mi regreso de Europa, en el último viaje que hice hablé a un grupo de amigos donde estaba Alarcón, y les dije:

–Pues yo creo que el problema de la Escuela de Medicina es que el trabajo no sea en el hospital desde el principio. Que los muchachos sepan hacer todo lo que se debe hacer –es decir lo que yo había hecho un poco con los grupitos piloto, hacerlo ya en grande y desde el primer año de la carrera.

Y entonces, él mejoraba mi idea haciendo un hospital de cuatro mil camas, y se pasó todo el tiempo de su mandato haciendo planos para la construcción de un hospital monstruo. Iba a ser demasiado grande. Esa no es la manera, con qué dificultades se mueve y con qué malos resultados, en lo general, funciona el Hospital General, muy mal, todo el mundo se roba las medicinas, hay una indisciplina de todos los demonios, hay uno que otro pabellón que se salva, como el de Martínez Cortés y el de Flores Espinosa. Hay unos pabellones que se salvan por el espíritu de sus jefes, pero la mayor parte es un desastre.

Volviendo a Chávez, después de lo anterior estuvieron rotas nuestras relaciones totalmente, hasta que vino la revolución que derrocó a Chávez,<sup>26</sup> y entonces se acerca mucha gente a mí, creyendo que yo sería el primero en estar contra Chávez, y fue todo lo contrario; no tuve contradicciones, ni apoyé ningún movimiento, fui a ver a Chávez, nos dimos la mano, nos saludamos, le digo:

–Siento mucho lo que te ha pasado.

Pensaba para mí, siempre le había pasado eso; porque había querido dirigir la Escuela de Medicina en 1933, que había durado ocho meses, y esta vez

<sup>26</sup> Rector de la UNAM de 1961 a 1966. Introdujo reformas en los planes de estudio y en las normas para el ingreso de los estudiantes a la UNAM. Estas reformas provocaron una huelga universitaria en la cual algunos alumnos de la Facultad de Derecho secuestraron a Chávez en la rectoría, dejándolo salir en el momento en que éste firmara su renuncia.



duró un poco más. Es que lo que le falla a Nacho, el trato humano, y luego tiene ideas fijas. Es como la gente que quiere comer ahora los ocho platillos que comíamos cuando éramos chiquillos, ya no se puede, ¿quién sabe qué le pasó al estómago?, a la barriga de la gente, que no puede tolerar ocho platillos, en primer lugar; en segundo lugar que sería tan costoso comer esas cosas que ya nadie usa ese tipo de comidas, no hay ningún lugar. Pues así le pasa a Nacho, es decir, que quiere volver a su tiempo, hacer bien lo que le enseñaron mal en su tiempo. Y mi idea era cambiar todo, adaptar las circunstancias al momento y crear cosas nuevas. Yo siempre le he visto actuar en funciones de director, fue buen profesor cuando dio clases, es el que ha tenido más prestigio en México. Prestigio de que sabe mucho, de que es un gran sabio, de que creó la cardiología, como es cierto. El fundó el primer instituto de cardiología en el mundo. Yo le metí los estudiantes ahí, pero Chávez quería hacer nada más la cardiología superior.

Después las relaciones con Chávez fueron correctas pero muy frías de parte de él. Yo no lo ofendí, no hice ninguna cosa, ni nunca se rompió la disciplina y había tenido muchísima gente que me estaba azuzando:

–Maestro, usted haga declaraciones, usted haga campaña, porque la Universidad no nos gusta así.

Chávez ya tuvo la idea de fundar un curso de capacitación de maestros, cosa que a mí me parecía muy bien, pero el *modus faciendi* era lo que me parecía mal. Consistía en crear una institución donde los profesores y los aspirantes a la carrera fueran a aprender pedagogía y todas esas cosas. Cuando discutíamos él y yo, y ya era rector, la queja que tenía contra mí, mientras fui director fue que:

–Raoul –porque nos tratábamos de “Raoul” y “Nacho”– qué curioso, nunca me ha explicado nada de lo que está haciendo.

–Nunca me ha preguntado nada.

Bueno, así es que ésa era la queja, hasta que un día me presenté y le dije:

–Oye, quiero hablarte.

–¿Sobre qué? –me dice.

–Pues te quería hablar sobre algunas de las cosas que estoy haciendo.

–¡Ah! Vaya, hasta ahora me vienes a explicar esas cosas.

Bueno, no hice ningún comentario sobre qué me parecía su actitud a ese respeto, una cosa paternalista. Dijo que tenía que estar informado de las cosas que yo hacía. Porque mientras fuimos amigos nos respetábamos mutuamente

nuestras vidas y nuestros terrenos. Yo le elogiaba mucho, me parecía un gran organizador y un hombre muy brillante y con ideas muy claras sobre las cosas, sabe expresarse muy bien, hace muy bonitos discursos, todo eso se lo reconocía yo mucho. Lo que ya no le reconocía, es el trato humano y esa cosa de improvisar.

Él tenía en el Hospital General un pabellón, que era el pabellón 21 de Cardiología. Chávez inventó a muchas personas, algunas realmente eran buenas y otra eran completamente banales. ¿Qué es eso de que inventó? Porque yo digo que sin Nacho Chávez no hubieran existido, fueron un invento de él, se rodeó de gente que inventaba, una bola de burros, que los volvió cardiólogos. Inventó a mucha gente, a una serie de personas a las que tuvo la fuerza de darles nombre nacional e intentó mucho darles nombre mundial, pero como eran gente inventada... Nacho González Guzmán fue una gente muy inteligente y muy brillante, pero le dio también por inventar cosas, según la táctica del maestro Chávez; y entonces inventaba cosas, en el sentido de que se puso ahí a hacer unos estudios sobre una cosa que se llama los nucleolos, que existen en la sangre. Hipertrofió esa cosa y una vez rompimos él y yo porque –antes de ser yo director– publiqué, porque soy muy boquiflojo, y me preguntaron que qué hacían los sabios de México, y digo:

–Pues se hacen cosas muy...

–¿Y qué me dice usted del doctor...

–Pues ha hecho una labor muy brillante, está escribiendo un libro que se llama *Vida, pasión y muerte de los nucleolos* y piensa hacer otros capítulos sobre otras cosas.

Esos eran los inventos de Chávez, y me fueron cercando contra de él. ¿Para qué se inventan los príncipes, los condes, los vizcondes...? Para formar una corte. Cardiología ya no tiene el espíritu que tuvo en un principio, en que estaba agrupada la gente que había inventado el doctor Chávez y otra gente que tenía un valor propio como Cabrera y Demetrio Sodi. Al final él dijo que ya no quería perpetuarse en Cardiología. Entre paréntesis sí, pero con todo ese gesto de que... Después nombraron al doctor Jorge Espino Vela un invento de su corte, y, naturalmente el invento, como resulta con muchos inventos, pues quiso ser el maestro Chávez. Entonces lo primero que hizo, fue correr a toda la corte y la gente inventada. Fue un golpe de Estado completo, pero a lo militar, con tan mal tino que se metió con moros y cristianos, con todo el mundo, y derrumbó completamente el Instituto. Entonces fueron a

ver al ministro, y al presidente de la República, que era Echeverría. Se decía que el golpe de Estado que le habían dado a Nacho en la Universidad venía desde Díaz Ordaz y efectivamente había muchas sospechas de que fuera así. Muchos muchachos que había en el grupo rebelde contra Chávez eran hijos de gobernadores, muchachos que estuvieron guiados por gente del ejército; hicieron barricadas, alambradas, alrededor de la Ciudad Universitaria, en fin, todas esas cosas.

Entre nuestros presidentes, a Díaz Ordaz no se le puede comparar ni con Echeverría en cuanto a eficiencia; con todos los defectos que tuvo, Díaz Ordaz, con todas la trastadas que hizo, tenía más idea de gobierno que Echeverría. Por todas esas cosas creo que sí hubo participación del gobierno, o directamente de Díaz Ordaz, que había quedado muy ofendido, no sé por qué motivos, con Chávez, era una de las razones, porque lo acusaron a él de haber ayudado.

Espino Vela no era gallo para Nacho; a Nacho le he visto defectos, pero talento sí tiene y muy grande, es organizador y todas esas cosas.

La gente de Cardiología que fue a ver al presidente Echeverría. Él conocía a la mamá de Chávez y tenía miedo de que lo siguieran acusando de que él había sido cómplice tal vez de las cosas de Díaz Ordaz, como había sido lo del día de Corpus,<sup>27</sup> así es que él en esos momentos no quiso sumarse a una cosa contra Chávez, sumarse a los rebeldes contra Chávez, y le dio apoyo y entonces ya le volvieron a dar el mando a Nacho Chávez; volvió a meter a algunas gentes, con cierta prudencia.

El nuevo Hospital de Cardiología es como un monstruo, muy bonito, muy bueno, muy costoso, muy difícil de mantener. Soy enemigo de lo grandioso. Como mi ramo es la cursilería, detesto lo grandioso, lo excelso, lo exquisito, lo eximio, todos esos adjetivos que se usan tanto. Ya se dijo en los discursos: “El eximio maestro Chávez, creador de la cardiología..”, como a Leónidas Trujillo, en Santo Domingo, lo hicieron creador de la patria nueva; todas esas cosas son cursis y son, además, nocivas.

Cuando vuelve Chávez, hubo una especie de rebeldía porque ya algunos habían dicho: “¡Hasta aquí, ya estuvo suave!” Y ahora no está muy unida la gente, como lo estuvo antes. El Instituto de Cardiología es demasiado grande, no lo pueden atender suficientemente bien, falta para llenar ese edificio, esa

<sup>27</sup> Se refiere a la represión de estudiantes que tuvo lugar el jueves 10 de junio de 1971.

monstruosidad..., hay corredores y corredores, y cuartos vacíos que se quedan para esto y para lo otro y que no tienen ni una silla donde se siente una gente, un investigador. En fin, está hecho con una idea grandiosa. Recuerdo siempre que conocí en Europa el lugar donde trabajaba Pasteur, y el lugar donde trabajaba Madame Curie –por cierto nunca se le hace caso al pobre señor Curie– el ingenio se da casi en ratoneras.

Yo hubiera hecho otra cosa: un instituto un poquito más grande que el que tenía, donde la gente estuviera cómoda, y crear una dependencia, muy cerca del instituto, donde los enfermos estuvieran como en un hotel de hospitalización, mientras iban a Cardiología, para poderle dar un movimiento muy grande para que esa gente que estaba alojada en ese “hotel clínico”, llamémosle así, pudiera asistir todos los días, o fueran médicos a verlos, como si fuera su casa, su hogar. Y además que pudieran tener, dentro de ese mismo lugar, espacio suficiente para que estuvieran familiares allegados al enfermo.

La naturaleza del mexicano, su conducta más bien, es muy curiosa. El mexicano convierte en feria todo, ésa ha sido la salvación de México. Un día, teniendo mi consultorio en la calle de Durango, explotó en la calle de Amsterdam un tanque de gas, se oyó el tronido hasta donde tenía mi consultorio, se rompieron vidrios y todos nos preguntamos qué había sido, que una bomba, que quién sabe qué. Como buen mexicano, salí de mi consultorio, me quité la bata, me puse mi saquito y vamos a ver qué pasó. ¿Pues qué había pasado? Se nos cuenta que explotó un tanquezote de gas allá arriba. Mientras estaban dando esas explicaciones y llegaban bomberos y todas esas cosas, se había organizado alrededor de esa casa toda una verbena, no le faltaba más que la rueda de la fortuna y los caballitos. Había churreros, que se movilizaron rápidamente, pero quesadillas que necesitan hornilla y toda la cosa, ya estaban todos, había gelatinas y todo. Naturalmente que eso atrae una concurrencia muy especial, van los “busos” a sacar las carteras a los señores y a abrirles las bolsas a las señoras. Así es nuestro país, así es nuestro pueblo, cuando menos en la capital, y puede ser que en las otras partes también.

Bueno, pues en el Hospital General me pasaba esto: daba instrucciones de que los días de recepción fueran dos, porque quería llevar el sistema aquél de la atención del alumno; que se regularan un poco las visitas de los enfermos, y que los médicos de ahí del servicio sirvieran de intermedio, no de

ejecutantes fríos ante el enfermo. Antes tenían tres días de visita y me sacaron por fin que se mantuvieran dos días, los días jueves que eran de visita, y los domingos que es el día lógico que en todos los hospitales y todos los lugares se permiten esas cosas, y bueno, iba toda la familia que mandaban a traer del pueblo, llegaba al hospital, se metían a los pabellones, todo tentaban. Les llevaban alimentos que no deberían de tomar, ya sabíamos que después que una visita se acababa, venía el derrumbamiento médico del hospital, porque ya todos los diabéticos habían tomado sus dulces, las cosas que se les habían prohibido; los ulcerosos del estómago, sus enchiladas y..., ¡bueno!, era una cosa de nunca acabar. Soy enemigo de los hospitales muy grandes, porque con ese carácter del mexicano no se pueden vigilar, por eso criticaba al hospital ése de cuatro mil camas que quería hacer el doctor Alarcón.

Me hubiera gustado quedarme más de los ocho años en la escuela, pero puede ser que sea yo un hablador, porque estaba aburrido de la lucha. De los Ocho años, pasé seis con Nabor Carrillo, que era una gente muy liberal y yo era una gente que significaba algo en la Universidad. Ya después con Chávez, quedarme más tiempo hubiera sido un choque continuo.

También en la Universidad había una escuela de graduados de todo, de la que fue director, por poco tiempo, el doctor José Zozaya, que era un hombre muy inteligente, extraordinariamente inteligente y muy culto en determinadas materias. El era amigo mío y de un grupo de gente, que comenzamos a hablar de la necesidad que había en México de establecer los cursos de posgrado. El venía de Estados Unidos, era de Philadelphia, ahí se había criado, se había recibido y todo y venía con la idea del posgrado, pero no conocía la inmensidad de nuestra Universidad, y entonces pues él consideró que era muy difícil en cada escuela organizar la cosa de los grados, es decir, convertir las escuelas en facultades; entonces se fundó la escuela de posgraduados con poco éxito porque entraron muy pocos. En la Escuela de Ciencias 4 tuvo éxito, de ahí salieron muchos de nuestros primeros graduados, científicos. En medicina no prendió la cosa, quién sabe por qué. El único que siguió, y eso no fue en tiempo de Zozaya, sino fue en los tiempos en que se organizaban unos cursos, en la época de Vasconcelos, se organizaban unos cursos de posgrado, y entonces éstos conducían a la maestría y al doctorado. El caso es que el único que se hizo doctor en Medicina, fue el doctor Abraham Ayala González, fue uno de

los que trabajó en gastroenterología y que fue fundador de la especialidad; fue el único que se recibió de posgrado, así es que era el único doctor verdaderamente. Después pasó el tiempo y yo pedía que la Escuela de Medicina dejara de llamarse Escuela de Medicina y se llamara Facultad de Medicina para tener posgrados, para tener la posibilidad de dar los grados, que eran la maestría, el profesorado y el doctorado. Entonces pues estuvimos de acuerdo, incluso el doctor Del Pozo y toda la camarilla que estábamos alrededor de Nabor Carrillo. Ya Zozaya estaba muy enfermo en esa época, ya había dejado la Escuela de Posgrado, y entonces Nabor nos preguntó que qué haríamos con esa cosa; mientras la tuviera Zozaya, no le podía decir nada, ya que había trabajado tanto en esa materia.

Entonces la mayor parte de las escuelas se transformó en facultades y ya tenían sus grados. Luego apareció la cosa aquella del reconocimiento del grado, cuando se iba a estudiar al exterior. Cuando nosotros planteamos esto a Nabor Carrillo establecimos que habría que tener estudios más profundos en las distintas materias, que condujeran a una cosa de estudios superiores, como se llamó en la época de Antonio Caso y de Vasconcelos, Escuela de Altos Estudios.<sup>28</sup>

En Francia dos cosas son indispensables para cualquier maestría; las matemáticas, fundamentalmente las matemáticas, y la filosofía. Al mismo tiempo que la Escuela de Medicina se convirtió en facultad se creó la Ley de Profesiones que establecía los colegios para agrupar a los especialistas; así es que había un colegio de médicos, un colegio de cirujanos y un colegio de especialistas. Pero entonces se planteaba el problema, para los que habíamos sido maestros: ¿qué cosa éramos? Bueno, en mi caso particular, yo tenía mi maestría, hasta ahí, no soy doctor.

Cuando estuve en el Hospital Saint-Antoine en París, estaba haciendo mi maestría y tuve que pasar al Instituto Pasteur; eran cosas afines a las que estaba estudiando. Así es que más o menos así la quise implantar, fue una cosa para la Ley de Profesiones muy curiosa, porque nadie tenía título de maestro. A nosotros, los que podíamos enseñar la maestría ¿quién nos había dado el título de maestros? Así es que fue una situación que no se resolvió nunca, y ahora son nada más por antigüedad: “tengo tantos años de ejercer la gastroenterología..”.

<sup>28</sup> El 1° de octubre de 1924 la Escuela de Altos Estudios se dividió en Facultad de Filosofía y Letras, Normal Superior y Facultad de Graduados.

Entre los médicos había clanes. Por ejemplo, al Hospital General lo habían relegado completamente al olvido, yo había salido del Hospital General y mucha gente de ahí salimos a la Academia de Medicina, pero ya después el privilegiado era el Instituto de Cardiología. Y después del Instituto de Cardiología, se inauguró el Seguro Social, y entonces el Seguro Social fue tomando fuerza y fueron metiéndose sus miembros más sabios y más conocedores, eliminaron a los de Cardiología, se estableció una pugna. Después lo mismo sucedía con Nutrición, así es que hay que olvidarse de que cualquier médico de fuera de esas instituciones quisiera entrar a la Academia, de plano estaba cerrada.

Así es que era Cardiología, Nutrición, el Seguro Social; el Hospital General ya ni contaba. Ahora, del Juárez pues naturalmente quedaban algunas reliquias ahí, de cuando Malda estaba en la Academia. Don Gabriel Malda, que era de La Tenebrosa y era del Hospital Juárez, había metido alguna gente ahí, así es que todavía quedaban vestigios del Hospital Juárez. Pero así como yo hice para sacudirme de mucha gente de la Escuela de Medicina, que ya no servía les fueron haciendo su homenaje, les dieron su diploma de miembros, porque en todas esas instituciones hacen una lista de miembro activo, miembro honorario, miembro distinguido, miembro esto, miembro lo otro, para irles pasando de categoría, hasta que queda uno miembro de su casa.

Ahora las cosas se han equilibrado, ésa es la palabra, porque ahora todos son muy distinguidos. Yo no soy por naturaleza hombre de clan, yo soy un hombre demasiado universal. Claro, yo tenía, como toda la gente, algunas personas a las que prefería, los que me ayudaban más. Dentro de la Escuela y de la Universidad, está el caso de Ruy Pérez Tamayo, que es un médico distinguido, un buen patólogo, y creó una escuela muy popular entre los estudiantes, muy buen profesor, había publicado libros y todo eso, y nunca mis recomendaciones hicieron que entrara Ruy Pérez Tamayo. Claro que después el mismo Ruy Pérez Tamayo, no en reacción de defensa, sino ya por naturaleza, se alejaba fácilmente de la gente. Pero, por ejemplo, a Laguna sí, yo le hice mucha propaganda. Generalmente todos los de los clanes eran amigos míos. Mis clanes no están por ahí, no me interesa formar clanes médicos. Yo formé parte de un clan entre los pintores, entre los músicos, entre los literatos, pero los clanes médicos no me interesaban.

Las diferencias entre ser consejero universitario y miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM son varias. La Junta de Gobierno tiene funciones específicas que son desde luego elegir al rector; segundo, hacer frente a todas las disputas y discusiones que se originan en la Universidad. Y luego, elegir directores de escuela. Por ejemplo para elegir al rector, los que mandan la terna son los consejos técnicos, consultivos de las escuelas, y entonces es la Junta de Gobierno la que elige, previa auscultación del medio universitario, nada más. Las auscultaciones muchas veces no sirven de nada, porque así como se puede decir que en medicina hay clanes, pues entre los profesores de cada escuela hay clanes y entonces la terna es elegida por el representante de ciertos clanes. A mí no me ha tocado elegir ningún rector, pero sé que en el Consejo se propone a alguna gente, me parece que el presidente propone otra, y no sé quién más propone las ternas.

La Junta de Gobierno estaría representada por el Legislativo, el Ejecutivo sería el rector, y el Judicial pues el Consejo Universitario. Uno es miembro de la Junta de Gobierno hasta que cumple sesenta años. Los presidentes duran en su función una sesión nada más, las sesiones son convocadas cada ocho días, y más en esas crisis. Me acuerdo que en mis tiempos, cuando fui miembro de la Junta de Gobierno, me tocó una época muy difícil, porque era el 1968, y entonces sí tuvimos una parte activa. Una de las cosas de la legislación de la Junta de Gobierno, es que tiene que escuchar todos los incidentes que pasan. A la Universidad, y al rector en concreto, Barros Sierra, se le acusaba de azuzar a los estudiantes.

Había varias corrientes dentro del seno de la Junta. Una era la de los que estaban trabajando dentro del gobierno, había subsecretarios, cosa que no está permitido, así es que se había infringido el reglamento.

Sucedió que ya eran miembros de la Junta de Gobierno cuando los nombraron subsecretarios. Por ejemplo había gente que trabajaba en el gobierno, como el doctor Salvador Aceves, que era subsecretario de Asistencia Pública; estaba Dovalí Jaime que es un hombre bastante independiente y al que le tengo mucha confianza y, lo que se dice en nuestra jerga, mucha fe en sus decisiones; así es que era a pesar de todo, independiente, bueno, ligeramente influenciado por el gobierno.

A los miembros de la Junta se les elige a partir de una propuesta del Consejo Universitario. El Consejo Universitario los propone al rector, y el rector



dice que sí o no, previo estudio por la Junta de Gobierno del candidato. Así es que al rector le aprueban o le desaprueban la proposición.

Cuando, en julio de 1968, las tropas entraron a la Universidad e hicieron destrozo y medio en el edificio de San Ildefonso, rompieron la puerta a bazucazos y todo eso, el rector Barros Sierra pidió auxilio al Consejo Universitario y a la Junta; la Junta le dijo que había que levantar una protesta por esos actos, entonces Javier Barros Sierra me dijo:

–El único gesto de protesta que puedo hacer es presentar mi renuncia.

Alguna gente aconsejó al presidente que la aceptara, que era realmente lo que había que hacer. Entonces se armó la izquierda de la Universidad.

Salió de la Rectoría una manifestación muy grande. La marcha<sup>29</sup> la organizaron los muchachos, lo fueron a ver allá, había un tumulto en la explanada, frente a la Rectoría, y entonces subió una comisión a hablarle, y le dijeron que iban a hacer eso, que qué le parecía, creo que el rector les dijo:

–Pues me parece mal que vayan ustedes solos, tiene que ir el rector con ustedes –que eso fue lo que enfureció al gobierno, porque les parecía que era un reto; y así se desarrolló la manifestación que fue muy ordenada, muy emotiva. La Junta de Gobierno se reunió esa noche y se discutió si se aceptaba o no la actitud del gobierno. No se aceptó, no había mucha discusión, más bien había cargos contra el gobierno. La discusión estaba encabezada por Salvador Aceves que defendía al gobierno, que estaba en su derecho.

Le dirigimos un escrito al presidente, diciéndole que la Junta de Gobierno no aceptaba de ninguna manera la renuncia del rector, que apoyaba decididamente a Barros Sierra. En la noche fuimos a su casa, que está en el barrio de San Angel, Tlacopac, y lo fuimos a ver allá. Lo curioso es que muchos muchachos, la mayoría de las escuelas corrieron la voz y entonces se hizo un tropel de gente ahí en la casa de Barros Sierra, con gritos de Barros Sierra. El presidente no tuvo más remedio, sus consejeros le dijeron que no se podía aceptar la renuncia, que diera la aprobación. Creo que se fueron medio cal-

<sup>29</sup> El 1° de agosto el rector encabezó la manifestación que recorrió la Av. Insurgentes hasta la Av. Félix Cuevas, dobló por ésta hasta la Av. Coyoacán y regresó a la Universidad.

mando los ánimos, que no se calmaron mucho porque después vino lo que pasó en el mes de octubre.<sup>30</sup>

La primera junta, ésa muy fuerte, fue aquí en Ciudad Universitaria. La segunda fue en la sección de Dovalí, en su instalación en Petróleos, era jefe de alguna sección, gente muy influyente. Fue entonces cuando alguien propuso que nos juntáramos en sesión permanente y por eso duré tanto tiempo como Presidente de la Junta. Entonces éramos cuatro los que dábamos la batalla en favor del rector Alfonso Millán, Barajas, Graef y yo. Algunos, con su actitud tibia, no querían malquistarse con el gobierno. Entonces nos reuníamos hasta muy noche, para comentar esas cosas y me decían:

–Tú tienes que ser el presidente, porque, si no, se mete otra gente, otras influencias, nombran al que sigue de ti –quién sabe quién seguía en la lista, en la “F” o en la “G”– Y ése no conviene para la reyerta de la Universidad.

La Junta se hizo permanente. Duré algún tiempo con el cargo, así es que me tocó toda esa cosa. Las cosas cambiaron de rumbo, comencé a estar enfermo, tuve una oclusión intestinal, dejé la Junta. Me tuvieron que operar, así que estuve en cama por la operación, luego por una hepatitis, para mí 1968 fue terrible. Tuve que estar metido en mi casa por una hepatitis que me dejaron con una transfusión. Yo me enteré de la cosa de Tlatelolco por la sobrina de mi mujer, por Elena Poniatowska, que me venía a decir con mucho fervor todo lo que pasaba:

–Figúrese, tío, que mataron a tantos más cuantos y quién sabe qué –yo estaba medio enterado, quizá de una manera exagerada, por ella, que es pasional y escritora.

En mi opinión creo que esa cosa fue provocada por alguien, desde el inicio. Recuerdo que había ido a ver un enfermo, por las calles que están cerca del Monumento a la Revolución, y a la casa del enfermo llegó corriendo un muchacho:

–Figúrense nada más, que los de la Prepa atacaron a los de la Vocacional y nosotros los vamos a defender.

Se había formado una bola en la Ciudadela, bola que después se fue haciendo más grande. No sé quién empujó la bola, ni culparía al gobierno de Díaz Ordaz de empujarla, alguien le dio el soplido a la cosa. El caso es que los preparatorianos se unieron a los universitarios, se unieron a los del Politécnico, a protestar por no recuerdo qué causa. Como los preparatorianos

<sup>30</sup> Matanza del 2 de octubre de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco.

se habían refugiado en San Ildefonso, entonces los fueron a sacar de ahí. Ese ya fue el principio trágico de la cosa. Con un bazucazo rompieron la puerta y emplearon precisamente bazucas para darle más impacto. Mi idea personal es que efectivamente el gobierno no lo provocó, ni lo provocaron los estudiantes, fueron empujados, quizá de un lado y de otro, por la CIA.

A Barros Sierra lo conocí primero como mi paciente. Me fue a ver porque tenía algo gástrico y lo estuve tratando mucho tiempo, me decía siempre “mi médico”: –Qué bueno que “mi médico” ya es de la Junta de Gobierno, porque nos va a ayudar mucho. Nos conocíamos desde antes, él era director de Ingeniería y yo era director de Medicina, entonces don Nabor Carrillo organizaba todos los lunes una junta de directores, al medio día, y en esa junta lo conocí. Generalmente éramos de los que estábamos de acuerdo en nuestras cosas; él apoyaba mis planes ahí en la junta de directores y, es más, decía que yo debía hacer un folleto para explicarles a todos, porque era una reforma universitaria muy importante y muchas cosas más me decía. Sus elogios, como humano que soy, me gustaban mucho. Después, siendo compañeros directores, ya me fue a ver como médico.

Recuerdo que Malraux me invitó a una visita al Museo de Antropología; y después a una exposición especial en el Museo Universitario. Mi relación fue porque él hablaba francés y Pablo González Casanova y yo éramos los únicos que lo hacíamos. Como Pablo González Casanova algunas veces tenía cosas que hacer, yo acompañaba mucho a Malraux. Algunas veces era la compañía a cenas o a comidas... y me acuerdo mucho de las críticas y las explicaciones que me daba de las piezas arqueológicas. Se quedaba extasiado de cosas que yo había pasado casi por alto, y le decía:

–Mire usted, el Caballero Águila es una de las piezas que más se admira en México.

Y me dice:

–Haga usted a un lado los clásicos, las cosas, o son buenas y tienen belleza, o no la tienen, y nada más, cualquiera que sea la época.

Entonces fuimos a ver el Caballero Águila y me dice:

–Mire usted, es muy hermosa, claro que tiene aspecto de cosa griega, es la idea de como nadie inventa cosas ni pone estilo, sino que el mismo estilo puede florecer en un lado y o en otro, pero todas las demás cosas son autén-

ticamente mexicanas – entonces le enseñaba otras a las que yo había sido indiferente.

Otro personaje al que conocí fue Nixon, que siendo vicepresidente llegó de visita aquí con su mujer y quiso hacer una visita oficial a la Universidad. El rector tenía miedo de la presencia de Nixon porque había muchos motivos para que no se estimara su visita. Entonces escogió un grupo de directores para que lo acompañaran, ahí sí no tuve ninguna participación porque mi inglés es lamentable. Y pasó un accidente que no debía yo contar. La Universidad estaba recién estrenada –no sé si nos habíamos cambiado a la Universidad o todavía no, esta visita de Nixon ha de haber sido como en 1956 o 1957– y no funcionaba bien el elevador de la Rectoría, y había quedado un tanto separado del suelo. A Nixon lo ayudaron, y la señora estaba temerosa de saltar, pedía una escalera, y entonces alguien le dijo:

–No, si no está muy lejos del suelo, siéntese primero en el elevador y después se levanta.

¡Y se le atoran las faldas a la señora en el elevador! Bajó, se echó el brinco, pero dejando las faldas atrás... No quedó desnuda, pero con una indumentaria, no diría de vodevil, pero con una indumentaria de cantante; creo que se quedó pegado un pedazo de vestido atorado en un tornillo o alguna cosa.

Apenas crucé palabras con Nixon, él hablaba un poquito castellano, yo un poco de inglés, me preguntó algunas cosas de la Escuela y ahí terminó. Otros personajes que conocí... Bueno uno, no tiene mayor importancia, salvo desde un punto de vista del verdadero capitalismo internacional. Era una reunión de una especie de turistas muy distinguidos que venían a México a conocer las pirámides... Lo había organizado alguna de las instituciones europeas más famosas de turismo, como un *jet set*. Naturalmente, ahí está Fournier, no tanto para presentarlo, sino porque había mucha gente de habla francesa; subimos hasta la Rectoría, donde les ofrecía el doctor Carrillo un *lunch*, una copa, y entonces estuvimos viendo el panorama de la Ciudad Universitaria, que desde ahí es muy bonito, y me tocó una señora belga, una señora de unos setenta años, que contemplaba todo eso, y le pregunté si le gustaba y me dice:

–¡Oh! *Cest merveilleux*<sup>31</sup> y pensar que todas estas cosas que se hacen aquí se las han quitado a los pobres petroleros, les han quitado su dinero, y yo había puesto tanto en acciones...

<sup>31</sup> Es maravilloso.

Y quién sabe qué me comenzó a decir, una serie de cosas. Muy correctamente le respondí que cada quien tenía derecho a lo suyo, que esas cosas pertenecían a México, y no se permitió que estuvieran en manos de otras gentes. Y la señora se volteó, me dio la espalda, siguió contemplando el panorama y se fue con otra gente, muy ofendida.

A Nabor Carrillo lo estuve atendiendo como enfermo durante alguna temporada y ahí comenzó la amistad; pero ya que fue rector, dejé de atenderlo, quizá había otras personas, el caso es que siempre que nos veíamos me decía:

—Mire, siempre me acuerdo de la dieta de usted...

—¿Y la sigue?

—No —me dice—, me acuerdo para infringirla.

Era comelón y bebedor, fue lo que lo llevó al sepulcro. Como rector era un hombre conciliador, de paz, nada conflictivo. Como administrador creo que no era muy bueno, la prueba es que se le echaron encima todas las derechas encabezadas por un contador público, cuyo nombre no recuerdo en estos momentos y ése fue el trago amargo que pasó Nabor ahí.

Soy profesor de historia de la Escuela de Medicina, fui, porque ya he dejado todos mis cargos, pero creo que medicina mexicana, medicina organizada, no la hubo. Había remedios, gente que administraba esos remedios, los sacerdotes, los viejos, la gente de experiencia. Se parecía mucho la etapa de la medicina de México a la etapa romana, cuando Herófilo se iba al museo a hacer sus disecciones, y entonces como había que subir una escalera muy alta, todos los enfermos estaban de ambos lados de la escalera y le pedían consulta al bajar la escalera. Él y sus discípulos iban dando prescripciones y cosas así, era muy frecuente eso. Esa cosa se repitió también con Paracelso, a quien habían corrido de la Universidad, no una vez, sino varias veces de distintos lados, precisamente por esa costumbre, porque daba la consulta en la calle, y tenía un pregonero que decía: “Aquí está Paracelso” y se le acercaban los enfermos. O bien, esas consultas que se usaban mucho en México en la época precolonial, de que iban los enfermos por la calle o los mercados, y así como comprar cualquier cosa, decían: “¿Usted sabe un remedio para esta cosa?” Y si la gente se acordaba que había visto un enfermo que tenía una enfermedad semejante, pues le daban sus recomendaciones. Así es que ésa fue la manera como se hacía la medicina. Hay quienes quieren darle una estructura especial

a la medicina y pretender que había enseñanza de la medicina, en realidad fue hasta Tlatelolco<sup>32</sup> cuando ya tomó forma la medicina.

### *Disciplina en la indisciplina absoluta*

En la huelga de 1965 naturalmente estaba con los opositores, es decir, con los rebeldes, pero no en una forma activa. No fui a manifestaciones ni a ninguna cosa, pero los muchachos huelguistas, que eran médicos jóvenes, me iban a pedir consejo, me tenían como de los suyos, y dialogábamos y les di muchos, muchos consejos. Asistía a las asambleas generales; a las manifestaciones, no, porque ya estaba muy viejo para manifestar, la única manifestación a la que he asistido, y eso ya con hepatitis, muy meritoria mi intervención, de los momentos heroicos de mi vida cuando acompañé a Barros Sierra en la manifestación de 1968.

Pero yo apoyaba a los jóvenes médicos. Fue una cosa absurda de los dirigentes el no haber dado los primeros pasos para que las cosas se fueran por un terreno amistoso, porque un doctor, Javier de la Riva, que era el director médico del ISSSTE, se negó a darles a los muchachos el aguinaldo de 1965 (ya era la época de Díaz Ordaz). Les dijo que no les daba el aguinaldo, que no había dinero (costaba noventa mil o cien mil pesos el aguinaldo de ellos). Entonces se fajó los pantalones y Díaz Ordaz, vio eso con muy buenos ojos, Javier de la Riva subió mucho en la estimación de Díaz Ordaz.

Pero, por otro lado, teníamos reuniones privadas con Treviño Zapata y su mortal enemigo, Martínez Manautou (todavía no era su mortal enemigo, ellos rompieron después; Treviño cayó con Díaz Ordaz, y a Martínez Manautou lo pusieron de secretario de la Presidencia). A esas reuniones asistían los médicos del Hospital General, los jefes de servicio, quisiera llamarles los más aventados.

Con los que sí tuve mucho contacto fue con los del Seguro Social. Confieso que en el Seguro Social había estado muy consentido, aunque no muy bien remunerado, con Benito Coquet.<sup>33</sup> Pero la actitud que había tenido con

<sup>32</sup> En el Imperial Colegio de Santa Cruz en Santiago Tlatelolco los franciscanos iniciaron la cátedra de medicina. Ahí se enseñó esa materia a los indígenas. Del Colegio salieron los primeros médicos mexicanos, como el indio Martín de la Cruz, quien escribió el libro de farmacología más antiguo del continente, que Juan Badiano tradujo al latín en 1552.

<sup>33</sup> Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social (1958-1964).

Díaz Ordaz, con Benito Coquet, me hacía sentir algo así como de ventajas. Entonces les dije a los del Seguro; a los disidentes:

El movimiento está en manos de ustedes, porque ustedes sí pueden exigir mucho más, aquí un médico residente ¿qué defiende? En el Hospital General les están pagando ciento cincuenta pesos a los residentes, pues que les suban tantito a doscientos, son capaces de quedarse conformes; pero ustedes, los residentes del Seguro Social, la cosa es distinta, a ustedes les pagan más o menos bien, les pagan dos mil pesos y están ustedes entrenados para ese servicio, no cualquiera puede ser residente del Seguro Social. Así es que ustedes sí son necesarios, en cambio, en los otros hospitales, no son tan necesarios como ellos creen, así es que ustedes piquen duro.

Y picaron duro. Estaba entonces de director de Seguro Social, el contador Sealtiel Alatríste,<sup>34</sup> que encontró muy bien subirles el sueldo a cuatro mil o cinco mil pesos, más del cien por ciento. Bueno, los muchachos quedaron encantados y pues se hicieron para atrás con el movimiento, pero los otros quedaron picados. Los del ISSSTE y los del Hospital General se sintieron defraudados con esas cosas, que se hubiera resuelto el problema. Como consecuencia, Sealtiel Alatríste salió del Seguro Social por haber dado ese *faux pas*<sup>35</sup> tan grande y se tuvo que hacer la generalización, no subiendo los sueldos a las proporciones del Seguro Social, pero sí a los residentes médicos les subieron de mil seiscientos pesos a tres mil. Las represalias políticas fueron dejar en las listas negras a todos esos muchachos. A los que pudieron los quitaron, se redujo paulatinamente el número de la gente.

Fui director del Hospital General desde 1966 hasta 1969, tres años, por las cosas que voy a contar. Estaba yo una vez en el despacho de Moreno Valle, que era secretario de Salubridad, él me citó, me dijo que desde ese momento rompíamos el turrón, que nos habláramos de tú, que aunque él era médico militar y sabía yo la resistencia que había de parte de los médicos civiles hacia los médicos militares, me sentía como un amigo y que nos habláramos de tú. Y me dice:

—Con permiso, un momentito.

<sup>34</sup> Director General del Instituto Mexicano del Seguro Social (1964-1966).

<sup>35</sup> Paso en falso.

Y tomó la red privada, se comunicó con Díaz Ordaz y yo oía la conversación, porque había dejado la puerta entreabierta, y le decía:

–Sí, aquí está, aquí está.

–Pues dígame que se ponga, y me puse. Me dice Díaz Ordaz:

–Señor doctor Fournier, cómo le va a usted, qué dice de bueno, recuerda que yo siempre lo he admirado porque yo, como poblano que soy, recuerdo que mucha gente de Puebla lo consultó y me dio tentación de conocerlo y entonces en una de las giras que fue a ver a un enfermo, pedí consulta con usted... –en fin, me hizo una historia...me hizo un preámbulo muy largo—. Mire, el doctor Moreno Valle lo ha escogido para que sea director del Hospital General, por razones muy especiales: haciendo a un lado la bondad, como médico y todas esas cosas, usted es el único que puede conciliar en el Hospital General esas cosas. ¿Quiere usted ir reconciliando...? Todas esas cosas que le ha mencionado a usted el director de Asistencia Pública quedan abolidas. Ponga todas las condiciones y todo lo que quiera pero, por favor, acepte, porque no tiene fin lo del Hospital General.

Entre las objeciones que le puse al doctor Moreno Valle, era que me iba a sujetar a una operación; me dijo:

–Esa operación dura unos cuantos días.

–Pues... bueno sí, pero es una operación... para un hombre que le quiten la próstata, siempre es una cosa dura.

–Pues en tres o cuatro días queda bien.

Ya a esas alturas nos hablábamos de tú, ya para convencerme, eran muchas las invitaciones, y cuando tenía las conferencias con él:

–¿Tú qué quieres?, ¿agua...?, ¿qué refresco prefieres?

–¿Tiene que ser refresco?

–Pues refresco o agua.

–¡No hombre! Yo un *highball*, es lo que quiero.

Ya teníamos, en la Secretaría, en la Dirección, tenían el whisky para que me echara mi whisky cuando estábamos hablando. Un día me operé y siguieron las cosas...

Entre paréntesis, yo había quedado mal de la operación, tuve una infección tremenda, que duró quince días. Así es que estando en una de las pláticas con Álvarez Amézquita suena el teléfono de la red privada, era el presidente Díaz Ordaz que había conminado a Moreno a que le dijera pronto el nombre,



porque temían nuevos disturbios en el Hospital General a partir de los residentes, y entonces Díaz Ordaz le dijo:

–Bueno, yo conozco al doctor Fournier y sé que es la persona indicada porque pudo con la Escuela de Medicina que es tan difícil –en fin, hizo un panegírico de mi actuación política en la Escuela de Medicina.

Después de haberme hecho del rogar, fui a tomar posesión. Estaba en mis días inspirados para hablar, así es que les eché un speech . Ahí me reconocían, pues había sido el director de la Escuela, fui muy bien recibido. En mi discurso de inauguración les hablé... yo hablo muy de guasa, siempre comienzo a hablar de guasa, ¡siempre! La gente puede decir: “¿Y ese señor va a ser director de la Escuela?” “¿Va a ser director del Hospital?”, y paulatinamente los voy metiendo en las ideas fundamentales. Me ha dado mucho resultado, me lo dio en la Escuela de Medicina, así es que ya conocía el método; ya que estaban muertos de risa, comenzaba yo con las cosas... “Un hospital que necesita la reforma que todos anhelamos, una reforma física a este centro de ratas y de robos, y... “Ya les había contado el cuento, había un lacteoducto que iba desde la cocina hasta las afueras del hospital, que era un tubo que tenían instalado en una de las ollas más grandes del hospital, donde recibían la leche. Las cocinas están casi pegadas a una callecita donde estuvo Nutrición, entonces ahí tenían una llave. Es en serio, sí, en serio. Bueno, tenían un lacteoducto y les dije que estaba muy enterado de todas esas cosas que no aceptaba ningún aplauso, nada absolutamente, porque la situación del hospital era muy difícil, así es que el asunto no era tan sólo material, sino era una situación moral muy difícil.

Estaban componiendo ahí un jardincito y se les ocurrió a los jardineros, o al jefe de servicio del pabelloncito, mandar poner un alambrado de púas, y les dije:

–Miren ustedes, no sé idea de quién fue, pero ese alambrado de púas, en pleno jardín, en los jardincitos del Hospital General –se emplea la palabra muy castiza, *jardinillos* del Hospital General– bardeado, de uno y de otro lado, hay púas, por ahí pasan enfermos y pasan médicos. Imagínense un hospital con púas, nunca había visto yo en ninguna parte del mundo –y así les fui enumerando todas las cosas inhumanas que tenía el Hospital. Que no venga un médico que acumule chambas, pues también está cometiendo un acto inmoral, ¿por qué no se hace una revolución para que se suban los sueldos?

–¡Ya nos lo van a subir! –gritaron.

–Bueno, pero una cosa es que se los suban y otra cosa es que ustedes renuncien a muchas de las cosas y peleen por un sueldo único y por un trabajo único. El Centro Médico, es decir, el Seguro Social está dando muestra...

–Sí, pero así le fue a Sepúlveda –gritó una voz– lo corrieron por esa...

A mi cuñado lo corrieron porque implantó la jornada de ocho horas en lugar de la de dos o tres horas, como era en todos los hospitales; pero les dieron comida y todas las prestaciones que tiene el Seguro Social que son muy buenas. Ellos no peleaban las prestaciones en esos momentos, sino peleaban un sueldo nada más. Les expliqué que únicamente tomarían en serio todas nuestras peticiones, si nos dedicábamos a trabajar. No eso de dejar a los enfermos en segundas manos no perfectamente bien controladas; en fin, les hablé del sentido moral de los médicos, de los practicantes, de las enfermeras:

–Hay personas entre las señoritas enfermeras, muy buenas enfermeras, simpáticas, humanas y todo eso, pero que establecen un negocio pidiendo cosas que no necesitan y luego salen con sacos a la calle para venderlos a determinadas boticas, así es que eso es completamente inmoral. ¿Y a los médicos qué les dicen? Pues que no hay medicinas y el médico vuelve a hacer un pedido, el médico que se queda dos horas, pues no tiene la oportunidad de controlar la salida de las medicinas.

Comencé a decir una serie de irregularidades. Entonces estaban un poco arrepentidos de las risas y los aplausos, los que aplaudían mucho, donde tenía yo mi núcleo fuerte, era en los residentes, por muchas razones. En primer lugar, porque avizoraban un movimiento del Hospital, gente que había estado postergada los subían y así es que tuve “pitos y flautas”, como se dice en términos toreros. Traté de hacer las cosas sabiendo el medio tan terrible del hospital; comencé a hacer las cosas poco a poco y se fue transformando efectivamente en muchos aspectos. Entonces le dije a Moreno Valle:

–Bueno, ahora vamos a cumplir estas cosas que se han propuesto.

–Sí, pero tú dijiste que les ibas a subir los sueldos, y tú sabes que la revolución pasada...

Le dije:

–Mira el movimiento médico en 1965 no fue hecho para subir sueldos, sino porque los residentes del Hospital 20 de Noviembre pedían que se les diera su aguinaldo y se los negaron –y entonces comenzaron ya las cosas del doctor De la Riva, que era el subdirector, pues se empeñó en que no se

subieran y se hizo la bola de nieve. Después también ya comenzaron a pedir aumentos, no nada más el aguinaldo, se hizo la bola de nieve muy grande.

En el Hospital había el lacteoducto, el robo de alimentos, el robo de medicinas, la impuntualidad de los médicos, la falta de responsabilidad de la mayor parte de ellos y de las enfermeras también; había gente que casi casi les decían “la aviación” porque trabajaban media hora y se iban. Y luego, también se los dije, se ven en todos los jardines centrales del Hospital, todos los médicos cuando salen de su servicio, lo único que se les ocurre es darse grasa, sentarse y criticar a cuantos pasan, y hacer chismes y cosas así, intrascendentales. No los veo en una biblioteca, no, nunca los he visto en una sala de sesiones, les comencé a decir muchas cosas.

El sindicato era completamente corrupto, lo manejaba Raúl Mancera.

Le dije al director de Asistencia Pública, que era el doctor Mauro Loyo:

–Bueno, pues hay que movilizar a este señor.

–Oye, va a ser muy difícil quitar a Mancera.

–Pues lo quitan ahora, si no hablo por la red privada y pido al presidente...

–¡No, no! Si ésa es nada más para los secretarios de Estado.

–Pues haz lo que quieras, pero Raúl Mancera no...

Como secretario del sindicato entró Paco Higuera, el que ahora es director del Hospital. Es médico. Cuando entré al Hospital pedí que me quitaran a Mancera, le habían tenido miedo porque lo creían muy poderoso con el personal, y el personal adherido al sindicato había jugado un papel más o menos importante durante el lío médico que fue cuando se hizo fuerte Raúl Mancera. Vendió sus favores, neutralizó al sindicato y a los médicos adheridos al sindicato, que había varios. Mancera es médico y no es tonto. Hicieron elecciones del sindicato, Paco Higuera trataba muy al tú por tú a todas las enfermeras:

–¡Mira fulana de tal, que te estás dedicando a esto, a la profesión más conocida y más vieja del mundo, y que fuera de eso no haces nada aquí en el hospital...

–¡Ah, qué doctorcito!

Y, bueno, ya lo tomaban a chanza, y él también a chanza iba conquistando a la gente. Creyeron que cuando menos cambiaban de cara y fue teniendo mucha popularidad Paco Higuera ahí en el Hospital; se hicieron las elecciones y Paco Higuera fue electo secretario del sindicato. Paco Higuera al igual que Raúl Mancera, había sido mis discípulos; me fue a ver:

–Lo que quiero es ayudarlo a usted.

–Bueno, pues, sin quitarte tus libertades sindicales y sin que quiera yo que huela a oposición o a que ya te vendiste a la dirección, porque es muy peligroso para ti y para mí, quisiera que hiciéramos un plan de trabajo común; por ejemplo, la capacitación, alfabetización de los enfermeros, de las enfermeras, que vayas corrigiendo esa cosa de los robos y no tener aquí metidos a la Procuraduría para que haga investigaciones y todo eso. A ver si logras algún...

–Va usted a ver.

Pues sí, y como era un atleta, un hombre muy fuerte, yo creo que a más de cuatro les dio de bofetadas, a los ladrones. Y me sacó a mucha gente. Hizo limpieza. Bueno, por ese lado quedaba la cosa muy bien, pero luego tuve una rémora, algunos médicos viejos que habían sabido que yo había quitado a muchos de la Escuela, que ya no hacían absolutamente nada y que cuando renunciaban subía por escalafón el médico adjunto, una especie de jefatura; y así se estilaba. Pero la mayor parte tenían ayudantes amañados que le toleraban al jefe del servicio todas sus faltas, otros eran flojos, ineptos, que por barberos o por lambiscones, ya les tenían prometido subirlos. Bueno, contra eso no pude. Un día el doctor Fonseca, que era el subdirector médico del ISSSTE, me dio un desayuno, al principio para felicitarme por cómo llevaba la dirección, y me dice:

–Oye, Raulote –había dos o tres ahí que estaban en el mismo caso, Abelardo Monges López..., bueno, tres o cuatro de los médicos viejos–, oye, Raulote, nos vas a hacer el favor de facilitar este movimiento, está en tus manos, que fulana de tal suba a mi puesto.

Luego me ofrecieron hasta champagne en el pabellón para darme la bienvenida, fueron todos los que tenían la bola negra, querían comprarme, se les figuraba que yo me moría por el champagne.

No tuve apoyo de Salubridad. Fui y le alegué a Moreno Valle, y me salió con la primera cosa:

–Pues si está dentro del reglamento que el adjunto pase a jefe de servicio, no hay remedio.

–Pero que éstos son así y asado, mejor vamos a hacer una oposición.

La ley es la ley. Con ese desencanto comencé a padecer mucho en el Hospital, porque naturalmente subieron a los que yo no quería, los que no convenían al hospital.

En el trabajo administrativo me ayudaron bastantes personas. Primero tenía un administrador general, que era un doctor Barragán, que era más

chueco que su apellido. Bueno, después nombraron a otra persona, que no quiso entrarle al toro; se estuvo como un mes; después nombraron a otro cuyo nombre no recuerdo, y que me ayudó como administrador. También había un subdirector del Hospital, y era un subdirector que a la manera de muchos médicos tomaban la cosa como una chamba, se iban a su pabellón, se estaban cinco o diez minutos, a firmar las cosas que se les subdirectores, y ya se daban por satisfechos. Bueno, en una de tantas entradas y salidas de que ninguno me satisfacía porque nadie quería quedarse el tiempo necesario... Yo había estado alejado, por todos los otros trabajos del Hospital General, así es que no conocía exactamente el juego. Una gente importante prefería trabajar en su servicio, a tener un puesto administrativo. Entonces un día, mi querido y llorado amigo, el doctor Celis, Alejandro Celis, que era de mis decididos partidarios, junto con otra gente de su servicio, y otros servicios que eran muy amigos míos, pues me dijo:

–Mire usted, le voy a recomendar aquí a un muchacho que trabaja conmigo, el doctor Chávez, es un muchacho muy meticoloso –un doctor Chávez, cuyo primer nombre no me acuerdo. Y me acuerdo que Octavio Rivero, el que ahora es presidente de la Academia y de la Facultad, le decía a su maestro y jefe, a Celis:

–No, no le recomiende esa gente, yo no tengo buena opinión de Chávez.

Y yo propuse a Chavez, y me fue de bollos y de manteca, porque Chávez principió por decir que no quería trabajar. Ya nos habíamos mudado del edificio antiguo de la dirección, a otro pabellón que había sido de la residencia y allí nos habíamos instalado. Entonces él –como era el que firmaba todas las cosas y los pedidos– de sus propios peculios mandó pedir que le alfombraran un despacho que tenía allá con Celis y que le compraran un gran escritorio. Entonces le llamé la atención:

–Pero eso lo estás haciendo para ti, para tu provecho.

–Pues sí, es que voy a despachar mucho tiempo allá, para no... aquí voy a llenar mis dos funciones, la hospitalaria y la administrativa.

–Bueno, pero no comiences por eso, mira nada más en qué estado está la dirección y este edificio con las duelas hundidas, y se te ocurrió hacer eso –y esa observación bastó para crearme el mayor enemigo en el Hospital.

Entonces comenzó a intimidarme con el Consejo Técnico Consultivo y pronto caí en la desgracia del Consejo Técnico Consultivo, junto con Mauro Loyola, que era el director de Asistencia Pública, que había sido recomendado de

Ruiz Cortines. En vista de que la amistad de Ruiz Cortines y mía crecía bastante, él se sintió un poco desplazado porque era ahijado y amigo, paisano, de Ruiz Cortines; le entró cierto celo, y ayudó a la intriga para ver cómo me corrían del Hospital; entonces comenzaron a objetar todas las cosas que yo hacía...

Pero antes de esto fue la oclusión intestinal; estuve quince días internado en el hospital, en la Clínica Londres y me pusieron una transfusión, probablemente la necesitaba, pero le tenía yo mucho miedo por la hepatitis, y que me zampan una hepatitis. No sé si por la sangre o por lo que se quiera, pero el caso es que me metieron una hepatitis, y duré tres meses enfermo. Me di cuenta de que tenía hepatitis el día que se inauguraron las Olimpiadas, me sentía pues un poco recuperado por haber salido de la operación y esas cosas, pero se inauguran las Olimpiadas y entonces yo había dejado el coche estacionado en un lugarcito de los alrededores, por ahí por el Pedregal, y se me ocurrió empujarlo y sentí que no tenía fuerzas, y uno de los paleteros que a la sazón pasa por ahí me ayudó a empujar el coche y ya pude hablarle a la gente que me esperaba, decirles que estaba completamente mal por falta de fuerzas, así es que permanecí tres meses fuera del Hospital, lo que le ha de haber servido bastante al doctor Chávez y a Loyo y a todos los que estaban contra mí... y ya entré para salirme.

Mi dirección en el Hospital fue realmente corta, corta y entrecortada por las cosas que ya he dicho. Cuando acabé de servirles, que mi servicio consistió en proteger el orden, a los practicantes, a los residentes, etcétera, a todo el personal humano, pues ya les pareció que mi presencia era ya más bien una crítica. Yo había aprobado los planes de reforma del Hospital, ya se había comenzado a hacer en el Hospital el pabellón de Ginecología y Obstetricia. Llegué a inaugurar la residencia que se había principiado cuando el lío médico, se hizo el pabellón de partos, y después comenzaron la demolición de otros pabellones. Entonces fue cuando, ya al final de mi mandato, estando yo enfermo, me pidieron que nos fuéramos al lugar que era antes las habitaciones de residentes, al que habían abandonado. Las autoridades solicitaron que nos mudáramos allá, porque iban a derrumbar todas las antiguas oficinas administrativas y ya comenzamos a trabajar en ese lugar, mientras que se hacía la reestructuración, la construcción, en realidad, del nuevo edificio de oficinas. Cuando ya no les fui útil, me corrieron. El Hospital estaba muy calmado y, como expliqué, me comenzaban a hacer mitotes dentro del seno del Consejo Médico Consultivo del Hospital, creo que la oposición a mí, venía de

un doctor Jorge Ceballos Lavat, loco completamente, pero que lo tenían de representante en la Secretaría, porque la ley pide que la Secretaría tenga un representante del Consejo Médico Consultivo. Algunos otros enemigos, pero también amigos, todos entraron en la intriga y una vez se trataba de votar no recuerdo qué cosa, me dijeron que querían asistir los suplentes, cosa que nunca se usa en ningún lugar, tal vez para impresionarme; y entonces, el día que fueron los suplentes, ese día fui a la Secretaría y presenté mi renuncia.

Ya no estaba sirviendo a gusto en ese puesto. No me entendía con el gangster que era Raúl Mancera, el antiguo *gangster*; luego había uno que es ahora el director, Pancho Higuera, con el que nos entendíamos muy poco, medio hipócrita. Partió entonces un asunto de la cocina, de las enfermeras que se fueron a quejar, que sabían que las ratas caían a los peroles de las cocinas y las hervían y esa era la comida que nos daban a todos, y mandé llamar a los de la cocina, y el sindicato se molestó. Me hablaron del sindicato, fue en el momento en que iba a tomar ya una decisión para hacer una investigación de los hechos. Me fui a la cocina y me cercioré que era imposible que las ratas subieran por los peroles y ellos acusaban que en la sopa se había encontrado una rata.

La intriga fue en el Hospital, porque ese señor loco, representante de la Secretaría, que era consejero, había querido siempre la dirección, primer motivo; luego dentro del seno mismo del Consejo, tenía yo varios enemigos; también había otra gente intrigante, un tal doctor Manuel Charvel, que es el rey de la intriga del Hospital General. Me pidió la sociedad que hiciera la reestructuración del Hospital de Gastroenterología y les pregunté el número de médicos que tenían... eran doce médicos, de los cuales dos se dedicaban a la medicina, y los otros eran cirujanos. El señor Charvel era el jefe de servicio, por carambola llegó a ser jefe de servicio, y les dije que necesitaban primero componer su grupo, porque me parecía absurdo, que la gastroenterología que venía siendo una especialidad refinadísima cuando se trataba de los grandes problemas de la gastroenterología, pero que lo demás era asunto de médico general, y que un médico general debería estar preparado para atender una diarrea, para atender una hepatitis. Las pequeñas cosas que se presentan en la gastroenterología serán grandes cosas, pero son cosas de un médico general.

Y entonces les dije que ninguno estaba preparado para llevar tina medicina de ese tipo, que no eran más que cirujanos, y un señor sin especialidad fija, un señor Jorge Escoto, que fue de mis principales opositores decía que faltaba un radiólogo:

—No, no nombren radiólogo, yo voy a tomar el lugar del radiólogo —entre ellos lo ponían de radiólogo. Era además miembro muy activo del sindicato y del Consejo Técnico Consultivo, en fin, era una maravilla de señor... Y no les gustó lo que les dije, que no se iba a hacer por lo pronto ninguna reforma, mientras no viera yo un ánimo de reestructuración de esa especialidad.

El director informa de la marcha del Hospital al Consejo Técnico Consultivo. El Consejo aprueba o hace los comentarios debidos; después de eso algunos consejeros proponen cosas. Y cuando son cosas que se pueden gestionar con las autoridades superiores, lo hago; no así cuando son absurdas. Yo acordaba habitualmente con el doctor Mauro Loyo, el director general de Asistencia Pública en el Distrito Federal. Había tantos problemas de presupuestos en el hospital. Había un señor Torres Torija que era el contador de la Beneficencia Pública, y muchos de los gastos menores nos los daba él. Nos tenía que dar a la semana una cantidad fija para las tortillas, porque los residentes querían tortillas y eso estaba en su lista de peticiones. Entonces yo les proporcioné las tortillas, y estuvieron funcionando muy bien, pero llegó un momento en el que las tortillas no llegaron, y los muchachos comenzaron con los relajos; entonces dos o tres veces de mi bolsa saqué para las tortillas, pero luego le dije a ese señor, le dije a Loyo:

—¿Qué pasó con ese señor que no da esos fondos?

—No, pues que ha estado muy pobre.

—Pues entonces que se cierre el Hospital y cierren la Beneficencia, todo está tan pobre que no les puede dar ni tortillas a los residentes.

A regañadientes mandaban las tortillas. Entonces inventó este señor Torres Torija que tenía un contador del Hospital que no era muy limpio en sus cosas, la realidad es que era un hombre muy honrado y muy recto, muy callado, pero muy seguro de él mismo, las auditorías las aceptaba, pues es una función de ellos, pero no aceptaba mucho las intromisiones continuas del señor Torres Torija, éste lo tomaba como que no quería que se le vigilaran sus cosas. Claro, había veces en que estaban los interventores, hacían la inspección, la auditoría, en los momentos en que estábamos trabajando mucho, y les suplicaba que fueran a otra hora, y ellos insistían en ir a esa hora. Así es que había muchas dificultades desde esos puntos. No sé como manejaría Torres Torija los centavos de allá de Salubridad, pero todo mundo se quejaba de que ese tipo de gastos menores, le parecían superfluos al señor.



Los problemas en el hospital eran más bien personales y todo se resolvía en corrillos, en llamar al Consejo Técnico, calentarle la cabeza al Consejo Técnico, por ejemplo en la cosa de Charvel. Luego hubo otra cosa, vino un joven médico que yo había conocido, muy inteligente, que vino de prepararse para la genética; de la escuela lo mandamos para estudiar genética y regresó aquí, y le conseguí un puesto para que fuera el genetista del Hospital, cosa que es absolutamente indispensable en un hospital; y le comenzaron a hacer la guerra los anatomopatólogos, porque él criticaba mucho... él era de mal carácter, sabía mucho pero era de mal carácter, al grado que venían a verme los de anatomía patológica y otra vez venía el genetista, y así sucesivamente, a quejarse unos de otros, y eran líos continuos de ese tipo.

Se puede decir que muy pocos pabellones me daban guerra, pero la mayor parte han sido siempre los pabellones del Hospital General, ya que el Hospital General no tiene médicos a tiempo completo ni a medio tiempo. Así es que completaban sus salarios –que yo comprendo que eran muy humildes en aquella época– con la atención de un cargo en el ISSSTE, por aquí, por allá, juntaban tres o cuatro chambas; así es que era muy difícil llamarles la atención. E insistía en la Secretaría que había que darles un sueldo, no elevarles un diez por ciento ni un veinte, ni un veinticinco, sino crear la categoría de médicos a tiempo completo, y que los jefes de servicio fueran médicos a medio tiempo, no a tiempo completo. El erario estaba muy pobre y mis solicitudes no tuvieron eco. Luché mucho porque les dieran el medio tiempo a los médicos y así se les fijara un horario, que no fuera el hospital una chamba, que fuera realmente la razón de vivir del médico.

Es mucho lo malo que se puede decir del sistema, pero al fin y al cabo es un lugar donde la gente tiene una cama. Como contaba el famoso médico humanista Delhorne, que una vez llegó a su hospital un hombre así en mis condiciones, cansado, tocó a la puerta del hospital y le dijeron:

–¿Usted qué quiere?

–Pues yo quiero entrar al hospital.

–¿Pues qué tiene?

–Señor, quiero una cama para morir.

Entonces ni eso tiene el hospital, camas para morir cuando hay un enfermo, cuando no lo quiere recibir la Cruz Verde ni la Cruz Roja, van y los dejan allí en la sala de espera del Hospital General o del Juárez, o de los hospitales

públicos de beneficencia. Así es que es un problema pavoroso, es dramático ese sistema. Y más ahora con el aumento de la población.

En el Hospital General mis ayudantes cercanos fueron el doctor Mario Rebolledo Lara, también muy inteligente y muy buen clínico, me ayudaba mucho. El otro nominalmente seguía siendo Norberto Treviño, que iba poco, porque a él le ha gustado la política, ha hecho carrera. El jefe de servicio no tiene funciones administrativas, ahí el interno es el que las tiene. Uno da las órdenes, le consultan a uno qué se hace con el enfermo. Tenía un buen equipo, no sé si entonces ya estaba Martínez Cortés, todos eran buenos elementos. El nuestro era el 29, yo era el jefe del pabellón. Siempre ha sido un pabellón consentido, hemos estado gente que nos apasiona la medicina, hemos hecho medicina interna de manera muy constante.

A la jefa de enfermeras del pabellón, la elige la jefa de enfermeras de todo el Hospital, en consulta con el director y con el jefe de servicio. Al director le propone la jefa de enfermeras del Hospital:

–Quiero mandar a fulana de tal como primera del pabellón 29.

–Consúltelo con el jefe de servicio.

Uno da su visto bueno o la pone a prueba a ver qué tal sale, y así es como se hace la elección. Y esa primera va a escoger al personal secundario.

El día se controlaba con los residentes, teníamos uno en cada pabellón, además del adscrito y del interno, que tienen la obligación de atenderlo. Esto no quiere decir que yo no fuera muchos días en la tarde al Hospital; no pasaba una semana sin que fuera dos veces en la tarde a ver cómo estaban las cosas. Ha habido el rumor que el Hospital General, como no tiene control por parte de los médicos en las noches, se convierte verdaderamente en una fiesta con los enfermos y las enfermeras. Obviamente es un rumor, cuando fui jefe y director corrían esos rumores y muchas veces volví en las noches y Clemente Robles, que es uno de mis antecesores, también volvía. No ha habido tales cosas. Que una enfermera se enamore de un enfermo y le permita compartir el lecho del amor en la noche, eso ya está fuera de todo... A veces tenían sus consentidos y lo sabía uno. Cuando una enfermera atendía mucho a un enfermo, le decíamos:

–A éste lo vamos a dar de alta...

–¡Ay! Mire usted, pobrecito... que quién sabe qué, que no tiene a dónde ir, vamos a avisar a su casa. Hacían el cuento muy largo. Se las olía uno que algo existía entre la enfermera y el enfermo. Pero tanto como pachangas, no.

Las emergencias en la noche las debe resolver el residente, para eso está. Si hay una emergencia quirúrgica llaman a un residente que esté en el pabellón de cirugía, llaman al interno, al adjunto o, en último caso, como me pasó siendo médico, muchas veces me llamaron, iba en la noche cuando había un problema, una responsabilidad.

Sobre el jefe de servicio solamente está el director. Después hacia abajo viene el adjunto de servicio, residente, el interno y los practicantes. La jefa de enfermeras tiene autoridad sobre todas las enfermeras y las afanadoras. En México no hay carrera de enfermeros, es un absurdo; se toma como cosa muy femenina la enfermería, y en todos los hospitales del mundo hay enfermeros hombres. Combatí mucho con el director de la Escuela de Enfermería y con el rector mismo:

–Dejen entrar hombres, que sea una escuela mixta.<sup>36</sup>

Los que trabajan en vías urinarias, por ejemplo... Es muy difícil que una enfermera..., bueno, son cosas tan específicas que al hombre no le gustan esas cosas, que esté una enfermera metiéndole la sonda. Como a una mujer no le gusta mucho que sea un enfermero el que haga...

La Universidad tiene la culpa de la deficiencia de la Escuela de Enfermería; les piden demasiadas cosas, ahora ya le piden la preparatoria a las muchachas. Pues ya una muchacha, a esas alturas, ya se colocó de lo que usted quiera, solamente los que tienen una vocación muy decidida, pero ¿quién que llega a esos términos de la preparatoria no escoge mejor la carrera de Medicina? Por eso han aumentado mucho las alumnas en la Escuela de Medicina y hay un número de enfermeras muy deficiente, porque los salarios son muy bajos en los hospitales. El trabajo es pesado, pero ellas hacen su lucha con las veladas y todas esas cosas.

Todas estas organizaciones actuales de la medicina socializada están haciendo una medicina de mostrador. Estas instituciones son buenas porque hay elementos y hay un refugio, y hay una comida para el internado. Luego

<sup>36</sup> En la actualidad existen varias instituciones superiores cuya población escolar es mixta. Por ejemplo la Escuela Nacional de Enfermería y Obstetricia de la UNAM, o bien en el ámbito privado la Escuela de Enfermería del Hospital ABC que acepta indistintamente hombres y mujeres.

están las enfermeras, incultas, que dieron el paso más arriba del petate, que nosotros las llamábamos tráfugas del petate, que de un día para otro se convirtieron en enfermeras. Tengo una enfermera que es muy amiga mía, que trabaja conmigo, es mi colaboradora, María de Lourdes, y es una muchachita de clase social pobre, que hizo su instrucción en la Escuela de Enfermería, fui su padrino. Pero era de esas gentes que había nacido de hija de criada. Así es que tenía la educación, la resistencia de una criada antigua o un criado antiguo, un esclavo. Y ella tomó la profesión como es, y es una de las gentes que apenas me enfermo, apenas hay algún problema, luego luego viene ella, porque es la única que sabe ordenar, disponer y hacer todas las cosas que debe hacer una enfermera. Tiene un gran sentido humano, no la grosería despótica de las enfermeras de hoy. Ahora todas estudian para especialistas: especialista dietética, especialista de ayudante quirúrgico, especialista anestesiólogo, ayudante de anestesiólogo, dietista, ¡bueno!

Estas enfermeras no son capaces de atender a un enfermo, desconectan los aparatos de los signos vitales para no molestarse en las noches y desconectan los timbres que tienen los enfermos. Así es que eso pasa en el Hospital.

A partir de 1968 que dejé el Hospital General ya no volví a estar involucrado en ningún tipo de institución, salvo como profesor. Fui consejero de la Comisión de Erradicación del Paludismo, era una cosa honoraria; después una comisión que me dieron de vocal técnico ejecutivo de ayuda técnica y becas en Salubridad. Así es que en esas cosas me entretenía.

### *Nada más existe una medicina*

He pensado mucho en eso de la medicina mexicana. Hay enfermedades propias de México, que son más frecuentes que en otros lugares; médicos que saben atender esas enfermedades con mucha habilidad, mejor que los de cualquier parte, pero que haya una escuela, una manera propia de enseñar esas cosas, no, yo creo que no las hay, es ilusorio decirlo; primero porque fuimos influenciados por la medicina francesa, un poco la alemana, la francesa duró mucho tiempo mientras el auge de Francia era muy grande, y ahora pues es la medicina americana la que nos influencia.

La medicina forense de México es una medicina de tipo francés. Cuando joven estuve en la dirección de Balthazard, que era el gran médico forense

de París. La morgue de París, a finales del siglo pasado y a principios de este, estaba cerca de Nôtre-Dame. Allí tenían una especie de vitrina o de museo, donde exhibían los cadáveres para que la gente los reconociera cuando no eran identificados, generalmente de ahogados, y había mucha gente, a unos les horrorizaba el espectáculo, otros lo veían; había un café enfrente que se llamaba "*Quoi qu'on dise, quoi qu'on fasse, on est mieuxici qu'en face*".<sup>37</sup> Eso de exhibir los cadáveres, no creo que se haya hecho nunca en México. Pero creo que la medicina forense tomó auge en México, en 1847, cuando el Hospital Juárez ya pasó a ser un hospital de guerra, por decirlo así. Y más tarde, después de la Intervención Francesa, ya le llamaron Hospital Juárez. Entonces, ahí en el hospital de guerra fue donde comenzó la medicina forense.

Mi relación con la Asociación Médica Franco-Mexicana se dio en la medida que hablo el francés y que se necesita una gente interesada por Francia, en primer lugar; luego buscan becados o viejos estudiantes que hayan estado en París, que hayan tenido alguna actuación en Francia. Realiza actividades médicas y sociales.

A veces fui a Estados Unidos a ver la medicina americana, fui a Washington, a Boston, a Massachusetts a un hospital... La medicina americana me parece muy mecánica, muy deshumanizada; claro que no la he estudiado profundamente, ¿verdad?, puede ser que sea tan deshumanizada y tan humana como la de cualquier otro lado, pero ellos se han ido por otro lado, por otros senderos, por el sendero muy justificado de hacer de la medicina una verdadera ciencia.

En la medicina francesa están haciendo nuevamente grandes esfuerzos, hay gente muy inteligente, pero la medicina americana y ahora la inglesa llevan ventaja, porque tienen sentido de organización y de colaboración y mucho dinero. La medicina ahora es muy cara aprenderla, muy cara para el enfermo, muy caras las medicinas, todo es caro, hemos vuelto un poco a la época de los remedios. La gente prefiere hacerse una limpia cuando tiene muchas gripes, diarreas, se van a hacer una limpia a la más famosa de todas, por aquí cerca, en Amecameca, que es muy buena.

Creo que nada más existe una medicina, los paralelismos son coincidencias, son deseos de la gente de encontrar otros caminos, que no sean a través del estudio profundo. Hay una cosa que tiene que ver tanto con la filosofía

<sup>37</sup> "Digan lo que digan, hagan lo que hagan, mejor es estar aquí que enfrente".

y con otros conocimientos del hombre, de la naturaleza del hombre, pues parten de la filosofía, como es la psicología. Recuerdo que, a ese propósito, Fromm y yo hablábamos muy largamente y me decía:

—No soy médico, soy doctor por otras razones, pero no soy médico. Pero a mí me parece absolutamente indispensable que todo psiquiatra y todo psicoanalista sea médico, y que el psicoanálisis sea parte de la medicina.

La herbolaria entra en esa etapa que comparaba con la etapa de Herófilo o la de Paracelso, es decir, que la gente tiene experiencia en una cosa, en una hierba, en una sustancia, algunas veces equivocada. Como esas cosas no están analizadas con un rigor científico a veces sirven y a veces no sirven. Pero, por ejemplo, de las hierbas conocidas, desde la más remota antigüedad, está la cocaína, el opio, muchas medicinas para las diarreas, aquí en México. Mi abuelo estudiaba esas cosas y se puede decir que la herbolaria no está muy bien estudiada ni está fomentado el estudio aquí en México, cosa que se debería hacer; últimamente hubo un brote de un grupo de seminarios pero se necesita hacer las cosas más en serio, tenemos un Instituto de Investigaciones bien hecho. Esto se hizo bastante cuando estaba el Instituto México Nacional, que fue fundado en la época de Porfirio Díaz. El doctor Toussaint era el director de ese instituto. Se hacían investigaciones médicas muy buenas, realmente fue el primer centro de investigación médica bueno que tuvo México y lo que se llamaba entonces historia natural, entraba la biología y muchas materias. Después rompieron todas las cosas, las quemaron, saquearon los frascos que contenían hierbas o animales para estudio... todo lo rompieron. Fue durante la entrada de Villa o de Obregón, cualquiera de los dos. Aquí entre paréntesis diré que tan salvaje era Villa como Obregón; Carranza era más reposado.

En cuanto a la herbolaria creo que si no tienen centros de investigación muy bien montados, equipados y con lugares donde puedan experimentar las cosas, un bioterio bastante importante, pues no tienen valor científico. Porque se me hace que siguen haciendo lo mismo, recopilar casos; “que la cañuela es buena como diurético”, “que la pingüica o *uva ursis*<sup>38</sup> es uva de los osos”.

De la homeopatía conozco sus principios y conozco algunas cosas de habladas y como paciente, porque de chico, para quitarme mis males intestinales, me llevaban al homeópata, y no se usaba para aquellas enfermedades intestinales más que el calomel. Creo que es una cosa que no sirve de

<sup>38</sup> Pingüica en lenguaje corriente.

nada, aunque diré que es el principio –si tuviera verdaderas bases científicas, y hubieran hecho investigaciones por su cuenta– de la vacunación, el estricto *similia similibus curantur* es el principio homeopático. Debieron haber seguido en ese renglón, pero ya los verdaderos científicos les tomaron la delantera, ellos siguieron estudiando otras cosas.

Tengo la *Légion d'Honneur*.<sup>39</sup> Me la dieron en primer lugar porque soy muy afrancesado; el único folclorista que queda en México soy yo, luego porque mi especialidad la hice en Francia; luego porque fui adscrito a los hospitales franceses; luego porque, llegando a México, he impulsado mucho las becas y los estudios de letras francesas; luego porque mi abuelo fue fundador –el primer fundador laico– de una escuela de tipo francés. Todas esas cosas, aunadas a que en una ocasión, siendo director de la Facultad de Medicina, cuando estaba de rector Serrain en París, me invitó a la Sorbona a tomar parte de las discusiones sobre la educación médica en París, y era Binet el director de la Facultad de Medicina de París; había otros directores de provincia. Entonces hice ver mis puntos de vista, los discutimos y probablemente les gustaron algunas cosas de las que dije; también, porque fui o había sido –no recuerdo– el director de la sección médico-franco-mexicana. La Legión de Honor es en 1957, lo de la sección médico-francesa fue en 1954-1957, así es que esto es inmediatamente después.

También soy miembro del American College of Physicians. Una vez llegaron aquí Bockus y otros médicos americanos. Con Bockus yo platicaba en un muy mal español, un poco de francés, en fin; los otros también eran de la misma cuerda, y me decían:

–¿Cómo qué usted no pertenece ni a la Sociedad de Gastroenterología ni al College of Physicians?

–Pues no tengo méritos para esas cosas, ni he hecho ningún trabajo que se refiera...

–Bueno, pues nosotros sí lo conocemos.

Había estudiado mucho el absceso de hígado y otras cosas; al poco tiempo recibí del American College of Physicians la proposición para entrar. He sido muy lépero con la American Medical Association, porque no he ido nunca

<sup>39</sup> Esta distinción le fue concedida el 15 de septiembre de 1957.

a ninguna reunión de la American College of Physicians. Claro que pagué durante alguna temporada mis anualidades, pero ya me resultaron de día en día más caras.

Fui *Summa cum laude* de la Sociedad de Médicos del Hospital General. Me lo otorgaron<sup>40</sup> cuando fui director del hospital. Se reunieron los médicos que habían sido discípulos míos, se acababa de fundar esa condecoración, y me la dieron, que me perdonen en el Hospital General, pero no tiene ningún mérito.

Además soy emérito en la Universidad. Tiene muchas ventajas prácticas; porque en primer lugar lo dejan a uno escoger la materia que quiera dar, los horarios que quiera tener, en fin, una serie de ventajas de ese tipo y no tiene una prácticamente ninguna obligación. Es un honor.

Así como los mexicanos ven que hay muchos americanos que vienen, sienten como necesidad hacer un intercambio, entonces buscan la manera para irse al extranjero a hacer una especialidad. Ahora tienen la necesidad, y naturalmente la medicina americana es, en todo el mundo, la más famosa, por los medios que cuenta, por lo que se quiera. Lo malo es que un muchacho caiga en un internado, en una residencia, porque ya se volvió completamente del lado americano; y cuando despuntan, se van quedando allá, paulatinamente, o comienzan por casarse con una americana; a las americanas que no les gusta vivir fuera de su *home*... Retienen a los buenos: luego luego les dan posición y todo eso. Se van los que a ellos les consta y han preparado especialmente para que se queden ahí, indoctrinándolos a cada rato. Hay muchísimos que caen en la tentación, les presentan la disyuntiva: "Si usted quiere quedarse en el país, o si quiere usted ocupar tal grado, tal ocupación, necesita nacionalizarse americano". Y naturalmente por no perder su trabajo o su enseñanza, creen que es muy fácil tomar la nacionalidad americana y después seguir con la mexicana. No sé si ahora se permita tener dos nacionalidades. Así es ese fenómeno, se van tiernos, desarrollan ahí su vida al lado de los americanos, conviven con ellos, se adaptan a las costumbres, se casan; si son inteligentes, luego luego vienen a trabajar acá. Sucede una cosa, y es que cuando uno va de joven a un país, siempre siente a ese país como el *alma mater*, como una cosa muy importante en su vida, así es que todas las soluciones las buscan no tanto aquí, sino allá.

<sup>40</sup> En 1966.



Para evitar esto hay que hacer buenas escuelas de graduados aquí, a nivel nacional, buenos laboratorios, profesores... Ha habido una cosa fatal para México, que ha sido ese *chauvinismo* terrible, de llamar de fuera a la gente, cosa que muchas veces han hecho todos los países. Así fue como se hicieron grandes algunos Estados; primero Francia, ya que Europa Central y las otras naciones estaban muy revueltas; Estados Unidos ni contaba en la ciencia a mediados del siglo pasado; entonces Francia capitalizaba todas esas cosas y científicamente se hizo un país muy grande y muy importante, desde el punto de vista de la investigación y del trabajo intelectual, y florecieron escritores y una serie de personas. Es un país muy agradable para vivir, así es que se chupó todos los cerebros de 1914, con el triunfo de los aliados, más bien de los americanos, en esa guerra. Entonces Francia comenzó a trabajar.

Widal, por ejemplo, que hizo tan buenos descubrimientos sobre la inmunidad; fue el que describió lo que se llamó entonces la anafilaxia que ahora llamamos nosotros la alergia. Todo ese tipo de fenómenos los descubrió él, a partir de las ideas de Pasteur, indudablemente, y las ideas de Edward Jenner. Pero tuvo la idea, genial también, de extender el fenómeno a muchas cosas, no nada más a los sueros, las vacunas, las enfermedades, las que producen inmunidad, sino a una cantidad de cosas que producen alergias, es decir, como le llamó él, el choque anafiláctico y un estado alérgico.

Después Francia se fue cerrando, así como México tuvo un renacimiento en muchas cosas con la importación de los españoles,<sup>41</sup> esa es una cosa que debió de estar, o debe estar fija en la mente de los gobernantes, y no seguir sustentando las ideas del malinchismo. Es decir, abrir un poco más el país a la gente, que haya nuevas ideas. No como ahora, que son malinchistas todos.

Así es que yo creo que la inmigración de gente del extranjero es muy necesaria; pero de razas y de países que sean disciplinados, que puedan cambiar un poco la superficie, la moral, y hacer trabajar a la gente y todo. Mucho se dijo o se ha dicho que las fábricas y las grandes factorías han estado en manos de extranjeros, ¿por qué?, pues por esa misma razón, y eso que digan que no les dan oportunidad a los mexicanos, es mentira. Creo que en la vida, todos tenemos la misma oportunidad, toda la gente la tiene. Nosotros, el país pobre, podemos hacer cosas que son muy útiles. Por eso no me han parecido muchas

<sup>41</sup> Se refiere a los republicanos españoles que, a partir de 1939, llegaron exiliados a México.

de las investigaciones actuales que se hacen en México en materia científica, porque quieren comprobar si es cierto lo que pensaron los americanos o no.

Tenemos un instituto que es típico de eso, el Instituto de la Nutrición. Yo sería de la opinión que trajeran aquí al especialista, o a un grupo de especialistas, que trabajaran con un grupo de mexicanos y que desarrollaran e impregnaran sus ideas y sus teorías y su manera de trabajar a una serie de mexicanos. Esa me parece la mejor manera de trabajar, y ya ha estado demostrado en otros países, que es la única cosa que les ha servido para progresar. Los fenómenos del malinchismo y del chauvinismo son completamente nocivos para el progreso de un país. La Argentina, por ejemplo, fue un país ampliamente desarrollado y con muchas posibilidades, no de tipo político porque siempre han seguido patrones muy anticuados.

Yo creo que Juan Domingo Peron no fue el gran político visor que pudiera transformar al país; no lo transformó, todo ¿por qué? Por una cosa demagógica. La demagogia en ningún lado prende, hay que hacer las cosas paso por paso, medida por medida, hasta que se transforman. Bueno, pues en la medicina, sucede la misma cosa, eso que decía, mandar equipos de trabajo, contratar, pagarles bien, ¿por qué se han de pagar bien otro tipo de cosas que no son tan necesarias en México?

Los mexicanos siempre nos creemos genios, “por qué si los otros hacen esto, yo no”. Un fenómeno típico fue un señor que descubrió que con un cañoncito que lanzaba un cohete, llegaba la atmósfera y producía lluvia, pero llegaba como a cien metros de la atmósfera, y ahí no hay nada, a cien metros de la superficie de la tierra; necesita usted estar en la montaña para que la lluvia se pueda producir. Al genio le hicieron una de escándalos en el periódico, es decir *bluff* en el periódico, en todos lados. Por eso en los descubrimientos que frecuentemente se hacen, seudodescubrimientos que se hacen en México, son pobres, no tienen base para sustentar sus teorías. No digo que sean geniales, por ejemplo las de los americanos, pero hay muchos genios entre los americanos, pero con una gran disciplina y con medios para desarrollar sus ideas y comprobar si son ciertas o no, y no lanzarse a la buena de Dios, creyendo que han hecho el gran descubrimiento del siglo.

El mexicano tiene la tendencia a la curación casera, digámosle así, a la magia. La automedicación es una cosa de idiosincrasia. A veces tienen a la gente, pero otras veces a los objetos, que es la mayor parte de las veces, por eso hay el ojo de venado para el mal de ojo y la limpia y todas esas cosas; en el

fondo, ésa es la automedicación. Y de ahí pasan a las medicinas, “que fulano de tal dice o anuncia que es muy bueno”. Por ejemplo, hubo una medicina para la sífilis que se llamaba el específico Zendejas, que era dizque para la sífilis; era un cocimiento, maceración de hojas de zarzaparrilla. Otras medicinas para el estómago, por ejemplo. Y, sin embargo, no explotaron los verdaderos productos mexicanos.

Hay otro fenómeno, que veo como médico, el mexicano no prefiere las medicinas baratas: yo receto frecuentemente una medicina que se llama detri-lón, muy barata, que cuesta diez pesos. Y me pregunta la gente: “¿Y cree usted que me va a servir?” Por ejemplo, de esos nuevos productos para las cosas del estómago, a base de hormonas gástricas y duodenales, la caja vale doscientos pesos; ésas son las cosas que prefiere la gente. Y claro, ve una vez al médico y las receta el médico, y ellos se las toman, se las siguen tomando, y la recomiendan a otra gente, y la otra gente no saben si les conviene o no, pero como cuesta doscientos pesos ha de ser muy buena. Y así. Ahora se usan mucho las medicinas para desarrollar la inteligencia, andan muy popularizadas.

No sabemos a qué atenernos, porque no hay un laboratorio de control de medicamentos en México, Recibo una publicación que se llama *Medicamentos nuevos*, donde vienen analizados todos los medicamentos y si sirven o no, y los productos y la efectividad, pero somos tres o cuatro los que recibimos esa publicación. Los demás, los médicos usan esos *Vademecum* que regalan a los médicos y que pagan todos los laboratorios para que se anuncien sus productos. Y la gente compra esas cosas a los médicos. A mí me van a solicitar, cuando me llega el nuevo que es el mes de septiembre, ya tengo una serie de compradores para los otros. Bueno, claro, la mayor parte no me van a ofrecer dinero, sino son amistades: “Oye, por favor, dame tu *Vademecum* viejo”; además, están atrasados.

En la literatura médica algunas veces se buscan buenas firmas y buenos autores, efectivamente. Yo, que la última parte de mi vida la he dedicado a la historia de la medicina y a enseñar la historia de la medicina, pues comprendo que hay veces que tienen artículos muy buenos y muy bien documentados, a propósito de la historia de la medicina. Por ejemplo, el *MD* tiene siempre artículos muy buenos a propósito de la historia de la medicina; nunca leo las otras cosas de propaganda, exclusivamente ésas... Es muy raro que los médicos estén al día, es muy raro. Generalmente la mayor parte de los médicos va renovando sus conocimientos a través del *Vademecum* que les dan, que es sostenida por los

laboratorios y por eso se regala a los médicos. Además nos es útil, a mí me es útil una cosa de ésas; siempre tengo mi *Vademecum*, porque como las medicinas cambian de nombre, busco la sustancia y veo qué dosis tiene.

El mexicano tiene siempre una idea de que es un ser enfermizo, tiene tantos prejuicios en su cabecita, alimentados por la propaganda. Por ejemplo, no hay un día que no salga un desplegado grande o pequeño en el periódico que diga: familia intoxicada por moronga, familia intoxicada por comer carne, familia intoxicada por comer huevos, familia intoxicada... Los enfermos de provincia se vienen a ver a los médicos de la capital, primera fuga y primera queja de los médicos de provincia; en la provincia se comenzó a hacer buena medicina y entonces ya comenzó a disminuir la afluencia de los provincianos a la capital, y para los de la capital, estuvo muy de moda Rochester en un tiempo; la Clínica Mayo para la gente muy rica. Pero luego consideraron los americanos que era un filón y establecieron en Temple otra clínicuita. Otra clínica atendida por médicos de habla española, que hacían una propaganda, tienen todavía una emisora de radio por allá por la frontera para hacer propaganda para México, la hacen en español. “Atiéndase usted en tal clínica y compre usted tales cosas en la tienda fulana o mengana de McAllen”. Y entonces ya iban allá. Había un médico de mucho prestigio, De Bakey que hacía las operaciones del corazón que cambiaba las arterias y ponía tubos de plástico y comenzó a ir gente a ver a De Bakey, era muy buen cirujano, pero De Bakey contaba que más eran los que iban sin necesitarlo que los que verdaderamente lo han necesitado.

Antes nos mandaban llamar a los médicos de México, yo hacía viajes a cada rato a Monterrey o venían los enfermos acá al terminar la cosa. Bueno pues se fue creando esa atmósfera enorme de Houston, ellos fueron mejorando todos sus sistemas, desde el punto de vista comercial, desde el punto de vista administrativo, desde el punto de vista médico, porque han tenido, y tienen ya un *staff* médico bastante aceptable.

Los enfermos de provincia poco a poco dejaron de venir pues porque las cosas de la Universidad repercuten mucho en el ambiente; que están saliendo los médicos muy mal preparados, que esto, que lo otro; todas esas cosas repercuten en el ambiente para que la gente no le tenga confianza a sus médicos. Hay muchos mal preparados pero a éstos no los va a ver nadie. Lo curioso del caso es que los jóvenes que ahora tienen clientela, que ya no es la gran clientela que teníamos los médicos viejos en nuestro tiempo, porque no había más salvación que vernos. Así es que toda esa cosa se acabó, todo ese mito se acabó.

Nosotros, es muy pretenciosa la comparación de mi parte, formamos parte de una mitología, Chávez, Aquilino Villanueva, Robles, en fin, esa gente y esa mitología pues se ha venido por los suelos. En primer lugar porque ya estamos muy viejos, ya hemos sido sustituidos por jóvenes, ya quién nos va a crear.

Ahora ejerzo mi profesión trabajando cuatro días a la semana, que son aproximadamente doce horas a la semana con enfermos, recibo igual al que me paga y al que no me paga. Y en realidad, esa poca gente que veo ahora, en comparación de aquellas consultas, porque para ser médico interno se necesita mucho trabajo; todavía un partero, un otorrinolaringólogo, un oculista, esos tienen grandes clientelones, porque se reparten el trabajo entre enfermeras y ayudantes y todo eso, y entre todos sacan la cosa, pero cuando se pertenece a la mitología, entonces es el jefe mismo, el sacerdote mismo, el dios mismo, el que tiene que tocar al enfermo. Esos poquitos enfermos que veo son pobres o ricos, son amigos míos, son gente amiga.

Fui de los primeros médicos, no tan sólo aquí sino de cualquier lado, que aseguré que la úlcera del duodeno, la úlcera péptica era una enfermedad nerviosa, neurótica la mayor parte de las veces, que se complicaba después con lesiones orgánicas y venía siendo una enfermedad mixta. Que la cirugía no curaba esas cosas, que lo curaba un médico sagaz, listo, que supiera hacer la psicología del enfermo, y que lo condujera en su vida psicológicamente. Anhelé siempre tener conocimientos de psicología para poder atender ese tipo de enfermos, porque las otras cosas de mi especialidad son bastante fáciles. Por ejemplo, que a un señor le duele el estómago, bueno, después de hacer lo que nosotros llamamos la semiología, que soy muy estricto en eso, pues lo mando con los rayos X, con los análisis y todas las cosas, para confirmar o rechazar lo dicho o cambiar mi opinión. Lo que más me inquieta de los enfermos es su angustia, el enfermo es un angustiado y hay que tener todas las armas necesarias para luchar contra su angustia. Eso lo tuve ya de nacimiento, lo tuve de imitación con mi abuelo el médico que era una gran gente, y después estuve al lado de un médico como Gastón Melo que si otros méritos no tendría, tuvo ése, de aplacar la angustia de la gente. Así es que cuando trabajábamos lo hacíamos muy a gusto porque los dos éramos del mismo punto de vista; y cuando me independicé, comencé a ejercer la profesión y a seguir el mismo sistema.

Creo que el médico, el que se llama médico de veras, debe obtener todos sus emolumentos y vivir de cosas ligadas estrictamente a su profesión. Por ejemplo: ético es tener un puesto profesional, de ejercicio profesional en cualquier hospital, en cualquier institución donde esté prestando servicios médicos o ligados a la medicina, administración médica y todas esas cosas. Un médico, como se usaba antes, que pone una botica y ahí da consulta para que le consuman las medicinas, el hecho de asegurarle una buena medicina al enfermo y el ejercer la profesión, me parece que ya es un poco comercial.

Ética en la medicina es no presentar nunca trabajos en las academias o en los congresos, que no sean hechos que le consten, hechos reales, sin inflar cifras, sin presentar datos deformados en beneficio de su reputación.

Una vez me hicieron un retrato hablado ahí en el pabellón y dijeron:

—El maestro Fournier, ni tanta gastroenterología, pues no sabe; él atiende enfermos del estómago, enfermos de los intestinos y atiende hemorroides, pero la cosa es que casi todos los enfermos se le curan. ¿Que cosa es lo que tiene el maestro Fournier? Ahora le pedimos que nos hable.

Y les hablaba en esos términos: es un enfoque especial de la medicina, cuya justificación he visto a través de mis lecturas históricas y no históricas para contribuir mucho a la formación de la enfermedad psicósomática. Ese es mi retrato como médico.

Ahora tengo mucha experiencia y mucha intuición, así es que ya sé manejar los síntomas, por importantes que sean, con mucha finura, escarbar desmenuzando el síntoma, hasta llegar al punto exacto de la verdad de lo que está diciendo el enfermo, de lo que efectivamente más le molesta, no de lo agregado, porque el enfermo hace un agregado y confunde; no es cosa de educación ni de dinero ni de instrucción, es cuestión ya de la sensibilidad de cada enfermo. Hay enfermos que a mí me caen muy bien pero no se los digo porque son los más difíciles de curar:

—¿Qué le pasa a usted, señora?

—Doctor, me duele todo.

—Bueno, pero vamos a comenzar por un lado, ¿qué es lo que más le duele?

—¡Ah! Pues no le puedo decir a usted. Por fin me voy encontrando, en medio de todo ese barullo de cosas con el fundamento de la angustia: —Doctor, estoy mala de todo, estoy enferma, me duele todo y me duele tanto que hay veces que tengo ganas de echar a correr. Imagínense qué enigmas para el médico son éstos.

